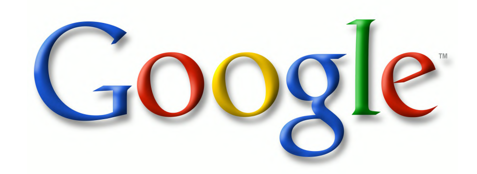
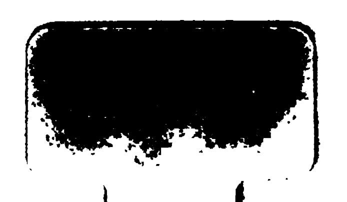




HISTORIA

DE

DON CARLOS

Y DE LOS PRINCIPALES SUCESOS.

DE LA GUERRA CIVIL

DE ESPAÑA,

POR D. B. SANCHEZ.



MADRID: 1844.
Imprenta de TOMAS AGUADO y Compañía,
CALLE DE LA ENCOMIENDA, NUM. 17.

PRÓLOGO.

Penosa y árdua tarea es la de escribir la historia contemporánea si el historiador ha de ser justo é imparcial; porque, enconados todavia los odios de los partidos políticos, y figurando en la narracion de los acontecimientos personas que aun viven, y que ocupan, algunas de ellas, puestos eminentes, se ve precisado á herir su amor propio diciendo la verdad, y á atraer sobre sí resentimientos y persecuciones; ó bien para ahorrarse estos disgustos, tiene que faltar á su conciencia de escritor callando ó desfigurando los hechos. Este último partido es el adoptado por la mayor parte de los escritores que hasta ahora han tratado de las calamidades que han afligido á la desventurada España durante la guerra civil, y del ilustre cuanto infortunado proscrito, que confinado en un rincon de la vecina Francia, come el pan de la adversidad y pasa los dias de la tribulacion, si no contento con su suerte, al menos resignado como verdadero cristiano á los inescrutables decretos de la divina Providencia.

Los que por espíritu de partido, ó por miras menos nobles, han representado á D. Cárlos como á un príncipe imbécil, fanático y sanguinario, han faltado groseramente á la verdad y se han deshonrado á sí propios al calumniarle: atáquenle en buen hora con las armas en el campo del honor y con el raciocinio desde el bufete; dispútenle los derechos de que él se cree asistido; pero sea en una guerra franca y leal, y no con imputaciones falsas, altamente desmentidas por los hechos.

Dícese que D. Cárlos es de limitado talento porque no posee todas las dotes militares que constituyen un consumado jeneral; pero los que le han tratado de cerca atestiguan lo contrario, pues si bien es cierto que carece de algunas cualidades guerreras, su espíritu es recto y su razon despejada, como lo comprueba su habilidad en sobreponerse á las difíciles circunstancias de que se ha visto estrechado tantas veces. Táchasele de fanático porque, dotado de una sólida piedad, cumple escrupulosamente, y si se quiere con minuciosidad, los deberes del cristiano; pero bien se deja conocer que de ser minucioso en las prácticas relijiosas á ser fanático hay una distancia inmensa. Por último, se le trata de sanguinario porque sus partidarios asesinaban, saqueaban y cometian otras atrocidades que él no autorizaba ni podia evitar, porque son calamidades inherentes á las guerras, y mucho mas á las guerras civiles: ademas, ¿podian acaso evitar los jenerales de Isabel II los crímenes y tropelias de la soldadesca desenfrenada cuando entraba en una poblacion enemiga? Esto era imposible.

Léanse los periódicos publicados en Madrid en aquella época fatal, y se hallarán fusilamientos, incendios, y otros atentados cometidos por soldados que no eran los de D. Cárlos, y de cuyos crímenes se lamentaban aquellos periodistas. Véase, pues, como el confinado de Bourges no merece las odiosas calificaciones con que gratuitamente se le ha querido denigrar.

Nosotros, á fuer de historiadores verídicos, nos proponemos referir en esta obra algunos sucesos desconocidos y aclarar otros oscurecidos ó desfigurados; pero sin comentarios de ninguna especie; porque únicamente de esta manera podremos cumplir con el deber que nos imponemos al tomar la pluma, y librarnos de los inconvenientes que hemos espuesto al principio. Los hechos, por sí solos, dirán lo suficiente.

HISTORIA

DE

DON CARLOS.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento de D. Cárlos.—Sus estudios.—Su cautiverio en Francia.—Firmeza de D. Cárlos en el consejo de Marrac.—Su oposicion á la constitucion de 1812.—Casamiento de D. Cárlos con la princesa de Portugal Doña Francisca de Asís.—Principios políticos de D. Cárlos.—Epoca de 1820 à 1823.—Carácter de D. Cárlos.—Levantamiento carlista en Cataluña, atribuido á D. Cárlos.—La corte dividida en dos partidos.—Manejo de los partidarios de la reina para escluir á D Cárlos de la sucesion á la corona.—Grijalba y Calomarde.—Abolicion de la ley Sálica.—Protesta de los reyes de Francia, Nápoles y Cerdeña.—Nacimiento de la infanta Doña Maria Isabel.

Don Carlos Maria Isidro de Bonbon, hijo segundo de Cárlos IV rey de España, y de la reina Maria Luisa, nació el 29 de marzo de 1788, en el real sitio de Araujuez. Desde sus mas tiernos años manifestó estraordinarias disposiciones para el estudio, y el rey su padre confió los cuidados de su educacion á los sábios padres Scio y Bencomo. La filosofía, sobre todo, fué lo que pareció interesar de un modo particular á D. Carlos; aplicó á ella todos sus instantes, y con grande satisfaccion de sus venerables preceptores, hizo en esta ciencia admirables progresos. No sabia entonces el jóven príncipe cuánto le habia de

servir algun dia esta filosofía cristiana que bebia en el seno de la relijion, para apreciar en su justo valor los bienes y los males de esta miserable vida. Tampoco sabia que desterrado por dos veces en una tierra estranjera, no tendria otro consuelo que la fuerza de su espíritu, esa fuerza que la razon sujiere, que la relijion confirma, que la fé hace invencible, y que el justo mira como el único bien que le resta despues del naufrajio, porque ella le enseña á sobreponerse á su desgracia, le afirma en sus esperanzas y le proporciona consuelos en la adversidad.

El jeneral D. Vicente Maturana fué el encargado de enseñar al jóven príncipe el arte militar, hasta completar su educacion, y entonces le dieron por directores al marqués de Santa Cruz y al duque de la Roca.

D. Carlos no manifestó menos aptitud para esta nueva ciencia, que la que habia mostrado en los estudios literarios y en la filosofía; parecia que un noble presentimiento le anunciaba que no tardaria en tener necesidad de servirse de los conocimientos que adquiriese en sus estudios. En efecto, apenas salió D. Carlos de la tutela y dejó los maestros, sobrevino aquella gran catástrofe que privó á la España de sus lejítimos reyes.

Napoleon, que no atendia á la justicia ni á la buena fé cuando se trataba de satisfacer su ambicion y sus intereses, se precipitó repentinamente sobre la España su aliada, y con pretestos especiosos consiguió que la familia real fuese á Bayona (1808), donde quedó cautiva. La conducta que D. Carlos observó en esta ciudad en vista de las órdenes tiránicas de Napoleon, y á pesar de los recuerdos todavía recientes de los sangrientos fosos de Vincennes, manifestó claramente su valor y su firmeza. Esta fué la primera ocasion en que tomó parte en la política, pues habia permanecido estraño á los acontecimientos de Aranjuez que ocasionaron la abdicacion de su padre. En el consejo celebrado en el castillo de Marrac para proponer á los infantes, de parte del emperador de los franceses,

que renunciasen sus derechos á la corona de España, y aceptasen en cambio el reino de Etruria, solo D. Carlos conservó su dignidad de príncipe. El tímido Fernando estaba atemorizado con las amenazas de Napoleon; Escoiquiz opinaba que se cediese á aquella voluntad de hierro; pero D. Carlos, que apenas rayaba en los veinte años, se pronunció abiertamente contra toda condicion deshonrosa para su nacimiento, protestó altamente contra la violacion de sus derechos, y con un acento de dignidad que produjo grande efecto, esclamó: *Mas vale morir que vivir sin honor; yo no consiento.*

Napoleon, en desprecio de la majestad real, de la fé de los tratados, y del derecho de jentes, hizo trasladar al rey Fernando VII y á los infantes á Valencey, donde debian permanecer prisioneros.

Los leales españoles, aunque deploraron la suerte de sus príncipes, no se limitaron á los sentimientos de un estéril dolor; bien pronto estalló por todas partes el fuego de la venganza; en pocos dias se cubrió la España de combatientes, que juraron esterminar á sus falaces enemigos, y sabido es con qué valor y constancia supieron llevar á cabo esta resolucion que tan fatal fué á la Francia, porque el heroismo de los que peleaban por su rey y por la independencia de su patria, obligó á los franceses á abandonar un suelo que ya se habia tragado seiscientos mil hombres de las mejores tropas del imperio. Esta guerra de esterminio agotó los recursos de la Francia.

Por último, el héroe que supo convertir en su propio provecho todas las ventajas de la revolucion francesa, que por un instante llenó de espanto á los reyes, aterró á sus enemigos, inundó el mundo de un torrente de gloria, y reanimó el abatido orgullo de la nacion francesa, acabó su mision. Este temible coloso, este jigante esterminador, fué relegado á un punto del globo, donde algunos hombres solamente bastaron para contener los terribles efectos de aquel jenio, tan vasto como el universo que humilló á sus pies.

D. Carlos participó de la larga cautividad de su hermano en Valencey, y no volvió á su patria hasta el año de 1814. A su vuelta á España, tuvo una parte en el entusiasmo con que los españoles recibieron á sus príncipes despues de seis años de ausencia. El gobierno que rejía entonces á la nacion era constitucional, y las cortes resolvieron que no se permitiese ejercer la autoridad real á Fernando hasta que hubiese jurado la constitucion de 1812 en el seno de la representacion nacional. D. Carlos fué uno de los primeros que se opusieron á que el rey aceptase esta ley fundamental, y hé aquí el orijen de ese odio inveterado que el partido liberal ha manifestado constantemente á D. Carlos, haciéndole aparecer como el mas intolerante representante del absolutismo.

El 29 de setiembre de 1816 se efectuó el casamiento de D. Carlos con doña María Francisca de Asís, hija de D. Juan VI, rey de Portugal. Esta ilustre princesa, mas recomendable por sus virtudes que por el esplendor de su nacimiento, trajo á la corte de España esa dulce humildad, tan rara en los palacios de los soberanos, esa paciencia, esa moderacion y caridad que saben conciliarse todos los afectos. El cielo bendijo semejante union, y de ella nacieron tres hijos, D. Cárlos Luis, D. Juan Cárlos y D. Fernando. El primero de estos fué al principio educado por su misma madre, que, á ejemplo de Blanca de Castilla, creyó que el primer deber de una princesa es el de instruir á sus hijos en los principios de la relijion y formar su corazon para la virtud.

Entretanto se ocupaba D. Carlos del gobierno del Estado, cuyo importante cuidado le habia confiado Fernando, que en todo descansaba en él, porque miraba á su hermano como el alma de sus consejos y como el mas firme apoyo de su trono. Comunmente presidia D. Carlos, en ausencia del rey, el consejo de la Guerra y el de Estado: al mismo tiempo era coronel del escojido cuerpo de caballería conocido con el título de carabineros reales.

Fiel á los principios que deben formar la base de todo

gobierno monárquico conocia D. Carlos que cuando algunos espíritus inquietos y turbulentos consiguen en cierto modo sustraerse á una parte de la obediencia que deben á su soberano, el rey tiene que caminar de concesion en concesion; y concluyendo con perder toda su autoridad, y con ella el afecto de sus pueblos, cae frecuentemente en una vergonzosa servidumbre. La esperiencia confirmaba los principios de D. Carlos: acordábase de la desgraciada suerte de Cárlos I, rey de Inglaterra, y del sangriento fin del virtuoso, aunque demasiado débil Luis XVI, rey de Francia. Por eso en 1820, cuando las tropas que debian embarcase para América se sublevaron y pidieron la publicacion del código constitucional de 1812, D. Carlos se opuso fuertemente á ello, y declaró que era necesario emplear todos los medios, aun los mas rigorosos, para hacer entrar en su deber á los sublevados. Pero como su voto no prevaleció en el consejo, publicóse la constitucion, y fué necesaria una órden formal del rey para que su hermano la jurase. Pidióse que se borrase de las actas del consejo el voto de D. Carlos; pero el rey, temiendo ofender á su hermano, cuyos numerosos servicios reconocia, y teniendo además necesidad de sus consejos en las difíciles circunstancias en que se hallaba, no permitió que se le hiciese semejante injuria.

En 1822 solicitó D. Carlos, aunque inútilmente, que el rey le concediese el mando de la guardia real, comprometida en las calles de Madrid, en el momento en que esta tomó las armas para defender el trono, cada dia amenazado por los descamisados de todas las provincias de España, que se daban á si propios el título de patriotas y se mostraban como los mas ecsaltados liberales; pero que no tenian opinion propia, porque en tiempo de la restauracion vimos á muchos de ellos proclamar al rey absoluto con tanto entusiasmo como habian manifestado para victorear á la constitucion.

La adhesion de D. Carlos á las antiguas leyes de la monarquía española y su respeto á las prerogativas reales, le granjearon el afecto de todos los realistas del reino, que

pusieron en él todas sus esperanzas para lo futuro. Como los constitucionales sabian que mientras D. CARLOS estuviese al frente de los negocios del gobierno, solo cederia á la fuerza y tendrian que disputarle el terreno palmo á palmo, no podian sufrir la presencia de un príncipe que contínuamente se oponia á sus designios y desbarataba todos sus planes; por eso llegó á ser el objeto de todos sus ultrajes, de sus insultos y de las mayores vejaciones.

Como Fernando VII no habia jurado de buena voluntad la constitucion, y como las ecsijencias del partido dominante iban siendo cada vez mayores, protejió las partidas de realistas que en diversos puntos del reino se levantaron á su favor, y por último pidió socorro al rey de Francia. Apenas se supo en Madrid que Luis XVIII enviaba á España á su sobrino el duque Angulema con un ejército de cien mil hombres, resolvió el gobierno constitucional trasladarse de Madrid á Sevilla llevando consigo á la familia real, que recibió inumerables insultos durante el viaje. Llegados á Sevilla los ilustres cautivos, las córtes declararon depuesto al rey, se le puso fuera de la ley, se le acusó de haber hecho traicion á la patria llamando á los estranjeros para combatir á sus pueblos, y se obligó á la augusta familia á marchar á Cádiz, adonde se trasladó tambien el gobierno, como punto mas seguro.

Entretanto el ejército francés, que no halló oposicion á su paso, siguió su marcha hasta llegar á Cádiz, último asilo del partido liberal, cuya plaza sitió, y la guarnicion tuvo por fin que capitular. La constitucion quedó abolida y la corona volvió á recobrar sus antiguas prerogativas, pues aunque el rey prometió á los constitucionales, cuando se hallaba encerrado en Cádiz, un gobierno medio entre el constitucional y el absoluto, es decir, una constitucion menos democrática que la de 1812, luego que se halló en libertad y cuando nada tenia ya que temer, se olvidó de sus promesas y anuló todos los actos del gobierno constitucional.

Pacificada la España, D. CARLOS volvió á ocupar su asiento en el consejo de Estado, y se encargó de los nego-

cios particulares; pero su principal ocupacion fué la educacion de sus hijos, á la cual dedicaba todos los momentos de descanso que le dejaban los negocios: quiso cumplir por sí mismo con este deber sagrado, que desempeñó con toda la dulzura de un tierno padre, y la solicitud de un preceptor ilustrado. Su celo y sus luces obtuvieron los mas felices resultados, porque sus hijos, correspondiendo á los cuidados de su buen padre, adelantaron prodijiosamente.

Tambien empleaba D. Carlos una parte de su tiempo en satisfacer su natural inclinacion á ejercer obras de caridad. Unas veces visitaba á los militares pobres, otras á las viudas y huérfanos, complaciéndose en aliviar su indijencia: en una palabra, empleaba todo su supérfluo en limosnas, ya para subvenir á las necesidades de las casas de educacion, ya para socorrer á los desgraciados de cualquiera naturaleza que fuesen; porque habituado él mismo al infortunio, se compadecia de los sufrimientos de todos los infelices, á quienes miraba como á hermanos. Viósele en Orihuela reunir las vírjenes esparcidas que el tumulto de las guerras civiles habia dispersado, juntarlas en comunidad, dotarlas ricamente de sus propias rentas, y asegurarlas un porvenir tranquilo: tambien hizo construir para ellas una iglesia y un monasterio, bajo la advocacion de nuestra Señora de la Visitacion.

Por último, D. Carlos está dotado de todas las cualidades de un hombre de honor, y posee en alto grado todas las virtudes de familia: es relijioso sin fanatismo; piadoso sin intolerancia; jeneroso sin prodigalidad; económico sin avaricia; valiente, reflecsivo y sosegado: solo se ecsalta por el amor de su pais y por el respeto de la fé jurada. A pesar de todo esto no se libró de que sus enemigos le acusasen de conspirador contra su hermano; pero como nada pudieron probarle, recayó el odio de sus perseguidores sobre el arzobispo de Cuba, confidente de D. Carlos, y consiguieron hacerle salir de Madrid.

Atribuyóse á los manejos de D. Carlos el levantamiento de Cataluña en 1827; pero ninguna parte tuvo el infante

en estos acontecimientos, como lo comprueba el no haber perdido la confianza del rey, que conocia mejor que nadie la fidelidad de su hermano.

En mayo de 1829 murió, sin dejar sucesion, la reina doña María Josefa Amalia, tercera esposa de Fernando VII, y este acontecimiento despertó las esperanzas de los amigos de D. Carlos, que fueron despues burladas por los esfuerzos de los liberales. Para poder apreciar debidamente los manejos de que se valieron las personas que rodeaban á Fernando, es preciso advertir que hacia mucho tiempo se hallaba dividida la corte de Madrid en dos partidos, dirijidos por intereses opuestos, que eran el portugués y el napolitano: al primero pertenecian las princesas de Portugal doña María Francisca de Asís, esposa de D. Carlos, y la viuda del infante D. Pedro, princesa de Beira, al cual se hallaban adheridos todos los amigos de la monarquía pura: el segundo se componia de la princesa de Nápoles doña Luisa Carlota, esposa del infante D. Francisco de Paula, la cual protejia al partido liberal.

Como la esterilidad con que la Providencia habia señalado los tres matrimonios de Fernando dejaba espedito el camino del trono á D. Carlos, despues de muerto su hermano, el partido liberal concibió el proyecto de hacer contraer al rey el cuarto matrimonio con la esperanza de que dejando sucesion, no verian un dia la corona sobre la cabeza del infante, que les parecia peligroso por la severidad de sus costumbres y por la rijidez de sus principios monárquicos.

Poco tiempo despues del fallecimiento de la reina Amalia y con el objeto que antes hemos indicado, la infanta doña Luisa Carlota hizo traer de Nápoles el retrato de su hermana doña Maria Cristina, cuya princesa fué la que pareció mas á propósito al partido liberal para conseguir sus deseos, y lo presentó á Fernando, el cual prendado de la hermosura de la princesa napolitana, aceptó con mucho gusto la proposicion del nuevo himeneo. El rey Francisco I accedió á las instancias de su hija doña Luisa

Carlota, y concedió la mano de Maria Cristina á su primo el rey de España.

Aun recordamos las magníficas fiestas que precedieron y siguieron á este casamiento: María Cristina, acompañada de sus augustos padres, atravesó las provincias meridionales de Francia, donde se apresuró á cumplimentarla la duquesa de Berry, que la acompañó hasta la frontera; allí fué recibida por el capitan jeneral de Cataluña; y desde Barcelona á Madrid fué su tránsito una continuada série de homenajes que las poblaciones enteras salian á tribularle. El pueblo de Madrid la recibió con entusiasmo, y su esposo con amor. La belleza de Cristina le proporcionó tal ascendiente sobre Fernando, que desde esta época principió á declinar la influencia de las princesas portuguesas, y se entibió la constante amistad que siempre habia reinado entre Fernando y D. Carlos.

Los partidarios de Cristina, queriendo á todo trance escluir del trono á D. Carlos, proyectaron la abolicion de la ley sálica establecida en 1713 por Felipe V, despues de discutida y votada por las córtes jenerales del reino, convocadas para arreglar la sucesion à la corona de España. Esta ley decidia *que los príncipes decendientes del rey Felipe V. en cualquier grado, serian preferidos en la sucesion de la corona á las princesas, aunque fuesen hijas del rey.* Todos los españoles aplaudieron entonces esta ley, que fijaba la sucesion al trono en la posteridad masculina, con preferencia á los derechos de las hembras, porque disipaba los temores de verse algun dia sometidos á un príncipe estranjero.

Apenas se supo el embarazo de la reina, sus partidarios decidieron llevar adelante el proyecto que habian concebido, y D. Juan Grijalba, el mas íntimo é influyente de los favoritos del rey, fué el encargado de dar los primeros pasos, y de inclinar el ánimo de Fernando á favor del premeditado cambio en el órden de sucesion. El rey se resistió al principio á esta espoliacion de los derechos de su hermano; pero Grijalba renovó sus instancias con tanta frecuencia, y las apoyó con tales razones de interes per-

sonal á la familia de Fernando, que este príncipe, acosado tambien por otras personas no menos influyentes que Grijalba, prometió que haria publicar la pragmática sancion de 1789. Grijalba no perdió tiempo: trasladóse inmediatamente á casa del ministro de Gracia y de Justicia (1), y le mandó, de parte del rey, que hiciese buscar la pragmática sancion de 1789, relativa á los derechos de sucesion á la corona, y que la presentase á la firma la primera vez que trabajase con S. M. Al mismo tiempo dijo Grijalba al ministro, que el rey mismo habia remitido á su predecesor el orijinal de dicha pragmática, pocos dias despues del fallecimiento de la reina Isabel. Calomarde obedeció las órdenes que se le acababan de trasmitir, y presentó dicho documento al rey, quien despues de tenerle guardado durante doce dias, le devolvió á su ministro, con la palabra *Publíquese*, escrita de su propia mano.

No obstante, Calomarde hizo algunas observaciones al rey, dándole á entender que era inoportuna semejante publicacion; que era un golpe de estado que produciria muchos desórdenes, porque derribaba una de las leyes fundamentales de la monarquía, y proporcionaba así nuevos medios al partido revolucionario para perturbar la tranquilidad del reino; pero el rey no hizo caso de sus observaciones, y le mandó con toda la severidad de una resolucion bien meditada, *que hiciese ejecutar su voluntad.*

Calomarde tuvo que ceder, aunque con sentimiento, á esta órden formal de su soberano. Tal vez se dirá que si no creia esta medida acertada, su obligacion era haber hecho dimision de la cartera, para evitar su responsabilidad; pe-

(1) Componíase el ministerio en esta época de las personas siguientes:
D. Manuel Gonzalez Salmon, ministro de Estado.
D. Francisco Tadeo Calomarde, ministro de Gracia y Justicia.
El marqués de Zambrano, ministro de la Guerra.
D. Luis Maria Salazar, ministro de Marina.
D. Luis Lopez Ballesteros, ministro de Hacienda.

ro la dimision del ministro, presentada en semejante circunstancia, hubiera podido valerle una órden de destierro ó de prision en una fortaleza, y rara vez se halla tanto heroismo en un hombre de estado. Por otra parte, Calomarde tenia que guardar mas miramientos que otro cualquiera, porque hacia tiempo que sus enemigos le acusaban como partidario muy pronunciado de D. Carlos, y el mismo rey llegó á sospechar de la fidelidad de su ministro.

El 29 de marzo de 1830 se publicó, con todas las solemnidades acustumbradas en tales ocasiones, la pragmática sancion, cuyo documento vamos á trascribir á nuestros lectores:

«Don Fernando VII, por la gracia de Dios, rey de Castilla y de Leon, etc.

»A los infantes, prelados, duques, marqueses, condes, ricos-hombres, priores, comendadores de las órdenes, etc., sabed:

»Que en las córtes que se celebraron en mi palacio del Buen Retiro el año 1789, se trató á propuesta del rey mi augusto padre, que está en gloria, la necesidad y conveniencia de hacer observar el método regular establecido por las leyes del reino y por la costumbre inmemorial de suceder en la corona de España, con preferencia de mayor á menor y de varon á hembra, dentro de la respectiva línea por su órden; y teniendo presente los inmensos bienes que de su observancia por mas de setecientos años habia reportado esta monarquía, asi como los motivos y circunstancias eventuales que contribuyeron á la reforma decretada por el Auto acordado de 10 de mayo de 1713, elevaron á sus reales manos una peticion con fecha de 30 de setiembre del referido año de 1789, haciendo mérito de las grandes utilidades que habian venido al reino, ya antes, ya particularmente despues de la union de las coronas de Castilla y Aragon, por el órden señalado en la ley 2.ª, título 15, partida 2.ª, y suplicándole que sin embargo de la novedad hecha en el citado Auto acordado, tuviese á bien mandar se observase y guardase perpétuamente en la sucesion de la

monarquía dicha costumbre inmemorial atestiguada en la citada ley, como siempre se habia observado y guardado, publicándose pragmática sancion como ley hecha y formada en córtes, por la cual constase esta resolucion, y la derogacion de dicho Auto acordado.

»A esta peticion se dignó mi augusto padre resolver como lo pedia el reino, decretando á la consulta con que la junta de asistentes á córtes, gobernador y ministros de mi real cámara de Castilla acompañaron la peticion de las córtes, que «habia tomado la resolucion correspondiente á la citada súplica,» pero mandando que «por entonces se guardase el mayor secreto por convenir así á su servicio;» y en el decreto á que se refiere, «mandaba á los de su consejo espedir la pragmática sancion que en tales casos se acostumbra.» Para en su caso pasaron las córtes á la via reservada copia certificada de la citada súplica, y demás concerniente á ella, por conducto de su presidente conde de Campomanes, gobernador del consejo, y se publicó todo en las córtes con la reserva encargada.

»Las turbaciones que ajitaron la Europa en aquellos años, y las que esperimentó despues la península, no permitieron la ejecucion de estos importantes designios, que requerian dias mas serenos. Y habiéndose restablecido felizmente por la misericordia divina la paz y el buen órden de que tanto necesitaban mis amados pueblos, despues de haber ecsaminado este grave negocio y oido el dictámen de ministros celosos de mi servicio y del bien público, por mi real decreto dirijido al mismo consejo en 26 del presente mes, he venido en mandarle que con presencia de la peticion orijinal, de lo resuelto á ella por el rey mi muy querido padre, y de la certificacion de los escribanos mayores de córtes, cuyos documentos se le han acompañado, publique inmediatamente ley y pragmática en la forma otorgada.

»Publicado aquel en mi consejo pleno, acordó su cumplimiento y espedir la presente en fuerza de ley y pragmática sancion como hecha y promulgada en córtes. Por la

cual mando se observe, guarde y cumpla perpétuamente el literal contenido de la ley 2.ª, titulo 15, partida 2.ª, cuyo tenor es el siguiente:

«Mayoria en nascer primero es muy grant señal de amor »que muestra Dios á los fijos de los reyes, á aquellos »que la da entre los otros sus hermanos que nascen despues »del..... el fijo mayor ha poder sobre los otros sus herma»nos, asi como padre et señor, et ellos en aquel lugar le »deben tener. Otrosí, segunt antigua costumbre, como »quier que los padres comunalmente habiendo piedat de los »otros fijos non quisieron que el mayor lo hobiese todo, »mas que cada uno de ellos hobiese su parte; pero con to»do eso los homes sabios et entendudos, catando el pro co»munal de todos, et conociendo que esta particion non se »podrie facer en los regnos que destroidos non fuesen, se»gunt nuestro señor Jesucristo dijo que todo regno parti»do astragado serie, tovieron por derecho aquel señorio »del regno non lo hobiese sinon el fijo mayor despues de »la muerte de su padre. Et esto usaron siempre en todas »las tierras del mundo do el señorío hobieron por linaje et »mayormente en España: ca por escusar muchos males que »acaescieron et podrien aun seer fechos, posieron que el »señorío del regno heredásen siempre aquellos que viniesen »por liña derecha, et por ende establecieron que si fijo ma»yor hi non hobiese, la fija mayor heredase el regno, et aun »mandaron que si el fijo mayor moriese ante que heredase, si »dejase fijo ó fija que hobiese de su muijer lejítima, que »aquel ó aquella lo hobiere, et non otro ninguno....»

«Y por tanto mando á todos y cada uno de vos en vuestros distritos, jurisdiciones y partidos, guardeis, cumplais y ejecuteis esta mi ley y pragmática sancion en todo y por todo, segun y como en ella se contiene..... por convenir asi á mi real servicio, bien y utilidad de la causa pública de mis vasallos, que asi es mi voluntad; y que al traslado impreso de esta mi carta, firmado de D. Valentin de Pinilla, mi escribano de cámara mas antiguo y de gobierno del mi consejo, se le de la misma fé y crédito que á su orijinal,

Dada en Palacio á 29 de marzo de 1830.—Yo el Rey.»

La publicacion de esta ley consternó á los realistas y aumentó las esperanzas del partido liberal. El rey de Nápoles, jefe de la rama primojénita de los Borbones de España, que perdia para sus hijos gran parte de las eventualidades á esta corona, se apresuró á protestar contra la pragmática sancion. Cárlos X, rey de Francia sostuvo tambien los derechos de su familia por medio de una protesta, á la cual se adhirió el duque de Orleans: este príncipe no prevía que tres años despues sostendria, como rey de los franceses, con subsidios y tratados de alianza, esos mismos derechos contra los cuales reclamaba ahora. El rey de Cerdeña juntó tambien su protesta á la de todos los miembros de su familia; pero la revolucion de julio vino á inutilizar todas estas protestas por los cambios que produjo.

El infante D. Cárlos no protestó entonces, sino que se reservó hacer valer el derecho que le daba la ley sálica de 1713, cuando llegase el tiempo de poner en ejecucion la nueva ley.

Entre tanto se acercaba á su término el embarazo de la reina Cristina, y todos los ánimos estaban poseidos de la mayor ansiedad. Los partidarios de D. Carlos conocian que si la reina daba á luz un príncipe se desvanecerian todas sus esperanzas; pero si por el contrario, era princesa, podian alimentarlas muy halagüeñas, confiando en que á pesar de la reciente ley y de lo dispuesto que se mostraba el rey á llevarla á cabo, la nacion se sublevaria en su favor. Llegó por fin el 10 de octubre, y la bandera blanca enarbolada en el réjio alcazar anunció el nacimiento de la infanta Doña Maria Isabel. Entonces cesó la ansiedad pública para dar lugar á disputas acaloradas, en las que unos defendian los derechos de esta princesa, al paso que otros los contestaban, segun sus opiniones ó intereses.

La Francia, para no ser inquietada por los monarcas de Europa, procuró llevar á sus estados el fuego de la discordia. Comunicando pues, su espíritu revolucionario á los Paises Bajos, ocasionó la separacion del pueblo belga, que se cons-

tituyó en estado independiente; estimuló á los polacos á dar el grito de emancipacion, que fue causa de la ruina de su patria, y dió suelta y socorros á los emigrados españoles que residian en su territorio, los cuales entraron en España por varios puntos; pero lejos de hallar los pueblos dispuestos á favorecerlos, por el contrario, se vieron perseguidos por ellos y por las tropas realistas que los arrojaron del pais: los que quedaron prisioneros fueron pasados por las armas.

Las rivalidades que ecsistian entre las princesas portuguesas y napolitanas, afligian sobremanera á los amantes de la felicidad de España, tanto mas, cuanto previan que necesariamente habian de producir una guerra civil. Mr. Auguet de Saint-Sylvain (1), acérrimo defensor de la monarquía y muy adicto á D. Carlos, en las conversaciones que tuvo con el infante D. Francisco de Paula, le manifestó el pesar que le causaba ver la enemistad que reinaba entre los miembros de la familia real, cuando, por el contrario, el peligro comun debia estrechar mas sus lazos; y le hizo presente las funestas consecuencias que dentro de breve término iba á ocasionar esta desunion. El infante D. Francisco parecia que comprendia la gravedad de la situacion; pero sumiso á la imperiosa voluntad de su esposa, se limitó á deplorar los males que no podia evitar. Todos los esfuerzos que con el mismo objeto hicieron cerca de la familia real muchos fieles servidores, no tuvieron resultado, á causa de las incesantes intrigas de algunos cortesanos estranjeros, que tenian interés en fomentar estas disenciones deplorables, las cuales produjeron frecuentemente escenas aflictivas entre las princesas: los enemigos de la dignidad real tenian un placer en publicarlas ecsajerándolas, á fin de arrancar del corazon del pueblo español el respeto que siempre habia tenido hácia sus príncipes

(1) El mismo dia en que D. Carlos partió de Inglaterra, envió á Mr. Auguet, su compañero de viaje, un despacho nombrándole baron de los Valles.

El odio de la infanta Doña Luisa Carlota contra las princesas portuguesas, y la persuasion en que estaba de que la causa de su sobrina era la misma que la de doña Maria de la Gloria, la indujeron á declararse públicamente contra la lejitimidad de D. Miguel, rey de Portugal, á pesar de que esta lejitimidad estaba reconocida por Fernando VII, que tenia un embajador cerca de la córte de Lisboa.

Los partidarios de Maria Cristina acusaban altamente á D. Miguel como usurpador del trono de su sobrina, y apenas habia en la corte quien se atreviera á tomar la defensa de aquel príncipe: desde este momento pudo preverse cuál sería la conducta futura del gobierno español con respecto á D. Miguel.

Los adictos á la monarquía pura abrigaron por un momento la esperanza de que los males que amenazaban á nuestra nacion iban á ser prevenidos por los escrúpulos que se apoderaron del ánimo del rey durante su enfermedad en san Ildefonso, porque las medidas adoptadas entonces por el monarca tendían á este nuevo objeto, como verán nuestros lectores por la narracion de los sucesos que vamos á referir en el capítulo siguiente.





CAPITULO II.

Enfermedad de Fernando VII. —Proposiciones de Fernando á D. Cárlos y contestacion del infante á su hermano. —Temores del rey y de la reina. —Decreto de derogacion de la pragmática de Cárlos IV, y restablecimiento de la ley sálica. —Viaje acelerado de la infanta doña Luisa Carlota. —Cambia nuevamente el aspecto de las cosas. —Caida del ministerio. Club de los cristinos. —Supuesta conspiracion contra la reina. — Manifiesto de Zea Bermudez.

Fernando VII, cuya salud hacia ya mucho se hallaba notablemente alterada por los frecuentes ataques de gota, esperimentó uno tan violento en setiembre de 1832, hallándose la córte en el real sitio de S. Ildefonso, que le condujo hasta las puertas del sepulcro: todas las personas de la servidumbre, y aun los mismos médicos, creyeron, durante algunos momentos, que habia espirado; cubriéronle el rostro con la sábana y abrieron todas las ventanas de su aposento, como se acostumbra hacer en la habitacion de un muerto. En el primer instante de turbacion, fué despachado un correo que trasmitió in-

mediatamente la fatal noticia á Madrid; la muerte del rey causó jeneral espanto en la capital de la monarquía, por lo imprevisto que habia sido este acontecimiento; se estendió rápidamente por toda España, y los miembros del cuerpo diplomático espidieron correos estraordinarios para anunciarla oficialmente á sus respectivas córtes. Un parte telegráfico comunicó la noticia á París, y Luis Felipe, que fué el primero que la supo por el telégrafo de Bayona, se apresuró á ponerla en conocimiento del conde de Ofalia, embajador de España.

Todos los embajadores residentes en Madrid, los grandes dignatarios de la corona, los primeros funcionarios del estado y una multitud de empleados superiores, se apresuraron á trasladarse á la Granja, para ser testigos de los grandes sucesos que alli se preparaban. Las colgaduras y paños funerarios para las ecsequias del monarca habian salido ya del guardaropa de palacio, y la capital esperaba de un instante á otro la llegada de la córte, cuando el telégrafo de San Ildefonso anunció que el rey habia vuelto en sí del letargo que habia sufrido. En efecto, con los remedios y cuidados que se le prodigaron, recobró sus fuerzas y sus facultades rápidamente, y se halló en poco tiempo en disposicion de tratar de los negocios del Estado con su familia y con las personas que gozaban de su confianza. Sin embargo, no habia desaparecido el carácter grave de su enfermedad, y los médicos declararon que habian perdido la esperanza de poder conservar su vida por mucho tiempo.

Los amigos de D. Carlos no perdian la esperanza de que el rey revocase la pragmática de Carlos IV, y hacian cuantos esfuerzos podian para conseguirlo. La reina y sus adictos no se hallaban con fuerzas suficientes para luchar con sus adversarios, á quienes no acobardaban los obstáculos, y seguian con teson el plan que se habian propuesto.

Informada María Cristina del estado de la nacion y de los rumores que corrian en Madrid acerca de la muerte de su augusto esposo, fue la primera en aconsejar al rey que propusiese á D. Carlos un acomodamiento: en su consecuen-

cia Fernando encargó al conde de la Alcudia esta negociacion.

Aunque el conde nunca quiso desconocer los derechos de D. Carlos á la corona, creyó que no debia afligir á su señor en el lecho de la muerte, rehusando una comision tan contraria á sus convicciones políticas. Presentóse pues al infante el 17 de setiembre, y le manifestó los deseos de su hermano, que eran el que admitiese el cargo de *consejero* de la reina Cristina, á quien acababa de conferir la dignidad de rejente del reino, por todo el tiempo que durase su enfermedad. Pero la rectitud de espíritu del infante y su penetracion, le hicieron evitar el lazo que se le tendia, pues conoció que si aceptaba la proposicion, él mismo consagraba en cierto modo la espoliacion de sus derechos á la corona; atrincheróse, pues, con las tradiciones de familia de los Borbones, que nunca han permitido á los príncipes de esta casa tomar parte en los negocios del Estado durante la vida de un rey mayor, y procuró cubrir su negativa con todas las formas de la sumision y del respeto, asegurando que, mientras viviese el rey su hermano, jamás se mezclaría en la administraccion de su reino.

El conde de la Alcudia fue á llevar esta respuesta al rey, y media hora despues volvió á ver á D. Carlos para hacerle otra proposicion mas esplícita, y al parecer mas conveniente á la dignidad del infante. Díjole, de parte de S. M., que tomase una parte en la rejencia de concierto con la reina, que su hijo se casase con la infanta Doña Isabel. D. Carlos, viéndose estrechado á esplicarse mas terminantemente, contestó con espresion moderada, «que no podia suscribir á una proposicion que tendia nada menos que á hacerle abandonar su derecho, los de sus hijos y demas individuos de su familia, á la corona de España.»

Entonces el conde de Alcudia le hizo presente que su negativa iba á esponer el pais á los trances de una guerra civil, cuyos resultados no podian calcularse. «Por evi«tarla, replicó el infante, he resuelto defender mis dere«chos de hacer un llamamiento á la nacion, que se apresu-

»rará á responder á él; porque está convencida, como yo, »de que nada puede autorizar á mi hermano para destruir »una ley fundamental del estado, que juró observar á su »advenimiento al trono. Todo el cuerpo diplomático parti- »cipa de esta conviccion; y en el caso en que Dios llame pa- »ra sí á mi hermano, si se trata de hacer valer las in- »justas pretensiones de mi sobrina, por mi parte sostendré »mis derechos, y la lucha no podrá ser dudosa.»

El conde de la Alcudia, que admiraba los sentimientos del infante, no quiso insistir mas, y fué á dar parte al rey de la negativa de su hermano. Fernando VII, que tal vez en su interior, y sin la influencia que el partido de la reina ejercia sobre él, aprobaba las razones de D. Carlos, se asustó de los peligros que esta lucha de familia podia hacer correr á la monarquía, y se hallaba dispuesto á retroceder en su proyecto de rejencia y abolicion de la ley sálica. El Ministro se aprovechó de esta disposicion de Fernando; le dijo que participaba de los mismos temores de S. M., y que tenia razones poderosas para creer que los *revolucionarios*, con el pretesto de defender la ley de partida, entregarian la España á todo el furor de las facciones; añadiendo que era dificil el prever hasta dónde llegaria la efusion de sangre. Cristina, que no se separaba un momento de su esposo, tomó entónces la palabra, y dijo visiblemente conmovida, que no podia consentir que se derramase ni una gota de sangre por su causa personal.

Fernando preguntó al conde de la Alcudia qué debia hacer para conjurar la tempestad que amenazaba á España, y el ministro le contestó inmediatamente: «El único medio pronto y »eficaz para prevenir esa desgracia, seria anular el decreto de »abolicion de la ley sálica: esta vuelta á las antiguas leyes de »la monarquía española destruirá al momento las esperanzas de »los revolucionarios.»

Conociendo el rey el fatal estado de su salud, y poseido de las ideas relijiosas que turbaban su conciencia, entrevia con terror las calamidades que preparaba á la España despues de su muerte: y temiendo que pesase sobre él la san-

gre que se iba á derramar, se decidió á restablecer la ley sálica y á anular el testamento, por el cual nombraba á la reina rejente del reino durante la menor edad de su hija Isabel. Asi pues, contestó enternecido á su ministro: «La »felicidad de mi pueblo ha sido siempre el objeto de mis ac- »ciones: de consiguiente no puedo titubear en hacer la de- »rogacion que me pedís, supuesto que debe contribuir á »asegurar la paz en España. Estiende el decreto de de- »rogacion.»

El conde de la Alcudia hizo presente al rey que la espedicion de este decreto no era de las atribuciones de su ministerio, sino que correspondia al de Gracia y Justicia. El rey encargó al conde que comunicase á Calomarde la órden para que al dia siguiente se personase en su aposento. Con efecto, el 18 por la mañana se presentó Calomarde al rey, quien le enteró de todo cuanto habia pasado entre él y el infante, y le mandó que redactase el decreto de derogacion de la ley de partida, pero con la condicion de que habia de permanecer secreto hasta despues de su muerte. Calomarde aplaudió la determinacion de S. M., porque le presentaba un medio de reconciliarse con sus antiguos amigos, cuyo afecto se habia enajenado desde el año 1828, por haber aconsejado á Fernando que faltase á la promesa que hizo á los sublevados en Cataluña, y haber hecho derramar la sangre de los que se creian indultados. Sin embargo, Calomarde manifestó al rey que si un decreto de tanta importancia no se hallaba revestido con todas las formalidades legales, era suministrar un pretesto á los enemigos del estado para poner en duda la autenticidad de este acto de derogacion, y autorizarlos para sostener que la voluntad del rey habia sido sorprendida: de consiguiente que era necesario que esta nueva resolucion de S. M. fuese comunicada al consejo de ministros, y sancionada por su presencia. Al efecto señaló el rey la hora de las seis de la tarde para la reunion del consejo de ministros en su habitacion. Calomarde se trasladó á la secretaria de Estado, donde se hallaban reunidos todos sus colegas, les comunicó las últimas

intenciones de SS. MM., y todos las aprobaron altamente. Entonces, tomó la pluma Calomarde y estendió la minuta del decreto en estos términos:

«Deseando dar á mi pueblo una nueva prueba del afecto »que le profeso, he juzgado á propósito derogar la ley 2.ª, »título 15, partida segunda, sobre la sucesion á la co- »rona, y todas las cláusulas de mi testamento que pudieran »ser contrarias á esta última determinacion. Mando que »este decreto quede depositado en el ministerio de Gracia »y Justicia hasta despues de mi muerte. Tendréislo enten- »dido y dispondreis su cumplimiento. — Yo el Rey.»

A la hora indicada todos los ministros se trasladaron á la habitacion del rey y se colocaron alrededor de su cama. Calomarde leyó en alta voz el decreto, y terminada su lectura el rey aprobó la redaccion: Cristina colocó por sí misma un pupitre sobre la cama del rey, y le presentó una pluma para que firmase. Fernando puso al pie del decreto su frase acostumbrada: en seguida volvióse hácia Calomarde y le preguntó si era necesario que añadiese su nombre. El ministro contestó que aunque la fijacion del nombre no era circunstancia precisa para la validez del decreto, vista su importancia creia que haria bien en ponerlo. Entonces firmó el rey al lado de su frase, y devolvió la minuta á Calomarde, que debia guardarla hasta despues de la muerte del monarca. Fernando paseó sus miradas sobre sus ministros, y habiendo notado que no se hallaba presente el ministro de la Guerra, Zambrano, preguntó dónde estaba. Uno de los ministros le respondió que hacia dos dias que habia vuelto á Madrid para ponerse á la cabeza de las tropas, y estar pronto á reprimir, en caso de necesidad, las turbulencias que pudieran ocasionar las circunstancias difíciles en que se hallaba España.

Los amigos indiscretos de la reina y sus partidarios descontentos, no dejaron de esparcir sordamente entre el público la noticia de la revocacion de la prágmatica del 29 de marzo de 1830, y designaron á Calomarde como instigador de esta nueva determinacion del rey, suscitando

de este modo ódios violentos contra el ministro. Varios de sus amigos le informaron de las siniestras tramas que se organizaban, y tuvo aviso, al parecer verdadero, de que algunos revolucionarios fogosos habian formado el proyecto de asesinarle con el fin de apoderarse del decreto é impedir su publicacion despues de la muerte del rey. Calomarde dió parte de todo el consejo de ministros, el cual decidió por unanimidad que el orijinal del decreto se remitiese oficialmente al decano del consejo de Castilla, recomendándole no le hiciera rejistrar sin que antes recibiese para ello órden espresa. . . . .

Desde este momento pareció que el rey estaba mas sosegado; y al dia siguiente dijo á Calomarde, estrechándole afectuosamente la mano. *¡Qué peso tan enorme he quitado de mi corazon! ahora ya moriré tranquilo.*

Esta gran resolucion que prevenia todas las turbaciones que amenazaban, recibió la aprobacion de todo el cuerpo diplomático: hasta el conde de Rayneval se mostró su mayor partidario.

En esta circunstancia, el rey Fernando VII obró incontestablemente con toda la libertad de su conciencia y con todo el poder de su voluntad; no cedió ni á las sujestiones de sus cortesanos ni al temor de los amigos de su hermano, como algunos han querido suponer despues; dió su firma en toda la plenitud de su libre albedrío. Asi, puede asegurarse que todo lo que pasó en San Ildefonso fué hecho de buena fé, sin violencia, sin conspiracion, aunque han dicho lo contrario los escritores pertenecientes al partido liberal. Todas las personas que lo presenciaron, cualquiera que sea su modo de pensar, pueden atestiguarlo.

Resignada la reina á su suerte solo se ocupaba de sus intereses personales; y temiendo que su modo de proceder con respeto á la infanta esposa de D. Carlos, pudiese influir mas tarde en su porvenir; hizo preguntar á esta princesa, así cuando llegase á ser reina olvidaria los agravios que le habia hecho.» Doña Francisca de Asis respondió con dignidad, «que se guardaria muy bien de imitar lo que en-

tonces parecia á la reina digno de censura; y pues que S. M. reconocia haberla agraviado, lo olvidaba en aquel mismo instante.»

La infanta Doña Luisa Carlota, esposa del infante D. Francisco, y hermana de la reina Cristina, se hallaba con toda su familia en Sevilla, cuando recibió un correo espedido por el secretario del infante su esposo, para hacerla saber cuanto habia pasado en san Ildefonso: esta noticia fué para la infanta como el golpe de un rayo. Desesperada del triunfo de las princesas sus rivales, y ciega por el odio que las profesaba, se apresuró á ponerse en camino para San Ildefonso, con la esperanza de que aun viviria Fernando, y de que llegaria bastante á tiempo para hacerle revocar el decreto que derrivaba el nuevo edificio de sucesion al trono construido no sin trabajo sobre las ruinas de la ley sálica y de la antigua constitucion del estado. En solas cuarenta horas hizo el viaje de Sevilla á San Ildefonso; es decir, que en tan corto tiempo salvó una distancia de ciento ochenta leguas, á través de caminos difíciles por las montañas.

Su llegada cambió en un momento el aspecto de las cosas: reprendió á la reina por haber abandonado los intereses de sus hijas; tuvo una escena violenta con los ministros, particularmente con el conde de la Alcudia, á quien trató de traidor porque no la habia enviado un correo desde los primeros síntomas de la enfermedad del rey, como lo ecsijia su deber. El ministro la respondió con dignidad que se habia conformado en un todo á las órdenes del rey su amo.

En seguida Doña Luisa Carlota hizo leer al rey todo cuanto habian publicado los periódicos realistas de Francia, luego que llegó á París la falsa noticia de su muerte; le asedió con tanta perseverancia y tanta destreza, y ejerció tan hábilmente la especie de dominacion á que así esta princesa como su hermana tenian sometido al débil Fernando, que este monarca cedió á todo lo que ecsijieron de él, y anuló cuanto habia hecho. El ministerio cayó: Calomarde fué desterrado á su tierra, y tres semanas despues de su salida de la córte se comunicó una órden al capitan jeneral de

Valladolid para que le encerrase en una fortaleza; pero prevenido á tiempo el ex-ministro, se retiró á Francia, con la minuta del decreto de derogacion. La causa de estas medidas rigurosas que se tomaron contra Calomarde, fué el haberse negado á entregar aquel importante documento.

El conde de la Alcudia fué nombrado embajador en Inglaterra; pero rehusó este empleo y se retiró á Italia. Los demas miembros del gabinete fueron tratados mucho mas favorablemente; pues quedaron en el consejo de Estado con el sueldo de ministros. Estos miramientos eran muy naturales, porque casi todos estos ex-ministros pertenecian al partido que subia al poder. El ministerio de Gracia y Justicia se confió á Cafranga, miembro del consejo de Castilla, y agregado á la cámara del rey, cuyo cargo lo debia á la mision que desempeñó en calidad de secretario del marqués de Cerralbo, enviado por el rey en 1819 á las córtes estranjeras con el objeto de que negociase un nuevo casamiento para el monarca.

Cafranga, Ballesteros y Grijalba se encargaron de la formacion del nuevo ministerio: sus cólegas fueron Cea Bermudez, Monet y Ulloa interinamente, hasta la llegada del jefe de escuadra Laborde, y de Encima y Piedra. Despachóse un correo á Cea, que se hallaba de representante de nuestra córte en Lóndres, para que se apresurase á venir á ocupar su puesto; pero este, que queria asegurarse de la marcha que iba á adoptar la nueva administracion, y evitar la odiosidad de las numerosas destituciones que debian tener lugar, pretestó un ataque de gota para diferir su marcha. Esta determinacion agradó sobremanera á los ministros Ulloa y Encima y Piedra, asi como al partido constitucional, del cual eran jefes, y se aprovecharon del tiempo que se les dió para apoderarse del ánimo de la reina, á quien Fernando habia habilitado nuevamente para el despacho durante su convalecencia; y se esforzaron sobre todo en decidir á Cristina á que se lanzase por la senda de la revolucion. Sin embargo, estos dos ministros esperimentaron alguna resistencia de parte de los demas individuos

del gabinete, que no adoptaban tan completamente su sistema político; pero fueron poderosamente secundados por el nuevo intendente de policía, San Martin, que ya habia desempeñado este encargo durante el gobierno de las córtes, y tambien fueron apoyados eficazmente por el consejo de la reina.

Dicho consejo, cuya influencia fué inmensa en todos los negocios que vamos refiriendo, se componia de los duques de San Fernando y de San Lorenzo, del marqués de Cerralbo, del conde de Puñonrostro, grandes de España; y del abogado Cambronero. Estos personajes habian desempeñado un papel mas ó menos importante durante la última revolucion; y escepto Cambronero, reputado como el mejor abogado de Madrid todos los demas eran de una capacidad política mucho menos que mediana.

El duque de San Fernando habia dado pruebas de su incapacidad durante su ministerio en 1820: y porque se habia casado con la hermana del cardenal de Borbon, y de la princesa de la Paz, considerábase como individuo de la familia real. Retenido como prisionero en Bilbao por la junta carlista, murió poco despues de recobrar su libertad.

El marqués de Cerralbo solo era conocido por la mision de que hemos hablado antes. A propósito de este personaje, vamos á referir una anécdota, de cuya autenticidad no salimos garantes, pero que si es cierta, como lo confirma un autor, manifiesta la habilidad que desplegó en el espresado viaje diplomático el año 1819. Dícese, pues, que durante su residencia en Turin leyó en un almanaque viejo que el príncipe Victor Manuel tenia una hija llamada la princesa Beatriz; y sin entrar en mas informaciones se la pidió para esposa de su soberano. Sorprendióse el rey de Cerdeña de semejante peticion, mas le contestó en tono festivo: «Mucho me lisonjea el honor que me haceis en nombre de »S. M. Católica: y si yo hubiese conocido antes sus intenciones, no hubiera dispuesto de la mano de mi hija en »favor del duque de Módena, cuya esposa es hace siete »años.»

Estos eran los hombres que dirijian á la reina en los actos que señalaron su rejencia. Otro individuo, que es útil dar á conocer, hizo tambien un papel importante en estos manejos políticos: llamábase Ronchi, y su vida es una novela que no queremos referir por no ser difusos: baste saber que hallándose en Tánjer se casó con la viuda del cónsul de España, y vino con ella á Madrid: algun tiempo despues de la llegada de Cristina, consiguió introducirse en la córte y ganar el afecto de la reina, por cuya recomendacion fué nombrado cónsul honorario por el ministro Salmon. Cuando estalló la division entre las princesas de Nápoles y de Portugal, tuvo el encargo de vijilar todas las acciones de la infanta Doña Francisca de Asís y de la princesa de Beira. Cuando el casamiento del infante D. Sebastian con una hermana de la reina, fué elejido Ronchi para llevar á Nápoles los regalos de boda, y tuvo el honor de acompañar á la princesa hasta Madrid: desde esta época se aumentó su crédito cerca de la reina, que durante su rejencia le nombró consejero honorario de hacienda y director de loterías, dos de los empleos mas lucrativos del reino. Tambien participaba de la confianza de la reina una modista llamada Teresita, la cual habia llegado á tan alto grado de favor, que hasta los ministros buscaban su amistad. Teresita tenia el derecho de introducir cerca de la reina, cuyas funciones correspondian á un grande de España en calidad de jentilhombre de servicio. Esta modista no disfrutó largo tiempo de su privanza porque fué desterrada por los consejos de Cea Bermudez, y se retiró á Francia con una pension considerable que le señaló la reina.

Solo hemos entrado en pormenores acerca de estas dos personas, porque hicieron un papel muy superior á su condicion durante la rejencia, penetrando á cualquiera hora en la habitacion de la reina, y desempeñando los encargos mas secretos é importantes. Por su influencia, y para contrabalancear al partido realista, que era eminentemente carlista, la reina se entregó en manos del partido revolucionario, de ese partido que todo se lo bebió entonces y que al-

gunos años despues se lo pagó con la mayor ingratitud. Los capitanes jenerales, y los gobernadores de las ciudades fueron reemplazados por jenerales constitucionales; volviéronse á abrir las universidades; llamáronse al consejo de Castilla y á los primeros empleos gran número de liberales, y por último se publicó el célebre decreto de amnistía.

Esta medida política fue recibida con jeneral aplauso de la nacion, porque se abrian las puertas de la patria á multitud de españoles que jemian en tierras estrañas por sus pasados estravios, y se creia que aleccionados por la esperiencia habrian cambiado sus opiniones ecsajeradas; pero un fatal presentimiento se apoderó de los que meditaron detenidamente las consecuencias de la resolucion del gobierno: el número de emigrados era considerable; la permanencia de estos en paises estranjeros, y sus relaciones con los que mas se distinguian allí por la destemplanza de sus ideas, debian haberles contajiado con sus doctrinas, que tan dañosas eran para nosotros. En efecto, la desgracia, en vez de intimidar á aquellos hombres, les habia ecsasperado doblemente, é iban á producir en España un violento sacudimiento. Creyéndose llamados en favor de un partido débil, y pasando repentinamente del destierro á los mejores empleos, dieron mayor importancia á sus ausilios y se creyeron hombres indispensables. De este modo el decreto de amnistía en vez de producir un bien, dió impulso á las opiniones ecsajeradas y al fanatismo político, orijen de tantos males.

La mejoría que el rey esperimentaba hacia algun tiempo, en el estado de su salud, fué seguida de una recaida que le privó casi enteramente del uso de sus facultades intelectuales: desde entonces su estado se fué empeorando. Durante esta última crisis de la enfermedad del rey, el partido liberal hizo grandes progresos: cada dia obtuvo nuevas concesiones de la reina rejente, y consiguió que Ulloa ocupase en propiedad el ministerio de Marina, en lugar de Laborde. En vano los ministros Cafranga y Monet luchaban con perseverencia contra las ecsijencias, renovadas sin cesar, de los

constitucionales: su posicion llegó á ser tan difícil, que desconfiaron de poderla conservar, y ofrecieron su dimision repetidas veces; pero la reina no se atrevió á admitirla, temiendo que si su esposo se aliviaba la hiciese violentas reconvenciones por haberse separado de estos dos ministros, cuyo afecto y moderacion le eran conocidos.

No pudiendo obtener los revolucionarios la mayoría en el consejo, organizaron fuera del gobierno otros medios de accion que debian crear nuevos peligros para la monarquia: formaron sociedades secretas, así en la capital como en las provincias, cuyos afiliados se llamaban *cristinos*. Dos grandes de España, jóvenes, de poca capacidad y mucha imprevision, se encargaron de organizar estos clubs en Madrid: trataron de hacer prosélitos entre los guardias de Corps; pero únicamente pudieron hacer entrar en sus planes á treinta de los quinientos que componian los cuatro escuadrones. Solo cinco oficiales de la guardia real consintieron en unirse á ellos, á pesar de las amenazas con que se procuró intimidar á todos los que rehusaron formar parte de estas reuniones revolucionarias.

Viendo los cristinos que no podian hacer mayor número de prosélitos entre los guardias de Corps y la guardia real, solicitaron el licenciamiento de ambos cuerpos: los dos ministros cómplices suyos, se encargaron de hacer la proposicion al consejo; pero fué tan vivamente combatida por sus cólegas, ofreciendo de nuevo su dimision, que quedó desechada.

No se desanimaron por eso los amigos de la revolucion; antes bien procuraron triunfar por otros medios: inventaron un complot contra la vida de la reina y de las infantas sus hijas, en el cual trataron de comprometer á casi todos los guardias de corps y oficiales de la guardia: esta pretendida conspiracion debia estallar en la noche del 8 de noviembre. Los cinco oficiales, miembros de los clubs, fueron los encargados de informar á la reina de aquel atentado. Asustada S. M., dió la órden al jeneral Pastors, para que entrase en Madrid con su division, acantonada en las inme-

diaciones de la capital desde la enfermedad del rey; convocó en palacio el consejo de ministros, que estuvo reunido hasta el siguiente dia: todos los cuerpos de la guarnicion estuvieron sobre las armas en sus cuarteles: los cristinos armados se reunieron en la casa del superintendente de policía, de donde salieron á media noche organizados por secciones y recorrieron las calles de Madrid.

Un alarde tan estraordinario de fuerzas, en el momento en que la capital gozaba de la mas perfecta tranquilidad, hizo creer á los voluntarios realistas que se los queria desarmar: corrieron todos á sus cuarteles resueltos á defenderse, y establecieron avanzadas en las inmediaciones de sus puestos de guardia, para rechazar al enemigo si se presentaba. Ni un solo voluntario dejó de reunirse á sus compañeros en aquel momento que juzgaron de peligro.

La denuncia de la supuesta conjuracion, que comprometia el honor de la guardia y atizaba el fuego de la discordia en Madrid, decidió á los jefes de dicho cuerpo á arrestar á los autores; pero habiendo sido puestos en libertad de órden de la reina, á instancias de Ulloa, se vieron obligados á batirse en desafio con muchos de sus compañeros. Vencedores y vencidos quedaron arrestados en su cuartel, mas los cristinos recobraron prontamente la libertad, mientras que sus adversarios fueron despedidos de la guardia y desterrados á veinte leguas de Madrid.

Poco tiempo despues llegó á la córte Cea Bermudez, á quien esperaban con impaciencia sus dos cólegas moderados, é informado del estado en que se hallaba la nacion, y del disgusto con que el numeroso partido realista miraba las innovaciones que se iban haciendo en el gobierno, porque prevía otras mas trascendentales contra la monarquía, se ocupó inmediatamente de la redaccion de aquella famosa circular que fué leida en consejo de ministros, presidido por la reina y aprobada sin oposicion, cuyo documento estaba concebido en estos términos:

«La linea política interior y esterior que el rey nuestro señor tenia trazada á su gobierno, habia prodcuido ya al-

gunas ventajas á la monarquía, ó infundido á toda la Europa una justa confianza en los principios que guiaban á S. M. Adherido á ellos por deber y por convencimiento, es bien notorio que los tomé constantemente por norma en el ejército de mis funciones cuando por la primera vez se dignó S. M. elevarme al importante puesto que hoy me confia de nuevo. Parecia, pues, ocioso volver ahora á esponerlos á V.: pero habiendo llegado á noticia de la reina nuestra señora que de poco tiempo á esta parte han cundido en los paises estranjeros ideas equivocadas acerca del actual estado de cosas en España, atribuyéndose á su gobierno miras que nunca ha tenido; y suponiéndole la intencion de variar de sistema. S. M., deseosa de desvanecer por los medios que estan á su alcance estos errores, para evitar las funestas consecuencias que si se acreditasen, pudieran acarrear, se ha servido ordenarme haga á V. una clara y sencilla manifestacion de la marcha invariable que de conformidad con la espresada voluntad del rey, su augusto esposo, está firmemente resuelto á seguir, asi en la administraceion del reino como en las relaciones con nuestros aliados y amigos.

«De los actos recientes del gobierno, el que con mas particularidad ha sido objeto de falsas ó ecsajeradas interpretaciones, es precisamente el que mas realza la innata piedad de nuestros amados soberanos; aquella virtud en cuyo ejercicio mas se complacen, y á la que no ponen otros límites que los que ecsijen la vindicta pública y la seguridad del estado. Habrá V. ya colejido que hago alusion al real decreto de amnistía de 15 de octubre último.

«La reina nuestra señora está decidida á llevarle á debido y cumplido efecto, con una perseverancia igual al espíritu de jenerosidad que le ha dictado; y al paso que halla la mas dulce recompensa en enjugar las lágrimas de aquellos á quienes abre las puertas de la patria; no duda que corresponderán á su maternal bondad agradecidos y leales.

«Ni se han circunscrito á esta medida las imputaciones infundadas. La censura se ha estendido á otras providenoias dictadas por S. M. con solo el designio de promover la union,

la concordia y la felicidad de los pueblos. Y aun el terror de algunos hombres bien intencionados ha llegado hasta el estremo de recelar que la forma y las instituciones de la monarquía iban á sufrir un cambio total; que la España, en fin, habia hecho alianza con la revolucion.

«Como nada está mas lejos de su real ánimo, la reina nuestra señora no podia mostrarse indiferente á este estravio de la opinion pública. S. M. no ignora que el mejor gobierno para una nacion es aquel que mas se adapta á su índole, sus usos y costumbres, y la España ha hecho ver reiteradamente y de un modo inequívoco lo que bajo este concepto mas apetece y mas le conviene. Su relijion en todo su esplendor; sus reyes lejítimos en toda la plenitud de su autoridad; su completa independencia política; sus antiguas leyes fundamentales; la recta administracion de justicia, y el sosiego interior, que hace florecer la agricultura, al comercio, la industria y las artes, son los bienes que anhela el pueblo español.

«La reina nuestra señora quiere, y se promete asegurarle el goce de estos bienes; y todos sus desvelos se encaminarán constantemente al logro de tan grande fin, sin esponer el reino, como jamás le espondrá, á los violentos sacudimientos y consiguientes calamidades que arrastra en pos de sí la aplicacion de unas teorías que la nacion á aprendido á mirar con horror, escarmentada por el funesto ensayo que de ellas ha hecho en dos diversas ocasiones.

«Por tanto, S. M. la reina, conservando las bases que la sabiduría del rey nuestro Señor ha sentado como reglas fijas de su gobierno, y persuadida de que los españoles fundan un noble orgullo en ser á todo trance fieles á sus soberanos y sumisos á las leyes, se declara enemiga irreconciliable de toda innovacion relijiosa ó política que se intente suscitar en el reino ó introducir de fuera para trastornar el órden establecido, cualquiera que sea la divisa ó pretesto con que el espíritu de partido pretenda cubrir sus criminales intentos. Mas no por eso debe entenderse que S. M. se negará á adoptar en los diferentes ramos de la administracion públi-

ca, aquellas mejoras que la sana política, la ilustracion y los consejos de hombres sabios y verdaderamente amantes de su patria indiquen como provechosas; asi como, reconociendo que la perfeccion solo es dada al supremo Criador, y que todo lo que sale de las manos de los hombres es incompleto, S. M., que solo se propone el acierto, no repugnará tampoco el revocar ó modificar sus providencias cuando la esperiencia le demuestre su insuficiencia ó desventajas.

»Tales son las mácsimas inalterables que la reina nuestra señora seguirá en el réjimen interior del reino. Con la misma solícita constancia observará S. M. las que el rey tiene sabiamente establecidas respecto á las relaciones diplomáticas de España con las naciones estranjeras.

»Estas mácsimas forman un sistema de política tan justa, sencilla y franca, que gana en ser escudriñada. Es tan esenta de ambicion y de todo jénero de interés esclusivo, que se aviene perfectamente con cuanto puede conducir á mantener y estrechar la amistad y buena intelijencia con todos los gabinetes.

»Escrupulosa observadora de los empeños contraidos, y respetando la independencia ajena, la España aspira únicamente á que las otras potencias continuen guardando con ella la fé de los tratados, y que su independencia sea igualmente respetada. Y como todos los gobiernos le dirijen cordiales espresiones de amistad, confia que no cesarán de multiplicarse los testimonios de buena voluntad y afecto que obtiene de sus aliados, en cambio de su lealtad y del esmero con que se aplicará á granjearse su aprecio y confianza.

»Conservando así la paz interior y esterior podrá dedicarse con entero desahogo á estender sus relaciones mercantiles bajo un pie de recíproca utilidad con todas las naciones, y especialmente con aquellas que por su posicion, por los progresos de su industria y por otras consideraciones ofrezcan al efecto mayores facilidades fomentando la esportacion de las numerosas y variadas producciones de nuestro suelo privilejiado.

»La única cuestion política que de algun tiempo á esta parte ha inquietado al gabinete español, por lo muy inmediatamente interesado que está en su pronta solucion, es la deplorable lucha empeñada entre los dos príncipes de la casa real de Braganza. S. M. no se desviará en esta cuestion de la marcha que ha seguido hasta aquí. La perfecta neutralidad que ha prometido guardar no será quebrantada; y aplicando á este caso sus ya enunciados principios de respetar el derecho de la independencia de las naciones, no intervendrá en el conflicto mientras que todos los demas gabinetes observen la misma conducta con respecto á Portugal, y las repetidas y solemnes promesas que S. M. ha tenido la satisfaccion de recibir de la Inglaterra y la Francia, de que por su parte no infrinjirán la convenida neutralidad, alejan todo motivo de recelo de nuevas complicaciones en este desagradable negocio.

»Finalmente, la buena fe y la franqueza que han sido siempre el carácter distintivo del gabinete español, y que la reina nuestra señora quiere que sigan siéndolo ahora mas que nunca, son otros tantos garantes de que las demás naciones hallarán en la España una potencia, bien que independiente, firme y constante en su amistad, cuyas relaciones serán ventajosas á la par que sólidas, y que estará dispuesta á coadyuvar en cuanto esté de su parte al mantenimiento de la paz jeneral, que forma el objeto de los deseos y afanes de todos los soberanos.

»Lo que digo á V. de real órden á fin de que estas prevenciones y aclaraciones le sirvan siempre de norma, ya para rectificar por todos los medios que estén al alcance de V. cualquiera errado concepto que se haya podido formar en ese pais en estos últimos tiempos, respecto á la verdadera situacion de la España y miras de su gobierno, y ya para todos los casos en que convenga que V. haga uso de ella en el círculo de sus atribuciones; en la intelijencia de que este despacho ha sido leido y unánimemente aprobado en el consejo de ministros que la reina nuestra señora se ha dignado presidir en persona. Dios etc. Madrid 3 de diciembre de 1832.=Firmado.=Francisco de Cea Bermudez.»

Tal era la marcha que el gobierno se propuso; y aun suponiendo que estuviese decidido á llevarla á cabo, no comprendió el espíritu de la época, como se lo hicieron conocer despues los acontecimientos que se siguieron, porque habiendo principiado el trono la carrera de las concesiones en favor del partido liberal, y á desconfiar de los realistas, tenia que entregarse enteramente á los innovadores y satisfacer todas sus ecsijencias. Por el pronto el manifiesto de Cea aterró al partido liberal, é hizo concebir á los realistas las mas halagüeñas esperanzas, porque creyeron que habian cambiado las opiniones del ministro, y que emplearia el ascendiente que tenia sobre el ánimo del rey, en hacerle comprender que el medio mas á proposito para conservar la paz en España era publicar el decreto de derogacion que habia firmado anteriormente; pero no tardaron en desengañarse cuando vieron aparecer en la gaceta del gobierno un decreto suprimiendo la inspeccion jeneral de voluntarios realistas; decreto cuya minuta habia sido escrita por la propia mano de Cea: esta supresion equivalia á un completo licenciamiento de dicho cuerpo, temible entonces por su fuerza, union y disciplina, y último apoyo de la monarquía. La direccion de los voluntarios realistas quedó encargada en cada provincia á los capitanes jenerales.

Cea Bermudez no tardó en reemplazar al ministro Monet por su antiguo cólega de 1824, el jeneral Cruz, y á Cafranga por el consejero de Castilla Fernandez del Pino. Propuso tambien al conde de Ofalia el ministerio del Fomento, que aceptó despues de haber intentado vanamente obtener el de Estado. Igualmente debe atribuirse á Cea la destitucion de los comandantes jenerales de la guardia, que fueron remplazados por dos hechuras suyas, los jenerales Quesada y Freire, tenidos entonces por liberales moderados, y dejó las demas remociones á su cólega de la Guerra, que apenas llegó destituyó á casi todos los jenerales y oficiales superiores, y á unos doscientos oficiales de la guardia. Debemos decir en honor del valiente jeneral Freire que se opuso á estos cambios, y que no pudiendo remediar-

los ofreció su dimision; pero tuvo que someterse. Cuatrocientos guardias de Corps fueron enviados á sus casas y solo quedó para hacer el servicio un escuadron compuesto únicamente de cristinos. El mismo espurgo se hizo en el ejército: todos los oficiales reputados como realistas, y los que habian servido en el ejército de la Fé en 1820, 21, 22 y 23, fueron licenciados, y se crearon dos nuevos rejimientos de caballería ó infantería, que tomaron el nombre de la princesa Isabel, cuyo mando se confió casi enteramente á oficiales constitucionales.





CAPITULO III.

Declaracion de Fernando VII contra el decreto de derogacion.—Supuesta conspiracion carlista.—Persecuciones contra los realistas.—Destierro de la princesa de Beira.—Salida de D. Carlos y de su familia para Portugal.—Jura de la princesa Isabel.—Protesta de D. Carlos, y correspondencia de este infante con el rey.

Como el manifiesto ó circular de Cea Bermudez desvanecia los cálculos de los liberales, para que tampoco los amigos de D. Carlos pudiesen cantar victoria, se ocupó Cea, despues de terminado su trabajo de las remociones, en hacer que el rey se retractase de un modo solemne, de todo cuanto habia firmado en San Ildefonso. Ademas se decia que Calomarde, en cuyo poder se hallaba el decreto orijinal de derogacion, iba á presentar este documento á las córtes estranjeras para hacerles ver la lejitimidad de los derechos de D. Carlos, atestiguada por la última voluntad de Fernando VII: por esto, y para qui-

tar toda esperanza á los carlistas, se procuró que el rey hiciese una pública y solemne declaracion de que habian abusado de su trastorno intelectual para arrancarle un consentimiento enteramente contrario á su voluntad. Esta especie de retractacion se hizo con toda la ostentacion y formalidades que creyeron necesarias á la importancia y novedad del caso.

El 30 de diciembre de 1832, mandó la reina, por un decreto de la misma fecha, que al dia siguiente se presentasen en palacio las personas que nombraba á continuacion, para un asunto del real servicio. Ejecutóse como S. M. lo mandaba, y el objeto de aquella reunion fué para lo que se espresa en el siguiente certificado, espedido por el ministro de Gracia y Justicia, como notario mayor del reino:

«D. Francisco Fernandez del Pino, caballero gran cruz de la real órden de Isabel la Católica, etc., etc. Certifico y doy fé: que habiendo sido citado de órden de la reina nuestra señora por el señor secretario primero de Estado y del despacho, para presentarme en este dia en la cámara del rey nuestro señor, y siendo admitido ante su real persona á las doce de la mañana, se presentaron conmigo en el mismo sitio, citados tambien individualmente por la dicha real órden, el muy reverendo cardenal arzobispo de Toledo; el Sr. D. Francisco Javier Castaños, presidente del consejo real; el Sr. D. Francisco de Cea Bermudez, primer secretario de Estado, presidente del consejo de ministros; el Sr. D. José de la Cruz, secretario del despacho de la Guerra; el Sr. D. Francisco Javier de Ulloa, secretario del despacho de Marina; el Sr. D. Victoriano de Encima y Piedra, secretario del despacho de Hacienda: el señor conde de Ofalia, secretario del despacho del Fomento jeneral del reino; los señores consejeros de Estado mas antiguos ecsistentes en Madrid, conde de Salazar, duque del infantado, D. José Garcia de Latorre, D. José Arnaez, D. Luis Lopez Ballesteros, y marqués de Zambrano; la diputacion permanente de la grandeza, compuesta de los señores duque de Villahermosa, marqués de Cerralbo, marqués de Miraflores, conde de

Corvellon, conde de Parsent, marqués de Alcañices y marqués de Ariza: el señor patriarca de las Indias: el reverendo obispo auxiliar de Madrid: el señor comisario jeneral de la santa cruzada: los señores D. Francisco Marin y D. Tadeo Ignacio Gil, camaristas mas antiguos de Castilla: el Sr. D. Ignacio Omulrian y Rourera, decano del consejo supremo de Indias, y el Sr. D. Francisco Javier Caro y Torquemado, camarista del mismo: el Sr. D. Anjel Fuertes, decano del consejo real de las órdenes: el Sr. D. Felipe de Córdoba, gobernador del consejo supremo de Hacienda: los señores títulos de Castilla, conde de San Roman, marqués de Campoverde, marqués de la Cuadra, y conde de Adanero: la diputacion de los reinos compuesta de los señores D. Matias Pareja y Torres, D. Joaquin Gonzalez Nieto, D. Francisco Iñigo de Iñigo, D. José Ferrer, D. Juan Pablo Perez Caballero, D. Pedro Vivero y Moreo y D. Santiago Lopez Regañon: el Sr. D. Estevan Hurtado de Mendoza y Ponce de Leon, diputado en corte por la provincia de Guipúzcoa, y los Sres. D. José Garriga y D. Simon Ibarra, cónsules del tribunal de comercio de Madrid. Y á presencia de todos me entregó S. M. el rey una declaracion, escrita toda de su real mano, que me mandó leer, como lo hice en alta voz, para que todos la oyesen, y es á la letra como sigue:

«Sorprendido mi real ánimo en los momentos de agonía á que me condujo la grave enfermedad de que me ha salvado prodijiosamente la divina misericordia, firmé un decreto derogando la pragmática sancion de 29 de marzo de 1830, decretada por mi augusto padre á peticion de las córtes de 1789 para restablecer la sucesion regular en la corona de España. La turbacion y congoja de un estado en que por instantes se me iba acabando la vida, indicarian sobradamente la indeliberacion de aquel acto, si no la manifestasen su naturaleza y sus efectos. Ni como rey pudiera yo destruir las leyes fundamentales del reino, cuyo restablecimiento habia publicado, ni como padre podiera con voluntad libre despojar de tan augustos y lejítimos derechos á mi descendencia. Hombres desleales ó ilusos cercaron mi le-

cho, y abusando de mi amor y del de mi muy cara esposa á los españoles, aumentaron su afliccion y la amargura de mi estado, asegurando que el reino entero estaba contra la observancia de la pragmática, y ponderando los torrentes de sangre y la desolacion universal que habría de producir si quedaba derogada. Este anuncio atroz, hecho en las circunstancias en que es mas debida la verdad por las personas mas obligadas á decírmela, y cuando no me era dado tiempo ni sazon de justificar su certeza, consternó mi fatigado espíritu y absorvió lo que me restaba de inteligencia para no pensar en otra cosa que en la paz y conservacion de mis pueblos, haciendo en cuanto pendia de mí, este gran sacrificio, como dije en el mismo decreto, á la tranquilidad de la nacion española.

«La perfidia consumó la horrible trama que habia principiado la seduccion, y en aquel dia se estendieron certificaciones de lo actuado, con insercion del decreto, quebrantando alevosamente el sijilo que en el mismo y de palabra mandé que se guardase sobre el asunto hasta despues de mi fallecimiento.

»Instruido ahora de la falsedad con que se calumnió la lealtad de mis amados españoles, fieles siempre á la descendencia de sus reyes, bien persuadido de que no está en mi poder ni en mis deseos derogar la inmemorial costumbre de la sucesion, establecida por los siglos, sancionada por la ley, afianzada por las ilustres heroinas que me precedieron en el trono, y solicitada por el voto unánime de los reinos; y libre en este dia de la influencia y coaccion de aquellas funestas circunstancias; declaro solemnemente de plena voluntad y propio movimiento, que el decreto firmado en las angustias de mi enfermedad, fué arrancado de mí por sorpresa: que fué un efecto de los falsos terrores que sobrecojieron mi ánimo, y que es nulo y de ningun valor, siendo opuesto á las leyes fundamentales de la monarquía, y á las obligaciones que como rey y como padre debo á mi augusta descendencia. En mi palacio de Madrid á 31 dias de diciembre de 1832.»

«Concluida por mí la lectura, puse la declaracion en las reales manos de S. M., quien asegurando que aquella era su verdadera y libre voluntad, la firmó y rubricó á presencia de los dichos señores, escribiendo al pie Fernando; y yo pregunté á los que presentes estaban si se habian enterado de su contesto, y habiendo respondido todos que estaban enterados, se finalizó el acto, y S. M. mandó que se retirasen los señores arriba referidos, y yo deposité en seguida esta real declaracion en la secretaría de mi cargo, donde queda archivada. Y para que en todo tiempo conste y tenga sus debidos efectos, doy el presente testimonio en Madrid, en el mismo dia 31 de diciembre de 1832.—Firmado.—Francisco Fernandez del Pino.»

De este modo se vió á Fernando VII dar á la Europa el triste espectáculo de un soberano declarando en una asamblea jeneral de toda la córte, de los grandes del reino y de los altos funcionarios del Estado, que habia sido indignamente engañado por todos los que le rodeasen en su lecho de muerte. Las retractaciones de un monarca dan una idea poco favorable de la dignidad real. Nada diremos acerca de esta reunion, aunque notamos en ella la ausencia de los príncipes de la sangre y del cuerpo diplomático, cuya presencia en semejante acto nos parece que era muy importante.

A pesar de que los liberales decian que Fernando habia sido sorprendido y engañado, ó que se habia abusado del trastorno que la enfermedad causará en su intelijencia, cuando firmaba un decreto favorable á los realistas, y estos se valian de las mismas espresiones, cuando el decreto era propicio á sus adversarios, nosotros creemos que en uno y otro caso obraba el rey con entero conocimiento, y que por su poca enerjía se dejaba persuadir fácilmente del partido que le rodeaba.

Viendo el partido liberal que, sin embargo de las medidas que habia tomado, hácia pocos progresos, intentó nuevas conspiraciones para conseguir alejar de la familia real á sus mas adictos servidores. El superintendente de policía remitió á la reina el plan de una vasta conjuracion, cuyas rami-

ficaciones, decia, se estendian hasta las provincias mas distantes, y cuyo objeto era asesinar á la reina, á las dos infantes, sus hijas, y á los ministros para proclamar en seguida á D. CARLOS rey de España, en lugar de Fernando VII, que seria declarado incapaz de reinar.

Este pretendido complot, tan ajeno del carácter español, porque los españoles nunca han sido regicidas, y que solo ecsistia en las oficinas de la policía, produjo sobre el ya debilitado espíritu del rey el efecto que se esperaba, y sirvió de pretesto á las medidas de rigor que se tomaron contra los mas fieles realistas. Muchos fueron desterrados ó encerrados en prisiones; ni aun se respetaron las habitaciones de D. CARLOS, pues su jentíl hombre, el conde de Negri, fué arrestado hallándose á la mesa del juego del infante. Todas estas persecuciones no tenian otra causa que el afecto que algunos españoles profesaban á D. CARLOS, pues conocian bien los severos principios de lealtad de este príncipe que jamás hubiera consentido que conspirasen en su favor contra el rey su hermano. Sin embargo, los rigores ejercidos contra los realistas, produjeron algunas escisiones en las provincias. La insurreccion de la ciudad de Leon fue ocasionada por el arresto del venerable obispo de dicha provincia. Su adhesion al infante CARLOS, y la grande influencia que tenia sobre el clero y sobre los realistas, le habian hecho sospechoso á los revolucionarios, los cuales consiguieron, algunos dias despues de los sucesos de San Ildefonso, que se le esconerase del cargo de consejero de Estado. Con todo, el gobierno no logró reprimir por entonces las rebeliones de los realistas.

Animados los partidarios de la reina por las concesiones que obtenian cada dia, se atrevieron á pedir al rey el destierro de la princesa de Beira, porque la severidad de sus principios políticos, la firmeza de su carácter y el afecto que profesaba á su hermana Doña Francisca de Asís esposa de D. CARLOS, la habian hecho mucho tiempo hacia, objeto del odio de los liberales. El rey firmó la órden, que se comunicó á la princesa de Beira, para que saliese de

España y se retirase á Portugal; pero para evitar las murmuraciones del pueblo se buscó un pretesto en que motivar la marcha de la princesa. En un real decreto, fecha 13 de marzo, decia S. M.: «Por carta que en 23 de febrero próximo me dirijió de Braga mi augusto sobrino el rey de Portugal, manifestó sus vivos deseos de que la princesa de Beira, su hermana, mi muy cara y amada sobrina se restituyese al seno de su familia, habiendo ya cesado por el matrimonio de su hijo el infante D. Sebastian, la tutoría que dió motivo á su venida y permanencia en España.» Despues añadia S. M. que habiendo accedido á tan justa solicitud, y convenido la princesa en su partida, la habia señalado ella misma para el 16 del propio marzo.

Viendo D. CARLOS que sus enemigos buscaban todas las ocasiones de perderle en el ánimo de su hermano, atribuyéndole los movimientos que habian tenido lugar, en varios puntos del reino, se decidió por último á quitar á sus perseguidores todo pretesto de calumnia, y solicitó del rey el permiso para acompañar con su familia, á su cuñada la princesa á Portugal. Fernando rehusó al principio acceder á la marcha de su hermano; pero el ministro Cea Bermudez le hizo comprender cuan importante seria que D. CARLOS no se hallase en Madrid cuando se efectuase la ceremonia de la *Jura*, en la cual una protesta del infante podria tener las mas graves consecuencias. Con estas reflecsiones triunfó Cea, sin mucho trabajo, de la repugnancia del rey, que dió su consentimiento á cuanto se le propuso, y en el mismo real decreto de 13 de marzo antes mencionado, decia S. M. que habia concedido permiso por dos meses para que acompañasen á la princesa de Beira, los infantes D. CARLOS y D. Sebastian con sus respectivas familias.

Salieron pues de Madrid el espresado dia 16 de marzo de 1833, y con la ausencia de D. CARLOS respiró el gobierno cual si hubiese arrojado fuera de sí un peso que lo abrumaba. Los amigos de D. CARLOS se despidieron de él con pesar y le juraron eterna fidelidad. Tambien Fernando se

mostró sensible á la separacion de un hermano que tantas pruebas le habia dado de su afecto y fidelidad; porque ocasiones tuvo en que pudo haber conquistado el trono ó intentádolo al menos con probabilidad de buen écsito, y jamás quiso degradarse. Compañeros hasta entonces, así en los dias adversos como en los felices, habia participado de su cautividad en Francia y de sus peligros en España; y le era doloroso apartarle de su lado en aquella ocasion, cuando la muerte amenazaba arrebatarle la corona con la vida. No sentia menos el infante alejarse de su querido hermano: melancólico y severo como los principios que habia adoptado por norma de su conducta, era sin embargo de condicion apacible: respetaba á su hermano como mayor y como rey, y no creia que al despojarle de los derechos con que habia nacido obrase por voluntad própia, sino dominado por la faccion enemiga suya, é impelido por la pasion natural de padre; así no le animaba contra él particularmente resentimiento alguno.

D. Carlos no dejó de recibir durante su viaje algunas muestras de afecto en los pueblos por donde pasó, á pesar de las órdenes del gobierno para que no se le hiciesen honores de ninguna especie, prohibiendo bajo pena de prision á los voluntarios realistas que se le presentasen con uniforme, y á los curas el que se tocasen las campanas.

La llegada de los infantes á Portugal escitó allí los mas vivos trasportes de alegria: el pueblo portugués volvia á ver enternecido á sus princesas, hermanas de su rey, que tantos años hacia se hallaban lejos de su patria. La infanta Doña Francisca de Asís habia dejado el Portugal en 1816, y la princesa de Beira, su hermana, en 1822. Los portugueses no habian olvidado el amor de las princesas á su pais, ni los servicios que prestaron al ejército del marqués de Chaves, subviniendo á sus necesidades durante algunos meses, y facilitándole despues los medios de volver á entrar en Portugal: así que el viaje de los infantes desde Elvas hasta Lisboa fue una continuada série de fiestas populares.

Hallábase por este tiempo dividido el ministerio espa-

ñol, porque Cea se empeñaba en seguir lentamente las reformas, al paso que sus colegas querian que se llevasen adelante con toda velocidad; pero Cea, con los ministros de la Guerra y del Fomento, se presentó al rey, manifestándole que los planes de los revolucionarios eran proclamar la constitucion; acusó á los otros ministros de complicidad con los revoltosos; pidió su destitucion y el destierro del superintendente de policía y de otros muchos individuos. El rey accedió á la peticion del presidente del gabinete, que se compuso de amigos de Cea, porque este queria dirijir por sí solo los negocios.

La reina se incomodó tanto por la separacion de sus adictos, que permaneció en su habitacion sin querer recibir al ministro. Cea trabajó mucho para reconciliarse con la reina; pero temiendo que esta señora recobrase su imperio en el ánimo de su marido, creyó captarse su voluntad apresurándose á convocar las córtes para la ceremonia de la jura de la infanta Doña María Isabel, como princesa de Asturias, llamada al trono en virtud de la pragmática sancion de 29 de marzo de 1830.

Al mismo tiempo envió Cea al embajador español en Portugal, la órden de trasladarse cerca del infante D. Carlos, y pedirle en nombre del rey, que declarase si consentiria en reconocer públicamente á su sobrina Doña María Isabel como princesa de Asturias, y jurarle obediencia cuando se reuniesen las cortes. El 29 de abril de 1833, se presentó el embajador Córdoba en el palacio de Ramalhao (1), donde se hallaba entonces D. Carlos con su familia, y le comunicó su mision y las órdenes del rey. El infante le dijo que él mismo contestaria á su hermano directamente, segun convenia á su dignidad y carácter. Entonces fué cuando D. Carlos escribió aquella carta histórica que acompañó á su protesta

(1) Palacio de recreo de los reyes de Portugal, á cinco leguas de Lisboa, cerca de Cintra.

contra la ceremonia de la *Jura*, en la cual se espresa tan noblemente como hermano y como súbdito, y en donde se admira la delicadeza con que procura conciliar sus deberes políticos con sus intereses de familia.

A continuacion insertamos parte de la larga correspondencia que sobre este particular medió entre D. Carlos y su hermano, cuya lectura dirá mas que cuantas reflecsiones pudiéramos hacer nosotros: por ella se verán referidas con toda propiedad las circunstancias que acompañaron á aquella negociacion. Estas cartas deben conservarse como documentos históricos muy interesantes.

CARTA DEL INFANTE D. CARLOS AL REY.

«Mi muy querido hermano de mi corazon, Fernando mio de mi vida: he visto con el mayor gusto por tu carta del 23 que me has escrito, aunque sin tiempo, lo que me es motivo de agradecértela más, que estabas bueno, y Cristina y tus hijas: nosotros lo estamos, gracias á Dios. Esta mañana á las diez, poco mas ó menos, vino mi secretario Plazaola á darme cuenta de un oficio que habia recibido de tu ministro en esta corte, Córdoba, pidiéndome hora para comunicarme una real órden que habia recibido; le cité á las doce, y habiendo venido á la una menos minutos, le hice entrar inmediatamente, me entregó el oficio para que yo mismo me enterase de él, le leí, y le dije que yo directamente te responderia, porque así convenia á mi dignidad y carácter, y porque siendo tú mi rey y señor, eres al mismo tiempo mi hermano, y tan querido toda la vida, habiendo tenido el gusto de haberte acompañado en todas tus desgracias.—Lo que deseas saber es si tengo ó no intencion de jurar á tu hija por princesa de Asturias; ¡cuánto desearia poderlo hacer! Debes creerme, pues me conoces, y hablo con el corazon, que el mayor gusto que hubiera podido tener, seria el de jurar el primero y no darte este disgusto, y los que de él resulten; pero

mi conciencia y mi honor no me lo permiten; tengo unos derechos tan lejítimos á la corona, siempre que te sobreviva y no dejes varon, que no puedo prescindir de ellos; derechos que Dios me ha dado cuando fué su voluntad que yo naciese, y solo Dios me los puede quitar, concediéndote un hijo varon, que tanto deseo yo, puede ser que aun mas que tú: además en ello defiendo la justicia del derecho que tienen todos los llamados despues que yo, y así me veo en la precision de enviarte la adjunta declaracion que hago con toda formalidad á tí y á todos los soberanos, á quienes espero se la harás comunicar.—Adios, mi muy querido hermano de mi corazon; siempre lo será tuyo, siempre te querrá, siempre te tendrá presente en sus oraciones, este tu mas amante hermano—M. Carlos.»

A esta carta acompañaba la siguiente protesta:

«Señor.—Yo Cárlos Maria Isidro de Borbon y Borbon, infante de España.—Hallándome bien convencido de los lejítimos derechos que me asisten á la corona de España, siempre que sobreviniendo á V. M. no deje un hijo varon: digo que mi conciencia ni mi honor me permiten jurar ni reconocer otros derechos, y así lo declaro.—Palacio de Ramalhao 29 de abril de 1833.—Señor.—A L. R. P. de V. M.—Su mas amante hermano y fiel vasallo—M. El infante don Cárlos.»

EL REY A D. CARLOS.

Madrid 6 de mayo de 1833.—Mi muy querido hermano de mi vida, Carlos mio de mi corazon. He recibido tu muy apreciable carta de 29 del pasado, y me alegro mucho de ver que estabas bueno, como tambien tu mujer é hijos: nosotros no tenemos novedad, gracias á Dios.—Siempre he estado persuadido de lo mucho que me has querido. Creo que tambien lo estás del afecto que yo te profeso; pero soy padre y rey, y debo mirar por los derechos de mis hijas, y tambien por los de mi co-

rona.—No quiero tampoco violentar tu conciencia, ni puedo aspirar á disuadirte de tus pretendidos derechos, que fundándose en una determinacion de los hombres, crees que solo Dios puede derogarlos. Pero el amor de hermano que te he tenido siempre me impele á evitarte los disgustos que te ofreceria un pais donde tus supuestos derechos son desconocidos, y los deberes de rey me obligan á alejar la presencia de un infante, cuyas pretensiones pudiesen ser pretesto de inquietud á los malcontentos.—No debiendo pues regresar tú á España, por razones de la mas alta política, por las leyes del reino, que así lo disponen espresamente, y por tu misma tranquilidad, que yo deseo tanto como el bien de mis pueblos, te doy licencia para que viajes desde luego con tu familia á los Estados Pontificios, dándome aviso del punto á que te dirijas y del en que fijes tu residencia.—Al puerto de Lisboa llegará en breve uno de mis buques de guerra dispuesto para conducirte.—España es independiente de toda accion é influencia estranjera en lo que pertenece á su réjimen interior; y yo obraria contra la libre y completa soberanía de mi trono quebrantando con mengua suya el principio de no intervencion adoptado jeneralmente por los gabinetes de Europa, si hiciese la comunicacion que me pides en tu carta.—Adios, querido Cárlos mio, cree que te ha querido, te quiere y te querrá siempre tu afectísimo é invariable hermano—Fernando.»

D. CARLOS A SU HERMANO.

«Mafra 13 de mayo de 1833.—Mi muy querido hermano mio de mi corazon, Fernando mio de mi vida.—Ayer á las tres de la tarde recibí tu carta del 6, que me entregó Córdoba, y me alegro mucho ver que no teneis novedad, gracias á Dios; nosotros gozamos del mismo beneficio por su infinita bondad: te agradezco mucho todas las espresiones de cariño que en ella me manifiestas, y cree que sé

apreciar y dar su justo valor á todo lo que sale de tu corazon: quedo igualmente enterado de mi sentencia de no deber regresar á España, por lo que me das tu licencia para que viaje desde luego con mi familia á los Estados Pontificios, dándote aviso del punto á que me dirija y del en que fije mi residencia; á lo primero te digo que me someto con gusto á la voluntad de Dios que así lo dispone; en lo segundo no puedo menos de hacerte presente, que me parece que bastante sacrificio es el no volver á su patria, para que se le añada el no poder vivir libremente en donde á uno mas le convenga para su tranquilidad, su salud y sus intereses: aquí hemos sido recibidos con las mayores consideraciones, y estamos muy buenos: aquí pudiéramos vivir perfectamente en paz y tranquilidad, pudiendo tú estar bien persuadido y sosegado de que así como he sabido cumplir con mis obligaciones en circunstancias muy críticas dentro del reino, sabré del mismo modo cumplirlas en cualquier punto que me halle fuera de él, porque habiendo sido por efecto de una gracia muy especial de Dios, esta nunca me puede faltar: sin embargo de todas estas reflecsiones, estoy resuelto á hacer tu voluntad y á disfrutar del favor que me haces de enviarme un buque de guerra dispuesto para conducirme; pero antes tengo que arreglar todo, y tomar mis disposiciones para mis particulares intereses de Madrid, viéndome igualmente precisado á recurrir á tu bondad para que me concedas algunas cantidades de mis atrasos; nada te pedí ni te hubiera pedido para un viaje que hacia por mi voluntad; pero este varía enteramente de especie, y no podré ir adelante si no me concedes lo que te pido.—Resta el último punto que es el de nuestro embarque en Lisboa: ¿cómo quieres que nos metamos otra vez en un punto tan contajiado y del que salimos por la epidemia? Dios por su infinita misericordia nos sacó libres; pero el volver casi seria tentar á Dios: estoy persuadido que te convencerás, asi como te seria del mayor dolor y sentimiento, si por ir á aquel punto se contajiase cualquiera, é infestado el buque, pereciése-

mos todos.—Adios, querido Fernando mio; cree que te ama de corazon como siempre te ha amado y te amará este tu mas amante hermano—M. Cárlos.»

EL REY A D. CARLOS.

«Madrid 20 de mayo de 1833.—Mi muy querido hermano de mi vida, Cárlos mio de mi corazon. He recibido tu carta del 13, y veo con mucho gusto que estabas bueno como igualmente tu mujer é hijos: nosotros continuamos buenos, gracias á Dios.—Vamos á hablar ahora del asunto que tenemos entre manos. Yo he respetado tu conciencia, y no he juzgado, ni pronunciado sentencia alguna contra tu conducta. La necesidad de que vivas fuera de España es una medida de precaucion, tan conveniente para tu reposo como para la tranquilidad de mis pueblos; ecsijida por las mas justas razones de política é imperada por las leyes del reino, que mandan alejar y estrañar los parientes del rey que le estorbasen manifiestamente: no es un castigo que yo te impongo; es una consecuencia forzosa de la posicion en que te has colocado.—Bien debes conocer que el objeto de esta disposicion no se conseguiria permaneciendo tú en la península. No es mi ánimo acusar tu conducta por lo pasado, ni recelar de ella en adelante: sobradas pruebas te he dado de mi confianza en tu fidelidad, á pesar de las inquietudes que de tiempo en tiempo se han suscitado, y en que tal vez se ha tomado tu nombre por divisa.—A fines del año pasado se fijaron y esparcieron proclamas, escitando á un levantamiento para aclamarte por rey, aun viviendo yo; y aunque estoy cierto de que estos movimientos y provocaciones sediciosas se han hecho sin anuencia tuya, por mas que no hayas manifestado públicamente tu desaprobacion, no puede dudarse de que tu presencia ó tu cercanía serian un incentivo para los díscolos, acostumbrados á abusar de tu nombre. Si se necesitasen pruebas de los inconvenientes de tu procsimidad, bastará ver que al mismo tiempo de recibir yo tu primera carta

se han difundido en gran número, para alterar los ánimos, copias de ella y de la declaracion que la acompaña, las cuales no se han sacado ciertamente del orijinal que me enviaste. Si tú no has podido precaver la infidelidad de esta publicacion, puedes conocer á lo menos, la urjencia de alejar de mis pueblos cualquier oríjen de turbacion, por mas inocente que sea.—Señalando para tu residencia el bello pais y benigno clima de los Estados Pontificios, estraño que prefieras al Portugal como mas conveniente á tu tranquilidad, cuando se halla combatido por una guerra encarnizada sobre su mismo suelo, y como favorable á tu salud, cuando padece una enfermedad cruel, cuyo contajio te hace recelar que perezca toda tu familia. En los dominios del papa puedes atender como en Portugal á tus intereses.—No te semeto á leyes nuevas: los infantes de España jamás han residido en parte alguna, sin conocimiento y voluntad del rey: tú sabes que ninguno de mis predecesores ha sido tan condescendiente como yo con sus hermanos.—Tampoco te obligo á volver á Lisboa, donde solo parece que temes la enfermedad que se propaga por otros pueblos; puedes embarcarte en cualquier pueblo de la bahía sin tocar en la poblacion: puedes elejir algun otro de estas inmediaciones proporcionado para el embarque. El buque tiene las órdenes mas estrechas de no comunicar con tierra, y debes estar mas seguro de su tripulacion, que no habrá tenido contacto alguno con Lisboa, que de las personas que te rodean en Mafra. El comandante de la fragata tiene mis órdenes y fondos para hacer los preparativos convenientes á tu cómodo y decoroso viaje; si no te satisfacen, te se proporcionarán, por medio de Córdoba, los ausilios que hayas menester. Yo tomaré conocimiento y promoveré el pago de los atrasos que me dices; y en todo caso hallarás á tu arribo lo que necesitarés.—Me ofenderías si desconfiases de mí. Nada pues debe impedir tu pronta partida, y yo confio que no retardarás mas esta prueba de que es tan cierta

como creo la resolucion que manifiestas de hacer mi voluntad.—Adios, mi querido Cárlos. Siempre conservas y conservarás el cariño de tu amantísimo hermano—Fernando.»

D. CARLOS A S. M.

«Ramalhao 27 de mayo de 1833.—Mi muy querido hermano de mi vida, Fernando mio de mi corazon: antes de ayer 25 recibí la tuya del 20, y tuve el consuelo de ver que no habia novedad en tu salud, ni en la de Cristina y niñas; nosotros todos estamos buenos, gracias á Dios por todo.—Voy á responderte á todos los puntos de que me hablas: dices que has respetado mi conciencia, muchas gracias: si yo no hiciese caso de ello y obrára contra ella, entonces sí que estaba mal, y tendria que temer mucho y con fundamento: que no has pronunciado sentencia contra mi conducta, sea lo que quieras; lo cierto es que se me carga con todo el peso de la ley: porque dices que es una consecuencia forzosa de la posicion en que me he colocado; quien me ha colocado en esta posicion es la divina Providencia mas bien que yo mismo.—No es tu ánimo acusar mi conducta por lo pasado, ni recelar de ella en adelante; tampoco á mí me acusa mi conciencia por lo pasado; y por lo de adelante, aunque no sé lo que está por venir, sin embargo, tengo entera confianza en ella, que me dirijirá bien como hasta aquí, y que yo seguiré sus sabios consejos: mucho se me ha acusado, pero Dios por su infinita misericordia ha permitido, que no tan solo no se me haya probado nada, sino que todos los enredos que han armado para meter cizaña entre nosotros y dividirnos, por sí mismos se han deshecho, y han manifestado su falsedad; solo tengo un sentimiento que penetra mi corazon, y es que estaba yo tan tranquilo de que tú me conocias, y estabas tan seguro de mí y de mi constante amor, y ahora veo que no; mucho

lo siento: en cuanto á las proclamas, no he desaprobado en público esos papeles porque no venia al caso, y creo haber hecho mucho favor á sus autores, tan enemigos tuyos como mios, y cuyo objeto era, como he dicho arriba, romper, ó cuando menos aflojar los vínculos de amor que nos han unido desde nuestros primeros años: y en cuanto á las copias de mi carta y declaracion que se han difundido en gran número al momento, yo no puedo impedir la publicacion de unos papeles que necesariamente debian pasar por tantas manos.—Te daré gusto y te obedeceré en todo; partiré lo mas pronto que me sea posible para los Estados Pontificios, no por la belleza, delicia y atractivos del pais, que para mí es de muy poco peso, sino porque tú lo quieres, tú que eres mi rey y señor, á quien obedeceré en cuanto sea compatible con mi conciencia; pero ahora viene el Corpus, y pienso santificarlo lo mejor que pueda en Mafra, y no sé por qué te admiras que yo prefiriese quedarme en Portugal, habiéndome probado tan bien su clima, y á toda mi familia, y no siendo lo mismo viajar que estarse quieto; yo no te dije que temiese el perecer yo y toda mi familia; sino que si nos íbamos á embarcar á Lisboa, podia cualquiera contajiarse al pasar por aquella atmósfera pestilencial, y despues declararse en el buque, donde podíamos perecer todos; ahora con tu permiso de podernos embarcar en cualquier otro punto, espero ver á Guruceta, que aun no se me ha presentado para tratar con él: te doy las gracias por las órdenes tan estrechas que has dado á la tripulacion; es regular que así las cumpla; mientras tanto el buque se está impregnando de los aires, precisamente de Belen, adonde está fondeado; y las personas que me han rodeado en Mafra, son las mismas que aquí y en todas partes, que son las de mi servidumbre.—Me parece que he respondido á todos los puntos en cuestion, y me viene á la memoria Mr. de Gorset; ¿no te parece que tiene bastante analojía? Esto te lo digo porque no siempre se ha de escribir serio, sino que entre col y col viene bien una lechuga.—Adios, mi querido Fer-

nando, dá nuestras memorias á Cristina, y recíbelas de María Francisca, y cree que te ama de corazon tu mas amante hermano—M. Cárlos.

RESPUESTA DEL REY.

«Madrid 30 de junio de 1833.—Mi muy querido hermano Cárlos: he recibido á un tiempo tus dos cartas del 19 y 22 del presente; y ellas solas, si no lo mostrase tu conducta, bastarian para revelar el designio de entretener con pretestos, y eludir el cumplimiento de mis órdenes. Ya no tratas del viaje, sino para ponderar sus obstáculos. Si te hubieses embarcado cuando yo lo determiné, y me decias te daré gusto y te obedeceré en todo, hubieras prevenido el contajio de Cascaes: si aun despues de tus primeras demoras no hubieses emprendido la jornada de Coimbra, contra mi espresa prohibicion, hubieras podido estar á bordo el 10 ó 12, cuyo plazo te prefijé: si hallando en ese funesto viaje infestada la villa de Caldas hubieses retrocedido, como dictaba tu misma seguridad, ya que nada valgan para tí mis mandatos, no hallarias ahora tomado el camino de tu vuelta por una línea de pueblos contajiados. Quien por voluntad propia y contra su deber permanece en el país donde renacen y crecen los peligros, los busca y es responsable de sus consecuencias. No te perseguiria el contajio si no fueses tú delante de él. ¿A quién persuadirás que estás mas seguro á dos leguas de la epidemia, sin saber si principiará en ese pueblo por tu familia, que poniendo el Océano de por medio?—Alegas la dificultad de embarcarte en Cascaes, que era el punto designado anteriormente, con tan poca razon como alegabas mi primer consentimiento para ver á Miguel, despues de habértelo prohibido. En mi carta del 15 te insinué que Guruceta elejiria embarcadero sano y seguro, segun dictasen las circunstancias, y en la real órden que la acompañó y te se ha comunicado, añadí espresamente que se buscase cualquier otro punto de la costa. Con subterfujios tan fútiles, no se con-

testa cuando se habla con sinceridad.—Llévate en buen hora al médico que deseas. Yo lo queria á nuestro lado ignorando tu empeño; pero no te negaré este gusto como no te he negado ninguno que haya sido compatible con mis deberes.—No es lo mismo del pago de los dos millones que solicitas, y de que he tomado conocimiento, como te ofrecí. La deuda que reclamas es anterior al año de 23 en que por regla jeneral se cortaron cuentas sin satisfacer los atrasos. Por gracia particular concedí á los infantes un abono mensual á cuenta de sus créditos, hasta la completa estincion: tú continúas percibiéndole; y para no ecsijir de una vez cantidad tan superior á la señalada en este pago privilejiado y singular, no es necesario una suma delicadeza, basta el sentimiento de la justicia.—Tienes dispuesta y provista abundantemente la fragata, y trescientos mil reales además á tu órden; sobra para el viaje. A tu llegada he dicho que hallarás todo lo que necesites: allí como en Portugal, puedes arreglar tus obligaciones. En vano fias en el juicio público, que ya entiende y acusa tu detencion, y la condenará abiertamente cuando conozca las razones evasivas de tu inobediencia.— Yo no puedo consentir ni consiento mas que resistas con pretestos frívolos á mis órdenes; que continúe á vista de mis pueblos el escándalo con que las quebrantas; que emanen por mas tiempo de ese pais los conatos impotentes para turbar la tranquilidad del reino, nunca tan asegurada como ahora. Esta será mi última carta si no obedeces; y pues nada han podido mis persuasiones fraternales en casi dos meses de contestaciones, procederé segun las leyes, si al punto no dispones tu embarque para los Estados Pontificios, y obraré entonces como soberano, sin otra consideracion que la debida á mi corona y á mis pueblos, quedándome el pesar de que hayan sido inútiles las insinuaciones cariñosas de que solo quisiera usar contigo tu muy amante hermano— Fernando.»

D. CARLOS A FERNANDO VII.

«Coimbra 9 de julio de 1833.—Mi muy querido hermano, Fernando mio de mi vida: he recibido la carta del 30 del pasado, y su contenido me ha causado el sentimiento que puedes considerar: inútil es alegar razones, cuando no tengo otras que las espuestas, las cuales en mi juicio son sencillas, sólidas y verdaderas, pero que no son atendidas, ó no se creen suficientes: ahora me dices que resisto á tus órdenes, que quebranto tus mandatos con escándalo de tus pueblos, y que no emanen por mas tiempo de este pais los conatos impotentes para turbar la tranquilidad del reino, viéndote precisado á obrar como soberano si no obedezco al momento, procediendo, segun las leyes, sin otra consideracion que la debida á tu corona y á tus pueblos, ya que nada han podido tus persuasiones fraternales.—Estos son los cargos á que tengo que contestar: yo, tu mas fiel vasallo y constante, cariñoso y tierno hermano, nunca te he sido desobediente y mucho menos infiel; pruebas te he dado de ello muy repetidas en todo el curso de mi vida, y particularmente en esta última época, en la que cumpliendo con mi deber, he hecho servicios muy interesantes á tu persona: creo obrar con rectitud, y por lo mismo aborrezco las tinieblas; si soy desobediente, si resisto, si escandalizo y merezco castigo, impóngaseme enhorabuena; pero si no lo merezco, ecsijo una satisfaccion pública y notoria, para lo cual te pido que se me juzgue segun las leyes y no se me atropelle. Si se ecsamina toda mi conducta en este negocio, no se hallará mas delito que el haber terminantemente declarado, que convencido del derecho que me asiste á heredar la corona, si te sobrevivo sin dejar hijo varon, ni mi conciencia ni mi honor me permitian jurar ni reconocer otro ningun derecho. Yo no quiero usurpar la corona, ni mucho menos poner en práctica medios reprobados por Dios; ya te espuse

lo que debia obrar segun mi conciencia, y todo ha quedado en el mas profundo silencio: te pedí que se comunicara á las córtes estranjeras, y no lo tuviste por decoroso á tu persona; por lo cual me ví precisado á pasar á todos los soberanos con fecha del 23 de mayo una copia de mi declaracion, y una carta simple de remision para su conocimiento: asimismo envié otras copias y oficios de remision á los obispos, grandes y diputados, presidentes ó decanos de los consejos, para que tuviesen la instruccion que debian de mis sentimientos, y se estraen todas del correo del 17: estos son los medios que se me ofrecian para defender mis derechos, y no otros: estos son los que pongo en ejecucion y se me hacen inútiles: se me podrá acusar de cuanto se quiera; pero se me debe probar. Dígase que este es mi crímen, y no la estancia aquí mas ó menos larga; para ella ecsisten las mismas causas; y además, no ya razones, hechos positivos, como son los enfermos y muertos del cólera en la fragata, justifican mis anteriores recelos, y prueban que no eran ciertamente los obstáculos que yo formaba, sino justísimos temores de perecer con toda mi familia. Pero supongamos que no hubiese ningun inconveniente, como le hay claro y visible; mi honor vulnerado no me permite salir de aquí, sin que se me haga justicia, estando muy tranquilo y conforme. Veo el sentimiento que te causa y te lo agradezco; pero te digo que obres con toda libertad, y sean las que quieran las resultas. Te doy las gracias de que permitas á Llord (el médico de quien trataron antes) el acompañarnos habiéndote convencido mis razones; mas si tú lo necesitas, mi gusto será el que se vaya al instante, y corresponda á tu confianza como ha correspondido hasta ahora á la nuestra. Es efectivamente cierto que mi deuda es anterior al año 23; pero tú por una gracia especial la separaste de la regla jeneral, y mandaste el pago de cien mil reales mensuales, hasta su total solvencia; y así mi peticion no es mas que de un adelanto; y espero que me lo concedas.—Adios Fernando mio de mí

corazon: soy tu mas amante y fiel hermano—M. Cárlos.»

ULTIMA RESPUESTA DEL REY.

«Infante D. Cárlos.— Mi muy amado hermano: en 6 de mayo os dí licencia para que pasáseis á los Estados Pontificios; razones de muy alta política hacian necesario este viaje. Entonces dijísteis estar resuelto á cumplir mi voluntad, y me lo habeis repetido despues; mas á pesar de vuestras protestas de sumision, habeis puesto sucesivamente dificultades, alegando siempre otras nuevas, al paso que yo daba mis órdenes para superarlas, y evadiendo de uno en otro pretesto el cumplimiento de mis mandatos.—Dejé de escribiros, como os lo anuncié, para terminar discusiones no convenientes á mi autoridad soberana y prolongadas como un medio para eludirla. Desde entonces os hice entender mis intenciones, sobre los nuevos obstáculos, por conducto de mi enviado en Portugal. Mis reales órdenes repetidas, en especial las de 15 de julio, 11 y 18 del presente, allanaron todos los impedimentos espuestos para embarcaros. El buque, de cualquier bandera que fuera, el puerto en pais libre ú ocupado por las tropas del duque de Braganza, aun en el de Vigo en España, todo se dejó á vuestra eleccion; las dilijencias, los preparativos y los gastos todos quedaron á mi cargo.—Tantas franquicias y tan repetidas manifestaciones de mi voluntad, solo han producido la respuesta de que os embarcareis en Lisboa (donde podeis hacerlo desde el momento) luego que haya sido reconquistada por las tropas del rey D. Miguel.—Yo no puedo tolerar que el cumplimiento de mis mandatos se haga depender de sucesos futuros, ajenos de las causas que los dictaron; que mis órdenes se sometan á condiciones arbitrarias por quien está obligado á obedecerlas.—Os mando, pues, que elijais inmediatamente alguno de los medios de embarque que se os han propuesto de mi órden; comunicando para evitar nuevas dilaciones vuestra resolucion á mi enviado D. Luis Fernandez de Córdoba,

y en ausencia suya á D. Antonio Caballero, que tienen las instrucciones necesarias para llevarla á ejecucion. Yo miraré cualquiera escusa ó dificultad con que demoreis vuestra eleccion ó vuestro viaje, como una pertinacia en resistir á mi voluntad, y mostraré, como juzgue conveniente, que un infante de España no es libre para desobedecer á su rey. —Ruego á Dios os conserve en su santa guarda.—Yo el Rey.—Madrid 30 de agosto de 1833.»

Por esta correspondencia entre Fernando VII y su hermano se conoce que D. Carlos, si bien se consideraba como el primer vasallo del rey y se inclinaba con veneracion ante el derecho que residia en el monarca, se disponia por lo mismo á defender con toda la enerjía de que era capaz, los derechos de que se creia asistido si su hermano moria sin sucesion varonil.

Como Fernando se negó á la peticion que le hacia el infante de que comunicase su protesta á los gabinetes estranjeros, comisionó en principios de mayo á Mr. Auguet de Saint-Sylvain para que pasase á Inglaterra y á Francia, é hiciese publicar dicha protesta y la carta que la acompañaba, la cual se insertó en los periódicos de todas las opiniones, y escitó el mayor interés. Mr. Auguet tuvo tambien el encargo de hacer imprimir y esparcir por Francia y España, muchos folletos políticos en estremo notables, y un ecsámen de los derechos de D. Carlos al trono de Felipe V: estos documentos eran obra de algunos célebres publicistas y jurisconsultos españoles. Concluida la impresion se trasladó á Bayona para introducir los ejemplares en España: esto era muy dificil porque nadie queria encargarse de un negocio que seria castigado con las penas mas severas por el gobierno español, como crímen de lesa majestad: mas á pesar de las dificultades que halló pudo por último introducir gran número de ejemplares en la península, desde Fuenterrabia hasta Jaca.

Entretanto llegó el 20 de junio, dia destinado para la celebracion de la *Jura*, la cual tuvo lugar en la iglesia del monasterio de San Jerónimo del Prado, con la mayor sun-

tuosidad. El arzobispo de Toledo, D. Pedro Iguanzo, rehusó asistir á esta ceremonia, en donde su presencia era importante, porque segun la antigua costumbre de la monarquía, en manos del arzobispo de Toledo, como primado de la iglesia española, debian prestar el juramento los príncipes, los grandes, los prelados, los títulos de Castilla y demas diputados; y esta fué la vez primera que en España se delegaron tan altas funciones á otro grande del Estado. El ejemplo dado por el arzobispo de Toledo tuvo imitadores en muchos miembros del alto clero, que con su ausencia manifestaban protestar contra la lejitimidad de la asamblea.





CAPITULO IV.

Dilijencias de Mr. Auguet de Saint-Sylvain en favor de D. CARLOS.—Conferencias que tuvo con el infante en Portugal.—Toma de Lisboa por las tropas de D. Pedro.—Muerte de Fernando VII.—Testamento del rey.—Manifiesto de la reina Cristina, del 4 de octubre.

CON la ostentosa ceremonia de la jura se quiso persuadir á la España y aun á la Europa entera, que tenia fija su atencion en nuestros negocios, que toda la nacion recibia con entusiasmo á la sucesora de Fernando; pero muchos de los que la juraron públicamente eran partidarios de D. CARLOS, y por miedo de verse perseguidos no se atrevieron á faltar á un acto en que profanaban las insignias de la relijion, porque con la boca decian *sí juro*, y con el corazon decian que no; requiriendo al mismo tiempo la espada que habian de esgrimir en defensa del infante. ¿No hubiera sido mejor que

estos individuos hubiesen buscado un pretesto cualquiera para eludir aquel compromiso y no haberse presentado en la ceremonia, que dar el escándalo de jurar lo que no tenian intencion de cumplir, autorizando así á sus contrarios para que los motejasen de perjuros y traidores? Y aun con esto hicieron grave daño á la causa con que simpatizaban, porque como muchos de ellos estaban tildados hasta entonces de poco afectos á la reina, al verlos jurar á su hija creyó el pueblo que se unian de buena fé á la bandera de Isabel, y que toda la nacion desechaba á D. Carlos.

Sin embargo, no escapó á la sagacidad de algunos cristinos la horrorosa tempestad que se iba formando en el horizonte político, y tenian poca confianza en los futuros acontecimientos. Todos los temores y sospechas se hubieran desvanecido si D. Carlos hubiese reconocido á su sobrina como princesa de Asturias, «porque era »hombre de tal integridad, que una vez prosternado ante »aquellos emblemas del cristianismo, una vez pronunciado, »de grado ó por fuerza, el *sí juro*, que para él no era »una esterioridad ni vana fórmula, nadie le hubiera hecho »faltar á sus promesas. Pero D. Carlos estaba muy dis»tante de soltar aquella palabra, y ademas le favorecia »su ausencia. Así fue que á todas las intimaciones que se »le hicieron, ya por Fernando directamente, ya por el »representante de nuestro gobierno en Portugal, res»pondió constantemente con la mas inflecsible negati»va (1).»

Hallábase por este tiempo en San Sebastian Mr. Auguet de Saint-Sylvain, y conociendo el espíritu que reinaba en aquellos pueblos, hizo distribuir con profusion los folletos de que era portador. Gran número de ellos fueron des-

(1) Así se esplica acerca del carácter de D. Carlos, un historiador moderno, acérrimo partidario de Cristina; y por consiguiente lo que dice en favor de aquel personaje no puede ser sospechoso de parcialidad.

pues trasportados á Madrid en el equipaje de la infanta doña Luisa Carlota, que tambien se hallaba entonces en San Sebastian, y que estaba muy ajena de sospechar el servicio que hacia á la causa de D. CARLOS.

Mr. Auguet determinó dejar á San Sebastian, donde se encontraba á cada instante con la infanta ó con algunas personas de su comitiva, de las cuales era perfectamente conocido, y sacó pasaporte con un nombre supuesto, para Ciudad-Rodrigo. Al emprender la marcha supo que sus folletos permanecian en diferentes depósitos, porque las personas encargadas de hacerlos circular, se habian asustado del peligro que corrian si cumplian lo que antes habian prometido. Mr. Auguet reanimó con su ejemplo el valor de estas personas, distribuyendo él mismo gran número de ejemplares por el camino desde San Sebastian hasta Portugal; pero antes se habia concertado con los principales realistas de Astigarraga, Villafranca', Villareal y Oñate.

Los partidarios de la reina esparcieron la voz de que el infante D. CARLOS se habia embarcado con su familia para Roma, y que un correo habia traido la noticia de su llegada á dicha ciudad. Mr. Auguet de Saint-Sylvain se apresuró á desmentir estas voces, que habian desalentado á los adictos á D. CARLOS; y las diferentes juntas que se formaron en las poblaciones realistas, le encargaron suplicase al infante que no saliese de Portugal en unos momentos en que la capital de la monarquía miraba como muy prócsima la muerte del rey: que se pusiera en correspondencia con ellos, y que designase los jefes á quienes deberian obedecer luego que muriese su hermano.

El 22 de agosto á la una de la mañana pasó la frontera Mr. Auguet y se reunió en Thomar con la familia del infante, que acababa de llegar de Coimbra, en donde habia tenido una entrevista con D. Miguel, el cual partió en seguida á reunirse con sus tropas que sitiaban á Lisboa.

Al dia siguiente salió D. CARLOS con su familia para Abrantes, en donde tuvo varias conferencias con Mr. Auguet. En ellas le manifestó este celoso carlista los recelos de los realistas que habian hablado con él, pues temian que el infante, que no habia podido comunicar con ellos, los hubiese abandonado.

D. CARLOS contestó que su protesta y su permanencia en Portugal probaban lo contrario, y que estaba determinado á ponerse á la cabeza de sus partidarios apenas muriese el rey su hermano, para hacer valer sus derechos al trono.

Hízole presente Mr. Auguet cuán conveniente sería que se ocupase de una organizacion realista, á fin de no hallarse desprevenidos cuando llegase el acontecimiento que se esperaba, pues en este momento cada uno se creeria con derecho al mando si él no designaba de antemano los jefes que merecian su confianza; pero el infante respondió con la lealtad que siempre ha dirijido sus acciones: *Mi conciencia se opone á dar ese paso, que podria hacer suponer en mí un deseo culpable de usurpar el gobierno del Estado, durante la vida de mi hermano.*

Queriendo D. CARLOS mostrarse súbdito fiel hasta el último momento, resolvió obedecer las órdenes del rey, aunque las tenia por injustas y tiránicas; hizo sus preparativos de viaje, y no tuvo reparo en confiar su persona y las de su esposa é hijos á un capitan de navío pariente prócsimo del embajador Córdoba, su enemigo personal, designado por el ministerio, y á quien el infante tenia derecho de mirar como interesado en su pérdida. Hizo fletar una embarcacion mercante inglesa, para el trasporte de su comitiva y equipajes, y dispuesto todo para la marcha, no quiso dejar el Portugal sin despedirse de D. Miguel y de sus hermanas las infantas, á las cuales no habia visto desde su llegada á aquel reino. Con este objeto se trasladó á Coimbra, en cuya ciudad tuvieron los infantes el placer de abrazarse despues de tan larga separacion. D. CARLOS habia dejado toda su comitiva en Lisboa, asi como gran parte de sus equi-

pajes, que estaban ya embarcados en el buque ingles, y solo habia llevado consigo un corto número de criados. A los quince dias despues de su llegada á Coimbra supo la noticia de la toma de Lisboa por el ejército de D. Pedro. Esta ciudad habia sido evacuada, sin la menor resistencia por las tropas de D. Miguel. El conde de Cadaval, jeneral en jefe de las tropas reunidas en dicha ciudad y sus inmediaciones, habia reunido los comandantes de los diferentes cuerpos en consejo de guerra con objeto de establecer un plan de defensa; pero todos los jefes, escepto uno, declararon que no podian responder de sus tropas. Entonces el duque de Cadaval se vió obligado, á pesar suyo, á disponer la retirada sobre Coimbra. Los equipajes de D. Carlos y de su comitiva quedaron depositados en la casa del cónsul español, y poco faltó para que cayesen en manos de los soldados pedristas los diamantes de las princesas, que pudo salvar D. José Terreu, hujier de cámara del infante. Las personas de la comitiva de D. Carlos corrieron los mayores peligros en el momento de la evacuacion de Lisboa, y con mucho trabajo pudieron reunirse á su amo. Este incidente impidió el embarque de D. Carlos para Italia, y Mr. Auguet, aprovechando aquella ocasion oportuna, insistió en aconsejar á D. Carlos que renunciase enteramente á dejar el Portugal.

El ejército de D. Miguel emprendió poco despues el sitio de Lisboa, pero esta ciudad se habia hecho inespugnable con las fortificaciones que los pedristas habian tenido tiempo de concluir. Mr. Auguet, que se hallaba en el cuartel jeneral de los miguelistas, marchó para Abrantes á llevar á D. Carlos la triste noticia de que las tropas de D. Miguel no podian tomar á Lisboa: al mismo tiempo representó al infante lo urjente que era le permitiese volver á España para hacer conocer las intenciones de S. A. á los realistas y establecer una correspondencia con Madrid por Coria, Palencia y Toledo, y con Francia por Salamanca, Valladolid y Burgos.

Mr. Auguet de Saint-Sylvain hizo nuevas tentativas para vencer los escrúpulos de D. Carlos y decidirle á es-

cribir los despachos de los jefes carlistas que debia nombrar, ofreciéndole él mismo llevarlos á su destino; pero todo fué en vano, porque halló en el infante una voluntad firme de no mezclarse directa ni indirectamente en los negocios de España. Su delicadeza y fidelidad le hacian considerar como un crímen de lesa majestad todas las medidas políticas que hubiera podido tomar, aun en el interés de sus derechos, contra el gobierno de su hermano. Las infantas se aflijieron de semejante determinacion, y para reparar en algun modo el perjuicio que los escrúpulos de D. Carlos podrian acarrear á su causa, la infanta Doña María Francisca dió á Mr. Auguet una carta en que le autorizaba para hacer conocer sus intenciones á los realistas, y en la cual les anunciaba que Mr. Auguet poseía toda su confianza: D. Carlos solo consintió en dar su aprobacion tácita á esta carta. El 23 de setiembre se despidió Mr. Auguet de los infantes y partió hácia Estremadura; despues de haber establecido en este punto los medios de comunicacion con Madrid, recorrió la frontera hasta Braganza.

El 5 de octubre pasó la frontera por Alcañizes, provincia de Zamora, en donde la víspera de su llegada se habia recibido oficialmente la noticia de la muerte del rey. Este acontecimiento, aunque previsto mucho tiempo hacia, no pudo menos de acongojar los ánimos: el estado de la salud de Fernando, cada vez mas fatal, á pesar del aparente alivio que en él se advertía, todavia no presentaba en setiembre síntomas de peligro inminente. Sin embargo, el 29 de dicho mes, á las tres menos cuarto de la tarde le acometió repentinamente un accidente de apoplejia fulminante, que en cinco minutos terminó su ecsistencia. La real morada y cuantos circulaban por sus espaciosos ámbitos quedaron suspensos y silenciosos al oir la fatal noticia, y la capital consternada miró este suceso como el principio de incalculables males.

La reina llamó inmediatamente cerca de sí á todos los ministros, á los jenerales y á los mas adictos partidarios

de su hija. Despacháronse correos en todas direcciones dando aviso á las autoridades, al ejército y á las cortes estranjeras de aquel repentino acontecimiento, y recomendando á los encargados del gobierno el órden en sus respectivos distritos y la fidelidad que habian jurado. El consejo de ministros permaneció reunido toda la noche, porque se temia que se sublevasen los voluntarios realistas y la poblacion de Madrid. En palacio estaban todos con la mayor ansiedad: jamás se presentó una ocasion mas favorable á los realista para proclamar á D. CARLOS; pero les faltaba un hombres arrojado y capaz para dirijir el movimiento, y todos permanecieron tranquilos.

Tomadas las disposiciones mas urjentes, se abrió el testamento del difunto monarca, cuyas principales cláusulas, despues de los actos jenerales de fe, recomendacion del alma, legados, limosnas, etc., eran las siguientes:

9.ª «Declaro que estoy casado con Doña María Cristina de Borbon, hija de D. Francisco I, rey de las Dos Sicilias, y de mi hermana Doña María Isabel, infanta de España.

10.ª »Si al tiempo de mi fallecimiento quedaren en la menor edad todos ó algunos de los hijos que Dios fuere servido darme, quiero que mi muy amada esposa Doña María Cristina de Borbon sea tutora y curadora de todos ellos.

11.ª »Si el hijo ó hija que hubiera de sucederme, no tuviere diezioch0 años cumplidos al tiempo de mi fallecimiento, nombro á mi muy amada esposa Doña María Cristina de Borbon por rejente y gobernadora de toda la monarquía, para que por sí sola la gobierne y rija, hasta que el espresado mi hijo ó hija lleguen á la edad de diezioch0 años cumplidos.

12.ª »Queriendo que mi muy amada esposa pueda ayudarse para el gobierno del reino, en el caso arriba dicho, de las luces y esperiencia de personas cuya lealtad y adhesion á mi real persona y familia tengo bien conocidas, quiero que tan pronto como se encargue de la rejencia de

estos reinos forme un consejo de gobierno con quien haya de consultar los negocios árduos, y señaladamente los que causen providencias jenerales y trascendentales al bien comun de mis vasallos, mas sin que por esto quede sujeta de manera alguna á seguir el dictámen que le diesen.

13.ª »Este consejo de gobierno se compondrá de las personas siguientes, y segun el órden de este nombramiento: el escelentísimo señor D. Juan Francisco Marcó y Catalan, cardenal de la santa iglesia romana; el marqués de Santa Cruz; el duque de Medinaceli; D. Francisco Javier Castaños; el marques de las Amarillas; el actual decano de mi consejo y cámara de Castilla, D. José María Puig; el ministro del consejo de Indias, D. Francisco Javier Caro. Para suplir la falta por ausencia, enfermedad ó muerte de todos ó cualesquiera de los miembros de este consejo de gobierno, nombro en la clase de eclesiásticos á D. Tomás Arias, auditor de la Rota en estos reinos; en la de grandes al duque del Infantado y al conde de España; en la de jenerales á D. José de la Cruz; y en la de majistrados á D. Nicolás María Garelli, y á D. José María Hevia y Noriega, de mi consejo real, los cuales por el órden de su nombramiento serán suplentes de los primeros; y en el caso de fallecer alguno de estos, quiero que entren tambien á remplazarlos para este importantísimo ministerio, por el órden que son nombrados, y es mi voluntad que sea secretario de dicho consejo de gobierno D. Narciso de Heredia, conde de Ofalia, y en su defecto D. Francisco de Cea Bermudez.

14.ª »Si antes ó despues de mi fallecimiento, ó ya instalado el dicho consejo de gobierno, faltase por cualquiera causa que fuese, alguno de los miembros que he nombrado para que lo compongan, mi muy amada esposa, como rejente y gobernadora del reino, nombrará para remplazarlos los sujetos que merezcan su real confianza y tengan las cualidades necesarias para el acertado desempeño de tan importante ministerio.

15.ª »Si desgraciadamente llegase á faltar mi muy amada esposa antes que el hijo ó hija que me haya de su-

ceder á la corona tenga diezíocho años cumplidos, quiero y mando que la rejencia y gobierno de la monarquía de que ella estaba encargada en virtud de mi anterior nombramiento, é igualmente la tutela y curaduría de este y demas hijos mios, pase á un consejo de rejencia compuesto de los individuos nombrados en la cláusula 13.ª de este testamento para el consejo de gobierno.

16.ª Ordeno y mando que así en el anterior consejo de gobierno como en este de rejencia, que por fallecimiento de mi muy amada esposa, queda encargado de la tutela y curaduría de mis hijos menores, y del gobierno del reino, en virtud de la cláusula precedente, se hayan de decidir todos los negocios por mayoría absoluta de votos, de manera que los acuerdos se hagan por el sufrajio conforme de la mitad mas uno de los vocales concurrentes.

17.ª Instituyo y nombro por mis únicos y universales herederos á los hijos ó hijas que tuviere al tiempo de mi fallecimiento, menos en la quinta parte de todos mis bienes, la cual lego á mi muy amada esposa Doña María Cristina de Borbon, que deberá sacarse del cuerpo de bienes de mi herencia por el órden y preferencia que prescriben las leyes de estos mis reinos, asi como el dote que aportó al matrimonio y cuantos bienes se constituyeron bajo este título en los capítulos matrimoniales celebrados solemnemente y firmados en Madrid á 5 de noviembre de 1829.

Estas cláusulas vieron la luz pública en la Gaceta del 3 de octubre, acompañando un decreto de la reina rejente, en que mandaba se publicáran con toda la solemnidad de costumbre, y que tuviesen fuerza de ley como pragmática sancion.

María Cristina, investida por el testamento de su difunto esposo, de la autoridad soberana, y conociendo sin duda que el partido realista era muy numeroso, adicto en estremo á las antiguas instituciones de la monarquía y enemigo declarado de las reformas políticas, que tan

fatales habian sido á la España cuantas veces se habian ensayado, trató de inspirarle confianza y ganarse su afecto con la publicacion del célebre manifiesto de 4 de octubre, en el cual anunciaba la marcha política que seguiria su gobierno, y se mostraba tan apegada á la monarquía pura, como pudiera estarlo el mismo D. Carlos. Decia así el manifiesto:

«Sumerjida en el mas profundo dolor por la súbita pérdida de mi augusto esposo y soberano, solo una obligacion sagrada á que deben ceder todos los sentimientos del corazon, pudiera hacerme interrumpir el silencio que ecsijen la sorpresa cruel y la intensidad de mi pesar. La espectacion que escita siempre un nuevo reinado, crece mas con la incertidumbre sobre la administracion pública en la menor edad del monarca: para disipar esa incertidumbre y precaver la inquietud y estravio que produce en los ánimos, he creido de mi deber anticipar á conjeturas y adivinaciones infundadas la firme y franca manifestacion de los principios que he de seguir constantemente en el gobierno de que estoy encargada por la última voluntad del rey, mi augusto esposo, durante la menoría de la reina, mi muy cara y amada hija Doña Isabel.

»La relijion y la monarquía, primeros elementos de vida para la España, serán respetadas, protejidas, y mantenidas por mí en todo su vigor y pureza. El pueblo español tiene en su innato celo por la fe y el culto de sus padres la mas completa seguridad de que nadie osará mandarle sin respetar los objetos sacrosantos de su creencia y adoracion: mi corazon se complace en cooperar, en presidir á este celo de una nacion eminentemente católica, en asegurarla de que la relijion inmaculada que profesamos, su doctrina, sus templos y sus ministros serán el primero y mas grato cuidado de mi gobierno.

»Tengo la mas íntima satisfaccion de que sea un deber para mí conservar intacto el depósito de la autoridad real que se me ha confiado. Yo mantendré relijiosamente

la forma y las leyes fundamentales de la monarquía, sin admitir innovaciones peligrosas, aunque halagüeñas en su principio, probadas ya sobradamente por nuestra desgracia. La mejor forma de gobierno para un pais es aquella á que está acostumbrado. Un poder estable y compacto, fundado en las leyes antiguas, respetado por la costumbre, consagrado por los siglos, es el instrumento mas poderoso para obrar el bien de los pueblos, que no se consigue debilitando la autoridad, combatiendo las ideas, las habitudes y las instituciones establecidas, contrariando los intereses y las esperanzas actuales para crear nuevas ambiciones y ecsijencias, concitando las pasiones del pueblo, poniendo en lucha ó en sobresalto á los individuos, y á la sociedad entera en convulsion. Yo trasladaré el cetro de la España á manos de la reina, á quien le ha dado la ley, íntrego, sin menoscabo ni detrimento, como la ley misma se le ha dado.

»Mas no por eso dejaré estadiza y sin cultivo esta preciosa posesion que le espera. Conozco los males que ha traido al pueblo la série de nuestras calamidades, y me afanaré por aliviarlos: no ignoro, y procuraré estudiar mejor, los vicios que el tiempo y los hombres han introducido en los varios ramos de la administracion pública, y me esforzaré para correjirlos. Las reformas administrativas, únicas que producen inmediatamente la prosperidad y la dicha, que son el solo bien de valor positivo para el pueblo, serán la materia permanente de mis desvelos. Yo los dedicaré muy especialmente á la disminucion de las cargas que sea compatible con la seguridad del estado y las urjencias del servicio; á la recta y pronta administracion de la justicia; á la seguridad de las personas y de los bienes, al fomento de todos los oríjenes de la riqueza.

»Para esta grande empresa de hacer la ventura de España, necesito y espero la cooperacion unánime, la union de voluntad y conatos de los españoles. Todos son hijos de la patria, interesados igualmente en su bien. No quiero sa-

ber opiniones pasadas, no quiero oir detracciones y susurros presentes, no admito como servicios ni merecimientos imprudencias y manejos oscuros, ni alardes interesados de fidelidad y adhesion. Ni el nombre de la reina ni el mio, son la divisa de una parcialidad, sino la bandera tutelar de la nacion: mi amor, mi proteccion, mi cuidado son todo de todos los españoles.

»Guardaré inviolablemente los pactos contraidos con otros estados, y respetaré la independencia de todos: solo reclamaré de ellos la recíproca fidelidad y respeto que se debe á la España por justicia y por correspondencia.

»Si los españoles unidos concurren al logro de mis propósitos, y el cielo bendice nuestros esfuerzos, yo entregaré un dia esta gran nacion, recobrada de sus dolencias, á mi augusta hija, para que complete la obra de su felicidad, y estienda y perpetue el aura de gloria y de amor que circunda en los fastos de España el ilustre nombre de Isabel.=Firmado.=Yo la reina rejente.=En palacio á 4 de octubre de 1833.»

Este manifiesto, produccion del ministro Cea, fué un trabajo inútil, porque no tranquilizó á los realistas, que recordaban la circular-manifiesto de este mismo ministro, y ecsasperó á los liberales, como era de suponer.

Mientras Cristina prometia en su manifiesto seguir una marcha enteramente realista en la administracion del reino, las provincias setentrionales se sublevaban contra su autoridad y el trono de Isabel. La muerte de Fernando habia sido como la señal del levantamiento en favor de D. Carlos, pero sus partidarios no habian tomado medida alguna ni puéstose de acuerdo.

D. Manuel María Gonzalez, administrador de correos de Talavera de la Reina, fué el primero que levantó el grito en dicha villa el 2 de octubre: tan luego como allí se supo la noticia de la muerte del rey, reunió unos pocos de sus amigos, se apoderó de las autoridades, é invitó al pueblo á que siguiese su movimiento; pero los habitantes, sorprendidos con la repentina noticia del

fallecimiento del monarca, y temerosos de que cargasen sobre Talavera las tropas de la reina, pues no habia combinacion con otros pueblos, no se atrevieron á secundar los esfuerzos de Gonzalez. Este, al ver la poca jente con que podia contar determinó evacuar la poblacion, y salió de ella con los sublevados; pero al llegar á Puente del Arzobispo fué disuelta esta partida y presos por la justicia de dicho pueblo cuatro de los que la componian.

Sin embargo, el pronunciamiento de Talavera tuvo eco en las provincias vascongadas. En la villa de Bilbao principió la sublevacion del dia 5, dirijida per el marqués de Valdespina, el brigadier Zabala, y Batis, que fueron nombrados poco despues diputados del señorío de Vizcaya. El movimiento se propagó rápidamente en las provincias de Alava, Guipúzcua y Navarra. En Vitoria fué proclamado D. Cárlos por los voluntarios realistas, dirijidos por su coronel Verástegui y el brigadier Uranga: las autoridades se fugaron, y en su lugar se nombraron otras nuevas.

La provincia de Guipúzcua tambien se apresuró á reconocer á D. Cárlos: el movimiento principió en Oñate, cuyos voluntarios realistas, mandados por su comandante D. José Alsaa y el brigadier Lardizabal, salieron á campaña tan luego como tuvieron noticia de la muerte del monarca, é hicieron proclamar á D. Cárlos en todos los pueblos de la provincia.

El mariscal de campo D. Santos Ladron, que se hallaba de cuartel en Valladolid, el mismo dia que se supo en dicha ciudad la muerte del rey, huyó secretamente y se dirijió á Navarra, su pais natal. Todos sus paisanos le apreciaban, porque habian tenido ocasion de admirar su valor durante la guerra de la independencia y en tiempo de la constitucion; por lo mismo gozaba de la mayor influencia en esta provincia. Llegó pues á Los Arcos, donde fue recibido con entusiasmo por todos los habitantes, y en el mismo dia proclamaron á D. Cárlos con grandes muestras de alegría, echando á vuelo todas las campanas. El cañó-

nigo D. Juan Echavarria, que despues fué nombrado presidente de la junta carlista de Navarra, secundó poderosamente los intentos de D. Santos Ladron, y reunió en poco tiempo dos mil voluntarios.

El jeneral D. Antonio Sola, virey de Navarra, envió contra Ladron al brigadier D. Manuel Lorenzo, coronel del rejimiento de Córdoba, 10.° de línea, con dos batallones y unos sesenta caballos. El 11 de octubre encontró á los carlistas cerca de Los Arcos y los atacó inmediatamente. Los carlistas resistieron con denuedo el ímpetu de sus contrarios, pero en lo mas fuerte de la accion encontráronse separados de sus respectivas fuerzas los dos jefes enemigos. D. Santos Ladron hubiera podido escapar facilmente apelando á la fuga; este era el partido que dictaba la prudencia, mas solo escuchó el que le aconsejaba su valor, y embistió contra Lorenzo. Este tuvo la suerte de matar el caballo de su contrario en el primer choque, con lo que quedó dueño de su persona y del campo, porque los carlistas se desanimaron al ver prisionero á su jefe, y huyeron en todas direcciones.

Habia publicado el gobierno varios decretos imponiendo la pena de muerte á todos los carlistas que fuesen cojidos con las armas en la mano; de consiguiente conducido don Santos Ladron á Pamplona, fué fusilado el 14 de dicho mes y con él su compañero D. Luis Iribarren, teniente de voluntarios realistas. D. Santos Ladron tenia cuarenta y cinco años: en su juventud habia emprendido la carrera del foro, pero despues la abandonó para hacer la guerra, bajo las órdenes de Mina, á las huestes de Napoleon.

Los voluntarios realistas, que hasta entonces se habian mostrado muy moderados despues de la victoria, en los diferentes choques que habian tenido con las tropas de Isabel, se decidieron á usar de represalias luego que supieron la muerte de D. Santos Ladron. Esta ejecucion irritó de tal manera á la poblacion de Pamplona, que casi produjo un levantamiento jeneral, pues al siguiente dia salieron de la ciudad mas de setecientos jóvenes, y fueron á reunirse con

las numerosas guerrillas que ya habian proclamado á D. Carlos.

Sin embargo la muerte de aquel gefe consternó á los carlistas y reanimó el espíritu abatido de las tropas de la reina, que habian sufrido algunos reveses. La pérdida de aquel hombre al principio de la campaña pudiera efectivamente haber traido consecuencias fatales á sus partidarios si no se hubiese presentado para remplazarle un jefe hábil: este fué Iturralde que servia á las órdenes de D. Santos Ladron en cualidad de segundo comandante. Tomó, pues, el mando en jefe, que organizó en poco tiempo los dos primeros batallones de voluntarios realistas de Navarra, que tanta reputacion adquirieron despues en cuantas acciones se hallaron.

Las numerosas tropas que el gobierno aglomeró en las provincias esentas consiguieron muchas ventajas en los diferentes encuentros que tuvieron con los guerrilleros carlistas; pero apareció Zumalacarregui, y los sucesos del teatro de la guerra cambiaron enteramente de aspecto. Este jefe se habia escapado de Pamplona en donde era objeto de una vijilancia particular desde los acontecimientos de San Ildefonso, época en que dejó su rejimiento. En vano ha querido el espíritu de partido desmentir el mérito de este grande hombre, porque de todos es sabido que tan luego como tomó el mando en jefe de las fuerzas carlistas en remplazo de Iturralde, reunió todos los elementos que se hallaban esparcidos por aquellos paises, convirtió en valientes guerreros aquellos rústicos labradores, hizo frabricar armas como por encanto, y en poco tiempo aquellos pelotones indisciplinados fueron organizados en batallones que disputaron luego la victoria á sus contrarios con denodado esfuerzo. Desde este momento la insurreccion tomó un desarrollo inmenso, y la autoridad de D. Carlos fue reconocida en toda Navarra, escepto en las plazas fuertes, guarnecidas por las mejores tropas de Cristina.

Zumalacarregui fué secundado en sus esfuerzos por el

coronel D. Benito Eraso, que tambien se habia declarado por D. CARLOS.

El brigadier Cuevillas, ex-gobernador de Zaragoza, reunió por su parte un número considerable de partidarios en la Rioja; el cura Merino, que hacia dias habia reunido sus antiguos oficiales, salió á campaña el dia 13 de octubre, y el comandante de voluntarios realistas de Burgos D. José Hilarion siguió su movimiento: este jefe fué hecho prisionero algun tiempo despues, y pasado por las armas.

El jeneral Castañon, capitan jeneral de la provincia de Guipúzcoa, á la cabeza de las tropas que habia sacado de la guarnicion de San Sebastian, y Jáuregui, conocido por el Pastor, que formó un cuerpo compuesto de refujiados españoles y de desertores franceses, quisieron detener los progresos de la insurreccion; pero fue vano su empeño, porque fueron batidos en Tolosa y obligados á retroceder á San Sebastian.

No se limitaba la sublevacion en favor de D. CARLOS á las provincias que hasta ahora hemos mencionado, si bien estas eran el foco principal; levantáronse tambien partidas carlistas en Castilla, la Mancha, Aragon, Valencia y Cataluña, las cuales se engrosaban diariamente y daban mucho que hacer á las tropas de Cristina.

Asustado el gobierno francés de los progresos que hacian los realistas de España, y particularmente en las provincias prócsimas á sus fronteras, quiso reanimar las esperanzas de los partidarios de Isabel II, reconociéndola como reina de España y enviando de embajador cerca de nuestra corte al conde de Rayneval. Tambien quiso prevenirse para intervenir en nuestros negocios, en caso de necesidad, y á este efecto hizo avanzar hácia las fronteras de España un cuerpo de ejército de veinticinco mil hombres, al mando de los tenientes jenerales Harispe y conde de Castellane. El reconocimiento de Isabel II, por parte de Luis Felipe, que ya olvidó su protesta contra el nuevo órden de suceder en la corona de España, fué hecho de acuerdo con la Inglaterra, que se apresuró á seguir el ejemplo del gobierno francés. Pero veamos qué hizo D. CARLOS despues de la muerte del rey.



CAPITULO V.

Primeras providencias de D. Carlos al saber la muerte de su hermano.—Tentativas de D. Carlos para entrar en España.—Manifiesto de D. Carlos.—Proclamacion de Isabel II.—Desarme de los voluntarios realistas.—Sarsfield, jeneral en jefe del ejército cristino.—Ocupacion de Vitoria, Bilbao y Pamplona por las tropas de la reina.—Sublevacion de Morella —Ocupacion de Morella por el jeneral Hore.—Derrota de Carnicer.—Fusilamiento del baron Hervés y otros compañeros suyos.—Toma de Garnica por el baron del Solar de Espinosa.—Accion de Hernani.—Accion de Nazar y Asarte.

La muerte del rey, que D. Carlos no habia deseado y cuyo acontecimiento temió siempre porque prevía las funestas consecuencias que produciria, vino por fin á aflijir su fraternal corazon, y recibió esta noticia mas bien con resignacion que con alegria. Sabia que los cambios ocurridos en la rejencia de Cristina habian hecho renacer las esperanzas de

los constitucionales, y que la reina, bien convencida de que su hija Isabel solo hallaria apoyo entre los liberales, habia elevado á la mayor parte de los empleos á los hombres mas influyentes de este partido. D. Carlos no dudaba de los esfuerzos que estos harian para que triunfase la causa á que se habian adherido: y el porvenir sangriento que se preparaba á la España durante la lucha le hubiera hecho renunciar voluntariamente todos los derechos que creyera tener á la corona, si no se lo impidiera el perjuicio que causaba á sus descendientes, y su conciencia, que le hacia mirar como un crímen el desertar de un puesto en que Dios le habia colocado al nacer.

Hallábase D. Carlos en Santarem cuando se le presentó el embajador Córdoba el 4 de octubre, á comunicarle la muerte del rey y la órden de la reina rejente para que inmediatamente emprendiese el viaje á Italia.

Don Carlos, olvidando entonces sus resentimientos contra el embajador, le dió á besar su mano y le preguntó con bondad si le reconocia como rey. Córdoba contestó negativamente y se despidió. Este ministro, segun dice el baron de los Valles en sus memorias, pagó con la mas negra ingratitud los beneficios de aquel príncipe, y sobre todo los de la infanta Doña Francisca de Asís, que le salvó la vida el 7 de julio de 1822, dándole asilo en su habitacion y á otros diez de sus compañeros; porque Córdoba era entonces cadete de guardias. Desde la llegada de la familia de D. Carlos á Portugal se declaró su mas implacable enemigo, empleó contra él el mas odioso espionaje, cercándole de personas que observasen sus menores acciones, y estimuló al gobierno pedrista á que se apoderase de sus equipajes, privándole así de las cosas mas precisas. La recompensa de los servicios de Córdoba en Portugal, fué la cruz de Isabel la Católica.

Considerándose D. Carlos como rey, y queriendo evitar por cuantos medios creia posibles la guerra civil en España, el mismo dia en que se le hizo saber la muerte de su hermano escribió á la reina viuda una carta afectuosa

en la cual la aseguraba que seria tratada con todos los miramientos debidos á su elevada clase: y á fin de que los negocios del Estado no esperimentasen retardo alguno, confirmó en sus empleos á los ministros y al presidente del consejo real. Los decretos que espidió D. Carlos en esta ocasion fueron dirijidos al presidente del consejo de ministros con la órden de que le hiciera reconocer inmediatamente como rey de España. Al mismo tiempo envió copias de su protesta, firmadas por su propia mano, al presidente del consejo real, á todos los altos funcionarios del Estado, á los obispos del reino y á los individuos del cuerpo diplomático; pero estas copias oficiales fueron interceptadas por el gobierno y no pudieron llegar á su destino. La respuesta de Cea fue en estremo audaz; trataba á D. Carlos de *príncipe desleal y perturbador de la tranquilidad de los españoles*: al mismo tiempo le amenazaba con todo el rigor de las leyes si volvia á entrar en España, y le anunciaba que se iba á proceder al momento al secuestro de sus bienes y de los de su familia.

El 5 de octubre se trasladó D. Carlos con su esposa y algunos servidores á Maravao, plaza fuerte de Alentejo, situada en la estrema frontera de España por la parte de Estremadura, para ponerse á la cabeza de las tropas que se habian de presentar, y marchar sobre Madrid. Este punto fue mal elejido, porque reinaba el cólera-morbo en la frontera é inspiraba vivas inquietudes á las poblaciones españolas, que se habian armado para impedir toda comunicacion con los lugares infestados: ademas los habitantes de esta frontera eran poco afectos á D. Carlos, y mandaba entonces dicha provincia el jeneral Rodil, cuyas opiniones constitucionales eran bien conocidas.

D. Carlos autorizó al capitan Arroyo para que se avistase con dicho jeneral, del cual era amigo, con objeto de comunicarle las intenciones del príncipe y persuadirle á que le hiciera reconocer por las tropas que tenia á sus órdenes. Rodil respondió á este oficial que no podia acceder á lo que le proponia porque su honor se hallaba

empeñado en la causa de la reina Isabel. Convidóle á comer con él amistosamente, y despues le despidió, advirtiéndole que si volvia á presentarse con semejante solicitud, le mandaria fusilar. No podia haber salido peor esta tentativa; así que, D. CARLOS, despues de haber pasado inútilmente once dias en Maravao, convencido de que la presencia de Rodil paralizaria cualquier movimiento en favor suyo, se decidió á marchar á Castello-Branco, en donde se le reunió su familia.

Si en vez de trasladarse D. CARLOS á Maravao, lo hubiese ejecutado á la frontera de la provincia de Zamora, no hay duda que pudiera haber entrado por esta parte, porque aquella provincia era muy adicta á la monarquía pura, y encerraba numerosos batallones de voluntarios realistas, perfectamente organizados: la presencia de D. CARLOS hubiera sido suficiente para que ellos tomasen las armas en su favor.

Por entonces volvió Mr. Auguet de Saint Sylvain á reunirse con D. CARLOS, y le preguntó si habia escrito al jeneral Sarsfield: el príncipe dijo que no. Mr. Auguet le manifestó lo importante que hubiera sido ponerse en relacion con dicho jeneral que se hallaba á la cabeza de un cuerpo de tropas de veinticinco mil hombres, formando el cordon en la frontera de Portugal. D. CARLOS preguntó si era tiempo aun, y Mr. Auguet contestó afirmativamente, añadiendo que él se encargaria de llevar la carta, á pesar de la órden que habia enviado el gobierno de Madrid á todos los puntos de la frontera para que se le fusilase si podia ser habido.

D. CARLOS entregó entonces á Mr. Auguet la carta para el jeneral Sarsfield, en la cual le nombraba jeneral en jefe de su ejército de operaciones, y su primer ayudante de campo, significándole al mismo tiempo que debia hacerle reconocer como rey de España por las tropas que tenia á sus órdenes. Mr. Auguet se trasladó á Salvatierra; mas no hallando allí un guia que le condujese á Salamanca, en cuya ciudad le habian dicho que estaba el jeneral Sarsfield, mar-

chó para Almeida, y esta determinacion la salvó la vida, porque al dia siguiente de su salida de Salvatierra los contrabandistas españoles que habia en esta ciudad fronteriza de Portugal, se apoderaron de todos los refujiados carlistas que encontraron allí y los entregaron al jeneral Rodil.

Viendo D. Carlos que el gobierno de Madrid no hacia caso de su protesta ni de las órdenes que habia espedido despues de la muerte de su hermano, para que se le reconociese como lejítimo sucesor á la corona de España, publicó el 23 de octubre el siguiente manifiesto:

CARLOS V, A SUS AMADOS VASALLOS:

«Informado detenidamente y convencido despues de una profunda meditacion de mis indisputables derechos á la corona de España, dirijí, luego que llegó á mi noticia la irreparable pérdida de mi muy caro hermano D. Fernando VII, una carta la mas amorosa y tierna á mi hermana la reina, manifestando la sensibilidad de mi corazon, siempre dispuesto á conservarla sus derechos y consideraciones debidas, y que contase con toda mi proteccion, con el doble objeto de evitarla los disgustos que pudiera acarrearla su oposicion á mi ascenso al trono, y el de que se verificase tranquilamente y sin efusion de sangre, tan contraria á mis pacíficos sentimientos. Al propio tiempo y con el fin de que los negocios del Estado y administracion de justicia no sufriesen el menor retraso, tuve á bien confirmar en sus empleos á los actuales ministros y autoridades del reino por mis reales decretos de 4 del corriente mes, dirijidos al ministro de Estado y presidente del consejo de Castilla, por conducto del ministro plenipotenciario en Portugal D. Luis Fernandez de Córdoba, para que los circulasen y que se procediese á mi reconocimiento como rey de las Españas. Muy distantes de haber producido los buenos efectos que me propuse y debia esperar, han, por el contrario, precipitado su real ánimo hasta el increible estremo de

ultrajar mi alta dignidad y carácter con los feos dicterios de seductor y turbador de la tranquilidad de los españoles, suponiendo haberlo yo hecho á la de su hija la infanta doña Isabel de Borbon, titulada reina de España, amenazándome con el peso de la ley si llegase á pisar el territorio español. Se ha procedido ademas al secuestro de todas mis rentas y al embargo de cuanto me pertenece, con la privacion de percibir las asignaciones que tanto á mí como á mi augusta esposa é hijos correspondian, cuyos inauditos y violentos procedimientos me ponen en la dura precision de manifestar á mis pueblos la série de desagradables acontecimientos que con constante resignacion he sufrido y sepultado hasta aquí en el mas profundo silencio. La impía secta masónica, ocupada sin omitir fatiga en minar los tronos apoderándose de sus gobiernos, encontró la invencible dificultad de que prosperasen sus trabajos en España, sin alejar de mí aquella influencia que tenia con mi augusto hermano difunto, adquirida con las irrefragables pruebas de fidelidad y entrañable amor que siempre le dí, acompañándole en todos los trabajos y peligros, influencia que yo únicamente empleaba en contribuir á vuestra felicidad y á la destruccion y ruina de los planes anti-relijiosos y monárquicos de los sectarios. Por esta razon sin duda inventaron la fea y atroz calumnia de suponerme desleal y atentador de su trono, como bien sabeis; y aunque á pesar de sus esfuerzos malograron todo el efecto á que aspiraban, cediendo algun tanto de tan inícuo medio, aunque sin perderle de vista, le reproducian con nuevas maquinaciones cuando encontraban oportunidad de hacerlo. Variaron despues las circunstancias con la esperanza de sucesion al trono; mas recelando últimamente que con la que hubo podrian no llenarse sus deseos, mudó de plan la secta; y sus ajentes sorprendiendo el real ánimo del rey, mi augusto hermano, consiguieron hiciese una disposicion testamentaria contraria á sus naturales buenos sentimientos, y que mandase promulgar como pragmática

la que se intentó en vida de nuestro augusto padre el Sr. D. Carlos IV, de feliz memoria, sin las formalidades de estilo, y que no llegó á sancionarse, pues bien convencido de la ley indestructible de sus antecesores, tenia como nulo y de ningun valor todo cuanto se sancionára contrario á ella. Lo mismo sucedió al señor D. Fernando VII en el año prócsimo anterior en el real si io de San Ildefonso, y cuando cercano á las puertas de la eternidad, y amenazado de dar estrecha cuenta á Dios de las operaciones de su vida, no pudo resitir á las inspiraciones y fuertes estímulos de su conciencia, que con claridad y desprendimiento le hicieron ver el error en que le habian metido: asi es que de su propia espontaneidad, sin que persona alguna interesada pudiese hacerle la menor indicacion, porque á ninguna se le permitió consolarle ni aun hablarle en tan triste situacion, revocó absoluta y terminantemente con la debida formalidad dichas disposiciones, declarando así bien que á mí solo correspondia, á su fallecimiento, la lejítima sucesion al troño. Prolongóse con asombro su vida, aunque sin cesar por eso sus dolencias y peligros; y aprovechándose en esta tregua de su debilidad, abatimiento y mal estado, sin otro miramiento que el interes propio, le precisaron por desgracia á que se retractase y llevase á su término aquella disposicion por medios desconocidos, con la multitud de ofrecimientos, tropelías y amenazas tan ciertas como escandalosas, para obligar á prestar un juramento nulo é inobligatorio. Se esploró mi voluntad en cuanto á si reconoceria la sucesion al trono de mi augusta sobrina, su hija primojénita. Contesté atenta y respetuosamente que mi conciencia y honor no me lo permitian, ni el dejar de sostener unos derechos tan lejítimos que Dios me concedió cuando fué su santa voluntad yo naciese, incluyendo la mas seria y formal declaracion sobre el particular á mi augusto hermano y á todos los soberanos, á quienes esperaba se lo hubiese comunicado, y no lo hubo á bien. En carta de 9 de julio avisé tambien á S. M. que con otra fecha de 23 de mayo tenia dirijida á los mis-

mos soberanos, copia de mi insinuada declaracion, y otra á los arzobispos, obispos, grandes y diputados del reino, presidente ó decano de los consejos, para que tuviesen la instruccion necesaria de mis sentimientos. La estraccion de la correspondencia en los correos me privaron con disgusto de este justo y necesario recurso. Aunque me ocurrió podria desagradar mi indicada declaracion, como contraria á las siniestras miras de los autores de aquella, jamas creí que produjese tanta estrañeza el sostenimiento de mis notorios derechos y de los que despues de mí son llamados á ellos, y aun mucho menos la acordada espatriacion mia y la de mi familia al reino de Italia, con repetidísimas órdenes para que saliese de Portugal. Elevé á su alta penetracion la precision de ver antes y despedirme de S. M. F. é infantas, mis muy caras hermanas; despues la dificultad de realizarlo sin riesgo inminente de nuestras vidas, por hallarnos cercados por todas partes del contajio de la peste, que tanto aflijió á dicho reino, de cuyo terrible azote estaba sufriendo á la sazon una no pequeña parte de la tripulacion de la fragata *Lealtad*, dispuesta para nuestra conduccion; y finalmente la imposibilidad de efectuarlo desde que tomada por D. Pedro la escuadra se hizo dueño del mar y se apoderó de la capital, con otros pormenores mas por estenso que á su tiempo se harán notorios á la nacion. ¿Se me pidió ni ecsijió el juramento? No. ¿Fuí convocado para asistir á la ceremonia, como el primero y principal interesado en la seal familia? Tampoco. ¿He sido emplazado ni oido? Menos. ¿Se hizo presente mi declaracion antes del acto á las autoridades á quienes correspondia, para que con este conocimiento hubiesen deliberado y manifestado su parecer con acierto? Muy al contrario; se tuvo buen cuidado de ocultar lo que habia para no esponerse á llevar una jeneral repulsa. Luego tiene sobre sí dicha ceremonia y sus antecedentes una multitud de nulidades insubsanables, y solo un pequeño partido obcecado podrá sostener lo contrario y poner en cuestion mis derechos. Llegó pues el caso de castigar severamente al actual ministerio y demas emplea-

dos que, desobedeciendo abiertamente mis mandatos, y abusando de mi induljencia siguen trabajando en contrario sentido; y de repeler con mano fuerte y poderosa la temeraria obstinacion de cuantos dejasen de acojerse á mi clemencia. Reunios á mí, amados vasallos, y acelerad el paso: ayudad con vuestro valor mis esfuerzos y contad con la victoria y el justo premio que concederé á cuantos cooperen al triunfo y salvacion de la patria. Palacio de Castello-Branco 23 de octubre de 1833.—Firmado.=Yo el Rey.»

Al mismo tiempo que D. Carlos hacia circular este manifiesto, se ejecutaba en Madrid la proclamacion de Isabel II, cuya ceremonia tuvo lugar el dia 25 del mismo mes con toda la solemnidad y formalidades acostumbradas. Los voluntarios realistas de todo el reino que miraban como farsas ridículas estas ceremonias, no podian disimular el disgusto que les causaban, y miraban con ojeriza todas las innovaciones del gobierno: así es que no habia conspiracion ó sublevacion alguna en que no tomasen parte los voluntarios realistas, cuya ecsistencia política se hallaba identificada con la monarquía pura. Su número, que subia á unos trescientos mil hombres en toda España, animados de una misma voluntad é impulsados por el propio interés, era suficiente para tener siempre sobresaltado al gobierno, y hacer vacilar la corona de Isabel.

Los ministros de Cristina, para salir de zozobras, determinaron desarmar á los realistas, cuya operacion les pudo costar cara si estos hubieran conseguido reunirse; pero la astucia se valió de la sorpresa para lograr su fin. El dia 29 de octubre mandó el gobierno que las piezas de artillería, de los realistas, que se guardaban en el cuartel de caballería de los mismos, fuesen trasladadas al momento al cuartel de aquella arma del ejército. La órden se ejecutó inmediatamente y los realistas se quedaron sin artillería. Principió á correr la voz de desarme, y los voluntarios, conforme llegaba á su conocimiento esta

noticia se armaban espontáneamente y se dirijian á su cuartel, sin que hubiesen recibido aviso alguno preventivo. Como los realistas se hallaban en sus diferentes ocupaciones, fueron pocos los que supieron la novedad, y solo se reunieron en el cuartel unos cien hombres. Sin embargo, á la una de la tarde principiaron á hacer fuego á la guardia de la cárcel de córte con ánimo de apoderarse de aquel edificio que podria ofrecer mejor defensa que el cuartel.

Al ruido de los tiros, y viendo correr la jente, los demas voluntarios que componian los tres batallones que habia en Madrid, fueron saliendo de sus casas con direccion al cuartel; pero eran acometidos aisladamente en las calles por multitud de paisanos armados del partido de Cristina, y por las numerosas patrullas de infantería y caballería que circulaban por la capital. Unos entregaban las armas á la primera intimacion; pero la mayor parte á la voz de viva Cárlos V hacian fuego á todo el que se les oponia y se defendian con valor y serenidad. Algunos de ellos sucumbieron á la superioridad de fuerzas de que se veian atacados, y otros pudieron huir y ocultarse.

Entretanto los que se hallaban encerrados en el cuartel, despreciando las intimaciones que les dirijian los sitiadores, sostenian un vivo fuego de fusilería; pero ¿qué podian hacer un puñado de hombres encerrados en un paraje que no se prestaba á defensa alguna, sin artillería y con escasas municiones, y cercados por numerosas fuerzas de la guarnicion? Entregarse, como lo hicieron á las tres de la tarde, porque ya no tenian cartuchos. La tropa se posesionó del cuartel, quedando presos cuantos en él se hallaban, los cuales fueron trasladados á la cárcel, juzgados algun tiempo despues y condenados á presidio. Aquella misma tarde se publicó un bando imponiendo pena de la vida á todos los voluntarios que no entregasen las armas á los alcaldes de corte, comisionados para recojerlas, y la mayor parte de ellos, viendo que era inútil toda resistencia, las entregaron. Así terminó la sublevacion de

los voluntarios realistas de Madrid, cuyos resultados tal vez hubieran sido muy diferentes á haber podido reunirse y disponer de la artillería.

Inmediatamente espidió el gobierno á las provincias la órden del desarme jeneral, que fue ejecutada; pero que solo sirvió para aumentar las guerrillas carlistas que pululaban por todas partes.

Cuando Mr. Auguet llegó á Almeida, como dijimos antes, supo que el jeneral Sarsfield habia salido de Salamanca con direccion á Madrid. Viendo el gobierno de Cristina que la insurreccion de las provincias del norte era mucho mas seria de lo que se habia creido en un principio, resolvió hacer los mayores esfuerzos para sofocarla. Tratábase de elejir un jeneral cuya reputacion militar ofreciese suficientes garantías á las tropas y á la nacion: el jeneral Sarsfield reunia estas circunstancias; pero algunos dias despues de la muerte de Fernando VII habia recibido oficialmente aquel jeneral esta noticia y la órden de hacer reconocer á Isabel como reina de España: este reconocimiento aun no habia tenido lugar: y la tardanza del jeneral en obedecer las órdenes de la reina rejente tenia al gobierno en la mayor ansiedad, pues se esparció la voz de que Sarsfield se habia declarado en favor de D. Carlos; lo cual á ser cierto hubiera terminado probablemente la lucha. Sarsfield se decidió por fin á obedecer las órdenes de la reina. El gobierno comunicó una órden á Sarsfield para que dirijiese la mayor parte de sus tropas sobre Burgos y para que él se trasladase en persona á Madrid. Cuando llegó á esta capital, recibió de manos de la reina la gran banda de Cárlos III, y el nombramiento de jeneral en jefe de todas las tropas destinadas á operar en las provincias del norte. Pocos dias despues marchó para Burgos, en donde debian reunirse todas las fuerzas; pero como la mayor parte de los caminos estaban tomados por los voluntarios realistas, tuvo que hacer muchos rodeos para llegar á dicha ciudad.

Cercado por todas partes de fuerzas carlistas, Sarsfield

permaneció encerrado en Burgos mas de quince dias, porque temia ser envuelto si salia. Esta inaccion disgustó á la corte, que ya sospechaba como traicion de aquel jeneral, el cual escusaba su paralizacion con los preparativos de la marcha. Por fin emprendió su movimiento por el camino de Vitoria, y dispersó los diferentes cuerpos realistas que se hallaban alrededor de Burgos y que solo opusieron una débil resistencia.

El jeneral Sarsfield llegó á Vitoria el dia 21 de noviembre, despues de haber forzado el paso de Peñacerrada, que le disputaron mil quinientos carlistas. La posesion de Vitoria facilitó á Sarsfield la de Bilbao, en cuya villa entró sin haber hallado obstáculo alguno en su tránsito desde Vitoria.

Zumalacarregui que, segun dijimos, era comandante jeneral de las tropas carlistas de Navarra, habia propuesto á sus jenerales un escelente plan de campaña que no fué adoptado: á esta determinacion se debieron los progresos de Sarsfield, que marchó desde Bilbao á Pamplona, en cuya ciudad penetró igualmente; pero allí terminaron sus operaciones, porque despues le probó Zumalacarregui que tenia que habérselas con un adversario mas hábil y temible.

Envanecido Sarsfield con los efímeros triunfos que habia obtenido hasta su entrada en Pamplona, creyó que los carlistas estaban ya desanimados y publicó un indulto á favor de los individuos ecsistentes en las tres provincias vascongadas, desde la clase de capitan inclusive abajo, que se presentasen con sus armas á las justicias de los pueblos en el término de 15 dias; pero esta gracia fué inutil, porque los carlistas no quisieron aprovecharse de ella, prefiriendo los riesgos y penalidades de la guerra por defender su causa, al sosiego que podrian disfrutar en el seno de sus familias sometiéndose á sus contrarios. Como la sublevacion fué tomando cada dia mayor incremento y las tropas de la reina no poseian mas terreno que el que ocupaban, juzgaron los partidarios de Isabel que esto consistia en la po-

su habilidad del jeneral en jefe, y Sarsfield fue nombrado virey de Navarra, remplazándole en el mando del ejército el jeneral D. Jerónimo Valdés.

Aunque la guerra del norte era lo que mas llamaba la atencion del gobierno de Cristina, tampoco podia serle indiferente el estado en que se hallaba la parte oriental del reino, donde se iban organizando algunas fuerzas carlistas. El primero que alzó el grito por la parte de Valencia, en los límites que separan este reino del de Aragon, fué D. Manuel Carnicer, que sirvió en la guardia real hasta los acontecimientos de julio del año 1822, en cuya época se unió con la partida de Capapé, conocido por *el Royo*, para defender la relijion y el trono. Ahora se presentó con solos veintidos hombres delante de Morella para escitar y protejer el levantamiento de la poblacion en favor de D. Carlos. Los habitantes que todavia se hallaban indecisos, le suplicaron que no anticipase sus compromisos, y que aguardase á que se convinieran entre sí y formasen un plan que pudiera asegurar el écsito de la empresa. Con estas razones consiguieron que Carnicer se retirase por algun tiempo.

Poco despues, en el mes de noviembre, entró en Morella D. Rafael Ramdeviu, baron de Hervés, y consiguió sublevar la poblacion; en breve acudieron á su llamamiento multitud de paisanos de aquellas cercanías, y el mismo Carnicer con su jente. Inmediatamente se trató de formar un gobierno, de organizar las fuerzas y de fortificar suficientemente la plaza: Carnicer trabajó con mucha actividad en esta empresa y tomó el carácter de caudillo.

Alarmado el gobierno de Cristina con este suceso, mandó al gobernador de Tortosa D. Manuel Breton, que se apresurase á contener los progresos de los sublevados, temiendo que se propagase aquel incendio. Poco despues marchó al frente de una columna compuesta de seiscientos infantes y treinta y dos caballos el mariscal de campo D. Rafael Hore, y cercó á los carlistas en Morella. Estos, en número de seiscientos, salieron de la plaza el dia 6 de diciem-

bre para medir sus fuerzas con las tropas de Isabel. Hore habia creido que el choque seria lijero y fácil la victoria, pero halló una fuerte resistencia de parte de unos enemigos faltos todavía de instruccion y disciplina. Venció por último la pericia militar de Hore; y los carlistas se refujiaron en la plaza, dejando en el campo unos sesenta hombres entre muertos y heridos, y diez prisioneros; pero las tropas de Hore no consiguieron esta victoria sin esperimentar bastantes bajas en sus filas.

No contando con suficientes recursos para defender á Morella, evacuaron la plaza sijilosamente al anochecer del dia 9; y el 10 la ocupó Hore sin oposicion alguna. Carnicer se dirijió con los suyos á Calanda, donde fue sorprendido poco tiempo despues por la columna del coronel Linares, que le derrotó causándole mucha pérdida, porque aturdidos los carlistas por lo repentino del ataque, no tuvieron tiempo de formar en batalla y aprestarse á la defensa, por lo que hicieron poca resistencia y huyeron por diferentes direcciones. El coronel Linares recibió en premio de esta victoria el grado de brigadier. Esta jornada fue fatal para el baron de Hervés, que dirijiéndose á su partido cayó prisionero en el Mas de Bacanizas, con su hijo y otros dos oficiales, los cuales, segun las sangrientas órdenes del gobierno, fueron inmediatamente pasados por las armas.

Con la recuperacion de Morella creyeron los partidarios de Isabel que habia terminado la sublevacion de la parte oriental del reino, asi como antes habian creido que la ocupacion de Vitoria y de Bilbao acababan hasta con la posibilidad de que los carlistas pudieran reproducir sus planes en aquellos paises; pero estaban enteramente equivocados, porque cuantos mas obstáculos encontraba la sublevacion, mas progresaba, y el rigor empleado por el gobierno no hacia otra cosa que ecsasperar los ánimos y aumentar las filas de los defensores de D. Carlos.

En el norte seguian los encuentros con suceso vario. Los carlistas establecieron una línea que se prolongaba desde Tolosa á Irun por Hernani, y el comandante jeneral de Gui-

púzcoa, D. Federico Castañon, deseoso de alejarlos de aquellos sitios, se presentó con sus tropas el 17 de noviembre á la vista de Hernani. El fuego de una avanzada avisó de la procsimidad del enemigo á los carlistas, que ocuparon con algunas fuerzas la altura llamada de Santa Bárbara, situada á corta distancia de la poblacion, y esperaron al enemigo con serenidad. El coronel Jáuregui fue el primero que se adelantó con órden de envolver dicha altura por la izquierda, mientras Castañon avanzaba por el camino real con la reserva, la artillería y caballería. Principió el fuego por ambas partes, muy vivo y sostenido por los carlistas, que sin embargo fueron desgraciados en esta jornada, porque la artillería de Castañon disparó una granada á la altura de Santa Bárbara, y cayendo enmedio de los que defendian el cerro, esparció entre ellos el terror y el desórden, el cual propagándose de fila en fila se convirtió en una fuga jeneral, consistiendo mucho mas la pérdida de los carlistas en los que se arrojaron por los despeñaderos, que la que sufrieron por parte de sus enemigos. El comandante de realistas, Larrañaga, peleando con valor y queriendo detener á los fujitivos, cayó ecsánime cubierto de gloriosas heridas: tambien fué herido mortalmente el comandante Iturriaga. Ademas dejaron los carlistas en el campo unos ochenta muertos, algunos heridos y treinta prisioneros. La pérdida de las tropas de la reina fué menor, porque el fuego de los carlistas habia sido poco certero.

Otra derrota mas importante aun sufrieron los defensores de D. CARLOS el 29 de diciembre en los pueblos de Nazar y Asarta, en donde se hallaba Zumalacarregui con siete batallones, cuatro navarros, mandados por él mismo, y tres alaveses á las órdenes de Villareal, Uranga y Lazarraga; pero esta derrota no fué como la anterior, que por la precipitada fuga de los carlistas quedó tan facilmente dueño del campo Castañon: la victoria de Nazar y Asarta costó á los soldados de Cristina tanto como una derrota, pues aunque quedó por ellos el terreno, le regaron escesivamente con su sangre.

En Nazar se hallaba un batallon navarro, otro alavés y doscientos caballos: en Asarta estaba Zumalacarregui con los cinco batallones restantes, que repartió en cuatro fuertes columnas, dos á la izquierda del pueblo y las otras dos en las calles del mismo pueblo y su retaguardia. El jeneral Lorenzo, con la division llamada de Navarra, dividida en tres columnas, atacó las posiciones de Asarta, y el coronel Oraá se encargó de embestir el pueblo de Nazar, cuyos dos batallones viéndose envueltos por sus contrarios, determinaron vender caro el triunfo, y por tres veces los recibieron heróicamente con sus bayonetas, haciéndoles retroceder y causándoles una pérdida considerable.

Tambien los batallones de Lorenzo que atacaron al mismo tiempo el pueblo de Nazar fueron rechazados á la bayoneta por los carlistas: el ataque fué obstinado y sangriento, y los carlistas defendieron su causa como pudieran haberlo hecho las tropas mas aguerridas del mundo; pero la fortuna que les habia negado su proteccion aquel dia, inutilizó todos sus esfuerzos y tuvieron que abandonar el campo á sus afortunados enemigos. La pérdida de estos fué con corta diferencia igual á la de los carlistas, que consistió en unos trescientos hombres entre muertos y heridos.

Por lo que acabamos de referir podrá formarse una idea de los progresos que en tan poco tiempo habia hecho la sublevacion en favor de D. Carlos. A pesar de la ajitacion y movimiento contínuo de las fuerzas carlistas, estas se habian aumentado considerablemente y adquirido tanta instruccion y firmeza como pudieran tener las mejores tropas. Tenian á su cabeza á Zumalacarregui, jefe activo, instruido, é incansable en la organizacion de sus batallones, que ya no peleaban como guerrilleros, sino que combatian como ejército regular, porque los dirijia un militar capaz de formar un sistema de guerra y un plan de ataque acomodado á las circunstancias, y de llevarlo á cabo como nos lo ha mostrado la esperiencia. Las alabanzas que han tributado á este jeneral muchos escrito-

res estranjeros lo han sido con justicia, porque si atendemos á los obstáculos y contrariedades que Zumalacarregui tenia que vencer á cada paso que daba, conocerá cualquiera, aunque sea su mayor enemigo, que este caudillo desplegó mayor jenio y superioridad que cuantos jenerales mandaron los ejércitos de Cristina.

Otro reves sufrieron los carlistas por este tiempo, aunque no de tanta importancia como el de Nasar y Asartà: hablamos de la pérdida de Garnica. Zavala con unos dos mil hombres habia ocupado el fuerte de la Antigua de la espresada villa, y para mayor defensa hizo aspillerar muchas casas. Marchó contra él la division del baron del Solar de Espinosa, que llegó á la vista de la poblacion el 21 de diciembre, haciendo adelantar una compañía de granaderos que inmediatamente rompió el fuego. Recibiéronlos los carlistas con descargas cerradas sin dejarles adelantar un paso, hasta que acometidos por distintos lados en aquella poblacion abierta, consiguió el baron distraer su atencion. Una parte de la division avanzó por la derecha del pueblo, donde los carlistas tenian colocada una línea de tiradores, y entretanto el baron del Solar penetró por otra con la caballería y parte de la infantería, sufriendo un fuego de fusilería bien sostenido. Los que entraron por la derecha se dirijieron al fuerte, del que se apoderaron con mucho trabajo, porque defendido con tanacidad por los carlistas, tuvieron que ir ganando casa por casa, cuya operacion les costó unos cincuenta heridos y muchos muertos, contándose entre los primeros algùnos oficiales. La pérdida de los carlistas fue mucho menor porque se hallaban resguardados detras de las aspilleras, y consiguieron evacuar el pueblo de modo que solo dejaron en poder de sus contrarios los muertos y un capitan con once soldados prisioneros.

El baron del Solar de Espinosa recibió grandes elojios de sus amigos por la toma de Garnica, punto insignificante, poco susceptible de defensa, y cuya posesion costó á las tropas de la reina una pérdida mayor que la de los

vencidos. Es cierto que quedaron dueños de la poblacion; pero ninguna ventaja reportaron de ello, á no ser la de remitir al gobierno un pomposo parte, como era de costumbre, aumentando siempre las fuerzas y pérdidas del enemigo, y aminorando las propias; no olvidando tampoco el ponderar los inumerables obstáculos que siempre tenian que vencer.

Así terminó el año de 1833, tan fatal para la España, y que sin embargo todos los desastres que en él acaecieron no fueron mas que el principio de los muchos males que debian agobiar á esta desgraciada nacion.





CAPITULO VI.

Caida del ministerio Cea: le remplaza Martinez de la Rosa.—Diversos encuentros entre los carlistas y las tropas de Isabel.—Victoria de los carlistas en Gamarra Mayor.—Sorpresa de Zubiri por los carlistas.—El intrèpido Zumalacarregui sorprende la ciudad de Vitoria. —Heróica resistencia de dos batallones mandados por Zumalacarreguí, contra la division de Valdés.—Accion del puente de Burceña.—Partidarios carlistas en las demas provincias de España.—Publicacion del Estatuto Real.—Cambio de política del gabinete de Madrid con respecto á los negocios de Portugal.—Tratado de la cuádruple alianza.—Las tropas de Rodil penetran en Portugal.—Situacion de D. Carlos en esta época.—Pérdidas de los miguelistas.—Tratado de Evora-Monte.—Salida de D Carlos de Portugal, con direccion á Inglaterra.

Cea Bermudez habia creido posible llevar á cabo su sistema político llamado *justo medio*, procurando contener á los innovadores y amigos de revoluciones; pero el partido constitucional, que se habia apoderado de los mejores destinos, y queria que las innovaciones continuasen rápidamente, sin contar con la voluntad de los pueblos, que odiaban toda variacion en el sistema político, viendo que el gobierno se oponia á la realizacion de sus planes trataron de derribarle. Asi que, á últimos del año 1833 el marqués de Miraflores y el conde de Pu-

ñonrostró; y á principios de 1834 el capitan jeneral de Castilla la Vieja D. Vicente de Quesada, y el de Cataluña, D. Manuel Llauder, dirijieron á la reina rejente varias esposiciones contra Cea Bermudez, á quien acusaban de todos los males de la guerra y del disgusto público, porque su administracion, decian, no es la que quieren los pueblos, y los ánimos se hallan en la mayor efervescencia. ¡Pobres pueblos! siempre se toma su nombre y nunca se cuenta con ellos. Por último las esposiciones concluian pidiendo la mudanza de ministros y la reunion de córtes.

Conociendo Cea que le era imposible sostenerse teniendo que luchar contra tantos contrarios, hizo dimision del ministerio y fué remplazado por Martinez de la Rosa, uno de los espatriados á quienes el célebre decreto de amnistía habia abierto las puertas de España, y ministro que fue en la anterior época constitucional. Los amigos de novedades quedaron al parecer satisfechos con la variacion de ministros, porque los antecedentes del presidente del gabinete eran para ellos una garantía de que habia de ser mas dócil á sus clamores, que el caido Cea Bermudez.

El estado de la guerra cada vez era mas triste y complicado. En Cataluña se aumentaban cada dia las guerrillas carlistas, á pesar de la activa persecucion que esperimentaban por las tropas de Isabel, y de las medidas de rigor adoptadas por el jeneral Llauder. Las ventajas que conseguian las columnas de la reina solo eran momentáneas, porque cuando los carlistas se veian agobiados por el mayor número de enemigos, se desbandaban, y despues volvian á reunirse en los sitios convenidos de antemano, burlando así la persecucion de los soldados cristinos, que se fatigaban en valde por darles alcance.

El jeneral Valdés, que mandaba en jefe el ejército de operaciones del Norte, creyó que, para evitar la desgracia de su predecesor y conseguir el término que apetecia en una empresa de la cual no comprendia aun todas las dificultades, era necesario emplear las mas escesivas medidas de rigor: con ellas presumió que podria reprimir á los carlistas,

y sofocar en su principio lo que él llamaba una conspiracion mal organizada. Pero los acontecimientos futuros le hicieron conocer cuánto se habia engañado; porque todos sus rigores, sus vejaciones y crueldades solo sirvieron para escitar mas y mas el celo de los carlistas que le vencieron en varios encuentros, haciéndole sufrir pérdidas considerables; lo cual obligó al gobierno de Cristina á remplazar á este jeneral, nombrando para sucederle en el mando del ejército al jeneral Quesada.

Así en las provincias vascongadas como en la Navarra, la sublevacion se iba organizando vigorosamente, sin que pudiéra preverse el término de tan cruel guerra. En este tiempo la victoria no precedia al término apetecido: los carlistas, batidos en algunas partes, lograban en otras ventajas, que por insignificantes que fuesen al parecer, sacaban de ellas mas provecho que el que sus contrarios podian reportar.

Las tropas de Isabel se fatigaban en las contínuas marchas que tenian que hacer para seguir los movimientos de los carlistas, siempre rápidos; y como apenas abandonaban aquellos un punto le ocupaban inmediatamente los defensores de D. Carlos, los jenerales cristinos adoptaron el plan de fortificar algunos pueblos y dejar en ellos guarniciones.

Durante el mes de enero hubo varios encuentros insignificantes. En febrero consiguió el brigadier Espartero, comandante jeneral de Vizcaya, alcanzar en Oñate á los vizcainos y les hizo algunos prisioneros. El baron del Solar de Espinosa con su division batió á las fuerzas carlistas mandadas por Torre y Luqui entre Villaro y Dima, ocasionándoles muy poca pérdida; pero el coronel Ichaso fué acometido por los alaveses, que le hicieron retroceder con la columna de su mando á Salvatierra.

Los llamados voluntarios de Alava, que defendian la causa de Isabel, reunidos en Gamarra Mayor, fueron acometidos repentinamente por una columna carlista que consiguió un triunfo completo, porque de unos ciento sesen-

ta voluntarios solo pudieron escapar doce de caballería con el comandante y algunos oficiales: los demas fueron hechos prisioneros y conducidos á Heredia, en donde los fusilaron. Diráse que estos hechos eran atroces, y nosotros convenimos en ello; porque toda la sangre que se derramaba despues del combate era un verdadero asesinato; pero á estas funestas represalias daban márjen los jenerales cristinos, que sacrificaban á los infelices prisioneros que caian en su poder.

Otro batallon carlista sorprendió á Zubiri, donde se hallaba el brigadier Oráa con su columna, y se apoderó de un punto avanzado, quedando en su poder el jefe que mandaba aquella fuerza, y dieziseis caballos: otros se introdujeron en el pueblo de Urdanix, penetrando hasta en los alojamientos de los oficiales; pero la tropa pudo reunirse prontamente y rechazar á sus contrarios.

La ciudad de Vitoria parecia que, por sus fortificaciones y por su guarnicion, se hallaba á cubierto de un golpe de mano; pero Zumalacarregui que esperaba un momento oportuno, se acercó á la plaza con su jente y se introdujo en ella. Grande fué la confusion que causó en la poblacion tan inesperada sorpresa: sin embargo, la guarnicion acudió á las armas y se trabó el combate dentro de las calles. Despues de una porfiada lucha fueron rechazados los carlistas que peleaban á cuerpo descubierto, dejando en poder de los vencedores cuarenta muertos y treinta y cuatro prisioneros; pero el triunfo fué costoso y sangriento para los defensores de la ciudad que tuvieron bastantes muertos, treinta y un heridos, seis contusos y algunos prisioneros.

Tambien es digna de citarse la heróica defensa que hizo Zumalacarregui con dos solos batallones en el pueblo de la Huesa. Alcanzado en este punto por la division del jeneral Valdés, tomó Zumalacarregui las posiciones que le parecieron mas convenientes para recibir á los contrarios. Durante cuatro horas se defendieron los dos batallones carlistas con un fuego incesante y una

serenidad admirable, hasta que cansados, y flanqueados por las tropas de Valdés, emprendieron la retirada ordenadamente, habiendo sufrido una pérdida insignifica te, pero causándola mayor á sus enemigos.

No sucedió así á Castor, el cual, amenazando á Bilbao, y apoderado del puente colgante de Burceña, fue atacado por Espartero á fines de marzo, con fuerzas bastante respetables. La accion se sostuvo por ambas partes con porfia, y á pesar de la inferioridad numérica de los carlistas, no abandonaron el campo hasta que la noche puso fin al combate. Los carlistas tuvieron unos cincuenta muertos, muchos heridos y veintiun prisioneros: los de Espartero contaron algunas muertos y once heridos, siéndolo tambien este jeneral, aunque lijeramente.

En esta época la guerra se habia estendido por casi todas las provincias de España. Si en las provincias ecsentas defendian los derechos de D. Carlos Zumalacarregui, Villareal, Eraso, Castor y otros jefes no menos valientes, en Cataluña peleaban por la misma causa Tristani, Plandolid, Targarona y otros varios, que desaparecian momentáneamente para volver á presentarse con mayores fuerzas y mas audácia: en Castilla se hallaban el cura Merino, Cuevillas y Balmaseda: en Valencia y Aragon Carnicer, Quilez, Tallada, el Serrador y algunos otros: en la Mancha el Locho, Palillo y Barba: en Estremadura, Cuesta; y otros muchos en Galicia, Santander y Toledo.

Verdad es que la sublevacion del norte era la que inspiraba mas temores por su fuerza y su organizacion; mas sin embargo, los partidarios de las demas provincias, asi por sus incesantes movimientos, como por los ataques repentinos é inesperados con que solian anunciar su presencia, tenian en contínuo sobresalto á las tropas cristinas y á las poblaciones abiertas.

Atentos siempre los amigos de las innovaciones á su único y esclusivo fin, que era el restablecimiento de la democrática constitucion de 1812, procuraban avanzar en

la senda que se habian trazado, y ecsijian que se consignasen en la ley fundamental del estado los derechos del pueblo. El presidente del gabinete que tantas deferencias merecia al partido que le habia elevado al poder, trató de no defraudar enteramente las esperanzas que habian concebido los constitucionales, y formó el *Estatuto Real*, especie de constitucion menos democrática que la de Cádiz; y aprobada por sus colegas del ministerio, la presentó Martinez de la Rosa á la reina rejente, que la firmó en Aranjuez el 10 de abril, mandando que se publicase como ley. Ordenábase en el Estatuto que se reunieran las córtes, divididas en dos cuerpos distintos, llamados estamentos; el primero, de Próceres, que debia componerse de arzobispos, obispos, grandes de España, títulos de Castilla, y de todos los españoles que disfrutasen sesenta mil reales de renta anual: el segundo, de Procuradores, elejidos por la nacion con arreglo á la ley de elecciones, los cuales habian de poseer una renta propia de doce mil reales anuales.

La corona podia convocar estas córtes, suspenderlas, disolverlas, abrirlas y cerrarlas cuando lo tuviese por conveniente, y no podrian deliberar sobre ningun asunto que no fuese sometido á su ecsámen por un real decreto. No obstante, quedaba á las córtes el derecho de elevar peticiones al rey. Tambien era atribucion de las córtes votar las contribuciones que habian de imponerse á los pueblos, sin cuya aprobacion no podrian ecsijirse.

La publicacion del *Estatuto Real* fue acojida por algunos con alegría, porque concebian esperanzas de optener con el tiempo garantías y derechos mas latos que los que se consignaban en esta ley: otros, mas impacientes por llegar cuanto antes al término de sus deseos, la recibieron con disgusto, por parecerles demasiado monárquica, prorrumpiendo en quejas y severas críticas contra el autor de semejante obra.

La causa de D. Miguel en Portugal iba empeorando de dia en dia, porque los pedristas conseguian cada vez ma-

yores ventajas sobre los realistas; y el gobierno de Madrid, que no podia esperar que D. Miguel reconociese á Isabel por reina de España, ni que hiciese salir de aquel reino á D. Carlos, á cuyo príncipe creian ver atravesar á cada instante la frontera para introducirse en España, á pesar de la vijilancia del ejército de observacion, mandó al jeneral Rodil que con sus tropas acantonadas en Estremadura penetrase en Portugal, no solo para apoderarse de la persona de D. Carlos y de cuantos le seguian, sino para que cooperase activamente con las fuerzas de D. Pedro al triunfo de Doña María de la Gloria. De este modo varió la política de España con respecto á los asuntos de Portugal, faltando á la neutralidad que se habia propuesto desde el principio de la lucha.

Díjose entonces que Rodil llevaba órden de fusilar *al mal aconsejado príncipe* si podia apoderarse de su persona. No tenemos datos para poder negar ni asegurar la certeza de una órden tan atroz, ni creemos que el jeneral Rodil se hubiese atrevido á atentar contra la vida del príncipe; pero á ser cierta, contrasta admirablemente con los sentimientos humanos y jenerosos de D. Carlos, que publicó un decreto en Villareal, Portugal, el 24 de enero de 1834, cuyo primer artículo decia asi: «En el caso en que Cristina caiga en manos de mis fieles servidores, estos deberán tratarla con el mayor respeto.»

D. Carlos, asi en Portugal como en Lóndres, en Oñate como en Bourges, ha sido siempre invariable en sus principios, impasible en la adversidad y en los peligros, y tan resignado en el infortunio como inalterable en la prosperidad. Jamas ha hablado de la viuda de Fernando ni de sus hijas, sino con la moderacion y los miramientos correspondientes á un príncipe. Inumerables son las recomendaciones hechas por D. Carlos á sus jenerales, sobre el modo de tratar á las personas reales, en el caso en que los trances de la guerra las hicieran caer en sus manos. Mas para no ser difusos, solo insertaremos las instrucciones que por órden de D. Carlos, dirijió su ministro

de la Guerra al jeneral Zariátegui, cuando en 1837 llegó con su division á la vista de Madrid. Dice así este documento:

«S. M. quiere tambien que recomiende á V. muy particularmente, aunque está persuadido que aun sin esta recomendacion, V. observará la conducta que es de esperar de su celo y distinguida educacion; que en el caso en que, por una feliz casualidad, llegase á ser su prisionera la reina, la trate V. con el respeto mas escrupuloso, y como á la viuda de su augusto hermano, á quien S. M. ha amado con la mayor ternura. El rey hace á V. la misma recomendacion con respecto á las augustas hijas de su hermano, que deberá V. considerar como infantas de España y como sobrinas suyas. Las mismas consideraciones observará V. con respecto á S. A. S. el infante D. Francisco, y á todos los demas individuos de la familia real. En el caso de que estas augustas personas se entreguen á V. pidiéndole proteccion, V. les dispensará la ayuda y los socorros compatibles con las circunstancias, así como la escolta necesaria, si pidiesen ser conducidas á presencia de S. M., confiando V. el mando de la escolta á un oficial jeneral que merezca toda la confianza de V., *haciéndole responsable, no solo de la seguridad de las augustas personas durante el tránsito, sino del respeto y afabilidad con que deben ser tratadas;* y esto en el caso de que V. mismo no pueda venir acompañándolas. Si algun individuo de la familia real pidiese á V. una escolta para trasladarse á otro punto que no sea el que ocupa S. M., se negará V. formalmente á proporcionársela, pero de un modo respetuoso, hasta la decision de S. M.» Estas instrucciones llevan la siguiente firma: *M. Manuel M.ª de Medina Verdes y Cabañas.* Véase, pues, la gran diferencia que se encuentra entre los sentimientos de D. CARLOS y los de sus enemigos...

La Inglaterra, que desde luego habia reconocido como reina de España á Isabel II y declarádose á favor de Doña María de la Gloria, no quiso permanecer neutral por

mas tiempo en las sangrientas cuestiones que se debatian en la península, porque le interesaba prestar ayuda á los vacilantes tronos de las dos reinas. Ya habia proporcionado la Gran Bretaña toda clase de socorros al duque de Braganza en Portugal, y como la causa de Isabel se asemejaba á la de Doña María, trató de formar una alianza entre las tres naciones, creyendo aterrar con ella á los realistas así españoles como portugueses. Como no se habia contado con la Francia para este tratado, el gabinete de las Tullerías, que quería tambien tomar parte en nuestra destruccion, se manifestó altamente resentido. Admitióse pues á esta potencia á las negociaciones del tratado, el cual se celebró en Lóndres el 22 de abril, y el canje de las ratificaciones el 31 del siguiente mes.

Llamóse á este tratado de la cuádruple alianza, por haberse verificado entre las cuatro potencias espresadas. He aquí literalmente su contenido:

TRATADO DE LA CUADRUPLE ALIANZA.

«S. M. la reina rejente de España durante la menor edad de su hija Doña Isabel II, reina de España, y S. M. I. el duque de Braganza, rejente de los reinos de Portugal y de los Algarves, en nombre de la reina Doña María II.

»Intimamente convencidos de que los intereses y la seguridad de las dos coronas ecsijen que se empleen inmediata y vigorosamente esfuerzos recíprocos para terminar las hostilidades que, si al principio tuvieron por objeto derribar el trono de su majestad portuguesa, suministran en el dia apoyo y proteccion á los súbditos descontentos del reino de España; deseando dichas majestades proveer á la vez á los medios necesarios para restablecer la paz y felicidad interior, y asegurar sobre bases recíprocas y sólidas el porvenir de ambos estados, han convenido en reunir sus fuerzas con el objeto de obligar al infante D. Carlos de España y al infante D. Miguel de Portugal, á salir de los dominios de este último reino.

»En consecuencia de estas convenciones SS. MM. rejentes se han dirijido á SS. MM. el rey de los franceses y el rey de la Gran Bretaña é Irlanda: estos dos últimos príncipes, considerando el interés que siempre deben tomarse en la seguridad de la monarquía española, y animados del mas ardiente deseo de contribuir al establecimiento de la paz así peninsular como europea; y S. M. B. considerando ademas las obligaciones especiales que emanan de su antigua alianza con el Portugal, han consentido en figurar como partes en dicho tratado.

»A este efecto sus majestades han nombrado los plenipotenciarios por el órden siguiente:

»S. M. la reina rejente de España, á D. Manuel Pardo Fernandez de Pinedo, conde de Villapaterna y de Floridablanca, su ministro plenipotenciario cerca de S. M. B.

»S. M. el rey de los franceses, al duque de Talleyrand, su embajador en la corte de Lóndres.

»S. M. el rey de la Gran Bretaña é Irlanda, al vizconde de Palmerston, su ministro de negocios estranjeros.

»S. M. I. el duque de Braganza, á D. Cristobal Pedro de Mornes Sarmento, su enviado estraordinario en la corte de Lóndres.

»Y dichos plenipotenciarios han convenido en los artículos siguientes:

»Art. 1.° S. M. I. el duque de Braganza, en nombre de la reina Doña María II, se obliga á poner en accion todos los medios que estén en su poder para espulsar al infante D. Carlos de los dominios portugueses.

»Art. 2.° S. M. la reina de España, á invitacion de S. M. I. el duque de Braganza, y teniendo ademas justos y graves motivos de queja contra el infante D. Miguel, por la proteccion que ha prestado al infaute D. Carlos de España, se obliga á hacer entrar en el territorio portugués el número de tropas españolas suficiente y necesario para cooperar, con las de S. M. I. á la espulsion de D. Carlos de España y de D. Miguel del territorio

portugués, obligándose ademas la reina de España á mantener por su cuenta y sin gasto alguno de parte de Portugal, las tropas españolas, las cuales serán recibidas y tratadas en un todo del mismo modo que las tropas de S. M. I. el duque de Braganza: y S. M. se obliga á hacer retirar sus tropas del territorio portugués tan luego como se verifique la espulsion de los espresados infantes, y cuando la presencia de estas tropas no sea pedida por S. M. F. portuguesa.

»Art. 3.° S. M. el rey de la Gran Bretaña se obliga á cooperar, empleando una fuerza naval para secundar las operaciones y determinaciones necesarias á la ejecucion del presente tratado.

»Art. 4.° En el caso en que se juzgue necesaria la cooperacion de la Francia por las altas partes contratantes, S. M. el rey de los franceses se obliga á hacer todo lo que él y sus augustos aliados determinen de comun acuerdo.

»Art. 5.° Las altas partes contratantes han convenido que, en consecuencia de las atribuciones contenidas en los precedentes artículos, se procederá inmediatamente á hacer una declaracion anunciando á la nacion portuguesa los principios y el objeto del presente tratado; y S. M. I. el duque de Braganza, animado del sincero deseo de olvidar todo lo pasado, y deseando reunir en derredor del trono de su hija á la nacion entera, declara su intencion de publicar una amnistía completa y jeneral en favor de todos los súbditos de S. M. F. que, en el tiempo que se determinará, vuelvan á entrar en la obediencia: y el espresado rejente declara asimismo su intencion de asegurar al infante D. Miguel, tan luego como salga de los estados portugueses y españoles, una pension correspondiente á su rango y nacimiento.

»Art. 6.° S. M. la reina de España, en virtud del presente artículo, declara su intencion de asegurar al infante D. Carlos, luego que se halle fuera de los dominios españoles y portugueses, una pension correspondiente á su rango y nacimiento.

»Art. 7.° El presente tratado será ratificado, y sus ratificaciones se canjearán en Lóndres, en el término de un mes, ó antes si es posible.

»En fe de lo cual los cuatro plenipotenciarios infrascritos lo firmaron y sellaron en Lóndres, á 23 de abril de 1834.=Miraflores.=Talleyrand.=Palmerston.=Moraes Sarmento.»

Mr. Auguet de Saint-Sylvain, no pudo cumplir su mision de entregar la carta de D. Carlos al jeneral Sarsfield, y se volvió á Portugal á últimos de noviembre de 1833. Hallábase D. Carlos entonces en Miranda de Duero, lo cual sorprendió á Mr. Auguet, porque era una ciudad abierta, y muy prócsima á España, componiéndose su guarnicion de solos cuarenta veteranos, y la comitiva de D. Carlos de unos setenta oficiales españoles, sin armas. Mr. Auguet opinaba que aquel príncipe debia permanecer á cierta distancia de la frontera para no llamar la atencion del gobierno de Madrid, y no acercarse á ella hasta el momento de verificar su entrada en el reino. Entonces supo Mr. Auguet que la marcha de D. Carlos á Miranda habia sido motivada por el anuncio de que mil doscientos hombres, con cuya adhesion podia contarse, iban á reunirse en Astorga, adonde podria trasladarse D. Carlos con toda seguridad.

Pero el 28 de noviembre recibió Mr. Auguet una carta de Zamora, en que se le avisaba que Rodil habia entrado en dicha ciudad con el objeto de penetrar en Portugal y apoderarse de D. Carlos y de su familia en Miranda. Inmediatamente comunicó esta noticia á D. Carlos, el cual se decidió por último á salir de la espresada ciudad, fijando su partida para el 1.° de diciembre. Marchó en efecto, D. Carlos, con direccion á Braganza, encargando á Mr. Auguet fuese á recibir al obispo de Leon, que acababa de entrar en Portugal. Encontróle en Constantina, y algunas horas despues de su salida de este pueblo, entró en él Rodil con dos mil hombres, trasladándose desde allí á Miranda, en cuya ciudad entró durante la noche; pero ya era tarde.

El obispo de Leon y Mr. Auguet se reunieron con D. Carlos en Braganza, y despues de consagrar los primeros momentos al placer de volver á ver el virtuoso obispo, que tantas pruebas le habia dado de adhesion, D. Carlos y su familia salieron de dicha ciudad. El obispo de Leon estaba demasiado cansado para acompañarles: Mr. Auguet no quiso separarse del obispo, y ambos pernoctaron en Braganza.

A las siete de la mañana siguiente entró en la poblacion la vanguardia de los cristinos, y el obispo de Leon y su amigo tuvieron que esconderse para no caer en sus manos. Las tropas de Isabel, despues de haber hecho en Braganza pesquisas infructuosas para descubrir al obispo y á su compañero, y desesperando de encontrarlos, se contentaron con apoderarse de sus caballos y equipajes.

Luego que salieron de Braganza las tropas de Rodil, el obispo de Leon y Mr. Auguet marcharon para Villareal, donde se reunieron con D. Carlos el 9 de diciembre. El mismo dia espidió D. Carlos un decreto nombrando su ministro de Gracia y Justicia al obispo de Leon, y encargándole interinamente el despacho de los demas ministerios.

La situacion de D. Carlos, asi en Francia como en los demas paises de Europa habia sido mal comprendida, porque acostumbrados por mucho tiempo á ver á los reyes abandonarse á sí mismos, estaban predispuestos á juzgar mal de la aparente inaccion de D. Carlos. Ya hemos dicho que hizo varias tentativas para efectuar su entrada en España, y que desde el dia siguiente al en que supo la muerte de su hermano, recorrió á caballo acompañado de la infanta su esposa y de algunos criados, toda la frontera hasta Braganza, esponiéndose de este modo á ser preso ó asesinado por sus enemigos.

D. Carlos estaba decidido á entrar en España con una fuerza cualquiera que pudiese reunir, y el gobierno de Madrid, perfectamente instruido de sus proyectos, y temiendo que entrase en relaciones con las tropas, hizo

que estas se retirasen de la frontera de Portugal, y las concentró á algunas leguas de ella. Todas estas fuerzas, mandadas por Morillo y Rodil, apenas formaban un total de quince mil hombres, para guardar las fronteras de las tres provincias, Galicia, Castilla la Vieja y Estremadura; pero eran mas que suficientes para impedir que D. CARLOS fuera á reunirse con sus partidarios en las provincias que se habian declarado á su favor, de las cuales se hallaba á cerca de cien leguas de distancia.

Por otra parte D. CARLOS solo podia disponer de unos ciento cincuenta oficiales que le habian llevado Moreno, Merino y Cuevillas, que sucesivamente se le reunieron en el trascurso de diciembre, y de un batallon que habia formado de voluntarios realistas gallegos y castellanos. Hubiera organizado otros batallones si hubiera podido asignarles un sueldo por corto que fuese, y proveer á su equipo; pero la falta de recursos que esperimentaba D. CARLOS desde el secuestro de sus bienes, era estremada. En vano hubiera recurrido á D. Miguel, porque este príncipe tampoco se hallaba en disposicion de poderle socorrer. La infanta Doña Francisca de Asís y su augusta hermana la princesa de Beira solo pudieron obtener del estranjero cien mil francos en cambio de sus diamantes, pero los cruceros de D. Pedro impidieron que llegase este socorro.

D. CARLOS pidió por último tres mil hombres á D. Miguel, el cual, despues de algunas dificultades, prometió enviárselos. Con los tres mil portugueses y los ochocientos españoles que habia organizado, D. CARLOS podia, por medio de una marcha atrevida y rápida, trasladarse á Vizcaya antes que tuviesen tiempo las tropas de Isabel de reunirse en número suficiente para detener su marcha.

Esperaba D. CARLOS la llegada del refuerzo portugués para verificar su entrada en España: el jeneral Cuevillas, á la cabeza de un cuerpo escojido, armado de lanzas, se habia ya internado en Castilla la Vieja, y el cura Me-

rino debia seguirle muy de cerca. Entretanto la causa de D. Miguel caminaba á pasos ajigantados á su ruina. Una espedicion compuesta de setecientos marinos á las órdenes del almirante Napier, desembarcó sin resistencia en los puertos de Camiña y de Viana. La mayor parte de la guarnicion de ambas plazas se pasó á los pedristas, y el resto se dirijió hácia Braga, capital de la provincia del Ariño, perseguido por la referida espedicion. Este movimiento habia sido combinado con el de una division mandada por el duque de Terceira, que salió de Oporto para atacar al ejército miguelista en las líneas de San Tirso. No se hallaba ya á la cabeza de este cuerpo el conde de Almer, que habia obtenido la confianza de las tropas durante los nueve meses de su mando, y que habia batido al enemigo cuantas veces atacó este sus atrincheramientos. Habíanle enviado al Alentejo donde eran mucho menos útiles sus servicios. El jeneral Remundo, su sucesor, huyó al aprocsimarse el enemigo: entonces tomó el mando el jeneral Cardoso, y despues de un sangriento combate, verificó su retirada sobre Viseo, abandonando así al enemigo las tres mejores provincias de Portugal. El duque de Terceira se apresuró á remplazar todas las autoridades miguelistas y á hacer poclamar á Doña María. El jeneral Rodil, que como antes dijimos entró en Portugal por la parte de Almeida, siguió el movimiento del duque de Terceira.

D. Carlos, viendo la imposibilidad en que se hallaba D. Miguel de enviarle las tropas prometidas, y los nuevos desastres de su ejército, que apenas podia defender las provincias de Tras-os-Montes y del Miño, tuvo que internarse. Al principio se trasladó á Lamego; pero los progresos del ejército pedrista y el movimiento de Rodil le obligaron á retirarse á Viseo, capital de la baja Beira. Algunos dias despues de su llegada á esta ciudad se le reunieron varios oficiales españoles, entre los cuales habia tres procedentes de las provincias del norte de España. Las noticias que dieron á D. Carlos sobre los hechos

y victorias de Zumalacarregui, llenó de júbilo á la familia del infante, que aun no habia recibido noticias directas de aquel pais; pues aunque D. Carlos habia enviado varias personas á las provincias del norte, ninguna pudo llegar adonde estaba Zumalacarregui. La policía del gobierno de Madrid desplegaba la mas rigorosa vijilancia: muchos ajentes de D. Carlos fueron presos ú obligados á internarse en Portugal. Los mismos obstáculos ecsistian en las fronteras de las provincias insurreccionadas, lo cual impidió igualmente que las personas enviadas por Zumalacarregui pudiesen llegar hasta D. Carlos. Este príncipe, informado de aquellos sucesos por los oficiales mencionados, espidió inmediatamente á Zumalacarregui el nombramiento de virey de Navarra, y el grado de mariscal de campo: confirmó en el mando de las demas provincias á los jenerales elejidos por sus conciudadanos, y les envió estensos poderes, igualmente que á las diferentes juntas carlistas, cuyos individuos fueron confirmados en sus destinos; y concedió un grado mas á todos los jefes. Uno de los oficiales recien llegados fué conductor de estos despachos, el cual salió de Viseo á principios de abril, y llegó con felicidad á su destino.

Queriendo D. Carlos aprocsimarse otra vez á las fronteras de España para poder comunicar mas facilmente con las provincias insurreccionadas, marchó á la Guarda, ciudad fortificada de la alta Beira, situada á ocho leguas de la frontera.

Desesperado D. Carlos del estado de inaccion forzada á que se veia reducido, por la falta de tropas y de metálico, buscaba el medio de poder pasar prontamente á España para ponerse á la cabeza de sus valientes partidarios, que con tanto teson, y no sin gloria, defendian sus derechos en Navarra, Vizcaya, Alava y Guipúzcoa. En el estado de ecsaltacion en que D. Carlos se hallaba, siguió un consejo que estuvo en poco el que no causase su perdicion.

Dos de sus fieles servidores le aconsejaron que se presentase en los puntos avanzados del ejército de Rodil, persua-

didos de que la presencia de D. Carlos seria suficiente para que las tropas se pasasen á él; consejo tanto mas imprudente, cuanto que Rodil habia rehusado obstinadamente obedecer las órdenes de D. Carlos. Aunque este príncipe estaba muy distante de participar de la ilusion de sus dos consejeros, quiso probarles que no temia el esponer su vida en servicio de su propia causa: accedió á sus deseos y designó los cincuenta oficiales mejor montados que le habian de acompañar á un pueblecillo distante un cuarto de legua de los puestos avanzados de Rodil. La familia de D. Carlos se trasladó á Guarda, donde esperó con la mayor inquietud el resultado de esta peligrosa espedicion.

La vista de D. Carlos produjo un movimiento de indecision en las tropas; y Rodil, al notar que los soldados vacilaban, mandó hacer un movimiento á dos escuadrones de su caballería para envolver la escolta de D. Carlos. Este príncipe se retiró entonces á Almeida, ciudad fortificada, que tenia guarnicion miguelista, y estaba á una media legua de distancia. Rodil siguió su movimiento y embistió á la ciudad, intimando al gobernador que le abriese las puertas. Este le contestó con algunos cañonazos que pusieron en desórden á un escuadron de caballería. D. Carlos consultó entonces con los oficiales de artillería si la plaza se hallaba en estado de defensa, y le contestaron que apenas podria resistir tres horas en caso de ataque. Por otra parte, la guarnicion tampoco inspiraba confianza alguna, como se comprobó al dia siguiente, que proclamaron á doña María.

D. Carlos se vió, pues, obligado á mandar la retirada, que se efectuó por un punto que sus enemigos no tuvieron la precaucion de ocupar. El infante fue á reunirse con su familia á Guarda, en cuyo tránsito estuvo muy espuesto á caer en una emboscada. El camino que le habian indicado sus guias estaba ya tomado por un destacamento enemigo; pero por una de esas inspiraciones que muchas veces le salvaron la vida durante sus correrías, tomó un camino de travesía, y á esta determinacion debió su salud. Rodil si-

guió muy de cerca á D. CARLOS, el cual ostigado por dicho jeneral, se vió obligado á abandonar una poblacion que no ofrecia seguridad á su familia, y se trasladó á Zamusca. Durante esta retirada fué cuando Rodil se apoderó de la mayor parte de los equipajes del infante y de su comitiva, custodiados únicamente por catorce criados sin armas, que fueron fusilados.

De modo que una espedicion que se creyó iba á costar la vida á D. CARLOS, solo tuvo por resultado la pérdida de todo lo que poseia entonces su familia, la cual se vió privada de los objetos mas indispensables, hasta el punto de no tener camisa que mudarse.

Mr. Auguet de Saint-Sylvain confirmó á D. CARLOS en la opinion que ya habia formado, de que los demas soberanos de Europa no le reconocerian hasta que entrase en España. D. CARLOS le dijo que despues de haber llegado á Zamusca, habia hecho, aunque en vano, nuevas instancias á su sobrino D. Miguel, para que le enviase las tropas que le habia prometido; pero que privado de este socorro, le era imposible entrar en España por tierra, cuando apenas tenia cerca de sí mil españoles, la mayor parte sin armas.

Mr. Auguet le replicó que en tal caso era necesario embarcarse lo mas pronto posible, pues si se dilataba la marcha caerian infaliblemente en manos de Rodil que se hallaba á seis leguas de Zamusca. La infanta Doña Francisca de Asís, que se hallaba presente, esclamó con dignidad: «nunca me confiaré á los ingleses, que son los únicos que pudieran darnos buques para salir de Portugal; ademas que ellos no consentirian en proporcionárnoslos sino con condiciones que el rey no podria aceptar.»

D. CARLOS tenia las mismas prevenciones que su esposa; y Mr. Auguet no podia vencer sus escrúpulos, aunque conocia que estaban equivocados sobre su verdadera posicion, la cual le inspiraba la mayor inquietud: tambien participaba de ella el obispo de Leon, sobre todo despues de los nuevos desastres de D. Miguel.

Las tropas de D. Pedro y de Rodil se hallaban ya en

las inmediaciones de Zamusca, y de consiguiente no se podia perder tiempo. Mr. Auguet se presentó de nuevo á D. Carlos y le suplicó que reflecsionase sobre la situacion crítica en que se encontraba así él como toda su familia; y para que se determinase el infante, le aseguró Mr. Auguet que estaba cierto de obtener del almirante inglés todos los buques necesarios para trasportarle á Inglaterra, con la facultad, luego que llegase á aquel pais, de trasladarse á donde mejor le pareciese. Por último, añadió Mr. Auguet que si insistia en hacerle abrazar aquel partido, era obligándose á conducirle en seguida á las provincias del norte de España, atravesando la Francia. Esplicóle en seguida el plan que se habia propuesto, que fué el mismo que D. Carlos siguió despues, con tan buen écsito. Esta última consideracion arrancó el consentimiento de D. Carlos, que entregó á Mr. Auguet una carta para el almirante inglés, encargándole al mismo tiempo que tratase con él en nombre del infante.

Mr. Auguet llegó no sin trabajo á Villafranca, en cuyo puerto se hallaba el navío almirante, y tuvo que atravesar por medio de la escuadra de D. Pedro, que sin duda le tomó por inglés. Antes de entregar la carta al almirante Parker, le ecsijió, bajo palabra de honor, que guardaria el mas profundo silencio acerca de esta comunicacion, y que ni aun su gobierno habia de saberla en el caso de que el almirante no se hallase autorizado para tratar con Mr. Auguet; y que en el caso contrario, esta negociacion debia permanecer secreta entre D. Carlos y el ministerio inglés.

Luego que el almirante se enteró de la carta de D. Carlos, dijo que nada podia decidir sin consultar con el embajador inglés, á quien envió á llamar. Acudió inmediatamente, y los tres permanecieron encerrados durante algunas horas, al cabo de las cuales, y despues de haber presentado inumerables objeciones, el almirante y el embajador consintieron en facilitar los buques necesarios. El em-

bajador ofreció á Mr. Auguet con mucho agrado un pasaporte bajo un nombre inglés, y la cualidad de persona agregada á su embajada. Mr. Auguet aceptó este ofrecimiento con gratitud, y aprovechó su permanencia en el navío almirante para escribir al marqués de Valdespina, y remitirle una carta del obispo de Leon, en la cual le anunciaba que en el caso en que D. Carlos se viese obligado á embarcarse, no atribuyesen sus servidores esta determinacion á renuncia de sus derechos, sino únicamente al deseo de aprocsimarse á ellos. Estas cartas y otros papeles importantes fueron bajo un sobre sellado por el almirante, que llevó su complacencia hasta dirijirlos á su esposa, con espresa recomendacion de hacerlos llegar sin la menor dilacion á manos de la persona que se espresaba, en Lóndres.

Acababa Mr. Parker de entregar á Mr. Auguet la contestacion á la carta de D. Carlos, cuando se recibió en el navío almirante la noticia oficial de la defeccion del jeneral Urbano, que habia entregado al enemigo el mejor rejimiento de caballería de D. Miguel (el rejimiento de Chaves) compuesto de cinco escuadrones, y la de la entrada de los pedristas en Santarem el dia 17 por la mañana.

A pesar de haber convenido con D. Carlos en que le enviaria con un propio la contestacion del almirante, Mr. Auguet no quiso esponer aquella importante carta á caer en manos de D. Pedro ó de Rodil, y marchó él mismo á conducirla, reuniéndose con D. Carlos en Evora.

La derrota del jeneral Guedez por el duque de Terceira, en Asseiceira, pueblo distante pocas leguas de Zamusca, y el movimiento de Rodil, que en cumplimiento de las órdenes de la reina rejente, queria á toda costa apoderarse de la persona de D. Carlos, de su familia y de su escolta, obligaron á este príncipe á refujiarse dentro de los muros de Santarem. Al principio se dirijió á Almerim, pueblo situado á media legua de Santarem. Durante los dos dias que D. Carlos permaneció en dicho pueblo, tuvo varias conferencias con su sobrino D. Miguel, en las cuales procuró reanimar su valor abatido por tantos reveses im-

previstos y tantas traiciones deplorables. Sobre todo le aconsejó que no abandonase á Santarem, ciudad que por su posicion y sus fortificaciones era inespugnable. Pero D. Miguel, dirijido por consejeros pérfidos que le engañaban acerca de sus verdaderos intereses, no se atrevia á tomar una resolucion enérjica. D. Carlos le propuso que dejase fuertes guarniciones en Santarem y en Elvas, que se encerrase en esta última plaza, y le diese el resto de sus tropas, suficientes para conducirle en triunfo á Sevilla, distante unas cuarenta leguas del puerto en que se hallaban. D. Carlos contaba con que toda la poblacion de Andalucía se apresuraria á proclamarle rey y á conducirle á Madrid, y luego que tomase posesion del trono acudir al socorro de su sobrino.

No sabemos si el écsito hubiera correspondido á las lisonjeras esperanzas de esta arriesgada espedicion; lo cierto es que los consejos tímidos provalecieron en el ánimo de D. Miguel, y en vez de acceder á la propuesta de D. Carlos, se decidió la evacuacion de Santarem, que tuvo efecto en la noche del 16 al 17, dirijiéndose las tropas á Evora. D. Carlos y su familia se trasladaron tambien á esta ciudad, adonde llegó Mr. Auguet algunos dias despues. Cuando el infante supo el resultado de su mision se mostró muy complacido. El almirante le escribia «que se creia muy dichoso en poder hacer »alguna cosa que fuese de su agrado, y que desde aquel »momento ponia á su disposicion los buques que cre»yera necesarios para trasportarle á Inglaterra ó á otro »cualesquiera pais, con tal que no fuese á ninguno »de los puertos de España.» Al mismo tiempo habia encargado á M. Auguet que ofreciese á D. Carlos tropas inglesas para protejer su llegada hasta el puerto que el infante designase para su embarque.

D. Carlos difirió la marcha hasta la llegada de su sobrino, con la esperanza de que las circunstancias difíciles en que se hallaba le decidirian por fin á aceptar el plan que le habia propuesto. Entró D. Miguel en Evora,

y los habitantes le recibieron con el mayor entusiasmo: pudiera decirse, al ver las muestras de afecto que àquel pueblo prodigaba á su soberano, que las desgracias de este habian aumentado la adhesion que le profesaban sus vasallos. Al siguiente dia de su llegada pasó revista á sus tropas, y se hallaron reunidos mas de doce mil hombres de infantería. Ademas el general Cabreira, que se hallaba en los Algarves con cinco mil hombres, recibió la órden de aprocsimarse á Evora. De modo que el ejército miguelista se componia aun de mas de quince mil hombres, sin contar las guarniciones de las plazas de Elvas, Abrantes y Estremoz: podia pues disponer D. Miguel en favor de su tio de doce mil hombres de infantería, cuatro escuadrones, y tres baterías de campaña, y encerrarse con el resto de sus tropas en Elvas, plaza bien fortificada, situada á tres leguas de Badajoz. Allí hubiera podido esperar facilmente las tropas españolas que D. Carlos le prometia enviar despues de su entrada en Madrid.

La infanta Doña Francisca de Asís y su hermana la princesa de Beira unieron sus súplicas á las de D. Carlos para que D. Miguel abrazase las proposiciones que su tio le hacia, como el único partido que aun podia salvarle. D. Miguel estaba ya conmovido, pero algunos consejeros pérfidos ó tímidos se aprovecharon de la influencia que tenian sobre su espíritu para hacerle renunciar á semejante proyecto. Persuadieron á su rey que D. Carlos no tenia partidarios en España, y que ademas del ejército de Rodil se hallaban en las fronteras numerosos cuerpos de tropas cristinas que inmediatamente destruirian el ejército portugués destinado á protejer al infante: que este ejército estaba mandado por oficiales poco dispuestos á seguirle á España; y por último le persuadieron que no le quedaba otro recurso que solicitar un armisticio.

D. Miguel comunicó á su tio esta resolucion, y le pidió que autorizase á su ajente Mr. Auguet para que fuese á negociar con el embajador inglés las condiciones del armisticio. D. Carlos le contestó por medio del obispo de Leon,

que no podia encargar de semejante comision á un coronel de sus ejércitos, á un oficial de su secretaría de Estado, sin que se creyese que aprobaba la resolucion de su sobrino, de tratar con sus enemigos. «Pero, señor, (añadió el obispo de Leon á D. Miguel) V. M. puede todavía restablecer su corona: venga V. M. con nosotros á buscarla á Madrid: allí es donde se halla.» D. Miguel le respondió vivamente conmovido: «Al momento adoptaria esa resolucion; si, desgraciadamente, no estuviese convencido de que nadie me seguiria.»

Con esta persuasion, envió D. Miguel al brigadier Guedez al cuartel jeneral del duque de Terceira, que solo quiso conceder un armisticio de cuarenta y ocho horas. Dos dias despues llegó el secretario de la embajada inglesa Mr. Grant, y en una conferencia de algunas horas que tuvo con los consejeros de D. Miguel, quedó convencido que este príncipe se resignaria á sufrir la ley de su hermano.

El jeneral Lemos, como jeneral en jefe del ejército miguelista fué el encargado de arreglar las condiciones de la capitulacion, á cuyo efecto se trasladó al cuartel jeneral del duque de Terceira. El negociador consintió en todo, hasta en que se privase á su señor del título de infante en el tratado, que estaba concebido en estos términos:

CONVENCION DE EVORA.

«S. M. I. el Sr. D. Pedro, duque de Braganza, rejente en nombre de la reina la señora Doña María II; movido por el deseo de terminar cuanto antes la efusion de sangre portuguesa, y de pacificar el reino, concede, en nombre de la reina, á las fuerzas reunidas en Evora y en las demas partes de la monarquía, como igualmente á todos los individuos que se sometan á la obediencia de la reina, lo siguiente:

»Art. I. Se concede amnistía jeneral para todos los delitos políticos cometidos desde el dia 21 de julio de 1826. Para estos amnistiados quedará suspendida la ejecucion del

decreto de 31 de agosto de 1833, hasta que las córtes deliberen sobre su objeto. Los amnistiados volverán á entrar en la posesion de sus bienes, pero no podrán obtenerlos sino despues de la decision de las córtes. La amnistía no comprende la restitucion de los empleos eclesiásticos, políticos y civiles, ni sueldos de la corona, órdenes, encomiendas ó pensiones: tampoco comprende los delitos particulares, y no ecsime de la responsabilidad del perjuicio de tercero.

»Art. II. Todos los amnistiados, cualesquiera que sean, nacionales ó estranjeros, podrán salir libremente de Portugal y disponer de sus bienes, con tal que no se hallen sujetos á las restricciones del artículo anterior; dando antes su palabra de que no tomarán parte, de ninguna manera, en los negocios políticos de estos reinos.

»Art. III. Los oficiales militares amnistiados conservarán sus empleos lejítimamente adquiridos, y el gobierno se obliga á proveer á su subsistencia en proporcion de sus grados.

»Art. IV. Lo mismo se entenderá con respecto á los empleados eclesiásticos y civiles, segun se hayan hecho dignos por sus méritos y servicios.

»Art. V. Se asegura al señor D. Miguel la pension anual de sesenta cuentos de reis (un millon y quinientos mil reales) por consideracion á la alta categoría en que le coloca su nacimiento. Se le permite disponer de sus propiedades particulares y personales, á condicion de que devolverá las joyas y todos los demas objetos, cualesquiera que sean, pertenecientes á la corona ó á los particulares.

»Art. VI. Podrá embarcarse en un navío de guerra de cualquiera de las potencias aliadas por el tratado de Lóndres, de 22 de abril del presente año, el cual le será enviado al puerto que designáre, prometiéndole toda seguridad para su persona y comitiva, como tambien todo el decoro debido á su alto nacimiento.

»Art. VII. El Sr. D. Miguel se obliga á salir de Portugal en el término de quince dias, declarando que jamas volverá á ningun punto de la península de España, ni de

los dominios portugueses, y que no tratará de turbar de ninguna manera la tranquilidad de estos reinos. En el caso contrario perderá el derecho á la pension señalada, y quedará sujeto á las demas consecuencias de su conducta.

»Art. VIII. Las tropas que se hallan al servicio del Sr. D. Miguel, depositarán las armas en el paraje que se le indicará.

»Art. IX. Todos los rejimientos y cuerpos que están al servicio de la usurpacion, despues de entregar las armas, caballos y municiones, se separarán pacíficamente, volviendo todos á sus domicilios, bajo la pena de perder las ventajas que se les conceden en la amnistía.

»El jeneral en jefe de las fuerzas reunidas en Evora, despues de haber aceptado la presente concesion en nombre de las demas personas comprendidas en ella, ha convenido en los artículos siguientes para su ejecucion.

»Art. I. Se enviarán inmediatamente las órdenes oportunas á todos los comandantes de plazas y de fuerzas en campaña, y á todas las autoridades que aun reconocen el gobierno del Sr. D. Miguel, á fin de que al momento se sometan al gobierno de S. M. F. la señora Doña María II, y disfrutarán de las gracias arriba enunciadas.

»Art. II. Las disposiciones del artículo precedente se estenderán á todas las autoridades eclesiásticas, civiles y militares de las posesiones de esta monarquía en Ultramar.

»Art. III. El Sr. D. Miguel saldrá de la ciudad de Evora el dia 30 del presente mes de mayo, para trasladarse á Sines, donde efectuará su embarque (como él mismo lo ha deseado). Será acompañado en su tránsito por los individuos de su comitiva personal, por veinte caballos de los que antes servian en su ejército, y por dos escuadrones de los ejércitos de la reina.

»El jeneral de las fuerzas reunidas en Evora, remitirá á los mariscales que mandan los ejércitos de la reina, una relacion nominal de las personas de la comitiva del señor D. Miguel.

Art. IV. El dia 31 del corriente mayo, las tropas reunidas en Evora depondrán las armas en el edificio seminario de dicha ciudad, y se formarán, segun los pueblos de su naturaleza, en pelotones que, bajo la responsabilidad de sus antiguos oficiales, se trasladarán á los puntos que abajo se designan; en su marcha recibirán la racion de etapa. Llegados á sus destinos, recibirán los pasaportes para sus domicilios.

Los naturales de la Beira baja se dirijirán. . á Abrantes.
Los de la Beira alta. . . . . á Viseo.
Los de Tras-os-Montes. . . . . á Villareal.
Los de Entre-Duero-y-Miño. . . . . . . á Oporto.
Los de Alentejo recibirán inmediatamente los pasaportes.
Los de los Algarves. . . . . á Faro.

Los milicianos, los ordenanzas y los voluntarios, cualquiera que sea su denominacion, recibirán inmediatamente los pasaportes para sus domicilios.

Y por estar así convenido definitivamente, los mariscales comandantes del ejército de la reina, y el jeneral de las fuerzas reunidas en Evora, José Antonio de Acevedo Lemos, lo firman por duplicado. Evora Monte, 26 de mayo de 1834.=El duque de Terceira, mariscal del ejército.=El conde de Saldaña, mariscal del ejército.=José Antonio de Acevedo Lemos, teniente jeneral graduado.=Antonio de Andrade Torrezao, oficial mayor interino.»

D. Miguel ratificó, con lágrimas en los ojos y rabia en el corazon, este tratado vergonzoso, reservándose, sin embargo, protestar mas tarde contra él.

Cuando se esparció la noticia del tratado entre las tropas, nadie queria creerla; pero bien pronto se convencieron de su certeza por la publicacion del siguiente manifiesto, en que D. Miguel se despedia de su ejército.

«Soldados: el valor que habeis desplegado cuantas veces habeis sido llamados á combatir por mi corona; la fidelidad que habeis mostrado hácia mi persona en medio de la

lucha difícil en que hemos estado empeñados, os hacen dignos de los mayores elojios, y merecen todo mi reconocimiento.

»Sin embargo, despues que las tres grandes potencias de Inglaterra, Francia y España, de acuerdo con el gobierno de Lisboa, han concluido un tratado con el objeto de obligarme á salir de este reino, la continuacion de la guerra no podria conducir á otra cosa que á derramar inútilmente la sangre portuguesa, que me es tan cara.

»Sola esta consideracion me obliga á alejarme de vosotros.

»Las convenciones y arreglos que resultan de esta resolucion, están ya concluidos, y se os comunicarán en breve: entonces sabreis lo que se ha estipulado para vuestra seguridad.

»No ha sido la falta de confianza en vosotros lo que me ha impulsado á dar este paso, sino el convencimiento de la imposibilidad de vencer la resolucion de las potencias opuestas á nosotros, y el deseo de evitar á nuestra querida patria los males á que se veria espuesta por la presencia de ejércitos estranjeros. Espero de vuestra disciplina y del amor que siempre me habeis manifestado, que las tropas se conducirán en la crísis actual como portugueses dignos de obedecer á su rey: por esto os recomiendo nuevamente el órden y la tranquilidad, de que hago responsables á los comandantes y oficiales de todas graduaciones.

»Acordaos de que no ecsijo de vosotros ningun actó de debilidad, sino únicamente resignacion, cediendo á las fuerzas desproporcionadas que, á consecuencia del tratado arriba dicho, se disponen á caer sobre el pais. Vosotros apreciareis en su justo valor estas razones que dicta la prudencia, á fin de evitar las calamidades que pondrian el colmo á las desgracias del pais.

»De nuevo os recomiendo el órden y la resignacion. Estad seguros de que jamás olvidaré vuestro valor, vuestra constancia y vuestra fidelidad. Cooperad pues con vues-

Gallega el 30 del corriente, y embarcarse en dicho puerto.

»Art. II. En su tránsito, los mariscales responden de la seguridad de las personas de S. A. R. y de su familia y comitiva, y les darán la escolta que S. A. R. se sirva indicar.

»Art. III. Todos los súbditos españoles comprometidos en el servicio de S. A. R., que se hallan en Portugal, serán admitidos en un depósito provisional en Santarem, y conducidos á él con la escolta necesaria á su seguridad.

»Art. IV. El gobierno portugués les suministrará en el depósito medios de subsistencia, hasta que puedan, sin peligro, salir del depósito y trasladarse á cualquiera otra residencia. Evora Monte, 26 de mayo de 1834.=El duque de Terceira, mariscal del ejército.=El conde de Saldaña, mariscal del ejército.=John Grant, secretario de la legacion de S. M. Británica.»

El mismo dia 30 que estaba fijado para la partida de D. Carlos debia D. Miguel trasladarse á Sines, y embarcarse en seguida para Jénova. En estas circunstancias recibió D. Carlos una carta de Zumalacarregui, en la cual le suplicaba, á nombre de todos sus fieles partidarios, que hiciese cuantos esfuerzos le fueran posibles para ir á ponerse al frente de ellos; y le manifestaba sus temores de que si su ausencia se prolongaba por mas tiempo, podría producir el desaliento en las poblaciones de Navarra.

D. Carlos respondió á su jeneral que los desgraciados acontecimientos de Portugal le obligaban á embarcarse para Inglaterra, pero que no habia aceptado condicion alguna, y que tan luego como llegase á dicho país podria dirijirse adonde mejor le pareciese. Al mismo tiempo le prometia que antes de seis semanas estaria en medio de sus valientes navarros. Despues veremos como, efectivamente, cumplió su palabra.

La carta de D. Carlos se entregó al mismo sujeto que habia traido la de Zumalacarregui. La infanta Doña Francisca de Asis, queriendo dar una prueba de su agradecimiento personal á este fiel enviado, y proporcionarle los medios

de llegar mas brevemente cerca de Zumalacarregui, la regaló una mula que le habia servido de cabalgadura en las correrías que hizo en Portugal. Esta mula, de hermosa figura, podia andar veinte leguas al dia, de modo que el enviado llegó en poco tiempo adonde se hallaba Zumalacarregui.

Su retorno á Navarra se tuvo por un acontecimiento notable: el pueblo se agolpaba al tránsito de un hombre, «que, como ellos decian, habia tenido la dicha de »ver al rey, á la reina y á toda la familia real.» Abrumáronle á preguntas y le hicieron mil obsequios: al pasar él echaban las campanas á vuelo, y la nueva de la llegada de un ajente de D. Carlos, que se esparció rápidamente por toda la Navarra, causó la mayor alegria á sus habitantes: eran las primeras noticias que recibian directamente de su príncipe. La mula de la infanta fué tambien un objeto de la alegría pública: los soldados la cubrieron de flores y la pasearon por todos sus acantonamientos.

El dia 29 del mismo mes llegó á Lisboa el coronel Teijeira, ayudante de campo del jeneral Rodil, acompañado de un correo de gabinete. El objeto de su mision se reducia á reclamar en nombre del gobierno español, la remision de D. Carlos, de su familia y de sus tropas; pero ya era tarde: y aunque su peticion fue vivamente apoyada por D. Pedro, quedó desechada por el embajador inglés.

Mr. Grant recibió una lista que contenia los nombres de cincuenta personas que debian embarcarse en el mismo buque que la familia de D. Carlos, cuyo número fué muy reducido, pues quedaron sin incluirse muchos que se hallaban gravemente comprometidos, y se vieron obligados á permanecer en Aldea Gallega, hasta que se pudieron fletar dos buques para trasportarlos á Hamburgo. Quedaron, pues, espuestos á los insultos del populacho, y aun algunos recibieron heridas de gravedad como diremos mas adelante.

La despedida de D. Carlos y D. Miguel fué en estre-

mo dolorosa, y se verificó el dia 30 á las tres de la madrugada. D. Miguel fue á embarcarse en Sines, y D. Carlos y su familia subieron á un carruaje escoltado por un escuadron de lanceros miguelistas. Todos los oficiales españoles, que aguardando la salida del infante habian pasado la noche en la plaza de Evora, donde se hallaba situada la casa que habitaba D. Carlos, le siguieron, unos á pie y otros á caballo, no queriendo abandonarle ninguno en el momento en que iba á encontrarse en medio de sus enemigos.

La escolta de D. Carlos fué relevada en Montemor por tropas pedristas, que le acompañaron hasta Aldea Gallega, adonde le siguieron todavia sus compañeros de infortunio. El embajador inglés encargó al coronel Wilde que prestase ayuda y proteccion al infante en caso de necesidad, y este valiente oficial desempeñó su encargo con honor: tuvo para con la ilustre familia las mayores atenciones, y protejió á los oficiales carlistas, que á no ser por él, tal vez hubieran sido asesinados despues de la partida de D. Carlos.

El dia 1.° de junio á las diez de la mañana, admitió á besarle la mano á todos sus compañeros de desgracia, y se despidió de ellos dirijiéndoles estas penetrantes palabras:

«Valientes amigos: me es muy doloroso el separarme »de vosotros: os dejo bajo la proteccion del gobierno »inglés, que se ha obligado conmigo á protejeros contra »los insultos del populacho. Antes que termine la semana, »os embarcareis en el buque que he mandado fletar, pa»ra que podais reuniros conmigo nuevamente. Estoy con»vencido de que la Providencia no nos abandonará, y que »un dia tendremos la dicha de ver reunidos á nuestra que»rida y hermosa patria.» D. Carlos pronunció estas palabras visiblemente conmovido; la tristeza estaba pintada en su semblante, y sus miradas, humedecidas con las lágrimas, se paseaban sobre aquellos valientes oficiales, reunidos á su alrededor, los cuales se arrojaron á sus pies y le besaron las manos sin poder articular una palabra. Des-

pues acompañaron á la ilustre familia hasta el puerto donde dieron el último adios al infante, que en este momento cedia al imperio de la necesidad, para tener el derecho de reclamar en lo sucesivo un destino mas dichoso.

A las once de la mañana se embarcó con su familia y comitiva en doce chalupas, dos de las cuales pertenecian á la fragata francesa *Cibeles*: D. CARLOS, su esposa, la princesa de Beira y Mr. Grant iban en la primera; los jóvenes príncipes y la comitiva, que se componia sesenta personas, ocupaban las demas embarcaciones. Una salva de veintiun cañonazos anunció la llegada de D. CARLOS cerca del *Donegal*, navío de setenta y cuatro cañones, en el cual debia embarcarse. El capitan Fanshawe descendió hasta el borde de agua para recibir á los infantes, á quienes tributó los honores debidos á los príncipes de sangre real.

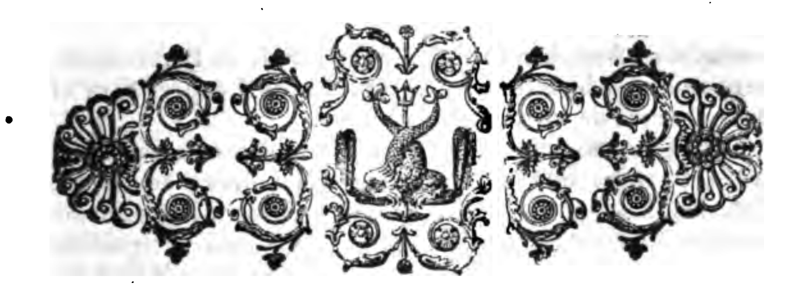
El capitan Le Mercier, comandante de la fragata francesa *Cibeles*, que sin duda en esta circunstancia obraba con arreglo á las órdenes de su gobierno, se habia trasladado á bordo del *Donegal* para ser de los primeros en presentar sus respetuosos homenajes á D. Carlos y su familia. El almirante, rodeado de su estado mayor, tambien vino á recibir á D. CARLOS, escusándose de no haber tenido tiempo suficiente para disponer el *Donegal* de una manera mas digna de S. A.

Furiosos los pedristas por estas muestras de respeto tributadas á un Borbon de España á bordo de un navío de guerra inglés, no hicieron saludo alguno ni de sus baterías ni de sus fuertes. El rejente, que ninguna atencion tuvo para con sus hermanas cuando llegaron á Aldea Gallega, tampoco se dignó hacerles una visita á bordo, aunque hacia doce años que no las habia visto. La infanta Doña Ana, marquesa de Loulé, fué la única princesa de la familia de D. Pedro, que visitó á sus hermanas y á su tio.

No se contentó D. Pedro con mostrarse indiferente para con sus augustos parientes, sino que quiso ser tambien desnaturalizado, pues invitó al almirante ingles á que no dejase permanecer en el puerto á los desgraciados nave-

gantes, y que les obligase á hacerse á la mar lo mas pronto posible; pero el almirante Parker no hizo caso alguno de semejante invitacion y dejó dos dias á la familia de D. Carlos para que se proveyese de los vestidos necesarios, pues, como ya hemos dicho, carecian de lo mas preciso desde que los soldados de Rodil se apoderaron de los equipajes. Por último el dia 3 al mediodia, se hizo á la vela el *Donegal*, y D. Carlos se alejó de España para entrar mas pronto en ella.





CAPITULO VII.

Llegada de D. Cárlos á Inglaterra.—Su desembarque en Portsmouth.—Escesos de las tropas pedristas contra los partidarios de D. Cárlos.—Sale de Lóndres el infante.—Su viaje por Francia, desde Diepe á Bayona.

DURANTE los primeros dias de la navegacion estuvo muy incomodada la familia de D. CARLOS por el mareo. El capitan y todos los demas oficiales rivalizaban en cuidados y atenciones para con los infantes, como igualmente para las personas de su comitiva.

Todos los dias, mientras comia D. CARLOS, la música tocaba piezas escojidas, principiando siempre por el himno nacional inglés *God save the king* (Dios salve al rey), y por la noche los oficiales daban conciertos en la cámara de D. CALOS. La navegacion fué de las mas felices,

pues el dia 12 estaban los infantes en la rada de Portsmouth; pero aun no habian llegado las órdenes de Lóndres para el desembarque de los augustos viajeros.

D. Carlos pidió que se permitiese desembarcar á Mr. Auguet, para que se trasladase á Lóndres, adonde le llamaban los asuntos del infante. Concedida la autorizacion marchó inmediatamente Mr. Auguet, y volvió al siguiente dia á Portsmouth, casi al mismo tiempo que Mr. John Backhouse, subsecretario del ministerio de negocios estranjeros, el cual llegó acompañado del marques de Floridablanca, embajador del gobierno de España.

Mr. Backhouse traia el encargo de cumplimentar, en nombre de su gobierno, á D. Carlos, y entregarle una carta de lord Palmerston, en la cual se escusaba el ministro de que no hubiesen llegado oportunamente las órdenes para el desembarque, atribuyendo la tardanza á la larga travesía que habia tenido que hacer el buque que llevó la noticia de la llegada del infante á Inglaterra; y le prevenia que Mr. Backhouse poseia toda su confianza, y que podia considerar como emanadas del ministro las proposiciones que le haria el subsecretario. D. Carlos se apresuró á admitir á Mr. Backhouse en su cámara y le recibió con su ordinaria afabilidad. El subsecretario de negocios estranjeros hizo á D. Carlos la singular proposicion de que renunciase sus derechos á la corona de España, ofreciéndole, en el caso de que consintiera en esta renuncia, una suma considerable y una fuerte pension, que le seria pagada por el gobierno español, garantizada por el gabinete inglés. D. Carlos le respondió con entereza, «que sus derechos á la corona de España eran inherentes »á su persona, y que no podia renunciarlos sin faltar á »sus obligaciones para con sus pueblos, y á sus deberes »para con Dios, de quien los habia recibido: que, por »otra parte, ni como padre, ni como rey podia atentar »contra los derechos de sus hijos, ni contra los de los »demas príncipes interesados en que él los conservase: »por último, que en nada faltaria á cuanto debia á su na-

»cimiento y á su pais; y que jamas abandonaria, cuales-»quiera que fuesen sus intereses personales, la causa de »sus fieles vasallos.»

Mr. Backhouse, al salir de la cámara de D. Carlos, entró en el gabinete del capitan para escribir aquella respuesta, y se retiró admirado del escelente carácter del infante. El espíritu de partido quiso hacer creer que aquellas palabras habian sido dictadas á D. Carlos; y aun pretendió un periódico tory, que un diplomático portugués, agregado á la comitiva de la princesa de Beira, habia formulado esta respuesta. D. Carlos no consultó con nadie, ni se tuvo conocimiento de este paso sino por los periódicos. No obstante, si D. Carlos hubiese necesitado inspiraciones nobles, las hubiera hallado fácilmente á su alrededor.

El conde de Floridablanca ofreció sus respetos á D. Carlos y pidió ser admitido á su presencia. El infante le contestó que si queria ser admitido como grande de España, podia pasar á bordo, y le veria con sumo placer; pero que no le recibiria en calidad de embajador de María Cristina, á quien solo consideraba como reina viuda de España. Luego que el conde supo esta respuesta se apresuró á salir de Portsmouth.

Dos dias hacia que el mar estaba bastante ajitado, lo cual impidió que D. Carlos desembarcase antes del dia 18. A las seis de la mañana de este dia llegó el yate del superintendente de marina, en busca de los infantes. A las siete los soldados de marina formaron en batalla sobre el puente, é hicieron una salva de veintiun cañonazos. D. Carlos, al despedirse del capitan y oficiales del *Donegal* les dirijió las siguientes palabras:

«Señores: no puedo separarme de vosotros sin manifestaros lo mucho que me felicito de haber tenido »la ocasion de apreciar el mérito de los oficiales de la »marina inglesa: dignos son de la reputacion que tie-»nen en toda Europa. Jamas olvidaré los cuidados y aten-»ciones que habeis tenido para conmigo y mi familia.

»Aceptad mi agradecimiento, y creed que solo me queda »el pesar de que mi permanencia entre vosotros haya »sido tan corta.»

Los infantes descendieron al yate acompañados del capitan Fanshawe, y despues de media hora de travesía, llegaron á la escalera de Saly-port, donde fueron saludados por otra salva de veintiun cañonazos, formando en ala á los dos costados del muelle un destacamento de tropas marinas. A pesar de que el desembarque fue temprano, acudieron á presenciarle infinidad de personas, las mas respetables de Portsmouth, que acojieron á los infantes con las mayores muestras de respeto.

D. Carlos y su familia subieron á un carruaje y se trasladaron al alojamiento que les estaba preparado. Al llegar á él, D. Carlos hizo despedir la guardia de honor que le habian enviado, dándoles las gracias por sus servicios, y una gratificacion de cuarenta libras esterlinas; porque estaba decidido á guardar el mas estricto incógnito, y tomó el título de duque de Elizondo.

Creyóse que las autoridades de Portsmouth tendrian órdenes de su gobierno para recibir á los infantes con los honores debidos á su rango; pero ni el gobernador, ni el almirante comandante del puerto les enviaron sus carruajes, y tuvieron que trasladarse á su alojamiento en coches de alquiler. Todas las familias mas distinguidas de Portsmouth solicitaron el honor de ser presentadas á los augustos proscritos, y muchas de ellas les ofrecieron sus carruajes.

A los dos dias de haber desembarcado D. Carlos se presentó en su alojamiento el gefe del *Alien-office* (policía de los estranjeros), que se hizo anunciar como director de la aduana, y habia sido enviado para tomar la filiacion de D. Carlos y de toda su familia, cuya condicion ecsijia la autoridad antes de concederles el permiso de permanecer en Inglaterra. Semejante proceder era indecoroso, é insultaba la dignidad del príncipe; por lo que creyeron sus servidores no permitiria que aquel funcionario cumpliese

su encargo; pero D. Carlos prefirió aparentar que ninguna importancia daba al asunto, y cedió atrincherándose detras del incógnito que habia tomado; mas no por eso se resintió menos de la ecsijencia del ministerio whig, que manifestaba participar, en esta ocasion, de los temores de evasion que la llegada de D. Carlos á Inglaterra habia hecho concebir al embajador de Isabel II.

Durante la permanencia de D. Carlos en Portsmouth, llegó uno de los buques que habia mandado fletar en Portugal, para trasportar los ciento cincuenta oficiales que dejó en Aldea Gallega, bajo la proteccion de las potencias que firmaron la cuádruple alianza, y particularmente bajo la del almirante Parker, que esperaban su embarque para Hamburgo. A su llegada á Inglaterra refirieron que se vieron espuestos á los mayores peligros en los cuatro dias que permanecieron en Aldea Gallega. Algunos de ellos fueron asesinados por un batallon pedrista, compuesto de revolucionarios franceses, polacos y belgas. Estos hombres furiosos hicieron que les enseñases las casas donde habitaban los carlistas; subieron á sus alojamientos, cuando aun estaban en la cama, é hirieron á diezioeho, cuatro de ellos gravemente. Los soldados portugueses, mandados por dos oficiales franceses, hicieron los mayores esfuerzos para oponerse á la rabia de aquellos mónstruos, y les costó sumo trabajo el poder contenerlos.

Informado de estos atentados el almirante Parker, envió muchas chalupas de su escuadra para socorrer á los desgraciados, y esta intervencion fué un ausilio poderoso, porque los oficiales carlistas pudieron embarcarse inmediatamente, y ponerse bajo la proteccion del jeneroso almirante. Los heridos recibieron á bordo cuantos cuidados podia ecsijir la situacion de unos desgraciados que habian sido despojados de todo lo que poseian, por los aventureros estranjeros que servian en el ejército pedrista.

Los ministros de D. Pedro suplicaron al almirante Parker que no pusiera estos hechos en conocimiento de

su gobierno; pero el valiente marino respondió que el silencio acerca de semejantes crímenes, parecia complicidad, y que su conciencia no le permitia dejar oculta tan vergonzosa conducta.

A poco tiempo recibió D. Carlos en Portsmouth cartas importantes del jeneral Zumalacarregui, en las cuales, despues de darle cuenta de sus operaciones y de la situacion del ejército carlista, le hacia las mas vivas instancias para que fuese á tomar el mando de las tropas, y á reanimar con su presencia las esperanzas de sus adictos. Esto fué lo que decidió á D. Carlos á tomar una resolucion pronta y decisiva, y dió la órden á Mr. Auguet para que sin demora hiciese los preparativos del viaje.

Mr. Auguet hizo varios viajes á Lóndres, para disponer todo lo necesario; pero lo mas importante y al mismo tiempo lo mas difícil era procurarse pasaportes. Mr. Auguet se concertó sobre esto con Mr. B., banquero de Lóndres, cuya adhesion á la causa de la monarquía, y su intelijencia en los negocios, sirvieron de gran recurso á Mr. Auguet.

Despues de consultar entre sí sobre la clase de pasaportes que mas les convendria elejir, decidieron que D. Carlos y Mr. Auguet, á quien el infante habia escojido para que le acompañase en su viaje, aparentarian ser dos colonos de la isla de la Trinidad, y como tales tomarian los pasaportes. Dióse la preferencia á dicha isla, porque, habiendo pertenecido en otro tiempo á los españoles, la mayor parte de sus habitantes hablan el castellano, y las palabras españolas que se escapasen á D. Carlos durante el viaje que iba á emprender, no despertaria sospecha alguna.

Mr. Auguet se hizo con dos pasaportes bajo los nombres de *Alfonso Saez* y de *Tomas Saubot*, el primero negociante, y el segundo propietario en la isla de la Trinidad, ambos corresponsales de Mr. B.... El señor Saubot, que se hallaba entonces en Lóndres, dió á Mr. Au-

guet su pasaporte, cuyas señas, por casualidad, convenian perfectamente. El otro pasaporte se le dió un amigo; pero ambos ignoraban el uso que iba á hacer de ellos. Obtenidos ya estos documentos indispensables, y para distraer la atencion de Mr. Talleyrand, envió Mr. Auguet á la embajada francesa, para que ló visaran, un pasaporte que sacó de Francia con su verdadero nombre, unos seis meses antes. Segun lo solicitó el interesado, este pasaporte fué visado para Hamburgo, á cuya ciudad habia anunciado Mr. Auguet que marchaba, así á sus amigos como á todas las personas de la servidumbre del infante. Este viaje era muy natural, porque debian llegar allí algunos oficiales carlistas de los que quedaron en Portugal, y nada tenia de estraño que Mr. Auguet fuese á avistarse con ellos. De modo que con esta estratajema quedó burlada la antigua sagacidad del embajador de Luis Felipe, que avisó anticipadamente á sus ajentes en Hamburgo la llegada de Mr. Auguet, y envió un emisario especial para que vijilase sus pasos.

Mr. Auguet se apresuró á volver á Portsmouth para anunciar á D. Carlos que todo estaba pronto para la marcha; pero aun faltaba vencer bastantes obstáculos. De todos los individuos que rodeaban al infante, el obispo de Leon era el único que aprobaba su viaje, sin embargo de que no queria cargar con la responsabilidad. Todos los demas, aunque confesaban que era necesaria la vuelta de D. Carlos á España, se oponian por todos los medios que podian al viaje por Francia: la via del mar les parecia menos aventurada, y Mr. Auguet tuvo que sostener acaloradas discusiones sobre los inconvenientes que resultarian de hacer el viaje por mar.

Los periódicos habian dado ya la voz de alerta al gobierno de Cristina, anunciando que se esperaba de un momento á otro á D. Carlos en uno de los puertos de la costa de España, y los cruceros ingleses, franceses y españoles vijilaban las costas con la mayor actividad: de consiguiente era casi imposible hacer un desembarco; y aun ad-

mitiendo que pudiera efectuarse, se corria el peligro de llamar hácia aquella parte de la costa todas las fuerzas y recursos del gobierno español; de modo que D. Carlos estaba espuesto al entrar en España, á ser muerto ó á caer en manos de los cristinos. Por otra parte el buque que se designaba para el embarque del infante, fue comprado para llevar á D. Miguel armas y municiones, y era objeto de suma vijilancia: ademas, se necesitaba para armarle un millon y quinientos mil francos: ¿y de dónde se habia de sacar este dinero? El argumento era perentorio: D. Carlos se decidió á atravesar la Francia, siguiendo el consejo de Mr. Auguet, que trabajó mucho para hacer comprender á los que se oponian al viaje por tierra, que este solo podia esponerles á ser detenidos por la policía de Mr Thiers, y que lo mas que podia suceder al infante, seria el que le condujesen fuera de las fronteras.

Mr. Auguet, hombre de mucho injenio para tales ocasiones, habia determinado ya las paradas que debian hacer en el viaje, y tomado nota de todas las casas en que podrian descansar en el camino de Lóndres á Bayona. Aunque á nadie habia prevenido por temor de alguna indiscrecion, estaba confiado en el buen recibimiento y adhesion que hallarian: de lo único que se aseguró fue de que cada cuál estaria en su puesto en el momento de la llegada de D. Carlos. Mr. Auguet conocia perfectamente el camino, y podia responder de que nada les detendria. Todas estas convicciones tuvo que infundir en el ánimo de los que se creian obligados á crear dificultades contra el plan de viaje que habia formado, y este le salió tan bien, que no necesitó variar en lo mas mínimo el itinerario que formó para D. Carlos, antes de salir de Portugal.

Mr. Auguet conoció que no debia diferirse el viaje, porque seria dar tiempo á la policía de las potencias de la cuádruple alianza para envolver entre sus redes al ilustre viajero; instó á D. Carlos, y este cedió á sus razones, fijando la marcha para el dia 1.° de julio. Convínose que la familia del infante iria á habitar á Lóndres, y en

consecuencia salió de Portsmouth el 22 de junio, trasladándose á Glocester-Lodge, antigua residencia de Mr. Canning. Esta linda habitacion se halla á dos millas de Hyde-Park, por la parte de Piccadilly. Era una coincidencia singular para los que sabian la influencia que tuvieron los principios de Mr. Canning sobre los destinos de España, el ver salir á D. CARLOS, para ir á conquistar el reino, del mismo paraje en que habia muerto el ministro inglés que mas contribuyó á las revoluciones de la nacion española.

D. CARLOS aprovechó el tiempo que le quedaba en visitar lo mas interesante que contiene Lóndres, y Mr. Auguet le entregó las instrucciones que debian seguir las personas de la servidumbre del infante, así en el momento de su salida como durante el viaje, las cuales se reducian á lo siguiente:

D. CARLOS debia salir el 1.° de julio con Aznares, antiguo agregado á la embajada de Cerdeña, á las seis de la tarde, que era la hora ordinaria de su paseo, dirijirse á la primera plaza situada á una milla de su residencia, tomar allí un carruaje y trasladarse á Wellbock-Street, Covendish-square. En una casa de esta calle le esperaba Mr. Auguet: allí debia D. CARLOS quitarse el bigote y teñirse el cabello. Al caer la noche, se diria en Glocester-Lodge que D. CARLOS habia vuelto del paseo con una violenta jaqueca, que le habia obligado á meterse en la cama: su médico, que jamas habia querido abandonarle, debia estar en el secreto, igualmente que el ayuda de cámara, antiguo criado cuya discrecion era á toda prueba. El médico haria una visita al supuesto enfermo y escribiria una receta, que se enviaria á la botica, para que las personas de la servidumbre no dudasen de la indisposicion del infante. Doña Francisca de Asís, la princesa de Beira y el obispo de Leon, debian pasar cada dia algunas horas al lado de la cama del enfermo. La habitacion de D. CARLOS seria inaccesible para cualquiera otra persona, aun para los infantes sus

hijos, á los cuales se diria que su augusto padre no podia recibirlos á causa de la violencia de su dolor de cabeza. Hasta el jentilhombre de cámara, que por los deberes de su cargo, estaba á la puerta del aposento de D. Carlos para recibir sus órdenes, ignoró por muchos dias la ausencia de S. A.

En el caso de que la salida de Lóndres del infante llegase á ser conocida, se mandaria marchar en una silla de posta á dos jentileshombres de D. Carlos, para Lulworth, y se haria publicar en los periódicos que el infante habia ido á visitar esta antigua morada de Cárlos X, con el objeto de fijarse en ella mas tarde, con su familia.

Estos pormenores parecerán minuciosos; pero hemos creido que debíamos dar á conocer todos los medios empleados y todas las medidas tomadas para asegurar el buen écsito del viaje proyectado.

Por último, el dia 1.º de julio, á las diez de la mañana, convino D. Carlos con Mr. Auguet en las últimas disposiciones que habia que tomar para la marcha. Antes de separarse Mr. Auguet de D. Carlos, le besó la mano y le dijo: «Señor: este es el último homenaje »que rindo á V. M.: desde esta noche cambiaremos de »papel. V. M. será quien me obedezca hasta vuestra en»trada en sus estados, donde cada uno volveremos á ocu»par nuestro rango.» En seguida se despidió de todas las personas que formaban la corte de D. Carlos, dejándolas persuadidas que marchaba para Hamburgo.

A las seis de la tarde se hallaba ya Mr. Auguet en Welbeck-Street, adonde debia llegar D. Carlos media hora despues. Dieron las siete y D. Carlos no habia parecido aun. Mr. Auguet estaba inquieto por esta tardanza, aunque debia pensar que nada tenia de particular, porque el infante iba á arrancarse de los brazos de su familia, de la cual nunca se habia separado, lo que debia serle doloroso, mucho mas cuando no sabia si la volveria á ver. La despedida de su esposa fue para siempre.

Por fin á las siete y media llegó D. CARLOS al paraje de la cita acompañado de Aznares. Mr. Auguet presentó al infante los dueños de la casa, y en seguida se ocuparon del disfraz de S. A. Durante estos preparativos, Mr. Auguet salió de la casa para tomar las últimas disposiciones, y á su vuelta encontró con el infante, ademas de Aznares, al obispo de Leon con su secretario. Este prelado, asediado por las personas que se oponian al viaje, le ecsajeraron de tal modo los peligros que iba á correr el príncipe, que dudó por un momento del buen écsito de la empresa, y creyó que debia hacer la última tentativa para asegurarse de si era inalterable la resolucion del infante, á cuyo fin le suplicó que dilatase la marcha. «No: le contestó D. CARLOS; siento aquí (dijo señalando á su corazon) una cosa que me anuncia que esta empresa será feliz; y para que Dios la proteja, dadme vuestra bendicion.» En seguida hincó una rodilla en tierra, y el obispo llamó sobre su cabeza las bendiciones del cielo.

D. CARLOS se despidió enternecido del obispo y de todas las personas que le rodeaban, y á las doce de la noche subió en el coche, acompañado de Mr. Auguet. A las siete y media de la mañana llegaron á Brighton, y una hora despues navegaban hácia Diepe, cuya travesía es de doce horas, las cuales pasó D. CARLOS bastante incomodado del mareo.

Como á las cuatro de la mañana siguiente divisó D. CARLOS las costas de Francia, de aquella Francia, cuna de sus abuelos, tierra hereditaria de su familia, y que él solo habia conocido por una larga cautividad de seis años, bajo los cerrojos imperiales de Valencey. Antes de desembarcar, previno Mr. Auguet á D. CARLOS que no hiciese observacion alguna, y que le dejase contestar á todas las preguntas que les dirijiesen.

A las ocho entraron en el puerto de Diepe, y en seguida que desembarcaron fueron conducidos á la oficina de la aduana, para el rejistro del equipaje y visar

los pasaportes. Despues de haber sufrido el esámen ordinario, D. CARLOS y su compañero se alojaron en el Hotel-Royal; y á pesar de las instancias y esfuerzos de Mr. Auguet, no pudo conseguir de los aduaneros que le entregasen inmediatamente las maletas y los pasaportes, para continuar su marcha aquella misma noche, y á pesar suyo tuvieron que dormir en Diepe.

Al dia siguiente por la mañana les avisaron que los esperaban en la oficina de policía para darles los pases, pues tenian que presentarse personalmente, aunque Mr. Auguet recordaba que en Calais mediante una retribucion de dos francos refrendaban los pasaportes sin necesidad de que se presentaran los viajeros; pero en Diepe eran los empleados mas escrupulosos ó mas ecsijentes.

D. CARLOS y Mr. Auguet se vieron, pues, obligados á personarse en la oficina de policía, y les dieron sus pasaportes para Bagneres. Luego que volvieron á la posada dieron las órdenes para marchar, y despues del desayuno montaron en el carruaje, saliendo de Diepe á las ocho y media. En diezisiete horas hicieron el viaje de Diepe á París, á cuya ciudad llegaron sin esperimentar accidente alguno, y se apearon en la posada Mauricio á las tres de la mañana del 4 de julio. A las siete dejaron la posada para ir á alojarse á la calle de Borbon, número 43, en casa del conde de Suau de Lacroix, que á la sazon se hallaba en América. Su hijo, á quien Mr. Auguet habia encontrado en Lóndres, cuando volvia aquel de desempeñar una comision importante para D. CARLOS, escribió al portero de su casa que dos americanos amigos suyos, irian á alojarse á ella á su paso por París, y de consiguiente que tuviese dispuesta su habitacion para recibirlos. Mr. Auguet hizo que Mr. de Suau de Lacroix difiriese por cuatro dias su salida de Inglaterra, y fuera todos los dias á Glocester-Lodge á informarse de la salud de D. CARLOS, y á confirmar la noticia del embarque de Mr. Auguet para Hamburgo. Con objeto de alejar cualquiera sospecha, Mr. de Suau de Lacroix se apro-

vechó de esta circunstancia para introducir en la casa que habitaba la familia del infante, á muchos amigos suyos, que despues de haber esperado en vano durante algunas horas, en los salones, para ser presentados á D. CARLOS, volvíanse, persuadidos de que estaba enfermo.

El conserje de la casa del conde de Lacroix, no habia recibido la carta hasta la víspera de la llegada de D. CARLOS, y no tuvo tiempo para disponer la habitacion, que se hallaba en el mayor desórden, porque hacia seis meses que no se habitaba. D. CARLOS no se desdeñó de ayudar á Mr. Auguet y al conserje á arreglar el aposento; y la complacencia con que se prestó á ello sirvió maravillosamente para alejar cualquiera sospecha, porque el conserje estaba muy distante de imajinar que fuera un infante de España el que desempeñaba tan alegremente las funciones de tapicero.

Luego que D. CARLOS quedó instalado en su cuarto, Mr. Auguet fué en busca de un ex-ujier de cámara del duque de Burdeos, llamado Raymond, cuya fidelidad y discrecion tenia esperimentadas, y le colocó cerca del infante para su servicio.

Mr. Auguet se ocupó inmediatamente en refrendar los pasaportes, que se los despacharon sin demora; pero una carta que esperaban de Lóndres, la cual debia anunciarles si se habia sospechado la ausencia de D. CARLOS, retardó algunas horas su salida de París. A las siete de la tarde recibió D. CARLOS la espresada carta, y en ella le decian: «Continúa la enfermedad del rey, á pesar de »los cuidados que se le prodigan, y se esperan con im»paciencia noticias de los viajeros.» Esto era decirle que la estratrajema no se habia descubierto aun.

Leida la carta, y no habiendo nada que los detuviese ya en París, subieron en una silla de posta y á las ocho emprendieron su marcha. Las calles de París presentaban ese aspecto brillante y animado que tienen siempre en una hermosa noche de verano; las avenidas de la plaza de Luis XV estaban llenas de elegantes carruajes que

se dirijian hácia los campos Elíseos y el bosque de Bolonia; los jóvenes á caballo y los paseantes á pié daban á este cuadro un aspecto de festividad, que contrastaba singularmente con las ideas que en aquel momento ocupaban la imajinacion de D. Carlos. Mr. Auguet le enseñó la plaza en donde cuarenta años antes habia sido derribada la cabeza de Luis XVI, y le dijo que desde que fué decapitado aquel desgraciado monarca, hasta el simulacro en lienzo pintado del obelisco de Louqsor, se habian sucedido mas de veinte proyectos de monumentos en aquel sitio ensangrentado; y que en aquella tierra, que parecia maldita, ningun edificio era durable. «Las »revoluciones, contestó D. Carlos, solo sirven para des»truir, porque son inhábiles para edificar: en mi pais han »conmovido en pocos años esa monarquía española, tan »fuerte y tan poderosa, para arrojarla en la mas cruel »anarquía.»

En este momento se detuvo la silla de posta para dejar el paso á otro carruaje, lo cual llamó la atencion de Mr. Auguet, que reconoció en los ilustres personajes que iban en él á Luis Felipe y su familia, que se dirijian á Neuilly. Mr. Auguet dijo al mismo tiempo á D. Carlos: «Ved, señor, á vuestro augusto primo el rey de los fran»ceses, que viene á desearos un feliz viaje.» D. Carlos se apresuró á mirar á su augusto pariente, el cual tomando por un saludo el movimiento del infante español, llevó la mano á su sombrero, inclinándose graciosamente; la reina Amalia y las princesas sus hijas imitaron la urbanidad de su padre. D. Carlos se echó á reir del saludo de Luis Felipe, y dijo en voz baja á su compañero de viaje: «Mi »buen primo el de Orleans, está muy lejos de sospechar »que atravieso sus estados sin su permiso, para ir á des»garrar con la punta de mi espada su tratado de la cuádru»ple alianza.»

Este incidente inspiró graves reflecsiones á D. Carlos, porque no dejaba de ser singular aquel encuentro de dos príncipes, el uno proscrito é incógnito, que cedia el paso

al otro á quién la revolucion habia elevado al trono, en la misma plaza donde otra revolucion habia hecho rodar la cabeza de un monarca. Mr. Auguet procuró distraer á D. Carlos de sus tristes reflecsiones, el cual volvió á recobrar su alegría habitual, y manifestaba en su semblante una satisfaccion interior por la arriesgada resolucion que habia tomado.

Manifestándole Mr. Auguet cuánto sentia la mala noche que S. A. habia pasado en una silla de posta, le contestó D. Carlos: «Me consuelo al considerar que, co»mo mi abuelo Luis XIV, voy á desempeñar mi obligacion »de rey. El tiempo en que los reyes de España vivian tran»quilamente bajo las frescas umbrias de Aranjuez, ó en la »real soledad del Escorial, está muy lejos de nosotros y »tardará mucho en volver. Temo que he de pasar mi rei»nado peleando contra la revolucion. Dichoso yo si vivo »bastantes años para reparar los males que ella ha acumu»lado sobre la España.»

La felicidad de los españoles era el único objeto de las conversaciones de D. Carlos; frecuentemente decia con los ojos humedecidos por las lágrimas: «No hay un »pueblo mas bueno y jeneroso que el español: nadie cono»ce mejor que yo cuán digno es de la dicha y de la pros»peridad.»

Los viajeros se detuvieron á cenar en Lonjumeau, cerca de París, pues D. Carlos se sentia con muy buen apetito. Despues continuaron su camino con rapidez. Al dia siguiente se desayunaron en Mar-sobre-el-Loira, entre Orleans y Blois. Al pasar por Tours sintió mucho D. Carlos que su viaje incógnito no le permitiese ir á ver al duque de Granada, que, desde que Sarsfiel tomó á Vitoria, permanecia en Tours, donde era vijilado por la policía del justo medio. El duque de Granada era uno de los pocos grandes de España que habian permanecido constantes en su adhesion á D. Carlos.

Debe notarse que en todo el camino tenian siempre el telégrafo á la vista. Este telégrafo cuyas señales causa-

ban á Mr. Auguet frecuentes inquietudes, le hizo pasar muy malos ratos. «Tal vez, decia para sí, dará la noticia »de nuestra ausencia de Inglaterra, que puede haber sido »descubierta por alguna indiscrecion.» Hubiera dado Mr. Auguet, cuanto tenia, por conocer en aquellos momentos la pantomima del telégrafo. D. Carlos conoció la causa de la inquietud de su compañero de viaje, y dijo sonriéndose: «Sin duda alguna anuncia que estoy retenido en mi residencia de Glocester-Lodge por una grave »indisposicion; que se desespera de mis dias; y mi primo »de Francia, que se toma un interés tan vivo por mi suer»te, trasmite esta triste noticia á mi sobrina de España.» En efecto, D. Carlos decia la verdad; porque por entonces corrió en Lóndres la voz de que el infante se hallaba peligrosamente enfermo. Hasta el astuto Talleyrand fue tan bien engañado, que envió varios despachos telegráficos que confirmaban su error. El mismo embajador de España, miraba como muy prócsima la muerte de D. Carlos.

El viaje fue enteramente feliz hasta Cubzac; pero al llegar á esta ciudad se cayó el caballo que montaba el postillon: todos creyeron que se habia muerto y costó mucho trabajo el poderle levantar. Las dos primeras personas que acudieron á socorrer á los viajeros, fueron dos jendarmes, que estuvieron hablando con ellos largo rato, con tan poca desconfianza como tenia Luis Felipe.

D. Carlos y su compañero de viaje llegaron á Burdeos el dia 6 de julio á las diez de la noche. No queriendo llamar la atencion llegando en posta á la posada donde pensaban apearse, hizo Mr. Auguet que los condujesen á la casa del propietario de la silla de posta, que vivia en la calle de Puerto-Mahon. Nadie habia en la casa, pues todos estaban en paseo. Mr. Auguet se decidió entonces á hacer descargar el carruaje á la puerta, y durante esta operacion fué á buscar un coche de alquiler: á su vuelta encontró á D. Carlos ayudando al mayoral á apear el equipaje.

D. Carlos y Mr. Auguet fueron á dormir á la fonda

de Nantes, y como la fondista se admirase de verlos llegar tan tarde, les preguntó en qué carruaje habian venido. Mr. Auguet contestó sin titubear que en la mala-posta; pero como este carruaje llegaba ordinariamente de tres á cuatro de la tarde, añadió que habian comido con un viajero antes de trasladarse á la fonda.

Al dia siguiente levantóse Mr. Auguet muy temprano y marchó á casa del baron Alberto Pichon de Longueville, para proponerle que recibiese en su casa al infante, y despues acompañase á los viajeros en su coche hasta la casa de campo de su cuñado el marqués de Lalande, situada á media legua antes de llegar á Bayona. Interesaba mucho que el baron los acompañase, porque como acostumbraba todos los años á pasar una parte del verano en casa de su cuñado, era muy conocido de todos los maestros de posta del camino. El baron, aunque se hallaba bastante indispuesto, aceptó con alegría la proposicion de Mr. Auguet, pues siempre estaba pronto á manifestar su adhesion á los Borbones.

Mientras Mr. Auguet se ocupaba en hacer trasladar, con la mayor precaucion, los equipajes á la casa del baron, D. Carlos se dirijió á pie á la iglesia de Santo Domingo, para oir misa, lo cual no habia podido efectuar desde su salida de Lóndres: esta fué una de las cosas que mas disgustaron á D. Carlos durante su viaje, porque todo el mundo sabe cuán escrupulosos son los españoles en el cumplimiento de sus deberes relijiosos.

Mr. Auguet, luego que trasladó los equipajes de la fonda, fué en busca del infante y le acompañó á la casa del baron, donde le recibieron con grande alegría y respeto; y despues de haber conversado amablemente con aquella obsequiosa familia, se retiró á la habitacion que le tenian preparada.

A las cinco se despidieron los viajeros de la familia del baron, y partieron para Bayona acompañados de su huésped. Al dia siguiente á la una y media de la tarde llegaron á la casa de campo del marqués de Lalande, el cual

luego que supo la llegada de D. Carlos, hizo todos los esfuerzos posibles para recibirle dignamente. Luego que el marqués condujo á los viajeros á la habitacion que les tenia dispuesta, Mr. Auguet le rogó que fuese á Bayona en busca de Mr. D.... á fin de acordar con él las disposiciones indispensables de seguridad para entrar en España. A las cinco de la tarde estaba de vuelta el marqués, acompañado de Mr. D.... Mr. Auguet preguntó á este último si le seria posible proporcionar unos guias para pasar la frontera al dia siguiente. Mr. D.... contestó que necesitaba algunos dias para tomar las medidas mas precisas de seguridad. «En ese caso, replicó Mr. Auguet, pasaremos »solos la frontera, porque estamos demasiado cerca del »puerto para arriesgarnos á un naufrajio antes de entrar »en él; y el telégrafo me inquieta demasiado para dilatar »por mas tiempo nuestra salida de Francia: es indispen»sable que se verifique mañana mismo.»

Despues de haberse presentado al infante, Mr. D.... marchó inmediatamente á Bayona, y al dia siguiente volvió muy de mañana á la casa de campo á anunciar á los viajeros que todo estaba ya dispuesto, y que á las diez esperarian los guias á un cuarto de legua de Bayona, en el camino de Sarre. A las nueve y media subieron los viajeros en el carruaje del marqués de Lalande, el cual con su familia acompañó en el mismo coche á D. Carlos y á Mr. Auguet.

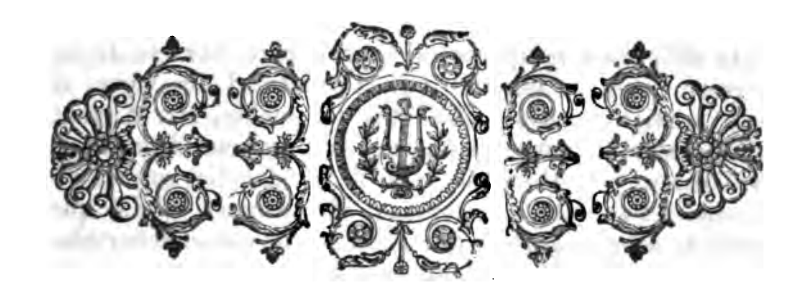
A las diez de la mañana atravesaron á Bayona por el cuartel mas frecuentado. Llegados al paraje de la cita, solo hallaron allí al baron de Pichon y al hijo del marqués de Lalande: los guias no solo no habian concurrido aun, sino que se hicieron esperar dos horas. Perdíanse en conjeturas sobre la causa de esta tardanza, hasta que por fin aparecieron los guias, que eran Mr. D...., Da Cruz, cónsul de D. Miguel en Bayona, y Rivet, ex-guardia de corps de Cárlos X. Entonces, D. Carlos y Mr. Auguet se despidieron del marqués y su familia, y montando en los caballos que habian traido el baron de Pichon

y el hijo del marqués de Lalande, continuaron su camino.

Poco despues encontraron los viajeros á un comandante de jendarmes, que por una singular casualidad, que pudo acarrear funestas consecuencias, era conocido de uno de los que acompañaban á D. CARLOS, y fué con los viajeros hasta Sarre, último pueblo de Francia, adonde iba á vender su caballo. Largo rato conversó con el infante, á quien creyó ingles, segun la tradicion popular del mediodia, en donde toman por ingleses á todos los estranjeros que viajan por Francia. Por lo demas era muy buena la compañía de este comandante, que con su urbanidad y finura no manifestó la menor señal de que fuese oficial de jendarmes.

D. CARLOS comió en Sarres, haciéndole pasar sus compañeros de viaje por un embajador ruso, lo que creido por su huésped se tomó el trabajo de acompañarlos hasta la frontera de España.





CAPITULO VIII.

Entrada de D. Cárlos en España.—Efectos de su presencia en el ejército carlista y en las poblaciones.—Primeras operaciones de D. Cárlos.—Proclama de D. Cárlos á su ejército.—Decreto de amnistia.—Proclama del infante á los españoles.—Derrotas de las tropas de Isabel.—Quesada depuesto del mando del ejército, y remplazado por Rodil.

SERIAN las seis de la tarde cuando D. CARLOS hizo su entrada en España, viéndose ya libre de los temores que le habian asaltado de ser detenido en su viaje. Mr. D.... se despidió del infante para volverse á Bayona, llevando dos cartas que debia remitir por el correo, una á París y otra á Lóndres.

Los viajeros se dirijieron hácia Maya, guardando siempre el mas severo incógnito. Al dia siguiente se desayunaron en Ariscum, pueblo pequeño á siete leguas de Pamplona, en casa de una señora cuyo marido se habia

visto obligado á refujiarse en Francia para librarse de las persecuciones de los cristinos. Durante el desayuno, al cual asistieron varios habitantes del pueblo, Mr. Auguet hizo recaer la conversacion en la prócsima llegada de D. Carlos, y apostó á que antes de quince dias estaria en España. La apuesta fue aceptada; Mr. Auguet añadió que apostaba sobre seguro, y que nadie mejor que el señor embajador (señalando al infante) podria dar noticias positivas de D. Carlos, pues le habia visto antes de su salida de Lóndres.

Mr. Auguet dirijió tambien á los circunstantes muchas preguntas con objeto de conocer la influencia que podria ejercer sobre los ánimos la llegada de D. Carlos; y por las respuestas de aquellos lugareños se convenció de que seria saludada por el levantamiento jeneral de las cuatro provincias del norte que habian permanecido fieles en su adhesion al infante. En seguida propuso Mr. Auguet al finjido embajador ruso un brindis á la salud de D. Carlos, que fue aceptado con entusiasmo.

La seguridad del infante ecsijia las mayores precauciones hasta el momento en que se hallase entre los suyos, y bastante lejos de las fronteras de Francia y de las inmediaciones de San Sebastian, donde no pudiera temer un golpe de mano de las tropas francesas, que si llegaban á saber su llegada á España, seguramente no hubieran retrocedido ante la violacion de territorio, para hacer una captura tan importante como la de D. Carlos: tambien debia recelar de caer en manos de los cristinos que podian salir de San Sebastian ó de otras plazas fuertes de Navarra.

Desde la frontera encontraron los viajeros por todo el camino tropas carlistas que estaban muy lejos de sospechar se hallase en medio de ellos D. Carlos. Uno de los individuos de la junta de Navarra acompañó al infante y á Mr. Auguet hasta Elizondo. Entonces no fue posible contener el entusiasmo de los navarros: la noticia de la llegada de D. Carlos se esparció en la provincia con una rapidez eléctrica: las poblaciones enteras corrian á rodear

al príncipe para verle; y el pueblo se agolpaba á su paso, se echaba á sus pies y besaba sus manos.

Bien pronto se supo en Madrid la entrada de D. Carlos en España; pero no se quiso dar crédito á la noticia: los periódicos se mofaban de la credulidad de los carlistas, finjiendo mil anécdotas ridículas acerca de la persona del infante, y suponiendo que era un cualquiera que habia tomado el nombre de D. Carlos para embaucar á sus partidarios; mas no tardaron en convencerse de que era el verdadero infante el que habia entrado en España, burlando la vijilancia de la policía francesa y de todos los ajentes de la cuádruple alianza.

Luego que D. Carlos llegó á Elizondo, envió á llamar á Zumalacarregui y al marqués de Valdespina: este último se hallaba en Vizcaya al frente de la diputacion de la provincia, donde ejercia la mayor influencia. El jeneral Zumalacarregui que estaba á corta distancia de Elizondo, llegó á esta poblacion el 12 de julio por la mañana. D. Carlos, al ver á un servidor tan adicto á su persona, á un jeneral á quien debia tantos servicios, no pudo ocultar su emocion, y le estrechó entre sus brazos, manifestándole con algunas palabras que espresaban á la vez su reconocimiento y su satisfaccion, el placer que esperimentaba de verle á su lado en el momento en que venia á participar de los peligros de sus partidarios.

Aquel mismo dia nombró D. Carlos á Zumalacarregui teniente jeneral de sus ejércitos y jefe de su estado mayor. Este nombramiento fué aprobado por todos los navarros, que lo miraron como justa recompensa de los eminentes servicios de Zumalacarregui.

D. Carlos, desde su llegada á Navarra se ocupó inmediatamente en completar la organizacion de su ejército, y darle aquel movimiento, aquel impulso que debia recibir de su persona. Nombró á D. Benito Eraso mariscal de campo y segundo jeneral del ejército de Navarra, y le confirió, como un testimonio de su gratitud, el grado de brigadier de infantería. Algunos dias despues nombró por

sus ayudantes de campo, á Mr. Auguet, ya baron de los Valles, al jeneral Eraso, al mariscal de campo D. Fernando Zavala, comandante en jefe del ejército de Vizcaya, y al mariscal de campo Uranga, antiguo comandante en jefe del ejército carlista de Alava. Estos decretos fueron refrendados por el teniente jeneral conde de Villemur, á quien D. Carlos habia encargado interinamente el ministerio de la Guerra.

El mismo dia que D. Carlos llegó á Elizondo hizo publicar una proclama dirijida al ejército carlista, y un decreto de amnistía para todos los que peleaban en las filas de la reina, y depusieran las armas en el término que fijaba. He aquí los espresados documentos, que manifiestan el espíritu con que D. Carlos entró en España.

«PROCLAMA DE CARLOS V A SU EJERCITO.

»Soldados: mis votos están cumplidos, pues me hallo entre vosotros. Mucho tiempo hace que mi corazon deseaba este momento, y vosotros sabeis mis constantes esfuerzos para alcanzarle. Mi paternal corazon se complace en contemplar con efusion vuestras hazañas, que pasarán á la posteridad mas remota.

»Voluntarios y soldados: vuestros sufrimientos, vuestras fatigas, vuestra constancia, vuestro amor hácia vuestros reyes lejítimos y hácia mi real persona, son la admiracion de todas las naciones, que no encuentran bastantes elojios para tan heróica adhesion.

»Marchemos pues, y yo á vuestra cabeza; marchemos á la victoria. Siempre me será dolorosa por la sangre española que ha de costar; mas para ahorrarla, invito á que se refujien bajo mi real manto á todos aquellos que han sido seducidos ó engañados, y que, dóciles á mi voz, depongan las armas. Pero si, contra mi esperanza, persisten algunos en su ceguedad, serán tratados como rebeldes á mi real persona. Seré tan severo con los que

perseveren en la rebelion, como induljente con los que se arrepientan.

»Y vosotros, valientes y fieles guerreros, que ahora estais reunidos alrededor de vuestro jefe, de vuestro padre; observad la mas severa disciplina: obedeced con esactitud á vuestros comandantes. En la disciplina y la obediencia consiste la fuerza; y en la fuerza está la victoria que Dios reserva á la justicia.

»Jenerales, oficiales, voluntarios y soldados: conozco vuestros inmensos servicios y sabré recompensarlos.=Yo EL REY.=En mi residencia real de Elizondo á 12 de julio de 1834.»

«DECRETO DE AMNISTÍA.

»Trasladado felizmente á los brazos de mis fieles españoles, é informado mi real corazon de las tristes y desastrosas ocurrencias á que han dado lugar los esfuerzos de algunos hombres para sostener los pretendidos derechos de mi muy amada sobrina Doña Isabel de Borbon, al trono á que soy llamado por la ley fundamental del estado; deseando, ademas, poner término á una guerra tan funesta á los intereses públicos como á las fortunas privadas de mis queridos vasallos, y compadecido mi paternal corazon, de aquellos que por seduccion, por debilidad ó por ignorancia, han tomado las armas contra los valientes defensores de mis lejítimos derechos; cediendo á los sentimientos de mi corazon, vengo en decretar lo siguiente:

»Art. I. Concedo amnistía, salvo el derecho de tercero, á todos los jenerales, jefes, oficiales y soldados que en el término de quince dias para Navarra y Vizcaya, y de un mes para el resto de la península, depongan las armas, y, reconociendo mis lejítimos derechos, se presenten á mí, ó á cualquiera de los jefes que defienden mi causa.

»Art. II. Los jenerales, jefes y oficiales que se con-

formen con el artículo precedente, conservarán los empleos, grados y condecoraciones que hubiesen obtenido antes de la muerte de mi augusto hermano el rey D. Fernando VII. (Q. E. G. E.)

»Art. III. Los oficiales y soldados que no quieran quedarse á mi servicio durante la presente guerra, recibirán su licencia absoluta; y los que quieran permanecer bajo mis banderas, la obtendrán tan luego como la guerra se termine.

»Art. IV. Los sarjentos y cabos, comprendidos en el artículo anterior, que permanezcan en mi servicio despues de la guerra actual, obtendrán el empleo superior inmediato; y se contará á los soldados cuatro años mas de servicio para las recompensas y los retiros.

»Art. V. El artículo primero será aplicable á todos los jefes, oficiales y soldados de los cuerpos y compañías que, bajo las denominaciones de tiradores de Isabel, cazadores de montaña, urbanos, peseteros, etc., se han formado para sostener con las armas la causa de la usurpacion.

»Art. VI. Todo jefe que se pase á las filas de mi ejército con el todo ó parte de la fuerza que se halle á sus órdenes, tendrá derecho á nuevas gracias de mi parte por este servicio estraordinario.=Yo EL REY.—Dado en Elizondo á 12 de julio de 1834.»

Despues de firmar este decreto, recibió D. CARLOS á los individuos de la junta carlista de Navarra, á las principales autoridades, á los oficiales de los diversos cuerpos y á las personas mas notables de Elizondo. Por la tarde se cantó un *Te Deum* en accion de gracias por la llegada del infante, y durante toda la noche hubo regocijos públicos, en que el vecindario manifestó su alegría. Las mujeres mas distinguidas de la ciudad, mezcladas con el pueblo, tomaron parte en las danzas y cánticos nacionales, improvisados bajo las ventanas de su rey.

Al dia siguiente, D. CARLOS, acompañado del jeneral Zumalacarregui, de sus ayudantes de campo, del presidente y secretario de la junta, fué á pasar revista á los seis

batallones y tres escuadrones de Navarra, que se hallaban á siete leguas de Elizondo.

La presencia de D. Carlos entre sus tropas, produjo un entusiasmo jeneral: asi oficiales como soldados parecia que se hallaban pagados de todas sus fatigas con la vista del infante. Despues de nueve meses de combates, este era el primer dia de reposo y de dicha que gozaban. Las tropas carlistas quisieron tambien dar á su rey una funcion militar, y durante una parte de la noche danzaron alrededor de los fuegos del campamento, victoreando á Carlos V.

A alguna distancia de este punto se reunieron con D. Carlos el marqués de Valdespina, y los individuos de las juntas de Guipúzcua, Alava y Vizcaya: D. Carlos hizo que le acompañasen durante la revista que iba á pasar á las tropas carlistas de las provincias vascongadas. Todo su camino fue una marcha triunfal por en medio de las poblaciones que corrian á su encuentro. Las jóvenes se agrupaban á su alrededor bailando al son del tamboril, y los hombres le aclamaban, arrojando al mismo tiempo sus vestiduras á los pies del caballo del infante: en una palabra; jamas príncipe alguno fue recibido de sus adictos con mayores demostraciones de alegría y de amor.

El dia 15 se hallaba D. Carlos en Alsasua, desde cuyo punto quiso dirijir su voz á los españoles, haciendo publicar la siguiente proclama:

«PROCLAMA DE CARLOS V A SU PUEBLO.

»Españoles: qué grande es mi alegría al volverme á encontrar en medio de vosotros, rodeado de las mas sinceras demostraciones de vuertro amor, despues de haber apurado hasta las heces el cáliz de amargura del destierro, gracias á las inicuas maquinaciones de los que en todos tiempos se han manifestado enemigos de Dios y de los tronos! Vengo á cumplir los deberes del reconocimiento,

animado del mas vivo deseo de hacer la felicidad de mis muy amados súbditos. Nada descuidaré para procurarles los beneficios de la paz, asi como las ventajas de un gobierno enérjico y paternal, tan luego como con el ausilio del Cielo, el valor de mis fieles soldados y el apoyo de los augustos monarcas que simpatizan con mis desgracias y que me ofrecen su apoyo, haya terminado una lucha desastrosa que me llena de sentimiento.

»Españoles: resuelto á conquistar con la espada en la mano, lo que me pertenece de derecho, quiero agotar primero todos los recursos de mi soberana clemencia. Con la misma satisfaccion que esperimento al recompensar el mérito y la fidelidad, sabré olvidar los errores pasados, con tal de que un arrepentimiento sincero, acompañado de una prueba positiva de adhesion á mi real persona, me aseguren de la futura conducta. Mi dulzura natural y la lealtad de mi carácter, son las garantias que ofrezco del relijioso cumplimiento de mi real palabra.

»Españoles: mostraos dóciles á la voz de la razon y de la justicia; sed avaros de la sangre española, y con la oliva en la mano, en vez del sangriento laurel, corred prontamente al término de los males que deploro, y hácia el goce de la felicidad que os prometo.=Palacio de Alsasua 15 de julio de 1834.=YO EL REY.»

Algunos dias despues creó D. CARLOS una junta consultiva, compuesta de los presidentes de las diversas juntas carlistas, para conocer los recursos y las necesidades de las provincias que ellos representaban. Los vocales de la espresada junta eran: el marqués de Valdespina, grande de España de primera clase; el canónigo Echevarria; Uranga, mariscal de campo; Alsaa, coronel de Guipúzcoa; Eraso, mariscal de campo, y Vidaondo, secretario. Tambien tenian en ella voz deliberativa el conde de Villemur y el jeneral Zumalacarregui.

Las medidas de rigor empleadas por el gobierno francés contra los españoles que querian ir á alistarse en las ban-

deras de D. Carlos, no pudieron triunfar del afecto que le tenian algunos oficiales que, habiéndole acompañado desde Portugal á Inglaterra, despues que el infante salió de Lóndres, se arriesgaron á atravesar la Francia, desafiando á la policía de Mr. Thiers. El primero que tuvo la suerte de escapar á la vijilancia de los ajentes del justo medio, fué Cruz Mayor, oficial agregado á la secretaría de Estado, durante el ministerio del conde de la Alcudia: este ministro le habia hecho venir de Lisboa, en donde se hallaba de secretario de la embajada, para agregarle á su gabinete particular. Refujiado en Francia desde fines de 1833, habitaba en Burdeos en la época en que D. Carlos pasó por aquella ciudad, en donde recibió la órden de venir á reunirse con el infante. A su llegada á Navarra, D. Carlos le confió interinamente el ministerio de negocios estranjeros.

El partido liberal español clamaba contra la mala fe del gabinete de las Tullerías, suponiendo que estaba de acuerdo con los carlistas para permitirles el paso por Francia; pero no era asi, sino que estos sabian burlar la vijilancia de la jendarmería.

El segundo que atravesó la Francia fué D. José Villavicencio, jentilhombre de cámara del infante, al cual no abandonó en todo el tiempo de su destierro. Luego que Villavicencio supo la partida de S. A., pidió permiso á la infanta Doña Francisca de Asís para ir á buscar á su augusto amo á Navarra: arrostró todos los peligros con el valor que presta la adhesion, y se reunió con D. Carlos en San Estevan, en los últimos dias de julio. El ejemplo de Villavicencio fue seguido por otro jentilhombre ordinario del infante, D. José Guillen, que tuvo tanta suerte como su amigo. Otros muchos oficiales venian tambien á alistarse entre los valientes soldados de Navarra; pero algunos tuvieron la desgracia de caer en manos de la policía francesa. En este número se contaron el jeneral Moreno, y los coroneles O'Donnell, Urbistondo y Eguia, que fueron conducidos ante el tribu-

nal de Assises, como acusados de haber viajado con nombres supuestos. El primero sufrió muchas persecuciones, y los jueces le hicieron espiar su fidelidad á la causa carlista con tres meses de prision: despues pudo escaparse y corrió al lado de D. Carlos, el cual se sirvió de sus consejos y de su espada.

A los coroneles O'Donnell y Urbistondo, mas dichosos en Francia que el jeneral Moreno, les estaba reservado otro destino. El valiente Urbistondo se embarcó con veintiseis oficiales españoles, en un buque cargado de armas y municiones para el ejército carlista, los cuales tuvieron la fatalidad de ser apresados por un crucero cristino, y solo debieron su vida á la enérjica intervencion de la Inglateraa. Fueron trasladados al castillo de San Anton, en la Coruña.

El coronel O'Donnell tuvo la suerte de poder reunirse al ejército carlista, é inmediatamente despues de su llegada obtuvo el mando de la caballería.

El teniente jeneral Maroto y el coronel Sacanell, despues de haber sufrido una larga detencion en España, fueron á buscar al infante cuando este se hallaba en Portugal, le acompañaron á Lóndres, y despues consiguieron volver á reunirse á él en Navarra, arrostrando mil peligros. Tambien lo consiguieron los coroneles Martinez y Sarradilla, y otros muchos oficiales, cuya enumeracion seria larga por demás, que vinieron á ofrecer sus espadas al infante.

Antes de referir los acontecimientos que tuvieron lugar despues de la entrada de D. Carlos en España, interesa conocer las principales operaciones del ejército de Navarra, anteriores á la llegada del infante á esta provincia.

Desde el principio de la guerra, el jeneral Zumalacarregui se habia formado un plan de campaña, basado en su sistema de contemporizacion, de marchas y contramarchas, de alertas y sorpresas, proponiéndose por modelo al jeneral romano contra el jeneral cartajinés. El jeneral Quesada, como ya dijimos en otro lugar, habia tomado el mando en jefe de las tropas de Isabel. Este jefe, poco acostumbrado á las fatigas de la guerra, y sin conocimiento alguno del

pais, proporcionaba al jeneral carlista algunas ocasiones ventajosas de las cuales se aprovechaba hábilmente. Despues de haber batido á varios jenerales de division del ejército cristino, Zumalacarregui solo anhelaba la ocasion de medir su espada con la del jeneral en jefe.

Consiguiólo á últimos de abril, cuando Quesada salió de Salvatierra con la brigada de reserva, dirijiéndose á Pamplona, y conduciendo enfermos y caudales á dicha ciudad. Luego que Zumalacarregui tuvo noticia de este movimiento, marchó á su encuentro para interceptarle el paso y apoderarse del convoy que custodiaba, y en poco estuvo que no lo consiguiese. Era ya de noche cuando se encontraron ambos ejércitos en el valle de Alsasua. Inútil seria detenernos á referir los pormenores de este encuentro, si no presentase uno de esos incidentes que manifiestan claramente la poca política y demasiada arrogancia de los jenerales enviados á Navarra por el gobierno de la reina para reprimir la insurreccion.

Ya habia principiado á tomar la guerra el carácter de ferocidad que despues hizo irreconciliables á los dos partidos; y creyendo el jeneral Quesada que la humanidad le imponia el deber de economizar la sangre española, empleó los medios mas impropios para conseguirlo. Envió aquella noche á Zumalacarregui dos oficiales con una carta intimándole que depusiese las armas. No contento Quesada con tratar ya al jefe contrario como rendido, creyó que podria añadir el insulto á las bravatas, y dirijió su misiva al *jefe de los bandidos*. Este lenguaje era tanto mas impropio en boca de Quesada, cuanto que él en 1822 desempeñó el mismo oficio, y entonces servia bajo sus órdenes Zumalacarregui.

El *jefe de los bandidos*, como decia Quesada, se contentó con sonreirse, y dejó su respuesta para el dia siguiente. En efecto, la contestacion fué principiar el ataque en la madrugada: Quesada habia apostado con anticipacion varias compañías que contuvieron al enemigo, interin las demas fuerzas tomaban posicion en las eminen-

cias de Ezagarate, desde donde hicieron un fuego vivísimo: por ambas partes se peleó con ardor; pero á pesar de las ventajosas posiciones que ocupaban las tropas de Quesada, este jeneral perdió casi la tercera parte de sus fuerzas entre muertos, heridos y prisioneros, y él mismo se vió en inminente peligro de caer en manos de los carlistas. Su salvacion, así como la del convoy, la debió al arrojo y serenidad del valiente capitan de la guardia real de infantería, D. Leopoldo O'Donnell, hijo del conde del Abisbal, que con la compañía de su mando detuvo en un desfiladero la marcha de las tropas carlistas, dando tiempo á que se salvase el jeneral con el resto de la division. O'Donnell cayó prisionero con toda su compañía. Los soldados fueron incorporados en las filas realistas, y los oficiales fusilados al dia siguiente.

Sensible Zumalacarregui á la desgracia del esforzado O'Donnell, le ofreció la vida y un grado correspondiente á su mérito si se alistaba en las banderas de Cárlos V; pero O'Donnell, tan pundonoroso como valiente, prefirió la muerte á faltar á sus juramentos. Antes de morir dirijieron O'Donnell y sus compañeros de infortunio una esposicion á la reina rejente, en la cual espresaban con dignidad y sin debilidad alguna, las funestas consecuencias que acarreaba el odioso sistema que seguian los jenerales cristinos con respecto á los prisioneros carlistas, pues ponian á los jefes enemigos en la dura necesidad de ejercer crueles represalias. Estos desgraciados añadieron que morian sin odio hácia sus enemigos, cuyos miramientos dulcificaron, en lo posible su suerte, y que solo culpaban de su muerte á la obstinacion de Quesada en rehusar bárbaramente todo canje de prisioneros.

Acechando contínuamente Zumalacarregui los movimientos de Quesada, cayó otra vez sobre sus tropas cuando este menos lo pensaba. El 26 de mayo á las dos de la madrugada, se vió atacado impetuosamente el cuartel jeneral de Quesada en el pueblo de Muez, donde pernoctaba, por el activo Zumalacarregui, que con seis batallones y toda su

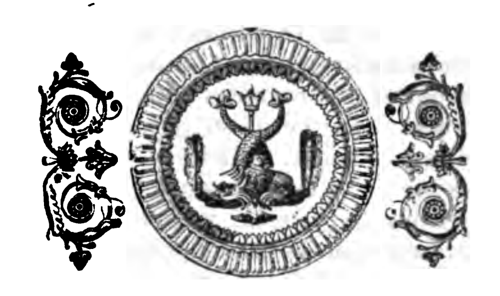
caballería, habia salido silenciosamente de la Borunda, con la esperanza de burlar esta vez la preponderancia que daba á sus rivales la superioridad del número y su mejor armamento; pero á pesar de todas sus precauciones fué descubierto por dos compañías del primer batallon de Soria, las cuales comunicaron al momento la alarma á las demas tropas, y se pusieron inmediatamente en estado de defenso. Quesada se halló otra vez en grande peligro de caer en manos de sus enemigos, pues apenas tuvo tiempo de salir aceleradamente de su alojamiento, al cual se dirijieron desde luego los carlistas. Desbaratado ya el plan de Zumalacarregui por haber sido descubierto antes de lo que él creia, despues de sostener el fuego por algun tiempo mandó tocar retirada, sin que se atreviesen á perseguirle sus contrarios. La pérdida de ambas partes fué corta, porque la oscuridad de la noche impedia que se pudiesen dirijir los tiros con certeza.

Los sucesos de le guerra manifestaban cada dia mas visiblemente los progresos que hacian los carlistas en su sistema de combatir. El 18 de junio habia salido Quesada de Salvatierra con direccion á Alsasua y Echarri Aranaz, creyendo encontrar allí reunidos á los carlistas navarros, guipuzcoanos y alaveses; pero á su llegada ya habian abandonado aquellas posiciones. Viéndose burlado Quesada en sus esperanzas, ordenó á las tropas que habia sacado de Alava que regresasen á Vitoria, y fueron acometidas por los carlistas alaveses que les tenian preparada una emboscada cerca del pueblo de Dallo. Aunque las tropas de la reina se defendieron tenazmente, perdieron al comandante de la infantería de la columna, D. Antonio Laplace, que murió con otros seis de su rejimiento, y veintisiete heridos.

No fué este solo el descalabro que por entonces sufrieron las tropas de Isabel. El brigadier Linares que, desde Pamplona marchaba al valle de Araquil, fué acometido por los carlistas que le aguardaban en el monte cercano al pueblo de Culima, en donde se vió obligado á empeñar la accion. Esta fué sangrienta y sostenida encarni-

zadamente por ambas partes, de tal modo, que segun el parte que dió el mismo Linares, perdió cuatro jefes, considerable número de oficiales y ochocientos hombres fuera de combate; mas tambien costó cara la victoria á los soldados de D. Carlos, que tuvieron treinta y cinco muertos y trescientos setenta y nueve heridos, entre ellos veintitres oficiales.

Pocos dias despues fué remplazado Quesada por el jeneral Rodil. Las causas principales que movieron al gobierno de Isabel á quitar el mando del ejército á Quesada, fueron la muerte del desgraciado O'Donnell y sus compañeros, y los contínuos descalabros que le hacian sufrir los carlistas.





CAPITULO IX.

El cólera-morbo invade la capital del reino.—Asesinatos de los frailes en Madrid y otros puntos de España.—Estado del ejército carlista á la llegada de D. Cárlos á Navarra.—D. Cárlos perseguido por el ejército de Rodil.—Privaciones que tuvo que sufrir D. Cárlos en esta época.—Derrota del jeneral Carondelet.—Accion de Viana.—Fallecimiento de la infanta Doña Francisca de Asís.—Organizacion y preponderancia del ejército carlista.—Encuentros en Laseano y Plencia.—Estado de la guerra en las demas provincias.—El jeneral Rodil es remplazado en el mando del ejército por D. Francisco Espoz y Mina.

Pocos dias despues de la entrada de D. Carlos en España, tuvieron lugar en la capital del reino escenas tan bárbaras y sangrientas, que todavia se estremece el corazon al recordarlas, y la pluma se resiste á referirlas. El cólera-morbo, que hacia horribles estragos en algunas provincias de España, se declaró tambien en Madrid, arrebatando numerosas víctimas, y desarrolló con mayor fuerza su maléfica influencia en los dias 15, 16 y 17 de julio, ascendiendo á un número tan considerable el de invadidos y muertos, que llenó de conster-

nacion á los habitantes de la corte. Parecerá increible que, amilanados los ánimos con tan terrible azote, hubiera quien se atreviese á abusar de aquella calamidad para llevar á cabo sus odiosos planes; pero desgraciadamente no faltaron hombres sacrílegos que osaron manchar sus manos con la sangre de sus semejantes, con la sangre de los sacerdotes consagrados al Señor, añadiendo mas víctimas á las muchas que arrebataba el contajio, y aumentando el terror de los madrileños con espectáculos repugnantes á la sensibilidad de un pueblo civilizado. Habíase hecho correr mañosamente la voz de que las repetidas y prontas muertes que acontecian, no eran efecto de enfermedad alguna, sino de la perfidia de los frailes, que habian envenenado las aguas de la fuentes públicas. No podia darse un pretesto mas bárbaro ni grosero para motivar una vil venganza; pero se necesitaba uno cualquiera, y este se creyó el mas á propósito; porque como los relijiosos eran tenidos por afectos á D. Carlos, y los síntomas que presentaba el cólera, muy semejantes á los de envenenamiento, podia alucinarse facilmente á la multitud ignorante, y hacerla crer, como efectivamente lo consiguieron, aquella infame calumnia.

Cuando llegó á su colmo la efervescencia de los ánimos fué el dia 17 con motivo de las muchas personas que habian fallecido la víspera. Despues de pasarse la mañana en la mayor ajitacion, estalló un motin por la tarde: reuniéronse varios grupos que á mano armada y profiriendo gritos de venganza y muerte contra los supuestos criminales, acometieron diferentes conventos, forzaron las puertas, profanaron los templos de Dios, y asesinaron á los relijiosos en sus celdas, en los cláustros, donde quiera que los hallaban; ni aun al pie de los altares pudieron librarse del rencor de aquellos sacrílegos verdugos.

Tocóse jenerala á las cinco de la tarde: la tropa y la milicia urbana se pusieron sobre las armas, y se enviaron piquetes á los conventos para protejer á los ministros del altar; pero cuando llegó el socorro ya habian consumado

en algunos los asesinos su ecsecrable obra: sin embargo, todavía consiguieron salvar á muchos relijiosos. En el colejio imperial de San Isidro y en San Francisco fué donde mas cebaron su saña aquellos infames sicarios, que al grito de viva la libertad profanaban los altares, saqueaban los templos, y se bañaban en la sangre de los indefensos ministros del Señor.—Estas atroces escenas se repitieron despues en Zaragoza, Barcelona y otras muchas ciudades, en donde añadieron á tantos crímenes el incendio de los conventos acometidos.

La sangre de los sacerdotes tan impiamente derramada, no solo debió caer sobre las cabezas de sus asesinos, sino tambien sobre el gobierno que no previno tan horrorosos atentados: tiempo tuvo para ello, pues hacia tres dias que públicamente y en medio de las calles, se acusaba á los frailes de envenenamiento, y estas voces alarmantes no podian menos de llegar á noticia de las autoridades.

La mayor parte de los jefes y oficiales de la milicia urbana, horrorizados de semejantes crímenes y avergonzados de que estos hubiesen sido perpetrados por algunos individuos de los que pertenecian á sus filas, elevaron esposiciones á la reina rejente pidiendo que fuesen espulsados de aquellos cuerpos y castigados con todo el rigor de las leyes los que tan vilmente las habian hollado; pero el gobierno, que no previno aquellos crímenes, tampoco quiso reprimirlos, pues se contentó con hacer espirar en el cadalso á un músico militar, que tal vez habría sido el menos delincuente, y de este modo creyó dejar satisfecha la vindicta pública.

Tales fueron los lamentables sucesos que precedieron á la reunion de las córtes jenerales del reino, cuya solemne apertura se verificó el dia 24 del mismo mes, conforme á lo dispuesto en la real convocatoria. Pero dejemos los sucesos de la córte, y volvamos á las provincias del norte.

Tres jenerales de la reina sucesivamente habian agotado toda su táctica militar contra los carlistas, y su glo-

ria pasada no habia podido evitarles la vergüenza de la derrota. El jeneral Rodil, seguido de numerosos refuerzos, debia ser mas dichoso que Sarsfield, Valdés y Quesada.

La llegada de Rodil á Navarra coincidió notablemente con la entrada de D. Carlos en España: Rodil aumentó el ejército de operaciones de aquellas provincias con las tropas que habia tenido á sus órdenes en Portugal. Este refuerzo fué contrabalanceado por la presencia del infante, la cual puede decirse que equivalió á un ejército; y si las remesas de armas, artillería y municiones, prometidas por el banquero que habia contratado un empréstito carlista, hubiesen llegado al mismo tiempo, no dudamos de que D. Carlos se hubiera dirijido inmediatamente hácia Madrid; pero se encontraron con que el contratista no habia llenado todos sus compromisos. Los carlistas que esperaban dos millones, solo recibieron doscientos mil francos, y esto no se efectuó hasta quince dias despues de la llegada del infante á su ejército.

Aquí debemos dar á conocer los inmensos obstáculos que D. Carlos encontró á su llegada, y que le impidieron hacer los progresos que la Europa aguardaba de su presencia en las pravincias. La situacion del ejército carlista era tal cuando el infante apareció en Navarra, que si hubiera retardado un mes su llegada, tal vez no habria podido sostenerse la insurreccion. Faltos los carlistas de municiones, no podian procurárselas, porque los contrabandistas, atemorizados con las medidas de rigor del gobierno francés, no se atrevian á conducirlas. El armamento se hallaba en malísimo estado, pues casi la tercera parte de los fusiles no tenian bayoneta; y para colmo de su desgracia, sus jefes se hallaban divididos.

El primer cuidado de D. Carlos fué restablecer la buena armonía entre sus jenerales, y tomó para este fin tan acertadas medidas, que logró reconciliar todos los ánimos. D. Carlos evitó el recurrir á medios que hubieran podido ecsasperar á la mayor parte de los pueblos. Como

una prueba de su reconocimiento por los eminentes servicios que le habian prestado las provincias esentas, confirmó todos sus privilejios, y publicó el decreto de amnistía que ya hemos insertado, prometiendo perdon y olvido á los que peleaban en las filas opuestas, si deponian las armas.

Muchos soldados hubieran respondido tal vez á su llamamiento si se hubiesen convencido de la presencia del infante en España; pero los jefes les persuadieron que Zumalacarregui, viéndose prócsimo á ser abandonado por sus partidarios, habia ideado, para reanimar su valor abatido, que un aventurero representase el papel de D. Carlos.

Los procuradores del reino interpelaron al gobierno de Isabel en el Estamento, acerca de la presencia del infante en España, haciendo á los ministros severos cargos por semejante acontecimiento, y á la verdad injustamente, porque segun habrán visto nuestros lectores, por la relacion que hemos hecho del viaje de D. Carlos desde Lóndres hasta España, ningun ministro por mucha que fuese su sagacidad hubiera podido impedir la llegada de aquel príncipe á las provincias. Martinez de la Rosa, á la sazon presidente del consejo de ministros, se contentó con responder á la interpelacion que D. Carlos en Navarra solo era un *faccioso mas*; pero la presencia de este *faccioso*, segun le llamó aquel ministro, ya hemos dicho en otro lugar que equivalia á un ejército, porque infundió bastante confianza y valor en sus defensores para llevar sus banderas hasta las puertas de Madrid.

El jeneral Rodil, luego que se aseguró de la llegada de D. Carlos á España, reunió todas sus fuerzas y marchó en busca del infante, decidido á perseguirle á todo trance hasta que cayese en sus manos; pero salió fallida su esperanza porque la sagacidad de Zumalacarregui desconcertó todos sus planes. Persuadido el jeneral carlista de que no podria resistir á unas fuerzas tan superiores á las suyas, propuso á D. Carlos separarse de él

para dividir de este modo el ejército contrario, y dejó para la custodia del infante un batallon mandado por Eraso.

En efecto, Rodil envió contra Zumalacarregui dos columnas, y se encargó de perseguir en persona, con el grueso de sus tropas, á D. Carlos. En el trascurso de dos meses no le dejó un momento de reposo, viéndose el infante frecuentemente entre cuatro columnas de la reina, sin tener para su defensa mas que trescientos hombres, y á veces solo sesenta; pero pudo al fin salvarse por el afecto de los habitantes, que arriesgando su vida y su fortuna le instruian de todos los movimientos de sus contrarios. Así consiguió burlar todas las maniobras de las tropas de Rodil, y cuando estas creian que tenian ya entre sus manos al fujitivo príncipe, entonces se hallaba comunmente á mayor distancia de ellas.

El mariscal de campo D. Benito Eraso hizo en esta ocasion grandes servicios á D. Carlos, por el perfecto conocimiento que tenia del pais, y con sus acertadas marchas, y contramarchas atrevidas, consiguió que el infante no cayese en poder de sus enemigos.

Es imposible formarse una idea de lo mucho que tuvo que sufrir D. Carlos en esta persecucion. Obligado á caminar de doce á quince leguas cada dia por los caminos mas penosos, la mayor parte del tiempo con una lluvia continua; muchas veces sin encontrar que comer; dichoso cuando hallaba un albergue en donde guarecerse de la intemperie, dormia algunas veces sobre un poco de paja ó sobre un haz de heno, en cabañas de pastores colocadas comunmente en los picos mas elevados de los Pirineos y espuestas á la densa y fria niebla de aquellas altas rejiones.

En medio de estos continuos peligros, el valor y la firmeza de su alma no se desmintieron un momento. Al ver su humor, siempre igual, cualquiera hubiera creido que habia pasado toda su vida en los campamentos: únicamente los que fueron testigos de la enerjía y serenidad que mostró en todo este tiempo, son los que pueden apreciar

la falsedad de tantas imposturas como propalaron contra él sus enemigos.

El jeneral Zumalacarregui que, por su separacion de D. Carlos, habia conseguido dividir las fuerzas de Rodil, tuvo tambien la ventaja de batirlas parcialmente. Derrotó en varios encuentros las columnas cristinas, entre ellas la del baron de Carondelet. El 19 de agosto se encontraron veinte compañías de preferencia carlistas frente á frente de la division del baron, en las llanuras de Larria. La derrota de Carondelet fué casi completa, porque así su infantería como su caballería sufrieron grandes pérdidas. Entre los oficiales superiores de la reina que perdieron la vida en este encuentro, se halló al brigadier Harranoz, coronel del rejimiento provincial de Valladolid, y entre los prisioneros al conde de Villa-Manuel, grande de España de primera clase, que servia en el estado mayor con grado de coronel. Caballos, mulas y crecido número de fusiles cayeron en poder de los carlistas, que tambien cojieron los bagajes de sus contrarios, las municiones y gran cantidad de efectos de equipo: el dinero que encontraron lo distribuyeron entre las tropas victoriosas.

Otros muchos encuentros sucesivos tuvieron lugar despues entre los dos partidos sin ninguna ventaja real, hasta la accion del 4 de setiembre, en la cual se vió claramente la superioridad que los carlistas iban tomando sobre las tropas de la reina.

El jeneral Carondelet ocupaba con su division, el pueblo de Viana, situado á dos leguas de Logroño, y Zumalacarregui dejaba descansar á sus tropas en el valle de Santa Cruz, distante cinco leguas del punto que ocupaban los cristinos. En la madrugada del dia 4 supo el jeneral carlista la posicion de Carondelet: inmediatamente mandó tocar á marchar, y algunas horas despues se hallaba con sus tropas al frente de Viana. Componian esta espedicion los cuatro primeros batallones de Navarra, las compañías de guias y el rejimiento de lanceros, fuerte de

trescientos caballos: las fuerzas del baron ascendian á seiscientos hombres de caballería y de mil á mil doscientos infantes.

La posicion ventajosa que ocupaban las tropas de la reina, delante de Viana, debió hacer imposible su derrota; pero no fué así, porque al primer choque se dispersó la infantería, desbandándose en todas direcciones. La caballería no resistió mucho mas: atacada impetuosamente por los trescientos lanceros, los cazadores de la guardia real, cuyo coronel cayó muerto en el campo de batalla, se rindieron á discrecion del vencedor. La derrota no pudo ser mas completa: cuatrocientos muertos, trescientos prisioneros y gran cantidad de armas y caballos, fueron el resultado de esta jornada tan favorable á los carlistas. El baron de Carondelet pudo salvarse á duras penas y entró en Logroño con muy pocos infantes y caballos.

Lo restante del mes de setiembre lo empleó Zumalacarregui en marchas y contramarchas que causaron á sus contrarios mas daño que el que pudieran haber recibido de nuevas derrotas.

En medio de tantas penas como abrumaban á D. Carlos, vino á aumentar la amargura de su corazon un acontecimiento inesperado. Hallándose en Eulate, pueblo de Navarra, recibió la fatal noticia de la muerte de su esposa Doña Francisca de Asís, la cual sucumbió al rigor de una fiebre viliosa, el dia 4 de setiembre, en Alverstock, cerca de Portsmouth, en donde habia fijado su residencia despues de la partida de D. Carlos.

Esta inesperada noticia fue un golpe terrible para el infante que no hubiera tenido fuerza para soportarle á no ser el valor que le inspiraron los consuelos de la relijion y el sentimiento de sus deberes de padre.

Durante la enfermedad de la infanta, estuvieron constantemente á su lado la princesa de Beira, y sus tres hijos, que no cesaron de prodigarle los mas afectuosos cuidados, y no se apartaron de su cabecera hasta pocos momentos antes de que ecsalase el último sus-

piro, en que fue preciso separarlos de aquel sitio.

Desde los primeros síntomas de la enfermedad de la infanta, el obispo de Leon, que residia en Lóndres, se trasladó á Portsmouth, y no se apartó del lecho de la augusta enferma. Este prelado le prodigó los consuelos de la religion, le administró los últimos sacramentos y recojió sus postreras disposiciones testamentarias. La moribunda princesa no podia consolarse de morir fuera de España, y lejos de su esposo, al cual escribió algunas líneas despidiéndose de él para siempre. En esta carta, cuya lectura enternecia el corazon, le pedia perdon de todos los disgustos que pudiera haberle causado, aunque involuntariamente, y que rogase á Dios por su alma.

Despues de llenar la infanta tan penoso deber, se mostró resignada á su suerte: vió acercarse su última hora con calma y serenidad notable, y todos los asistentes admiraron su conformidad. Antes de espirar hizo llamar á todas las personas de su servidumbre, y se despidió de ellas en los términos mas tiernos y efectuosos, dejando á todas una muestra de su recuerdo. Por último, Doña Francisca de Asís murió á la edad de treinta y cuatro años, en pais estranjero, y lejos de su augusto esposo.

Todas las personas de la alta sociedad de Portsmouth y de sus inmediaciones tuvieron las mas delicadas atenciones con la ilustre familia. El almirante sir Tomas William y el jeneral Mahon, visitaron á la princesa de Beira y le dieron el pésame por sí y á nombre del gobierno. Los oficiales de la guarnicion pagaron tambien su tributo de sentimiento, y las señoras enviaron el pésame á la princesa de Beira, á la cual informó el almirante los honores fúnebres que el gobierno inglés habia mandado hacer á la difunta princesa. En efecto, el dia de los funerales, los navíos de guerra que habia en el puerto, enarbolaron á medio mástil el pabellon español; las baterias hicieron otro tanto; y desde el momento en que el cuerpo salió de la casa mortuoria acompañado de una

guardia de honor, hasta la conclusion de la ceremonia, dispararon cada cuarto de hora un cañonazo. Estos funerales tuvieron lugar el martes 16 de setiembre á las nueve de la mañana en la capilla católica de Gosport, en la cual fueron depositados los mortales despojos de la ilustre princesa.

El jeneral Rodil, despues de haber agotado en vano todos los recursos de sus talentos militares, quiso ensayar el sistema de guerra que Valdés puso luego en ejecucion, con tan poco écsito, demostrando su ineficácia las derrotas que sufrió. Trató, pues, de reprimir la insurreccion por medio de la devastacion y del terror: mandó prender fuego á los bosques, diezmó las poblaciones conocidas por su adhesion á D. Carlos, y para quitarles todos los recursos, hizo quemar los molinos y las granjas, y destruir las cosechas; pero no pudo continuar por mucho tiempo una guerra propia solo de los pueblos bárbaros.

El tiempo que Rodil permaneció en Navarra fue para aquel pais una época de luto y de terror: en todas partes por donde pasaba dejaba huellas de su furor. Las casas en que se habia alojado D. Carlos eran entregadas á las llamas; se obligaba á los habitantes á que asistiesen al funesto espectáculo del incendio de sus chozas, se les confiscaban sus bienes, y en seguida eran arrastrados á una prision hasta que le acomodaba disponer de sus vidas al inhumano jeneral.

Parecia que todas las calamidades debian pesar á la vez sobre aquel desgraciado pais: el cólera asiático se declaró con una intensidad espantosa, y se estendió de pueblo en pueblo, sin que ningun socorro pudiera detener sus progresos. Entre las tropas de Rodil se aumentaba cada dia la mortandad: el cólera arrebataba á los que habia respetado el acero. En el ejército de D. Carlos, al contrario, no se notaban los estragos de tan terrible azote.

Durante este tiempo, no permanecieron los carlistas en la inaccion. Organizaron seis batallones navarros, á quienes dieron las armas tomadas á los cristinos, y aumen-

taron su caballería con cuatro escuadrones. Quedó completada la organizacion de las tropas de Vizcaya, las cuales rivalizaron en valor y disciplina con los cuerpos de las otras provincias. Tambien aumentaron su artillería con crecido número de piezas y dos morteros que introdujeron por los Pirineos.

Estos resultados tan felices para los carlistas, los debieron á Zumalacarregui, cuya actividad y perseverancia triunfaron de las inmensas dificultades que se reproducian contínuamente. Los defensores de D. Carlos, que hasta entonces se habian limitado á la defensiva, tomaron ya la ofensiva.

Dos acciones se dieron por esta época á presencia de D. Carlos, las cuales fueron mandadas por Eraso. La primera tuvo lugar en Lascano, villa situada á media legua de Villafranca, en Guipúzcoa. Trescientos carlistas atacaron á seiscientos cristinos que se hallaban en aquella poblacion, los derrotaron, y sostuvieron por mas de dos horas un vivo fuego contra mil seiscientos hombres mandados por Jáuregui, que ocupaban unas posiciones bastante altas: los carlistas sorprendieron al correo que llevaba el parte de esta accion al jeneral en jefe de los cristinos, y despues de haber hecho en la espresada comunicacion algunas rectificaciones en honor de la verdad, la remitieron al ministro de la Guerra de la reina Cristina.

La segunda accion tuvo lugar delante de Plencia, puerto de Vizcaya, en la tarde del 11: mil y cien carlistas sostuvieron por algun tiempo un vivo fuego, hasta que por fin tomaron á la bayoneta unas posiciones muy elevadas en las inmediaciones de Andravas, defendidas por mil y quinientos hombres mandados por Espartero. Estas posiciones fueron tomadas y perdidas por dos veces; últimamente despues de cuatro horas de un combate obstinado, las tropas de la reina tuvieron que replegarse á las fortificaciones de Plencia, y los carlistas se retiraron.

En las otras provincias tenian frecuentes encuentros las armas de ambos partidos, llevando casi siempre lo peor los carlistas, faltos de organizacion, y muy inferiores en número á sus contrarios. Solo citaremos las acciones mas notables, porque sería demasiado prolijo referirlas todas, mucho mas cuando la mayor parte ofrecen poquísimo interes. El 27 de junio batió el comandante de la columna móvil de la Rioja, en los bosques cercanos á Villaverde, á las fuerzas de Cuevillas y D. Basilio García. Estos dos jefes carlistas fueron atacados tambien el 9 de julio por el comandante jeneral en la provincia de Soria, no muy lejos del convento de Huerta. Los resultados de ambas acciones se redujeron á alejar por el pronto de aquellos sitios á los carlistas, pues aunque estos se veian alguna vez, por la inferioridad de su número, obligados á desbandarse, volvian luego á reunirse y se presentaban nuevamente con tanta fuerza como antes; pero los jefes cristinos tomaban estas disposiciones premeditadas por derrotas, y solian decir con toda seguridad en sus partes: «*La faccion del cabecilla N. ya no ecsiste.*»

El brigadier D. José Santa Cruz, batió cerca de Zorita el 24 de julio al jefe carlista D. Ramon Cabrera, que ya principiaba á hacerse temible en el bajo Aragon; y á mediados de agosto fué nuevamente batido en union de Carnicer, por el coronel D. Agustin Nogueras; este jefe y Cabrera llegaron despues á ser los mas implacables enemigos.

El jeneral Romagosa, que desembarcó en Cataluña el 12 del mismo mes con objeto de dar impulso al levantamiento del pais, fue apresado cinco dias despues, y fusilado inmediatamente. Pero á pesar de las derrotas que sufrian los partidarios carlistas que vagaban por Castilla, la Mancha, Aragon, etc., aumentaban contínuamente sus fuerzas, y no tardaremos en verlos hacer frente á las tropas de la reina y arrancarles muchas veces la victoria.

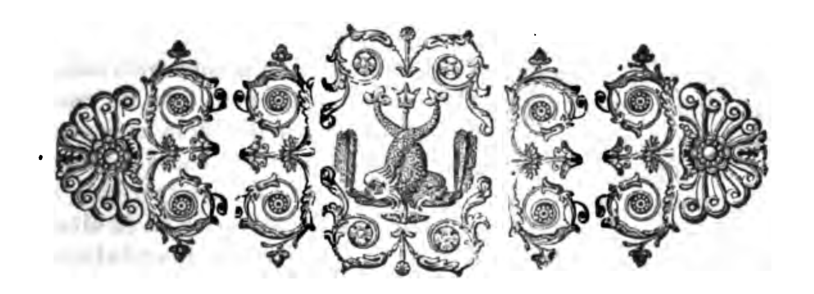
Los descalabros que sufrieron las divisiones de Isabel II en el norte, daban á los defensores de D. CARLOS una fuerza moral y una preponderancia que inspiraban temores á la corte de Madrid. El general Rodil obraba casi á la ventura, porque sus planes ni tenian profundidad ni acierto: andaba siempre tras de D. CARLOS como el cazador que persigue su presa, diciendo contínuamente que tenia cercado al infante en tal ó cual punto, de donde no podria salir sin caer en sus manos, y en seguida tenia que confesar que se le habia escapado. Estos ridículos partes y la derrota de Carondelet el dia 4 influyeron sobremanera para que el gobierno de Madrid destituyese prontamente á Rodil del mando del ejército, y el 22 del mismo mes dividió en dos cuerpos independientes el ejército del norte, destinando uno al reino de Navarra y otro á las provincias vascongadas: el mando del primero lo confirió al teniente jeneral D. Francisco Espoz y Mina, hombre de grande prestijio entre el partido liberal, y que, como natural del pais, tenia mucho conocimiento del terreno. El mando del segundo cuerpo del ejército se confirió interinamente al mariscal de campo D. Joaquin de Osma. Al jeneral Rodil se le hizo volver otra vez á desempeñar la capitanía jeneral de Estremadura. A estas variaciones se añadió tambien la del ministro de la guerra: Zarco del Valle, que á la sazon le desempeñaba, hizo dimision de su cartera, la cual fué conferida al jeneral Llauder, que desempeñaba la capitanía jeneral de Cataluña. Con tales mudanzas creyeron los partidarios de Cristina que la guerra tomaría distinto rumbo, y que alcanzarian en breve su conclusion con el triunfo; pero la esperiencia les hizo ver en lo sucesivo cuánto se habian equivocado en sus esperanzas.

Verdad es que el gobierno de Cristina contaba con poderosos elementos para concebir tan lisonjera esperanza; pero carecia de jenerales hábiles para conducir sus ejércitos á la victoria. Por esto los paisanos contemplaban como la mayor calamidad que les tocase la

suerte de soldados, llegando hasta el estremo de mutilarse muchos mozos para ecsimirse del servicio de las armas, lo cual ocasionó una real órden en que se imponian las mas severas penas á los que apelasen á tan bárbaros medios de esencion.

Pero dejando aparte los recursos con que podia contar el gobierno de Madrid para conseguir el triunfo, solo aventajaba á D. Carlos en el mayor número de soldados de que podia disponer; no en que estos fuesen mas esforzados. No negaremos que los soldados de la reina, luego que se acostumbraban al ruido de las armas y á la vida militar, defendian su puesto con entusiasmo, mas bien impulsados de su pundonor que del convencimiento que pudieran tener de la justicia con que peleaban; pero los carlistas del norte, ademas del entusiasmo que inspiraba la emulacion, estaban animados por la presencia del infante, cuya causa creian íntimamente unida á la conservacion de los fueros y privilejios de su pais, y corrian voluntariamente á defender unos objetos que les eran tan queridos. Por lo demas, los soldados de uno y otro bando eran españoles, y por consiguiente sufridos en las privaciones, y valientes en el peligro.





CAPITULO X.

Zumalacarregui pasa el Ebro—Derrota al coronel Amor y se apodera del convoy que este conducia.—Zumalacarregui repasa el Ebro.—Jornadas del 27 y 28 de octubre.—Llegada del jeneral Min á Navarra.—Proclama de Mina á sus tropas.—Comparacion de la conducta de los jenerales cristinos con la de D. Cárlos.—Campaña de Mina.—Accion del puente de Arquijas.—Fin del año de 1834.

El jeneral Zumalacarregui, como jefe hábil, supo aprovecharse del desórden que necesariamente debia causar la destitucion de Rodil. Desde este momento principió la serie de derrotas que esperimentaron las tropas de la reina. Mucho tiempo hacia que Zumalacarregui proyectaba una espedicion á Castilla, y la caida del jeneral Rodil le pareció una ocasion favorable.

En la mañana del 21 de octubre pasó el Ebro Zumalacarregui por cerca de Tronago, con un batallon de guias, dos de Guipúzcoa, el primero y segundo de Na-

varra, y el rejimiento de lanceros de la misma provincia. Habiendo sabido que el coronel Amor escoltaba un convoy, compuesto de siete carros, se dirijió hácia Logroño, y dio órden á su vanguardia para que marchase en esta direccion á marchas forzadas. Llegado Zumalacarregui al pueblo de Fuenmayor, divisó á sus contrarios en la altura que domina la poblacion. Sin vacilar un momento se puso á la cabeza de un escuadron de lanceros y una compañía de infantería, y se precipitó al encuentro de la columna de Amor, que se componia de doscientos caballos del rejimiento de Isabel II, todos soldados escojidos, y una compañía de infantería de la guardia real. Zumalacarregui solo contaba en aquel momento con ciento veinte caballos y sesenta infantes; sin embargo embistió á sus contrarios con tal ímpetu, que la caballeria de la reina apeló á la fuga abandonando el convoy, y la infantería se rindió á discrecion.

En las circunstancias difíciles era donde mas particularmente manifestaba Zumalacarregui su serenidad y arrojo, y la casualidad le proporcionó la ocasion de dar á sus tropas una nueva prueba de su valor. La caballería contraria despues de haber huido de las tropas carlistas, inferiores en una mitad á las de la reina, se habian reunido á cierta distancia en la llanura, y parecia que provocaban á la jente de Zumalacarregui á un nuevo combate. Este jeneral ocupado enteramente en la presa que acababa de hacer, dió órden á los suyos para que atacasen de nuevo. Los cristinos, que llevaban la ventaja de su mayor número, se mantuvieron firmes y obligaron á retroceder á los lanceros navarros. Furioso Zumalacarregui por el descalabro que acababan de sufrir sus valientes lanceros, se puso á su cabeza, y les juró conducirles á la victoria ó á la muerte. No se hizo esperar mucho tiempo el resultado de este juramento: al primer chóque se desbandaron los soldados de Isabel, de los cuales quedaron tendidos en el campo unos cincuenta, entre ellos un oficial.

Al dia siguiente, despues de haber desarmado á los urbanos de los pueblos inmediatos, los carlistas volvieron á pasar el rio, llevando consigo mas de dos mil fusiles, la mayor parte pertenecientes al convoy tomado el dia anterior al coronel Amor. Este jefe entró en Logroño con el resto de su columna.

Otro triunfo no menos señalado consiguieron los defensores de D. Carlos en los dias 27 y 28 del propio mes. Informado Zumalacarregui por sus confidentes, de que una columna al mando del brigadier Odoyle, se hallaba en observacion de Alegría, pueblo de Alava, determinó sorprenderla por medio de una marcha secreta á traves de las montañas. Desde Zúñiga, donde á la sazon se hallaba, se trasladó en pocas horas hasta cerca de Salvatierra. Algunos tiros de fusil, disparados al intento contra los soldados de la guarnicion, debieron advertir á la columna que ocupaba á Alegría, de la presencia de los carlistas. Conforme lo habia previsto el astuto jeneral, la accion se empeñó inmediatamente, y la derrota de las tropas de la reina fue tan pronta, que ni aun tuvieron tiempo para hacer uso de su artillería. En este momento Iturralde, con el sesto batallon de Navarra, el tercero de Alava y el segundo de Guipúzcoa, hizo un movimiento por la espalda de sus enemigos, consiguiendo cortarles la retirada hácia Vitoria; de este modo, fué completa su destruccion. No obstante, trescientos de los fujitivos lograron encerrarse en unas casas del lugar de Arrieta, en donde los cercaron los carlistas; pero el libertar á dichos soldados del conflicto en que se hallaban, costó un nuevo descalabro al partido á que pertenecian.

El resultado de la accion del 27, fué perder los de la reina seiscientos muertos, cincuenta prisioneros, entre ellos el mismo Odoyle y gran número de oficiales; dos piezas de artillería, la bandera del 6.° de línea, y porcion considerable de armas y municiones.

No fué menos glorioso para las tropas de Zumalacarregui el dia siguiente 28. El jeneral Osma habia salido

de Vitoria á la madrugada con una division de tres mil hombres, para libertar á los restos que habian podido escapar de la derrota de la víspera, y que parapetados en las casas del pueblo de Arrieta, continuaban defendiéndose desesperadamente. Luego que Zumalacarregui supo la aprocsimacion de Osma, abandonó los que tenia cercados y voló al encuentro de los que marchaban á libertarlos.

Algunos minutos bastaron para decidir la victoria: á las primeras embestidas cedieron los de la reina, y principiaron su retirada. En vano el jeneral Osma, avergonzado de su derrota, trató de hacerles volver al combate, pues huyeron apresuradamente, arrastrándole en su derrota hasta Vitoria, adonde llegaron en el mayor desórden. Perseguidos vivamente por los voluntarios navarros, cayeron muchos prisioneros, y todo el camino, hasta tiro de cañon de la plaza, quedó cubierto de cadáveres.

Durante la accion, los trescientos soldados atrincherados en las casas de Arrieta, viéndose ya libres de los enemigos que los habian tenido cercados, se apresuraron á refujiarse en Salvatierra.

Si la caballeria carlista hubiese cargado sobre los fujitivos, dificilmente habria podido escapar ni uno solo, y toda la artillería hubiera caido en su poder. Sin embargo, el jeneral Osma perdió mas de seiscientos soldados muertos, y cuatrocientos prisioneros. Los carlistas hallaron en el campo de batalla considerable número de bagajes, armas, municiones y equipos militares. Zumalacarregui pasó el 29 á Oñate para dar cuenta á D. Carlos de las dos señaladas victorias que acababa de conseguir. En recompensa recibió Zumalacarregui la gran Cruz de San Fernando, de manos de D. Carlos, que le ciñó al cuello la cinta de la órden, y le concedió la pension correspondiente á esta dignidad.

El jeneral Iturralde, que se habia distinguido mucho en esta accion, y contribuido poderosamente al buen écsito de sus armas, fué nombrado por D. Carlos mariscal

de campo, en recompensa de su valor y de sus talentos militares, y recibió tambien la cruz de comendador de San Fernando. Iturralde, oficial valiente y de mérito, habia sido el segundo de D. Santos Ladron; y muerto este jeneral, tomó el mando en jefe, organizó los primeros batallones de Navarra, y en seguida cedió el mando á Zumalacarregui, del cual era digno émulo y amigo.

Inmensos fueron los resultados de la acciones del 27 y 28; ademas de las ventajas reales que debia reportar de ellas la causa de D. Carlos, probaban á la Europa entera que el gobierno de Cristina no tenia ya que habérselas con bandas indisciplinadas, sino con un ejército regular, capaz de resistir en cualquier encuentro á sus enemigos.

Mina acababa de remplazar á Rodil, que como ya hemos dicho fué destituido por sus derrotas y por su incapacidad ó poca fortuna: diósele por sucesor el célebre guerrillero que en la guerra de la independencia adquirió tanta reputacion, la cual iba á perder á presencia de D. Carlos; pues solo dió á la atenta Europa el espectáculo de su impotencia, de sus enfermedades, de su vacilamiento y de sus crueldades.

Luego que Mina se presentó en Navarra, dirijió una proclama al ejército de su mando y otra á los habitantes, en particular á los del campo. La primera estaba concebida en estos términos:

«Soldados: Vuelvo á colocarme entre vosotros para combatir en nombre de la patria, contra iguales elementos á los que desde el año de 1820 al de 23 se opusieron, en el mismo centro de ella, á la marcha del gobierno representativo, reconocido, despues de dolorosas esperiencias, como indispensablemente necesario para asegurar la independencia de la nacion, sus fueros y libertades, y la estabilidad y esplendor del trono.

»Restablecido aquel gobierno en nombre de nuestra escelsa reina Isabel II, por su augusta madre la reina go-

bernadora, y en pleno ejercicio de sus poderes por la uniforme adhesion de todas las provincias de la monarquía, el deber individual de todo buen español es el de prestarle toda su cooperacion para que siga sin obstáculos el sistema de mejoras que ha emprendido en la administracion pública del Estado.

»Sin embargo, reconociendo este sagrado deber, y bajo de una bandera rebelde á la patria, algunos habitantes de esta provincia, unos á mano armada, y otros prestando á estos ausilios de todas clases, ponen las mismas trabas que pusieron en la anterior época que he citado, á la marcha del gobierno, socolor de defender derechos que jamás han reconocido nuestras leyes patrias, hacen tambien oposicion á los de S. M. Doña Isabel II, reconocida, proclamada y jurada por la nacion como lejítima heredera del trono, haciéndose de este modo doblemente criminales. Y siendo nuestra mision la de destruir estos elementos de oposicion, contrarios á la tranquilidad y á la felicidad públicas, haremos ver, yo lo espero, á esos hombres obcecados é ilusos, que es tiempo ya de que reconozcan su impotencia para resistir al poder y á la voluntad jeneral de la nacion. Conforme á los sentimientos maternales de S. M. la reina gobernadora, que desea ver restablecido el órden en esta provincia, sin mas derramamiento de sangre entre hermanos, que con igualdad considera y llama á todos sus hijos, y cediendo á mis propios impulsos, les ofrezco la paz; y si la desprecian y me obligan á desenvainar la espada, entonces perseguiremos á todos estos enemigos de la patria sin descanso, y seremos tan *terribles en la venganza del pequeño mal que se nos cause*, como induljentes con los arrepentidos que se den á partido desde luego, y quieran reconciliarse con ella.

»En mi cartera traigo, compañeros, los premios que se os han de distribuir acto contínuo de las buenas hazañas. Yo se bien que en vuestros nobles sentimientos la única recompensa que ambicionais es la de que se os cuente como una parte activa destinada á asegurar la

tranquilidad pública y preparar con ella el bienestar de la patria; pero este mismo honrado y jeneroso proceder, obliga al gobierno que dirije sus destinos á dar á conocer vuestros notables servicios por medio de distinciones públicas. Yo gozo ya con anticipacion de la mayor que pudiera apetecer, en el hecho de verme colocado á la cabeza de un ejército tan patriota, valiente y benemérito.

»Soldados: contadme como el último granadero del ejército, que, armado de un fusil siempre que el caso lo requiera, compartiré gustoso vuestras mismas fatigas, hasta que hayamos conseguido una completa victoria.

»Orden y union perfecta en el ejército; severísima disciplina, y muy particular en las marchas y descansos, y sobre todo vijilancia suma es lo que ordena y manda vuestro jeneral en jefe.=MINA.=En el cuartel jeneral de Pamplona á 4 de noviembre de 1834.»

Esta proclama es suficiente para poder formarse una idea de los sentimientos que animaban al jeneral en jefe del ejército de operaciones de Navarra. *Seremos terribles en la venganza del pequeño mal que se nos cause*, dice el antiguo guerrillero en su alocucion, y estas palabras revelan su carácter. Nosotros vemos en ellas falta de jenerosidad y sobra de arrogancia: lo primero, porque si los carlistas solo podian hacer un *pequeño mal* á los partidarios de Isabel, era muy poco jeneroso tomar una *venganza terrible*; lo segundo, porque queria manifestar tan grande preponderancia en sus fuerzas y tanta impotencia en sus contrarios, que estos solo podian causarle un *pequeño mal*. Los resultados de la campaña del jeneral Mina prueban la lijereza con que habia juzgado del carácter de esta guerra y de las fuerzas de sus enemigos.

Tambien se contradecia Mina en sus alocuciones, pues al mismo tiempo que decia queria evitar el *derramamiento de sangre entre hermanos*, procurando manifestar con esto sentimientos humanos, terminaba así

la proclama que dirijió á los habitantes del campo: «Entretanto os prevengo que todo individuo á quien se encuentre fuera del camino real desde la salida hasta la postura del sol, sin motivos plausibles, será pasado por las armas.»

Esta conducta de los jefes del ejército cristino forma un contraste muy notable con la del príncipe proscrito, á quien tanto se calumniaba, el cual se espresaba en estos términos en la proclama que publicó despues de las jornadas del 27 y 28 de octubre: «Constante en mis »sentimientos de humanidad, y resuelto á economizar la »sangre española, cuanto lo permita la guerra que me »veo obligado á sostener para recobrar el trono que la »rebelion ha usurpado, vengo en libertar de la pena ca»pital y de cualquiera pena aflictiva á todos los milita»res que cayeron en poder de mis tropas en las gloriosas »jornadas de los dias 27 y 28 de este mes. El jefe de mi »estado mayor designará el cuerpo donde deberán in»gresar los que manifiesten deseos de entrar en mi ejér»cito.»

Véase, pues, á D. Carlos mostrarse clemente con sus enemigos despues de la victoria, mientras que un jeneral de la reina fulmina sentencias de muerte contra los inofensivos habitantes.

La llegada de Mina á Navarra no produjo ningun resultado positivo. Este jeneral debia sus pasadas victorias á estos mismos navarros contra quienes iba ahora á combatir, los cuales le proporcionaron la gloria que adquirió en la guerra contra los franceses: entonces peleaba por los fueros de su pais, y al presente lo hacia para abolirlos. Este proceder escitó la mayor indignacion entre los navarros, jeneralmente adictos á D. Carlos, y Mina permaneció aislado en medio de una poblacion irritada por la conducta de un navarro que llevaba la guerra y la devastacion á su suelo natal. Ciertamente no temian los habitantes que Mina consiguiese grandes ventajas; pero recelaban el verle reproducir

en 1834 los horrores con que abrumó la Cataluña en 1820.

Desde su llegada descubrió Mina los sentimientos poco humanos que le animaban, diciendo *que iba á hacer la guerra á los habitantes y no á los soldados.* Efectivamente sucedió así, porque sus operaciones militares se limitaron á acompañar convoyes: solo asistió á una pequeña escaramuza, y se contentó con dejar batir á sus jenerales en varios reencuentros, particularmente en Arquijas, donde la columna del jeneral Córdoba sufrió un reves completo. Si acaso se distinguió en algo Mina, fué en su fria atrocidad: la órden que dió á sus tropas para que incendiasen el pueblo de Lescaroz, con el frívolo pretesto de que los carlistas se habian refujiado allí; y de quintar y fusilar los habitantes, dan una idea poco aventajada de su humanidad.

Mina acababa de tomar posesion del vireinato de Navarra y del mando de las tropas de la reina, y se había lisonjeado de someter á los navarros, sus compatriotas, á los cuales él mismo, en otras circunstancias, condujo frecuentemente á la victoria. Entretanto Zumalacarregui marchaba directamente á su objeto; y como las tropas del ejército de la reina, no le buscaban, se veia obligado á atacarlas en sus atrincheramientos. Sabedor de que Lopez ocupaba con su division á Sesma, se trasladó á este punto el 5 de noviembre con su caballería y algunos batallones, para presentarle el combate. El jeneral cristino creyó mas prudente el parapetarse en lo interior de la poblacion que salir al campo, y despues de disparar durante la noche algunos tiros de cañon por una y otra parte, se retiraron los carlistas sin resultado alguno.

Este dia lo fué de pesar y luto para los franceses que se hallaban en el ejército carlista; porque uno de ellos sufrió la pena á que habia sido condenado, dos años antes, por el consejo de guerra de su pais. Cuando la insurreccion de la Vendee en 1832, Aubert, constante defensor de los principios monárquicos, acudió al llamamiento, y fué uno de los cuarenta que se inmortalizaron en el castillo de

la Pénissière, por lo que fué sentenciado á muerte; y obligado á espatriarse, se alistó bajo las banderas de D. Carlos. Antes del ataque de Sesma, hubo un encuentro á la vista de la poblacion, entre una parte de la caballería de Lopez y la escolta del cuartel jeneral carlista. Aubert, consultando únicamente á su valor, se arrojó sobre los contrarios: era oficial de infantería y no muy buen jinete; en la accion no pudo contener su caballo que le precipitó en medio de la caballería cristina, y cayó prisionero. Aun habria podido entonces evitar la muerte: hubiera bastado para conseguirlo un grito; el de *viva la reina*. Instáronle sus enemigos á que se declarase tránsfuga: mas él prefirió la muerte al deshonor de faltar á sus empeños y á sus principios políticos, mostrándose digno vendeano hasta el último momento.

El dia siguiente al ver entrar en su prision á un sacerdote y algunos soldados, comprendió que iba á morir; pero no le abandonó su valor. Las últimas palabras que pronunció este valiente oficial fueron estas: *En Francia hubiera dado mi vida por Enrique V; aquí la doy por Cárlos V: viva el rey!...* Fué pasado por las armas. Despues que las tropas de la reina salieron de Sesma, los habitantes le hicieron los honores fúnebres, y depositaron su cuerpo en una tumba de la iglesia.

Desde la llegada de Mina á Navarra, buscaba Zumalacarregui la ocasion de poder medir sus fuerzas con él; porque una victoria sobre este ilustre guerrillero, que en otro tiempo habia sido el asombro de aquellas comarcas, era un laurel capaz de tentar la ambicion del jeneral carlista; pero Mina no le proporcionó esta satisfaccion, pues encerrado en Pamplona, se limitaba á dar las órdenes á sus lugartenientes, ó á escoltar convoyes; y nunca quiso arriesgar su reputacion al trance de una batalla.

Sin embargo, las divisiones reunidas de Córdoba, de Oráa y de Lopez sufrieron un nuevo descalabro en la memorable jornada del 15 de diciembre. El 12 de este mes, algunos batallones carlistas reunidos en la llanura situada

entre Piedramillera y Lasarta, llamaron la atencion de los jenerales de la reina, que ocupaban á Arcos y Estella, los cuales salieron de dichos puntos y atacaron á los carlistas. Estos, despues de defenderse por algun tiempo causando bastante pérdida á sus contrarios, tuvieron que retirarse con direccion á Zúñiga, cediendo el terreno á unas fuerzas demasiado superiores en número para que pudiesen rechazarlas. La lluvia que cayó sin cesar en los dias 13 y 14, paralizó las operaciones hasta la mañana del 15, en que las tropas de la reina, mandadas por el jeneral Córdoba, marcharon hácia Zúñiga. A media legua de este pueblo se halla el célebre puente de Arquijas que tan fatal fué para las tropas de Isabel; y en el cual les aguardaba Zumalacarregui. Al mediodia algunos disparos de fusil entre los puestos avanzados, advirtieron á los carlistas la llegada de sus enemigos, y una hora despues la division de Córdoba estaba formada en batalla cerca de la ermita de Arquijas, que domina el torrente por la parte del puente, y dispuesta en el mismo punto una batería para protejer el paso de las tropas: inmediatamente envió Córdoba una columna para que tentase el paso del puente. El cuarto batallon de Navarra, al cual estaba confiada la guarda del puente, no desmintió en esta jornada la reputacion que se habia adquirido. Los cristinos, protejidos por su artillería, en vano trataron de apoderarse del puente á pesar de otras columnas que acudian en su apoyo. Algunos de los mas atrevidos consiguieron, aunque con grande trabajo, ganar la orilla opuesta: el puente quedó en un momento cubierto de cadáveres; y á pesar de todos sus esfuerzos, las tropas de la reina no pudieron avanzar un paso mas.

Reconociendo el jeneral Córdoba la imposibilidad de tomar el puente de aquel modo, concibió un plan que hubiera podido ser funesto á las tropas carlistas, si hubieran sido mandadas por un jefe menos hábil. Mientras que Córdoba, despues de haber concentrado toda su division, intentaba en persona el paso por otro punto, dió la órden

á Oráa de que marchase ocultamente á caer sobre la retaguardia de los carlistas; y á Lopez la de simular igual movimiento por la parte de Santa Cruz, esperando llamar de este modo la atencion de su adversario hácia diferentes puntos. Esta era una hábil maniobra, pero Zumalacarregui ya la habia adivinado.

La division de Iturralde, que formaba la retaguardia, y aun no habia tomado parte en el combate, recibió órden de Zumalacarregui para que marchase apresuradamente al encuentro de este nuevo enemigo. Córdoba despues de haber sufrido considerables pérdidas, se retiró desordenadamente hácia la parte de Sarta, abandonando la division que se hallaba empeñada con Iturralde en el valle de Lama. Zumalacarregui supo aprovecharse de esta retirada, pues dejando en observacion del puente dos ó tres batallones, marchó en socorro de Iturralde, á quien el mayor número de sus contrarios le hacia ya cejar. Este inesperado refuerzo causó el mayor desórden entre las tropas de Oráa, y en el poco tiempo que duró la accion le hicieron sufrir grandes pérdidas. Segun la relacion de los paisanos, los cristinos tuvieron unos mil heridos; y no parece ecsajerada esta relacion, si se atiende á que en el campo de batalla dejaron trescientos muertos. Los carlistas tambien esperimentaron pérdidas considerables. La noche puso fin al combate y protejió la retirada de Oráa.

Desde el principio de la guerra, ningun encuentro habia presentado un carácter tan serio como este. No eran ya un puñado de soldados los que se disputaban el campo de batalla al grito de *viva el rey* ó de *viva la reina*, sino tres divisiones reunidas, que fueron rechazadas por los voluntarios de Zumalacarregui, bien inferiores en número. Las fuerzas de los jenerales cristinos ascendian á unos diez mil hombres; y las de D. CARLOS, compuestas de diez batallones, apenas presentarian un efectivo de seis mil voluntarios.

La intemperie de la estacion debia necesariamente suspender la guerra hasta la vuelta de la primavera. Las tro-

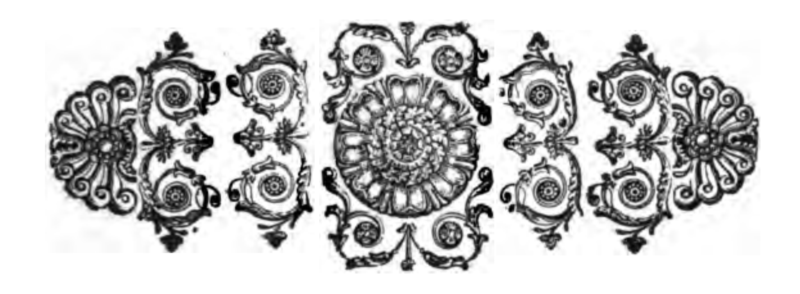
pas de la reina se refujiaron en las plazas que tenian guarnecidas, y Zumalacarregui se retiró á las Amezcuas; pero el reposo no convenia á este activo jeneral; y apenas hacia quince dias que se hallaba en las Amezcuas, sentia ya el tiempo que habia pasado en la inaccion.

Sin atender á que el derretimiento de las nieves hacia intransitables los caminos, se pone en marcha á la cabeza de algunos batallones escojidos, atraviesa la provincia de Guipúzcoa, bate á los jenerales Pastor é Iriarte que trataron de interceptarle el paso, y cae de improviso en el Bastan. El objeto de Zumalacarregui era sorprender á Mina, que con cuatro mil hombres se habia trasladado hácia la frontera para escoltar un convoy de provisiones para Pamplona; pero el virey de Navarra no se habia internado en las montañas á la ventura, sino que dió órden á los demas jenerales para que con sus divisiones marchasen en aquella direccion, á fin de protejerle en caso de necesidad. En presencia de fuerzas tan numerosas hubiera sido la mayor imprudencia el empeñar una accion; por eso los carlistas se contentaron con inquietar á los soldados de Mina hasta las puertas de Pamplona, adonde llegó el convoy algunos dias despues.

Así terminó el año 1834, sin haber podido el gobierno de la reina reprimir la insurreccion carlista del norte, que se habia preciado de someter en breve término, y que cada dia se hizo mas poderosa y temible. Mas no era solo en Navarra y en las provincias vascongadas donde el partido de D. Carlos progresaba: las partidas carlistas que se habian formado en las demas provincias, á pesar de la activa persecucion que sufrian por la milicia urbana y las tropas de línea, engrosaban contínuamente sus filas, y tenian en continua alarma á las poblaciones abiertas. El partido liberal acusaba al gobierno y á los jefes militares de los progresos de los carlistas, y el descontento de los partidarios de Isabel era cada vez mayor. De aquí la contínua variacion de ministros y de jenerales, que eran la esperanza de su partido el dia que recibian su nombramiento,

y que al poco tiempo habian perdido ya todo su prestijio, lo mismo que sus antecesores. El mal écsito de la guerra para los defensores de la reina, produjo tambien en ellos la desunion, despertando antiguos resentimientos y suscitando rebeliones contra el gobierno, al cual trataban los constitucionales de escesivamente tímido, porque no marchaba con rapidez por la senda de la revolucion. Pasemos pues al año de 1835, en que principiaron estas discordias, y que tan fecundo fué en acontecimientos deplorables para todos los partidos.





CAPITULO XI.

Accion de Ormastegui.—Accion de Orviso.—Segunda batalla en el puente de Arquijas.—Toma de la villa de los Arcos por los carlistas.—Operaciones del jeneral Córdoba en las Amezcuas.—Ataques de los carlistas á diferentes puntos fortificados.—Sucesos de Madrid: insurreccion militar dirijida por el teniente Cardero.—Mudanzas de ministros.—Nombramiento de Valdés para el ministerio de la guerra, y para el mando en jefe de los ejércitos de operaciones.—Dimision del jeneral Mina.—Proclamas del jeneral Valdés á su llegada á Navarra.

EL primer hecho de armas que tuvo lugar el año 1835 en el Norte de España, fué la accion de Ormastegui, sostenida el 2 de enero por el jeneral Carratalá contra las tropas de Zumalacarregui: de una y otra parte se combatió con obstinado valor, y ambos partidos esperimentaron considerables pérdidas, sin que el resultado de la batalla compensase aquellos sacrificios, pues aunque aquellos se atribuyeron la victoria, puede decirse que los dos ejércitos sufrieron la derrota.

El 17 del propio mes hubo otro encuentro entre el jeneral Lorenzo y Zumalacarregui, que se hallaba situado en las inmediaciones de Santa Cruz y Zúñiga. Zumalacarregui hizo un movimiento hácia Orviso, y allí dispuso sus fuerzas en tres columnas formadas por escalones. La misma division hizo de sus tropas Lorenzo, y dada la señal de acometer se jeneralizó en breve la accion, que duró mas de tres horas, retirándose por fin los carlistas ordenadamente, dejando en el campo unos cuarenta muertos. Igual pérdida, con corta diferencia, fué la de las tropas cristinas, contándose entre sus muertos al coronel D. Bruno Alaiz, jefe de una de las columnas de ataque, y entre los oficiales heridos al jefe de estado mayor D. José Flínter.

Engreido el jeneral Lorenzo con haber quedado dueño del campo de batalla, sin otra ventaja, en la accion de Orviso, y avisado de que Zumalacarregui se hallaba en el puente de Arquijas, quiso vengar la derrota que en este punto habia sufrido poco tiempo antes el jeneral Córdoba. Las disposiciones de Lorenzo fueron idénticas á las que Córdoba tomó, é igual el resultado. En una carta que Lorenzo escribió á Mina la víspera del combate, y que fué interceptada por los carlistas, le prometia acabar con la *canalla.* «Si me espera, decia, »daré un dia de gloria á las armas de S. M.» Pero al dia siguiente le probó Zumalacarregui con nueve batallones únicamente, que no siempre la victoria depende del número, sino del valor y de la fortuna.

Seis batallones carlistas ocupaban el valle inmediato á Los Arcos, entre Nasa, Piedramillera y Lasarta. Las divisiones reunidas de Lorenzo, Lopez y Oráa habian pasado la noche en Los Arcos; y sabedor de ello Zumalacarregui, envió la órden para que se le reuniesen otros tres batallones. Al siguiente dia, 5 de febrero, el jeneral Lorenzo, con diez mil hombres, se presentó en la llanura de Lasarta, y se admiró de no hallar allí enemigo alguno á quien combatir. Hácia el mediodia llegó á las alturas de Arquijas donde le esperaba Zumala-

carregui : despues de haber intentado en vano pasar el puente, se empeñó la accion en todas las alturas, y en los bosques inmediatos, haciéndose jeneral. Disputáronse el terreno palmo á palmo y la noche sorprendió á los dos partidos en las mismas posiciones sin haber adelantado nada. El jeneral Lorenzo, viendo lo fatigadas que se hallaban sus tropas, renunció á empeñar de nuevo la batalla al dia siguiente, y se retiró á Los Arcos, conduciendo de tres á cuatrocientos heridos: estos fueron los trofeos de la victoria que se habian prometido.

Mucho tiempo hacia que la villa de Los Arcos, situada á la entrada de la Ribera, servia de refujio á las tropas de la reina, y sus muros las habian preservado frecuentemente de un desastre. Zumalacarregui mandó probar contra la villa algunas piezas de artillería fundidas en el Bastan, y llegadas pocos dias despues á su cuartel jeneral. En la noche del 21 de febrero penetraron los carlistas en la villa, y el 23 por la mañana principió el ataque contra el cuartel y seis casas fortificadas, defendidas por quinientos cristinos. Mientras que la artillería batia las tapias, los carlistas penetraban en el interior y se apoderaban de las posiciones que iban abandonando una á una las tropas de Isabel, despues de haberlas defendido con el mayor encarnizamiento.

A la entrada de la noche habian caido ya en poder de los carlistas cinco de las casas fortificadas, en una de las cuales encontraron ciento treinta heridos de la accion de Arquijas, que tuvo lugar diezìocho dias antes. Zumalacarregui, no queriendo sacrificar sus soldados, hizo cercar durante la noche el fuerte, único punto que aun se defendia, y en el cual se habian refujiado la mayor parte de los cristinos, y mandó echar en los fosos haces de paja, mezclados con pimenton, proponiéndose prenderlos fuego al dia siguiente por la mañana, si no se entregaban. Pero el jeneral carlista no tuvo necesidad de recurrir á este temible medio de ataque, porque los soldados de la reina, aprovechándose de la oscuridad de la noche, y favorecidos por la

lluvia que caía á torrentes, consiguieron escaparse por una puerta secreta, y se dirijieron hácia Lerin.

Luego que los carlistas notaron la fuga de los sitiados, salieron en su persecucion, recorriendo el campo en todas direcciones, y lograron hacer algunos prisioneros: el número de estos, contando los heridos, llegó á doscientos cincuenta, entre ellos un coronel y muchos oficiales. D. Carlos, que se hallaba en Zúñiga, entró al dia siguiente en Los Arcos, en medio de las aclamaciones de sus habitantes.

La llegada de D. Carlos á esta villa fué señalada con un acto de clemencia, pues todos los prisioneros, que segun la funesta ley de represalias debian ser fusilados, recibieron el perdon, y ademas mandó el infante que los enfermos y heridos fuesen cuidados como los soldados de su ejército.

Trece meses hacia que se hallaban encerrados en Maestú unos quinientos hombres del rejimiento de Borbon, unas veces bloqueados y otras sitiados: ya se hallaban reducidos al último apuro, cuando el jeneral Córdoba marchó á su socorro y llegó á tiempo de salvarlos; pero hubiera pagado bien cara esta temeridad, si no le hubiese llegado tan á tiempo el refuerzo que llevó el jeneral Aldama, el cual no solo le libertó de la situacion apurada en que se hallaba, sino que le proporcionó el que siguiera aprovechándose de su buena suerte, dirijiéndose hácia los valles de Arana y las Amezcuas, las que, hacía un año, no habian visitado las tropas de la reina: corrió los pueblos de Santa Cruz, Cabredo, Jenevilla y Aguilar, incendió edificios y almacenes, destruyó fábricas y molinos, quemó granos y taló los campos.

En los dias 29 y 30 de marzo el jeneral Aldama sostuvo en Arroniz una accion contra los carlistas, que cayeron sobre él repentinamente, y despues de un porfiado combate le obligaron á replegarse á los pueblos de Arroniz y Allo, con pérdida de setenta y nueve muertos, doscientos setenta y siete heridos y veinticinco contusos.

De los ataques dirijidos en este tiempo por los carlistas

contra muchos puntos fuertes, citaremos únicamente los mas señalados.

El 6 de febrero rechazó el comandante de armas de Orduña, D. Francisco Linaje, á los carlistas vizcainos y á la jente de Ibarrola, que se introdujeron ocultamente en dicha poblacion, valiéndose para ello de escaleras.

El 7 del referido mes atacó el jeneral carlista, D. Benito Eraso la villa de Bilbao; pero rechazado por la guarnicion y milicia urbana, solo consiguió destruir el molino y panadería del ayuntamiento, llamado el Monton, cuya pérdida se calculó en unos dos millones de reales.

El fuerte de Echarriaranaz, situado en la encrucijada de los caminos de Vitoria y Tolosa á Pamplona, fué tambien embestido por los carlistas. Los jenerales de la reina, conociendo la importancia de este punto, lo habian fortificado y guarnecido con trescientos cincuenta hombres del rejimiento de Valladolid, varios artilleros y algunos caballos. Entretanto que Mina estaba en Pamplona escoltanto un convoy procedente de la frontera, Zumalacarregui batió el fuerte de Echarriaranaz. La guarnicion resistió durante cuatro dias los ataques de los carlistas, y encerrada en un recinto de murallas impenetrables, parecia que aun queria continuar una defensa desesperada; pero el dia 19 por la mañana, viendo que no llegaba el socorro que esperaba, no solo se rindió á discrecion, sino que se alistó en la filas de los carlistas, escepto el comandante del fuerte y otros cuatro oficiales. Los carlistas hallaron en el fuerte dos piezas de artillería de á cuatro, una de á ocho y gran cantidad de fusiles y municiones.

Dejemos por un momento el teatro de la guerra, y traslademonos á la capital de la monarquía para referir los sucesos que tuvieron lugar en ella desde principios de este año. El 18 de enero estalló la primera sublevacion contra el gobierno, principiando la division entre los defensores de la reina. El teniente graduado D. Cayetano Cardero, salió de su cuartel con otro oficial para patrullar, acompañado de un fuerte destacamento de voluntarios de Aragon, 2.° de

l jeros, á cuyo cuerpo pertenecia, y al amanecer se dirijió al principal, apoderándose de este puesto por sorpresa, despues de haber rendido el santo y seña. Ocupó en seguida el edificio de correos y colocó sus soldados en las puertas, ventanas y balcones, ademas de las avanzadas situadas en todas las avenidas de aquel sitio.

Informado el capitan jeneral, D. José Canterac, de aquel suceso, acudió inmediatamente al principal, creyendo que su presencia bastaria para contener á los sediciosos; pero le engañó su deseo, pues al reprender al teniente Cardero, con la enerjía de un antiguo militar idólatra de la disciplina, el atentado que acababa de cometer, cayó atravesado por las balas que le disparó aquella soldadesca desenfrenada. Este asesinato agravó la situacion de los revoltosos, que reconociendo despues que se hallaban doblemente comprometidos, se negaron á escuchar las proposiciones que les hicieron, por lo que fue necesario recurrir á la fuerza.

La tropa de la guarnicion y la milicia urbana se pusieron sobre las armas y avanzaron en columnas hácia la casa de correos: una de ellas que se adelantó por la calle de Alcalá rompió el fuego, al cual contestaron los sitiados con desesperado arrojo. Tambien la artilleria hizo algunos disparos de metralla desde la calle mayor. De resultas del fuego continuado murieron el teniente de rey interino de la plaza, un capitan y tres soldados, quedando heridos un oficial y quince soldados de la guardia real. El honor del gobierno ecsijia que á la rendicion de los rebeldes siguiera un castigo ejemplar, en desagravio de la disciplina militar y de las víctimas sacrificadas; pero toda la poblacion vió asombrada que, cuando por la tarde se dieron á partido, salieron los sediciosos del principal con sus armas y con todos los honores del triunfo, tocando su banda himnos patrióticos, y encaminándose á Alcovendas, con direccion al ejército del Norte, adonde fueron destinados. El pretesto de aquella sublevacion habia sido pedir la destitucion del ministerio. El gobierno se cubrió de un eterno baldon al admitir las condiciones que ecsijieron los rebeldes, para rendirse: porque

aun cuando entonces dijeron los amigos de los ministros, unos que habia sido un acto de jenerosidad; otros que el gobierno desconfiaba de la mayor parte de la tropa y de la milicia, y temia que se uniesen á los sublevados, son disculpas frívolas que no alcanzan á borrar la mancha que echaron sobre sí los ministros.

Pasado algun tiempo, el mismo Cardero que logró señalar su nombre con una insurreccion militar que asesinó traidoramente á una autoridad superior, fue nombrado ayudante del jeneral Mina en el principado de Cataluña, y aun llegó á sentarse como diputado en el congreso nacional.

La debilidad manifestada por el gobierno en la mencionada sublevacion, y los pocos progresos de las armas de la reina en las provincias del Norte, suscitaron grande oposicion al ministro de la Guerra, que lo era el jeneral Llauder, el cual hizo por último dimision de la cartera, y le fué admitida por la reina rejente, encargando interinamente el despacho de los negocios de aquella secretaría á Martinez de la Rosa.

El 17 de febrero nombró Cristina ministro de la Guerra al jeneral D. Jerónimo Valdes, y admitió las renuncias que hicieron de sus respectivos ministerios el de Gracia y Justicia y el del Interior.

Por decreto de 7 de abril encargó la reina gobernadora al jeneral Valdes el mando de todas las fuerzas ecsistentes en Navarra, provincias vascongadas, Castilla la Vieja y Aragon, continuando los jenerales en el mando de sus respectivas fuerzas, bajo la direccion del ministro. Esta resolucion suponia insuficiencia en los demas jefes que se hallaban al frente de los ejércitos, y poco aventajada situacion de estos, cuando era necesario que el ministro de la Guerra dejase la corte y se presentase en los campamentos.

Las contínuas mudanzas de jenerales desalentaban á los soldados de Isabel, é infundian mayor orgullo y confianza á los defensores de D. Carlos, porque veian estrellarse contra sus armas los esfuerzos de tantos militares de nombradía.

Viendo el jeneral Mina comprometida su reputacion militar en el mismo pais donde en otro tiempo la adquirió con tanta gloria, dirijió una esposicion á la reina rejente, con fecha 8 de abril, haciendo dimision del mando de las tropas: y para ponerse á cubierto de los cargos que le hacia la opinion pública, decia en su esposicion que la única causa de su retirada eran sus padecimientos físicos, y que era para él un tormento insufrible no poder participar á todas horas de los peligros de sus compañeros, y ver que se malograban ocasiones de adelantar la pacificacion de aquellas provincias.

El partido de Cristina habia creido que el prestijio de un hombre como Mina, célebre hasta en los paises estranjeros, bastaria para aterrar á los carlistas del Norte, y sujetar la victoria á las armas de la reina; pero se engañaron completamente, porque Mina, tan querido en Navarra durante la guerra de la independencia, era odiado ahora por todos sus habitantes, adictos á D. Carlos; y durante su mando ningun adelanto notable esperimentó la causa de Isabel II.

Entretanto las córtes continuaban sus sesiones, que solian ser muy animadas por la oposicion que encontraba el ministerio y las frecuentes interpelaciones que le dirijian. En octubre del año anterior habian discutido y aprobado el proyecto de ley presentado por el gobierno para la esclusion de D. Carlos á la corona de España; el cual fue sancionado por la reina rejente el 25 de dicho mes, y estaba concebido en estos términos:

«El Estamento de Próceres del reino, tomando en consideracion la resolucion remitida por el gobierno en virtud de las órdenes de S. M. la reina rejente acerca de la conducta del infante D. Carlos, y adoptando el dictámen de la comision encargada de su ecsâmen, declara al infante D. Carlos Maria Isidro de Borbon, escluido con toda su línea del derecho de sucesion á la corona de España. El Estamento declara igualmente, de su propio movimiento,

que el infante D. CARLOS y toda su línea quedan privados de la facultad de volver á las posesiones y dominios de España.»

De setenta y dos individuos que se hallaban presentes á la votacion, solo el conde de Taboada se abstuvo de votar.

El conde de Atarés, el arzobispo de Burgos, el obispo de Valladolid, el marques de Camarasa, el de Cerralbo y el conde de Cuba, individuos del Estamento de Próceres, no asistieron á esta sesion.

Ahora se ocupaban las córtes de tres puntos sumamente importantes: 1.° el restablecimiento de nuestras relaciones mercantiles con los paises del nuevo continente: 2.° el arreglo de la deuda interior; y 3.° la devolucion de los bienes vinculados á los que los compraron en la época constitucional, que por decreto del rey Fernando VII, habian vuelto á sus antiguos poseedores despues de la restauracion de 1823. Otra de las discusiones que mas llamaron la atencion del público fue la de la ley orgánica de la milicia urbana, que comprendia su alistamiento, organizacion, servicio que debia prestar, la disciplina que habia de observar, y lo relativo al armamento, equipo y vestuario de sus individuos. Esta ley fué sancionada por la reina gobernadora el 23 de marzo de 1835.

Volvamos ya al teatro de la guerra donde nos esperan acontecimientos importantes. Las fuerzas de los carlistas, cuando Mina hizo dimision del mando en jefe de las tropas de la reina, se componian de los cuerpos siguientes:

En Navarra: diez batallones lijeros, uno de guias, tres castellanos, un rejimiento de lanceros, con ocho piezas de artillería y dos morteros.

En Vizcaya: nueve batallones de infantería y un escuadron de lanceros.

En Alava: seis batallones, una compañía de guias, y un escuadron de lanceros.

Y en Guipúzcoa: tres batallones con igual número de guias.

Estos batallones no constaban de tantas plazas como los de la reina, porque Zumalacarregui los habia reducido á menos número para darles mayor movilidad; pero formaban una fuerza muy respetable.

Luego que Valdes llegó á Navarra y se encargó del mando del ejército, trató de reanimar el valor de sus soldados con la siguiente proclama:

«Soldados: llamado por la augusta reina rejente para ponerme á vuestra cabeza, es para mí un deber espresaros mi satisfaccion al verme por segunda vez entre vosotros, y sobre el mismo teatro donde he sido frecuentemente testigo de vuestro noble comportamiento.

»En medio de la amargura que causa á todo buen español la continuacion de esta guerra desastrosa, he visto con placer el buen espíritu de que estais animados, las pruebas de valor y de constancia que os hacen olvidar las fatigas y las privaciones que os impone la defensa de los derechos lejítimos de nuestra amada reina, que estan íntimamente enlazados á otros derechos tan preciosos para la nacion, y que son la garantía de su felicidad, de su prosperidad y de sus libertades.

»La augusta reina rejente, deseando haceros saber por cuantos medios estan en su poder, cuán preciosos le son vuestros distinguidos servicios, me ha revestido de los mas ámplios poderes para recompensarlos segun su importancia y como lo ecsije la justicia.

»Nada será mas agradable para mí, que satisfacer los sentimientos de bondad de S. M. confiriendo recompensas y distinciones al valor y al talento, y á todas las cualidades que caracterizan el mérito militar, tan digno de la estimacion de S. M. y de la gratitud de la nacion entera. Para proceder conforme á mis instrucciones, hago saber lo siguiente:

»1.° Todos los oficiales del ejército de operaciones que antes del 1.° de enero del presente año, han hecho la guerra á esta parte del Ebro, y han dado pruebas de cons-

tancia, aplicacion y asiduidad, sin haber recibido grado ni distincion, obtendrán el grado inmediato superior, si ya no tienen un grado mayor que el de su empleo efectivo. Los que se hallen en este caso serán preferidos para los empleos inmediatos.

»2.° Obtendrán el grado de subteniente todos los cadetes y sarjentos primeros que hayan hecho el mismo servicio, con las mismas circunstancias espresadas en el artículo precedente. El sarjento segundo mas antiguo de cada compañía, será promovido al grado de sarjento primero.

»3.° Serán condecorados con la cruz de San Fernando de segunda clase todos los oficiales, y con la de Isabel II los demas individuos de las guarniciones de Olazagoitia y Maestú sin perjuicio de las demas recompensas á que puedan tener derecho, ya en virtud de los artículos anteriores, ya por otros servicios que hayan prestado.

»4.° Igualmente obtendrán su licencia absoluta aquellos á quienes falten dos años de servicio al fin de la campaña: los que en esta época esten mas distantes del término de su empeño, aun cuando no lleven mas que un año de servicio, recibirán su licencia un año despues de concluida la guerra, tiempo que se juzga necesario para hacer una nueva quinta, y poner á los remplazantes en estado de hacer el servicio convenientemente.

»Soldados: no necesito deciros que la mano que recompensa el valor y los sacrificios del guerrero, castigará severamente las infracciones á la subordinacion y á la disciplina, y que será inecsorable cuando se trate de otros delitos que no quiero nombrar, que degradan una profesion cuya base es el valor, y para la cual es indispensable la resignacion en las privaciones.

»Compañeros de armas: la reina rejente, la nacion entera, esperan que terminaremos tan pronto como sea posible, una guerra deplorable que compromete intereses tan sagrados. Vuestro valor y vuestro patriotismo me inspiran la justa confianza de que llenareis los deseos de todos los amigos de la lejitimidad y de la justicia, que se interesan

en los progresos de una sabia libertad, condicion indispensable de civilizacion y de las luces.=Cuartel jeneral de Vitoria 18 de abril de 1835.=VALDES.»

Con la misma fecha dirijió á los habitantes la proclama que á continuacion insertamos.

HABITANTES DE NAVARRA Y DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.

«S. M. la reina rejente, en nombre de su augusta hija nuestra lejítima reina Isabel II, se ha dignado confiarme la direccion jeneral de todas las fuerzas empleadas en la pacificacion de vuestro país, y de las que se hallan en Aragon y Castilla. Mi mision es esencialmente pacífica, y de vosotros solos depende el que no pierda este carácter. S. M. deplora los males que os abruman tanto tiempo hace, y vé con profundo dolor los campos regados con vuestra sangre, la ruina de vuestras fortunas, y la devastacion de vuestros hogares. Es indispensable para vuestro bien y para la tranquilidad de la nacion, de que formais una débil parte, poner prontamente término á la guerra cruel y fratricida que han encendido en medio de vosotros algunos hombres desmoralizados, á quienes nada importa vuestra total destruccion, con tal de que ellos satisfagan su ambicion, y sacien su sed de sangre y de rapiñas.

»Es indispensable, lo repito, que se termine esta funesta guerra, y que vuelvan para vosotros los dias de tranquilidad y ventura de que gozábais antes que la perfidia y la traicion os los arrebatasen. Tal es, habitantes de Navarra y de las provincias vascongadas, la noble tarea que S. M. me ha confiado, y que llevaré á cabo á cualquier precio. Conocido de vosotros hace mucho tiempo, sabeis por esperiencia que soy humano é induljente; pero si bien es cierto que siempre sabré seguir los impulsos naturales de mi corazon, tambien sabré sacrificarlos sin vacilar, al deber que me impone la mision de que estoy encargado.

»S. M. en su inagotable clemencia, concede un completo y absoluto perdon, y pone desde este momento bajo

el amparo de las leyes y de las autoridades encargadas de ejecutarlas, á todos los individuos, sin distincion de clases ni de personas, que en el término de quince dias abandonen las filas rebeldes y se presenten con sus armas á los jefes que mandan las divisiones ó brigadas que componen el ejército de operaciones, ó á los comandantes de las localidades en donde haya guarnicion. Igualmente redime S. M. de las penas corporales establecidas contra el crímen de rebelion, á los que se presenten desarmados á las autoridades arriba espresadas.

»S. M. espera que los padres, las esposas, los parientes y amigos de aquellos á quienes la seduccion ha conducido á las filas rebeldes, se apresurarán á hacerles conocer este nuevo rasgo de su maternal solicitud, ecsortándoles á no dejar escapar este último medio de salud que se les ofrece: y S. M. no duda que las poblaciones corresponderán á él, manifestando su reconocimiento por un cambio de conducta; pero si no se someten en el término prefijado, declaro desde este momento, y de la manera mas positiva, que entregaré á las llamas sin miramiento todas las poblaciones de ciertos valles que sirven ordinariamente de refujio á los rebeldes, en donde hallan una acojida criminal y nuevos recursos. Sin embargo, respetaré las personas y las propiedades de los que se retiren á los puntos donde haya guarnicion, ó á las provincias tranquilas. Esta medida es dolorosa; pero cuando habla el bien de la patria, deben callar todos los sentimientos humanos. El incendio de Moscou salvó á la Rusia.

»Habitantes de Navarra y de las provincias vascongadas: os traigo el perdon y la paz, ó la persecucion y el esterminio. De vosotros depende la eleccion.

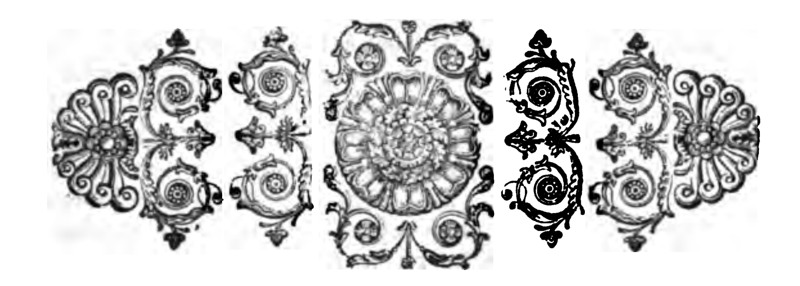
»Si desimpresionados de las ilusiones con que los verdaderos enemigos de vuestra fidelidad os engañan y estravían, desechais sus pérfidas instigaciones y os unís á mí de buena fé para que el órden legal y la obediencia lejítima se restablezcan en vuestro pais, como lo estan en el resto de la monarquía, hallareis en mí apoyo y proteccion,

y un amigo, un defensor en cada uno de los que sirven bajo mis órdenes. Si, al contrario, persistís en vuestra funesta ceguedad, y despreciais las palabras que os dirijo en nombre de la reina nuestra señora, con el sincero deseo de vuestra felicidad y bien estar futuros, seré inflecsible en mi deber, y no descuidaré ningun medio de llenarle, por rigoroso que sea. Abandonad las vanas esperanzas con que os embaucan los que pretenden levantar su fortuna sobre vuestra ruina: volved los ojos á las demas provincias que, en la Península y al otro lado de los mares, componen la vasta monarquía española, y vereis la felicidad y la nueva ecsistencia de que gozan bajo el pacífico gobierno de nuestra lejítima reina, situacion dichosa, garantida por la union de los ánimos, contra la cual no podrán prevalecer vuestros limitados recursos.

»Cese por fin esta lucha tan desigual como desastrosa para vosotros. Las naciones de Europa la contemplan con horror é indignacion, interesándose en su terminacion: las mas poderosas, como Francia é Inglaterra, se han unido á la justa causa de la reina nuestra señora por los tratados mas sinceros y solemnes, que han resuelto sostener irrevocablemente.

»La bondad de S. M. es vuestro único recurso; invocadla con confianza. Yo os la ofrezco sinceramente en su real nombre.=Dado en el cuartel jeneral de Victoria, á 18 de abril de 1835.=El ministro de la Guerra. VALDES.»

Con esta proclama no consiguió Valdes mayores ventajas que sus predecesores, porque los pueblos de Navarra no hacian caso de semejantes alocuciones, persuadidos como estaban de que defendian una causa justa, y habian resuelto vencer ó morir en la demanda.



CAPITULO XII.

Sale el jeneral Valdes de Vitoria para las Amezcuas.—Accion de Eulate.—Derrota del ejército de la reina.—Ataque de Iriarte á Guernica.—Destruccion de la columna de Iriarte.—Espartero sobre Guernica: incendio de esta villa.—Tratado de lord Elliot.—Derrota de las tropas de Espartero en las cuestas de Descarga.—Toma de Villafranca, Vergara, Eibar, Durango, Ochandiano y Elizondo por los carlistas.—Sitio de Bilbao.—Muerte de Zumalacarregui.

La primera idea del jeneral Valdes al remplazar á Mina, fué la de trasladarse á las Amezcuas, para continuar, por decirlo así, las operaciones que tenia principiadas cuando fué relevado del mando por Quesada. En Contrasta fue donde dejó el mando, y en Contrasta queria volver á principiar las operaciones. Reunió, pues, veinte mil hombres, y ayudado de los jenerales Córdoba y Aldama, se dirijió hácia las Amezcuas.

Zumalacarregui se hallaba á la sazon en Eulate con cuatro batallones, y otros cuatro que tenia escalonados á varias distancias y en distintas direcciones. El 20 de abril, á las cuatro de la tarde, salió Valdes de Contrasta con diezi-seis mil hombres. Las fuerzas reunidas de Zumalacarregui apenas ascendian á tres mil; pero la habilidad del jeneral carlista suplía al número, y esperó á pie firme, estendiéndose entre Aranarcha y Larrasua. Los dos ejércitos pasaron la noche acampados á vista uno de otro; y al siguiente dia por la mañana las tropas de la reina marcharon contra Eulate. Zumalacarregui se mantuvo en sus posiciones y mandó hacer movimiento á un batallon por detras del pueblo de San Martin. Durante la noche fue reforzado el jeneral carlista con los batallones 1.°, 2.°, 6.° y 10.° de Navarra, que se le reunieron con el mayor entusiasmo. Entonces contaba Zumalacarregui con diez batallones y Valdes con mas de treinta. Despues de hacer algunas evoluciones las tropas de la reina, se notó que el grueso de sus fuerzas se dirijia hácia Eulate. Serian las diez de la mañana cuando se rompió el fuego, pero no tardó en ceder Valdes, que se retiró hácia la venta de Urbasa.

El dia 22 volvieron los carlistas á tomar las posiciones, casi enteramente rodeadas por sus enemigos. En estos parajes fue donde Rodil sufrió una derrota el 31 de agosto del año anterior. Valdes se decidió á pasar por el desfiladero de Artaza; mas como los carlistas habian tomado anteriormente sus precauciones para detenerle en aquel punto, se vió obligado á retirarse sobre Estella, despues de haber perdido mucha jente. Durante esta retirada, los soldados de D. Carlos pelearon con tanto arrojo y serenidad, que viéndose acosados por todas partes los de la reina principiaron á desbandarse, y bien pronto se convirtió la retirada en una derrota completa, en una línea de casi legua y media, dejando el terreno sembrado de muertos y abandonando sus heridos. Valdes, con la vanguardia, se encerró en Estella; Aldama, que mandaba el centro, le siguió á la misma ciudad despues de haber sufrido grandes pér-

didas. Córdoba y la retaguardia llegaron á Arbazuza con el resto de sus batallones aniquilados. Zumalacarregui y su ejército fueron á reposar de sus fatigas á los pueblos de la baja Amezcua y del valle de Alia.

Los dias 23 y 24, aprovechándose los carlistas del terror de sus enemigos, hicieron una batida por las montañas, en donde hicieron gran número de prisioneros, y á pesar de los esfuerzos de Valdes, se apoderaron de doce cajones de municiones, y de todas las armas y bagajes que quedaron en el campo de batalla. El botin que recojieron las tropas de D. Carlos fué inmenso; y puede calcularse la pérdida de Valdes, en estas jornadas, en dos mil muertos, considerable número de heridos, seiscientos prisioneros, gran cantidad de capotes y efectos militares, y mas de trescientos caballos y mulas. Estas acciones fueron las mas serias que tuvieron lugar desde el principio de la campaña.

Batido el jeneral Valdes en las Amezcuas, lo fué tambien algunos dias despues en Vizcaya, en donde uno de sus jenerales de division, Iriarte, sufrió tambien una derrota completa. El brigadier carlista D. Juan Manuel Sarasa se disponia á atacar la columna de Iriarte, fuerte de dos mil trescientos hombres. El mal tiempo le impidió ejecutar el plan y se vió precisado á retirarse á Guernica con su division, compuesta de los batallones 1.°, 2.°, 5.° y 6.°; tres compañias de preferencia y cincuenta lanceros; dejando el 5.° batallon de reserva en Limo. D. Benito Iriarte, animado por la procsimidad de su guarnicion se presentó, atacó vigorosamente la villa y penetró hasta en las mismas calles; pero á pesar del mal tiempo, el comandante jeneral carlista de Vizcaya, cayó sobre la retaguardia de Iriarte con dos batallones. La accion se hizo entonces terrible: Iriarte, derrotadas sus tropas, tuvo que huir precipitadamente, dejando en poder de los carlistas dos piezas de artilleria, cuatrocientos muertos y muchos heridos. Iriarte tomó el camino de Lequeitio, mientras que su segundo, Bascaran, se encerró con algunos oficiales y doscientos soldados en el convento de monjas de Renteria.

Nombrado el jeneral Espartero comandante jeneral de Vizcaya, recibió el parte de la derrota de Iriarte, avisándole al mismo tiempo del peligro en que se hallaban los que se habian encerrado en el convento de monjas y voló á socorrerlos. Los carlistas, al saber la aprocsimacion de Espartero con fuerzas muy considerables, se retiraron; de este modo se salvaron Bascaran y sus compañeros. Los cristinos se vengaron de la derrota de Iriarte, en los habitantes, reduciendo á cenizas la villa, y poniendo sobre las ruinas esta inscripcion, digna de los tiempos de barbárie ó de las épocas desastrosas del terror de 1793: *Aquí fué Guernica.*

Tambien pusieron fuego al palacio de los estados de Vizcaya, situado á corta distancia de Guernica, cerca de la antigua encina bajo la cual juraban los soberanos del pais la conservacion de los fueros ó franquicias del señorío de Vizcaya. En 1476, los reyes católicos Fernando é Isabel, despues de haber oido Misa en la Iglesia de Santa María de la Antigua, se trasladaron bajo este arbol reverenciado para jurar el mantenimiento de las leyes vizcainas.

En setiembre de 1834, D. Carlos, seguido de sus jenerales, de la diputacion de Vizcaya, y de los principales habitantes de Guernica, renovó la misma ceremonia; y adquirió con este acto de respeto á las leyes del pais, nuevos derechos á la veneracion que ya le profesaban sus habitantes.

Vamos á referir ahora una negociacion diplomática bastante importante por sí misma, de la cual se ocuparon durante dos meses los periódicos de Europa: hablamos de la mision de lord Elliot.

El ministerio tory, que habia llegado por un momento al poder, y cuya política no estuvo siempre de acuerdo con los principios de su partido, que habian hecho la gloria y la prosperidad de la Inglaterra, bajo la direccion de los ministros Pitt y Castlereagh, tuvo un instante de arrepentimiento por la conducta que habia observado. La Europa monárquica habia visto con admiracion al jefe de este gabinete manifestar en pleno parlamento sus simpatías y su respeto hácia el tratado de la cuádruple alianza, obra del ra-

dicalismo inglés, y que los mismos whigs firmaron con repugnancia en un acceso de escesiva complacencia á la política revolucionaria de las Tullerías.

Sir Roberto Peel y el duque de Vellington sintieron por fin despertar en sus corazones el antiguo afecto que profesaban á España, y con objeto de disimular lo mejor que pudieran la posicion en que se habian colocado, trataron de asegurar á las grandes potencias del Norte acerca de su política, dando un testimonio del interés que les inspiraban las desgracias de las poblaciones de Navarra y demas provincias del teatro de la guerra.

Por un sentimiento de humanidad, el ministerio inglés encargó á lord Elliot y al coronel Gurwood de una mision cerca de D. Carlos y del jeneral en jefe de las tropas de la reina. El objeto obstensible de esta mision, era la mediacion del gobierno inglés: que queria poner término á la guerra de esterminio que se hacian ambos partidos, desde que los jenerales cristinos habian obligado con sus crueldades á los jenerales carlistas á usar de terribles represalias. Créese que el objeto secreto fue proponer á los dos partidos medios de conciliacion que pudieran producir un arreglo en los asuntos de la península, y hacer cesar la efusion de sangre.

D. Carlos, firme siempre en su resolucion, hubo de desechar todos estos ofrecimientos, y la mision de lord Elliot se limitó desde entonces á la negociacion de un convenio para el canje de prisioneros. Despues de hallarse de acuerdo ambas partes belijerantes acerca de los preliminares, firmaron el siguiente

CONVENIO

para el canje de prisioneros, propuesto por lord Elliot, comisionado al efecto por S. M. Británica, que ha de servir de regla á los jenerales en jefe de los ejércitos belijerantes en las provincias de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya, y en el reino de Navarra.

«Art. I. Los jenerales en jefe de los dos ejércitos que actualmente se hacen la guerra en las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, y en el reino de Navarra, convienen en conservar la vida á los prisioneros que se hicieren de una y otra parte, y en canjearlos del modo que abajo se espresa.

»Art. II. El canje de prisioneros será periódico dos ó tres veces cada mes, y mas frecuentemente si las circunstancias lo ecsijen y lo permiten.

«Art. III. El canje se hará en justa é igual proporcion del número de prisioneros que presenten cada parte, y los escedentes permanecerán en el partido en que se hallen, hasta nueva ocasion de canje.

«Art. IV. Para los oficiales, el canje se hará á grado igual, entre los oficiales de todos rangos, empleos, clases y dependencias que sean canjeados por ambas partes, segun el rango respectivo de cada uno.

»Art. V. Si despues de haber hecho un canje entre los dos partidos belijerantes, uno de ellos tuviese necesidad de un sitio para guardar en él los prisioneros escedentes que no hubiesen sido canjeados, para su seguridad y buen tratamiento, se convendrá en que sean guardados por el partido en cuyo poder se hallaren, en uno ó mas pueblos, que serán respetados por el partido contrario, en caso de que este pudiese penetrar allí: y no podrá perjudicarlos ni inquietarlos en manera alguna durante el tiempo que permanezcan en dicho depósito: bien entendido que en las ciudades ó pueblos donde estén los prisioneros no se podrá fabricar armas, municiones, ni efectos militares.

»Estos parajes se nombrarán con anterioridad por los dos partidos belijerantes

»Art. VI. Durante esta lucha no se quitará la vida á persona alguna civil ó militar, por sus opiniones, sin que haya sido juzgada y condenada conforme á los reglamentos y ordenanzas militares que rijen en España.

»Esta condicion debe entenderse únicamente para aquellos que realmente no son prisioneros de guerra: con respecto á estos se observará lo estipulado en los artículos precedentes.

»Art. VII. Cada partido belijerante respetará relíjiosamente y dejará en plena libertad á los heridos y enfermos que halláre en los hospitales, pueblos, ciudades, cuarteles, ó en cualquier otro paraje, con tal de que estén provistos de un certificado de un cirujano de su ejército.

»Art. VIII. Si la guerra se estiende á otras provincias, se observarán las mismas condiciones que en las de Guipúzcoa, Alava, Vizcaya, y en el reino de Navarra.

»Art. IX. Estas condiciones se observarán relijiosa y rigorosamente por todos los comandantes que puedan sucederse en ambos partidos.

»Habiendo firmado por duplicado este tratado, el sitio de las firmas de los dos jenerales ha sido canjeado, á fin de que haya entre los dos partidos una perfecta paridad.—Cuartel jeneral de Logroño 27 de abril de 1835.=El jeneral en gefe del ejército de operaciones del Norte, Jeronimo Valdes.=Cuartel jeneral de Asarta, 28 de abril de 1835.—Tomas Zumalacarregui.=Firmado, Elliot.»

Este convenio fué vivamente combatido por el partido liberal ecsaltado, porque suponia que los carlistas adquirian con él grande importancia, como si de hecho no contáran ya con ella; y puede decirse sin faltar á la verdad, que las tropas de la reina hacía algun tiempo que permanecian á la defensiva, y cuando combatian con los defensores de D. Carlos ya hemos visto qnc sufrian frecuentes derrotas. Esto era lo que daba importancia al partido carlista, y

no el convenio de Elliot. D. Carlos, al contrario, aprobó con sumo gusto el tratado, que tan en armonía estaba con sus sentimientos de humanidad, porque deseaba economizar cuanto posible le fuese el derramamiento de sangre, y se apresuró á dar principio á la ejecucion del tratado, remitiendo á sus enemigos, en presencia de lord Elliot, todos los prisioneros que habia hecho aun antes de la conclusion del tratado.

La superioridad de los carlistas en las provincias del Norte iba en aumento, y Zumalacarregui conseguia cada dia nuevos laureles. Las tropas de la reina llegaron á temerle tanto que algunas veces solo con que las persiguiera de cerca, se dispersaban sin disparar un tiro, como sucedió en las alturas de Descarga, coyo hecho de armas, sumamente importante por sus consecuencias, vamos á referir. Sitiaba Zumalacarregui á Villafranca con siete batallones, y la guarnicion se defendia tenazmente contra los ataques de los carlistas, que cada vez la estrechaban mas. Luego que Espartero supo el estado en que se hallaban los defensores de Villafranca, acudió á su socorro con unos dieziocho mil hombres.

Noticioso el jeneral carlista Eraso, de la marcha de Espartero, fué tambien en apoyo de los suyos con dieziseis batallones, navarros, alaveses, vizcainos y guipuzcoanos. El dia 2 de junio llegaron á avistarse los dos ejércitos. Espartero colocó sus tropas en las alturas de Descarga, á poca distancia de Villafranca, y Eraso situó sus batallones en un bosque al otro lado del camino real y frente á la division de Espartero, estendiendo su línea hasta cerca de Villafranca. En estas posiciones permanecieron, mirándose ambos ejércitos y sin atreverse ninguno de ellos á ser el agresor, hasta que llegada la noche, y viendo Eraso que Espartero no hacia movimiento alguno, mandó retirar sus tropas á Villareal de Zumarraga, en donde se fueron alojando por compañias. Queriendo Espartero ocultar su retirada á los carlistas, mandó encender hogueras en las alturas que ocupaba, y emprendió la marcha hácia Vergara con todo

el sijilo posible; pero no fué tanto que dejasen de notarlo las tropas de Eraso, que aun no habian acabado de entrar en Villareal, cuando los vizcainos principiaron á gritar que los cristinos iban en retirada, y sin esperar la órden de sus jefes querian precipitarse sobre la division de Espartero. Eraso pudo detenerlos á duras penas, y mandó salir únicamente á picar la retaguardia unos treinta caballos y cuatro compañías de preferencia, mientras tomaba las disposiciones oportunas para que siguiese el mismo movimiento el resto de sus fuerzas.

Los treinta caballos y las cuatro compañías de preferencia, al mando del jefe de estado mayor Bengochea, alcanzaron la retaguardia de Espartero á la bajada de la cuesta de Descarga, y los treinta caballos cargaron al trote apenas sintieron á sus contrarios. Como la oscuridad de la noche no permitia distinguir las fuerzas carlistas, los soldados de la reina creyeron que tenian sobre sí á Zumalacarregui y Eraso con todas sus fuerzas, y sin hacer resistencia alguna principiaron á desbandarse en todas direcciones, buscando cada soldado donde ocultarse para escapar de las lanzas y bayonetas carlistas. Muchos de ellos se arrojaron á los barrancos que hay á la derecha del camino, donde se creian seguros; y en efecto, en este paraje no era fácil bajar á buscarlos á aquella hora de la noche.

Bengochea, que como ya hemos dicho, mandaba esta fuerza carlista, conociendo que los soldados temian que no les diesen cuartel, ó que les hiciesen algun daño, gritó á los suyos: *¡Cuidado con tocar en lo mas mínimo á ningun soldado!* Estas voces aseguraron á los ocultos que nada tenian que temer de sus enemigos, y fueron saliendo de sus escondites y entregándose prisioneros. La persecucion duró hasta las dos de la madrugada, y su resultado fue hacer los carlistas mil doscientos prisioneros, entre ellos jefes de todas graduaciones, cojiendo mas de cuatro mil fusiles, gran cantidad de municiones y los equipajes. Todo fué llevado á Villareal de Zumarraga y entregado por los vencedores en el alojamiento de su jeneral Eraso, sin que

ocultasen nada del botin. Los prisioneros fueron encerrados en la iglesia.

El jeneral Espartero llegó aquella noche á Vergara, y al dia siguiente continuó su marcha por Durango á Bilbao.

El dia 3 por la mañana intimó nuevamente Zumalacarregui la rendicion á los defensores de Villafranca, diciéndoles que ya no podian esperar ausilio alguno, puesto que la division de Espartero que vino en su socorro, habia sido derrotada; y para probarles que esto era cierto, les presentó dos de los gefes que habian caido prisioneros. No bastó esto para que los sitiados diesen crédito á semejante derrota: fué necesario presentarles ciento cincuenta prisioneros para que la creyesen: entonces no les quedó duda alguna, y conociendo que no podrian sostenerse por mucho tiempo contra sus sitiadores, trataron de sacar el mejor partido posible, rindiéndose por capitulacion.

Los carlistas continuaron su marcha victoriosa: como consecuencia del triunfo de Descarga, se rindió Villafranca, segun hemos visto; despues se apoderaron los carlistas de Vergara, Eibar, Durango, Ochandiano, Elizondo y otros muchos puntos, cuyas guarniciones se rindieron al vencedor despues de una corta resistencia.

Zumalacarregui y Eraso se reunieron con sus fuerzas respectivas en Durango, de donde salieron el dia 7 con direccion á Bilbao, que principiaron á bloquear el dia 10, estrechando sucesivamente este bloqueo hasta el dia 13 en que ya era un sitio formal. El mismo dia, para mantener el entusiasmo de la guarnicion y habitantes de Bilbao, publicó su gobernador el conde de Mirasol las poclamas siguientes:

COMANDANCIA JENERAL DE VIZCAYA.

«Soldados: el enemigo se ha presentado á la vista para coronar nuestros esfuerzos y los trabajos de estos dias con el laurel de la victoria: hemos concluido nuestras fortificaciones, asegurando con ellas nuestra superioridad, y un pueblo entusiasta y valiente nos contempla,

esperando de nosotros la seguridad de sus propiedades y familias, y la conservacion del honor que fian en vuestra lealtad y en vuestra bravura: tengo motivos para lisonjearme de vuestro desempeño: estoy contento de vuestro porte, y espero que tan subordinados como valientes, cumpliréis mis órdenes, llenareis mis deseos y estareis tranquilizados sobre el resultado, que no es de ninguna manera dudoso.

»Si el sitio se estrechare; si por su duracion tuviéseis que sufrir algunas privaciones, yo las participaré con vosotros, como he participado los desvelos: vuestro rancho será el mio y sin diferencia en las comodidades ni en el peligro, seré partícipe de las glorias que alcanzarán nuestras armas. Que ninguno se aparte del camino que marco, es mi único encargo; y yo os prometo dentro de muy pocos dias descanso y los premios con que la munificencia de S. M. galardona á los leales y valientes.=¡Viva Isabel II!=¡Viva su augusta madre!=¡Viva la libertad!=Bilbao, junio 13 de 1835.=M. El conde de Mirasol.»

«Milicianos urbanos de Bilbao: el ejército no tiene ejemplos que ofreceros, porque vosotros se los habeis dado en los combates: sea nuestra divisa la union, y nuestros gritos: ¡viva Isabel II!=¡Viva la reina gobernadora!=¡Viva la libertad.=M. El conde de Mirasol.»

«Habitantes de Bilbao: el ruido del cañon os habrá hecho conocer la procsimidad del enemigo, y que unido con la milicia ciudadana, me preparo para defender vuestros intereses y vuestras familias, libertándoos de la ruina y del baldon que os ocasionaria la entrada de un enemigo cuyo temerario empeño es cambiar de mano las fortunas, y hacer retrogradar el mundo, volviendo á sus semejantes al tiempo de la oscuridad y del vilipendio.

»Estoy seguro del desempeño de las tropas, y confio en vuestra ilustraccion y en el celo de las autoridades civiles para conservar el órden en medio de los peligros, que os

aseguro no serán de muchos dias, porque sé los ausilios con que cuento y los que me llegarán en breve.

»Encargo á todos el esacto cumplimiento de las advertencias que en mi nombre hizo el ayuntamiento en su bando del dia 9, y prevengo que castigaré con arreglo á las leyes á cuantos se ocuparen de propagar noticias alarmantes, que si nada influyen sobre los hombres honrados y de corazon español, desalientan á los pusilánimes y dan armas al enemigo para seducir á los incautos. Los bilbainos, tan jenerosos como patriotas, se defenderán aunque se arruinen: esta ha de ser la persuasion de todos.=Bilbao, junio 13 de 1835.»

Con esta misma fecha remitió D. Benito Eraso al gobernador de Bilbao el oficio siguiente.

«Comandancia jeneral del ejército real de Vizcaya.= El Escmo. señor jefe de E. M. G. de los reales ejércitos, D. Tomás Zumalacarregui, me ha confiado la mision de anunciar á V. S. su prócsima llegada. La artillería de grueso calibre, los mortíferos obuses, los horrendos morteros que acaban de llegar, anuncian la última ruina á la hermosa poblacion de Bilbao. En medio de este cruel, pero preciso aparato, por ser destinado á restablecer el reinado de la justicia, intimo á V. S. formalmente la rendicion de esa plaza con su guarnicion, urbanos, peseteros y toda clase de armados; en intelijencia de que si, como lo dicta la prudencia y la razon, cuando está V. S. destituido de toda esperanza de ausilio, no sigue el ejemplo de Vergara, Eibar y Ochandiano, sino que obstinado imita á Villafranca, tendrá el funesto resultado de aquella plaza, sepultando su oprobio en las ruinas de la hermosa Bilbao. Tres horas quedan á V. S. para rendirse, pasadas las cuales remplazará el rigor á la clemencia, la justicia á las consideraciones. Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel jeneral de Bolueta 12 de junio de 1835.=Francisco Benito de Eraso.=Sr. D. Ramon Solano, gobernador de Bilbao.»

Luego que el gobernador se enteró de este oficio contestó inmediatamente lo que sigue:

«En este momento que son las tres de la madrugada se me acaba de entregar el oficio de V. S. de 12 del corriente; y hallándose en esta villa el Sr. comandante jeneral de la provincia, conde de Mirasol, he creido de mi deber trascribirlo á S. S., para que como autoridad superior á la mia y enterado de su contenido, pueda contestar á V. S. si lo juzgare oportuno. Lo que digo á V. S. en contestacion á su referido escrito. Dios guarde á V. S. muchos años. Bilbao 13 de junio de 1835.=Ramon Solano.=Sr. D. Francisco Benito de Eraso.»

Todo este dia se sostuvo en la línea el fuego de fusilería que duró, con algunos intervalos, hasta la mañana siguiente. Los carlistas elijieron con tanto acierto los puntos para establecer las baterías, que no las pudieron descubrir los sitiados hasta despues del amanecer. A las ocho de la mañana rompieron el fuego las baterías situadas en la Mirabilla, camino de Munguía y Begoña, jugando dos morteros, dos obuses y cinco cañones de diferentes calibres.

El ataque mas jeneral y directo de los carlistas fué contra la batería de Mallona, que aunque protejida por la del Emparrado, construida el dia anterior, quedó destruida, con tres brechas practicables, y tuvo que apagar sus fuegos. La guarnicion del fuerte y dos compañías, una del 4.° de lijeros y otra de la milicia urbana, que acudieron á aquel punto contuvieron á los sitiadores haciendo un sostenido fuego de fusilería aparapetados entre las ruinas.

Amaneció el dia 15, dia fatal para los defensores de D. Carlos, no solo porque los sitiados consiguieron apagar los fuegos de las baterías contrarias, sino por otra desgracia mucho mas sensible y que el tiempo acreditó de irreparable. Salió Zumalacarregui á practicar un reconocimiento, y habiéndose acercado demasiado á la plaza, fué herido en una pierna por una bala de fusil disparada desde la batería

de Larrinaga. Sin embargo, los defensores de Bilbao tuvieron tambien que lamentar en este dia memorable la pérdida de algunos jefes, quedando herido entre otros el comandante de artillería D. Manuel Gonzalez Bustillos.

En la noche de este dia fueron rehechas todas las baterías, y al amanecer del 16 se rompió el fuego nuevamente, que continuó el 17 y 18; en estos últimos dias hicieron los sitiados dos salidas, con objeto de recibir de Portugalete las municiones y artillería que habian pedido; pero hubieron de retirarse sin conseguirlo, habiendo sufrido algunas pérdidas los sitiados y los sitiadores.

Los dias desde el 19 hasta el 24 se emplearon en la reparacion de las fortificaciones y solo hubo algun fuego de fusilería y unos cuantos cañonazos.

La herida de Zumalacarregui, que al principio se creyó de poca consideracion, segun la opinion de los facultativos, se fue agravando de dia en dia despues que le estrajeron la bala, y falleció el referido dia 24, con gran sentimiento de sus soldados que perdieron su mejor jefe, y mucha alegria de sus enemigos que se veian libres de su mas temible contrario. La muerte del héroe que tantas veces condujo las huestes carlistas á la victoria, fué un acontecimiento que vino á cambiar el aspecto de la guerra. Amortiguóse el ardor de los carlistas y el veneno fatal de las disensiones principió á circular en el ejército de D. Carlos; la ambicion hizo oir sus pretensiones, y se disputaron los honores y el mando. Cada cual queria recojer los laureles preparados por Zumalacarregui, heredar sus trofeos y participar de su gloria. La senda estaba ya trazada y no parecia dificil marchar por el camino que habia abierto aquel inmortal defensor de D. Carlos.

Este príncipe tuvo que emplear toda su firmeza para conciliar en aquella ocasion todos los intereses, todas las susceptibilidades, y para calmar aquellos primeros movimientos de envidia, que, mas tarde, fueron tan fatales á su causa.

El sitio de Bilbao continuó con grande empeño á pesar de la falta que debia hacer á los sitiadores su activo jefe Zu-

malacarregui, por cuya muerte tomó el mando del ejército carlista el jeneral D. Vicente Moreno.

Parece increible que llevando tantos dias de sitio una poblacion tan rica é importante por su puerto, como la villa de Bilbao, no hubiesen hecho ya algun movimiento en socorro de la plaza las columnas de la reina. Veamos en qué consistió la tardanza del socorro.

El jeneral Espartero se hallaba enfermo en Quincoces. Latre, cuando el 15 de dicho mes supo el sitio de Bilbao, se avistó con Valdes en Berberana, y le representó los peligros á que esponia la causa de la reina por su inaccion. El jeneral Valdes manifestó persuadirse á las razones de Latre, y ambos convinieron en acudir al socorro de Bilbao, dirijiéndose el primero por Orduña, y el segundo por Arciniega y Balmaseda.

Al entrar Latre el dia 17 en Arciniega, recibió una órden del jeneral ministro, con la misma fecha desde Berberana, en que le decia que le habia parecido mas conveniente enviar á Orduña una sola division aparentando ser todo el grueso del ejército, con órden de regresar á Berberana el 18 para seguir el movimiento de todas las fuerzas. En consecuencia mandaba tambien á Latre que el mismo dia se replegase sobre sus posiciones.

En cumplimiento de esta órden el jeneral Latre retrocedió el 18 á Villanasa de Mena; y no habiendo recibido en todo el dia comunicacion alguna del jeneral Valdes, marchó el siguiente á Castrobarto, donde recibió la órden de emprender su movimiento sobre Bilbao con la division de reserva y la de Espartero que se ponia á sus órdenes. Entre las instrucciones que el jeneral en jefe daba á Latre, le decia que él concurriria personalmente á la operacion, marchando sobre Munguía, para llamar la atencion del enemigo y distraer parte de sus fuerzas: recomendándole que no comprometiese una accion jeneral ó aventurada.

El jeneral Latre, juzgando que era una afrenta para el partido de la reina el que permaneciesen indiferentes tantas divisiones á pocas jornadas de la villa atacada por los

carlistas, recibió esta órden con alegria, y poniéndose de acuerdo con Espartero, que ya se hallaba aliviado de su indisposicion, emprendieron la marcha ambas divisiones el dia 20, pernoctando la de reserva en el valle de Mena, y la de Espartero en Balmaseda.

El 21 por la noche llegaron á Portugalete las dos divisiones y al dia siguiente continuaron sobre Bilbao. Creian los jenerales cristinos que los carlistas, privados del jefe que era el alma de su ejército, no se atreverian á esperarlos; pero al llegar al alto de las Cruces se convencieron de lo contrario, pues hallaron muchos tiradores en las casas aspilleradas del puente de Zornoza, dos batallones para sostenerlos en el bosque de Castrejana, y en esta altura fuerza de consideracion, resueltos á defender á todo trance el paso del puente de Burceña.

La division de Espartero avanzó hácia este puente, sin que los carlistas diesen la menor señal de recelo, destacándose en seguida por la derecha las brigadas del coronel Castañeda y del brigadier Buerens, amenazando la primera la izquierda de los carlistas por el puente de Castrejana, y la segunda con objeto de sostenerla en caso necesario; pero habiéndose encontrado con fuerzas respetables no se atrevió á emprender el ataque, esperando el movimiento del jeneral en jefe. Así permanecieron hasta el dia siguiente sin haber mas fuego que el de algunas guerrillas.

En el momento que se formalizó el combate, al mediodia del 22, recibió Latre un pliego de Valdes con dos órdenes fechadas en Villalba de Losa, una del 21, en que le decia que al siguiente dia pensaba retirar de Orduña las tropas que estaban allí sitiuadas, y dirijirse sobre Puentelarrá y Miranda, lo que le avisaba para que no se comprometiese con las tropas de su mando, que debian retirarse al valle de Losa: en la segunda, del 22, manifestaba que Villareal se halla en Llodio, y muchas partidas carlistas de observacion sobre Orduña; de consiguiente si se ponia en marcha con direccion á dicho punto, se encontraria con las fuerzas reunidas de Villareal, y se veria comprometido

á una accion jeneral, que deseaba y tenia órdenes de evitar: asi pues, no podia adelantar mas su movimiento: que Latre obrase con las fuerzas de su mando del modo que creyese conveniente, cuidando de no comprometerlas á una accion decisiva, limitándose únicamente á lo que en aquel dia pudiese hacer en favor de la villa sitiada, y retirándose adonde no pudiese ser comprometido.

Enterado Latre de estas órdenes, marchó al punto atacado, que era el puente de Castrejana. Un batallon carlista se arrojó con valentía á pasar el vado, mientras otros cuatro atacaban á Castañeda de frente y le ponian en grande aprieto. La primera y tercera brigada de Castilla fueron á reforzarle y sostenerle, y Espartero acudió tambien con su division.

Animados los de Castañeda con este refuerzo rechazaron á sus contrarios, y el batallon carlista, que logró pasar el rio, se vió obligado á repasarle con alguna pérdida. Ufanos los de la reina con esta ventaja, quisieron atacar la posicion carlista al otro lado del rio, defendida por dos casas fuertes, por la artillería colocada en una altura y por fuerzas respetables que aun no habian entrado en accion; así que, todos los que tuvieron la temeridad de pasar el puente, fueron muertos ó heridos. La noche puso fin á este obstinado combate.

Al dia siguente, conociendo Latre la decision de los carlistas en defender aquel punto, y desconfiando de obtener la victoria, dió cumplimiento á las órdenes de Valdes y se retiró con sus fuerzas á Portugalete.

Latre y Espartero, que deseaban hacer levantar el sitio á los carlistas llevaban muy á mal la inaccion del jeneral en jefe y la prensa periódica le hacia terribles cargos. Despues de algunas contestaciones con Latre, le confesó que tenia órdenes para no empeñar ninguna accion formal contra los carlistas; pero convencido el jeneral ministro de que esto no le libraba de la responsabilidad que pesaba sobre él, envió su dimision á Madrid, sustituyéndole como mas antiguo el brigadier Tello, de quien poco despues re-

clamó el mando el jeneral La Hera. Este nuevo jefe tampoco se atrevió á llevar á cabo la empresa que deseaban los demas jenerales; pero estrechado por Latre y Espartero, reunió un consejo de guerra de oficiales superiores y en él se decidió marchar al socorro de Bilbao.

Entretanto la situacion de esta villa era cada vez mas apurada; el dia 27 pasó D. CARLOS en persona á tomar el mando de su ejército, y desde entonces fué mas vivo y sostenido el fuego. Cincuenta y cuatro bombas y doscientas granadas cayeron aquel dia en Bilbao. Al mediodia cesó el fuego, y á poco rato se presentó en la puerta llamada de Durango un parlamentario carlista, con un pliego para el gobernador, que contenia lo siguiente:

«Señor gobernador ó jefe superior militar de la plaza de Bilbao.=Acordaos que sois español, y que vuestra inútil resistencia solo sirve de instrumento á la destruccion de un pueblo rico y hermoso. No debeis ignorar que el 23 fué batida la gruesa columna que venia en socorro de la plaza, y que yace ecsánime y sin aliento para darlo, esperimentando una gran desercion. Lejos de venir un segundo refuerzo, lo he recibido yo de un considerable número de valientes; en fin, todo, como dejo dicho, no sirve mas que para hacer infructuosos vuestros esfuerzos, los que únicamente ocasionarán el derramamiento de sangre española, y la reduccion á cenizas de uno de los pueblos mas preciosos de España. Si os convenceis de unas razones tan justas, como prueba de lo que me complazco en hacer el menor número de desgraciados entre españoles, puedo asegurar y prometeros que la clase de urbanos de esa villa, sea cual fuere su orijen, serán tratadas las personas del mismo modo que lo han sido en Villafranca, Vergara, Eibar y otros puntos guarnecidos. Cuartel jeneral de Bolueta 27 de junio de 1835.=Francisco Benito de Eraso.»

El conde de Mirasol, viendo que escaseaban las municiones en la plaza, é ignorando si sería ó no socorrida, qui-

so entretener por algun tiempo á los sitiadores promoviendo una conferencia, con objeto de dar alguna tregua á la poblacion, y entretanto fabricar balas y pólvora de que tenia mucha necesidad. Asi, pues, cuando al amanecer del dia 28 se presentó el parlamento carlista reclamando la contestacion al oficio de Eraso, se la entregó al conde concebida en estos términos:

«He recibido la comunicacion que me habeis dirijido, y he visto el traslado que habeis hecho al ilustre ayuntamiento que, confiado en mi interés por la felicidad de este pais, ha depositado en mis manos el resultado de las comunicaciones que se han abierto, y que puedan seguirse si los acontecimientos y vuestra prudencia lo permiten. Tranquilo dentro de los muros de esta villa, sin probocar ni desdeñar el combate, no puedo nunca aparecer como el instrumento de su destruccion; vos sereis el responsable en todo tiempo, y los militares de todos los paises os echarán en cara el ataque dirijido á las casas de los pacíficos habitantes antes de haber destruido los muros con el denuedo que merece el empeño que manifestais por apoderaros de este punto. Las casas de la hermosa villa de Bilbao, conocida y relacionada en toda Europa, no se defienden; son sus bayonetas y baterías las que os hacen la contra, y es á ellas á las que os debeis dirijir con las vuestras.

»Ignoro que la columna acantonada en Portugalete haya sido batida; ni puedo comprender que un encuentro de guerrillas, que fué todo el hecho del dia 23, haya podido desalentar á aquellos valientes cuyo carácter y principios conozco: sin embargo; si teneis algun medio para comprobarlo, no me negaré á admitir las pruebas que puedan convenir á vuestro interés y á mi situacion, sobre la cual permitidme que os asegure que estais equivocado, y que de ello puedo convenceros si quereis comisionar oficial de vuestra confianza que venga á satisfacerse y á conferenciar conmigo, cierto de que será recibido con la atencion y noble franqueza que se usa entre valientes.

»La sangre que se derrama en una y otra línea, me conduele, porque es de españoles, que debiendo acordarnos, reñimos para no entendernos; y de que sé economizarla, usando de induljencia hasta en lo personal, la historia de esta campaña os suministrará pruebas que son harto públicas, y que vituperadas ó aplaudidas por las diferentes opiniones, no han dejado por eso de satisfacer mi alma y de ofrecerme el cuadro mas bello de mi vida; pero que muy lejos de ser hombre de partido, escucho sola la vóz de la razon, obedezco la ley, y atiendo en cuanto lo alcanzan mis luces al bien jeneral de esta patria desgraciada. Si en la línea que cada uno ocupa se prodiga, que no sea por nuestros intereses: yo os invito á adoptar medidas sobre este punto; demos al tiempo y á la conviccion lo que han de hacer las armas; reconozcámonos como hijos de un mismo suelo; conservemos nuestras posiciones; entendámonos mútuamente sin que medien nuestros subordinados, y apuremos los medios del raciocinio antes de sacar nuevamente la espada: si así lo apreciais de justicia, personas teneis á vuestra inmediacion que puedan garantiros de mi proceder; me conocen lo bastante en cuanto á honrado y en cuanto militar; si vuelven á romperse las hostilidades tendreis muchos motivos para aseguraros de que no me intimidan las amenazas, y que sabré emplear todos mis recursos para haceros arrepentir de vuestro empeño. Creedme: Bilbao está decidida á no ceder jamás por la fuerza de las armas, y su guarnicion es sobrado valiente para llevar á cabo este honrado empeño. Agradezco las consideraciones que ofreceis á la milicia urbana, sin poderos contestar otra cosa sobre este punto, pues ignoro las que habeis guardado á Villafranca, Vergara é Eibar, y la voluntad de los individuos de este cuerpo en tan delicada materia. Pido al cielo os guarde muchos años. —Bilbao 27 de junio de 1835 á las once de la noche.=El conde de Mirasol.=Sr. D. Francisco Benito Eraso.»

En vista de esta contestacion cesaron los fuegos á las diez de la mañana; y á las doce enviaron los sitiadores

dos oficiales para conferenciar con el conde. Los parlamentarios fueron recibidos en la villa con todas las formalidades de estilo, y luego que quedaron solos con el gobernador le intimaron la rendicion de la plaza por medio de una capitulacion. El conde de Mirasol, que solo trataba de entretener á los carlistas, les contestó que antes de entrar en negociaciones con su jefe, necesitaba cerciorarse de la veracidad de los hechos que le referian; para lo cual deberian pasar dos de sus oficiales á Portugalete con objeto de enterarse, quedando en la plaza, como rehenes, otros dos oficiales carlistas, hasta el regreso de aquellos. Los parlamentarios dijeron que lo pondrian en conocimiento de su jeneral, y salieron de Bilbao con las mismas precauciones que cuando entraron.

A las tres de aquella tarde se presentaron nuevamente los parlamentarios, y entregaron al gobernador un oficio de Eraso, que decia así:

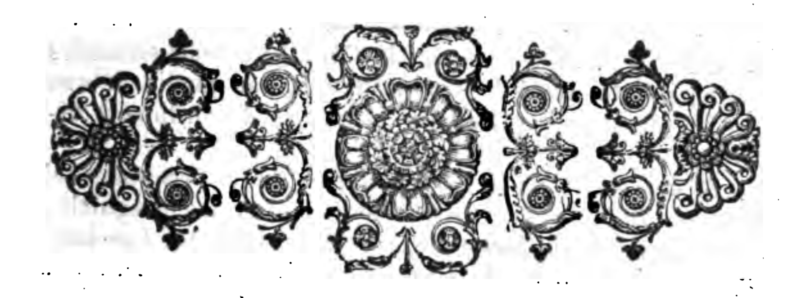
«Enterado de lo que V. S. ha manifestado á mis oficiales comisionados que acaban de presentárseme de vuelta de esa plaza, tengo el sentimiento de anunciarle que si dentro de dos horas despues de recibido este oficio no se aviene á formar las bases de capitulacion para la entrega de aquella, se continuarán las hostilidades contra la plaza. Dios guarde á V. S. muchos años.=Campo del honor 28 de junio de 1835.=Francisco Benito de Eraso.=Sr. conde de Mirasol.»

La contestacion del gobernador fué lacónica y decisiva: «Puede romperse el fuego, dijo, cuando se quiera;» y á las cuatro de la tarde volvieron á principiar las hostilidades.

Entretanto que la guarnicion y habitantes de Bilbao defendian con tanta tenacidad sus muros, el ejército de la reina se preparaba para marchar en su socorro. El jeneral La Hera dirijió una proclama á sus tropas el 30 de junio desde el cuartel jeneral de Sopuerta, con objeto de reani-

mar su abatido espíritu, y el dia 1.° de julio al amanecer emprendió la marcha para Bilbao, así como los jenerales Latre y Espartero, por la orilla izquierda de la Ria. Las tropas de la reina creyeron que este movimiento seria el principio de un ataque serio, porque los carlistas aparentaban estar decididos á sostener una batalla; pero al saber estos la aprocsimacion del ejército de la reina, tuvieron por conveniente levantar el sitio; de modo que á las cuatro horas de haberse puesto en marcha el jeneral La Hera, la villa de Bilbao se hallaba libre de sus contrarios; y sus defensores se entregaban á la alegria que les insparaba el verse salvos de aquel peligro inminente.





CAPITULO XIII.

Córdoba nombrado jeneral en jefe del ejército de la reina.—Accion de Mendigorria.—Guergué marcha con su division á Cataluña.—El gobierno de Isabel solicita la cooperacion de sus aliados.—Caida del ministerio de Martinez de la Rosa.—Es remplazado por el conde de Toreno.—Supresion de los jesuitas y de otras órdenes relijiosas.—Sublevacion de las provincias contra el ministerio, y horrorosos atentados cometidos por los revoltosos.—Mendizabal remplaza en el ministerio al conde de Toreno.

AL levantar el sitio de Bilbao no contaron los jenerales de la reina con las dificultades que habian de sobrevenir, pues al retirarse los carlistas ocuparon las montañas y desfiladeros por donde podian salir las tropas cristinas, que quedaron como encerradas en el hondo de Vizcaya, y en una posicion sumamente peligrosa. D. Luis Fernandez de Córdoba, que á la sazon se hallaba en Madríd comisionado por el jeneral Valdes, fué nombrado para remplazarle en el mando del ejército, y partió en posta, llegando á Bilbao cuando los carlistas acababan

de levantar el sitio. Conociendo Córdoba la mala situacion de su ejército trató de sacarle de ella por medio de una marcha rápida y atrevida por el camino de Orduña á Vitoria.

A una legua de Bilbao trataron de interceptarle el paso seis batallones carlistas, mas no pudieron conseguirlo, ni evitar que se apoderase de la Peña de Orduña. Los carlistas, viendo frustrado su plan, dirijieron la mayor parte de sus fuerzas á Navarra, y sitiaron á Puente la Reina. Córdoba se dirijió á Peñacerrada, y despues de dejarla bien guarnecida y aprovisionada, atravesó todo el pais hasta Logroño. En seguida pasó á los pueblos de Lerin y Sesma, y el 15 de julio se trasladó á Lárraga, desde donde fué avanzando hasta los puntos que ocupaban los carlistas. Estos, en número de catorce batallones, se replegaron sobre el pueblo de Mendigorría, adonde aguardaron á sus contrarios. El espresado dia 15 se pasó en maniobras que ejecutaron por ambas partes en una legua de estension, cuyos movimientos obligaron á las tropas de D. Carlos á levantar el sitio de Puente la Reina, en el cual se hallaba el mismo principe en persona, los jenerales Eraso y Villareal, y todos los caudillos carlistas que desde el principio de la guerra se habian distinguido por su valor é intrepidez.

En la madrugada del dia 16 practicó el jeneral Córdoba un reconocimiento con la brigada de Gurrea, la cual tomó posiciones y sostuvo algunos encuentros parciales con la izquierda de los carlistas. El jeneral Espartero, que la noche anterior habia pernoctado en Lárraga, recibió la órden de atacar la derecha de sus contrarios, y Córdoba se reservó acometer el centro, para poder comunicar mas facilmente sus órdenes á los estremos de la línea que se estendia casi una legua.

La batalla principió á las doce del dia. Los carlistas combatieron con la tenacidad y brio que acostumbraban, principalmente en el centro de sus posiciones; pero la suerte les fué adversa, y á pesar de todos sus esfuerzos

hubieron de ceder á la fortuna de sus contrarios, que los arrojaron de todas sus posiciones, y quedaron dueños del campo.

La pérdida de D. Carlos fué de unos mil y quinientos hombres, no siendo mucho menor la de la reina, pues solo los muertos del ejército de Córdoba ascendieron á quinientos.

Las ventajas que este caudillo consiguió en la accion de Mendigorria, que le valieron el ascenso á teniente jeneral, estuvieron muy lejos de recompensar las grandes pérdidas que le costaron. No obstante, queriendo hacer el último esfuerzo, mandó el gobierno reconcentrar todas las fuerzas en un punto, é hizo pasar al Norte las que se hallaban en Cataluña, dejando casi desguarnecido el principado, en el cual contaba D. Carlos muchos pueblos adictos. Sabedor de estas disposiciones el jeneral Moreno, dispuso inmediatamente que el jeneral Guergué marchase á tomar posesion de Cataluña en nombre de D. Carlos. Guergué partió con una pequeña division, y fué recibido por los catalanes con aclamaciones de alegría, llegando á reunir en poco tiempo cerca de dieziseis mil hombres, de los cuales formó cuatro divisiones. Los progresos de Guergué en Cataluña, y el espíritu carlista que se mantenia constante en las provincias esentas, á pesar de la ambicion y discordia que reinaba entre algunos de sus jefes, obligaron al gobierno de la reina á recurrir á las potencias aliadas suyas pidiendo el cumplimiento del tratado de la cuádruple alianza, esperando que reforzado el ejército cristino con las huestes estranjeras, acabaria en poco tiempo con los partidarios de D. Carlos; pero no fué así, aunque este príncipe no contaba con otras fuerzas para defender su causa que con las españolas, esceptuándose unos pocos oficiales franceses, constantes defensores de los principios monárquicos, que peleaban en sus filas.

Creia el gobierno de Madrid que el levantamiento del sitio de Bilbao y la victoria de Mendigorría debian convencer á sus aliados de que la causa de D. Carlos iba perdiendo mucho prestijio en España, y que decidirian á aque-

llas naciones á terminar brevemente una lucha que parecia perjudicar á sus intereses; pero al contrario, las potencias aliadas se mostraban poco dispuestas á cooperar directamente á favor de la causa de la reina, porque creian amenazada de muerte la ecsistencia política de los españoles á causa del espíritu revolucionario que cundia de dia en dia entre los defensores de Isabel.

Como los ausilios de la Francia podian ser los mas prontos y numerosos, á pesar de las razones que habia para presumir que el gobierno de Luis Felipe rehusaria acceder á la intervencion, y de que el tratado de la cuádruple alianza estaba concebido en términos tan vagos con respecto á lo que el gabinete de las Tullerías se comprometia á hacer en favor de Isabel, el gobierno de Madrid esperaba no salir desairado en su peticion. La primera tentativa para el efecto la hizo Martinez de la Rosa, en mayo de este año, por medio del embajador español en la corte de Francia, duque de Frias, el cual presentó la solicitud, y el gabinete francés le contestó, que debiendo conformarse con las resoluciones de la Gran Bretaña, habia determinado el consejo no intervenir ni cooperar en los asuntos de España. Efectivamente: el gabinete de San James se habia evadido de todo compromiso al contestar á las cuestiones que acerca del particular le habia propuesto el de las Tullerias, el cual estaba dividido en dos partidos, uno el de Mr. Thiers, favorable á la intervencion, y otro opuesto á ella, al que pertenecia la mayoría del consejo. No obstante, para hacer menos amarga la negativa, ofreció Luis Felipe á la reina rejente el ausilio de una lejion alistada en Francia y algunas fuerzas navales.

El gobierno español hubo de contentarse con este ausilio, y en su consecuencia concluyó un tratado con fecha 28 de junio, en el cual el gobierno frances cedia para el servicio de Isabel seis batallones, cuatro de ellos pertenecientes á la antigua espedicion de Arjel, y los otros dos compuestos en su mayor parte de italianos y polacos, todos al mando del jeneral Bernelle.

La Inglaterra, ademas de los víveres, armas y municiones que proporcionó al gobierno de Madrid, y de haber puesto á su disposicion siempre que fue necesario los buques y cruceros ingleses, suspendió la ley que prohibia el alistamiento de sus súbditos para servir á otra nacion, y dió permiso para que se formase una lejion de diez mil hombres, que al mando del jeneral Lacy Evans, no tardó en presentarse en España.

Por último, el gobierno portugues, en retribucion del ausilio que el de Madrid le prestára anteriormente para derribar á D. Miguel, envió una division á Zamora, á las órdenes del baron das Antas, aunque esta fuerza no permaneció constantemente en España, porque tuvo que acudir mas de una vez á defender su propio territorio.

Poco tiempo despues, los mismos que habian aplaudido la ascension de Martinez de la Rosa al poder, trabajaron ahora para derribarle, porque no impelia con la violencia que ellos deseaban el carro de la revolucion.

Martinez de la Rosa salió del ministerio y le sucedió el conde de Toreno, cuya administracion agradó mucho menos á los bullangueros que la de su antecesor. Toreno, que no inoraba los medios de adquirir popularidad, trató de conseguirla adoptando varias resoluciones, que debian halagar á los revolucionarios. Una de aquellas fué la abolicion de la Compañía de Jesus, la cual por decreto del 4 de julio quedaba suprimida para siempre en todo el territorio de la monarquía española. Mandábase en el citado decreto que los individuos de la compañía no pudiesen volver á reunirse en cuerpo de comunidad, que se ocupasen inmediatamente sus temporalidades, señalando para alimentos cinco reales diarios á los sacerdotes durante su vida, y tres á los legos; y por último que sus bienes, rentas y efectos se aplicasen á la estincion de la deuda ó pago de sus réditos, esceptuándose los efectos que pudiesen ser útiles á los establecimientos de ciencias y artes.

Igual providencia se tomó con las casas de las demas órdenes relijiosas que no contaban doce individuos profesos,

para preparar asi los ánimos á la estincion completa de todos los conventos, como se verificó despues por decreto de 11 de octubre, en el cual aun se esceptuaban unos pocos monasterios que mas adelante sufrieron la misma suerte.

La estincion de los conventos, si bien halagaba á los revolucionarios, porque la mayor parte de los relijiosos eran afectos al príncipe proscrito, aflijian á los hombres sensatos que veian la triste suerte á que injustamente quedaban reducidos tantos ministros del altar, muchos de ellos secsajenarios y que para nada se habian mezclado en los acontecimientos políticos. Tomóse por pretesto que algunos frailes se habian declarado abiertamente contra la reina, y la defeccion de estos se castigó en todos los relijiosos.

Sin embargo, estas medidas no satisfacian al partido de la oposicion, que deseando la pronta estincion de los frailes y la caida de los ministros, apeló á los levantamientos y motines populares para conseguirlo. La villa de Reus, en Cataluña, fué la primera que dió el ejemplo de atroces escesos, motivados por una injusta venganza. Una partida carlista sorprendió el 22 de julio á un destacamento de urbanos de dicha villa que iba á Gandesa, y despues de hacerlos prisioneros los fusiló. En esto no hicieron los carlistas mas que usar de represalias, porque fuera de las provincias del Norte no se observaba el tratado de Elliot; y cuando los partidarios de la reina cojian prisionero algun carlista, le fusilaban inmediatamente. Luego que llegó á Reus la noticia de la desgracia acaecida á los urbanos, asegurando que la partida carlista era capitaneada por un fraile, el furor popular se armó para la venganza: atacó los dos conventos que habia en la poblacion; y mientras las mujeres incendiaban aquellos edificios aplicando á sus paredes gran cantidad de combustibles que le convertian al momento en inmensas hogueras, los hombres pasaban á cuchillo á cuantos relijiosos encontraban.

Los atroces hechos de Reus se supieron prontamente

en Barcelona, y los sicarios que allí se abrigaban quisieron dar un espectáculo semejante en la capital del principado. En la tarde del 2 llevaron á cabo su infernal proyecto; formáronse varios grupos que recorrieron las calles gritando mueran los frailes, se dirijieron á varios conventos, prendieron fuego á seis, y asesinaron á varios relijiosos: muchos de estos pudieron salvarse en las Atarazanas, y acudiendo las autoridades con fuerza armada consiguieron restablecer la tranquilidad solo momentáneamente; porque algunos dias despues ocurrieron nuevos desórdenes.

El capitan jeneral D. Manuel Llauder, á quien el pueblo aborrecia ahora tanto como le habia apreciado antes, noticioso de que se atacaba contra su vida, salió de la ciudad pretestando que iba en persecucion de los carlistas, y su esposa le siguió llevándose todos los efectos de su pertenencia. Los barceloneses creyeron que esto era una verdadera fuga y se alegraron de que desapareciese de su vista un hombre á quien odiaban; pero el dia 5 de agosto entró en la ciudad el jeneral Bassa, segundo de Llauder, con instrucciones, segun se dijo, para proceder contra los revoltosos. Estos se alborotaron nuevamente, acometieron á aquel jefe en el mismo palacio y le asesinaron bárbaramente. No satisfechos aun aquellos infames quisieron saborearse en su venganza: cojieron el ensangrentado cadáver del jeneral, le arrojaron por un balcon á la plaza y llevaron arrastrando hasta el patio de la Rambla, en donde lo arrojaron á una hoguera, encendida con los legajos de papeles que habian sacado de la policía, celebrando con grande algazara aquellas horrorosas ecsequias.

En la misma noche incendiaron la fábrica de vapor de Bonaplata, cuya circunstancia hizo sospechar que en estos sucesos lamentables tuvieron parte algunos estranjeros enemigos de nuestra industria. Tambien trataron de saquear la aduana; y lo hubieran conseguido á no evitarlo las patrullas que circulaban por la poblacion. Al dia siguiente se estableció una junta de gobierno, á cuya cabeza se puso el jeneral Pastor, la cual dirijió una esposicion á la reina

gobernadora pidiendo que se activasen las reformas civil y eclesiástica.

A imitacion de los motines de Reus y Barcelona hubo otro en Murcia el 31 de julio, que tambien paró en incendiar cuatro conventos. El dia 6 de agosto hubo en Valencia otro alboroto, aunque los revoltosos siguieron diferente rumbo. Súpose el referido dia que se acercaba á la ciudad una partida carlista, y con este motivo se formaron algunos grupos, pidiendo á gritos el castigo de los carlistas que se hallaban presos en aquellas cárceles. La autoridad, obedeciendo vergonzosamente á la voz de los amotinados se apresuró á imponer la pena de muerte á siete de los presos, entre los cuales se contó á D. Blas Ostolaza, dean de Murcia. Otros muchos presos por opiniones políticas fueron deportados á Ceuta. Se hicieron desocupar todos los conventos de la provincia, quedando desde luego suprimidos, y se formó una junta de gobierno como en Barcelona.

Tambien en Zaragoza se instaló la correspondiente junta de gobierno, á peticion de la milicia urbana, aunque sin los desórdenes que en los demas puntos, porque el jeneral Montes accedió inmediatamente á los deseos de los peticionarios.

La capital de la monarquía siguió el ejemplo de las provincias; pero como en Madrid eran mayores los medios de resistencia que tenia el gobierno, no obtuvieron los sublevados de la corte el resultado que los de los otros puntos. El piquete de urbanos que asistió el dia 15 de agosto á la funcion de toros, en vez de retirarse á sus casas concluida la corrida, se situó en la Plaza mayor, prorrumpiendo en voces contra el ministerio. Inmediatamente se tocó jenerala, y todos los demas urbanos se pusieron sobre las armas: el segundo batallon se situó en la plazuela de San Andres y los otros tres se posesionaron de la Plaza, en cuyas bocas-calles abrieron fosos y formaron parapetos, parodiando las barricadas francesas de julio de 1830. En seguida dirijió la milicia una esposicion á la reina gobernadora, que se hallaba á la sazon en San Ildefonso, pidiendo la destitucion del ministerio, y manifestando que no abandonarian su

actitud hóstil hasta que se accediese á su demanda.

Al dia siguiente se declaró la capital en estado de sitio, y en vez de la contestacion de la reina se recibió una órden del gobierno declarando privados de sus destinos á todos los empleados que el dia siguiente no asistiesen á sus respectivas oficinas. Como la mayor parte de los oficiales de la milicia urbana eran empleados, se retiraron en aquella tarde y noche; y los demas individuos, cercados por todas partes de las tropas de la guarnicion, hubieron de obedecer la órden de Quesada, que les intimó depusiesen inmediatamente las armas ó rompia el fuego contra ellos. Fueron, pues, desarmados los batallones primero, tercero y cuarto, que dejaron las armas en la plaza y se retiraron á sus casas.

Quesada, despues que reprimió á los sublevados, hizo dimision del mando y fué remplazado por el jeneral Latre.

Con el desarme de los urbanos no quedó restablecida la tranquilidad pública, porque creyendo los carlistas que era la ocasion oportuna de tomar satisfaccion de los últrajes que habian recibido de aquellos, se armaron de navajas y palos y acometieron á algunos milicianos hasta en sus mismas casas. Los milicianos se reunieron en grupos y recorrian las calles con sus sables y otros instrumentos ofensivos, buscando á sus enemigos; y cuando encontraban á alguno tenido por realista, le daban de cuchilladas. Hirieron á muchos y mataron á varios, tolerando las autoridades semejantes escesos en la capital de España.

En Cádiz y Málaga se cerraron tambien los conventos y se formó su respectiva junta de gobierno. Granada avanzó aun mas que las otras provincias, porque en la noche del 26 al 27 proclamó la constitucion de 1812 y formó su junta. Lo mismo hizo Córdoba el dia 29; de manera que al finalizar el mes de agosto, todas las capitales de provincia, escepto Madrid y las de Castilla la Vieja, se habian declarado independientes del gobierno central, y no reconocian otra autoridad que la de sus juntas. Las provincias de Andalucía organizaron fuerzas numerosas que en-

viaron hácia Madrid para obligar al gobierno á que cediese á sus pretensiones, y llegaron hasta Despeñaperros. Para oponerse á los insurjentes envió el gobierno al jeneral Latre con una division; pero al llegar á Manzanares el 17 de setiembre, le abandonaron los batallones de Córdoba y de la Reina, que se pasaron á los peticionarios.

Obstinado el conde de Toreno en mantenerse en el poder, creyó acallar los clamores de las provincias pidiendo la intervencion francesa. El conde debia hallarse enterado de las jestiones hechas al efecto por su antecesor, y de la negativa que ocasionaron; pero Toreno confiaba sin duda en el crédito de que gozaba y no dudó en renovar la peticion. Hizo pues su solicitud al gabinete francés con fecha 30 de agosto, y el 16 de setiembre le contestó el duque de Broglie que el tratado de 22 de abril de 1834 y los artículos adicionales de 18 de agosto del mismo año, solo se dirijian, en lo concerniente á España, á poner un obstáculo á las tentativas de D. Carlos contra el trono de la reina Isabel; y que el actual estado de cosas podia menos que nunca dar ahora motivo á esta grave determinacion tan trascendental para ambos paises, y por consiguiente tan incalculable en sus efectos como lo seria el enviar un ejército frances al territorio español. El mismo Thiers, partidario anteriormente de la intervencion, no titubeó en decir al embajador duque de Frias, que lo que habia sido posible cuatro meses antes, era irrealizable despues de los desórdenes que habian ocurrido en España.

Véase, pues, lo que han hecho las fracciones del partido liberal: propalar *independencia nacional* y comprometer siempre esta misma independencia, entregándose los moderados en brazos de la Francia, y los ecsaltados en los de la Inglaterra.

Por último, el gobierno de Isabel hubo de contentarse con los socorros que le habian enviado ya sus aliados; y el conde de Toreno se vió precisado á dejar la silla ministerial, que fué ocupada por D. Juan Alvarez y Mendizabal.



CAPITULO XIV.

Accion de Arrigorriaga.—Eguia sustituye á Moreno en el mando del ejército carlista.—Accion de Salvatierra.—Pérdida de Estella por los carlistas.—Accion del Jurra.—Regreso de Guergué á Navarra.—Estado de la guerra en las demas provincias.—Prision y muerte del brigadier D. Ramon Carnicer.—Continuacion de los acontecimientos políticos de Madrid.—El jeneral Espartero manda diezmar el batallon de chapelgorris.

Las disensiones de los liberales daban mayores esperanzas á los carlistas de conseguir que triunfase su causa; y conociendo lo muy importante que seria el apoderarse de Bilbao, se dirijieron nuevamente sobre esta villa, y principiaron á bloquearla. Espartero, que se hallaba en Viana, recibió una órden del

jeneral en jefe para que se reuniese, en Miranda de Ebro, con su division á las fuerzas que componian el ejército de reserva, al mando de Ezpeleta, que estaba encargado de hacer levantar dicho bloqueo. Estos dos jenerales consiguieron ciertamente entrar con sus tropas en la villa el 7 de agosto; mas no por eso los carlistas desistieron de su empeño; de modo que las tropas de Ezpeleta y Espartero se hallaban casi encerradas en Bilbao. El dia 11 recibió Ezpeleta otra órden del jeneral en jefe, en virtud de la cual emprendió su marcha hácia Vitoria por el camino de Bolueta y puente de Unzueta. Apenas habia andado un cuarto de legua, cuando por la parte opuesta del rio y las alturas de Ollargan que le dominan, aparecieron dos compañías carlistas. Ezpeleta mandó que las acometieran tres de cazadores, que las hicieron abandonar sus posiciones. Las tropas de la reina continuaron su marcha por el camino real, en el que se presentaron dos batallones carlistas que hubieran hecho abandonar las alturas á los cazadores de Espartero, á no haber cargado sobre ellos toda su division.

Los dos batallones carlistas y otras fuerzas que se hallaban en el camino real, fueron retirándose por escalones al puente Arrigorriaga, que le tenian fortificado con parapetos, en cuyo punto resolvieron esperar á sus contrarios.

Espartero entró en el pueblo de Arrigorriaga, y se preparaba á pasar el puente, ocupando antes las alturas que le dominan, cuando supo que el grueso del ejército carlista, á las órdenes de D. Carlos, se hallaba muy cerca. Esta noticia le hizo variar de resolucion; tomó posiciones en el pueblo por si le acometian sus enemigos, situando en él los rejimientos del Príncipe y cazadores de la Guardia, un batallon de Almansa, y parte del 2.° de lijeros; en las márjenes del rio colocó fuertes líneas de tiradores, y en apoyo de estos el resto de sus fuerzas formadas en masa. Asi permaneció algun tiempo, hasta que recibió la órden de Ezpeleta para que las tropas retrocedieran á Bilbao, ejecutando el movimiento por escalones, y encargando á Espartero que cubriese la retaguardia.

Apenas observaron los carlistas el movimiento retrógrado del ejército de la reina, sin esperar las órdenes de sus jefes cargaron sobre las masas contrarias que rompieron un fuego graneado muy sostenido. No por eso se arredraron los carlistas, sino que acometieron con mayor ímpetu á los de la reina. Estos defendieron el terreno palmo á palmo hasta llegar al puente de Bolueta, distante un cuarto de legua de Bilbao, en cuyo punto se desordenaron por hallarle ocupado ya por fuerzas carlistas. Viendo Espartero que su jente se desbandaba y que los carlistas picaban muy de cerca su retaguardia, dió una carga desesperada con su escolta á los del puente, que le recibieron con serenidad y defendieron su puesto con porfía. Espartero se vió cercado dé enemigos y en poco estuvo que no cayera en su poder, pues en el momento en que un carlista echó mano á la brida de su caballo, cuatro húsares y un cabo que vieron el peligro de su jeneral se arrojaron impetuosamente á socorrerle, arriesgando sus vidas, y consiguieron salvarle. Despues de disputarse con teson la posesion del puente, se replegaron los carlistas que le ocupaban, dando así lugar á que le pasase parte de la infantería de Espartero; pero se rehicieron al momento y volvieron á ocuparle. Espartero dió entonces una segunda carga, en la cual recibió un balazo en el brazo izquierdo y una herida de lanza. Varias veces fué tomado y perdido el puente de Bolueta, en donde se vieron acciones arrojadas de valor personal por ambas partes; pero al fin la victoria quedó por los carlistas, que hicieron quinientos prisioneros, volviéndose despues á sus anteriores posiciones. Espartero se retiró á Bilbao con el resto de sus desmembrados batallones.

Ezpeleta, que retrocedió por el camino de Balmaseda, fué perseguido por el jeneral Maroto, que ya le iba á los alcances, é indudablemente le hubiera derrotado á no ser por Córdoba, que para salvarle empleó rápidas maniobras que inspiraron recelo al jeneral carlista, y le obligaron á abandonar su presa.

Como las fuerzas carlistas que ocupaban el puente de

Arrigorriaga estaban á las órdenes de Eguia, y el general en jefe Moreno se hallaba á alguna distancia con el grueso del ejército, el primero pidió al segundo que bajase con sus fuerzas para cortar enteramente á Espartero y apoderarse de todas sus tropas, lo que indudablemente habria sucedido si Moreno hubiese accedido á los deseos de Eguia; pero el jeneral en jefe le contestó que sabia bien lo que tenia que hacer. Esto aumentó la desunion entre los jefes carlistas, y poco tiempo despues fué nombrado Eguia para remplazar á Moreno en el mando del ejército.

A fines de setiembre, teniendo que trasladarse la lejion inglesa desde Bilbao á Vitoria, atravesó Espartero con su division por Durango para protejer la marcha de aquella. Con igual objeto salió el jeneral Córdoba el dia 17 de Vitoria hácia Salvatierra, y los carlistas, que no pudieron alcanzar al primero, cayeron sobre el segundo, ganando antes que él dicha villa de Salvatierra; pero atacados en este punto, fueron arrojados de la poblacion los que la habian ocupado, y despues de una accion poco porfiada, se retiraron á la Barrumedia con una corta pérdida. En esta jornada se vió muy espuesto á caer prisionero el jeneral carlista Villareal, de cuya suerte se salvó por su serenidad y valor.

Con igual felicidad ejecutaron las tropas de la reina otras muchas operaciones, como la marcha á los Arcos y á la Ribera, el paso de los puentes del Arga y del Ejea y la ocupacion de Lárraga. En Cirauqui y Mañeru, tuvieron tambien los carlistas que ceder á la fortuna de sus adversarios, que igualmente se apoderaron de Estella el 15 de noviembre, despues de una porfiada resistencia. Al dia siguiente se empeñó una reñida accion en las faldas del monte Jurra, sosteniéndola en una de ellas el jeneral Córdoba, y en otra el jeneral Tello. Córdoba consiguió algunas ventajas; pero Tello, acometido vigorosamente por los carlistas, se vió precisado á replegarse á Allo, adonde tambien acudió despues Córdoba. Reunidas en este punto todas las fuerzas, volvió á presentar la batalla, que rehusaron los carlistas, y se retiró á Lerin con su ejército.

En el mes de diciembre regresó á las provincias el jefe carlista Guergué, de su espedicion á Cataluña, y hubo encuentros parciales en varios puntos, siendo el mas importante la sorpresa que los de la reina hicieron á la vanguardia de Guergué, en la cual quedó prisionero el jefe carlista, conocido con el nombre de Rojo de San Vicente, con casi todos los oficiales y soldados que le acompañaban.

En las demas provincias la guerra tomaba cada vez un aspecto mas sanguinario y cruel. Muchas pájinas podriamos ocupar con la relacion de los combates que tuvieron lugar en ellas; pero sería inutil el detenernos en esto, porque la mayor parte se reduce á choques insignificantes, y á la pérdida de sangre española, que así en las acciones como despues de ellas se derramaba por ambas partes. Los principales encuentros fueron en Cataluña, la sorpresa que hicieron los carlistas el 26 de mayo en la villa de Montblanch, de donde fueron arrojados al fin por los que la defendian: el cerco del fuerte de Tolrá, que tuvieron que levantar al fin los carlistas, despues de perder unos cuarenta muertos y mas de cien heridos. El coronel Niubó se apoderó del castillo de Guimerá, que ocupaba el partidario carlista Roset, el cual se entregó con cuantos le acompañaban, y fueron pasados por las armas. El brigadier Ayerbe batió tambien á los carlistas en Olot, el 24 de setiembre, y el comandante de la lejion francesa obtuvo igualmente un triunfo en la Pobla de Segur.

En Valencia por el mismo tiempo tuvieron lugar la accion de Mosqueruela, el 15 de mayo, contra varios partidarios carlistas; la de la masía de la Montañana el 26 del propio mes; y la de Rosell el 10 de octubre, en que el jefe carlista Beltran fué derrotado con pérdida de cuatro jefes y cuarenta y uno de sus soldados.

En Aragon sufrieron tambien descalabros los carlistas, y á pesar de ello sus filas engrosaban diariamente. Uno de los sucesos mas adversos para los defensores de D. Carlos en Aragon, fué la captura del brigadier D. Ramon Carnicer, que pasando á Navarra por órden de su príncipe, fué apre-

sado por los carabineros de hacienda en el puente de Miranda de Ebro, disfrazado de arriero, con otros dos que le acompañaban. A pesar de su disfraz y de llevar por la cara un pañuelo que le tapaba un lunar, fué reconocido por un corneta que le habia visto anteriormente, haciéndole tambien traicion su aire de señorío que desdecia de las maneras groseras de un arriero. Comprobadas las señas que de él tenian en una requisitoria, y despues de identificada su persona, fué pasado por las armas en Miranda de Ebro, en la mañana del 6 de abril.

Algunos escritores del partido liberal han querido suponer que la captura de Carnicer fué debida á la rivalidad y celos de Cabrera, que entonces era segundo de Carnicer, y que queriendo ser el primero, habia avisado á los de la reina el traje y paso de aquel jefe por el puente de Miranda. Sin embargo, no han podido probar que Cabrera cometiese una accion tan vil para deshacerse de su rival; y cualquiera que reflecsione el valor personal de Cabrera y la preponderancia que ya tenia sobre Carnicer entre los suyos, conocerá que habia en su mano otros medios mas nobles para deshacerse de su rival, y que para ello no necesitaba cometer una traicion tan ajena de su carácter.

El 23 de marzo acometió Cabrera con sus fuerzas al pueblo de Caspe, cuya poblacion ocupó por dos veces, siendo al fin rechazado y viéndose obligado á retirarse. El 19 de agosto se aprocsimó á Segorbe pidiendo una crecida contribucion; pero fué alcanzado por el brigadier Nogueras, que le batió, matándole cuarenta hombres y cojiéndole quince caballos.

En Castilla era perseguido vivamente Merino, que, como caudillo esperimentado, se dedicaba á la sorpresa de los pueblos, y solo presentaba la batalla cuando contaba con algunas probabilidades para vencer. El coronel Azpiroz sorprendió el dia 8 de enero su infantería, que estaba instruyéndose en Huerta del Rey, y le hizo treinta y siete muertos y varios prisioneros. El cura Merino se vengó de esta sorpresa cercando la villa de Ontoria, apoderándose de ella

á viva fuerza, y fusilando algunos de sus defensores. No pudo hacer lo mismo en Roa, cuyos habitantes se defendieron obstinadamente en sus casas, á pesar de haberse incendiado varias de ellas y la iglesia, viéndose obligados á retirarse los carlistas. Villalobos, segundo de Merino, que habia sido batido mucho antes en Fromista por el coronel Albuin, con pérdida de cuarenta hombres y cuarenta y tantos caballos, lo volvió á ser el 19 de agosto por el coronel Mir, costándole este encuentro ochenta hombres.

Aunque los partidarios carlistas de la Mancha habian sido reducidos al último estremo en el año anterior, en el presente volvieron á tomar nuevo aliento y aparecieron otros nuevos. Tercero tenia ya doscientos hombres que habia reunido en los Galvez, y el antiguo voluntario realista Parra, mas conocido por el nombre de Orejita, hacia frecuentes correrías por el camino de Madrid. Por este tiempo trató el brigadier Mir de formar un cuerpo unido y disciplinado con las diferentes partidas que vagaban por el territorio de la Mancha, y aunque al principio se negaron á reconocerle por superior, creyendo que la causa que defendian lograse grandes ventajas con tener un jefe que diese impulso y direccion á todas las fuerzas, se sometieron á él Tercero, Perfecto y Parra. Esta resolucion les fue fatal, porque vencidos el 23 de agosto en el Viso, en donde Mir quiso penetrar á la fuerza, sufrieron al dia siguiente otra derrota en la sierra del Cambron. Entonces conoció Mir que era mucho mas conveniente el sistema de partidas para hacer la guerra en la Mancha, que el de formar un cuerpo unido, porque en este caso los movimientos no eran tan veloces, habia mayor dificultad para proveerse de víveres, las tropas de la reina los alcanzaban con mas facilidad, y tenian que ceder casi siempre al número, disciplina y mejor armamento de las tropas que los perseguian. En consecuencia separóse el brigadier Mir de los demas jefes que se le habian reunido; pero á poco tiempo fue batido y muerto en un encuentro que tuvo con las tropas de la reina en los cortijos de la Fuente del Fresno.

Estos fueron los principales sucesos militares que tuvieron lugar en el presente año; pero antes de pasar á referir los del año 36, haremos una reseña de los acontecimientos políticos de Madrid.

Dijimos al final del capítulo anterior que el movimiento revolucionario de las provincias habia obligado al conde Toreno á descender del poder, y que fué elejido para sustituirle D. Juan Alvarez y Mendizabal, uno de los corifeos del partido revolucionario: hombre que en ningun concepto podia compararse en talentos con el conde de Toreno, y que si este se dejaba llevar del gabinete de las Tullerías, el otro se guiaba por las inspiraciones del de San James.

Apenas ocupó Mendizabal la silla ministerial, dirijió á la reina gobernadora la siguiente esposicion:

«Señora: Doce años he vivido ausente de la patria, y en medio de tantos acontecimientos como me rodearon no pasó un dia sin que mi memoria y mi corazon no formasen un voto ardiente por la felicidad de esta misma patria.

»Si asociado á la empresa sublime de un príncipe grande é ilustrado, la causa de la humanidad entera me hacia celebrar con entusiasmo los triunfos que sentaron en el trono de Portugal á su augusta hija la reina fidelísima, mi alma se enajenaba de gozo al contemplar en ellos un presajio, ó mas bien un precursor de otra suerte no menos venturosa para el pais.

»V. M. se dignó nombrarme para desempeñar el ministerio de Hacienda, y me impuso asi unos deberes, ya que no superiores á mi resolucion y buena voluntad, muy espinosos y graves en las circunstancias en que se halla el Estado. La inmensidad del peso hubiera podido acobardarme, si de una parte no me estimulara la gratitud á la real confianza de V. M., y de otra no me infundieran alientos las virtudes y el patriotismo de tantos hombres eminentes y distinguidos, que son el ornamento y las esperanzas de España.

»Dediquéme entonces con afan al arreglo de los muy

importantes negocios, que enlazados con el crédito y bienestar del reino vecino, se hallaban puestos á mi cuidado por el gobierno de S. M. Fidelísima, y al fin logré concluirlos, si no con la brevedad que deseaba, con toda la actividad que fué posible.

»Pisé por fin, Señora, el suelo amado de la patria; y, con franqueza lo confieso á V. M., por primera vez de una vida no acostumbrada á ceder al temor ni al sobresalto, conocí dentro de mí mismo que las dificultades habian erecido hasta tal punto que todas mis fuerzas no bastarian para sobrellevarlas. Hombres de bien y de virtud sin mancha; cuantos me han saludado á mi regreso, todos á porfía han intentado persuadirme á que mi sobrecojimiento no se ajustaba con la opinion pública ni con lo que ella se prometia, mas que de mis luces, de mi celo y de mi antigua decision por la santa causa que está defendiendo España, la causa del trono de Isabel II, y de las leyes fundamentales en que descansa la única y verdadera libertad.

»Gratos y de consuelos podian ser tales anuncios; pero la voluntad de V. M. acabó de triunfar de mis temores. Yo he oido de su augusta boca que se halla resuelta á formar un ministerio que satisfaga las necesidades lejítimas del pais, que quiere que no se pierda un momento en dictar con tino y ejecutar con acierto todas las medidas que sean oportunas para calmar las pasiones, reunir y conciliar los ánimos, estinguir las discordias y hacer que la voluntad de los españoles sea una, y esta la de salvar y hacer feliz y poderosa á su patria. Las bendiciones del pais, acompañadas de lágrimas de placer, recibirán estas medidas de ventura á que es tan acreedor el leal y magnánimo pueblo español.

»Constituido un ministerio compacto, fuerte, homojéneo y sobre todo responsable, que se robustezca con las simpatías y el apoyo de la representacion nacional, el gobierno de V. M. habrá de dedicar simultánea é incansablemente sus conatos y tareas á poner breve y glorioso fin, sin otros recursos que los nacionales, á esa guerra fratricida, vergüenza y oprobio del siglo en que vivimos y mengua de la vo-

luntad de la nacion; á fijar de una vez y sin vilipendio la suerte futura de esas corporaciones relijiosas, cuya reforma reclaman ellas mismas de acuerdo con la conveniencia pública; á consignar en leyes sábias todos los derechos que emanan y son por decirlo así, el único y sólido sosten del réjimen representativo; á reanimar, vigorizar, ó por mejor decir, á crear y fundar el crédito público, cuya fuerza asombrosa y cuyo poder májico debe estudiarse en la opulenta y libre Inglaterra; y en pocas palabras, á procurar y afianzar con las prerogativas del trono los derechos y los deberes del pueblo; porque sin este equilibrio es ilusiva toda esperanza de pública felicidad.

»Estas leyes levantarán y darán concluido, segun lo ha prometido V. M., el majestuoso edificio de nuestra libertad legal, y elevarán la nacion á aquel grado de gloria, de grandeza y de poder que la Gran Bretaña debe á los principios consignados en su carta magna y en su celebrado bill de derechos. Solo de este modo, Señora, puedo arrojarme al árduo desempeño de la inmensa obligacion que he contraido, y solo sometiéndonos todos al imperio santo de las leyes, y sin mas esfuerzos que los ecsijidos por ellas, podremos decir muy pronto: «La patria se salvó y con ella el trono de Isabel II y sus garantias legales.» Madrid 14 de setiembre de 1835.=Señora.=A. L. R. P. de V. M. con el mayor respeto su mas obediente y fiel servidor=Juan Alvarez y Mendizabal.»

Esta esposicion, á la cual se dió el título de programa, fué aprobada por la reina Cristina, y los liberales ecsaltados la recibieron con alegria. Cesaron en breve las juntas de las provincias y los estados de sitio, esperando todos el cumplimiento de las grandes promesas de Mendizabal, que no llegó á tener efecto.

Para dar fin á la guerra civil y hacer triunfar en breve tiempo la causa de Isabel, publicó Mendizabal un decreto de la reina Gobernadora, con fecha del 24 de octubre, en que se declaraban soldados á todos los españoles solteros ó

viudos sin hijos, desde la edad de diexiocho años hasta la de cuarenta, y mandaba que del número total de hombres que resultasen de este llamamiento, se aprontasen inmediatamente cien mil, que se organizarian y habilitarian al momento, para aumentar el ejército ó reponer las bajas ocasionadas por la guerra. Pero como el tesoro se hallaba exsausto, con objeto de proporcionarse al mismo tiempo recursos, se permitia redimir la suerte de soldado por cuatro mil reales. Estas cantidades se destinaban para el vestuario, equipo y armamento de las tropas. Ademas, los partidarios de Isabel hicieron cuantiosos donativos, destinados para las necesidades de la guerra. Sin embargo de tantos recursos de hombres y dinero, Mendizabal no fué mas afortunado que sus predecesores en el ministerio, porque á pesar de todos sus esfuerzos, la guerra continuó.

Un suceso notable ocurrió á fines de este año en las provincias Vascongadas, que no queremos pasar en silencio, porque él por sí solo manifiesta mejor que cuanto pudiéramos decir, las tropelias, crueldades y profanaciones de que eran víctimas los pueblos vascongados. Por muchos escesos que cometiesen las tropas de la reina, ningun cuerpo de su ejército se permitió tantos atentados como el batallon de voluntarios de Guipúzcoa, conocido con el nombre de chapelgorris.

Ellos profanaron las iglesias, hirieron á los ministros del altar, redujeron á cenizas hasta los libros parroquiales, apalearon á los alcaldes y rejidores y saquearon las iglesias y las casas.

Tantos crímenes no podian quedar impunes, porque la moral y la vindicta pública ecsijian un ejemplar castigo. Conociendo, pues, el jeneral Espartero que si tan pernicioso ejemplo se propagaba á otros cuerpos, nada estaria seguro de la ferocidad de la soldadesca, y que la impunidad fomentaria la insubordinacion, quiso cortar el mal por medio de un escarmiento. Para que toda la tropa lo presenciase, mandó que á las doce del dia 13 de diciembre estuviera formado el batallon de chapelgorris, entre el pueblo de Gomecha

y la venta de Paracuatro, en cuyo sitio ordenó que se hallase el resto de su division. A la hora indicada estaban reunidos en dicho punto los cuerpos que la componian. Formaron en columna cerrada, colocando al batallon de chapelgorris á la izquierda del rejimiento de Córdoba, y á la derecha los de San Fernando, concluyendo la formacion la caballería y artillería que estaban á los costados. Luego que las tropas estuvieron formadas, el jefe de estado mayor mandó á los chapelgorris que hiciesen pabellones de armas, y dejadas estas, los hizo salir al frente de la division. Entonces se presentó Espartero por el lado izquierdo del batallon, y dijo en voz alta: «Este batallon es el deshonor de »toda la division, de todo el ejército y de la nacion entera. »Antes de anoche han robado la iglesia del pueblo de Uli»barri: lo mismo sucedió en la Bastida; pero todo se ha de »descubrir aquí, y si no, yo aseguro que daré fin de toda »esta *pandilla de ladrones*.»

En seguida se hizo un escrupuloso reconocimiento en la tropa y brigada del batallon; pero solo se encontró un rosario de plata, un chaleco de seda, y un candelero de metal que tenia un individuo. Cuando Espartero se informó del resultado de esta operacion, mandó al jefe de estado mayor que sacase de las filas de cada diez uno, y los hiciera fusilar inmediatamente. Sacados los chapelgorris á quienes tocó la suerte, y conducidos en medio de piquetes de otros cuerpos, á retaguardia de la division, fueron quintados y fusilados en el acto diez individuos, sin darles mas tiempo que para confesarse.

Muchas voces se levantaron entre los partidarios de la revolucion contra este acto de justicia del jeneral Espartero: hasta en el seno de las cortes hubo una interpelacion al gobierno con este motivo, en cuya discusion el conde de las Navas y D. Joaquin Maria Ferrer calificaron de acto ilegal y arbitrario la resolucion de Espartero, y pidieron que este respondiera hasta con su cabeza de semejante atentado.

Las razones que alegaban los defensores de los chapel-

gorris, eran los servicios que estos habian prestado á la causa de la reina durante la guerra, que eran *patriotas*, y que Espartero los habia hecho fusilar sin observar las formalidades que prescriben las leyes militares, es decir, sin que fuesen sentenciados por un consejo de guerra. Tambien se quejaban de que el baldon recaia sobre todo el batallon, y de que habrian perecido tal vez los mas inocentes.

El gobierno remitió al jeneral en jefe las reclamaciones de los diputados, y Córdoba las trasmitió á Espartero, que le contestó con el oficio siguiente:

Excmo. Sr.=En vista del oficio que V. E. se sirve pasarme con fecha 1.º de este mes, consecuente á la consulta que trasladé á V. E., del fiscal de la causa instruida contra los autores y cómplices de los robos y demas atentados cometidos por el batallon de voluntarios de Guipúzcoa, me veo en el sensible caso de hacer á V. E. manifestaciones que estaba muy lejos de creer necesarias, despues de haber deferido gustoso á lo opinado por dicho fiscal en la consulta que sometí á la superior determinacion de V. E. Estaba persuadido de que la medida tomada para correjir los inauditos crímenes del espresado batallon y para que su pernicioso ejemplo no contaminase á los demas cuerpos, se habia de considerar jeneralmente precisa, indispensable y conveniente, acatándola aun aquellos mal avenidos con todo lo que propende á mantener el órden y disciplina de las tropas. Nunca llegué á sospechar que despues de lacerado mi corazon por el sensible castigo que me fue necesario ordenar; que despues del terrible choque entre mi amor al soldado y un acto de justicia, que si prevaleció fué por la conservacion del mismo, y por lo que debia influir en la salvacion de la patria, se me atacase sin respeto á la autoridad, sin miramiento á la subordinacion militar, sin consideracion al órden, y sin reparo de los males que habia de reportar á la causa de la libertad, en un lugar sagrado, en el santuario de las leyes. ¿Pero cuál habrá sido mi sorpresa al leer en la Gaceta del 29 del pasado

las interpelaciones hechas por dos representantes de la nacion? ¿Y cuál mi asombro al ver denunciado por estos un acto de necesaria justicia? La aprobacion de V. E. consignada en la adicion á la órden jeneral del 16 del pasado, aprobacion afianzada en el cumplimiento de lo prevenido en las reales ordenanzas y disposiciones de la órden jeneral del ejército, mi convencimiento íntimo de haber obrado con equidad, justicia y conveniencia pública, y los testimonios de aceptacion merecidos por la sensatez de los hombres que, conocedores del crimen, vieron la absoluta necesidad del castigo, parecia deber tranquilizar mi espíritu y despreciar indicaciones que estoy seguro las desechará el Estamento en que se ha cometido el arrojo de proferirlas; pero las consecuencias pueden ser fatales, y esto me obliga á solicitar su reparacion. El público que ignora los hechos, y que vé que un representante califica el acto de arbitrariedad horroroso, juzga con prevencion y desconfia con fundamento.

»El ejército recibe un ejemplo pernicioso, cuyos terribles efectos he principiado ya á tocar. Varios jefes se me han presentado demostrando su recelo de poder mantener la disciplina en vista de tales indicaciones. Temen, y con razon, que se subvierta el órden, y que el soldado, sabedor de ellas, se considere autorizado para consumar los crímenes mas horrendos, cuando por padres que se llaman de la patria, se predisponen doctrinas capaces de minar el cimiento, la base fundamental de la sociedad. Nuestros enemigos, que por desgracia no son pocos, sacarán tambien fruto, hallando medios para la sedicion que algunas veces ha concedido ventajas á su injusta causa, retardando el triunfo de la libertad. Estos males, Excmo. Sr., conoce V. E. necesitan de pronto y eficaz remedio: su superior ilustracion sabrá adoptar el mas oportuno, como el primero interesado en que el ejército que dignamente manda, conserve el órden y la disciplina que ha sabido mantener en medio de las oscilaciones políticas; pareciéndome no obstante deber indicar que los señores Procuradores que

tan inoportunamente hablaron en la sesion del 28 de diciembre último, del castigo impuesto al batallon de chapelgorris, abusaron ademas de la mision que les está cometida, porque no es el poder lejislativo al que corresponde graduar si aquel fue bien ó mal aplicado; y este abuso, cuyas consecuencias he demostrado en parte, ha hecho á la vez incurrir en errores y contradicciones que marcan la parcialidad, tan ajena de un señor diputado. V. E., sabedor de los hechos, ha hecho la debida graduacion y sabrá sostenerla con la acreditada dignidad de su carácter, absteniéndome por lo tanto de analizar las implicaciones é imprevision con que se ha tocado este punto en el Estamento. Pero como V. E. me pide en su referido oficio la causa orijinal, y que esprese mi concepto, sin duda para resolver la consulta del fiscal, al dar cumplimiento á esta órden con la remision de la causa, creo indispensable esplayar mi opinion, dándola una latitud que, si omití al trasladar á V. E. dicha consulta, fué movido de mi natural clemencia, y en la persuasion de que el castigo impuesto reformaria las depravadas costumbres del batallon de voluntarios de Guipúzcoa, sin necesidad de renovarlo y de hacerlo sentir desde el primer jefe hasta el último individuo; persuasion que ha destruido tan irregular incidente, pues deduzco que en vez de reconocer los crímenes y la induljencia, han maquinado moviendo resortes estraños y depresivos de la autoridad de V. E.

»El fiscal, en la consulta, dice que los atentados de la Bastida no resultan aun tan estensos, tan graves é inauditos como se declara de lo actuado y de la idea que forma el que conoce de lo que es suceptible un batallon que á la desbandada obra sin freno, y á discrecion se ocupa de la rapiña. Esta asercion comprobada con cuantos antecedentes tiene el público enterado de aquel lamentable suceso, se corrobora tambien con el oficio que he mandado unir á la causa, del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Calahorra, en el cual se ven recopilados los robos de las Iglesias y los sacrilejios cometidos en ellas por esa banda de hombres impíos, relajados é inmorales; por ese batallon que no pa-

rece sino que fué formado por el jenio del mal y de la rebelion, para fomentar esta y desacreditar al virtuoso ejército que con tanta gloria la combate. Cuando contesté al oficio en los términos que aparecen de la copia que igualmente he dispuesto se una á la causa, no tenia idea de tan horrendos crímenes: sabia solo por indicaciones estrajudiciales que se habian cometido robos, y para su averiguacion habia prevenido un reconocimiento jeneral y las oportunas pesquisas de los autores. ¿Pero cómo habian de aparecer? ¿Cómo se habian de denunciar? ¿Cómo habia yo de tener noticia esacta habiéndolo cometido todos, y siendo los primeros culpables los mismos á quienes se previno la justificacion? Asi es que no se me dieron resultados respecto á la averiguacion, y sí solo disculpas fundadas en los continuos movimientos de las tropas. La queja del Obispo de Calahorra me hizo conocer la estension de los atentados y disponer formalmente la instruccion de la sumaria para justificarlos. A consecuencia de ella se hicieron prisiones de dos oficiales y un sarjento, iniciados de haber profanado las iglesias de la Bastida.

El primer fiscal me pasó la sumaria con su dictámen, siendo de opinion se elevase á proceso. Yo la dirijí al auditor da guerra para que me diese su parecer, y en este estado ocurrieron los nuevos crímenes ejecutados por individuos del mismo batallon en los pueblos de Subijana de Alava y Ollavarre. En el primero fué herido en la cabeza uno de los rejidores; lo fué tambien el cura con seis ó siete heridas en el costado, brazos y cabeza; robaron la casa de este, otras tres mas y la iglesia, y tomaron el nombre del brigadier Jáuregui para el allanamiento de la casa del cura. En el segundo fué tambien robado el cura, profanada la iglesia, robados los vasos sagrados y quemada la sacristia, reduciendo á cenizas los efectos de ella y los libros parroquiales. Asi que fuí informado mandé al actual fiscal á que practicase una informacion en Subijana, que patentizó los hechos; pero así él como yo, habiendo ecsaminado á varios de los que sufrieron los ultra-

jes, si nos convencimos de ser individuos del batallon de voluntarios de Guipúzcoa, no pudimos recabar se determinasen á presentar ante el cuerpo formado para señalar á los autores. Esta sola idea les llenaba de espanto. Creian seguro su esterminio y el de toda la poblacion si llegaba á noticia de los chapelgorris. ¡Tal es, Excmo. Sr., el terror pánico que sus cruentos hechos han llegado á difundir! Privado por él de los únicos medios de aclarar los criminales de aquellos determinados y recientes hechos; habiendo visto ya la casi nulidad de los procedimientos acerca de los de la Bastida; temeroso de que la dilacion propagase los asaltos nocturnos y se repitiesen tan escandalosas escenas; sabedor de que los pueblos iban á ser desamparados por sus habitantes; conocedor de los terribles efectos de esta determinacion y persuadido de los que habian de producir en las tropas de mi mando, ¿cuál es el partido? ¿cuál es el medio que me restaba tomar? Un jeneral responsable de la disciplina del cuerpo de ejército que manda, un comandante jeneral de las provincias, celoso de mantener el órden, y precisado á ofrecer su proteccion á los pueblos que por la dominacion del pais obedecian sus órdenes, ¿qué le restaba que hacer en un conflicto semejante? Yo no encontré otro medio que la pública demostracion á las tropas y á los pueblos, que detestaba los crímenes; que no quedarian impunes; y que en el acto con un severo escarmiento serian lavados y satisfecha la vindicta pública. El estremo de la suerte lo anuncié como último recurso. Primero se leyó la órden de la division del 13 del pasado que igualmente he dispuesto que se una á la causa. Arengué á las tropas: hice salir al batallon delincuente: este oyó mi voz de reprobacion sobre sus enormes delitos, sobre la medida que se iba á tomar para descubrir á los causantes, y sobre que si ejecutado el reconocimiento no parecian y ellos no los señalaban, la suerte decidiria los que habian de sufrir la última pena. ¿Seria, Excmo. Sr., la ignorancia de los autores cuando todo el batallon se abandonó al pillaje y sacrilejios en La Bastida, y cuando para marchar á Subijana y Ollavarre,

se disfrazaron, faltaron de las compañías, volvieron á deshora de la noche, y no pudieron dejar de hacer presentes los efectos robados? De ningun modo la ignorancia; esta no era posible. Luego ¿por qué no los designaron? Porque siendo todos criminales, todos tenian porque callar. Esta última conviccion, y el indispensable, el preciso castigo que habia prometido ejecutar, forzó mi natural clemencia á obrar en justicia, y la suerte fué hecha segun manifesté á V. E. el mismo dia al darle parte del acontecimiento. En el acto de la ejecucion fueron delatados los autores del robo de Ollavarre: dos de ellos se habian ausentado sin licencia, pasando á esta ciudad desde su acantonamiento de Nanclares, sin duda para ocultar las alhajas robadas: mandé en su busca, llegaron cuando iban á desfilar las tropas, y se suspendió la marcha hasta que fueron ejecutados, pues me pareció justo sufriesen el castigo. ¿Y cómo no serlo en vista de tales atentados? Hasta los mismos sacerdotes, capellanes de los cuerpos, que los confesaron, lo encontraron justo. ¡Tales serian los crímenes que les revelarian! Si alguna injusticia se ha cometido, Excmo. Sr., es sola la de no haber hecho mas jeneral el escarmiento, y que este hubiese abrazado á las clases superiores, tan delincuentes como las de los demas individuos del cuerpo, acostumbrados antes de ahora á la ejecucion de tales crímenes, como podrá observar V. E. por lo que hasta ahora arroja la causa; estando bien seguro por los disgustos que me ha dado en el poco tiempo que ha estado á mis órdenes, que su comportamiento habrá sido constantemente igual, y que en vez de haber sido útil, habrá, como llevo espuesto, fomentado la rebelion. Tres hechos que no constan del sumario y que me han referido estrajudicialmente, aumentan si cabe el grado de odiosidad que se ha adquirido y merece dicho cuerpo.=1.° En la villa de Haro habiendo cometido un robo en una tienda, acudió un oficial á estraer lo robado al individuo chapelgorri que lo tenia, y estando el batallon en la plaza se amotinó mucha parte de él contra el oficial y milagrosamente escapó con vida.=2.° Habién-

doles faltado un dia la racion se amotinaron igualmente y fué necesario mucho trabajo para hacerles entrar en órden.=8.° Ha llegado su impiedad hasta el estremo, segun me han informado personas respetables, de ensartar los crucifijos en las puntas de las bayonetas, y en una taberna servirles de vaso un copon y en seguida de orinal.=Creo no acabaria, Excmo. Sr., si se fuesen á imprimir y relatar sucesos de esta especie; pero en el caso de que V. E. halle oportuno y político se eche un velo sobre lo pasado, considero que ya, habiéndose hecho mocion en el Estamento de Procuradores reprobando el castigo y aventurando lijeramente ideas en favor de dicho cuerpo, hasta con la arrogancia de reservarse pedir la cabeza del culpable, aludiendo al que mandó el espresado castigo; considero, repito, conveniente al decoro de V. E. que hallo justas razones para aprobarle segun la órden que tambien va en la causa, á mi reputacion jamás desmentida, al honor del ejército, y la conservacion de su disciplina, que el mencionado batallon franco voluntarios de Guipúzcoa quede disuelto y diseminada su fuerza, en términos que vijilada individualmente no vuelvan jamás á reproducirse tamaños atentados. V. E. sin embargo resolverá lo que crea mas conveniente.=Dios guarde á V. E. muchos años. Victoria 4 de enero de 1836.=Excmo. Sr.=Baldomero Espartero.=Excmo Sr. jeneral en jefe de los ejércitos de operaciones del norte y de reserva.»

El jeneral en jefe aprobó lo hecho por Espartero, y no tuvo este negocio ulteriores consecuencias.





CAPITULO XV.

Alborotos en Cataluña á principios de 1836.—Accion de Arlaban.—Espedicion de Batanero á Castilla.—Decreto del gobierno suprimiendo los conventos é incorporando sus bienes á la nacion.—Accion de Orduña.—Idem de Unzá.—Toma de Lequeitio por los carlistas.—Estado de la guerra en las demas provincias del reino.—Caida de Mendizabal del poder y situacion política del pais.

Ya hemos dicho anteriormente que el tratado de Elliot solo se observaba en Navarra y Provincias Vascongadas, y que en los demas puntos del reino la guerra se hacia con la mayor ferocidad, pues las tropas de la reina fusilaban á cuantos carlistas cojian prisioneros. Si los cristinos, que contaban con tantos

elementos para poder conservar y guardar los prisioneros, los sacrificaban inhumanamente ¿qué habian de hacer los carlistas, cuando al deseo natural de represalias se juntaba en ellos la imposibilidad de conservar los prisioneros, por carecer de un puntó fortificado que les sirviera de depósito? Mucho declamaron los partidarios de la reina contra la inhumanidad de sus enemigos; pero si se mira á la luz de la razon, facilmente se conocerá que ellos la ocasionaron con su ejemplo.

A principios de enero de 1836, acaecieron en Cataluña escenas sangrientas y horrorosas, que confirman mas y mas lo que acabamos de decir. Súpose en Barcelona que una partida carlista habia hecho prisioneros á varios individuos de tropa y milicianos, y fusiládolos inmediatamente. Al mismo tiempo se esparció por la ciudad la noticia de haberse fugado de la prision de las Canaletas un teniente coronel y un sarjento, procesados por carlistas: de aquí tomaron pretesto los alborotadores para alterar la tranquilidad pública. Al anochecer del dia 4 formáronse algunos grupos, que fueron engrosándose, y se dirijieron en motin á la Ciudadela y á las Atarazanas, en donde se hallaban encarcelados muchos infelices, cuyo único delito era su adhesion al príncipe proscrito. Los amotinados sacaron de dichas prisiones mas de ciento cuarenta individuos para fusilarlos, cuya atroz resolucion ejecutaron al momento.

No se mitigó con esto el furor de aquellos frenéticos, sino que incitados por otros que querian sacar partido de aquel motin en provecho propio, dieron al dia siguiente distinta direccion á los amotinados, haciéndoles prorrumpir en vivas á la Constitucion y otras voces no menos alarmantes. Pero las autoridades, que habian permanecido indiferentes mientras el populacho asaltaba las cárceles y asesinaba á los presos que se hallaban bajo la éjida de la ley, cuando vieron el diverso jiro que iba tomando el motin mostraron la mayor enerjía, reprimieron á los alborotadores, y quedó restablecida la tranquilidad.

Cuando se supo en Tarragona lo sucedido en la capital

del Principado, trataron tambien de acabar con sesenta carlistas que estaban en el presidio, y con todos los que en la ciudad estuviesen notados de adictos á D. Carlos. El gobernador civil pudo poner en salvo á los del presidio embarcándolos en dos fragatas, una inglesa y otra francesa, y tuvo que hacer los mayores esfuerzos para conseguir que se redujese á treinta y cinco personas el número de trescientas que los furiosos destinaban á la muerte.

Entretanto se sostenia Mendizabal en el ministerio con el mismo aplauso con que le habian recibido sus amigos á su elevacion, porque le creian el único hombre capaz de poner término á las calamidades presentes. Las córtes le dieron un voto de confianza, que la reina gobernadora sancionó con fecha 16 de enero, por el cual se facultaba al gobierno para ecsijir las contribuciones y proporcionarse cuantos recursos creyese necesarios al sosten del ejército y á la mas pronta terminacion de la guerra civil; sin otra obligacion que la de dar cuenta á las córtes en la prócsima lejislatura del uso que hubiese hecho de las facultades que se le habian concedido.

Por este tiempo emprendió el ejército de D. Carlos el sitio de San Sebastian. El jeneral Córdoba, conociendo que si marchaba en socorro de la plaza, quedaria esta en la misma situacion apenas se alejase de ella, y persuadido ademas del riesgo que podria correr, se limitó á atacar las posiciones de los carlistas en Arlaban. Para esto dividió sus fuerzas en tres columnas, una compuesta de los batallones ingleses y algunos españoles, al mando del jeneral Evans, que debia marchar por la derecha; otra á las órdenes de Espartero, por la izquierda, y la del centro, engrosada con la lejion francesa, mandada por el mismo Córdoba. Los carlistas se anticiparon al plan del jeneral contrario, y le acometieron en Ulibarri Gamboa el 15 de enero; pero fueron rechazados: y aun cuando volvieron á la carga al siguiente dia y combatieron vigorosamente contra las fuerzas de Córdoba, la fortuna no se les mostró mas propicia. Espartero y Evans consiguieron el objeto de su sali-

da; mas viendo Córdoba que no podia fortificar á Villareal, ni su ejército sufrir por muchos dias las escaseces que esperimentaba, hizo volver las tropas á sus anteriores acantonamientos.

Los valles del Roncal, Aezcoa y Salazar, se declararon por este tiempo á favor de Isabel, cuyo suceso fué muy celebrado por los cristinos, porque en dichos valles perdian los carlistas unos puntos que hasta entonces les servian de apoyo. No por eso desmayaron los partidarios de D. Carlos, sino que sitiaron á Valmaseda, y pocos dias despues se apoderaron de dicha plaza obligando á capitular á la guarnicion.

Algunos de los que formaban la corte de D. Carlos le aconsejaron que enviase una espedicion á Castilla con objeto de esplorar el espíritu de los pueblos; y aunque el jeneral Eguia desaprobaba este proyecto, sus autores consiguieron que se llevase á cabo, elijiéndose para mandar la espedicion al canónigo Batanero, que tenia el grado de coronel. Salió, pues, de las provincias el 29 de enero, y llegó sin contratiempo á dos jornadas de Madrid; pero alcanzado el 8 de febrero cerca de Trillo, por el comandante jeneral de Guadalajara, despues de disputar á este obstinadamente el paso del puente, tuvo que retirarse con alguna pérdida. Once dias despues tuvo una sorpresa cerca de Veleña; lo cual, unido á otros contratiempos que esperimentó, le obligaron á regresar inmediatamente á Vizcaya, en donde entró á principio de marzo.

Entre las resoluciones que adoptó el gobierno de Madrid, fué una la que se publicó en 15 de febrero facultando á los ayuntamientos para inscribir en los filas de la guardia nacional (antes milicia urbana) á todas las personas que reuniesen las condiciones que ecsijia la ley de 23 de marzo del año anterior y ampliando ahora el alistamiento para que comprendiese otras muchas clases que se hallaban esentas.

Pero el decreto que mas debe llamar la atencion de nuestros lectores es el publicado con fecha 8 de marzo por el cual se mandaba proceder á la supresion de todos los mo-

nasterios, conventos, colejios, congregaciones y demas casas de institutos regulares y las de las cuatro órdenes militares y san Juan de Jerusalen, ecsistentes en la península, islas adyacentes y posesiones de España en Africa, esceptuándose únicamente los colejios de misioneros para las provincias de Asia, las casas de clérigos de las escuelas pias y los conventos de hospitalarios de San Juan de Dios. Por el mismo decreto se reducian los conventos de monjas al número absolutamente indispensable para contener á las que quisiesen continuar en ellos, distribuyendo las de los suprimidos entre los demas de la misma órden que subsistiesen. Mandábase cerrar todo convento que tuviese menos de veinte relijiosas profesas, y se prohibia que en una misma poblacion hubiese dos ó mas de una misma órden. Tambien se prohibia la admision de novicios de uno y otro secso en los conventos y beaterios que quedasen subsistentes. Y sin contar para nada con el sumo Pontífice, que es el jefe de la iglesia romana, autorizaba el gobierno de Isabel la esclaustracion voluntaria en las órdenes ecsistentes.

¿Podría creerse que el objeto de los revolucionarios al adoptar estas disposiciones, era acceder al deseo público, que reclamaba estas reformas, segun ellos mismos propalaban? El objeto principal y preferente era apoderarse de los inmensos bienes y rentas de todas las comunidades, que quedaron incorporados á la nacion, y que en lo sucesivo se ha dispuesto de ellos con el nombre de bienes nacionales. ¿Y estos bienes han servido para atender con su producto á las necesidades del Estado, como se quiso hacer creer en un principio? No: sino para enriquecer á unos pocos que se han hecho poderosos con las fincas de los conventos. Esto es tan sabido de todos, que no queremos insistir mas sobre ello. Volvamos al teatro de la guerra.

El 5 de marzo practicó Espartero un reconocimiento sobre Orduña, de cuya ciudad se apoderó, haciendo unos doscientos prisioneros; mas no consiguió Espartero esta victoria sin esperimentar una sensible pérdida, porque murió en la accion el comandante jeneral de caballeria don Pe-

dro Regalado Elío, gefe de superior mérito, que fué sentido de todo el ejército.

El jeneral Ezpeleta ocupó á Valmaseda á mediados de marzo, y pocos dias despues se dió la accion de Unzá, que ganó Espartero. Hallábase este jeneral en Munguía, cuando el 18 del espresado mes le comunicó el jeneral Oráa, jefe de E. M. G., una órden de Córdoba para que pasase con la segunda division á reforzar á Ezpeleta, que temia verse acometido por el ejército de D. Carlos. Espartero emprendió su marcha á las doce del dia, adoptando en ella todas las precauciones imajinables, porque el pais que tenia que atravesar era de los mas adictos á D. Carlos. Aquella noche pernoctaron en Amurrio los doce batallones de la primera y segunda division. Al amanecer del 19, sabiendo Espartero que no tenian los carlistas sobre Arciniega fuerzas suficientes para oponerse á la marcha de la segunda division, hizo que esta la emprendiese, á las órdenes del brigadier don Santiago Mendez Vigo, con todas las precauciones necesarias, á fin de unirse con Ezpeleta en Valmaseda.

Espartero esperó en Amurrio con la primera division hasta que la segunda estuviese fuera de peligro: adelantó la caballería del 1.° de lijeros en observacion, y pronunció su movimiento sobre las fuerzas carlistas con el escuadron de húsares y dos compañías de infantería. A las diez emprendió su marcha para Orduña, á cuyo ayuntamiento mandó la noche anterior que le tuviese prevenidas cuatro mil raciones, y que el vecindario se mantuviese tranquilo en sus casas y no apelase á la fuga, como lo habia hecho cuando las tropas de Espartero entraron en dicha ciudad el dia 5 del mismo mes. Pero á pesar de la invitacion de Espartero y de su formal promesa de que nada tenian que temer de sus tropas, era tal el ódio que las tenian aquellos habitantes que no quisieron aguardarlas, y á su llegada encontraron el pueblo abandonado como siempre.

Espartero, para racionar sus tropas, destacó partidas que rejistrasen las casas y llevasen á la aduana todos cuantos víveres hallasen en ellas. Bien se deja conocer que los

soldados comisionados no se limitarian á buscar únicamente comestibles. Ya estaban haciendo la distribucion cuando Espartero tuvo aviso de que los carlistas llegaban por la parte de Amurrio. Efectivamente, estos presentaron muy cortas fuerzas por el boquete que forma la Peña y las alturas de Santa Cristina, con objeto de llamar la atencion de Espartero por aquella parte y separarle de la division de vanguardia, que esperaba en Unzá su regreso. Conociendo Espartero la intencion de sus contrarios, mandó salir sus tropas de Orduña en direccion de Unzá; y cuando estas principiaron á subir la cuesta de Artomaña, se presentaron los carlistas en la llanura, adelantándose en columnas protejidas por la caballería.

Para cubrir la retaguardia hizo Espartero que uno de sus batallones formase en batalla, el cual apoyado por los escuadrones de húsares contuvo á las guerrillas enemigas hasta que todas las demas tropas pasaron el desfiladero. Los carlistas enviaron fuerzas desde Amurrio para ganar anticipadamente la altura por la parte de Uzquiano; pero Rivero, que tenia reunida su fuerza en Unzá, marchó á ocupar aquella posicion con dos batallones y cincuenta caballos, conteniendo á los carlistas que subian por distintas direcciones.

De este modo lograron las tropas de la reina formar una línea de cerca de una legua de estension. Eguía envió mas fuerzas para que forzáran las posiciones de sus enemigos, y se jeneralizó el ataque en toda la línea. Despues de tres horas de un fuego horroroso, y viendo que ya se acercaba la noche, tuvieron que retirarse los carlistas sin poder forzar las fuertes posiciones que ocupaban las tropas de Espartero, el cual reunió sus fuerzas en Unzá y despues marchó para Vitoria.

Los carlistas determinaron á poco tiempo bombardear á San Sebastian, y mientras el jeneral Evans con la lejion inglesa y algunas fuerzas españolas marchaba en socorro de la plaza, los sitiados hicieron una salida y destruyeron algunas obras avanzadas de los sitiadores. Estos amenazaron

á Lequeitio y resolvieron ocupar la poblacion á la fuerza. Cuando Córdoba supo la situacion apurada de aquel punto, mandó al coronel Clavería que desde Portugalete marchase con ochocientos hombres en socorro de la villa; pero cuando llegó se habia rendido ya la guarnicion y los carlistas eran dueños de Lequeitio.

El 25 de abril hallándose Ezpeleta con su division en Ourratia fue acometido por el jeneral Eguía que le causó alguna pérdida, y á no haberse replegado el primero á unas posiciones ventajosísimas, hubiera sido completamente derrotado.

En seguida atacó Eguía á Valmaseda, cuya plaza hubiera tomado; pero ademas de las fuerzas de Ezpeleta y Mendez Vigo, acudió inmediatamente Córdoba con el grueso de su ejército, y tuvo que desistir de su empresa el jeneral carlista.

Otros muchos encuentros hubo, aunque poco importantes, pues los carlistas seguian siempre su sistema de perpétua movilidad, con lo cual tenian en contínua alarma á sus contrarios, que no se atrevian á marchar de un punto á otro como no contasen con fuerzas numerosas, ó estuviese protejida su marcha por otras columnas.

Con no menor actividad obraban los partidarios carlistas en las demas provincias de España, y aun algunas veces con fortuna, á pesar de que siempre tenian que pelear contra fuerzas superiores en número y en táctica militar. En Cataluña hubo varios encuentros, de los cuales los mas notables fueron el alcance que el coronel Niubó dió á la jente de Borjes en Castells, y el descalabro que Griset esperimentó en la Llacuna. Mosen Benet fue atacado en Guardiola el 30 de abril por la columna de Manresa y tuvo que abandonar su posicion con alguna pérdida.

De todos estos descalabros se vengó Latour con la victoria que consiguió en el camino de Orgañá á Pons. Habiendo tenido aviso de que dos compañías de Saboya y tres de lijeros marchaban por aquella direccion, las acometió con su jente en dicho camino, y aunque los soldados se

defendieron valerosamente, perecieron casi todos en la accion. Este triunfo hizo tomar á los carlistas alguna preponderancia en el principado.

En Aragon se encendia cada vez mas la guerra; las partidas carlistas que últimamente se habian aminorado, volvian á engrosarse, porque tenian á su cabeza al célebre Cabrera, jóven intrépido y de jénio verdaderamente militar que sobresalia entre todos los demas jefes carlistas de Aragon y Valencia, así por su mayor instruccion como por su valor personal. Referíanse de Cabrera mil atrocidades, la mayor parte inventadas ó ecsajeradas por el espíritu de partido; pues si bien es cierto que fusilaba á los prisioneros que caian en su poder, no hacia en esto mas que tomar replesalias, y seguir las huellas de sus contrarios, que tambien inmolaban á los prisioneros que cojian. Sin embargo, como el espíritu de partido es ciego, no conocia ó no queria conocer el gobierno de la reina que debia dar ejemplo de humanidad á los partidarios carlistas tratando de otro modo á los prisioneros. Por el contrario, para contener á Cabrera imajinóse la mayor atrocidad que puede concebirse: habiendo caido en poder del comandante jeneral de Aragon, D. Agustin Nogueras, la madre de Cabrera, fué inmediatamente pasada por las armas. La infeliz anciana marchó á la muerte con la resignacion de una mártir y con los sentimientos de una verdadera cristiana. Todos los hombres de talento, sin distincion de partidos, condenaron tan bárbara ejecucion, no solo como opuesta á las leyes de la naturaleza, sino por los terribles males que habia de producir. Efectivamente, desde entonces no conoció límites el furor de Cabrera, porque juró vengar á su infortunada madre y cumplió su juramento. Las primeras órdenes que Cabrera dictó en el frenesí que le causó el desgraciado fin de su inocente madre, fueron mandar fusilar á la esposa del coronel Fontiveros, comandante de armas de Chelva (la cual se hallaba detenida en poder de Cabrera, y hasta entonces habia sido tratada por él con toda consideracion), y á la madre y dos hermanas de un guardia nacional de Beceite, á pesar del

amor que le inspiraba la belleza de una de las dos hermanas, con quien se dijo que pensaba casarse; pero todos los sentimientos tiernos cedieron al deseo de venganza que le devoraba, y sus órdenes se llevaron á efecto. Otras treinta ejecuciones tuvieron lugar; y sin embargo Cabrera no estaba satisfecho con estas horrorosas represalias: su mas vehemente deseo era hallarse cara á cara con Nogueras, motor principal de la muerte de su madre, al cual desafió personalmente, diciéndole que le señalase un punto donde ambos pudieran decidir su querella particular, sin que tuviesen necesidad de mezclarse en ella las fuerzas que ambos mandaban. Este encuentro particular no llegó á verificarse á pesar de las dilijencias que para ello hizo Cabrera.

En la provincia de Cuenca, últimamente invadida por Forcadell, tuvo este un encuentro con la columna del comandante jeneral D. Narciso Lopez en las inmediaciones de Salvacañete. Las tropas de la reina se vieron obligadas á replegarse al pueblo, perseguidas por la jente de Forcadell, que hubiera conseguido una completa victoria, si Lopez, que se hallaba enfermo en dicho pueblo, no se hubiese arrojado de la cama, y puéstose al frente de los suyos, con cuya accion infundió nuevo aliento á los vencidos, que rechazaron á sus enemigos con alguna pérdida, aunque ellos tambien la esperimentaron.

En Galicia sorprendieron la villa de Monforte de Lemus el 26 de febrero, las partidas reunidas de Bullan, Sarmiento y otros, en cuya poblacion cometieron algunos escesos; pero despues fueron derrotados en el canton de Mellid, y en la accion que sostuvieron el 25 de marzo con las tropas de la reina cerca de San Martin de los Condes.

Las partidas carlistas de la Mancha seguian aumentándose de dia en dia, y aun cuando habia tropas en su persecucion rara vez lograban darles alcance.

El estado poco satisfactorio de la guerra y los contínuos sacrificios que el gobierno ecsijia de los particulares, causaban un disgusto jeneral, que con el mas leve motivo se manifestaba en motines y asonadas. Así sucedió en Valen-

cia á principios de marzo: el jeneral Carratalá, capitan jeneral de aquel reino, cayó en desgracia de los llamados patriotas de la capital, los cuales tomaron por pretesto de su descontento el que se hallasen todavia presos cuatro individuos por las ocurrencias de setiembre del año anterior, cuando todos los demas estaban en libertad. El dia 5 se notaron síntomas de levantamiento, y aumentándose al dia siguiente, fue preciso poner en libertad á los cuatro presos, y que renunciando Carratalá al mando, se ausentase de la ciudad. Ufanos los alborotadores con el triunfo que habian conseguido sobre la autoridad, se retiraron tranquilos y satisfechos á sus casas. En Málaga, en Burgos y en algunos otros puntos hubo tambien alarmas y conmociones que se sosegaron con facilidad.

El mismo disgusto jeneral que causaba estas turbulencias, produjo tambien el repentino cambio que se efectuó en la opinion pública con respecto al ministerio Mendizabal. Cuando dicho ministro subió al poder contemplaron sus amigos este suceso como el pronóstico mas seguro de la terminacion de la guerra; y favorecido con la confianza de los representantes de la nacion, se halló en la situacion mas lisonjera en que puede encontrarse un ministro constitucional. Habia prometido Mendizabal terminar la guerra en seis meses, y todos sus partidarios se prestaron gustosos á hacer sacrificios pecuniarios para que pudiese cumplir su promesa; pero el término prefijado espiró sin que se hubiesen notado las ventajas que de su administracion esperaban. Este empirismo político con que quiso halagar las esperanzas de los partidarios de la reina, fue el arma de que echaron mano para acusarle sus mismos panejiristas, y hasta la venta de los bienes de los conventos que tan aplaudida fue al principio por algunos, ahora se calificaba de impolítica é injusta, buena únicamente para saciar la codicia de especuladores y ajiotistas.

Sin embargo, Mendizabal hubiera continuado al frente de los negocios si no hubiese pedido á la reina gobernadora que ecsonerase de sus destinos á Quesada, capitan

jeneral de Madrid, al conde de Ezpeleta, inspector jeneral de infantería, y al conde de San Roman, que lo era de milicias provinciales. La reina Cristina se opuso á las ecsijencias de los ministros cuantas veces insistieron estos en la destitucion de aquellos jefes, y otras tantas presentaron su dimision, que por último les fué admitida el 15 de mayo. En el mismo dia firmó la reina rejente los nombramientos de los nuevos secretarios del despacho, que recayeron en los individuos siguientes: D. Francisco Javier Isturiz, para Estado, con la presidencia interina del consejo; el duque de Rivas para Gobernacion; D. Antonio Seoane para Guerra (este no admitió; en su lugar fué nombrado interinamente D. Manuel Soria, y despues en propiedad D. Santiago Mendez Vigo); D. José Ventura Aguirre Solarte para Hacienda (y por dimision de este D. Félix de Olhaberriague y Blanco); para Gracia y Justicia D. Manuel Barrio Ayuso; y para Marina D. Antonio Alcalá Galiano.

La sorpresa que causaron estos nombramientos fué igual á la irritacion que manifestaron los diputados progresistas al ver que Isturiz y Galiano aceptaban aquellos cargos, cuya conducta estaba en contradiccion con las opiniones que habian emitido en todos tiempos; porque habiendo sido hasta entonces tribunos del pueblo, abandonaban ahora su partido convirtiéndose en acérrimos conservadores. A pesar de la estrecha amistad que unia á Isturiz con Mendizabal, la capital de la monarquía vió con escándalo á ambos amigos, ya rivales, salir al campo á ventilar sus querellas á pistoletazos.

Apenas se presentaron los nuevos manistros en el congreso, al siguiente dia de su nombramiento, se leyó una proposicion firmada por cuarenta y seis deputados, pidiendo al congreso declarase: 1.° Que las facultades estraordinarias concedidas al gobierno en la lejislatura anterior con el voto de confianza, habian cesado al abrirse las actuales córtes: 2.° Que si estas se prorogaban ó disolvian sin estar votados los presupuestos, no se pudiese en lo sucesivo recaudar impuesto alguno; y 3.° Que todos los empréstitos

ó anticipaciones, de cualquiera clase que fueran, contraidos sin autorizacion de las córtes, fuesen absolutamente nulos. Esto era un voto de censura contra los nuevos ministros, que hubieran debido presentar su dimision inmediatamente; pero se obstinaron en conservar sus puestos. Isturiz impugnó la proposicion con mucha serenidad; mas sin embargo quedó aprobada en todas sus partes, y el ministerio herido en su amor propio se preparó á marchar por el difícil camino que voluntariamente se habia trazado. Los siguientes dias se pasaron en recriminaciones, hasta que dejando aparte todo disimulo, se presentó el 21 una proposicion firmada por sesenta y siete diputados, pidiendo á las córtes que declarasen que aquel ministerio no merecia su confianza. Entonces se hizo ya imposible toda avenencia, y al dia siguiente fueron disueltas las córtes, dirijiendo la reina gobernadora á la nacion el manifiesto que á continuacion insertamos íntegro, aunque bastante largo, por ser un documento curioso que debe conservar la historia: él patentiza los inconvenientes de los gobiernos representativos cuando se hallan en pugna los poderes del estado, y el desairado papel que obligan á representar á la corona haciéndola desechar hoy lo que ayer la aconsejaban que aprobase, y tal vez por mezquinos intereses. Decia así el manifiesto:

«Españoles: Desde que por el fallecimiento de mi amado esposo (Q. E. E. G.) quedé encargada del gobierno de estos reinos durante la menor edad de mi muy cara y augusta hija la reina Doña Isabel II, dediqué todos mis conatos á mirar por vuestra felicidad y asegurarla en cuanto me fuese posible. Convencida de que la mayor fuerza del trono consiste en tener por apoyo la verdadera opinion pública ilustrada é independiente, fue mi principal cuidado, tanto en la eleccion de ministros, cuanto en la adopcion de las providencias que me proponian aquellos en quienes habia depositado mi confianza, adquirir un cabal conocimiento de las necesidades, de los justos deseos y del bien entendido interés del pueblo, cuyo gobierno me estaba en-

comendado, para satisfacer las primeras, acceder como conviniere á los segundos, y por estas vias promover y afianzar sólidamente el tercero. Al convocar las córtes por el Estatuto Real de 10 de abril de 1834, obrando con arreglo al consejo de quienes formaban entonces el ministerio, traté de dar á las leyes fundamentales de la monarquía, en lo tocante á los cuerpos coparticipantes de la potestad lejislativa, una composicion y forma muy semejantes á las hoy admitidas en naciones ilustradas y felices, y segun la mas fundada presuncion, muy conveniente al estado de España. Recompensó por algun tiempo la satisfaccion pública mi afan y desvelo por vuestro bien. Juntas las córtes, á su espíritu é índole estuvo atemperada la conducta de mi gobierno, porque así era mi inclinacion y mi idea de lo que mas convenia al Estado.

»Pero de repente, irritados los ánimos por los sucesos de la guerra civil, y enjendrando la irritacion desconfianza, ocurrieron movimientos, alteraciones y disensiones, cuyo crecimiento fue rápido y terrible. Atenta yo siempre al bien público, sin ceñirme á las rijidas formas legales, cuando vi la nacion deseosa de ciertas reformas en su lejislacion política, me apresuré con gusto á seguir y mandar llevar á efecto los consejos de quienes, sin sacrificios grandes y perniciosos de la prerogativa real, me propusieron medios de conciliar opiniones desavenidas, de sentar sobre nuevos cimientos la paz y las esperanzas de vuestra felicidad venidera. Deseando sobre todo la conservacion de bienes tan costosamente adquiridos, cuando recelé nuevas conmociones en el Estado, puse, por medio de la disolucion de las córtes, á la nacion por árbitra de la diferencia de opinion ocurrida entre mis consejeros responsables y los procuradores del pueblo. Cuanto llevo enumerado he hecho yo, españoles, por vuestro bien, por el de mi augusta hija, que es el mismo, por el interes del trono y de la nacion que es indivisible, y lo he hecho con el placer mas puro, y lo haré, si necesario fuere, de aquí en adelante. Guiada por estos deseos, cuando habiendo salido fallidas muchas esperan-

zas, y no pudiendo yo satisfacer á propuestas cuyo fundamento no era á mis ojos la justicia ni la conveniencia pública su inseparable compañera, me ví en el caso de aceptar la dimision de los que entonces componian el ministerio, y elejí por sus sucesores á hombres cuya vida política les habia granjeado la confianza de los amantes de la libertad mas apasionados.

»Pero impensadamente ví que contra el uso hecho por mí de la real prerogativa, se suscitó y alzó una oposicion violenta, como dominada por un ciego furor, juzgando á los secretarios del despacho por las intenciones que les imputaban: oposicion claramente hecha, no por amor de justicia, sino por aversion á personas, por impulso de las pasiones y no en defensa del órden ni de cuanto constituye la paz y ventura del Estado.

»Proposiciones presentadas y aprobadas en el Estamento de procuradores, no obstante que el reglamento y aun el Estatuto Real no conceden la iniciativa á los cuerpos colejisladores; proposiciones si bien apoyadas en algunos precedentes, cuyo valor es nulo si son contrarias al testo claro y terminante de la ley, apoyada solo en precedentes que no producian resolucion trascendental; proposiciones leidas, discutidas y votadas con una precipitacion increible; peticiones para sustituir al modo conocido de hacer leyes otro de invencion nueva; interpelacion de índole estraña, cuyo carácter y frecuencia declaraba el intento de embarazar al gobierno; por fin, sustituido el medio ilegal de una proposicion al legal de una peticion en un caso en que la última, sobre ser conforme á las leyes, habria sido suficiente, como si se quisiese adrede precipitar cuando convenia la circunspeccion y detenimiento, y abrazar la ilegalidad por aficion y para habituarse á ella; en fin, todos estos actos, en sí graves, llevados á cabo entre el tumulto y con gran desacato de los concurrentes á las sesiones; tal, españoles, es la pintura de lo ocurrido en el cuerpo respetable de los procuradores de la nacion en estos últimos dias.

»Una declaracion contra mis consejeros, de suyo grave, vino á serlo harto mas por haber sido dada contra el rereglamento, contra el mismo Estatuto Real, y ademas con precipitacion, igualmente contraria á lo prevenido en las leyes. Puesta en la triste situacion de tener que proceder en virtud de una declaracion tan indiscreta, he creido obligacion mia para atender al bien de muchos queridos y preciosos objetos, cuya custodia y defensa me estan confiadas, no aceptar, en la dura disyuntiva en que me veia, el propuesto estremo de separar del despacho de los negocios á hombres á quienes no podian sus opositores hacer un cargo con visos de fundamento, á quienes en uso de la real prerogativa, en cuyo ejercicio estoy, habia yo dispensado mi confianza, y á quienes las circunstancias habian venido á constituir en defensores del interés comun del trono y del pueblo. Repitiendo, pues, aunque á pesar mio la resolucion tomada, por consejo de los ministros anteriores, he accedido á lo propuesto por los actuales consejeros de la corona, y he venido en disolver las córtes.

»Obrando así, españoles, he usado de una prerogativa instituida no solo para provecho del trono, sino muy especialmente para bien de la nacion. En vuestras manos estará otra vez vuestra suerte, y yo fio que al decidiros os portareis con la madurez y cordura que son distintivo de vuestro carácter.

»La guerra civil está ardiendo aun, españoles, y amenaza con mayores estragos si no acudimos á terminarla; terrible delito cometerá quien distrajere de ella la atencion del público y del gobierno, pues demencia seria pensar en reformas sin sujetar ó tener á raya al enemigo, que ni reformas ni paz siquiera consiente. Sin renovar memorias amargas, sin emplear reconvenciones por lo pasado, pensemos que en lo venidero no puede la nacion dividirse sin gran peligro ó casi certeza de precipitarse en su ruina.

»Pero mi deseo, mi intento, españoles, es proseguir á la par la empresa de las reformas legales, y poner término á la guerra, cuyo feliz écsito es lo único que puede asegu-

rarla. Para este último objeto cuento con un ejército, modelo de lealtad, valor, patriotismo y disciplina, con la guardia nacional, cuyos servicios son tan eminentes, y con la cooperacion de las tres naciones, cuyas tropas rivalizan en heroicidad, peleando por nuestra causa.

»Mis promesas solemnemente empeñadas serán cumplidas: eso pide mi decoro, el bien público y mis inclinaciones; traspasarlas por un lado ó por otro no seria ni justo ni útil. Cuales las hice así las desempeñaré, procediendo á la revision de las leyes fundamentales de la monarquía, segun lo espresado en mi decreto de 28 de setiembre último.

»Para lograr este objeto me precisan las circunstancias á abrazar medios estraordinarios. A fin de no enredaros ó enredar á mi gobierno en un círculo vicioso, jirando en el cual nada adelantaríamos para arribar á la revision apetecida, como en la época recien citada de setiembre, dictaré yo provisionalmente, y á propuesta de mis consejeros responsables, providencias por las cuales los nuevos elejidos de los pueblos lo sean del modo mejor para representar el interés y la opinion jeneral; del modo mismo, en fin, como lo propuso en su proyecto de ley el Estamento de procuradores en las córtes últimas.

»El estado del crédito público y su mejora serán objeto de mi especial solicitud hasta la reunion de las prócsimas córtes. Entretanto los intereses ya creados por los decretos sometidos á la revision de los Estamentos en la última lejislatura, ocuparán mi particular atencion, cuidando de conciliar opiniones sin faltar en caso ninguno á la consideracion y fé debida á los acredores del Estado.

»Os he declarado mis deseos é intentos encaminados á vuestra felicidad. Con suma confianza me arrojo en vuestros brazos, españoles, ampliando el derecho de elejir segun creyeron vuestros últimos representantes que debia ser ampliado, dando á la eleccion popular tanta dilatacion cuanta consienten vuestras circunstancias, y cuantas tienen en las naciones florecientes nuestras vecinas y aliadas: con suma

confianza, me complazco en repetir, pues no temo me falteis jamas sabiendo que yo jamas he de faltaros.

»Españoles: el enemigo comun está en pie y pujante, aunque por fortuna nuestra no bastante poderoso para darnos justos temores de que alcance su fuerza á vencernos. El interés de la augusta reina mi hija, el mio, el vuestro en triunfar de la rebelion y del principio de la rebelion, poniendo en su lugar triunfante el de la libertad su contrario. Conociendo verdad tan patente, alejad de vosotros todo recelo, y mirad á quien intente inspiráros lo como á un enemigo, y enemigo astuto; pues intenta lograr, debilitándoos con la desunion, lo que no podria conseguir con su fuerza si á ella opusiéramos la nuestra unida. Por estos medios saldremos salvos y seguros de la borrasca que nos está combatiendo: por ellos arribaremos al puerto adonde nos llevan nuestro deseo y nuestra conveniencia. Esto espero de vosotros, y esto confio que conseguiré si no me engaña la alta opinion que tengo formada de vuestra lealtad á mi hija y vuestra reina, de vuestro patriotismo, de vuestra sensatez; en suma, de vuestras virtudes.=Yo LA REINA GOBERNADORA.=En el Pardo, á 22 de mayo de 1836.=Refrendado.= Javier Isturiz, presidente interino del consejo de ministros.»





CAPITULO XVI.

Continuacion de las operaciones militares.—Accion en las alturas de Ayete, y muerte del jeneral carlista Sagastibelza.—Acciones de Santa Cruz de Elcarte, Galareta, Aralar, Arlaban y Villareal.—Atacan los carlistas las posiciones de San Sebastian y Pasajes.—Acometen á Peñacerrada.—Encuentros en las demas provincias.—Asesinato del gobernador de Figueras D. Manuel Tena. El jeneral Villarcal remplaza á Eguia en el mando en jefe de los ejércitos carlistas.—Espedicion de Gomez.—Nueva sublevacion de las provincias contra el gobierno de Madrid, y sucesos de la Granja.—Se publica la Constitucion del año 12.

Volvamos ahora á continuar la relacion de los sucesos mas interesantes que produjeron las operaciones militares. El 5 de mayo el jeneral Evans atacó, con siete batallones ingleses y cuatro españoles, las posiciones que los carlistas ocupaban en las alturas de Ayete, cerca de San Sebastian, y desde las cua-

les hostilizaban dicha plaza. El combate fué tenaz y sangriento, pero salió victorioso Evans: todos los parapetos y atrincheramientos de los carlistas, enlazados entre sí por varias casas fortificadas, cayeron en poder de sus contrarios, con cinco piezas de artillería. La pérdida por ambas partes fué muy considerable. Los carlistas tuvieron mas de doscientos muertos, entre ellos el jeneral Sagastibelza, que cayó rodeado de cadáveres enemigos. A esta victoria de los cristinos contribuyó en gran manera la escuadra británica que mandaba lord John Hay, la cual se introdujo en la bahía poco antes del combate. No fué este solo descalabro el que sufrieron las tropas de D. Carlos en esta época: siguióse el del 19 cerca de Santa Cruz de Elcarte, y los que les hizo esperimentar Córdoba desde el 21 al 25 en las posiciones de Galarreta, alturas de Aralar, y en las líneas atrincheradas de Arlaban y Villareal.

El dia 6 de junio trataron los carlistas de reparar sus anteriores pérdidas acometiendo todas las posiciones que los cristinos ocupaban delante de San Sabastian y Pasajes; pero la fortuna no se les mostró esta vez menos severa, y fueron rechazados con alguna pérdida, aunque la de los vencedores pasó de doscientos hombres. Otros tantos perdieron estos en el ataque que los carlistas dieron hácia Larrasoaña, entre ellos dieziseis oficiales.

El 29 del mismo mes acometieron los soldados de D. Carlos á Peñacerrada; pero á pesar del empeño que formaron en tomar aquel punto, tuvieron que desistir de su empresa. Cinco dias despues, por la parte de Zubiri sorprendieron los carlistas sesenta hombres que custodiaban la borda de Iñigo; mas acudiendo en socorro de dicho puesto el jeneral Bernelle, hizo retirar á sus contrarios aunque á bastante costa.

En Aragon ocurrió el 5 de mayo la accion de Cornudella, que fué contraria á los carlistas; y se descubrieron las intelijencias secretas que estos tenian con algunos habitantes de Morella para apoderarse de la plaza. El suceso mas notable y mas digno de atencion fué la accion que

Quilez sostuvo contra la columna del coronel Valdés. Hallándose este jefe la noche del 30 del referido mes en Calamocha, tuvo aviso de que Quilez con su jente se hallaba en el pueblo de Bañon imponiendo contribuciones, é inmediatamente marchó á atacarle. Al amanecer llegó á aquel punto, y sorprendiendo á los carlistas, les obligó, segun decia en su parte, á deponer las armas; pero lo cierto es que volviendo en sí los vencidos, lograron sobreponerse de tal manera á los vencedores, que la columna del coronel Valdés fué derrotada enteramente.

No tuvo tanta fortuna Miralles en el pueblo de Soneja, donde alcanzado el 17 de julio por el comandante jeneral D. José Grases, perdió todo el bagaje, muchas armas y efectos; y en la persecucion que sufrió hasta la Vall de Almonacid, tuvo unos trescientos hombres fuera de combate.

En ninguna parte se hacia la guerra con mayor actividad que en Cataluña; porque puede decirse que pocos dias sé pasaban sin que ocurriese algun encuentro, la mayor parte parciales é insignificantes, aunque casi todos desprovistos de resultados positivos.

El jeneral Breton venció la resistencia que los carlistas hicieron el 12 de junio en el punto de Picamuscons; y el 14 del mismo mes, el brigadier D. Manuel Breton los batió en las alturas de San Quirse. El coronel Iriarte sostuvo una accion en Ulldecona el 18, y el coronel Sebastian alcanzó con su columna el 22 á la jente del Degollat, en el término de Marfá, en cuyo encuentro murió dicho jefe carlista con mas de ciento de los suyos.

Pero estos pequeños triunfos que conseguian los cristinos, eran frecuentemente acibarados por sucesos desagradables que ocurrian entre ellos. Habiendo caido en poder de los carlistas una partida de nacionales de Mataró, fueron pasados por las armas. Luego que se supo este suceso en Figueras pricipiaron á manifestarse síntomas alarmantes: y el gobernador de dicha plaza D. Manuel de Tena, para mantener la tranquilidad pública, hizo salir de la ciudad á unos cuantos nacionales, compañeros de los que habian

perecido, porque con su presencia acaloraban mas los ánimos, ya bastante alterados de los figuerenses; pero esta resolucion del gobernador produjo un efecto enteramente contrario al que se prometia, porque enardeció doblemente al populacho, que ciego de furor se arrojó sobre dicha autoridad y la hizo caer ecsánime á impulso de los puñales. Este suceso no tuvo ulteriores resultados, y los asesinos quedaron impunes, como casi siempre acontecia en estos motines.

Como hacia algun tiempo que la suerte se mostraba tan ingrata con los carlistas en el Norte, los consejeros de D. Carlos trataron seriamente de buscar algun medio para mejorar sus negocios; á este fin creyeron lo mas conveniente separar del mando en jefe de los ejércitos al jeneral Eguia y poner en su lugar á D. Bruno Villareal, jefe de mucho prestijio en las filas carlistas, que habia sido compañero de Zumalacarregui, y estaba dotado de prendas muy recomendables para la guerra. Luego que el nuevo jeneral tomó el mando del ejército, con el designio de llamar la atencion de las tropas de la reina á otros puntos, y de establecer, si la fortuna se mostraba propicia, un foco permanente de insurreccion en el paraje que mas á propósito pareciese, determinó enviar espediciones á lo interior del reino, mas respetables que la que habia conducido Batanero, y á las órdenes de jefes mas esperimentados. Elijió, pues, al efecto al mariscal de campo D. Miguel Gomez, á cuyas órdenes puso cuatro batallones castellanos, dos escuadrones y dos piezas de montaña servidas por diez artilleros, que componian un total de dos mil setecientos infantes y ciento ochenta caballos. Estas fuerzas se reunieron en Amurrio, villa de Vizcaya, el 25 de junio, y Gomez recibió la órden de dirijirse á Asturias y Galicia, cuyas provincias se creyeron las mas á propósito para aquella empresa.

A las dos de la mañana del 26 emprendió su marcha la espedicion, y para evitar el encuentro con las tropas de la reina dieron un largo rodeo, y llegaron á Colina el 27 á las tres de la madrugada. En este punto descansaron algun tiem-

po, y mientras se preparaban para continuar la marcha, el jeneral Tello, comandante jeneral del cuerpo de reserva, tuvo noticia de la direccion que llevaba Gomez, y partió en su seguimiento. Alcanzóle en las inmediaciones de Villasante, y el jefe espedicionario no tituveó en presentarle la batalla. Travóse, pues, una accion reñidísima que duró once horas, y á pesar de los esfuerzos de la caballería de la reina, mandada por el coronel Albuin, consiguió Gomez la mas completa victoria. El mismo Tello confesó en su parte que la pérdida que le habian causado los espedicionarios era de trescientos hombres fuera de combate y cien prisioneros: atribuyendo su derrota y retirada á la falta de municiones.

La accion se concluyó al anochecer, y los espedicionarios descansaron en aquellas inmediaciones para reponerse de las fatigas de la gloriosa jornada de aquel dia. Al siguiente marcharon en direccion de Soncillo, pueblo situado en la carretera de Burgos á Santander, y por los Caraveos, Colada y otros puntos, atravesando el puerto de Tarna, llegaron á Oviedo el 5 de julio, en cuya ciudad entraron sin oposicion. Sabedor el jeneral Gomez de que la columna de Pardiñas se hallaba en las inmediaciones del puente de Soto, envió con parte de su fuerza al marqués de la Bóveda, uno de los jefes que le acompañaban, para que atacase á dicha columna.

Salió, pues, de Oviedo el marqués en busca de Pardiñas, cuya columna encontró en el mencionado sitio y la acometió con bravura. El combate fué corto y la victoria quedó por los carlistas, que derrotaron y dispersaron la columna contraria, volviéndose en seguida á Oviedo.

Estos felices principios hicieron concebir á los partidarios de D. Carlos las mas lisonjeras esperanzas de que la espedicion tendria un fin dichoso; pero no fué así, como veremos mas adelante, porque tan halagüeña como se mostró al principio la fortuna con los espedicionarios, tan esquiva estuvo luego para con ellos.

A consecuencia de la derrota del jeneral Tello, salió de

las provincias con fuerzas superiores Espartero, para perseguir á Gomez; y fué tan acelerada su marcha, que el mismo dia 8, en que salieron de Oviedo los espedicionarios, entró en dicha ciudad Espartero, con nueve mil quinientos infantes y quinientos caballos, fuerzas quintuplicadas á las que llevaba Gomez. ¿Qué podia hacer este jeneral con tan pocos elementos como contaba y contra tantos enemigos? Nada mas de lo que hizo: evitar cuanto pudo ser alcanzado por Espartero, y batirse cuando se vió acometido por él.

El referido dia 8 pernoctaron los espadicionarios en Grado, deteniéndose allí un dia, y al siguiente se trasladó á Salas, enviando delante el convoy de armas y municiones que habia sacado de Oviedo. Desde Salas continnó su marcha por Borras, Lago, Castro, Fuensagrada, el Padron, Soto de Torres y San Fis de Lugo; en seguida pasó el rio Miño, y se detuvo algunas horas delante de Lugo. En está plaza se hallaba el jeneral Latre y mandó disparar algunos cañonazos contra los espedicionarios, que prosiguieron su ruta hácia Santa Maria, Foxá, Santa Gadea, San Lorenzo de Carelle y San Tirso hasta Santiago, en cuya ciudad entraron el 18, como trece dias antes lo habian verificado en Oviedo; pero sabedor Gomez de que Espartero le iba á los alcances y que de muchos puntos bajaban numerosas fuerzas contra él, tomó la carretera de la Coruña, y torciendo hácia Cidadella, prosiguió por Cruces á Baamonde, llegando el dia 24 á Mondoñedo. En esta ciudad solo se detuvo lo mas preciso para descansar, pues al siguiente dia continuó su marcha por Vera del Rio á San Martin, en cuyo punto supo que el jeneral Latre se dirijia á Grandas y Salime para cerrarle la única salida que le quedaba. Entonces Gomez acelerando el paso con la mitad de su jente, consiguió apoderarse del puente y llegar á Grandas una hora antes que Latre, quien se volvió á Fuensagrada. Gomez continuó hasta la Pola de Allende, donde pernoctó, y el 27 llegó á Cangas de Tineo. Aquí descansó dos dias; mas viendo que no le era posible fijarse en Asturias ni en Galicia, tomó el camino de Leon, y pasando por el puerto de Litariegos á Villabriezo, Mu-

rias, Adrian y otros puntos, llegó el 1.° de agosto á Leon, en cuya ciudad permanecieron los espedicionarios los dias 3 y 4.

Espartero, que seguia muy de cerca á Gomez, consiguió por fin darle alcance en el puerto de Tarna, donde los espedicionarios le hicieron frente; pero abrumados por el número, tuvieron que ceder á la superioridad de sus contrarios, y se dispersaron en distintas direcciones; al cabo pudieron reunirse con Gomez el dia 11 en Cangas de Onís. Aqui permanecieron tres dias, y el 14, noticioso Gomez de la procsimidad de sus enemigos, emprendió nuevamente la marcha con direccion á Silces, San Pelayo y Turienzo; pasaron el puerto de Cabezuela, y por Cervera del Pisuerga entraron en Prádanos de Ojeda. En este punto reunió Gomez en consejo de guerra á los jefes de la espedicion para deliberar si les convendria mejor regresar á las provincias ó dirijirse al interior del reino. Decidiéronse por lo último, y en su consecuencia tomando el camino de Castilla por Herrera y Fromista, se aprocsimaron á Palencia, en cuya ciudad entraron sin obstáculo, porque el jeneral Ribero, que se hallaba allí, no se creyó con suficientes fuerzas para oponerse á Gomez, y se retiró antes que llegasen los espedicionarios.

Dejemos por ahora á Gomez en Palencia, y vamos á referir sucintamente lo que hizo otra espedicion carlista que, poco despues la salida de Gomez para Asturias, invadió la Castilla al mando de D. Basilio García y de Cuevillas, la cual llegó á Soria, impuso contribuciones, pasó el Duero, penetró por Somosierra, Riaza, hasta Sepúlveda, y amenazando caer sobre Segovia, alarmó á la corte, que se hallaba entonces en la Granja. Mas ya que hacemos mencion de este real sitio, diremos en dos palabras los sucesos de que fué testigo por esta época.

La mayor parte de los diputados que pertenecian á las córtes disueltas por Isturiz, marcharon á sus provincias y pusieron en combustion los ánimos de los progresistas, prontos siempre á sublevarse al menor impulso que se les die-

se. Málaga fué la primera que dió el grito con un frívolo pretesto; el jeneral San Just, gobernador militar de la plaza, y el conde de Donadío, gobernador civil, perecieron asesinados á manos del populacho porque quisieron reprimir la insolencia de los alborotadores, los cuales quedando dueños de la ciudad por la muerte de aquellas dos autoridades, formaron una junta el 26 de julio y proclamaron la constitucion de 1812. La rebelion se estendió rápidamente á las demas provincias, de modo que á mediados de agosto se habian emancipado todas del gobierno de Madrid. Era tanto lo que los revolucionarios habian minado, que hasta la misma guardia real, que era la mas obligada á defender las prerogativas de la corona, faltó á la confianza que en ella depositára la reina gobernadora al encargarle la guarda de su persona.

Hallábase la corte, como hemos dicho, en San Ildefonso, cuando en la noche del 12 de agosto varios sarjentos de la guardia real de infantería pidieron una audiencia á la reina, la cual les fue concedida despues de alguna oposicion; y uno de los sarjentos llamado Hijinio García, encargado por sus compañeros de dirijir la palabra á Cristina, la hizo presente que la opinion del ejército y de toda la nacion era favorable al grito dado en las provincias, y la rogó que se dignase sancionar como ley fnndamental del Estado la constitucion de 1812. La reina se opuso, como era natural, á las ecsijencias de los sarjentos; mas por último sobrecojida de temor tuvo que ceder á los deseos de la soldadesca que de un modo tan contrario á las leyes, usaba del derecho de peticion, hollando con su inmunda planta el trono de sus reyes; y á las tres de la mañana del 13 firmó el decreto que se la ecsijia. Fué, pues, publicada la constitucion, remplazado el ministerio Isturiz por el de Calatrava, y la revolucion triunfó de la corona.

Volvamos á la espedicion acaudillada por D. Basilio Garcia, á quien dejamos en las inmediaciones de San Ildefonso. Este jefe carlista llevó á cabo sin contratiempos el objeto de su espedicion. Varias columnas de la reina se

habian dedicado á su persecucion, y á pesar de la escasa fuerza de los espedicionarios, y de que retardaba sus marchas la conservacion del cuantioso botin que habian hecho en su correría, llegaron sanos y salvos al mismo sitio de que poco antes salieron con mas arrojo que probabilidad de su buen écsito. La columna de Bernuy, que fué la primera que emprendió su persecucion, la de Azpiroz, que estaba preparada en Aranda, la de Burens, que acudió con el mismo objeto, y la de Manso, que reunió todas las fuerzas disponibles de Castilla la Vieja, no solo no pudieron esterminar aquel puñado de hombres casi todos despeados por las marchas tan aceleradas, sino ni aun salirles al encuentro y detenerlos en su marcha. Al contrario, los espedicionarios atravesaron desde Castilla la carretera de Francia, y dirijiéndose á la Sierra por donde habian venido, sorprendieron en Arauzo una de las columnas de la reina, causándole gran destrozo y haciendo trescientos prisioneros. En seguida repasó el Ebro D. Basilio García sin impedimento alguno por el mismo punto de su salida, con un botin inmenso.

La otra espedicion al mando de Gomez, que dejamos en Palencia, salió de esta ciudad el 22 de agosto y pernoctó en Peñafiel. El 23 pasó el Duero, y se encaminó por Fuentidueña y Torrecilla á la Matilla, con ánimo de dirijirse á Segovia; mas tuvo aviso de que la guarnicion de este punto se habia reforzado con tres batallones, y torció por Val de Saz, Castillejo, Riaza, y Atienza hasta Jadraque, donde consiguió Gomez una victoria las mas completa, sobre las tropas de la reina, como vamos á ver. Al llegar la espedicion á Jadraque, alojó Gomez en este punto su brigada, los prisioneros, los hopitales, y parte de su fuerza: las demas tropas las distribuyó en los pueblos de Villanueva y Bujalaro, que estaban á una legua de distancia.

Inmediatamente que tuvo noticia de la llegada de los espedicionarios, el comandante jeneral de la provincia de Cuenca D. Narciso Lopez, marchó á su encuentro el dia 30 con mil ochocientos infantes, cien caballos, un cañon

de á ocho y un obus. Cayó primeramente sobre el pueblo de Bujalaro, y sorprendiendo á los espedicionarios que allí habia, les hizo unos treinta prisioneros: todos los demás de aquel punto y de Villanueva, conforme á las órdenes de Gomez, se replegaron al punto céntrico de Jadraque. Reunida la jente de Gomez, no esperó este valiente jefe á ser atacado, sino que tomando la ofensiva marchó en busca de sus contrarios, y avanzando hasta el pueblo de Matilla de Henares, los halló que le esperaban en las mejores posiciones: no por eso se detuvo Gomez; al contrario, dió la señal de acometer, y sus soldados se arrojaron impávidos sobre la columna de Lopez. No se crea que esta columna se componia de reclutas ó de soldados visoños; estaba compuesta de soldados pertenecientes á la guadia real, acostumbrados á los combates y á despreciar las balas y las bayonetas contrarias: ademas, el jefe que la mandaba era un militar valiente y aguerrido. Así es que rechazaron animosos una y otra vez las cargas de los carlistas; pero estos mas tenaces y arrojados cuanta mayor era la resistencia que encontraban, al fin arrollaron por todas partes á los soldados de Lopez, y despues de causarlos una pérdida considerable en muertos y heridos, les obligó á rendir las armas, quedando todos prisioneros, incluso el mismo Lopez. Esta brillante victoria no dejó de costar bastantes bajas á los espedicionarios, pues tuvieron que tomar á la bayoneta las posiciones que ocupaban sus enemigos. Sin embargo, compadecido Gomez de la desgracia de aquellos valientes soldados, hizo tratar á los prisioneros con la mayor humanidad, y aun les dispensó algunas atenciones.

Gomez continuó despues su marcha á Brihuega, donde pernoctó, y al dia siguiente se dirijió á Esplegares.

Desde este punto pasaron los espedicionarios á Huerta de Hernando, en donde tuvieron aviso de que las columnas de Burens, Manso y Azpiroz, que regresaban de perseguir á D. Basilio por haberse este internado en las provincias, se hallaban á corta distancia. El jeneral Gomez, para caminar con mas desembarazo, resolvió dejar en Canta-

vieja los prisioneros de Jadraque. Llegando á Utiel el dia 7, hizo que descansasen sus tropas los tres dias siguientes, y ofició á Cabrera y demas caudillos carlistas de Aragon y Valencia comunicándoles su designio de pasar á Cantavieja y pidiéndole jente de refuerzo para el tránsito. Cabrera le contestó que sin órden espresa de D. Carlos no abandonaria el territorio en que se le habia mandado operar; Quilez, el Serrador y Fr. Esperanza correspondieron á la invitacion de Gomez y acudieron con sus fuerzas á incorporarse con él en Utiel. Entonces volvió Gomez á repetir á Cabrera que pasase á dicho punto á tener una conferencia con él sin recelo alguno, pues estaba facultado por D. Carlos para obrar segun lo ecsijiesen las circunstancias, y tomaba sobre sí la responsabilidad de los cargos que pudieran dirijírsele por haber abandonado el territorio de que era comandante jeneral por D. Carlos. Entonces no titubeó Cabsera y pasó á verse con Gomez, el cual consiguó persuadirle á que le acompañase en sus empresas. Despues de varias conferencias que tuvieron en Utiel, acordaron hacer una incursion en la Mancha y amenazar á Madrid, con el fin de ver si hallaban una ocasion oportuna de atacar á la capital de la monarquía. Lo primero que hizo Gomez despues de tomada esta resolucion, fue enviar á los depósitos de Cantavieja, custodiados por un batallon de Cabrera, los prisioneros de Jadraque, con cuyo armamento habilitó á muchos de los de Quilez y el Serrador, que carecian de él ó le tenian en muy mal estado. Desembarazado Gomez de los prisioneros y contando con un total de siete á ocho mil hombres y dos piezas de artillería, se dirijió por consejo de Cabrera á atacar la villa de Requena el dia 13. Esta poblacion se hallaba fortificada y defendida por el coronel D. José Albornoz, comandante militar de la villa, y tenia á su disposicion la guardia nacional á la cual pertenecian casi todos los habitantes que podian manejar las armas, y una compañía formada de los enfermos y cansados de varios cuerpos del ejército. Apenas llegó Gomez á la vista de Requena dividió sus fuerzas en tres columnas de ataque, dirijiéndose cada una

á la villa por diferente punto. Al mismo tiempo colocó en el paraje que mejor le pareció las dos piezas de artillería y rompió el fuego contra la poblacion, que fué contestado por la artillería y fusilería de los sitiados. Cuantas veces intentaron los carlistas acometer la poblacion otras tantas fueron rechazados: tambien consiguieron los artilleros de Requena desmontar una pieza de la batería carlista. Viendo Gomez que nada adelantaba por medio de la fuerza apeló á la persuasion; pero Albornoz se negó á escuchar toda proposicion. Entonces Gomez reiteró con mas empeño sus ataques: mas al ver lo infructuosos que eran estos y las bajas que le ocasionaban en sus fuerzas, luego que llegó la noche mandó tocar retirada y regresó á Utiel.

El dia 15 de setiembre volvió á salir de Utiel la espedicion carlista, dirijiéndose á Casas de Ibañez, en cuyo tránsito hallaron algunos cadáveres de carlistas, que hechos prisioneros en el pais, habian sido fusilados y abandonados á la voracidad de las fieras que los tenian ya medio comidos. Esta escena horrorosa y repugnante escitó la indignacion de los soldados de Gomez hasta tal punto, que prendieron fuego, sin que los jefes pudieran evitarlo, á varias casas de la espresada poblacion que hallaron desierta. Para llevar á cabo su proyecto contra Madrid, emprendieron la marcha hácia Albacete para seguir desde allí por la carretera. El 16 por la tarde llegó la espedicion á Albacete, en donde se detuvo hasta el 18 que fué á pernoctar á la Roda, y al dia siguiente á Villarrobledo.

El jeneral Alaix que por enfermedad de Espartero habia tomado el mando de las tropas que iban en persecucion de Gomez, salió de Cuenca, adonde se habia dirijido para calzar á sus soldados, y encaminóse por Carboneras y Tarazona hácia San Clemente. Sabiendo que podia alcanzar á Gomez en Villarrobledo, aceleró la marcha en la noche del 19, y al romper el alba del siguiente dia se hallaba á medio tiro de la poblacion, cojiendo desprevenidos á los carlistas, porque á pesar de los repetidos avisos que aquella noche habia tenido Gomez de que se aprocsimaban las tropas de la reina,

fué tal su confianza ó ceguedad, que ninguna precaucion tomó, contestando únicamente á los que le avisaban del peligro (uno de los cuales fué Cabrera) que se tranquilizasen, pues nada habia que temer.

Cuando Gomez mandó tocar la diana, se oyeron los primeros tiros entre las avanzadas de Alaix, que estaban ya en Villarrobledo, y la poca fuerza que Cabrera habia podido reunir. Entonces se convenció el jefe espedicionario de que eran ciertos los avisos que le habian dado durante la noche; pero ya no tenia tiempo para tomar disposicion alguna, porque las tropas de Alaix se habian interpuesto entre las fuerzas que mandaban Cabrera, Quilez y el Serrador, y las de Gomez propiamente dichas. Los caudillos aragoneses con sus batallones, se batian contra la columna que los atacaba, mientras la division de Gomez salia del pueblo á la desbandada y procuraba ganar el campo libre. Cabrera y su jente se batian desesperadamente á medio tiro de fusil del pueblo, conteniendo con un fuego horroroso el ímpetu de sus enemigos, y apoyados en unos pocos caballos hacian prodijios de valor. Luego que pudieron incorporarse á ella todos los escuadrones del Serrador, Cabrera alternó las descargas de fusilería con algunas cargas de caballería, y como viese á sus compañeros de la otra parte del pueblo, que procuraban rehacerse y formar en batalla, se persuadió de que unos y otros buscarian el momento oportuno para reunirse, y continuó haciendo los mayores esfuerzos para sostenerse.

Alaix, que conoció la intencion de los carlistas y las ventajas que le resultarian de impedir su reunion, trató de entretener la brigada de Cabrera, mientras con parte de sus fuerzas atacaba á la de Gomez. Por este movimiento de Alaix pudieron los valencianos y aragoneses, protejidos por su caballería, retirarse en la direccion de sus compañeros. Entonces el coronel de húsares de la princesa, D. Diego Leon, con doscientos diez caballos y alguna infantería, logró envolver la caballería carlista por medio de una hábil maniobra: hizo una retirada falsa, y persiguiéndole dos

escuadrones del Serrador, que protejian las guerrillas de Cabrera, se separaron de estas mas de lo que debian: Leon se aprovechó de esta imprudencia de sus contrarios y volviendo sobre ellos de repente los cargó con el mayor arrojo. Los jinetes carlistas sostuvieron esta lucha por algun tiempo con valor y serenidad, pero habiéndose oido el grito de *estamos cercados, nos han vendido*, se apoderó de ellos el desaliento y volviendo grupas huyeron á incorporarse con las masas de su infantería. Estas, reunidas ya, se hallaban bastante apuradas por las de Alaix, cuando de repente se vieron desordenadas por su propia caballería, que se precipitó á galope por medio de sus batallones atropellando gran número de infantes. Esto fué lo que decidió la accion, porque Alaix y Leon, aprovechándose de aquel desórden, antes que los carlistas tuvieran tiempo de rehacerse, los cargaron con mayor ímpetu y los dispersaron completamente, siendo muy pocas las masas que pudieron retirarse con algun órden.

Esta victoria la debieron las tropas de la reina á la demasiada confianza de Gomez; pues si este jeneral hubiese hecho caso de los repetidos avisos que recibió por la noche, y tomado las precauciones necesarias, pudiera haber formado un plan regular de batalla, y no sabemos por quién hubiera quedado entonces el campo.

La pérdida de los carlistas fué de mucha consideracion: mil doscientos sesenta y cuatro prisioneros, entre ellos cincuenta y cinco oficiales, mas de dos mil fusiles, gran cantidad de municiones, acémilas, parte del bagaje, catorce mulas y algunos artilleros que servian las piezas que con gran dificultad pudieron salvar, y las cajas del tesoro de la espedicion, fueron los trofeos que obtuvo la division de Alaix y Leon en esta batalla. Sin embargo no los consiguieron á poca costa, pues al ver las numerosas bajas que habian sufrido, no se atrevieron á continuar la persecucion y regresaron á Villarrobledo para custodiar los prisioneros, y recojer el armamento de los carlistas. Esto dió lugar á los espedicionarios para reunirse en la Osa de Montiel, contán-

dose entonces unos cinco mil hombres; mas ya no pensaron en dirijirse á la corte, sino que se encaminaron hácia el mediodia por Infantes, Villamanrique y otros puntos hasta Ubeda, donde entraron el dia 24. El 25 pasaron á Baeza y descansaron el 26; despues continuaron á Bailen, Andújar y el Carpio.

Entretanto, el gobierno de Madrid, para evitar que los espedicionarios recorriesen la Andalucia con el mismo écsito que lo habian hecho en otras provincias, espidió las órdenes convenientes para que se combinasen diferentes fuerzas en contra suya, y en virtud de ellas ocupaba los montes de Toledo la division de Rodil; la de Alaix los puntos en que se reune la sierra de Segura con Sierra Morena; y Quiroga marchó desde Granada á reunirse con la columna de Málaga, y las tropas que habian salido de Sevilla y Córdoba. Mandóse ademas á las tropas y milicianos movilizados de Estremadura que se aprocsimasen por la parte que confina con la Mancha baja, único punto por donde se creia que podria pasar Gomez. Pero este jeneral que, por medio de sus espías, tenia puntual aviso de los movimientos y situacion de todas estas fuerzas, calculó el tiempo que necesitaban sus enemigos para poder ofrecer á su vista una oposicion respetable y decidió atacar á Córdoba, en cuya ciudad tenia intelijencias secretas con algunos partidarios de D. Carlos, y se hallaba enterado de las fuerzas con que contaba la plaza para su defensa, y de otros pormenores.

Como á una hora de distancia de Córdoba encontraron los espedicionarios una avanzada de nacionales, que tan pronto como divisaron la vanguardia de los carlistas se retiraron precipitadamente á guarecerse dentro de los muros de la plaza, perseguidos por Cabrera y Villalobos, que con otros cuatro, ayudantes y ordenanzas, se adelantaron mas de media hora á las compañías de preferencia que les seguian. Llegados á los muros de Córdoba, los seis individuos antes mencionados, recorrieron algunas de sus puertas que estaban cerradas, hasta que hallaron un portillo, cerrado tambien, pero que no se notaba que hubiese en la parte.

interior fuerza alguna que lo defendiese. En una casa del arrabal se proveyeron de un hacha y otros instrumentos, con los cuales sin esperar á que llegasen algunas compañías que los apoyasen, lograron abrir el portillo. Entraron por él y dirijiéndose á galope y con sable en mano por la primera calle que se les presentó, encontraron á pocos pasos una fuerza de tropa de línea, que iba, ya tarde, á cubrir el punto que Cabrera habia forzado. Si se hubiese trabado allí la pelea, el resultado no podia ser dudoso por la desigualdad de fuerzas; pero en vez de atacar los soldados á Cabrera y á sus cinco compañeros, se unieron á ellos victoreando á D. Carlos. Con tan feliz principio continuaron avanzando, dejando encargada la custodia del paso por donde habian entrado, á aquellos mismos que debian habérselo impedido.

Los gritos y aclamaciones de los habitantes partidarios de D. Carlos, que corrian en desórden por las calles, hicieron creer que toda la division de Gomez ocupaba ya la ciudad. Sin embargo, unos pocos nacionales de Iznajar, que se habian encerrado en una posada, hicieron desde los balcones una descarga al tiempo que pasaban los seis temerarios jinetes, y Villalobos cayó muerto del caballo. Cabrera se apeó del suyo y ayudó á retirar en brazos á su desgraciado amigo, creyendo que solo estaria herido; pero ya habia dejado de ecsistir. Entretanto llegó la vanguardia de Gomez, y esparciéndose con el mayor órden por las calles, quedó enteramente ocupada la ciudad y cercado el fuerte donde estaban guarecidos los nacionales. Enfurecidos los carlistas al saber el triste fin de su brigadier Villalobos, prendieron fuego á la posada en que estaban guarecidos los que le habian tirado, los cuales perecieron allí mismo, unos á las puntas de las bayonetas y otros devorados por las llamas.

Despues de cercado el fuerte de la Inquisicion, en donde se hallaban encerradas las autoridades con unos dos mil nacionales y tres piezas de artillería, publicó Gomez una proclama invitando en ella al pais á que abrazase la causa de D. Cárlos, y al mismo tiempo un bando imponiendo pe-

na de muerte á todo el que atentase contra otro, para evitar que se cometiesen escesos.

Los del fuerte se defendieron por algun tiempo; pero al fin capitularon é hicieron entrega de aquel punto y de cuantos efectos contenia, quedando prisioneros de guerra sus defensores, que serian mil seiscientos hombres. Los carlistas hallaron en el fuerte muchas riquezas, pues ademas de la gran cantidad de efectos militares que encerraba, habia tambien un considerable depósito de jéneros que los principales comerciantes ocultaron allí como paraje mas seguro, cuando supieron la aprocsimacion de los espedicionarios á Córdoba. Los fondos de la administracion pública cayeron asimismo en poder de Gomez, y las alhajas de oro y plata pertenecientes á los conventos suprimidos; pero Gomez nombró una junta de eclesiásticos para que se hiciesen cargo de ellas y proveyesen á su custodia.

Despues mandó Gomez publicar una quinta en la que se comprendian todos los mozos útiles desde la edad de dieziseis hasta cuarenta años, con lo cual aumentó sus fuerzas, engrosadas ya con mas de dos mil voluntarios de los antiguos realistas, que se alistaron en las banderas de Gomez tan pronto como este entró en Córdoba; y con los fusiles recojidos á los milicianos prisioneros, armó á los nuevos reclutas. Todo parecia presajiar á Gomez que su estancia en Andalucía podia producir un levantamiento jeneral en favor de D. Carlos, y para poder él dirijir mejor las operaciones militares, nombró una juntagubernativa que entendiese en los demas negocios.

En seguida impuso una contribucion ó repartimiento á varios particulares adictos al partido de la reina, y se apoderó de mucho ganado vacuno y lanar, y de no pequeño número de mulas y caballos: de suerte que el botin que produjo á los espedicionarios la ocupacion de Córdoba, pasaba de doce millones de reales.

Queriendo Gomez seguir sus planes de sublevacion del pais, y sabiendo por sus confidentes que en diversos puntos habia algunas conspiraciones quo solo esperaban su

proteccion para estallar, envió á Cabrera con este objeto hácia Baena. Cabrera, con algunas fuerzas de infantería y caballería, salió de Córdoba el dia 4 de setiembre, y atravesando el Guadalquivir se dirijió á Baena. Noticioso este caudillo de que en la dehesa de Alcaudete se hallaba una columna de la reina á las órdenes del comandante Escalante, marchó á su encuentro y la acometió tan luego como la divisó; despues de un reñido combate quedó la victoria por los carlistas, que cojieron prisioneros á cuatrocientos soldados de infantería y setenta jinetes. Despues de la accion Cabrera regresó á pernoctar en Baena.

El jeneral Gomez, que sabia la combinacion en que se iban poniendo las tropas que contra él marchaban de Cádiz, Málaga, Sevilla y otros puntos, precedidas de la division de Alaix, y dirijidas todas por el ministro de la guerra, Rodil, quiso probar á sublevar todo el pais antes que se viera atacado, y salió de Córdoba el dia 7, con las restantes fuerzas, reuniéndose con Cabrera en Montilla. El dia 9 ocuparon los espedicionarios á Priego y esperaron en buena formacion á Alaix que estaba en Alcalá la Real; pero este jeneral aguardaba la reunion de otras fuerzas, y no se movió hasta el 12, que se trasladó á Baena.

Despues de haber recorrido Gomez los campos de Lucena, Montilla y Carcabuey sin resultado alguno, regresó á Córdoba el dia 13. Alaix pasó con su division desde Baena á Castro del Rio, decidido á atacar á Gomez, y andando toda la noche llegó á la vista de Córdoba á las tres de la mañana del 14. En la misma noche habia vuelto á salir Gomez de Córdoba con sus fuerzas y un numeroso bagaje. La retaguardia, compuesta de una gran parte de reclutas y de la jente menos aguerrida de los espedicionarios, fué alcanzada por Alaix al tiempo que salia de Córdoba, y trabado el combate, sin que Gomez ausiliase con la vanguardia á los que dejaba comprometidos, fueron derrotados por los de la reina, que les cojieron algunos prisioneros, y obligaron á muchos de los recien enganchados por Gomez á que regresasen á sus casas.

Los espedicionarios emprendieron la direccion por Estremadura, llegando á la Sierra por Villarta y prosiguiendo á Pozo Blanco, en cuyo punto dió Gomez libertad á los prisioneros que llevaba. El 16 siguió á Villanueva de la Jara, el 17 á Fuencaliente y por último llegaron á Santa Eufemia el 22. Desde aquí enviaron un oficio al alcalde de la villa de Almaden, pidiendo doce mil raciones, y el gobernador Puente contestó que en Almaden no se daban raciones si no se conquistaban á balazos. La villa estaba regularmente fortificada, y ademas de la guarnicion hallábase en ella el comandante jeneral de la columna de Estremadura, D. Jorje Flínter, con algunas fuerzas.

En vista de la contestacion del gobernador, determinaron los carlistas apoderarse de Almaden, y á las siete de la mañana del 23 atacaron la poblacion, cuya defensa dirijieron los brigadieres Flínter y Puente. A las tres horas de fuego les invitó Gomez á que se rindiesen, en atencion á que no podian ser socorridos; pero habiendo contestado dichos jefes negativamente, continuó el ataque con mayor empeño. Ya llevaban veinte horas de un fuego sostenido, cuando Cabrera á la cabeza de los valencianos, y Quilez de los aragoneses, se decidieron á dar el asalto, mientras los navarros de Gomez llamaban por el frente la atencion de los sitiados.

Las compañías valencianas llegaron á las tapias, y escalándolas con arrojo, consiguieron introducirse en la poblacion, aunque á costa de muchas bajas. Entonces los soldados de Flínter y de Puente se replegaron á los fuertes, y Gomez ocupó la villa, estrechando cada vez mas el único punto en que aun se mantenian las tropas de la reina. Por último, despues de otras nueve horas de fuego, se rindieron prisioneros de guerra los citados brigadieres con sus respectivas fuerzas, que reunidas ascendian á unos mil ochocientos hombres, la mayor parte nacionales de Estremadura y de la Mancha. A muchos soldados de la guarnicion que se alistaron voluntariamente en las filas carlistas, se les conservaron las armas; y los otros des-

pues de desarmados continuaron presos hasta Cáceres.

El 25 á las tres de la madrugada salieron los espedicionarios de Almaden con un rico botin, dirijiéndose á Chillon: el 26 pernoctaron en Navalvillar de Pela, el 27 en Guadalupe, el 30 en Trujillo y el 31 en Cáceres. En esta ciudad dió Gomez libertad á los prisioneros de Almaden, ecsijiéndoles antes el juramento de que no volverian á tomar las armas contra D. Carlos.

Cuando salieron de Cáceres los espedicionarios hizo Gomez que se separasen de él los caudillos aragoneses con quienes no estaba en muy buena armonia; pero se quedó con los batallones que aquellos mandaban, escepto una pequeña escolta que les dió para que los acompañase hasta Aragon. Cabrera, Quilez y el Serrador tuvieron que obedecer á pesar suyo, y Gomez se encaminó á la Serranía de Ronda, en cuya ciudad entró el dia 16 de noviembre, y permaneciendo en ella hasta el 19, en que tuvo aviso de hallarse prócsimo el jeneral Ribero con su division. Renunciando, pues, á su proyecto de sublevar la Serranía en favor de D. Carlos, emprendió la marcha hácia Atajate, Gausin y San Roque. El 22 se trasladó á Aljeciras, y al pasar por la playa los espedicionarios les hicieron fuego una fragata inglesa, una corbeta portuguesa y varios guardacostas españoles; pero no pudieron causarles daño alguno. El 23 se dirijió la espedicion á Alcalá de los Gazules, donde supo que la division Ribero se hallaba hácia Jimena; la de Alaix por la costa de Málaga; la de Narvaez en Arcos, y los nacionales de Cádiz y batallones de marina en Chiclana y Medina-Sidonia. En esta situacion era imposible que Gomez escapase sin venir á las manos con las tropas de la reina; y en efecto, el 25 sostuvo un encuentro con Narvaez cerca de Arcos, que le causó alguna pérdida. Los espedicionarios se retiraron precipitadamente, y fueron á pernoctar á Villamartin; al otro dia á Estepa, desde donde se trasladaron á Cabra por Puente de Don Gonzalo, y á la siguiente noche entraron en Alcaudete. Se alojaron muy contentos, porque iban rendidos de sueño y de cansancio; pero disfrutaron poco tiem-

po del reposo, pues los despertó repentinamente el toque de llamada, y acudieron á las armas. Causaba esta alarma la llegada de la division Alaix que cayó repentinamente sobre Alcaudete. En la confusion de la sorpresa, aunque muchos conservaron serenidad y se defendieron denodadamente, fueron completamente arrollados y huyeron con precipitacion. La pérdida de hombres de los espedicionarios no fué de mucha consideracion; pero quedaron privados de su brigada, de los equipajes y de los caudales.

Este fué el golpe que acabó de desanimar á los espedicionarios, y sus jefes no pensaron ya sino en regresar á las provincias, donde estarian mas á cubierto de aquellas tormentas y peligros. Desde entonces encaminaron sus pasos al término de tantos afanes, y atravesando el dilatado territorio que los separaba del Ebro, seguidos de cerca por las tropas de la reina, aunque sin poderles dar alcance, pasaron el rio por el puente de Horadada y llegaron á Orduña el 20 de diciembre, á los cinco meses y veinticuatro dias de su salida, pero con infinitas bajas, y perdidas las halagüeñas esperanzas que concibieron, cuando emprendieron la espedicion.





CAPITULO XVII.

Córdoba hace dimision del mando del ejército y es remplazado por Espartero.—Segundo y memorable sitio de Bilbao.—Accion del puente de Luchana y levantamiento del sitio.—El infante D. Sebastian remplaza á Villareal en el mando superior del ejército de D. Cárlos.—Paralizacion de las operaciones militares.—Vuelven estas á principiar á mediados de marzo.—Diferentes acciones.—Estado de la guerra en Aragon.

Ya es tiempo de que volvamos á los sucesos de las provincias del norte, cuya relacion interrumpimos para seguir paso á paso la espedicion de Gomez. A consecuencia de los acontecimientos de la Granja y del cambio que produjeron en las instituciones de la monarquía, hubo asimismo variacion no solo en las personas que

tenian á su cargo los negocios políticos, sino tambien en los encargados de dirijir las operaciones militares. El partido constitucional tenia por poco afecto á las nuevas instituciones al jeneral Córdoba, y le dirijia por medio de la imprenta severos cargos, asi por la inaccion en que hacia algun tiempo se hallaban los asuntos de la guerra, como por los sucesos poco favorables á las armas de la reina que últimamente habian acaecido. Córdoba hizo dimision del mando repetidas veces, y por último le fué admitida, porque se tenia su permanencia en el ejército como contraria á los principios restablecidos. Nombróse para sucederle al jeneral Rodil por decreto de 20 de agosto, al mismo tiempo que se le concedia de nuevo el ministerio de la Guerra; pero el 16 de setiembre fué elejido para el mando en jefe del ejército el teniente jeneral D. Baldomero Espartero.

A mediados de octubre, penetrado D. Carlos de las desgracias de su jeneral Gomez, reunió todos los jefes del ejército carlista en Durango y despues de haber oido el parecer de cada uno de ellos, resolvió atacar vigorosamente la ciudad de Bilbao, con la esperanza de que el resultado de estas operaciones sería ó la toma de dicha ciudad, ó la cesacion de las persecuciones contra Gomez, pues llamaria hácia aquel punto la atencion de todas las fuerzas contrarias.

La rendicion de Bilbao se consideraba como de la mayor importancia por ambos partidos, porque debia abrir á los carlistas una entrada libre al interior de España; por eso unos y otros pelearon con tanto encarnizamiento y vigor. El 26 de octubre la artillería carlista despedia ya sus proyectiles contra la plaza, y á las seis horas de fuego estaban desmanteladas y desmontadas dos de las principales baterías de Bilbao, sus artilleros fuera de combate, la brecha abierta y todo dispuesto para el asalto. Efectivamente, le dieron los carlistas á las once de la noche, llegando hasta el parapeto. Pero si el ataque fué impetuoso y porfiado, no lo fué menos la resistencia de los sitiados, pues agolpándose al sitio acometido, pelearon con la mayor intrepidez, y consiguieron al fin rechazar á los sitiadores, que

despues de sufrir no poca pérdida se retiraron á sus campamentos.

Al dia siguiente los certeros disparos de los artilleros carlistas desmantelaron otras dos baterías de la plaza, pero no verificaron el segundo asalto que habian proyectado, de manera que los sitiados tuvieron tiempo para recomponer sus obras y formar otras nuevas.

El 28 supieron los sitiadores que Espartero se aprocsimaba con el ejército por las Encartaciones, y marchó á su encuentro Villarcal con la mayor parte de las fuerzas carlistas, quedando Sarasa de comandante jeneral de la línea de Bilbao. Esto fue ocasion de que se paralizasen las operaciones del sitio.

Ninguna novedad ocurrió, pues, hasta la noche del 8 de noviembre, que bajaron desde Munguía á Santo Domingo ocho batallones carlistas y dos piezas de artillería, mandadas por Eguía, cuyas fuerzas aparecieron al amanecer del dia 9 sobre las alturas de Archanda y Banderas, y en sus inmediaciones colocaron las dos piezas en una batería que ya tenian construida. Eguía fue nombrado entonces comandante jeneral de la línea, y las operaciones principiaron entonces con la mayor actividad.

A los cinco disparos dirijidos contra el fuerte de Banderas, hicieron que sus defensores enarbolasen bandera blanca, ocupándole en seguida los carlistas y quedando prisioneros sesenta hombres que lo guarnecian. Los del fuerte de Capuchinos, con arreglo á las órdenes de su jefe, abandonaron el punto tan luego como fué ganado por los carlistas el anterior, y casi todos cayeron en poder de los sitiadores. Estos dirijieron sus ataques el dia 10 contra el convento de San Mamés, cuyos defensores se resistieron por espacio de seis horas; pero estrechados por todos lados, tuvieron que retirarse á la iglesia donde al fin capitularon.

El jeneral Espartero que habia llegado hasta Sopuerta, tan luego como tuvo noticia de que Villarcal marchaba contra él, no considerándose con fuerzas suficientes para re-

sistirle, retrocedió por donde habia venido, y los carlistas regresaron tambien al cuartel jeneral de Bilbao. La actividad y acierto de Eguía en dirijir las operaciones del sitio, y el entusiasmo de los habitantes de Vizcaya que de todas partes concurrian con dinero para subvenir á los gastos del sitio, causaron envidia á Villareal, y la rivalidad de estos jefes produjo despues infinitos males para el ejército de Don Carlos.

El dia 12 se rindieron igualmente los fuertes del Desierto y de Burceña, puntos todos aislados, y por lo mismo difíciles de sostenerse por mucho tiempo. Hasta el dia 14 no manifestaron los sitiadores sus ataques contra la plaza: en la noche de este dia principiaron sus trabajos por la parte de la Estufa y el convento de S. Agustin, en donde se hallaba acuartelado el rejimiento de Trujillo, que se mantuvo toda la noche haciendo fuego hácia donde se sentia ruido. Al dia siguiente interrumpieron los trabajos para continuarlos por la noche; y el 16 aparecieron formadas ya tres baterías, que fueron artilladas el 17, aumentadas con otras dos en los sitios llamados Celeminchu y Esnarrizaga, y otra inmediata á la iglesia de Abando, las cuales guarnecidas de artillería gruesa, rompieron el fuego contra la plaza, especialmente contra el convento de San Agustin, tan tenazmente sostenido, que á las cinco horas el espresado edificio solo era un monton de escombros. Por cualquiera parte podia darse el asalto; mas habiéndolo intentado dos veces los carlistas, en ambas fueron rechazados por los sitiados. El ataque continuó mas ó menos vivo en los dias 18 y 19, y se suspendió en los dos siguientes: el 22 apareció construida y artillada otra batería carlista inmediata al cementerio de Alvia, y tambien en direccion de San Agustin; esta última fué prontamente destruida y desmontadas sus piezas; pero las demas hicieron nuevos estragos en el convento, y los sitiadores se prepararon para intentar otro asalto: marcharon á él llenos de confianza y de entusiasmo; los sitiados los recibieron con serenidad y firmeza, y los rechazaron en las tres car-

gas consecutivas que dieron con ímpetu estraordinario.

En los siguientes dias no ocurrió cosa notable mas que los trabajos empleados por los sitiadores en levantar dos nuevas baterías. En la mañana del 25 rompieron todas el fuego, y lo sostuvieron tenazmente el 26 y 27. Contra este empeño tan decidido ya no bastaron ni los esfuerzos de los provinciales de Trujillo, ni de las demas tropas enviadas en su socorro, porque embarazados todos con tantas ruinas, no pudieron sostener por mas tiempo aquel punto, cuya defensa tanta sangre les habia costado, y pasó á poder de los carlistas. Entonces pudieron los sitiadores atender con mas desahogo á los otros puntos, y dirijieron sus fuegos contra las baterías de Mallona, Rediente y las Cajas, en las que hicieron algunos estragos. Estando abierta y practicable la brecha en el muro de la puerta y convento del Cármen, marcharon los sitiadores nuevamente al asalto en la tarde del 29; pero fueron rechazados como anteriormente, con pérdida de setenta y seis individuos, entre ellos tres oficiales. Al siguiente dia continuaron sus fuegos las baterías carlistas. Los sitiados destruyeron las que aquellos tenian en Alvia y Esnarrizaga, y desmontaron dos de sus piezas; sin embargo, los sitiadores hicieron nuevos destrozos en los muros de la Concepcion, abriendo diferentes brechas.

En el mismo dia 30 avisó Espartero á los sitiados por medio del telégrafo, que ocuparia con el ejército las canteras de Aspe y alturas inmediatas, y al siguiente se acercaria á Bilbao por Asua y Archanda. Esto reanimó á los sitiados, que creian ya llegado el momento de reposar de tantas fatigas, descansando sobre los laureles de la victoria; pero este momento estaba aun muy distante, porque el ejército de la reina, antes de acercarse á Bilbao, se vió precisado á practicar diversos movimientos que retardaron su aprocsimacion.

En los primeros dias de diciembre no hubo novedad alguna importante: durante ellos los carlistas levantaron nuevas baterías en los sitios llamados de la Salve y de la

Cruz de Fierro. Esta y la conocida por la Perla, en Alvia, rompieron un vivo fuego el dia 12 con seis piezas de grueso calibre, contra la casa y baterías de Mallona, causando en ellas bastante estrago, particularmente en la primera; pero tambien los sitiados arruinaron algunas de las contrarias. Los carlistas continuaron lanzando sus proyectiles contra la plaza con mas ó menos frecuencia; mas el momento que los sitiados creyeron de mayor peligro fué el en que se descubrió una mina proyectada, no por la parte de San Agustin, como se habia anunciado, sino en la direccion de la casa de Quintana. Esto sucedió el dia 20: inmediatamente principiaron los sitiados una contramina y tuvieron tanto acierto en su direccion, que tropezando con uno de los ramales de la contraria la ahumaron y ahuyentaron á sus minadores. Otros trabajos practicaron ademas los bilbainos para impedir en lo sucesivo semejantes proyectos, en lo cual se pasaron los dias 21 y 22. En este último recibieron segundo aviso de Espartero anunciándoles que pensaba atacar á los carlistas por la parte de Banderas, y que seria muy conveniente que ejecutasen una salida los de la plaza á fin de cuadyuvar á su movimiento llamando la atencion de los sitiadores por diferentes puntos.

Convencido Espartero de que el puente de Luchana, aunque cortado, era el punto mas á propósito para un ataque decisivo, hizo que se trasladase su ejército á la orilla derecha de la ria grande, desde donde en la noche del 23 al 24 rompieron sus baterías un fuego vivísimo contra la artillería carlista. Acallados los fuegos de esta, se embarcaron en las lanchas que tenian prevenidas, ocho compañias de cazadores, las cuales protejidas por las fuerzas navales de la marina española y de la inglesa, tomaron una de las principales baterías y arrojaron del monte de Cabras á los que lo ocupaban. Reforzadas en seguida estas compañías por el primer rejimiento de la guardia real de infantería, se arrojaron sobre la segunda posicion situada entre Cabras y el fuerte de Banderas, donde los carlistas sostuvieron el ataque con la mayor obstinacion. Dueños los soldados

de Espartero del puente, que los carlistas habian cortado, tuvieron que restablecerlo, en cuya operacion emplearon cerca de hora y media. Los sitiadores acudieron sobre aquel punto con fuerzas considerables y se travó el combate mas obstinado, pues unos y otros peleaban desesperadamente: la sangre corria á torrentes y las sombras de la noche ocultaban el horror de tan desastrosa escena. Prolongóse el combate hasta las dos de la madrugada, en que desencadenados los elementos se proclamaron superiores á la fortaleza humana. La nieve, el granizo y el huracan, azotando á ambos ejércitos, les obligó á suspender la pelea y á buscar un abrigo contra la tempestad en los fosos y barrancos, cubriéndose algunos con los cadáveres de que estaban rodeados, para procurar algun calor á sus ateridos miembros.

Entretanto procuraban los jefes y oficiales reunir los dispersos; pero hasta las cuatro de la mañana, que fué cuando amansó el temporal que tenia como petrificados á los soldados, no pudieron continuar la refriega. Entonces vinieron nuevamente á las manos con mayor ímpetu; mas la resistencia de los carlistas fué ya muy débil, pues solo se oyeron unos cuantos tiros, y en seguida avanzaron las tropas victoriosas de Espartero á Bilbao, sorprendiendo de tal modo á las fuerzas carlistas que estaban en la línea de dicha villa, que si los sitiados llegan á hacer la salida que les habia insinuado Espartero, pudieran haber cojido prisioneros á la mayor parte de los sitiadores, que estaban demasiado confiados por el poco fuego que habian oido; pero avisados por las avanzadas de que el ejército de la reina estaba ya sobre ellos, se replegaron aceleradamente al alto de Santo Domingo.

Los soldados de D. Carlos se batieron con brio y obstinacion en el puente de Luchana; pero despues de hacer prodijios de valor tuvieron que retirarse, dejando dueños del campo á sus contrarios, y á los bilbainos libres de sus hostilidades. Perdieron los carlistas todas sus baterías, municiones, é inmenso parque.

Asi terminó el célebre sitio de Bilbao y la accion del puente de Luchana, cuyas consecuencias fueron fatalísimas á la causa de D. Carlos, porque consternados sus defensores con el golpe que acababan de esperimentar, circularon entre ellos mil rumores distintos acerca de las causas que habian producido aquel desastre. Muchos lo atribuyeron á traicion de sus jenerales, y no dejaban de tener alguna razon, pues no debe entenderse solamente por traicion obrar directa ó indirectamente en favor de los enemigos con intencion de dejarles ganar la victoria; es traicion tambien cuando pudiendo evitar la derrota de su jente un jeneral, por envidia ó rivalidad no hace todo lo que puede para vencer. Esto cabalmente sucedió ahora, porque la rivalidad que ecsistia entre los jenerales Eguia y Villareal fué causa de que este último (como jeneral en jefe de las tropas carlistas) descuidase relevar los batallones que habian entrado en accion, ó al menos proveerles de municiones, que les llegaron á faltar: circunstancias que contribuyeron poderosamente á que perdieran la victoria. Las sospechas de traicion se estendieron rápidamente en los ánimos y produjeron la desconfianza, que fué un manantial inagotable de discordias.

D. Carlos empleó su prudencia y sabiduría en sofocar desde el principio el jérmen de todos los males que no tardaron en aflijir á sus partidarios; pero era difícil poderle desarraigar. La mútua desconfianza que concibieron desde entonces los principales jefes del ejército carlista fué fatalísima á la causa de D. Carlos y paralizó, por decirlo así, todos sus triunfos, todos sus esfuerzos.

Sin embargo, D. Carlos para conciliar todos los pequeños intereses y para calmar las susceptibilidades, tomó medidas sabias, que fueron jeneralmente aprobadas entre sus adictos. Destituyó del mando superior á Villareal y nombró jeneral en jefe de su ejército al infante D. Sebastian, que algun tiempo antes habia hallado pretesto para salir de Madrid, y pudo introducirse facilmente en Navarra para pelear por la causa de su tio. D. Sebastian correspondió á las

esperanzas que de él habian concebido los carlistas. Restableció la disciplina entre sus tropas, hizo escelentes reglamentos, tomó nuevas disposiciones, y tuvo el raro mérito de inspirar á sus soldados la mayor confianza. Bajo su mando se vió renacer la alegría y el entusiasmo entre los carlistas.

Parecia muy natural que despues de la victoria de Luchana y del levantamiento del sitio de Bilbao, Espartero tratase de sacar todo el partido posible de su triunfo, persiguiendo incansablemente á sus contrarios derrotados; pero tan mal parado quedó su ejército á pesar de la victoria, que necesitó mucho tiempo para reponerse, y tuvo que hacer grandes preparativos antes de arrojarse á proseguir las operaciones, sin embargo de que las tropas de la reina eran dueñas de dos dilatadas líneas, la del Ebro y la del Arga, dominando todo el espacio comprendido entre ellas y los puntos de Tudela, Lárraga, Puente la Reina, Pamplona, Villaba, Huerta, Urdax y Zubiri, hasta Burguete y Roncesvalles: esta era la que se denominaba línea de Zubiri.

Tambien estaba ocupado por las tropas constitucionales el territorio que se estiende desde Calahorra á Lerin, limitado por el Ebro, el Arga y el Ega: de modo que en la provincia de Navarra, solo Santa Cruz de Campezu, Estella, Cirauqui y algunos otros puntos que formaban la línea defensiva de las Amézcuas, estaban sujetas al dominio de D. Carlos. La linea del Ebro se estendia desde Calahorra por Logroño, Viana, Miranda, Puente-Larrá hasta las Encartaciones, teniendo además las tropas de Isabel, desde Logroño á Vitoria, fortificados los puntos de la Guardia, Peñacerrada, Treviño y otros varios. El ejército de Espartero, que se hallaba en Portugalete y Bilbao, podia desde allí acudir al socorro de las Castillas si se veian amenazadas, ó estendiéndose por la costa amenazar á Plencia, Bermeo y Lequeitio, é incorporarse por Galdácano, Durango, Ochandiano, Villareal y Vitoria, á las tropas que se hallaban en Alava. La lejion ausiliar inglesa, mandada por el jeneral Lacy Evans, estaba acantonada en San Sebastian,

Pasajes y Rentería, y podia combinar sus operaciones, tomando antes á Fuenterrabía, Irun, Vera y Ochandiano, con las tropas que operaban en Navarra, uniéndose á ellas por la carretera de Francia, y atacar á Hernani y Tolosa.

Sin embargo de tan ventajosas posiciones y de tan estensa dominacion; se pasaron los dos primeros meses del año de 1837 en la mas completa inaccion. Por fin á mediados de marzo se arrojaron las tropas de la reina sobre el pais ocupado por D. Carlos. Su plan de ataque habia sido meditado por largo tiempo, y concertado entre los principales jefes de acuerdo con el gobierno. Acometieron pues, por tres parajes diferentes. Evans, jeneral en jefe de la lejion inglesa, atacó el dia 10 las líneas de San Sebastian con veintidos mil hombres, y se apoderó de los reductos y atrincheramientos carlistas en las alturas de Ametzagaña. Esta solo era una operacion preparatoria que debia facilitar los movimientos de las otras divisiones del ejército cristino, llamando la atencion de sus contrarios por aquella parte: y mientras establecia la derecha de su columna central en dicho punto y la izquierda en Galzao, atacaba con otra el punto de Lasarte para caer sobre Andoain, y encaminaba otra tercera por Rentería, con direccion á la venta de Astigarraga. Estas pequeñas ventajas le costaron al jeneral inglés cerca de mil hombres fuera de combate.

El jeneral Sarsfield, que debia salir al mismo tiempo de Pamplona para combinar su movimiento con Evans, no pudo efectuarlo hasta el dia 11, en que al frente de doce mil hombres marchó á atacar el ejército navarro. Emprendió la marcha por el camino de Tolosa y al llegar al pueblo de Sarasa halló algunas fuerzas carlistas en posicion para disputarle el paso; mas le opusieron poca resistencia, y pudo proseguir adelante, en donde el infante D. Sebastian esperó á pie firme su ataque. Dejó pasar el primer ardor de las tropas de Sarsfield, y en seguida hizo una maniobra tan bien combinada y tan habilmente ejecutada, que cayendo sobre sus enemigos los derrotó haciéndoles retirar con algun desórden y causándoles muchas bajas.

El mismo dia 10 en que Evans emprendió las operaciones salió de Bilbao Espartero, y halló ocupadas por fuerzas carlistas las alturas de Santa Marina y de Galdácano y las desalojó de aquellas posiciones; mas no consiguió atraer sobre Vizcaya mayores fuerzas contrarias, por lo cual continuó su marcha el dia 13 á Zornoza y despues á Durango, en cuya villa y sus inmediaciones se acantonó los dias 14 y 15, y mandó avanzar el 16 su cuartel jeneral con la primera y segunda division hasta Elorrio.

El jenèral Evans hizo pasar el Urumea á la brigada llamada de Chichester, la cual se apoderó el dia 12 del pueblo de Loyola y de las alturas inmediatas. El principal objeto del jeneral inglés era ocupar la venta de Hernani, para lo cual dió las disposiciones que le parecieron oportunas, señalando los puntos donde debian situarse sus diferentes tropas. El dia 14 atacó por el camino real á las avanzadas carlistas, que tuvieron que retirarse, é inmediatamente se jeneralizó el fuego en toda la línea, asi de fusilería como de artillería. Con objeto de envolver la derecha de los carlistas salió Evans de Loyola, y consiguió hacerlos retirar por los bosques y colinas que se enlazan con las montañas de la venta, despues de una tenaz resistencia. Hasta las seis y media de la tarde no pudo formar Evans la columna de ataque, cuyos batallones se arrojaron sobre los parapetos carlistas, y huyendo sus defensores se apoderaron del fuerte y de dos piezas de artillería. Allí permanecieron las tropas de Evans hasta la mañana del 16, en que á las siete de ella se volvió á romper el fuego. Los carlistas fueron perdiendo terreno hasta la vega de Hernani; pero á las once, cuando el inglés daba sus órdenes para atacar el pueblo, ocupado por los carlistas, recibieron estos un refuerzo de algunos batallones y tres piezas de artillería. Entonces los soldados de D. Carlos dejaron la defensiva y atacaron á un tiempo las dos alas de la línea enemiga. En la derecha hallaron mucha resistencia; pero sin embargo, obligaron á rendirse á una compañía que se encerró en una casa: en la izquierda, pasando tres batallones el puente de Astigarraga,

y cayendo sobre el estremo de la línea, hicieron retirarse á las tropas de Evans en el mayor desórden, viéndose obligadas á abandonar todas las posiciones que habian ganado, y á volverse á las que ocupaban el dia 15. Las tropas cristinas perdieron no solo una victoria que ya creian segura, sino un número considerable de soldados, pues solo los heridos pasaron de ochocientos.

El jéneral Espartero, que se habia propuesto hacer el dia 20 un reconocimiento sobre Mondragon, donde ecsistian algunos batallones carlistas, desistió de su intento luego que supo la derrota de Evans en Hernani, y resolvió retroceder á Bilbao; pero marchando rápidamente D. Sebastian con su ejército hácia Durango pudo alcanzar la retaguardia de Espartero en Zornosa, donde hubo un choque bastante sangriento, favorable á las armas de D. Carlos, y Espartero aceleró su retirada para guarecerse en los muros de Bilbao.

La desgraciada espedicion de Gomez habia colocado al jeneral Cabrera en una apurada situacion: el fuerte de Cantavieja fué tomado por los constitucionales, y casi enteramente deshecho el pequeño ejército carlista de Aragon. Cabrera recojió los restos de este puñado de hombres y formó el proyecto de ir á presentarse á D. Carlos; pero en su marcha fué atacado por una fuerte division de tropas de la reina: imposible le fué resistir al número; quedó completamente derrotado, y con dos heridas que recibió durante el combate. Cabrera abandonó las márjenes del Ebro, donde habia sufrido tan funesto descalabro; mas tan luego como recobró la salud, se apresuró á volver al Aragon, para poner en accion todos los recursos de su vasto jenio, á fin de recobrar lo que habia perdido, y ponerse en estado de tomar nuevamente la ofensiva. En breve tiempo consiguió reunir un nuevo ejército, al cual supo animar con su celo, é inspirarle su valor. Acompañado de estos nuevos reclutas, recobró el 24 de abril el fuerte de Cantavieja, que habia perdido algun tiempo antes, cuya conquista le atrajo gran número de partidarios: sus fuer-

zas se aumentaron considerablemente; y cuando se vió á la cabeza de un ejército capaz de hacer frente á sus enemigos, concibió vastos proyectos que no tardó en poner en ejecucion. Principió por establecer sabios reglamentos, y hacer observar á sus tropas la mas severa disciplina : y desde principios de la primavera de 1837 se distinguió por muchas victorias señaladas, que hicieron temible su nombre á sus contrarios, y en lo sucesivo se le vió contrabalancear él solo todas las fuerzas reunidas del reino.

Por la parte de Valencia fué vária la suerte de las armas. El 17 de febrero salió la segunda brigada de Buñol, dirijiéndose á atacar las fuerzas carlistas que se hallaban en el pueblo de Sieteaguas; pero en vez del triunfo con que contaban los constitucionales, sufrieron una derrota, porque acometidos por sus contrarios, dispersaron estos la infantería enemiga tan luego como principiaron el ataque. Muchas veces procuraron rehacerse los infantes de la citada brigada, apoyados por su caballería, que hizo los mayores esfuerzos; mas todo fué inútil, porque cargando siempre los carlistas con mayor intrepidez, obligaron á huir á la brigada, que se retiró á Turis, con pérdida de algunos muertos, heridos y prisioneros.

Deseando el jeneral Oráa vengar las derrotas que últimamente habian esperimentado las tropas de la reina en los reinos de Aragon y Valencia, envió fuerzas respetables contra Forcadell, que se hallaba por las inmediaciones del pueblo de Sieteaguas, antes citado. Alcanzaron efectivamente la retaguardia de dicho jefe carlista, causando en ella algun desórden; mas el grueso de sus fuerzas tomó posiciones, para hacer frente á sus enemigos. Sin embargo de que se defendieron los carlistas con el mayor teson, fueron vencidos en Sot, Chulilla y en el paso de Guadalaviar, cuyos puntos ocuparon y tuvieron que abandonar sucesivamente. Mas estas ventajas eran tan efímeras para las tropas de la reina, que los carlistas recorrian libremente el reino de Valencia, y aun á veces hacian sus escursiones hasta los pueblos de Castilla la Nueva y Andalucía.

Verdad es que se vieron obligados á abandonar á Chelva, donde tenian sus depósitos y hospitales; que se les frustró el proyecto de apoderarse de un convoy que el 10 de marzo conducia el jeneral Oráa por el camino de Cati, y que les hizo sufrir algunos descalabros la columna del brigadier Nogueras; pero todos estos reveses no solo no bastaban á esterminar á los partidarios de D. Carlos, sino ni aun á amilanarlos; porque cada vez se hallaban mas animados en favor de la causa que defendian, y sus mismas derrotas servian casi siempre para aumentar su número y su entusiasmo.

En Cataluña continuaba la guerra con la misma actividad que anteriormente; pero tendríamos que llenar muchísimas pájinas si quisiéramos referir todos los encuentros que tuvieron lugar en el principado. Los ataques mas notables en los primeros meses de este año, fueron los que sostuvo en Riu de Colls la columna del coronel don Martin José Iriarte contra cuatrocientos carlistas mandados por Fabot, que quedó derrotado con pérdida de bastante jente, dejando en poder de Iriarte algunas municiones, caballerías y otros efectos: el que á las inmediaciones de la Rectoría de Fals se empeñó el 14 de enero entre la columna del coronel Azpiroz y trescientos hombres de Mosen Tristany, que tambien fué favorable á las tropas de la reina. Este partidario carlista perdió otra accion poco despues junto á Calaf, cuya villa tenia sitiada, y tuvo que desistir de su empresa con algúna pérdida. El comandante de un batallon franco, D. Francisco Bellera, hizo sufrir tres descalabros consecutivos al partidario Marcó, en Masllorens, en los campos de Vilavert y en el Coll de Lilla. Mas no siempre sufrian reveses los carlistas, sino que alternaban las derrotas con los triunfos. Mosen Tristany obtuvo un trofeo no pequeño entre Cervera y la Panadella, apoderándose de un convoy bastante considerable, despues de haber derrotado completamente la columna del coronel Oliver que lo custodiaba. Los milicianos de Mataró que se hallaban en San Pedro de Torelló hicieron una salida contra los carlistas, y estos los obligaron á huir despues de haberles causado no pocos muer-

tos. No se limitaban los partidarios carlistas á las acciones campales, ó á la ocupacion de pueblos pequeños é indefensos, sinoque atacaban las poblaciones que contaban con numerosos defensores y con los elementos necesarios para resistir: Mosen Tristany tomó por sorpresa la villa de Solsona, donde tuvo que sostener un desigual combate, porque su jente peleaba á cuerpo descubierto, mientras los de la poblacion hacian un fuego horroroso desde las casas: por último tuvo que abandonar la villa con alguna pérdida; mas tambien los defensores hubieron que llorar á muchos de sus compañeros.

Los partidarios de la Mancha, despues que se separaron de Gomez, volvieron á su método anterior de correrías. En el mes de enero, Morago, Peñuelas y Orejita atacaron los pueblos de Moral de Calatrava y Alcubillas; pero fueron rechazados por los habitantes y nacionales que se defendieron desesperadamente contra sus enemigos. Poco despues se presentó Palillo cerca de Granátula á la cabeza de una partida numerosa; marchó á su encuentro el comandante jeneral de la provincia, y le obligó á retirarse despues de haber sostenido un pequeño choque. Este mismo partidario carlista atacó á los nacionales de Bolaños, estrechándolos de tal manera, que conociendo ellos lo inútil de su resistencia rindieron las armas, confiando en la jenerosidad de sus contrarios; pero Palillo, luego que los tuvo en su poder los sacrificó, vengando en ellos el revés que habia sufrido en los campos de Granátula. Este acto de inhumanidad, de que tambien daban frecuentes ejemplos los del bando opuesto, fué causa de que Palillo no se apoderase de muchos pueblos, que se hubieran entregado facilmente, á no tener la misma suerte que los nacionales de Bolaños; por esta razon los nacionales de los pueblos se defendian desesperadamente y preferian morir con las armas en la mano, mas bien que entregarse á merced de sus enemigos.



CAPITULO XVIII.

Espedicion de D. Carlos al interior del reino.—Accion de Huesca.—Accion de Barbastro.—Sufrimientos de los espedicionarios.—Batalla de los campos de Grá.—Pasa el Ebro D. Carlos con su ejército y se reune á Cabrera.—Accion de Buñol.—Sucesos de las provincias vascongadas.—Espedicion de Zariátegui.

A pesar de las utilidades é importantes victorias que el ejército de D. Carlos habia conseguido en las provincias del Norte, no queria arriesgarse nuevamente á emprender el sitio de las plazas fortificadas. Las dos fatales esperiencias que habia hecho bajo los muros de Bilbao, probaban claramente que seria una temeridad emprender por tercera vez un sitio que podia dilatarse mucho, y que, por esta pérdida de tiempo, se debilitarian las fuerzas y el valor de sus tropas, esponiéndolas ademas á sufrir un nuevo descalabro, cuyas temibles consecuencias po-

drian ser en estremo fatales á la causa de D. CARLOS. La prudencia aconsejaba dar tiempo á que estallase el descontento jeneral que reinaba en algunas poblaciones, que mas afectas á D. CARLOS que al gobierno de Cristina, sufrian con impaciencia la dominacion de los constitucionales; pero estos por su parte, no omitian medio alguno para conservar unos puntos que solo por la fuerza retenian en su poder. D. CARLOS creyó mas oportuno, en vez de consumir sus fuerzas ante los muros de una plaza, emprender otra espedicion al interior del reino, mas poderosa y temible que todas las anteriores, sin que le arredrase el desmembrar sus fuerzas en aquellas provincias. El mismo D. CARLOS se puso al frente de la espedicion y sus soldados estaban llenos de entusiasmo. El 15 de mayo salió de Estella D. CARLOS acompañado de su sobrino D. Sebastian, de las personas mas notables de su corte, de sus mejores jenerales y oficiales de estado mayor, conduciendo dieziseis batallones con diez mil setecientas plazas, ocho escuadrones de caballería con mil hombres, de los cuales iban trescientos desmontados, y unos trescientos artilleros con los correspondientes tiros de mulas, aunque sin pieza alguna, porque esperaban que al llegar á Aragon Cabrera les cederia las que necesitasen.

En las Provincias Vascongadas quedaban treinta batallones, doscientos caballos y unas cincuenta piezas de artillería, cuyas fuerzas eran suficientes para sotener la guerra en aquellos paises.

La infantería de la espedicion iba dividida en cuatro brigadas, al mando de los jenerales Villareal, Sopelana, Cuevillas y Arroyo; y la caballería á las órdenes de Quilez, Tarin, Manolin, y otros jefes, siéndolo de estado mayor el jeneral Moreno. En todos los semblantes de los espedicionarios brillaba la mayor alegría; estas tropas se creian superiores á todos los peligros, se tenian por invencibles, porque iban á combatir en presencia de su príncipe. Al ver el contento de estos soldados hubiérase dicho que caminaban á un triunfo; y tal vez este triunfo habria sido seguro y

completo, si aquel espíritu de discordia y desconfianza que se manifestó despues de la retirada de Bilbao, no hubiera vuelto á aparecer para trastornar las operaciones mejor combinadas y disipar la esperanza de una victoria completa y decisiva. Pero tal es el funesto efecto de la discordia, que si una vez llega á jerminar en el corazon de los hombres, produce todas las temibles consecuencias que lleva siempre en pos de sí, y es imposible desarraigarla.

Muchos servicios podia haber prestado á D. Carlos en esta espedicion el jeneral Gomez, que, como ya hemos visto anteriormente, habia recorrido con su division la mayor parte de España, y del cual no hemos vuelto á hacer mencion desde que le dejamos en las provincias, de vuelta de su poco afortunada espedicion; ahora diremos que su desgracia y la envidia le habian sumido en una cárcel. En vez de hallar á su vuelta un lisonjero recibimiento, cual él se prometia, si no por haber hecho grandes cosas, al menos por sus trabajos, encontró á su príncipe enojado, porque los émulos de Gomez le habian predispuesto contra este jeneral, y mandó que se le encerrase en una prision, sometiendo su conducta al fallo de un consejo de guerra que se nombró para juzgarle. Acusáronle sus enemigos de haber desobedecido las órdenes de D. Carlos y faltado á sus instrucciones, acriminándole al mismo tiempo por su conducta en Andalucia; pero los cargos mas severos y de que mas partido sacaron sus perseguidores, fueron los que le hicieron creyendo que se habia enriquecido escandalosamente hasta con los despojos sagrados de los templos. Esta acusacion, que no pudo desvanecer facilmente, le puso en grave riesgo de perder la vida, porque D. Carlos, cuyo respeto y veneracion á las cosas sagradas han sido siempre conocidos de todos, no podia perdonar á Gomez el que hubiera querido hacer su fortuna con las alhajas de las iglesias; y aunque milagrosamente pudo salvarse, en lo sucesivo no consiguió recobrar la gracia de su príncipe. Cuando este emprendió su espedicion continuaba preso aquel jeneral. Tales fueron las causas que impidieron á Gomez acompañar á D. Carlos.

El dia 17 llegó la espedicion á Echauri, y al siguiente se dirijió á Monreal; el 20 estaba en Galipienzo y pueblos inmediatos, y el 23 entró su caballería en Gurrea. El jeneral Iribarren, dejando encargado al jeneral Buerens que cubriese su izquierda, marchó en persecucion de los espedicionarios el mencionado dia 17, y haciendo una marcha forzada desde Tudela á Tauste, el 22 estaba ya en Zuera, donde tuvo que dar algun descanso á sus tropas. Entretanto caminaba la espedicion sin recelo alguno, pasando el rio Gállego al amanecer del 23, y el 24 al mediodia, despues de nueve horas de marcha, llegó á la ciudad de Huesca. Iribarren, atento siempre á los movimientos de D. Carlos, le seguia de cerca; y luego que supo que este habia entrado en la ciudad, practicó un reconocimiento por la parte de Almudevar. Viendo que los espedicionarios estaban descuidados, creyó que cayendo repentinamente sobre Huesca, esparceria el desórden y la confusion entre ellos, y haria á todos prisioneros, incluso el mismo D. Carlos. En esta persuasion, ordenó Iribarren su infantería en tres columnas de ataque, á las órdenes de los brigadieres Conrad y Van-Halen, y á la una de la tarde se precipitaron sobre la poblacion, esperanzados de sorprender á los soldados de D. Carlos en sus alojamientos; pero afortunadamente para los espidicionarios, los cuatro batallones navarros que mandaba el jeneral Sanz, no habiendo podido hallar alojamientos, se habian quedado en la plaza pública, donde pusieron las armas en pabellones. Al primer rumor del ataque, tomaron los navarros precipitadamente sus armas, y contestando al fuego de sus enemigos, sostuvieron durante tres cuartos de hora el choque espantoso de las tropas de la reina. Esta obstinada resistencia dió tiempo para reunirse á las demas fuerzas de D. Carlos, y entonces el combate se hizo mas terrible y sangriento. El brigadier D. Diego Leon, comandante de la caballería cristina, dió una carga con sus jinetes á las masas carlistas; pero bien caro pagó su arrojo, porque cayó muerto del caballo, con otros muchos de sus soldados. Iribarren no pensó desde aquel momento sino

en tomar una pronta venganza; y jeneralizándose la accion con el mayor encarnizamiento, alcanzó á este jeneral la punta de una lanza carlista, causándole una herida, que por de pronto no se creyó grave. La accion no duró mucho tiempo, mas la sangre corrió con abundancia: de ambas partes fué considerable la pérdida; pero los espedicionarios quedaron dueños del campo, y los vencidos se retiraron á Almudevar, llevándose mas de quinientos heridos. Al dia siguiente murió en este último punto el jeneral Iribarren, de resultas de su herida.

El brigadier Conrad, comandante de la lejion francesa, tomó interinamente el mando de toda la division, mientras llegaba el jefe que habia de reemplazar al difunto Iribarren, cuyo sucesor fué D. Marcelino Oráa, jeneral en jefe del ejército del centro, que por estos dias habia llegado á Teruel, en donde recibió la órden del gobierno para que pasase inmediatamente á ponerse á la cabeza de aquellas tropas.

Entretanto los espedicionarios, resueltos á pasar el Cinca, se dirijieron á Barbastro, en cuya ciudad entraron sin oposicion. En este punto los alcanzó el jeneral Oráa, el cual para elejir posiciones y atacar á las tropas de D. Carlos con ventaja, determinó practicar un reconocimiento. A este fin reunió todas las brigadas en la cordillera de la Torre de Gracia, y las dispuso convenientemente, mandándolas avanzar á las alturas que tenia delante, desde las cuales se veia la ciudad de Barbastro. La brigada que formaba el ala izquierda llegó sin obstáculo al punto que se le habia designado; pero la vanguardia de la columna del centro, al ver que los enemigos se preparaban á embestirla, se desordenó y dispersó repentinamente, introduciendo la confusion en el resto del ejército, el cual, con el refuerzo que últimamente habia recibido, se componia de unos veinte mil infantes, dos mil caballos y diezíocho piezas de artillería. Los carlistas, que vieron la confusion que se habia introducido en las masas contrarias, acometieron osadamente y se empeñó la accion, que hubiera sido la mas

funesta de todas á las tropas de la reina, á no ser por los esfuerzos de su numerosa caballería y el sostenido fuego de metralla de la artillería, de cuya arma carecian los espedicionarios, segun hemos dicho anteriormente; pero, así como en Huesca, los carlistas quedaron dueños del campo, aunque con bastante pérdida. Oráa tuvo unos cien muertos y mas de seiscientos heridos, contándose entre estos últimos al brigadier Conrad, á quien cupo la misma suerte que á Iribarren, pues murió al siguiente dia de la accion.

Despues de este nuevo triunfo, los carlistas continuaron su marcha á Cataluña; pero la travesía fué muy trabajosa: á los calores abrasadores de la estacion y del clima, se reunieron los penosos sufrimientos de la fatiga y los horrores del hambre. El amilanamiento y la desesperacion se hubieran apoderado de otro cualquiera ejército; pero el soldado español ha dado pruebas en todo tiempo y en cualquier pais en que se haya encontrado, de ser el mas sufrido y constante del mundo. Ademas los soldados de D. Carlos, que veian á su príncipe participar de sus fatigas y privaciones, se hubieran avergonzado de proferir la menor queja. En efecto, veíase á D. Carlos, en medio de la jeneral desolacion, animar él mismo á sus soldados, ya con las palabras, ya con el ejemplo. Un dia, entre otros, que este desgraciado príncipe habia hecho toda la jornada sin tomar alimento alguno, se negó á aceptar los víveres que le presentaron, hasta que su ejército recibiese la racion, por corta que fuese entonces; y por la noche se contentó, como el último de sus soldados, con un poco de pan negro y algunos vasos de agua.

Durante esta penosa marcha fué cuando el baron de Meer, capitan jeneral de Cataluña, cuyo territorio le tocaba defender, salió al encuentro de los espedicionarios, á quienes habló el 12 de junio en los alrededores de Guisona. Tan luego como los carlistas divisaron á las tropas del Baron, tomaron posiciones, apoyando su derecha casi á la altura de Guisona, su izquierda en Grá, y prolongando su línea de batalla en una estension de media legua: al mis-

mo tiempo ocupaban con alguna fuerza los pueblos de San Martin y la Morana, contra los cuales y el de Grá acometieron las tropas de Meer. El combate se empeñó con calor en todos los puntos: los carlistas, á pesar de su estremada debilidad, pelearon como héroes; tanto que á las tres de la tarde, y despues de seis ó siete horas de fuego, aun estaba indecisa la victoria. Entonces dispuso el baron de Meer que avanzasen hácia el enemigo tres compañías del segundo rejimiento de la guardia real, las cuales apoyadas por la caballería que dió repetidas cargas, principiaron á inclinar la victoria en su favor, porque agotadas enteramente las fuerzas de los carlistas con la duracion del combate, no pudieron resistir por mas tiempo las acometidas de sus contrarios, y arrollados en el centro emprendieron la retirada, perseguidos hasta Cervera por las tropas vencedoras del Baron. Esta accion, á la que se dió el nombre de los campos de Grá, costó á los vencidos cerca de dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros; y á los vencedores, segun confesaba el mismo Baron en su parte al gobierno, un jeneral, tres jefes, cincuenta y cuatro oficiales, seiscientos cuarenta y seis individuos de tropa y cincuenta y siete caballos.

Dirijióse D. Carlos á Solsona, y desde aquí al correjimiento de Manresa, con objeto de procurarse algunos recursos en el Vallés; pero la activa persecucion que sufria y las pocas ventajas que se prometia en el principado por la falta de subsistencias, le inclinaron á trasladarse á otra provincia. En consecuencia de esta resolucion se encaminó á las Garrigas, pernoctó el 27 en Alvá y sus inmediaciones, y en la noche del 28 al 29 pasó el Ebro por Cherta, y se reunió con Cabrera. Este jeneral, ayudado únicamente de un batallon y un escuadron navarros, venció al jeneral Borso di Carminati que con su brigada se habia apoderado del paso del Ebro, y le obligó á retirarse á Tortosa, esperando Cabrera á pie firme, al otro lado del rio, la llegada de D. Carlos.

Habiendo pasado el Ebro sin ningun obstáculo, siguieron

avanzando sin obstáculo hácia Valencia: el 9 de julio se hallaba Cabrera con la vanguardia en Nules, y D. Carlos en Villareal, habiendo enviado cuatro de sus batallones á sitiar á Castellon, donde encontraron bastante resistencia; el jeneral Oráa, que los observaba desde Segorbe, aumentó sus fuerzas considerablemente con la columna de Nogueras que se le incorporó, y amenazaba caer sobre los sitiadores; tambien el brigadier Borso di Carminati se trasladó por mar desde Vinaroz á situarse en Murviedro. Esta acumulacion de tropas y el poco empeño que los carlistas tenian en tomar á Castellon, fue causa de que los cuatro batallones desistiesen de su empresa y se replegasen á Villareal para seguir adelante. El dia 10 llegó D. Carlos á Nules, y la espedicion continuó su marcha por Almenara pernoctando en Torrestorres. El 11 pasó el ejército carlista por la Calderona y Rafel Buñol, y el 12 llegó á Burjasot.

La aprocsimacion de D. Carlos á Valencia esparció la alarma en esta ciudad, creyendo sus habitantes que el objeto de los carlistas era apoderarse de la poblacion; pero aunque llegaron hasta los arrabales y algunas guerrillas dispararon unos cuantos tiros, no formalizaron ataque alguno, y continuaron su marcha á Cuarte, desde donde repartidos en tres divisiones se dirijieron á Chiva, en donde descansaron esperando que les llegasen municiones de Aragon.

El jeneral Oráa que iba en acecho de los espedicionarios se aprocsimó á ellos el dia 14; estos no creyeron á propósito esperarle en Chiva; pero al dia siguiente admitieron la batalla en las inmediaciones de Buñol, cuya accion duró desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde. De ambas partes se peleó con encarnizamiento, quedando el campo por las tropas de la reina, cuya victoria, de poca importancia por sus resultados, costó á los constitucionales la pérdida de algunos oficiales y jefes distinguidos, y mas de seiscientos hombres de tropa. Los carlistas tuvieron tambien muchas bajas, entre las que se contaron unos doscientos prisioneros, paisanos de los pueblos del tránsito, que se habian reunido á la espedicion. D. Carlos para evitar

en lo sucesivo estos golpes que, en el interior de la península podian ser en estremo fatales á su ejército, determinó retirarse á las inmediaciones de Cantavieja, donde pensaba aguardar á que llegasen las municiones y se fundieran algunas piezas de artillería.

Despues de la salida de D. Carlos de las provincias del Norte, y para vengar la derrota que Evans habia sufrido anteriormente en Hernani, resolvió el jeneral Espartero continuar las operaciones por aquella parte, y arrojar á los carlistas de las posiciones que ocupaban á la izquierda del Urumea. Despues de hacer todos los preparativos que ecsijia esta empresa, y colocadas las tropas de la reina el 13 de mayo en los puntos que se les designaron, principiaron á moverse el dia 14, y atacaron á los carlistas, haciéndolos refujiarse al pie de las alturas de Oriamendi, de donde tambien hubieron de retirarse á las posiciones de Hernani, alturas de Santa Bárbara y garganta de Arricarte, que formaban su segunda línea de defensa. Arrojados igualmente de estos puntos, buscaron su último refujio en Urnieta, donde se defendieron con mayor obstinacion; pero envuelto el pueblo por muchos batallones españoles é ingleses apoyados por la artillería, tuvieron que abandonar á Urnieta, y se retiraron hácia Andoain. De esta manera quedó en poder de los constitucionales la villa de Hernani, cuya ocupacion les costó muchísima sangre.

Los carlistas que ocupaban á Oyarzun se retiraron al acercarse las tropas de la réina en la mañana del 16, ocupando estas dicho pueblo. Despues que dejaron en él setecientos hombres de guarnicion, siguieron su marcha los constitucionales, y por la tarde principiaron el ataque del fuerte del Parque y del pueblo fortificado de Irun. Los carlistas se defendieron denodadamente, sosteniendo por espacio de veinte horas un fuego continuado, hasta que á las diez de la mañana del siguiente dia fue tomado por asalto el pueblo, y el fuerte se rindió. La plaza de Fuenterrabia capituló en la tarde del 18, quedando prisioneros de guerra los carlistas que la guarnecian, estipulando que se respetarian

las vidas, casas y haciendas de los habitantes. Ademas de la jente que perdieron los carlistas en estos ataques, quedaron privados de veinte piezas de artillería, de gran cantidad de municiones y víveres, de un arsenal, y la principal fundicion de cañones. Muy considerables fueron tambien las bajas que tuvieron los constitucionales, y especialmente los batallones ingleses que era contra quienes mas ojeriza tenian los defensores de D. CARLOS.

La posesion de Irun y Fuenterrabía por las tropas de la reina, cortaba á los carlistas la comunicacion con Francia, privándoles de este modo de los recursos que pudieran recibir por aquella parte; pero al regocijo de estos triunfos, sucedió el pesar de algunas pérdidas esperimentadas por los constitucionales. El mismo dia en que capituló Fuenterrabía, atacaron los carlistas repentinamente las posiciones de Urnieta, que antes habian perdido; y aunque fueron rechazados por el conde de Mirasol, no dejaron de causarle muchas bajas. A los dos dias se apoderaron los carlistas de Lerin, y despues de algunos otros puntos, contrabalanceando asi las ventajas obtenidas por sus enemigos. Lerin era un punto militar muy interesante, el cual servia de llave á los puestos fortificados que tenian los constitucionales en la línea de la ribera.

Las córtes constituyentes reunidas en Madrid para revisar y modificar la constitucion de 1812, terminaron sus trabajos en el mes de junio, presentando á la sancion real el código reformado. Véase aquí cómo se esplicó la reina gobernadora en el discurso que pronunció el dia 18 de dicho mes en el seno de las córtes, al prestar el juramento de hacer observar y guardar la nueva constitucion.

«Al proceder á la reforma de la ley política de Cadiz, ni habeis escuchado las sujestiones presuntuosas del espíritu de privilejio, ni atendido á las mal seguras ilusiones de una popularidad perniciosa. Por manera, que naturalmente y sin violencia ha recibido aquel código las formas y condiciones que le faltaban en parte, propias de todo gobierno monárquico representativo. En la sanción de las leyes y en

la facultad de convocar y disolver las córtes habeis dado á la prerogativa real cuanta fuerza necesita para mantener el órden; y dejando en lo demas espédita y desembarazada la accion ejecutiva del gobierno, conteneis el abuso que pudiera hacerse de aquella facultad, imponiendo la obligacion de convocar las córtes cada un año. Con haber dividido en dos secciones el cuerpo colejislativo, haceis que sea mayor la dignidad y circunspeccion en sus deliberaciones, y mas probable el acierto en sus resultados. Por último, en la base electoral dais á la opinion pública todo el influjo posible en la eleccion de los lejisladores, y se abre mas ancho campo á la espresion de los intereses y necesidades nacionales en la tribuna parlamentaria. A la tendencia y tino con que están sentados estos primeros principios, corresponden dignamente en su tendencia y economía las demas disposiciones....»

Lisonjeábase ademas en su discurso la reina rejente de que la constitucion de 1837, seria el lazo que uniria á todos los liberales, conciliando sus diferentes opiniones, y que haria feliz á la España; pero el tiempo nos ha demostrado que todo eran ilusiones, porque jamás hemos tocado las ventajas que se nos prometian con las nuevas instituciones: en su lugar solo hemos visto en contínua pugna á los poderes del Estado; las escisiones y los pronunciamentos se han reproducido frecuentemente, y asi el gobierno como los gobernados han hollado todas las leyes, obrando cada uno segun su capricho y segun las fuerzas con que contaba para sostener sus pretensiones. Hasta la misma reina gobernadora, que tantas concesiones hizo á las ecsijencias de los revolucionarios, y á quien estos prodigaban los títulos halagüeños de *Madre de los españoles, y Anjel tutelar de España*, se vió obligada por los mismos, pocos años despues, á abandonar la rejencia y á separarse de sus hijas saliendo del reino.

El jeneral carlista Uranga que habia quedado con el mando en jefe del ejército de Navarra, despues de conseguir algunas ventajas en aquellas provincias, envió al interior del reino otra espedicion al mando de los jenerales Zariátegui

y Elío para combinar sus movimientos con las futuras operaciones de D. Carlos. Cuando se supo el paso del Ebro por D. Carlos y su ejército, asustado el gobierno de Madrid habia mandado á Espartero que persiguiese á todo trance á los espedicionarios; pero ahora, doblemente sobresaltado por la nueva invasion, y admirado de semejante audacia llamó inmediatamente á Espartero, que ya se hallaba cerca de Cantavieja, para que viniese á protejer la corte.

Las fuerzas de Zariátegui, compuestas de ocho batallones y unos trescientos caballos, vadearon el Ebro el 22 de julio y siguieron á Villafranca y Montes de Oca para caer despues sobre Belorado. El 27 llegaron á Cobarrubias y Retuerta, en cuyos pueblos descansaron el 28; el 29 pernoctaron en Pinilla de Trasmonte; el 30 en Aguilera, Gumiel de Mercado y la Orra; y el 31 al mediodia llegaron á la Roa, de donde salieron á las cuatro de la tarde dirijiéndose á Peñafiel. Los nacionales de este pueblo se encerraron en el castillo, y aun dispararon algunos tiros contra los carlistas; mas estos sin hacer caso, siguieron adelante, ocupando el 1.º de agosto varios pueblos de la provincia de Segovia. Decidido Zariátegui á apoderarse de la ciudad de Segovia, se presentó al amanecer del 4 en las alturas que la dominan, y á poco tiempo quedó cercada la poblacion, rompiéndose en seguida el fuego por ambas partes. Pasadas algunas horas se dirijieron los sitiadores hácia los arrabales, ocupando el convento del Parral y algunos otros edificios, desde donde protejieron al asalto que sus compañeros dieron por la puerta de San Cebrian al huerto de Capuchinos. Los cadetes del colejio militar ecsistente en dicha ciudad, hicieron una resistencia admirable en su corta edad; pero á pesar de la obstinada defensa de los sitiados, ocuparon la ciudad los sitiadores. El jeneroso Zariátegui, para dar una muestra de que apreciaba el valor en donde quiera que le hallase, aunque fuese en sus enemigos, concedió á los cadetes una honrosa capitulacion, permitiéndoles no solo que saliesen con armas y tambor batiente, sino que sacasen todos sus equipajes y efectos del colejio, escoltándolos los mismos carlistas hasta

dos leguas de la ciudad. La milicia y demas tropa salieron sin armas; pero los oficiales de todas clases conservaron sus espadas.

Zariátegui se mantuvo en Segovia hasta el dia 10, que se adelantó por el camino del puerto, llegando sus avanzadas hasta mas acá de Torrelodones, donde se tirotearon con las de la division de Mendez Vigo, situada entre las Rozas y Torrelodones. Al dia siguiente sostuvieron dichas fuerzas un choque en los campos de las Rozas, aunque poco obstinado, siendo el resultado retirarse los carlistas á la fonda de la Trinidad, poco mas allá de Torrelodones. Entretanto el jeneral Espartero, al saber que la capital del reino se hallaba amenazada por Zariátegui, y en cumplimiento de las órdenes del gobierno de la reina, se adelantó á su division con parte de la caballería, y entró en Madrid el dia 12 por la tarde, verificándolo la infantería y el resto de la caballería al dia siguiente. La llegada de estas fuerzas en ausilio de la capital, fue contraria al ministerio, pues habiéndose dado la órden á las tropas de marchar, setenta y dos oficiales de la brigada de Van-Halen acantonada en Pozuelo de Aravaca, se negaron á seguir á sus cuerpos hasta que no se cambiase de ministros, para lo cual elevaron una esposicion á la reina rejente: y por mas que se censuró este paso tan contrario á la disciplina militar, el gobierno tuvo que ceder al despotismo de la fuerza, y la reina gobernadera admitió la dimision que hicieron los ministros.

Aprovechándose D. Carlos de la lejanía de Espartero, bajó de las alturas de Cantavieja, y encontrando la division de Buerens en Villar de los Navarros, la atacó y derrotó completamente, causándale una pérdida considerable. Sabido este descalabro en Madrid, partió inmediatamente Espartero con sus tropas al encuentro de D. Carlos, que continuó su marcha por Aragon y Castilla, llegando hasta cuatro leguas de Madrid. El ejército carlista se acampó en Arganda y D. Carlos reunió un consejo de oficiales jenerales, en el que se resolvió avanzar hasta la corte. En consecuencia llegaron algunos de sus batallones el dia 12 á la vista de Madrid,

situándose en el portazgo de Vallecas, donde sus guerrillas se tirotearon con las que salieron de la corte, las cuales hubieron de retroceder inmediatamente y refujiarse dentro de los muros. El ejército carlista no hizo mas que alarmar á la capital sin dar señal alguna de embestirla, pues á haberlo intentado, no dudamos que hubiera entrado en ella, porque no habia mas guarnicion que la milicia nacional, no acostumbrada, en su mayor parte, al silbido de las balas, y D. Carlos traia tropas aguerridas habituadas al fuego y á las penalidades.

No podemos decir las causas que movieron á D. Carlos á aprocsimarse á Madrid; lo cierto es que su intencion fué entrar pacificamente en la corte y no por la fuerza; y algunos motivos muy poderosos debió tener para concebir semejante esperanza. Viendo, pues, que esta no se cumplia, y sabiendo que Espartero se aprocsimaba con fuerzas muy considerables, hizo D. Carlos un movimiento estratéjico con intencion de situarse á la parte de Castilla la Vieja, donde podria ser apoyado por la division de Zariátegui, cuyas fuerzas se habian aumentado muchísimo con los voluntarios que se le agregaban de los pueblos por donde pasaba. Pero la reunion de los dos cuerpos espedicionarios no pudo efectuarse, porque habiendo entrado en Madrid el dia 13 el jeneral Espartero, despues de dar algun descanso á sus tropas, marchó en persecucion del ejército carlista, y se interpuso entre Zariátegui y D. Carlos, que el 17 intentó apoderarse del fuerte de Guadalajara y no pudo lograrlo por la actividad de Espartero. Este salió de Alcalá el 19 y alcanzó á los espedicionarios cerca del pueblo de Anchuelo, entre San Torcaz y el Pozo; los acometió y dispersó causándoles algunos muertos y haciendo unos doscientos prisioneros, la mayor parte paisanos agregados de los pueblos del tránsito. Aquí principiaron las victorias de Espartero y los reveses del ejército de D. Carlos, porque la retirada del frente de Madrid, fué como la señal de las desgracias que debian sobrevenirle en lo sucesivo. El entusiasmo y el valor de los soldados se debilitaron; aumentáronse

los temores, la desconfianza y la sospecha volvieron á despertar, los odios mútuos estallaron, y los partidarios de la reina sacaron de esta especie de desorganizacion ventajas que de otro modo no hubieran podido conseguir.

Despues del revés que sufrieron los espedicionarios cerca de Anchuelo, se separaron de D. Carlos Cabrera y los demas caudillos aragoneses y valencianos con sus respectivas fuerzas, los cuales, tomando la direccion de Cuenca, sostuvieron un encuentro junto á Pastrana contra el jeneral Oráa, que les causó alguna pérdida, y en seguida pasaron el Tajo por los vados y barcas de Almonacid, Zorita y Sarton. Mayor descalabro sufrieron en otra accion que les dió el referido Oráa en Arcos de la Cantera el dia 22, donde perdieron cuarenta muertos y mas de ochocientos prisioneros, entre ellos veinticinco oficiales. Pero no preveia el victorioso jeneral que el brillo de estos triunfos que ahora conseguia, habia de ser poco tiempo despues eclipsado en el Maestrazgo por uno de los mismos caudillos carlistas que acababa de derrotar.

Entretanto, como las tropas de la reina estaban distraidas con los otros espedicionarios, Zariátegui recorria desahogadamente la Castilla. Se apoderó de los fuertes del Burgo de Osma y de Lerma; el 13 de setiembre entró en Aranda de Duerò, de donde salió el 16 con direccion á Tudela, y el 18 se presentó en la Cestérniga, con ánimo de avanzar á Valladolid. Conociéndose en dicha ciudad la intencion de los carlistas, y no creyéndose con fuerzas suficientes para contrarestarles, se determinó admitirlos sin oposicion, evacuando anticipadamente la poblacion los nacionales, la tropa y las autoridades.

El jeneral Zariátegui, en vista de la buena acojida que halló en Valladolid, se condujo sin violencia alguna y á satisfaccion de los habitantes, los cuales sufrieron mas tropelías de las tropas del baron de Carondelet, que llegaron poco despues en su defensa, que de sus mismos enemigos. Zariátegui permaneció en Valladolid hasta el dia 24 que llegó Carondelet con su division á la vista de la ciudad, é inme-

diatamente se principió la batalla, la cnal fué contraria á los carlistas, aunque pelearon y sostuvieron el combate con obstinacion: tuvieron unos setenta muertos y cerca de doscientos heridos; pero tambien Caronáelet esperimentó un número considerable de bajas.

Zariátegui abandonó á Valladolid, y se dirijió nuevamente á Aranda de Duero, donde se reunió con el ejército de D. CARLOS; pero ya era demasiado tarde, porque el entusiasmo de las tropas carlistas, se habia estinguido. El pais se hallaba poco provisto de subsistencias para mantener tan crecido número de hombres, que no tardaron en verse espuestos á sufrir los horrores del hambre. Este nuevo azote, junto con las fatigas de una marcha forzada, introdujo la desmoralizacion en el ejército espedicionario, anteriormente tan bien disciplinado y lleno de aquel noble ardor que sabe vencer sin gran trabajo todos los obstáculos. El descontento y la desconfianza se manisfestaron altamente: acusóse á los individuos de las desgracias que solo la fuerza de los acontecimientos habian atraido sobre el ejército, y se abandonaron sin reserva á las espresiones injuriosas, á las manifestaciones de odio y de envidia. A tal esceso habia llegado la insubordinacion, que para evitar mayores males fue preciso determinar la retirada jeneral, porque las disensiones sobrevenidas en el ejérito carlista le habian puesto en estado de no poder resistir á los esfuerzos de sus enemigos, y mucho menos de emprender cosa alguna. Por esto las dos espediciones reunidas emprendieron su marcha por Gumiel de Izan con direccion á las provincias del Norte, para ocupar nuevamente sus antiguos acantonamientos, de donde con tantas esperanzas salieron, y á los cuales volvian en tan mal estado.

Tal fue para los carlistas el deplorable resultado de esta campaña, combinada con tanta sabiduria, conducida con habilidad y ejecutada con heroismo, aunque desgraciada al fin. D. CARLOS tenia motivos poderosos para confiar en el buen écsito de sus proyectos, por mas que estos no llegaron á realizarse. ¿No se le vió al principio de su espedicion mar-

char de victoria en victoria á la vista de un ejército mucho mas numeroso que el suyo y con mayores elementos para combatir? Nada era capaz de detener entonces á sus intrépidos defensores, cuyos triunfos vino á paralizar la desunion de sus jefes, haciendo vanos sus esfuerzos y destruyendo su entusiasmo. Sin embargo, á estos soldados se les calumnió por sus contrarios, presentándolos á la faz del universo como bárbaros incapaces de subordinacion, ávidos de sangre, y que se derramaban como un torrente por los campos, saqueándolo todo y dejando siempre en pos de sí desolacion y ruina. Verdad es que devastaban entonces la España algunas hordas de ladrones que, tomando el nombre de carlista, no habia jénero de atrocidades que no cometiesen; pero digan, si quieren, de buena fé los enemigos de la causa carlista, si aquellos bandidos podian pertenecer ó realmente pertenecian á partido alguno. No eran otra cosa que unos malhechores, la mayor parte perseguido por los tribunales, y que careciendo de medios honrosos para vivir, se retiraban á los montes, donde formaban cuadrillas, y de los cuales descendian para robar y asesinar lo mismo á carlistas que á liberales. De consiguiente nuestros lectores conocerán facilmente por los hechos que hemos referido en este tomo, que no deben confundirse jamas á los verdaderos carlistas, con aquellos salteadores.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

de las materias contenidas en este tomo.



HISTORIA

DE

DON CARLOS

Y DE LOS PRINCIPALES SUCESOS

DE LA GUERRA CIVIL

DE ESPAÑA,

POR D. R. SANCHEZ.

TOMO II.



MADRID: 1844.
Imprenta de TOMAS AGUADO y Compañía,
CALLE DE LA ENCOMIENDA, NUM. 17.

HISTORIA

DE

DON CARLOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Estado político de España á mediados de 1857.—Insurrecciones militares de Peñafiel, Bilbao, Hernani, Miranda, Vitoria, Logroño, Pamplona, etc.—Espedicion de D. Basilio García.—Accion de Baeza y Ubeda.—Accion de Castril.—Prision y muerte de Tallada.—Operaciones de los ejércitos del Norte.—Idem de los de Aragon, Valencia y Cataluña.

Triste y lamentable espectáculo presentaba la desventurada España á mediados del año 1837, porque ademas de hallarse devastada por los furores de la guerra civil, cada vez mas encarnizada, era tanto lo que trabajaban los clubs de los revolucionarios, esas sociedades secretas, denunciadas por los ministros de la reina en el congreso de Dipu-

tados, que consiguieron desmoralizar el ejército constitucional de tal manera, que nadie se creia seguro ni aun en su misma casa; porque las armas entregadas á los soldados para protejer al honrado y pacífico ciudadano, se empleaban en vejarle y aun asesinarle. La mayor parte de los nacionales del reino llegaron á mirar á los soldados de la reina como á enemigos, por las tropelías que cometian en los pueblos, y aun en las ciudades de primer órden no faltaron ocurrencias desagradables entre la tropa y la milicia.

Hemos referido en el último capítulo del tomo primero la insubordinacion militar de Pozuelo de Aravaca, que quedó triunfante del gobierno de la reina, consiguiendo derribar á los ministros; ahora veremos como no fué única esta insurreccion, sino que parecia un plan combinado para que estallasen otras mas lamentables á un mismo tiempo en diferentes puntos y en casi todos los cuerpos del ejército constitucional.

En la villa de Peñafiel, la guarnicion, compuesta de unos cuantos soldados y un sarjento, en ocasion que el oficial se hallaba ausente, trataron de asesinar y robar á los mas pudientes del pueblo y formar luego una partida de bandidos apropiándose el nombre de carlistas, ó pasarse al ejército de D. Carlos, para deshonrar sus filas con su presencia.

En Bilbao se negaron muchos soldados á obedecer á sus jefes, y en Hernani la soldadesca alborotada quiso matar al conde de Mirasol su jefe; y aun cuando este pudo salvarse, perecieron dos oficiales. En Miranda de Ebro, la noche del 16 de agosto, fué asesinado por unos soldados del provincial de Segovia el jeneral Escalera, que interinamente mandaba el ejército en ausencia de Espartero. A los dos dias llegó la noticia de estos sucesos á Vitoria, donde los soldados siguieron tan fatal ejemplo, asesinando al gobernador D. Liborio Gonzalez, al jefe de la plana mayor, Lopez, al presidente de la diputacion provincial y á otros sujetos, pretestando los asesinos, para cohonestar sus atrocidades, que eran enemigos de las instituciones que rejian.

El 23 de dicho mes dieron los soldados en Logroño señales de insurreccion, haciendo temer los sangrientos escesos de otros puntos; y para sosegarlos fué preciso vender las alhajas de las iglesias y distribuir su producto entre la tropa. No sucedió así en Pamplona, donde los batallones de tiradores sublevados bañaron sus manos en la sangre del jeneral Sarsfield y del coronel Mendivil. Iguales escenas de horror hubieran acontecido en Viana poco tiempo despues, á no ser por la firmeza del gobernador militar D. Ramon Corres, el cual se apoderó de los sediciosos y los hizo ajusticiar, para que sirviesen de escarmiento, y evitar que en lo sucesivo se repitiesen tan criminales escesos.

Tantas insurrecciones, tan atroces atentados cometidos por los mismos que tenian obligacion de evitarlos, amenazaban una completa disolucion social, y dieron márjen á que los periódicos estranjeros se espresáran en términos poco satisfactorios para el partido que dominaba en España. Véase cómo referia estos sucesos el *Monitor* en su número del 2 de setiembre.

«Los furores del partido revolucionario ya no conocen »límites, y parece que proceden con arreglo á un plan »preparado de antemano. Es evidente que los asesinos que »envilecen el ejército español, tienen por objeto amedren»tar las poblaciones y alejar á la parte sana de los habitantes »de las elecciones prócsimas. Es preciso notar en las insur»recciones militares que se suceden en España de dos me»ses á esta parte, un conjunto de horrores que solo puede »pertenecer á un sistema de desorganizacion ideado por los »clubs revolucionarios. En efecto, á los gritos de *Nos falta »el sueldo* y *Mueran los traidores*, es como los desgraciados »instrumentos de estas instigaciones, cometen los mas infa»mes asesinatos.

»A principios del mes último ha estallado la insurreccion »en Hernani, Bilbao, Castro-Urdiales y otros muchos pun»tos de España: lo mismo ha sucedido el 15 de este mes en »Miranda de Ebro, donde fué asesinado el jeneral Escalera. »Dos dias despues estallaron iguales escenas de horror en

»Vitoria, en cuya ciudad fueron sacrificados por los asesi»nos el gobernador, su jefe de estado mayor, un individuo »de la diputacion provincial, el redactor del *Boletin de Alava* »y otros, hasta trece personas. A consecuencia de esta in»surrecion, en la cual han desempeñado el principal papel »dos compañías del rejimiento de Almansa, y apoderados »de la ciudad los revoltosos, han nombrado una junta que »ha elejido por gobernador de Vitoria á un tal Echa»luce.

»Ademas de este espantoso acontecimiento, cuya no»ticia circula hace muchos dias, tenemos que dar cuenta á »nuestros lectores de un hecho del mismo jénero, que ha te»nido lugar en Pamplona el sábado último: hé aquí la rela»cion que nos ha trasmitido un testigo ocular:

«Pamplona 26 de agosto, á las cinco de la tarde.—Esta mañana, entre nueve y diez, los batallones primero y segundo de tiradores de Isabel II, y un escuadron, que entre todos compondrán de siete á ochocientos hombres, han dejado sus acantonamientos de Zizur Mayor y Zizur Menor, bajo las órdenes del coronel D. Leon Iriarte, y se han presentado con el mayor órden en una de las puertas de Pamplona, forzando y arrestando la guardia. En seguida, tomando posesion de todos los puestos, se han establecido militarmente en el interior de la ciudad. Las autoridades se han reunido al momento en la casa de ayuntamiento, y enviado á llamar al coronel Iriarte, á los oficiales superiores de los tiradores y á los jefes de los cuerpos de la guarnicion, para pedirles esplicaciones sobre lo que acababa de ocurrir. El coronel Iriarte, asi como los dos jefes de batallon de los tiradores, han contestado que de ningun modo eran ellos responsables de los hechos. «Esta mañana, han dicho, al tiempo de tomar las armas nos intimaron los sarjentos y cabos, lo mismo que á los demas oficiales del cuerpo, que nos hallábamos arrestados; pero que nos devolverian el mando á condicion de que los condujésemos á Pamplona, para hacer que se les pagasen los sueldos atrasados. En tal estado de cosas, y para evitar mayores desórdenes, hemos vuelto á tomar el mando y con-

ducido los batallones á Pamplona. Si VV. necesitan otras esplicaciones, diríjanse á los sarjentos y cabos, y se las darán mas detalladas.»

»Han llamado pues, á los sarjentos que se han presentado en masa ante las autoridades, con una arrogancia inconcebible. Interrogados sobre aquellos hechos, han contestado unánimemente que este movimiento ha sido producido por el estado apurado en que se hallan; y que si de los tres meses que se les debian se les pagaba al menos uno, se comprometian á mantener la tranquilidad. Las autoridades han accedido á esta proposicion; pero como no llenaba el objeto de los instigadores, algunos instantes despues volvieron á entrar los sarjentos, y manifestaron que no teniendo confianza en las autoridades de Pamplona, querian destituirlas y nombrar otras á gusto suyo. Mientras esto sucedia en las casas consistoriales, varias patrullas de tiradores iban prendiendo en sus mismas casas á varios notabilidades de la ciudad, entre ellas al jeneral Sarsfield. Pocos momentos despues, habiendo tomado sobre sí el nuevo gobernador el empeño de satisfacer las ecsijencias de los revoltosos, obtuvo de ellos que pusieran en libertad á los individuos que acababan de arrestar; mas al tiempo de volver á sus casas muchos fueron asesinados, entre ellos el jeneral Sarsfield, en medio de la plaza del Castillo, y el coronel Mendivil, en su propia casa.

»En el intervalo de esta horrible escena, otra nueva diputacion de los sarjentos de tiradores se presentó ante las autoridades, que permanecian reunidas en la casa del ayuntamiento, para intimarles que ecsijian otras condiciones mas que el pago del sueldo, y que habian encargado á una comision que redactase las bases de un nuevo sistema de gobierno; pero como el desórden era ya jeneral, una parte de las autoridades, temiendo sufrir la misma suerte que las desgraciadas víctimas de los revolucionarios, han apelado á la fuga, dejando el campo libre á los revoltosos.

»He aquí el estado de las cosas en este momento: Vitoria se hallaba en poder de los sarjentos: doce personas han

sido asesinadas, y la ciudad es presa de los tiradores de Isabel II.»

»Despues de leer semejante hecho, recuerda uno las »correrías de los emisarios de los clubs de Madrid, que se »han notado repetidas veces en el trascurso del mes último, »y viene á la memoria el viaje de Aviraneta á la costa de »Cantabria, su paso por Francia á Cataluña, y su retorno á »Madrid, donde ha procurado, solo en la forma, disculpar»se de su participacion indirecta en la insurreccion de Her»nani. Desde entonces ha circulado la voz de que este per»sonaje tenia la mision de ir á instruir á los instigadores del »ejército, de la conducta que habian de observar para ase»gurar al partido ecsaltado la mayoría en las elecciones.

»Por lo demas, los medios empleados al efecto son muy »dignos de los miserables que ya anteriormente habian hecho »asesinar á los jenerales Canterac, Bassa, Quesada y otros »muchos infortunados que tuvieron la desgracia de disgus»tarles queriendo hacerles entrar en el órden.

»En este momento la desercion deja grandes vacíos en »la guarnicion de Pamplona y en los cuerpos acantonados »alrededor de la ciudad. Los soldados que abandonan de es»te modo sus banderas, se dirijen hácia el Carrascal, pais »montañoso situado al sudoeste de Pamplona, que es el an»tiguo teatro de las hazañas del célebre Mina durante la »guerra de la independencia. Al llegar allí se organizan »en bandas independientes, que no reconocen ni la autori»dad de la reina ni la de D. Carlos, y que se apoderan in»diferentemente de cuanto cae en sus manos.»

Véase, pues, aquí la verdadera causa de las depredaciones, asesinatos y robos cometidos durante esta guerra fatal; pues desde el principio de ella hubo desertores que se aprovecharon de la desorganizacion de España, para cometer impunemente toda clase de crímenes. Los enemigos de D. Carlos atribuian, como ya dijimos, todas estas atrocidades á los carlistas, y cuando un jefe de la reina encontraba una partida de quince ó veinte de estos salteadores y les mataba uno ó dos hombres ponia un parte estenso y deta-

llado en que se gloriaba de haber atacado á un cuerpo carlista, al cual habia muerto un número considerable de hombres y herido muchos mas. De aqui tantos encuentros y victorias que dieron márjen á multitud de fábulas que escitaron la risa de los mas graves lejisladores. El noble lord Mahon, despues de haber protestado en la Cámara alta contra la intervencion de la Inglaterra en los asuntos de la península, esclamó:

«Esa España, por la cual se nos imponen tantos gastos, en ninguna otra época de su historia se ha visto sumerjida en situacion mas deplorable. Escuchad! Es necesario, ya que se ha rehusado contestarme, que yo reitere una pregunta que, en otra ocasion, dirijí á lord Palmerston; pero yo quisiera una respuesta categórica: ¿estamos en guerra con la España? ¿sí, ó no? ¿seré esta vez mas afortunado? Quisiera que asi fuese; pero el sistema político de lord Palmerston ha colocado al pais en tan funesta posicion, que es muy dificil determinar si estamos en paz ó en guerra con la España; mas bien puede decirse que es la paz sin reposo, y la guerra sin honor. Sin duda alguna, los tratados firmados en nombre del pais deben ejecutarse fielmente; pero la Inglaterra no tiene derecho para intervenir tan ámpliamente como lo ha hecho.

«En el estado actual de degradacion del pueblo español, la cuestion de la sucesion á la corona no es de importancia alguna en el equilibrio de las potencias europeas. Hubiera sido cien veces mejor dejar á la nacion española arreglar por sí misma esta cuestion interior, y abstenerse de suministrarle hombres y dinero. Pero lord Palmerston está lejos de pensar asi: no contento con las disposiciones de la cuádruple alianza, ha hecho añadir á este documento artículos adicionales, y ha intervenido del modo menos escusable en los asuntos de España. La revocacion, por su influencia, del acta de alistamiento para el estranjero, ha sido la señal de reunion para diez mil ingleses, bajo las banderas de la reina de España; desgraciados reclutas, que han sufrido, desde su enganche, todas las privaciones mas penosas, esperando el dia, probablemente prócsimo, de su completa destruccion. ¿Será

necesario hacer observar á la Cámara cuán diferente ha sido la política seguida anteriormente por la Inglaterra, de este sistema tan fecundo en desastrosas consecuencias? ¿Sirvió jamas á una causa estranjera, vendiéndole municiones de guerra que no le valiesen ni gracias ni dinero? El noble lord no ha temido, pues, pasar por tales tratos, una de cuyas condiciones, tácita, pero posible, es el riesgo de hacer nacer una guerra jeneral!

»Estas contratas desventajosas han costado ya á la Inglaterra mas de medio millon de libras esterlinas, y el único producto que ha sacado de tantos desembolsos, ha sido la satisfaccion de leer, dos veces por semana al menos, en la Gaceta de Madrid: *Todos los carlistas han sido esterminados; ya no hay facciosos!* Uno de mis amigos se ha tomado la molestia de formar un cálculo curioso; ha contado el número de carlistas muertos en diferentes encuentros, y la suma total asciende á trescientos treinta y nueve mil ciento veintinueve. De modo que componiéndose el ejército carlista de treinta mil hombres lo mas, resulta que cada soldado habrá sido muerto ocho ó nueve veces.»

A estas burlas daban lugar los ecsajerados partes oficiales de los jefes del ejército de la reina. Otros cálculos se han hecho todavía, que no parecen menos ridículos: se han contado los cañones tomados en diferentes veces, y ha resultado que D. Cárlos debió perder sesenta mil piezas de artillería. Pero dejemos esto para pasar revista á hechos mas importantes.

Aunque la última espedicion carlista no habia terminado conforme á los auspicios lisonjeros de su salida, dominaba en la corte de D. Carlos cierto espíritu aventurero, y el deseo de ensanchar los límites de su dominacion. Verdad es que las pérdidas esperimentadas por D. Carlos habian sido de alguna consideracion; pero estas se compensaron con otras muchas ventajas: ademas habia un número considerable de probabilidades en favor de los carlistas, y quisieron tentar nuevamente la suerte por si se les mostraba menos adversa que antes. Cualquiera espedi-

cion manifestaba la audácia de los que la emprendian, y servia para indagar lo que podia esperarse de los pueblos, las mutaciones que el trascurso del tiempo y el desengaño hubiesen obrado en sus sentimientos; para informarse de sus recursos y medios de resistencia; desmembraba las fuerzas del ejército de la reina, las fatigaba con correrias, y por último conseguian algunas veces por este medio acrecentar los medios de ecsistencia con que contaban, dando al mismo tiempo una idea de su valor y arrojo.

Determinados los ministros de D. Carlos á llevar á cabo nuevas invasiones á lo interior del reino, elijieron desacertadamente á D. Basilio Garcia, pues bien fuese por su falta de intelijencia, bien por su mucha desgracia, este jefe fué de todos los jenerales de D. Carlos el que menos habilidad mostró para conducir sus tropas. Pusieron á sus órdenes cinco batallones y dos escuadrones, con cuyas fuerzas emprendió la espedicion á fines de 1837, y en la noche de 29 de diciembre pasó el Ebro por un vado cerca de Mendavia, atravesando con rapidez el terreno que le separaba del Moncayo. Al principio dirijió su marcha hácia Aragon; pero despues torció á la derecha encaminándose á la provincia de Cuenca. Como sus fuerzas eran muy escasas, avisó á los caudillos de la Mancha y de Aragon para que se uniesen á él, y efectivamente, el 26 de enero se le incorporó en Alcaraz Tallada, comandante jeneral carlista de Valencia, que desde Chelva se encaminó á aquel punto. Tuvieron consejo para deliberar la marcha que deberian adoptar, y resolvieron dirijirse á Murcia; pero noticiosos de la procsimidad del jeneral Ulibarri, que iba en su seguimiento con la segunda division del ejército del Norte, tomaron el camino de Andalucía. El 2 de febrero entró D. Basilio en Siles, y reforzado con la caballería de Palillo, se trasladó á Veas para encaminarse despues al reino de Jaen.

Entretanto fué relevado el jeneral Ulibarri por el brigadier Pardiñas, y en seguida, incorporando el jeneral Sanz sus fuerzas con las de la segunda division, se puso al frente de todas ellas. D. Basilio, que precedia á Tallada,

pasó el dia 4 de Villacarrillo á Ubeda; y sabiendo en este punto que los contrarios estaban á corta distancia, aguardó á que se le reuniese su compañero para oponerse juntos á un enemigo tan superior en número; pero Tallada, que se hallaba en Baeza, se vió impensadamente acometido en la mañana del 5 por las fuerzas del jeneral Sanz. Pasados los primeros momentos de sorpresa, la jente de Tallada corrió á buscar amparo en D. Basilio, que como ya hemos dicho, esperaba en Ubeda: mas antes de unirse á él y al pasar por Encinarejo, dieron en una emboscada que les tenian preparada sus enemigos, y fueron acuchillados por la caballería, quedando muchos tendidos en el campo. D. Basilio, que habia empeñado el combate hácia la Torre de Pedro Jil, viendo que su reunion con Tallada era imposible, se trasladó con su jente á los ejidos de San Lázaro, adonde llegaron poco despues dispersos y sin aliento los de Encinarejo. Este espectáculo desanimó en gran manera á los soldados de D. Basilio; sin embargo, procuraron sostenerse; pero á pesar de su resolucion, acometidos por la caballería lijera de Pardiñas y por el rejimiento de Córdoba al mando del coronel Urbina, fueron derrotados y obligados á retirarse aceleradamente, dejando en poder de las tropas vencedoras mas de mil prisioneros.

Dirijiéronse los espedicionarios á Murcia con objeto de recorrer en el menos tiempo que les fuese posible, el terreno que los separaba del Júcar, para atravesar este rio y volverse cada uno á los paises de donde habia salido; pero el aturdimiento que se habia apoderado de D. Basilio y de los demas jefes de la espedicion, no les dejó conocer los inconvenientes que podia tener el plan que tan lijeramente habian adoptado, y pagaron bien cara su imprevision; porque cuanto mayor fué antes el temor de los pueblos de verse invadidos, tanta mas audácia cobraron para defenderse y hostilizar á los espedicionarios, cuando supieron que habian sido derrotados. De manera, que estrechados por diferentes puntos, caminaban sin concierto y solo á la ventura. Llegaron el dia 27 de febrero á las orillas del Gualdar, cerca de Cas-

tril, y echaron un puente para atravesar dicho rio; mas cuando estaban ocupados en esta operacion, cayó sobre ellos de improviso la division del brigadier Pardiñas, y aun cuando le hicieron frente los espedicionarios, el aturdimiento causado por la sorpresa y la impetuosidad del ataque, impidieron que presentasen gran resistencia. Así que, la accion fué breve y de las mas fatales á los carlistas, porque ademas de los muchos que murieron á manos de sus contrarios, perecieron ahogados un número considerable. Los que pudieron salvarse en esta desgraciada accion, huyeron apresuradamente en el mayor desórden. Tallada pudo escapar con unos pocos de los suyos y ocultó su nombre y graduacion para no ser descubierto por los perseguidores. Mas le hubiera valido morir con honor en el campo de batalla, que sufrir la suerte que le estaba reservada. Hallándose el 6 de marzo en un cortijo de la jurisdicion de Barrax, fué sorprendido por los nacionales de dicho pueblo, que le llevaron preso á Chinchilla. Al principio se creyó que se respetaria su vida como prisionero; pero parece que poco tiempo antes habia tenido Tallada un encuentro en Iniesta con una columna de la reina compuesta de doscientos cincuenta hombres, y despues de obligarles á rendir las armas como prisioneros, habia hecho fusilar al jefe que la mandaba y seis oficiales mas. Formáronle, pues, consejo de guerra, y el dia 13 de marzo fué pasado por las armas en la plaza de Chinchilla.

D. Basilio Garcia se dirijia entretanto á Ciudad-Real, con la esperanza de conquistarla en union de los caudillos manchegos, tan repuesto de su anterior derrota, con la jente que se le habia reunido, que contaba con cuatro mil infantes y unos seiscientos caballos. Aprocsimóse primero á Almaden, cuya poblacion ocupó sin causar daño alguno en sus minas y fundiciones. Hallábase nuevamente de gobernador de la provincia el mismo Flinter, que fué hecho prisionero por Gomez; pero que supo fugarse poco tiempo despues de su prision. Flinter se limitó á observar los movimientos de los espedicionarios, acechando una ocasion favorable para caer

sobre ellos. No tardó esta en presentársele, pues sabiendo que se hallaban tranquilos en Valdepeñas, los acometió antes de amanecer el dia 14 de marzo, los obligó á evacuar el pueblo, y empeñado el combate en el campo, consiguió rechazar á los carlistas con bastante pérdida en muertos y heridos, haciéndoles mas de doscientos prisioneros. Tales eran los reveses esperimentados por las tropas de D. Basilio Garcia, cuya espedicion fué de las mas funestas á las armas de D. Carlos.

Poco despues de haber salido de las provincias esentas esta espedicion, intentaron los consejeros de D. Carlos enviar otra, para que obrando en combinacion con la primera llamase por otro lado parte de las fuerzas que iban en su persecucion; y aunque por entonces no pudieron conseguirlo por haber acudido inmediatamente á los vados de San Martin y Casa Peña los jenerales Zurbano y Ribero, que obligaron á retirarse á los batallones preparados para esta empresa, lo verificaron mas tarde, como luego veremos.

El dia 2 de enero hubo un encuentro entre las tropas carlistas que ocupaban la carretera de Tafalla, y el virey de Navarra, empeñado en dejar espedito el camino: el combate fué obstinado, y el virey salió con su empresa, aunque á costa de una pérdida muy considerable. El 14 de dicho mes fué acometido por los carlistas en las inmediaciones de Pamplona, el jeneral D. Diego Leon, que custodiaba un convoy para dicha ciudad, y aunque le causaron bastante daño, tuvieron que retirarse con pérdida de trescientos hombres. Por este tiempo sitiaron la plaza de Balmaseda dieziseis batallones carlistas y dos escuadrones con una bateria, lo cual sabido por el jeneral Espartero, acudió en defensa de la plaza con el grueso del ejército, y el dia 30 acometió á los sitiadores haciéndoles levantar el asedio. Estos se retiraron á los defiladeros de Orrantia, de donde fueron tambien arrojados al dia siguiente por el mismo jeneral, quedando así espeditas las comunicaciones con Balmaseda. Otro descalabro sufrieron las tropas de D. Carlos en los últimos dias del mismo mes en el puente de Belascoain, donde fueron

acometidos por el jeneral Leon. Esta posicion era de suma importancia para los carlistas, porque los hacia dueños del Arga. Empeñados, pues, en conservar aquel punto, y los constitucionales en arrojarlos de él, se sostuvo por una y otra parte el combate con la mayor obstinacion y encarnizamiento: por último la suerte se declaró contra los carlistas, que á pesar de sus esfuerzos hubieron de abandonar el puente á un contrario mas afortunado, dejando tambien en su poder mas de doscientos cincuenta prisioneros.

Estas fueron las principales acciones que tuvieron lugar en las provincias del norte á principios de 1838; pero aunque gloriosas en su mayor parte á las tropas de la reina, eran estériles en resultados positivos, porque Espartero, apenas tomó posesion de Balmaseda, tuvo que evacuarla retirando sus tropas hasta Medianas; es decir, cediendo á los carlistas el mismo terreno que antes ocupaban, perdiendo los constitucionales su preponderancia moral, y mas de quinientos hombres.

En Aragon y Valencia iban tomando cada vez mayor incremento las armas carlistas dirijidas por el activo y audaz Cabrera. Al comenzar el año de 1838 contaba este jeneral con dieziseis batallones, nueve escuadrones y dieziseis piezas de artillería de varios calibres. Estas fuerzas las tenia repartidas en divisiones, y bajo su mando servian los demas caudillos de Valencia y Aragon, cuyos reinos eran esclusivamente el teatro de sus operaciones militares. Ya no obraba Cabrera segun las inspiraciones ó las instrucciones que recibia de Navarra; solo se dirijia por su propia voluntad, y disponia independientemente de sus fuerzas y de sus recursos. Al mismo tiempo que la suerte se mostraba contraria á las espediciones que D. Carlos enviaba á lo interior del reino, Cabrera era mimado de la fortuna; y para aprovecharse de ella se decidió á tomar la ofensiva contra los puntos fortificados que hasta entonces habian resistido á todos los esfuerzos. Con el objeto de dedicarse esclusivamente á las operaciones militares, estableció una junta gubernativa en Mirambel, compuesta en su mayor parte de

eclesiásticos, y presidida por el conde de Cirat, á la cual encomendó los cuidados de la administracion y provision de su ejército. Libre Cabrera por este medio de cuanto podia entorpecerle para la realizacion de sus planes, emprendió el ataque contra Bernicarló. El 24 de enero sitió la poblacion con cinco batallones, cuatro escuadrones, y cinco piezas de grueso calibre, dirijiendo todos sus esfuerzos contra la iglesia, que era el principal punto fortificado. El fuego no cesaba de dia ni de noche, y los sitiados le sostenian vivísimo de fusilería. Viendo Cabrera que nada adelantaba á pesar de sus esfuerzos, resolvió aumentar los medios de destruccion, y el mismo dia 27 puso en juego dos morteretes, con los cuales consiguió arrojar dentro de la iglesia cinco bombas y muchas granadas que causaron bastante daño en los sitiados. La guarnicion y milicia nacional trabajaron lo que no es decible para defenderse dentro de aquel edificio; pero hallándose prócsima á desplomarse la mitad de la iglesia, por haber destruido casi enteramente las balas de á dieziseis una de las pilastras que sostenian la media naranja, el campanario completamente arruinado, y sorteadas las compañías carlistas para dar el asalto, pidieron los sitiados capitulacion y les fué concedida. Cabrera ocupó á Benicarló, mandó conducir los prisioneros á los depósitos, y despues de ecsijir á la poblacion ocho mil duros de contribucion, y de hacer destruir enteramente las fortificaciones, la abandonó para marchar contra otra plaza de mas difícil acceso, pero mucho mas interesante, cuya conquista hacia tiempo que meditaba el caudillo tortosino. Esta plaza era Morella, colocada en una fuerte y elevada posicion, entre los confines de Aragon, Valencia y Cataluña, la cual por su situacion local podia proporcionar múchos recursos, y una vez dueños de ella los carlistas, podia servirles de punto céntrico para sus operaciones sucesivas, y establecer en ella con toda seguridad sus hospitales y almacenes. Cabrera, conocedor de todas las ventajas que ofrecia la posesion de Morella, tenia puesta en los vecinos montes de Beceite una corta fuerza en observacion de

la plaza, que habia sostenido varias escaramuzas contra la guarnicion en las repetidas salidas que esta habia hecho para sorprender algunos destacamentos carlistas. Un dia se presentó á uno de los jefes del bloqueo un artillero fugado de la plaza y le ofreció introducir en el castillo alguna fuerza carlista que sorprendiendo á la guardia se apoderase del castillo y protejiese la entrada de las demas tropas en la poblacion. El jefe á quien se dirijió el artillero desechó la propuesta creyéndola irrealizable por aquellos medios; mas habiendo llegado á noticia de Cabrera mandó que se pusiese por obra inmediatamente, ofreciendo recompensas no solo al que debia dirijir la empresa, sino á los que le acompañasen.

El desertor, que habia tomado esactamente con unas cuerdas la medida de la altura de un peñasco desde el cual podia treparse para asaltar el castillo, hizo una escalera tan larga como las cuerdas, y para que no causase el mas leve ruido la forró de trapos. Dispuesto todo al efecto, en la noche del 25 al 26 de enero, entre una y dos, cuando mas descuidados estaban los centinelas, por la grande nevada que estaba cayendo, y protejidos por lo encapotado del cielo, marcharon en compañía del artillero unos veinte hombres, que con grande silencio, y seguidos á corta distancia de mayores fuerzas, se acercaron al sitio designado. Llegados á él, por medio de la escalera subieron al peñasco, y desde éste á la plataforma, donde sorprendieron al único centinela que encontraron, el cual fué muerto por el artillero que iba delante. Estendiéronse rápidamente por el castillo, y acometiendo á los soldados que estaban en el cuerpo de guardia, lograron encerrarlos en él, escepto á unos treinta hombres que pudieron escapar con un oficial, y corrieron á dar parte de lo ocurrido al gobernador de la plaza. Este reunió al instante la tropa que tenia en el cuartel, dió la señal de alarma con una campana que tenia en su casa, y se encaminó á reconquistar el castillo; pero hallando la puerta cerrada, llamó finjiéndose amigo. Los carlistas, conociendo el ardid, sacaron de los depósitos del fuerte muchas granadas de mano, arrojándolas, á las voces de

viva el rey, y viva el jeneral Cabrera, sobre los que querian recuperar lo perdido. Entonces quiso el gobernador ir en busca de camisas embreadas para forzar la puerta, mas tuvo la desgracia de dar una caida en que se dislocó los dos tobillos, y sus soldados, sacándolo de entre la nieve, le pusieron sobre un caballo y abandonaron enteramente la empresa. Creyendo que las demas fuerzas carlistas ocupaban ya la plaza en combinacion con las del castillo, el gobernador de Morella salió de la ciudad y se retiró hácia el Forcall con doscientos hombres, única fuerza que le quedaba.

De este modo quedó en poder de los carlistas la ciudad de Morella, que Cabrera visitó inmediatamente, en la que encontraron numerosa artillería y abundante provision de municiones de guerra. Esto aumentó los medios de ataque de los carlistas, y el 12 de febrero marchó contra Gandesa el jeneral tortosino, con dos mil infantes, cuatrocíentos caballos y cinco piezas de artillería, esperanzado de que esta ciudad no podria resistir ahora, como otras veces, á sus ataques. Dos mil tiros de bala rasa y quinientos de obus dispararon los carlistas contra Gandesa; pero á pesar de ver demolidas sus fortificaciones, los sitiados se sostuvieron con valor, hasta que acudió en su socorro la columna de Avecia, lo cual obligó á los carlistas á abandonar su empresa. Conociendo Avecia que seria imposible que los defensores de la ciudad pudiesen resistir un nuevo ataque de los carlistas, determinó trasladarlos á un punto mas seguro, y todos los habitantes abandonaron sus hogares despues de haberlos puesto fuego con sus propias manos.

Por este tiempo ocurrió otro suceso digno de eterna memoria, y que. aunque desgraciado en su écsito para los carlistas, prueba la audácia que Cabrera sabia inspirar á sus subalternos. Antes del amanecer del 5 de marzo y cuando los habitantes de Zaragoza se hallaban entregados al sueño, sorprendieron la ciudad Cabañero, Espinart y otros jefes carlistas, con cuatro batallones y cuatrocientos caballos. Penetraron en la poblacion por la puerta Quemada, de cuya guardia se apoderaron, y en seguida se estendieron por las

calles con el mayor silencio, enseñoreándose de las calles principales de la ciudad.

Una parte de las fuerzas carlistas se dirijió al principal con el objeto de sorprender la guardia; pero apercibida esta por algunos tiros que dispararon varios nacionales que sintieron al enemigo á pesar de su marcha silenciosa, rompió el fuego contra los invasores tan pronto como los vió acercarse, y se defendió denodadamente. Al estruendo de la fusilería fueron despertando los descuidados zaragozanos, y enterados del inminente peligro en que se hallaban, acudieron á las armas, haciendo un horroroso fuego desde las ventanas, balcones y tejados, de modo que en pocos momentos se jeneralizó por toda la ciudad. Tocóse jenerala y fueron saliendo á la calle los nacionales y los paisanos que, reunidos á la tropa en número suficiente, acometieron por todas partes á los carlistas. Despues de un vivo combate que tuvo lugar principalmente en el Coso, en el Mercado y en la parroquia de San Pablo, en el cual se dieron por una y otra parte admirables ejemplos de valor personal, conociendo Cabañero que todos sus esfuerzos serian inútiles y que solo conseguiria perder jente si prolongaba el ataque, pues hasta las mujeres les arrojaban desde las casas piedras, agua y aceite hirviendo, y cuantos instrumentos ofensivos hallaban á mano, principió á efectuar su retirada por todos los puntos á las siete y media de la mañana. Uno de sus batallones, compuesto de seiscientas plazas, no pudo seguirle, porque cortado y obligado á refujiarse en la iglesia de San Pablo, hubo de rendirse á los nacionales. La pérdida de los carlistas en este dia memorable para los zaragozanos, fué de doscientos diezisiete muertos, mas de trescientos cincuenta heridos, de los cuales quedaron sesenta y ocho en la ciudad, y unos setecientos prisioneros. Los defensores de Zaragoza tuvieron trece muertos, otros tantos heridos, y cincuenta y tres prisioneros que les hizo Cabañero, y que no pudieron rescatar. Tres dias despues fueron canjeados estos prisioneros en virtud de un convenio firmado el dia 8 en el parador de la casa Blanca, entre

los comisionados que de una y otra parte se nombraron al efecto, los cuales celebraron allí mismo, con este motivo, un banquete, en el que reinó la mayor armonía.

En los primeros momentos de la victoria, embriagados los ánimos con la alegría del triunfo, no fijaron los zaragozanos la atencion en el peligro á que habian estado espuestos, ni consideraron las circunstancias de aquella sorpresa en que por ignorancia ó malicia, debieron tener parte las personas encargadas de evitarla; pero al dia siguiente, cuando la calma de los espíritus dió lugar á la reflecsion, recayeron todas las sospechas en el jeneral D. Juan Bautista Esteller, segundo cabo de la provincia. Se dijo que habia recibido partes de la aprocsimacion de los carlistas y que no quiso publicarlos: que debiendo ser el primero en acudir á la defensa, no se habia reunido á ninguna fuerza armada durante el combate: que hacia cuatro dias habia mandado retirar los cañones de las baterías y suprimido los rondines esteriores. Siendo estos indicios tan vehementes, fué preso el jeneral en el palacio llamado de la Inquisicion y sometido á juicio, para averiguar su conducta y aclarar la verdad de los hechos; pero cuando se esperaba el fallo de la ley, se presentó en aquel edificio un grupo de hombres, algunos de ellos armados, y sacando á Esteller de su prision, le condujeron tumultuariamente á la plaza de la constitucion, bajo cuya lápida le fusilaron. Así mancillaron unos pocos asesinos el brillante triunfo que habian conseguido el dia anterior los defensores de Zaragoza.

El consejo de guerra permanente que dejó sin castigo el crímen cometido en la persona del jeneral, sentenció á la última pena á algunas personas acusadas de connivencia con los carlistas. El gobierno de Cristina, enterado de los sucesos ocurridos en Zaragoza, dirijió una real órden al rejente de la audiencia de dicha ciudad, en la que manifestaba que la reina se hallaba muy complacida de la conducta observada por los zaragozanos en la madrugada del dia 5; pero al mismo tiempo le prevenia que se pusiesen de acuerdo los tribunales ordinarios y militares para que su accion fuese rá-

pida en los procedimientos judiciales para la averiguacion y castigo de los que tumultuariamente habian sacrificado al jeneral Esteller. Sin embargo de esta órden terminante del gobierno, el crímen quedó impune y los asesinos no fueron molestados. Mas como la justicia divina, aunque sea tardía, no por eso deja de ser menos cierta, siete años despues lanzó sus rayos contra los principales promovedores de aquel atentado, y fueron fusilados de órden del gobierno de Isabel, que mandó seguir la causa y que se impusiese inmediatamente el castigo á los que resultasen criminales.

Despues de ocupar Cabrera la desierta Gandesa, que tambien abandonó porque para nada le servian sus ruinas, determinó sitiar á Lucena, á cuyo fin mandó á Llangostera y Forcadell que pasasen desde Onda á Bechi, lo que efectuaron el 15 de marzo, y el 16 circumbalaron aquella poblacion. Al dia siguiente por la tarde llegó Cabrera al sitio y principió á hostilizar á los cercados con un continuado fuego de fusilería, mientras colocaba su artillería en posicion de batir. El jeneral Borso di Carminati que se hallaba con su columna en Castellon, al saber el apuro de Lucena, marchó en su socorro con siete batallones y cuatro escuadrones. Cabrera ocupó las mejores posiciones, esperando en ellas á Borso, que le acometió el dia 21: el combate duró dos dias; pero los carlistas se sostuvieron con tanto valor, que á pesar de los esfuerzos de Borso para forzar el paso, no pudo conseguirlo: antes bien tuvo que retroceder el 23 á Castellon, hostilizado por los carlistas, en cuya ciudad entró á las once de la mañana con un considerable número de heridos.

Aunque habia tenido que replegarse la columna de Borso sin conseguir su objeto principal, que era entrar en Lucena, no dejaron de esperimentar los sitiados algun alivio, pues desde entonces se convirtió en bloqueo el estrecho cerco de los carlistas, á los cuales tuvo continuamente entretenidos Borso di Carminati, dando tiempo á que llegase Oráa con sus numerosas fuerzas para emprender juntos lo

que no habia podido conseguir él con sola su columna. No por eso se desanimó Cabrera, que creia segura la toma de Lucena si lograba vencer completamente al enemigo que tan de cerca observaba sus movimientos. Así pues, en vez de retirarse, se decidió á probar fortuna contra todo el ejército reunido, esperando atraerle á las posiciones que habia elejido para el combate; pero estos cálculos le salieron fallidos, porque no pudo engañar al esperimentado Oráa. Este jeneral emprendió su movimiento desde Castellon al amanecer del dia 4 de abril, con tres batallones y un escuadron de la segunda division, reuniéndose en las Pedrizas con los cuatro batallones y dos escuadrones de la primera. Desde allí, dejando á su derecha la villa de Alcora, como á una hora de distancia, remontó la cordillera que limita por el nordeste el territorio de la Plana, llevando siempre cubierto su flanco izquierdo por el Mijares.

Cabrera, al observar este movimiento, abandonó las líneas atrincheradas de Alcora, en las cuales esperaba á Oráa, y se dirijió rápidamente á Villahermosa á cubrir su artillería, que el dia anterior habia hecho retirar del frente de Lucena: y viendo que sus planes habian sido adivinados y prevenidos por el jeneral en jefe del ejército del Centro, prefirió mas bien retirarse que empeñar una accion que no podia ya producir los ventajosos resultados que se habia prometido anteriormente. Oráa acampó aquella noche en las masías de Foyos, á una hora de distancia de Lucena, en cuya ciudad entró al siguiente dia 5, sin disparar ni un fusil, pues no halló obstáculo alguno.

Abandonada la empresa de Lucena, se dirijió Cabrera contra los fuertes de Calanda y Alcorisa, que cayeron en su poder uno despues de otro, y cuyas guarniciones fueron á aumentar el número de los prisioneros que habia en los depósitos de Morella y Cantavieja.

A pesar del descalabro que habian sufrido en Zaragoza Cabañero y Espinart, continuaron sus correrías, y acometieron á poblaciones de alguna consideracion. En la noche del 17 de abril entraron en Calatayud con dos mil quinien-

tos infantes y unos doscientos caballos, intimando inmediatamente la rendicion á los que ocupaban el fuerte, mas bien por ver si conseguian intimidarlos que con ánimo de reducirlos por la fuerza, porque sabian que no podian entretenerse mucho tiempo en aquel paraje, pues podian ser acometidos de un momento á otro por las tropas de la reina que no estaban muy distantes. Como el objeto principal de Cabañero al ocupar á Calatayud, fué proveerse de víveres y dinero, al mismo tiempo que amenazó al fuerte ecsijió á los vecinos veinte mil duros, mil caices de trigo, dos mil de cebada, y cuatro mil cabezas de ganado, enviando á los pueblos de la comarca órdenes para que cada uno aprontase y presentase en Calatayud la parte que le correspondiese de la espresada esaccion. Aunque esto indicaba que Cabañero pensaba permanecer algunos dias en aquel punto, tan luego como recojió una parte de los granos, desocupó la poblacion en la tarde del 28, porque tuvo noticia de que el jeneral San Miguel, reunido con la columna de Avecia, se dirijia á su encuentro.

Por la parte de Cataluña continuaba la guerra con menos actividad qne en Aragon y Valencia, ocurriendo encuentros parciales de muy poca consecuencia. El 22 de enero fué sorprendido por las tropas de la reina el santuario de la Vírjen del Remedio, que servia de hospital á los carlistas, obligando á fugarse á cuantos allí habia, pereciendo algunos en la huida. Otra de las operaciones favorables á los constitucionales fué la marcha verificada por el baron de Meer, desde Manresa á Cardona, custodiando un convoy de víveres para este último punto, que se hallaba estrechamente bloqueado por los carlistas. Noticiosos estos del movimiento de aquel jeneral, trataron de oponerse á él; tres dias consecutivos pelearon con el mayor teson unos y otros; pero al fin se decidió la suerte por las tropas del Baron, que despues de vencer cuantos obstáculos se les opusieron, entraron victoriosas en Cardona, y regresaron á Manresa con mas de doscientas cargas de sal.

En los demas puntos del reino donde causaba sus estra-

algunos caballos á Castilla, en cuyas sierras reprodujo las hazañas á que debió su antigua mombradía.

El 16 de marzo pasaron los espedicionarios el Ebro por Bedon y se dirijieron á Soncillo, sin ocurrirles en su marcha nada digno de mencionarse, hasta el 21, en que habiendo pernoctado en Casas Vegas, tomaron la direccion del puerto de Sierras Alvas, para internarse en los valles de la Liébana. El jeneral Latre, que estaba de segundo en el mando del ejército del Norte, luego que supo la nueva espedicion, marchó en su seguimiento y consiguió alcanzarla en el pueblo de Vendejo á las once de la mañana de dicho dia 21. El combate principió por una y otra vanguardia, estendiéndose poco despues al resto de ambas fuerzas. Así los carlistas como los constitucionales pelearon con tal teson, que hubo posicion que se perdió cuatro veces y otras tantas fué recobrada. La mas importante era una elevada montaña que dominaba el desfiladero ocupado por las tropas de la reina, y su adquisicion se disputó con el mayor encarnizamiento, acometiéndose los combatientes con repetidas cargas de bayoneta; pero al fin quedó por los constitucionales, asi como la victoria, que les costó mas de quinientos hombres fuera de combate, habiendo sido tambien heridos el jeneral Latre y el brigadier Quintana. Los carlistas perdieron unos cien muertos, trescientos heridos y algunos prisioneros.

En vez de seguir la ruta para Asturias como habian pensado los espedicionarios, despues de esta accion contramarcharon rápidamente para retroceder por Sierras Alvas á San Salvador, y desde aquí pasaron á Quintanilla de las Torres. El dia 28 acometieron la villa de Ezcaray, cuyos nacionales preparados á la defensa desde que tuvieron noticia de su aprocsimacion, en union con alguna fuerza del rejimiento de Africa, disputaron la entrada en el pueblo á los carlistas por espacio de tres horas, y retirándose en seguida al fuerte, continuaron defendiéndose otras veinte horas, con un incesante fuego. Mas no interesando á los espedicionarios la toma de dicho fuerte, despues de haber descansado los dias

29 y 30, prosiguieron su marcha el 31 pernoctando en Quintanar, y pidiendo raciones á todos los pueblos de alrededor. Como ningun obstáculo encontraban, siguieron adelante: presentáronse en Riazas; el 5 de abril tomaron el camino de Sepúlveda, y al siguiente dia entraron en Segovia. Permanecieron allí algunos dias sin hostilizar á las tropas constitucionales que estaban en el alcázar, y despues se dirijieron á Valladolid, presentándose á la vista de la poblacion el dia 12. En vez de rendirse la ciudad como lo efectuó cuando se aprocsimó Zariátegui, recibió ahora á los nuevos espedicionarios con un fuego sostenido de guerrillas, arrojándoles al mismo tiempo algunas granadas: lo cual visto por Negri, envió parlamentarios á la ciudad, proponiendo se le permitiese pernoctar en la poblacion ó pasar por el puente mayor con direccion á Rioseco; pero negândole una y otra solicitud, se retiró por Renedo y fué á pernoctar á Cabezon. Tres dias despues intentaron bajar desde Sahagun á Benavente, lo que no pudieron efectuar por haberlos divisado en Mayorga la caballería de Iriarte, que sucedió á Latre en el mando de las tropas perseguidoras. Entonces el conde de Negri se retiró á Saelices con intento de pasar el rio, cuya operacion no pudo practicarse tan brevemente como hubiera sido necesario; porque las tropas de Iriarte alcanzaron la retaguardia de Negri, y los que no pudieron pasar el rio murieron ó quedaron prisioneros. En este encuentro perdieron los espedicionarios unos doscientos hombres.

Continuando aceleradamente su marcha para escapar de la numerosa division de Iriarte, pernoctaron el 16 en Celadilla, Pino y Fresno, y el 17 pasaron por Guardo y Velilla á Valdeburon, desde donde tomaron el camino de la Brújula con ánimo de emboscarse en la sierra de Burgos; pero la fatal estrella que perseguia á los carlistas y que habia desgraciado todas sus espediciones, hizo que cuando mas distante se creia el conde de Negri de las tropas de Iriarte, fuese á caer en manos de otro ejército mucho mas poderoso. El jeneral Espartero se habia trasladado con el grueso del ejército del norte á Aguilar del Campó, para cooperar

á la destruccion de los espedicionarios; y teniendo noticias esactas de los movimientos é intenciones de aquellos, salió el dia 26 de Burgos, haciendo caminar al ejército toda la noche: de esta manera se halló al amanecer del 27 en Robledo, cuando acababan de evacuar el pueblo los carlistas. Enterado Espartero de esta circunstancia, mandó acelerar el paso, y á pocos momentos principió á cojer prisioneros á los rezagados. Espartero, que habia avanzado hasta Monasterio, se fué aprocsimando á Piedrahita, en cuyo pueblo, viéndose ya perseguido tan de cerca, ordenó el conde de Negri sus tropas en batalla, y aguardó á pie firme á sus enemigos, resuelto á combatir. Espartero conoció que no podia perder un momento, y sin esperar la llegada de la infantería, acometió á los carlistas con su numerosa escolta, que era una imponente fuerza de caballería, y con aquella felicidad con que la suerte favorecia sus empresas, se arrojó en medio de las masas carlistas, y logró introducir en ellas tal espanto, que la mayor parte rindieron las armas, y los demas fueron hechos prisioneros en la larga persecucion que sufrieron hasta Villafranca de Montes de Oca. En este dia aciago para los carlistas terminó la espedicion del conde de Negri: todos los equipajes, incluso el de este jeneral, caballos, mulas, municiones, armas, artillería y demas pertrechos de guerra, quedaron en poder de los afortunados vencedores. Entre el gran número de prisioneros se contaron doscientos veinticuatro jefes y oficiales: solo el conde de Negri con algunos pocos pudo escapar de las manos de sus enemigos.

Volvamos ahora á la espedicion de D. Basilio García, que no fué mas dichoso en su empresa que el conde de Negri. Despues de abandonar D. Basilio las Andalucías se dirijió hácia Almaden, y el 29 de marzo entró en Porzuna. El 3 de abril pernoctó en los cortijos de Malagon, y desde aquí tomó la direccion de Yébenes. Aun cuando le iba á los alcances la division de Pardiñas, todavía pudo D. Basilio recorrer aquel territorio por Menas Alvas, Navalmoral de Pusa y otros pueblos, llevando consigo algunos prisioneros que habia hecho en su tránsito. Para esquivar el en-

cuentro de las tropas de la reina, dividió D. Basilio sus fuerzas en pequeñas columnas, con objeto de distraer por diferentes puntos la atencion de los perseguidores: sin embargo, molestado incesantemente por estos en su retirada, y siendo el camino mas fragoso, perdió en las orillas del rio Estena el parque y municiones que conducia, y algunos hombres y caballos de los rezagados.

Por último penetró D. Basilio en Estremadura con unos dos mil hombres, porque se le habian unido varios caudillos de la Mancha, pasando el Tajo por el vado de Austan. Presentáronse á la vista de Puente del Arzobispo intimando la rendicion de la villa y la entrega de las raciones que habian pedido; pero habiendo rehusado los habitantes acceder á su demanda, y aprestádose á la defensa, D. Basilio conoció lo peligroso que seria detenerse allí y marchó á Valdeverdeja. En los primeros dias de mayo se dirijió á Bejar, y el jeneral Pardiñas que acechaba sus movimientos para caer de improviso sobre los espedicionarios cuando hallase una ocasion favorable, salió de Plasencia el dia 2 y marchó en su seguimiento. D. Basilio, confiado en la distancia que le separaba de sus perseguidores y en lo adverso del temporal, permaneció en Bejar, creyendo que no podrian avanzar tanto como desease el jeneral Pardiñas; pero este, soportando los rigores de la atmósfera, y acelerando la marcha cuanto le fué posible, llegó con su division á dicha ciudad al amanecer del dia 3, sorprendiendo á los espedicionarios al tiempo que principiaban el toque de diana. A pesar de lo descuidados que estos se hallaban, se defendieron lo mejor que pudieron; pero la confusion propia de una sorpresa, y el no llegarse á reunir las fuerzas espedicionarias, porque muchos carlistas caian muertos ó prisioneros al salir de sus alojamientos, hicieron inútiles todos sus esfuerzos. El combate fué de corta duracion aunque sangriento, y el triunfo quedó, como era consiguiente, por los constitucionales, que en pocos momentos se vieron dueños de la poblacion; sin embargo no consiguieron la victoria sin esperimentar algunas bajas. La pérdida

de D. Basilio en esta jornada fué de treinta y cinco muertos y seiscientos dieziocho prisioneros, de los cuales ciento veinte y cinco eran jefes ú oficiales: de este número fueron Jara, su hijo, Ovejero, Tercero, Cuesta, Carrasco y otros jefes que antes de reunirse á D. Basilio habian hecho la guerra independientemente. Despues de esta derrota, la espedicion acaudillada por D. Basilio quedó reducida á una fuerza insignificante.

Tambien habia salido de las provincias el jeneral Castor con algunas fuerzas dirijiéndose á Asturias; pero alcanzado y batido en Soncillos por el brigadier Castañeda, retrocedió al punto de donde habia salido. Tarragual, otro jefe carlista cuyas hazañas le habian adquirido grande reputacion, se encaminó al Aragon para conducir un convoy de municiones á los carlistas de Cataluña; mas tampoco pudo llevar á cabo su empresa, porque encontrándose en Angües con las tropas que iban en su seguimiento, sufrió un descalabro que le obligó igualmente á retroceder.

Solamente D. Jerónimo Merino, estacionado en la sierra de Burgos, era el que obtenia resultados positivos; sostenia el espíritu de los pueblos afectos á D. Carlos: era dueño de los pasos del Duero; fatigaba á las tropas, que le buscaban inútilmente; construia fortificaciones; imponia á los pueblos cuantas contribuciones queria, y sacaba de ellos numerosos reclutas con que aumentaba prodijiosamente el número de sus soldados.

Entretanto las operaciones del Norte, aunque poco decisivas, no dejaban de ofrecer á veces bastante interés. El 23 de marzo sitiaron los carlistas á Viana, y despues de haber hecho con su artillería un gran destrozo en la poblacion, resolvieron asaltarla, arrimando las escaleras al muro; pero fueron rechazados dos veces por la guarnicion, y aunque á la tercera consiguieron saltar la empalizada y precipitarse en el foso, fueron recibidos con tanta serenidad, que tuvieron que retirarse, dejando libre aquel punto, el cual era considerado, por su situacion, como la llave de Navarra.

El jeneral Alaix se dirijió hácia el valle de Echauri, y para penetrar en él tenia que pasar por el puente fortificado de Ascain que se hallaba custodiado por los carlistas; acometió este punto el 1.° de abril, y despues de un combate bastante porfiado, tuvieron que ceder los carlistas á la superioridad numérica de las tropas de Alaix, dejando en su poder el puente, una compañía entera de granaderos, un ayudante y el comandante de estado mayor Sarriguren. La desgracia continuaba persiguiendo á los carlistas en sus operaciones militares. El dia 4 atacaron el punto fortificado de Villanueva, en el valle de Mena, y aunque arrojaron á la poblacion mas de mil proyectiles, é intentaron repetidas veces el asalto, fueron rechazados siempre por los sitiados, y al fin tuvieron que abandonar su empresa.

A últimos de mayo ocupó D. Diego Leon los pueblos de Allo y Dicastillo, sin encontrar resistencia alguna, pues los carlistas formaron el plan de dejarle pasar sin oposicion porque sabian que no podia sostenerse en aquellos puntos, y pensaron esperarle á su vuelta: efectivamente, cuando Leon emprendió la retirada, sin darle una accion formal, le fueron picando la retaguardia y le causaron mas de setenta bajas. El mismo jeneral sostuvo el dia 4 de junio una accion en el pueblo de Biurrun contra algunos batallones carlistas que acudieron á protejer el movimiento de los que se dirijian al alto Aragon. La caballería de la guardia fué la que decidió el combate, que fué contrario á los defensores de D. Carlos.

Otro suceso mas fatal aun para los carlistas fué la toma de Peñacerrada por el jeneral Espartero, á pesar de la defensa que hicieron así los sitiados como las fuerzas que ocupaban las posiciones inmediatas, para salvarlos á todo trance. Ademas de la artillería, municiones, equipajes y otros efectos, perdieron los carlistas trescientos muertos y unos ochocientos prisioneros: tambien tomaron los constitucionales el castillo del mismo nombre, penetrando en él por alsalto el rejimiento de guias que llevaba Espartero. No fué tan feliz el cuerpo de ejército de la izquierda en la

empresa que intentó contra Ramales el 17 del mismo junio; pues aunque pudo efectuar dificilmente el paso por la sierra de Guardamino, cayeron los carlistas sobre los de la reina y los hicieron retroceder precipitadamente.

El estado de la guerra en el principado de Cataluña era siempre el mismo; es decir, que continuaba el incesante movimiento de las tropas, y una lid no interrumpida, tan pronto favorable á los carlistas como á las tropas de la reina. El 1.° de marzo atacaron los carlistas en las inmediaciones de Reus una columna de nacionales, de los cuales murieron ciento treinta, y algunos otros quedaron prisioneros; pero el 12 del mismo mes sufrió una derrota en Almatret el partidario conocido con el nombre de Pep del Olí, que le costó unos ochenta hombres entre muertos y prisioneros. El jeneral baron de Meer se apoderó á mediados de marzo de la fortaleza de Ripoll, y despues acudió en socorro de la plaza de Suria, que tenian estrechamente sitiada el jeneral Segarra y Mosen Tristany. El baron de Meer entró en la plaza el 5 de abril sin hallar oposicion de parte de los carlistas, que al aprocsimarse aquel levantaron el sitio y se reunieron en las inmediaciones con intencion de impedirle la salida; lo cual observado por el baron de Meer, los atacó en el camino de Castelladral, y los hizo abandonar el campo con alguna pérdida. La accion mas séria que se sostuvo por esta época en aquel principado fué la de San Quirse, el 9 del mismo abril, entre la division del jeneral Carbó y las fuerzas carlistas reunidas, que sufrieron una pérdida considerable. Sin embargo, esta derrota no desanimó á los partidarios de D. Carlos; antes parece que les infundió mayor audácia, porque el dia 16 se apoderó por sorpresa Mosen Tristany de la villa de Monistrol de Monserrate, pasó á cuchillo á todo el que le opuso resistencia, y permitió á sus tropas el saqueo de la poblacion. Unos cincuenta hombres que se refujiaron en la iglesia y que no quisieron ceder á las intimaciones de los carlistas, hubieran tambien perecido abrasados por las llamas que les rodeaban, á no haber evacuado el dia 18

la poblacion los carlistas, con noticia que tuvieron de la aprocsimacion del baron de Meer. Este mismo jeneral sitió el dia 27 el castillo de Oris, ocupado por los carlistas, los cuales se rindieron el 3 de mayo por capitulacion.

Por la parte de Galicia tenian al mismo tiempo lugar otros sucesos dignos tambien de mencionarse. En el distrito de Mesía, cerca del puente de Carneiro, fueron derrotadas á mediados de marzo las fuerzas carlistas á las órdenes del cura de Freijó, Ramos y fray Saturnino, por las tropas que envió en su persecucion el capitan jeneral de aquella provincia. Pero al amanecer del 2 de abril sorprendió Guillade, con solos cien hombres, la ciudad de Tuy, en la cual permaneció mas de seis horas sin que nadie se le opusiera. Otra sorpresa semejante aconteció en Cervera, pueblo de Castilla la Vieja. Introdujéronse en la poblacion el 11 de abril los espedicionarios Villoldo, Modesto y Vivanco, con sus respectivas fuerzas, hicieron prisionera la guarnicion, cometieron algunos escesos, y se llevaron presas varias personas de las mas notables, para ecsijir despues por su rescate la cantidad de dinero que necesitaban.

D. Jerónimo Merino, que habia reclutado en la sierra cerca de dos mil infantes y cien caballos, determinó trasladarlos á Aragon, no solo para alejarlos de su pais, sino para que se organizasen con mas seguridad. Resuelto á acompañarlos él mismo, y con objeto de no dejar desamparados á los pueblos que le eran afectos, al emprender su marcha dejó en su lugar á Balmaseda, porque conocia que este jefe era capaz de remplazarle. Efectivamente, no tardó Balmaseda en emprender con la mayor actividad operaciones arriesgadas. El 20 de mayo se aprocsimó á Ontoria del Pinar, y cayendo de improviso sobre el pueblo, sorprendió al comandante jeneral Mayols, que se hallaba allí con su columna, compuesta de ochocientos infantes y sesenta caballos. El resultado de esta sorpresa fué quedar en poder de Balmaseda el citado Mayols, todos los caballos, y cuatrocientos cincuenta infantes, habiendo perecido algunos por defenderse: los demas se salvaron apelando á la

fuga. Este golpe atrevido que tan feliz resultado tuvo para los carlistas, atemorizó á los pueblos de la provincia que hicieron repetidas instancias para que se repusiese en la comandancia al coronel D. Gaspar Antonio Rodriguez, en quien tenian la mayor confianza por su valor, actividad y conocimiento del terreno. La peticion de aquellos pueblos fué atendida, y Rodriguez sustituyó en el mando á Mayols. Luego que Rodriguez se encargó de la comandancia, marchó en busca de Balmaseda, deseoso de vengar la sorpresa de Ontoria, y combinando sus movimientos con las fuerzas de Zurbano, consiguió venir á las manos con los carlistas el 6 de junio. Balmaseda sostuvo con serenidad el ataque, pero embarazado con los prisioneros que llevaba, y abrumado por las tropas de la reina, mucho mas numerosas que las suyas, tuvo que ceder el campo, dejando en poder de los vencedores dos jefes, ventiocho oficiales, dos capellanes y unos trescientos soldados; consiguiendo al mismo tiempo Rodriguez rescatar algunos de los prisioneros de Ontoria y otros que últimamente habia cojido Balmaseda en Cameros. Los partidarios de la reina contemplaron esta victoria como el golpe mas funesto que podia darse á los carlistas de la sierra; pero no llegó á compensar las pérdidas que estos les habian causado en Ontoria del Pinar.

Los principales encuentros que por este tiempo sostuvieron los jefes carlistas de la Mancha contra las tropas constitucionales, fueron los que vamos á indicar. El alférez D. Rafael Ladron de Guevara atacó con las fuerzas que mandaba en el sitio llamado del Berrocal, en la provincia de Toledo, á Lago, Ganda y Perdiz, que reunian ciento sesenta infantes y ochenta caballos, á los cuales derrotó, matándoles veinticuatro hombres, cojiéndoles veintitres caballos y porcion de armas: los de la reina tuvieron tambien algunos muertos y heridos. Luis Archidona, que se hallaba con su jente en la Osa de Montiel, fué atacado el 3 de abril por la columna que mandaba el teniente D. Francisco Manero; y resueltos los carlistas á morir antes que rendirse, pere-

cieron todos con su jefe en la defensa que hicieron de aquella villa.

El espíritu del pais, favorable á los carlistas, permitia á estos recorrer el territorio y atacar las poblaciones. El 28 de abril intentó Orejita apoderarse de Santa Cruz de Mudela, y el 4 del siguiente mes de Torremilano; pero en ambos puntos le rechazaron. Tambien lo fue de Ciudad-Real Palillo el 28 de abril, pero los de la ciudad perdieron una pieza de artillería y veinticuatro hombres en una salida que con necia confianza hicieron para hostilizar á los carlistas en su retirada. Igualmente infructuosa fué la tentativa que Orejita hizo contra la ciudad de Almagro, aunque consiguió apoderarse de un arrabal, y ocupar un edificio inmediato á la ciudad; pero en cambio dominaba tan completamente el campo de Calatrava, que tenia en los pueblos sus comandantes de armas, imponia contribuciones y reclutaba jente.

Para formar una idea del estado de la guerra en este tiempo, basta la sucinta relacion que antecede; por ella se ve que á pesar de las victorias que los constitucionales conseguian en todas partes, sus progresos eran muy escasos, y en vez de reducirse el incendio á menor espacio, se habia estendido mucho mas, propagándose á otros puntos. En las provincias del Norte, que era el foco principal, todavia tremolaban las banderas de D. Carlos en los baluartes, donde las habian fijado sus partidarios; y aunque bagaba la discordia por el campo de los carlistas, estos se hacian respetar de las tropas de la reina, que faltas, ademas, de recursos, permanecian hacia mucho tiempo ociosas sin atreverse á emprender nada contra sus enemigos. Lo mismo sucedia en Aragon y Valencia, donde Cabrera adquiria cada vez mas preponderancia. En Cataluña lo único que podia hacer el baron de Meer, era sostener la lid, y evitar que el partido carlista tomase mayor fomento. Las provincias de Andalucia eran invadidas alternativamente por las partidas del pais limítrofe, y por las espediciones que de vez en cuando recorrian el reino. Las llanuras de la Mancha, los montes de To-

ledo, las sierras de Castilla, Galicia, Estremadura, todo el territorio, en fin, comprendido entre el mar y los Pirineos, presentaba el aspecto de un campo de batalla.

Segun los partes oficiales, las pérdidas de los carlistas eran siempre considerables, y de un estado que se publicó en aquel tiempo, resultaba que en los cuatro primeros meses de este año, las bajas que habian tenido las filas carlistas entre muertos, heridos, prisioneros y pasados, ascendian á mas de catorce mil hombres. De esto se deducia naturalmente una de dos cosas; ó que los partes que daban los jefes de las tropas de la reina eran inesactos, ó que las fuerzas de D. Carlos se aumentaban por una parte conforme se disminuian por otra, cuando este príncipe, á pesar de sus inmensas pérdidas, contaba todavia con suficiente número de tropas para hacerse respetar. En ambos casos la terminacion de la guerra debia considerarse aun como muy lejana.

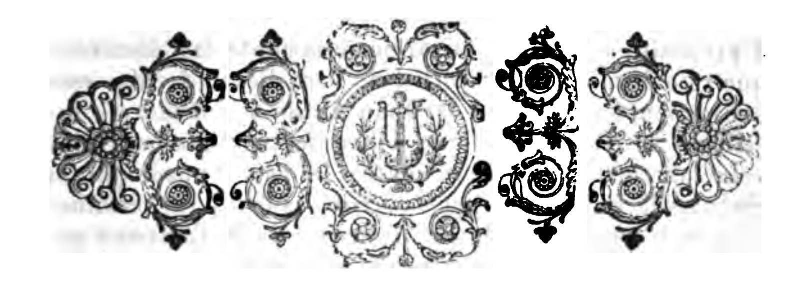
El gobierno de Madrid, que se veia acosado por todas partes por los clamores de los pueblos que pedian la paz, y deseaba concluir aquella prolongada lucha con el pronto triunfo de la causa de la reina, no tenia los suficientes elementos para conseguirlo y se decidió á dar un paso, de cuya ineficacia tenia el ejemplo en algunos de sus antecesores. Recurrió nuevamente al gabinete francés, solicitando la intervencion ó cooperacion armada de la Francia, de cuyo asunto no se habia vuelto á tratar desde la caida del ministerio Isturiz; pero el resultado fué el mismo que anteriormente, y del que solo la obcecacion de partido podia olvidarse, para reproducir súplicas tan importunas. Hallábase de embajador de España en la corte de Paris el marques de Espeja, y el 13 de enero recibió órden del conde de Ofalia, presidente del gabinete de Madrid, para que solicitase del de las Tullerias la intervencion armada, á fin de que un ejército francés ocupase las provincias vascongadas y Navarra, los valles limítrofes y algunos puntos de la costa de Cantabria, efectuando al mismo tiempo igual ocupacion en la frontera de Cataluña; y en caso de que se negase la intervencion, se autoriza-

ba al marques de Espeja para que admitiese un cuerpo de tropas francesas al servicio de España. El conde de Molé, á la sazon ministro en Francia en negocios estranjeros, se opuso á la jestion con todas sus fuerzas, protestando que el respeto debido á la independencia de la nacion española se oponia á que la Francia se mezclase directa ni indirectamente en nuestros asuntos.

Las sesiones de las cámaras, en que suscitó aquella cuestion, fueron muy célebres, así como la palabra *jamás* que pronunció el conde de Molé aludiendo á la intervencion. A pesar de una negativa tan terminante, con fecha 22 del mismo enero volvió á insistir el ministro Ofalia en sus órdenes, para que el marques de Espeja solicitase: 1.° que la Francia ocupase los valles limítrofes entre Pamplona y San Sebastian: 2.° que se permitiese reclutar y organizar un cuerpo de doce mil hombres bajo el mismo pie que las lejiones formadas en Paris el año de 1836; y 3.° la garantía de un empréstito. El marques de Espeja se habia anticipado ya á estas instrucciones, y la respuesta que obtuvo fué la que merecia una abyeccion tan obstinada: que el gobierno de Luis Felipe no habia fomentado con su conducta las ilusiones del gabinete de Madrid respecto á las probabilidades de conseguir socorros de tal especie; por el contrario, desde fines de 1833 habia procurado desimpresionarle de semejante error; que en ningun tiempo se podian imputar las consecuencias de semejante error al gobierno francés, sino á los que lo hubiesen promovido : que si despues de la negativa de intervencion viniese un impulso reaccionario á complicar mas la posicion de los hombres que se habian elevado al poder sin ausilio ninguno de la Francia, que no queria mezclarse en el réjimen interior de España; y que si sobre la ruina de aquellos hombres levantaban su triunfo los anarquistas, la Francia rechazaria toda acusacion que se le hiciese de haber contribuido, ni aun indirectamente á tan deplorables resultados; y por último, que el gobierno de Luis Felipe estaba dispuesto á cumplir fielmente las estipulaciones del tratado de la cuádruple alianza; pero con la restric-

cion de no comprometer en su cumplimiento el porvenir de la Francia, ni emplear en España los recursos de que pudiese ella necesitar para intereses mas inmediatos y urjentes. No podia darse una contestacion mas esplícita, ni llegar á mas el desaire que recibia el gobierno de Madrid; y á pesar de todo, el marqués de Miraflores, que sucedió al marqués de Espeja en el cargo de embajador de España, procuró interpretar de un modo favorable el sentido del tratado de la cuádruple alianza; pero tampoco obtuvo mejores resultados: el *jamás* pronunciado por el conde de Molé y sancionado por la decision de las cámaras francesas, era una barrera insuperable que se interponia entre el gabinete de España y el de Francia.





CAPÍTULO III.

Levantamiento de Muñagorri en Guipúzcoa.—Mal ésito de su empresa.—Estado de la causa carlista en el Norte antes del nombramiento de Maroto para jefe del ejército.—Intrigas empleadas por sus amigos para que D. Cárlos le confiase el mando.—Maroto sustituye al jeneral Guergué en el mando de las tropas.—Proclama de Maroto.—Sitio de Morella.

Viendo el gobierno de Cristina que ninguna esperanza le quedaba de obtener la cooperacion armada de la Francia, y desconfiado de poder vencer á los carlistas por la fuerza de las armas, trató de buscar otros medios menos dificiles que diesen el resultado que apetecia, y no halló ninguno mas

á propósito que el de atizar mañosamente las discordias que reinaban entre los carlistas. Para llevar á cabo este pensamiento se elijió á D. Juan Antonio Muñagorri, escribano de Verástegui, que debia efectuar una contrarevolucion, levantando en el centro del pais ocupado por los carlistas la bandera de *paz* y *fueros*, es decir, la terminacion de la guerra abandonando la causa de D. Carlos y ecsijiendo en recompensa que se conservasen intactas las franquicias conocidas con el nombre de fueros. Tomóse este pretesto porque los partidarios de la reina estaban en el error de que los vascongados se habian rebelado contra el gobierno de Isabel por la conservacion de sus fueros, y que solo se alistaron en las filas de D. Carlos porque este habia prometido conservárselos. Los que conocen la historia de la guerra civil saben que esto no es cierto, pues aunque los vascongados no pensaron jamás en renunciar sus fueros, desde el principio de su levantamiento se oyeron los gritos de *viva el rey, viva la relijion*, y nunca el de *vivan los fueros*; los cuales por otra parte no podian servir de pretesto al levantamiento, porque cuando este principió, la reina María Cristina, en su manifiesto de 4 de octubre, publicado por Zea Bermudez (1), declaró que queria conservar y trasmitir á su hija Isabel el reino, gobernado por las mismas leyes, y en el mismo estado que le recibió del rey Fernando VII.

Escusado nos parece decir que en el pronunciamiento de Muñagorri tenia parte el gabinete inglés, pues en cuantas tentativas habia hecho el gobierno de Madrid para separar á los voluntarios de Guipúzcoa de la causa de D. Carlos, habia figurado el coronel inglés Wylde, aunque siempre fué rechazado por los carlistas con indignacion. La empresa de Muñagorri fué una de las invenciones del espresado coronel Wylde, el cual y sus ajentes, prometieron ma-

(1) Dicho manifiesto le hemos insertado en el tomo primero de esta obra, pájina 74.

ravillas á los gobiernos inglés y español, diciéndoles que como no faltase dinero, toda la poblacion de las provincias vascongadas correria á colocarse bajo la bandera de *paz y fueros*. Habiendo conseguido ponerse en correspondencia con Iturbe, se creyó Wylde tan seguro del buen écsito que escribió á lord John Hay que todos los batallones de las provincias estaban dispuestos á abandonar la causa de D. Carlos. Lord John Hay, como hombre prudente, quiso cerciorarse por sí mismo de la verdad de tales asertos, y con este objeto envió un mensaje al jeneral Iturriza, comandante jeneral de Guipúzcoa, manifestándole el deseo de tener una conferencia con él. Iturriza, que se hallaba enfermo, envió en su lugar á Pasajes al brigadier Alzáa, su jefe de estado mayor, acompañado de Iturbe y de un intérprete, los cuales al llegar á Pasajes encontraron allí á lord John Hay, que traia consigo á M. Queheille, comerciante de San Sebastian, para que le sirviese de intérprete.

Los jefes carlistas habian creido que lord John Hay deseaba proponer algun arreglo con respecto al tratado de Elliot, mas al momento que el comodoro citó el nombre de Muñagorri, interrumpió Alzáa la conferencia, diciéndole que estaba sinceramente unido á su soberano; que tanto él como sus soldados estaban seguros del triunfo de la causa que defendian, y que se hallaban resueltos á sostenerla hasta el último estremo; con lo cual los jefes carlistas se volvieron á Andoain.

Desde aquel momento perdió Muñagorri todo el prestijio que habia adquirido en el ánimo de lord John Hay, y aunque por obediencia á las órdenes de lord Palmerston, tuvo que suministrarle armas, artillería y municiones, no volvió á tener la menor confianza en aquella famosa empresa, que vino á ser un objeto de burla para todos los partidos. Si los vascongados no se hubiesen levantado sino para conservar sus fueros, ¿hubieran desperdiciado esta ocasion de asegurarlos sin pelear por mas tiempo? Sin duda que no, pues con la poderosa proteccion de lord John Hay y del ministro inglés Palmerston, hubieran podido facilmente obtener los

convenientes garantias; pero lejos de eso manifestaron en aquella ocasion que su afecto á D. Cárlos era tan fuerte y sincero como habia sido siempre.

Muñagorri habia enarbolado su bandera en la provincia de Guipúzcoa, reclutando á fuerza de dinero y de promesas algunos parciales mas atrevidos que numerosos; pero su grito no halló eco entre los carlistas, que miraron aquel levantamiento con jeneral desagrado, y en vez de unirse al escribano fuerista, le persiguieron y derrotaron cuantas veces pudieron darle alcance. Tuvo, pues, el gobierno de Madrid que renunciar enteramente á aquella empresa con el sentimiento de ver que habian sido inútiles cuantos sacrificios habia hecho para llevarla á cabo. Verdad es que si este plan no surtió por entonces el efecto apetecido, sirvió al menos para sembrar entre los carlistas una especie que en union de otras debia dar el fruto que deseaban los partidarios de la reina; porque despues que falló la tentativa de Muñagorri, Iturbe, ausiliado por su hermano, que residia en San Sebastian, continuó sus intrigas para introducir la corrupcion en los batallones; se repartió dinero á los soldados y se les acostumbró á oir constantemente que era imposible acabar la guerra por la fuerza de las armas; que era inútil derramar mas sangre española; que si los vascongados pudiesen conservar sus fueros y obtener una paz honrosa, seria locura el continuar la guerra, y otras cosas semejantes.

Llegamos ya á la época en que fué nombrado D. Rafael Maroto para el mando del ejército carlista en las provincias del Norte; pero antes de referir los sucesos que entonces ocurrieron, haremos una breve reseña del estado en que se hallaba la causa carlista en aquellos paises el 25 de junio de 1838, en que se dió á Maroto el mando. En esta época pertenecian á los carlistas casi enteramente las provincias, pues los cristinos no poseian mas que San Sebastian, Bilbao, Vitoria, Pamplona, los pueblos fortificados de la Ribera, los de las orillas del Ebro, y el camino real de Irun á Hernani en Guipúzcoa, es decir, una distancia de tres le-

guas; pero todos estos pueblos se hallaban tan estrechamente bloqueados por los carlistas, que solo podian comunicar entre sí ó adquirir subsistencias por medio de fuertes columnas.

El ejército carlista se componia de treinta mil infantes con muy buena organizacion y de mil quinientos jinetes bien montados; habia bastante artillería, abundaban las municiones, y se esperaba dinero de un momento á otro. Espartero tenia entonces á sus órdenes un ejército considerable, siendo imponentes su caballería y artillería, é inmenso el material que se habia reunido en Logroño y Puente la Reina, pues el gobierno de Madrid habia hecho los mayores esfuerzos para apoderarse de Estella. Aunque el general Guergué, nombrado comandante en jefe del ejército carlista desde que D. Carlos entró en las provincias de vuelta de su espedicion al interior del reino, no poseia grandes talentos militares, habia sabido contener á las tropas cristinas, y á escepcion de Peñacerrada, los carlistas no perdieron una pulgada de terreno en todo el tiempo que conservó el mando en gefe, antes por el contrario estendieron su dominacion hasta las puertas de Santander, tomaron á Nanclares, y obligaron á Espartero á evacuar á Balmaseda; y Tarragual, en las frecuentes escursiones que hizo al alto y bajo Aragon, desarmó á los guardias nacionales de los pueblos, y se apoderó de una gran cantidad de ganados.

Para formarse una idea del modo de pensar del pueblo en las provincias, y de los esfuerzos hechos por los cristinos para seducir á los voluntarios de Guipúzcoa, bastará leer los dos párrafos siguientes.

El 7 de junio visitó D. Carlos los fuertes y líneas de Andoain, acompañándole el infante D. Sebastian, el teniente jeneral D. Rafael Maroto, el ministro interino de la guerra, sus dos ayudantes de campo el jeneral D. Fernando Zavala y el baron de los Valles, y otros dos personajes de su casa. El buen estado de las fortificaciones y el aspecto de las tropas agradaron mucho á D. Carlos, que manifestó públicamente su satisfaccion. Fué recibido por su ejército con el

mayor entusiasmo entre los repetidos gritos de *¡viva el rey! ¡viva nuestro padre! mueran los cristinos!* y la poblacion de todos los pueblos comarcanos le rodeaba haciéndole enternecer con nn recibimiento tan afectuoso. Ni el pueblo ni el ejército se habian manifestado nunca tan decididos por Don Carlos como en este momento. Los sentimientos que abrigaba el ejército carlista eran iguales á los que animaban á los pueblos vascongados, como lo prueba el siguiente hecho.

Habiendo enviado la guarnicion de Oyarzun un parlamento á D. Faustino Echeto, comandante del tercer batallon de Guipúzcoa, que se hallaba en observacion en aquel punto, solicitando de él una conferencia, convino en ello Echeto, y acudieron al punto señalado tres oficiales cristinos; á poco rato llegó Echeto con otros dos oficiales carlistas. Despues de los primeros cumplimientos, el jefe de los cristinos entabló la conversacion, en estos términos: «Estoy persuadido deque VV. desean la paz con tanto ardor como nosotros, y que la aceptarian gustosos con tal que se les asegurasen sus fueros. ¿Qué nos importa que reine D. Carlos ó Isabel? Que los partidarios de la monarquía den á quien quieran el cetro de Castilla, nosotros debemos reunirnos alrededor del estandarte vascongado que son nuestros fueros y privilejios; abandonemos á Carlos y á Isabel, y combatamos contra todos los que intenten arrancarnos nuestros antiguos y venerandos derechos.» Echeto escuchó con paciencia al sagaz cristino, y cuando este hubo terminado le contestó: «Consiento con mucho gusto en fraternizar con V., porque veo que sus sentimientos son los de un noble vascongado; pero necesitamos un jefe que nos conduzca á la victoria: ¿y quién mejor que D. Carlos? ¿No ha jurado este príncipe conservarnos nuestros fueros y arrojar del trono á la reina Cristina que trata de quitárnoslos? Véngase V., pues, al campo de D. Carlos, porque con él queremos vencer ó morir en defensa de lo mas sagrado que hay para nosotros en el mundo.»

Tal era el modo de pensar de los vascongados y navar-

ros, y en las ciudades no era el entusiasmo menor que en las poblaciones rurales. En la marcha que hizo D. Carlos de Tolosa á Villafranca, en todo el camino se oyeron constantemente los gritos de *¡viva el rey! ¡viva nuestro padre!* En Alegría fué recibido con repique de campanas, las fachadas de las casas estaban cubiertas de colgaduras, el ayuntamiento y el clero salieron á recibirle, los balcones estaban llenos de señoras, y en toda la carrera no se oia otra cosa que los gritos de *viva el rey.*

Es muy digno de notarse, que no obstante el deplorable estado en que volvió el ejército carlista de su desgraciada espedicion á las puertas de Madrid, indisciplinado, desnudo y sin dinero, y á pesar de que Zariátegui, Elio, y algunos otros de sus jefes fueron arrestados y procesados, el entusiasmo era tal, que á las órdenes de Guergué, y en presencia de su enemigo victorioso que podia destrozarlos, los carlistas volvieron á adquirir en muy poco tiempo una actitud imponente, y no solo impidieron que Espartero avanzase, sino que aun tomaron la ofensiva contra él.

Referido ya el estado de la causa de D. Carlos en las provincias esentas, vamos á manifestar las intrigas que se emplearon para inclinar el ánimo del príncipe á confiar el mando de sus tropas á Maroto. En los meses de abril y mayo de 1838 algunos jenerales no empleados, y el baron de los Valles, hicieron los mayores esfuerzos con D. Carlos para que llamase á Maroto y le pusiese á la cabeza del ejército; pero todos fueron inútiles. El motivo del enojo de D. Carlos contra Maroto era haber este abandonado en 1836 el mando que se le confió de las fuerzas carlistas de Cataluña, y retirádose á Francia: entonces dió D. Carlos una órden, en la cual, despues de oir á la junta consultiva, se prohibia á Maroto que entrase en España sin nueva resolucion de D. Carlos, la cual no podia tomar sino sujetándole á que viniese á responder ante un consejo de guerra de oficiales jenerales, á las graves acusaciones que pesaban contra él, y que resultaban de un espediente formado en el ministerio de la guerra que entonces desempeñaba Erro, y

de algunos documentos curiosos, que probaban segun se dijo, que Maroto era enemigo personal de D. CARLOS. Unido esto á varias cartas escritas á Erro por el mismo jeneral, al interrogatorio que sufrió ante el jeneral francés Harispe, y á otra infinidad de datos, le hacian aparecer entre los carlistas como reo de lesa majestad. Sin embargo, sus amigos trataban de que á toda costa volviese á la gracia de Don CARLOS.

Un dia que este príncipe se hallaba en Lezaun, cerca de Estella, Villavicencio, el baron de los Valles, y el P. Jil, que habia venido espresamente de Loyola por dar este paso, se presentaron á D. CARLOS para demostrarle la necesidad de poner al frente del ejército un hombre de carácter firme, y le dijeron que no habia otro que conviniese mejor que Maroto. Como D. CARLOS no respondié con una negativa absoluta, el baron de los Valles escribié á Maroto en nombre del mismo D. CARLOS, mandándole que inmediatamente volviese á las provincias y prometiéndole el mando del ejército y la facultad de elejir un nuevo ministerio. Esta carta se envió á Maroto por conducto de Mr. Alzino, de Perpiñan, uno de los ajentes carlistas.

El 31 de mayo pasó Maroto la frontera y se dirijió inmediatamente al cuartel real, que entonces se hallaba en Tolosa. Indecible fué la admiracion de los ministros y demas empleados civiles y militares al ver entre ellos á Maroto, pues nadie creia que D. CARLOS tuviese intencion de darle el mando del ejército.

El 15 de junio salió D. CARLOS de Tolosa para Elorrio, sin haber dicho á Maroto cosa alguna que pudiera hacerle creer que pensaba en darle el mando del ejército, y lo que es mas, sin darle noticia de su marcha, ni órden para que le siguiese. Esto irritó á Maroto de tal modo, que resolvió volverse á Francia, y en una conversacion que tuvo el mismo 15 de junio por la noche con un estranjero, en Tolosa, se espresó así:

«La conducta del rey conmigo es indigna. Enviarme á buscar á Burdeos para ponerme á la cabeza del ejército, y

al cabo de tres semanas que estoy aquí no haberme consultado una sola vez, ni haberme dicho nada que dé á conocer que quiere emplearme, eso es infame. Asi, yo estoy decidido, y mañana me vuelvo á Francia. ¡Ojalá no hubiera venido! Ya es esta la segunda vez que el rey me insulta, siendo asi que si me hubiese dado el mando del ejército, estoy seguro de que le hubiera colocado en el trono de sus mayores. Conozco mejor que nadie el estado del ejército, y sé que nunca ha habido una causa que tenga mas probabilidades de triunfo: todos los puntos vulnerables de las provincias están fortificados, tenemos mucha artillería, el pueblo está firmemente adicto á D. Carlos, y el ejército cristino completamente desmoralizado. Con tales elementos, yo estaba seguro de triunfar, pero no me quieren, me insultan, y como yo no soy hombre que me dejo tratar así, me vuelvo á Francia.»

A pesar de esto Maroto mudó de parecer, tal vez con intencion de vengarse de la injuria que creia haber recibido, pues en vez de volverse á Francia, como habia dicho, se trasladó el 17 á Elorrio adonde estaba D. Carlos. Al llegar á este punto se encaminó al alojamiento del conde del Prado, adonde fueron convocados en seguida Montenegro, Cuevillas, Martinez y otros. D. Celestino Martinez de Celis, que á la sazon estaba en Zumarraga, supo por Cuevillas que en dicha reunion se habia tratado de ponerse de acuerdo en cierto plan para obligar á D. Carlos á que nombrase á Maroto jefe de estado mayor jeneral, á cuyo fin debian pasar á palacio el dia siguiente el conde del Prado y Montenegro, el cual escribió al jeneral portugués Pinheiro, que viniera á reunirse con ellos. Hizo la casualidad que esta carta llegase á manos de Celis, y vió que Montenegro decia á Pinheiro, que era absolutamente necesario que viniese al cuartel real, que pasase por Elgueta para hablar al jeneral Cabañas, y que cuando llegase á palacio viera á Villavicencio para que le informára del papel que debia hacer, añadiendo que no perdiesen tiempo, porque la causa del rey estaba en gran peligro.

Con todas estas noticias escribió Celis al ministro de la guerra D. José Arias Tejeiro, diciéndole que comunicase á D. CARLOS lo que se trataba, á fin de que no consiguiesen sorprenderle. Al dia siguiente, en el momento en que el conde del Prado se dirijia á palacio, recibió una real órden que le prohibia presentarse en él, mandándole se trasladase á Azpeitia. Al mismo tiempo enviaron á Mondragon á su secretario Casado, para que esperase allí su clasificacion.

Sin embargo Maroto no fue incomodado y permanecia en Elorrio. En este punto se hallaba cuando el desgraciado suceso de Peñacerrada (1), que obligó á D. CARLOS á quitar el mando del ejército al jeneral Guergué: entonces los amigos de Maroto sitiaron á D. CARLOS y á fuerza de promesas le arrancaron el nombramiento de dicho jeneral para el importante puesto de jefe del ejército. Maroto tomó el mando el 25 de junio; el 29 pasó á las inmediaciones de Estella para vijilar los movimientos de Espartero, y fue recibido del modo mas lisonjero por el ejército, entre las voces de *¡viva el rey! ¡viva el jeneral Maroto!*

Al ponerse á la cabeza de las tropas, publicó este jeneral la siguiente proclama, en la cual, leyéndola con atencion, se nota que su autor finjiendo que invita á los soldados á mostrarse dignos del inmortal Zumalacarregui, introduce diestramente algunas insinuaciones acerca de tentativas de seducciones de parte de los cristinos, y acerca de la paz, de la conservacion de los fueros, etc. Todo esto, unido á los actos posteriores de marzo, hace sospechar las intenciones que este jeneral abrigaba desde un principio contra D. CARLOS. La proclama decia así:

«Voluntarios: el rey, mi señor, se ha dignado confiarme el mando de su valiente ejército, y yo le he aceptado con confianza, animado por el recuerdo del valor que siem-

(1) La toma de Peñacerrada por Espartero, ocurrida el 22 de junio queda referida en la pájina 31, de este tomo.

pre habeis mostrado al frente del enemigo. Con vosotros recojió el inmortal Zumalacarregui los laureles inmarcesibles que adornan su frente, y á vosotros debió sus mas brillantes victorias. Al recordaros las virtudes de aquel héroe, estoy firmemente convencido de que hareis ver al mundo entero que no habeis olvidado ni los gloriosos ejemplos que os dejó, ni los prudentes consejos que de él recibisteis, y que todos seguireis relijiosamente el sendero del honor y del deber que os trazó desde su lecho de muerte.

»Yo quiero imitar á aquel valiente guerrero, y siempre en medio de vosotros, como él estaba, me vereis el primero en el puesto del honor y del peligro. Mas para vencer son indispensables la mas estricta obediencia, y la mas severa disciplina; así, espero de vosotros la puntual ejecucion de las órdenes de vuestros jefes. Cada cual será responsable de la mas lijera falta contra la disciplina, pues seré inecsorable en el castigo de todo lo que propenda á alterarla.

»El rey y nuestra santa relijion son los sagrados objetos cuya defensa se nos ha confiado. ¿No deberemos sacrificarlo todo por tan noble fin? Si los enemigos tratan de sembrar entre vosotros la desunion y la discordia, probadles con la lealtad de vuestra conducta que sus intrigas no encontrarán acojida en vuestras filas, porque las pasiones viles y bajas no encuentran eco en los apasionados corazones de los valientes realistas que se han armado para defender la mas justa de todas las causas.

»Observad la conducta de vuestros enemigos; el asesinato de vuestras mujeres é hijos, el incendio y saqueo de vuestras casas y lugares, tan pronto como consiguen cualquiera ventaja. La esperiencia de lo pasado os enseña lo que podeis esperar de ellos, y la fe que podreis dar á las promesas de sus ajentes; tratadles, pues, con el desprecio que merecen. La paz que os ofrecen, la conservacion de vuestros fueros, son otros tantos cebos engañosos que os presentan para seduciros, ó para adormeceros, en una peligrosa inaccion. Creed en sus promesas, y en breve la

devastacion de vuestras provincias, y el asesinato de todos cuantos amais, vendrán á sacaros, aunque demasiado tarde, de vuestra peligrosa seguridad, pues han jurado la muerte de todos vosotros sobre la ruina de vuestros pueblos reducidos á cenizas.

¡Odio eterno á talesmónstruos! ¡Pelead con vuestro valor acostumbrado, y quedad vencedores ó morid como héroes en el campo del honor!»

Cuartel jeneral de Estella 28 de junio de 1838.—RAFAEL MAROTO.»

Ausiliado este jeneral por sus amigos, se dedicó á hacerse el mayor partido posible entre el ejército, para poder realizar con mas facilidad sus planes, y por la siguiente carta se verá que Maroto y sus paniaguados, trataban de arreglarse con el ministro de negocios estranjeros Arias Tejeiro, que no era de su pandilla.

«Elorrio 28 de junio de 1838.—Mi querido Mitchell: ya hemos obtenido un triunfo, aunque es cierto que nos ha costado caro, pues ha sido necesario nada menos que la toma de Peñacerrada para imponer silencio á la infame oposicion que se ha manifestado contra el jeneral Maroto. Arias Tejeiro nos ha hecho un grave mal impidiendo que el rey confiase antes el mando de su ejército á un jeneral tan distinguido por su enerjía y actividad, como por sus conocimientos militares. El ejército ha recibido con aclamacion este nombramiento, y puede V. estar seguro de que en el primer encuentro que tenga con el enemigo probará que es invencible cuando está bien mandado.

»Creo que en breve se confiará el ministerio de la guerra al valiente marqués de Valdespina, quien como hombre de estado, activo y sin preocupaciones, ausiliará poderosamente á su amigo el jeneral Maroto, que le ha propuesto al rey para aquel elevado cargo, y antes de mucho verá V. que nuestros asuntos reciben un fuerte

impulso. Por lo que hace al ministerio de negocios estranjeros conviene que continue en manos de Arias, porque no tenemos á nadie capaz de remplazarle; pero será preciso que se limite á su ministerio y no quiera mezclarse en las atribuciones de los demas, pues no siendo así nos veremos en la precision de abandonarle á su mala suerte. Con Sierra, volverian á presentarse Mon, Lagraciniere, y compañia, y ademas sabe V. que la poca salud de Sierra no le permite tener una vida activa, y nos dejaria en el momento preciso en que mas necesitásemos de él. Es necesario, pues, contentarnos por ahora con Arias Tejeiro, á quien á fuerza de adulaciones han envanecido hasta lo sumo, en términos que no puede tolerar la menor contradiccion. Como de nada duda, se cree el primer hombre de estado porque sabe emborronar papel y escribe con bastante facilidad, sin embargo de que su estilo deja mucho que desear, pues es demasiado difuso para un ministro de negocios estranjeros; pero tiene buenas intenciones, y es muy trabajador, cosa bastante rara entre los españoles.

»No he enviado á V. un espreso para anunciarle el nombramento de Maroto, porque sabia que el ministro le enviaba uno.

»Soy siempre de V. etc.—El baron de los Valles».

«P. S. El infante D. Sebastian ha silido hoy á las cuatro de la tarde para Loyola, de donde irá todos los dias á tomar los baños de Cestona. Asi, pues, se han desvanecido sus agradables sueños, y Lagraciniere no podrá citarle en mucho tiempo en sus boletines de San Juan de Luz.»

Háse creido jeneralmente que Maroto, cuando entró en las provincias en el mes de mayo, estaba ya en intelijencia con los partidarios de la Reina, y que habia formado un plan para entregarles á D. Carlos y su ejército. Nosotros, sin tener mas datos que los que presentan los hechos, somos de la misma opinion; pero no queremos prevenir al lector, y le dejamos que juzgue por sí mismo,

en vista de los acontecimientos, si esta opinion ha sido ó no fundada.

El jeneral Espartero empleó los meses de mayo, junio y parte de julio en reunir en Logroño, Viana y Puente-la-Reina cerca de treinta mil hombres: habia hecho trasladar á la ribera un inmenso parque de artillería, y acopiado víveres de todos los puntos de España, y amenazaba dirijirse desde luego contra Estella. Maroto, para demostrar que estaba decidido á rechazar al enemigo y disputarle la victoria, dirijió á sus soldados con fecha 7 de julio la siguiente proclama, en la cual trataba de reanimar el valor de sus tropas recordándoles los triunfos conseguidos por ellas anteriormente, y en los cuales ninguna parte tuvo este jeneral. La proclama decia así:

«Voluntarios: ensoberbecido el enemigo con las ventajas que ha conseguido últimamente, se prepara á atacarnos; marcha hácia Estella, despues de haber organizado una diversion sobre nuestras líneas: espera encontrarnos abatidos, y se promete vencernos fácilmente; probémosle que se engaña. Acordaos de que en todos los combates, aunque inferiores en número, siempre habeis sido vencedores: recordad las gloriosas jornadas de Alzazua, Artasa y Gulina; las batallas de Descarga, de Arguijas, de las Rocas de San Fausto, de las llanuras de Vitoria, de la que se dió en las alturas de esta ciudad, y otras muchas no menos brillantes.

»El enemigo no ha olvidado la manera con que le recibísteis en Arrigorriaga. Espartero ademas de sus veinte batallones y de la lejion inglesa, hubiera visto destruido su ejército, á no haber sido por una circunstancia imprevista que se opuso á nuestro completo triunfo, y sin embargo, tuvo necesidad de buscar amparo detras de los muros de Bilbao.

»Obedeced mis órdenes, tened confianza en vosotros mismos, y el triunfo es seguro; presentaos, pues, con valor al enemigo. Por esperiencia sabeis la suerte que os espera,

á vosotros y á vuestras mujeres, padres é hijos: todos sereis sacrificados; quemarán vuestras casas y destruirán vuestras cosechas: ya sabeis que el enemigo está sediento de vuestra sangre, y no se satisfará sino con la muerte de todos vosotros. El que muere huyendo á la vista del enemigo, es un cobarde: los que teman, salgan de nuestras filas, pues no queremos con nosotros sino valientes. Confiad en vuestro jeneral, y sed vencedores ó morid en el campo del honor.—RAFAEL MAROTO.»

Dejemos á los ejércitos del norte aprestarse á emprender las operaciones y echemos una ojeada sobre las demas provincias, particularmente sobre Aragon y Valencia, donde ocurrieron sucesos de la mayor importancia. El formidable estado en que Cabrera habia conseguido poner su ejército, las victorias por este conseguidas, y las reiteradas reclamaciones del jeneral Oráa, obligaron al gobierno de la reina á proceder con una actividad hasta entonces desconocida en el ejército del Centro, aumentando considerablemente las tropas de Oráa, y proporcionándole algunos recursos para que emprendiese las operaciones en el Maestrazgo. El gobierno de Madrid estaba persuadido de que influirian en el buen écsito de esta campaña las discordias de los carlistas navarros, y las recientes derrotas de las columnas espedicionarias al mando de D. Basilio y del conde de Negri, creyendo que todo esto produciria desaliento en las tropas de Cabrera.

Habiendo reunido el jeneral Oráa un ejército respetable y hecho todos los preparativos necesarios, se decidió á marchar á la conquista de Morella y Cantavieja, que eran las principales fortalezas y el centro de las operaciones de los carlistas del Maestrazgo. Las fuerzas reunidas al efecto consistian en veintitres batallones, doce escuadrones, veinticinco piezas de artillería, tres compañías de injenieros, y el correspondiente estado mayor. Estos inmensos preparativos, lejos de amilanar á Cabrera, sirvieron solo para que demostrase toda su enerjía y actividad, y se preparó

á la defensa, empleando en ella todos los recursos que le ofrecia su injenio. Conociendo que esta era la ocasion de hacer los mayores esfuerzos, nada perdonó para conseguir el triunfo. Apenas supo los planes que Oráa meditaba contra él, trató de entusiasmar á sus soldados: impidió la circulacion de noticias que pudieran alarmarlos ó desanimarlos, y él mismo les comunicaba oficialmente las que le parecian, descubriéndoles una parte de sus designios y los medios con que contaba para deshacer los planes del jeneral Oráa. Ademas de los recursos de que podia disponer Cabrera, contaba mas que todo con su buena suerte, como lo manifiesta en la siguiente proclama que dirijió á sus tropas:

«Soldados: segun voces, parece que el enemigo no ha conocido todavía los peligros que le ofrecen estos montes de la fidelidad, no obstante las lecciones que ha recibido tantas veces cuantas ha intentado penetrarlos, y especialmente por los collados de Cati y Villar de Canes, pues está propalando va á invadirlos para ocupar las plazas de su centro. Es indecible el gozo que me ha inspirado esta noticia, pues contando con vuestro valor para resistir los ataques que trate de hacer en las murallas que se os han confiado, queda á mi cargo hacerles regar el territorio con su sangre, si llega su temeridad hasta quererlo hollar. No teneis que temer, porque á todo trance yo volaré á vuestro socorro, y no dudeis de verle pagar su atrevimiento; y puede que sea esta la ocasion en que se estrelle el poder de los impíos contra las rocas de este pais clásico de la lealtad, y ser tal vez el medio de dar fin á la revolucion con el completo triunfo de la causa del mejor de los soberanos; y puede que tambien aquí se defina la suerte de la Europa. Acordaos, soldados, que sois los que en campo abierto habeis tantas veces batido á ese mismo enemigo, asombrado con el delito de haber destruido la paz y antigua felicidad de su patria: ¿y tras del muro sereis menos valientes? No: los rebeldes lo conocerán si se atreven á probarlo, y su desengaño será

la satisfaccion y gloria del rey N. S., y de vuestro compañero y jeneral.—RAMON CABRERA.»

El jeneral Oráa formó de sus fuerzas tres divisiones, á las órdenes de los mariscales de Campo Borso di Carminati, Pardiñas y San Miguel: el mando de la caballería se dió á D. Bartolomé Amor; el de la artillería á D. Juan Vial y D. Ramon Salas, y el de las compañías de injenieros á don Manuel Bayo. Distribuidas de este modo las fuerzas, emprendió Oráa su movimiento, saliendo de Teruel el 24 de julio, yendo á pernoctar á Monteagudo; el 25 pasó á Villaroya; el 29 á Mosqueruela, y sucesivamente á Villafranca y el Forcall, puntos ambos poco distantes de Morella. Borso marchó por Atsancta á Vistabella, y San Miguel con su division por la falda opuesta de los puertos.

A la aprocsimacion de Oráa, dividió Cabrera sus fuerzas, y dejando dentro de Morella una guarnicion numerosa, aguerrida, entusiasmada y resuelta á repultarse en las ruinas de la ciudad antes que rendirse, se salió fuera de la poblacion con un cuerpo de tres mil hombres, para poder hostilizar á campo libre y por cuantos medios le fuese posible, á las tropas de la reina.

El 28 se reunieron en Castellfort la columna que Oráa se reservó para su inmediata direccion y la de Borso, ocupando la de San Miguel á Centorres, pueblo distante unas dos leguas de Morella. Cabrera situado en un bosque inmediato, molestó cuanto pudo á la division San Miguel con algun fuego de guerrillas y varias granadas que le arrojó. El dia 29 al amanecer emprendieron la marcha las tropas de la reina en tres columnas, con direccion á las alturas que dan vista á Morella, siendo aquellas incomodadas constantemente por los carlistas situados en las inmediaciones. El 31 quedó establecido en Monroyo el cuartel jeneral, mientras que San Miguel, con su division, se dirijía á Alcañiz en busca de la artillería y de víveres. Al amanecer del dia 2 de agosto emprendieron los carlistas un ataque jeneral contra la línea de Oráa; pero lo ejecutaron con tan

cortas fuerzas, que el jeneral Borso batió á Forcadell y le obligó á entrar en Morella precipitadamente.

Reunidos por fin los aprestos del sitio se encaminaron las tropas de la reina al campamento que debia establecerse delante de Morella, hostilizadas, como siempre, por las contrarias. En la noche del 10 elijieron los sitiadores los puntos mas á propósito para incomunicar la plaza, y en las del 12 y 13 establecieron las baterías.

En todo este tiempo Cabrera no solo atendia á hostilizar á sus contrarios por fuera de la plaza, sino que atendia tambien á la defensa interior, pues cuando menos se pensaba entraba solo en Morella para visitar y dirijir las obras de fortificacion, animar á los sitiados y vijilar por sí mismo las operaciones de sus subalternos; y al amanecer del dia siguiente se volvia á su campo para idear nuevas estratajemas y hostilidades.

Los sitiadores rompieron el fuego en la madrugada del 14, y el 15 estaba ya abierta la brecha en la parte del muro comprendida entre la puerta de San Miguel y la llamada de la Torre Redonda. En la tarde del mismo dia se nombraron las tropas que debian acometer la brecha, que fueron diezinueve compañias de granaderos, el batallon de cazadores de Oporto y las compañias de Santiago, todas las cuales se dirijieron al asalto á las once de la noche; pero notando los sitiados su aprocsimacion á las murallas, los esperaron con gran serenidad. Los asaltantes acometieron con el mayor denuedo, mas la brecha estaba muy elevada y el terreno ofrecia muchos inconvenientes: á esto se agregaba la gran cantidad de combustibles amontonados y encendidos detras de la brecha, el fuego de fusileria y granadas de mano que les arrojaban los sitiados, y un diluvio de pidras que desde las elevadas torres de la puerta de San Miguel caian sobre sus cabezas: obstáculos insuperables que hicieron desistir de su empresa á los sitiadores, dejando el suelo cubierto de cadáveres.

El 17 intentaron las tropas de la reina otro asalto, y marcharon en tres columnas á escalar el muro por diferen-

tes puntos; pero contenidos como antes por los sitiados, regaron abundantemente con su sangre aquel fatal sitio en donde pereció la flor del ejército sitiador. Perdida la esperanza de conseguir el triunfo, dió Oráa la órden de retirada hácia Alcañiz, la cual emprendieron sus tropas tristemente el 18 al mediodia, llevando consigo mas de ochocientos heridos. Asi terminóel sitio de Morella despues de veintidos dias, en cuya empresa tenia puesta su atencion toda España, y que solo dió por resultado la destruccion de algunos edificios de la plaza, contra la cual arrojaron setecientas setenta y cinco bombas y granadas. Atribuyóse la inesperada retirada de Oráa á la falta de víveres, de que padecia grande escasez su ejército, y á la de municiones de grueso calibre: lo cierto fué que la causa de la reina recibió una herida muy profunda, porque animados mas y mas con este nuevo triunfo los carlistas, ni aun la ciudad de Valencia estaria ya segura de sus irrupciones. En efecto, no tardaron Cabrera y Forcadell en llegar hasta los muros de Valencia, poniendo en consternacion á los habitantes; mas no acometieron á la poblacion, pues se contentaron con recojer en la huerta algunos millones en metálico, inmensidad de granos y aceite, y muchos caballos con que aumentar el número de sus jinetes. Los jenerales Oráa y Borso que con triplicadas fuerzas, hubieran debido disputarle la presa á Cabrera en su retirada, no dieron siquiera indicios de moverse; tal era el desaliento que se habia apoderado de sus tropas desde la retirada del frente de Morella. La defensa de esta plaza le valió á Cabrera el título de *Conde de Morella*, que con los entorchados de teniente jeneral y una carta autógrafa, le envió D. Cárlos tan luego como llegó á su noticia aquel triunfo.

Otro suceso no menos glorioso para las armas de Don Carlos, considerado, y con razon, como una consecuencia del triunfo de Morella, vino por este tiempo á aumentar el entusiasmo de las tropas de Cabrera. Deseoso el jeneral Pardñas de vengar el desastre que el ejército del Centro habia esperimentado delante de aquella plaza, salió de

Maella en busca suya el 1.° de octubre con la tercera division, que mandaba, compuesta de unos seis mil hombres de buenas tropas, y tomó el camino de Alcañiz. Apenas habia caminado una hora se dejó ya ver Cabrera con cinco batallones y seis escuadrones. Pardiñas mandó inmediatamente á dos batallones que envolviesen la derecha de los contrarios, y dirijió otras fuerzas á ocupar una posicion de frente, que sirviese á su izquierda como de base: estas fuerzas se sobrepusieron á los enemigos; pero reforzada su ala derecha, cargaron sobre la izquierda de Pardiñas de tal modo, que la obligaron á replegarse á su centro; entonces Pardiñas mandó retirarse por escalones toda la línea para cambiar de posicion, y tomarla en direccion del camino de Caspe. Este movimiento se efectuó ordenadamente por espacio de una hora; mas al llegar al estremo de una montaña cerca del valle donde estaba situada su caballería, los batallones se desordenaron algun tanto; acometida al mismo tiempo la caballería por cuatro escuadrones carlistas que la obligaron á retroceder, y mezclados los jinetes unos con otros, acabó de introducirse el desórden entre la infantería. Desde este momento fue ya imposible reunir los soldados ni aun reducirlos á que se defendiesen, porque dispersos y azorados huyó cada cual por donde pudo, dirijiéndose unos á Caspe y otros á Alcañiz. Solo y abandonado el valiente jeneral Pardiñas aun se defendió con denuedo contra los enemigos que le rodeaban, y muerto su caballo se vió precisado á continuar á pie un desigual combate: sin embargo, no desmayó por eso, tomó una tercerola, y apoyándose en un árbol, prosiguió haciendo fuego, derribando algunos de los que intentaron acercársele; pero á él tambien le alcanzó la muerte, y cayó ecsánime al pie del mismo árbol. Al dia siguiente de la accion los nacionales de Caspe salieron á recojer el cadáver del malogrado jeneral, y le dieron sepultura en dicha ciudad.

De los cinco batallones que componian la tercera division del ejército del centro, apenas pudieron salvarse dos, pues los demas murieron en el campo ó quedaron prisio-

neros de Cabrera. Ya se presume que el caudillo tortosino no consiguió esta victoria sin sufrir muchas bajas, y aun él mismo recibió una herida en un brazo. Pocos dias despues de este triunfo mandó Cabrera fusilar en el Forcall á noventa y seis sarjentos de los prisioneros hechos en dicha accion, motivando su proceder, segun se dijo, en que los espresados sarjentos habian tratado de sublevar á los demas prisioneros contra los carlistas que los custodiaban. No sabemos si esto fué verdad; pero ¿cómo disculpar la muerte de treinta y siete heridos en el convento de San Francisco de Maella al siguiente dia de la accion, y la de otros cincuenta prisioneros del rejimiento de caballería del Rey, que despues de dejarlos enteramente en cueros los hicieron perecer al filo de las espadas? Estas ejecuciones fueron desaprobadas por muchos partidarios de D. Carlos, que mirando por la causa de la humanidad, deploraban la sangre que se derramaba fuera de los combates, pues no era escaso el número de españoles que perecia en ellos. El inhumano proceder de Cabrera tuvo bien pronto imitadores, y las funestas represalias que tomaron los cristinos en diferentes puntos fortificados fueron una consecuencia de la crueldad del jeneral carlista. Las familias de los soldados de Cabrera y los vecinos reputados por carlistas, fueron sacrificados en los sangrientos motines que produjo la ecsasperacion de los ánimos. De este modo se ensanchaba cada vez mas el lago de sangre que dividia á ambos partidos, y su odio recíproco se aumentaba de dia en dia.

Cabrera habia jurado que por cada carlista fusilaria diez isabelinos, y multitud de prisioneros fueron víctimas de este sangriento voto, de modo que los pueblos se consternaron y la alarma se hizo jeneral. Para impedir los escesos á que la ajitacion de los ánimos podria dar lugar, las autoridades de Zaragoza publicaron un manifiesto el dia 6 de octubre, en el cual procuraron contrapesar la influencia moral que los resultados de la accion de Maella podia producir en los zaragozanos, y adoptaron algunas medidas para impedir la circulacion de noticias alarmantes. Al mismo tiem-

po D. Santos San Miguel, segundo cabo de Aragon, dirijió á Cabrera el oficio siguiente, creyendo que este caudillo haria algun caso de sus palabras, y se contendria en sus sangrientos sacrificios; pero la ecsasperacion de los partidos habian llegado á su colmo y no querian escuchar la voz de la razon. El oficio de San Miguel decia así:

«La infame y atroz conducta, contraria en un todo á los principios de humanidad, derecho de jentes y leyes de la guerra que V. ha tenido con los heridos prisioneros pertenecientes á la division de Escmo. Sr. jeneral Pardiñas, asesinándolos vilmente depues de rendidos, y la observada últimamente en el pueblo de Ursea de Jalon, que V. entregó á las llamas causando la infelicidad de sus habitantes, y el asesinato cometido en cuantos nacionales de dicho pueblo cayeron en su poder, llena de indignacion á todo corazon humano, sea cual sea su opinion ó partido á que pertenezca, porque para hacer la guerra con nobleza, no es preciso estender los efectos de ella á los pacíficos habitantes, ni usar con los enemigos rendidos otra conducta que la que marcan aquellas y el honor del jefe que manda y prescribe.

»Me es muy sensible usar de represalias, y verme precisado á usar otra igual con los que, desafectos al actual sistema que rije en la nacion, aparecen partidarios y amigos de esa innoble y ruin causa que V. defiende, y que envuelve á la nacion en luto y llanto; pero mi deber y el interés de protejer el pais que está á mi cuidado me imponen esa obligacion. En consecuencia he puesto presas á todas las personas pudientes é influyentes de esta poblacion que se hallan en este caso.

»Mi conducta con ellas será igual á la que V. en lo sucesivo observe en las poblaciones, y con los amigos y defensores de la causa de la libertad y del trono de la reina Isabel II.

»No circunscribiré mi accion á esta sola poblacion; en cualesquiera que nuestras tropas ocupen, la tendré igualmente con las que pertenezcan á su partido, siguiendo con ellas la misma línea de conducta que V. con las contrarias.

V. conocerá que este sistema arruinará bien pronto á unos y otros, y no dejará en el pais mas que el puro suelo, sacrificados los habitantes que le pisan, y fortunas de que disponen.

»Haga V. la guerra con el carácter que conviene á un honrado militar, y aunque la causa que defiende está proscrita por los hombres sensatos que conocen el modo de constituirse en sociedad, hágase al menos digno de contarse entre los racionales, porque si bien sus opiniones son erróneas en principios de política, manifestarán al menos un corazon humano, y no de tigre, como desgraciadamente observo, recibiendo por tal sistema la jeneral maldicion de cuantos desgraciadamente habitan en el pais que V. recorre y estan sujetos por esta causa á los efectos del de sangre y ruina que ha adoptado contra los principios de humanidad, atrayéndose con él enemigos en vez de prosélitos.

»Quizá su respuesta á este escrito será poco conforme á lo que me prometo y deseo; pero en tal caso no seré culpable de los males que produzcan, y V. será responsable ante Dios y los hombres de cuantas desgracias, continuando en el mismo, acarrea á la humanidad doliente y aflijida. Dios guarde á V. muchos años. Zaragoza 9 de octubre de 1838.—El jeneral segundo cabo, Santos San Miguel.—Sr. D. Ramon Cabrera, jefe de las fuerzas rebeldes de Aragon.»

Despues de la retirada de Morella, habia sucedido á Oráa en el mando del ejército del Centro el jeneral Van-Halen, el cual dirijió una proclama á sus tropas y otra á los habitantes de Aragon, Valencia y Murcia, con objeto de reanimar el espíritu público, abatido con los dos triunfos tan notables que habian obtenido en poco tiempo los carlistas. Hallándose el 19 de octubre su cuartel jeneral en Caspe, dispuso Van-Halen, para averiguar las causas que habian producido la derrota de Maella, que los jefes, oficiales y sarjentos de Africa y Córdoba, asi como del escuadron 6.° lijero, quedasen suspensos de sus respectivos em-

pleos, y pasasen á la ciudad de Jaca para que se les formase la competente sumaria. Tambien recibieron la órden de trasladarse á dicha plaza á disposicion del fiscal los jefes y oficiales de estado mayor de la division Pardiñas y los ayudantes de campo de este jeneral, para que declarasen como testigos sobre aquel acontecimiento. Los cabos y soldados de los espresados cuerpos, que habian tenido la suerte de no caer prisioneros, fueron distribuidos en los demas rejimientos del ejército de Isabel; y los jefes, oficiales y demas individuos del rejimiento de Córdoba que no se hallaron en la accion en que sucumbieron sus compañeros, quedaron á disposicion del inspector jeneral del arma para que los emplease segun tuviera por conveniente.

Los fusilamientos ordenados por Cabrera ecsasperaron los ánimos de tal modo, que hubo algunos desórdenes con este motivo en varias poblaciones. En Valencia se formaron varios grupos, y despues de recorrer las calles, se situaron en los patios de la Escuela Pia. Con objeto de disolver estas reuniones alarmantes y conservar el órden, el jeneral segundo cabo de la provincia, D. Froilan Mendez Vigo, se dirijió al sitio en que aquellos estaban; pero al pasar por delante de los grupos, le dispararon algunos tiros y quedó muerto en el acto. En vista de este suceso se reunieron inmediatamente las autoridades, y la milicia se puso sobre las armas: el jeneral D. Narciso Lopez reasumió en sí el mando y consiguió restablecer la tranquilidad formando una junta de represalias, que continuó por algun tiempo las sumarias y ejecuciones contra los adictos á don Cárlos. Todos los amigos de la causa de este príncipe, que perecieron en virtud de las represalias, debieron su triste fin á la desacertada política, ó deseos de venganza de Cabrera, pues aunque este multiplicaba las ejecuciones de los prisioneros en desquite de los que de su bando le sacrificaban los contrarios, no por esto podia volver á la vida á los que ya habian sido víctimas de tan atroz sistema. Los jefes de ambos partidos se oficiaban mútuamente con objeto de que cesase este inútil derramamiento de sangre; pero

los medios que empleaban para ello surtian un efecto enteramente contrario al que se deseaba; porque atribuyéndose unos á otros la causa de tales escesos, se llenaban de denuestos y se amenazaban con mayores represalias; los odios se ecsasperaban cada vez mas, y se aumentaba horriblemente el número de las víctimas. Tal era el lastimoso estado á que se veian reducidos los pueblos y los ejércitos en Aragon y Valencia.

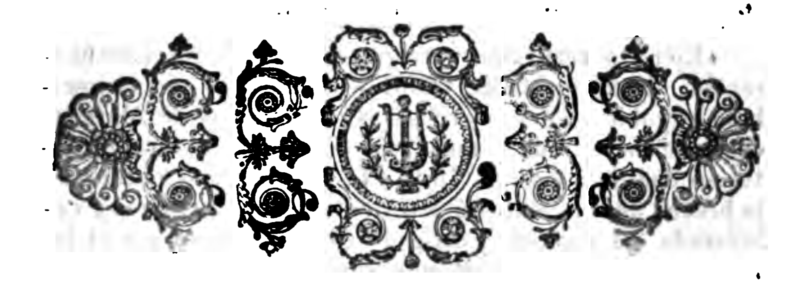
En las demas provincias seguia la guerra con mejor écsito para los partidarios de Isabel. En Cataluña, se apoderaron de Solsona el 17 de julio, capitulando como prisioneros de guerra los carlistas que la guarnecian, en número de seiscientos sesenta y seis individuos de todas armas y clases, quedando ademas en poder de los sitiadores gran cantidad de armas, municiones, víveres y otros efectos. El baron de Meer, que custodiaba un convoy para la misma plaza, se vió acometido por los carlistas el 2 de agosto en las inmediaciones de Biosca, y despues de un porfiado combate consiguió rechazarlos, causándoles cincuenta muertos y varios heridos, y pudo introducir el convoy sin menoscabo en la ciudad, á costa solo de algunas bajas.

La brigada llamada del alto Aragon, derrotó igualmente el 2 de setiembre las fuerzas reunidas del Llarch de Copons, Griset de Batra, Gravat de Monsenet y el cura de Viacamp, que intentaban apoderarse de Albelda, Alcampel y Tamarite, de cuya empresa hubieron de desistir, con pérdida de unos doscientos hombres entre muertos y prisioneros.

El 23 de julio sufrió el titulado Perdiz un descalabro en las inmediaciones de Navamorcuende, perdiendo gran parte de su jente en la persecucion que sufrió por la columna del coronel Crespo. En Estremadura fueron batidos Felipe y el escuadron denominado de Carrasco, el 5 de agosto, cerca de la villa de Oropesa, en cuyo encuentro tuvieron unos cien muertos y veinticinco prisioneros, apoderándose los vencedores de ochenta caballos, algunas armas y otros efectos. En Galicia pereció Guillade á manos de los cazado-

res de Monterrey el 15 del mismo mes, y el 27 de setiembre esperimentó una derrota Arnau, que con su jente y un refuerzo de cien caballos que le habia llegado de la Mancha, invadió la provincia de Cuenca. Pero todos estos triunfos eran harto insignificantes comparados con los obtenidos por os carlistas en el Maestrazgo.





CAPÍTULO IV.

Conducta de Espartero al frente de Estella.—Movimientos de Maroto.—Espartero desiste de atacar á Estella y se retira con su ejército.—Orden jeneral de Espartero contra los desertores.—Persecuciones de Maroto contra el partido navarro.—Batalla de El Perdon.—Llegada de la princesa de Beira á las provincias.—Formacion del ejército de reserva de Andalucia.—Acontecimientos de Madrid y de Sevilla.

El jeneral Maroto, que no perdia ocasion de hacerse popular en el ejército, luego que supo las ventajas conseguidas por Cabrera en Aragon, creyó que estos sucesos habian de producir en sus soldados el mejor efecto, y publicó la siguiente órden del dia.

«Ejército real vasco-navarro.—Cuartel jeneral de Morentin, 29 de agosto de 1838.—Las noticias que ha recibido el gobierno del rey relativas á los sucesos de Morella, confirman la retirada forzada del enemigo. Dos asaltos infructuosos dados en los dias 16 y 17, le han hecho perder en la brecha de seiscientos á setecientos hombres. Oráa, careciendo de víveres, y ostigado contínuamente por el jeneral Cabrera, ha tenido que levantar el sitio despues de haber perdido cuatro mil hombres entre muertos, heridos y enfermos, y ha ido á ocultar la vergüenza de su derrota, lejos de una plaza que habia jurado reducir á cenizas. Asi se han desvanecido los impotentes esfuerzos de la revolucion.

»Este ha sido un dia mas de gloria para las armas del rey, que merece toda nuestra admiracion.

»Espartero teme levantar el velo que le cubre, y entretanto nos amenaza todavía con la ocupacion de Estella; pero la enormidad de sus preparativos nos descubre sus temores, su indecision, y el juicio que forma de lo imponente de nuestras fuerzas; y la desercion, que cada dia es mayor en sus filas, nos hace ver el desaliento de sus soldados.

»El Dios de los ejércitos protejerá la causa del mejor de los reyes. Una obligacion sagrada nos impone el deber de vencer ó morir, y el ejército vasco-navarro no cederá en nada al de Aragon.

»Asi lo espera vuestro jefe de estado mayor jeneral.—Rafael Maroto.»

Tanto como Maroto escaseaba las operaciones militares, prodigaba las alocuciones, procurando con ellas distraer la atencion de sus tropas, y entusiasmarlas en su favor. Asi pues, el 7 de setiembre publicó otra órden del dia, en la que se espresaba de este modo:

«Espartero, despues de habernos amenazado varias veces se ha decidido por fin á avanzar. Voluntarios: el rey nues-

tro señor ha puesto en vosotros todas sus esperanzas, y no quedará engañada su confianza; sobrepujad, si es posible, al heróico ejército de Aragon, que conducido por el valiente Cabrera, acaba de derrotar al ejército de Oráa, que se atrevió á emprender el sitio de Morella.

»Voluntarios: que la usurpacion reciba el golpe mortal, bajo los muros de Estella; presentaos al combate con la resolucion de vencer ó morir. Vuestro jeneral quiere conduciros á la victoria, ó como vosotros, morir combatiendo. A las armas, pues, valientes voluntarios.—RAFAEL MAROTO.»

Para que nuestros lectores puedan formar una idea de la conducta de Espartero en esta ocasion, y de los movimientos practicados por Maroto, insertamos á continuacion el estracto de una carta escrita por el secretario de este último jeneral, en la cual da algunos pormenores, al mismo tiempo que patentiza el espíritu que animaba entonces á los habitantes de las provincias y al ejército carlista.

«Alzazua 11 de setiembre de 1838, á las tres de la mañana.—Ya sabe V. que el teniente jeneral Maroto, cansado de la indecision y de las amenazas de Espartero, se adelantó el dia 1.° de este mes á hacer un reconocimiento, á la cabeza de algunos batallones, con el objeto de provocarle; mas las tropas que ocupaban á Lodosa abandonaron este pueblo á nuestra vanguardia para retirarse al otro lado del Ebro, de donde no fué posible sacarlas para presentarse al combate, y el jeneral tuvo que volver el 2 á su cuartel jeneral de Morentin.

»Sin embargo, escitado por este movimiento que no tenia otro objeto, se apresuró Espartero á dejar en los puntos fortificados las guarniciones mas cortas que pudo, y reunir todo su ejército en la orilla izquierda del Arga, entre Lárraga y Puente-la-Reina, es decir, en un espacio de menos de tres leguas, donde sus soldados han permanecido amontonados hasta el 9 por la mañana. Durante este

tiempo, ha reunido Espartero tres consejos de guerra sin duda con el fin de animarse unos á otros para el combate, y el del 7, sobre todo, debió tener este objeto, pues el 8 ántes de ser de dia, se pusieron en movimiento con direccion á Estella; pero apenas habian dado algunos pasos cuando recibieron contra órden, y el dia siguiente 9 verificó Espartero una completa retirada, despues de haber hecho quemar una enorme masa de fajinas y otros objetos de esta especie que tanto tiempo babia estado reuniendo. Es verdad que habia recibido un emisario de su gobierno y sabia que mas de un batallon de su ejército esperaba tan solo atravesar el Arga para pasarse en masa á la filas del rey (1). Estas dos consideraciones parece que deben disminuir un poco la vergüenza de aquella retirada; pero crea V. que las disposiciones de nuestro jeneral, y la confianza que ha sabido inspirar á sus valientes voluntarios y al pueblo, no han contribuido poco á producir este resultado, que por esa razon no carece de gloria para nosotros y para nuestro digno jefe. Este habia seguido con su acostumbrada actividad los movimientos del enemigo, trasladando sucesivamente su cuartel jeneral á Morillo y á Gorsoci, y recorriendo el territorio para sacar de él toda la ventaja que le proporcionasen su celo y esperiencia. Por una órden del dia, que siento no tener á mi disposicion en este momento, anunció el ataque para el dia siguiente, porque realmente creyó que se verificaria aquel dia. Ayer recorrió otra vez toda nuestra línea sobre el Arga, sin duda para observar si el jeneral Espartero volvia al puesto conducido por algun remordimiento de su conciencia, pero solo vió seguir su dispersion y retirada.

»Aseguro á V. que es tan triste para la causa del rey, como ridículo para la de la usurpacion, que las cosas se

(1) Por este lenguaje se conocerá facilmente que el secretario de Maroto no estaba enterado, ó finjia no estarlo, de los planes de su jeneral, y que este daria por pretesto de la retirada de Espartero el temor que concibió de la supuesta desercion de sus tropas.

hayan arreglado de esta manera. Si V. hubiese visto á los habitantes de las inmediaciones de Estella, procurar poner en seguridad hasta los mas insignificantes objetos de sus propiedades, con el fin de no dejar nada al enemigo, ni aun agua potable, y á los que podian armándose para unir sus esfuerzos á los del ejército; si hubiese V. visto el espíritu que les animaba, hubiera pensado, como yo, que los alrededores de Estella habrian sido el sepulcro de la revolucion.»

Por la anterior carta se ve que Espartero, despues de los inmensos preparativos que hizo para apoderarse de Estella, cuando los carlistas temblaban por la suerte de dicha ciudad, y cuando la atencion de toda España estaba fija sobre este punto, porque los periódicos de Madrid anunciaban todos los dias el ataque; se retiró y salió de Navarra sin disparar un tiro. Este hecho solo, ecsaminado con atencion, demuestra la intelijencia de Maroto con aquel jeneral; porque á no ser así ¿cómo se habia de hacer retirado Espartero delante de doce mil carlistas, cuando él contaba con fuerzas tan superiores y con tantos elementos para obtener el triunfo? Ademas, los partidarios de Isabel que no estaban en el secreto de las intrigas, deseaban y pedian que el ejército atacase, puesto que contaba con los medios necesarios para poderlo efectuar con ventaja; y sin embargo, Espartero retrocedió sin haber intentado acometer á la ciudad amenazada. Lo que se deduce de la retirada del jeneral cristino, es que esta tuvo por objeto proporcionar á Maroto una popularidad, que efectivamente consiguió, la cual dándole grande influjo en el ejército, le ofreciese los medios de poner en práctica el plan acordado.

Aunque en la cita de la pájina anterior hemos dicho que era supuesta la desercion de las tropas que el secretario de Maroto indicaba habia tenido el jeneral Espartero, no hemos querido manifestar que no desertasen algunos soldados de los de la reina; lo que hemos negado es el que quisiesen pasarse algunos batallones en masa: por lo demas no dejaban

de pasarse con bastante frecuencia individuos del ejército cristino á las filas de D. Carlos, como se colije de las órdenes del dia publicadas el 3 y 4 de setiembre por el jéfe de estado mayor interino del ejército de la reina. La primera dice así:

«Orden jeneral del 3 de setiembre de 1838, en Lodosa.—El Escmo. señor jeneral en jefe tiene motivos para creer que los ajentes del Pretendiente redoblan sus esfuerzos para corromper la fidelidad de los valientes de este ejército. Los enemigos, suficientemente convencidos de la impotencia de sus armas, recurren á la perfidia y á las seducciones para hallar medios que no puede proporcionarles la justicia de su causa. Y siendo el interés de S. E. conservar la reputacion de su ejército, se ve obligado, al dar estas advertencias, á tomar medidas que prevengan y castiguen á los que puedan dejarse seducir. En su consecuencia ha mandado lo que sigue:

»Artículo 1.° Todo individuo dependiente del ejército, de cualquier grado que sea, que deserte despues de la publicacion de esta órden, sea para pasarse al enemigo, sea para volverse á sus hogares, ó por cualquiera otro motivo, será pasado por las armas en el momento que sea cojido, y sin otra formalidad que la reunion de un consejo de guerra verbal para comprobar el delito y mandar proceder á la ejecucion de la sentencia, que será dictada por el jefe de la division á que pertenezca el cuerpo del delincuente.

»Art. 2.° Todo individuo perteneciente al ejército, de cualquiera graduacion que sea, que despues de la publicacion de esta órden se haya pasado al enemigo y sea hecho prisionero, será igualmente pasado por las armas, con las formalidades espresadas en el artículo anterior.

»Art. 3.° Toda persona, de cualquiera clase, secso ó condicion que sea, que dé asilo á los desertores, ó les incite á cometer este crímen, será tambien pasada por las armas, sin otras formalidades que las mencionadas para los desertores.

»Si los individuos que han provocado la desercion ó dado asilo á los desertores, consiguiesen huir, se les confiscarán sus bienes, y su producto se aplicará á las necesidades del ejército.

»Art. 4.º Esta órden jeneral se leerá por los oficiales de semana á todas las compañias por tres dias consecutivos, á fin de que nadie pueda alegar ignorancia acerca de su publicacion.—El brigadier G. de E. M. interino.—Tena.»

Estos articulos no fueron meras amenazas, pues se llevaron á efecto al dia siguiente, como se ve por esta:

«Orden jenral del 4 de setiembre de 1838, en Arjona.—Cuatro soldados del rejimiento de guias, han tratado de cometer la noche pasada en el distrito de Carcar en que pernoctaban, el crímen de desercion. Su delito se ha comprobado inmediatamente de la manera indicada en la órden jeneral de ayer, y en su consecuencia han sufrido la pena de muerte. Las tropas han presenciado este acto de severa justicia desfilando por las inmediaciones de Lerín. El Escmo. señor jeneral en jefe espera que este ejemplo bastará para mantener en su deber á cualquier individuo á quien engañosas promesas inclinen á separarse de él; pues todos los que intenten seguir el ejemplo de estos desgraciados, pueden estar seguros de que sufrirán igual suerte.—El brigadier G. de E. M. interino.—Tena.»

Cuando Maroto tomó el mando del ejército, quiso reunirse al partido que entonces ejercia el poder, y trató de atraerse el favor del partido navarro, que en realidad no era otro que el de los realistas puros; mas pronto se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, pues los ministros, que conocian sus antecedentes, no correspodieron á sus ofrecimientos, y el mismo D. Carlos no podia olvidar que en cierto modo se le habian impuesto. Mas tal era el deseo de captarse la amistad de aquellos mismos á quienes despues sacrificó, que habiendo puesto en sus manos los do-

cumentos de los procesos de Elío y Zariátegui, opinó que debian ser fusilados, y aun ofreció á D. Carlos, que entonces se hallaba en Elorrio, que él mismo haria ejecutar la sentencia al frente del ejército.

Los principales cargos que resultaban de las acusaciones contra los espresados jenerales, eran haber permitido que sus tropas se entregasen á toda clase de escesos en los pueblos por donde habian pasado, y especialmente en Segovia: haber desobedecido á las órdenes del jeneral Moreno, que era jefe de estado mayor jeneral, y haber precipitado su vuelta á Navarra, abandonando á D. Carlos con una débil columna en la sierra de Burgos, á pesar de las reiteradas reales órdenes.

Al brigadier Cabañas se le acusaba de haber desobedecido á las órdenes que se le comunicaron, y de haber colocado su caballeria al acercarse el enemigo en un desfiladero peligroso y distante tres leguas de la retaguardía del ejército carlista, donde pudo haber perecido todo.

Iturve, acérrimo marotista, que declaró como testigo ante el mismo consejo de guerra, dijo que su opinion era que las maniobras de Cabañas en aquella ocasion, no podian atribuirse á falta de talentos militares, sino á traicion.

Entre los oficiales que por su conducta en la espedicion habian caido en desgracia de D. Carlos; pero que al volver fueron empleados de nuevo, era uno Villareal. No habia disimulado este el odio que profesaba al jeneral Moreno, y como tenia bastante influencia en los soldados, su ejemplo esparció la insubordinacion en el ejército.

D. Simon Latorre fué separado tambien, acusado de que su conducta en la espedicion habia sido escandalosa, poniendo en ridículo á Moreno y sus órdenes, atacando hasta la persona de D. Carlos, y contribuyendo á la desorganizacion del ejército.

La oferta hecha por Maroto para quitar la vida á Elio y Zariátegui no fué admitida, porque ademas de la natural

clemencia del príncipe, los espresados jenerales tenian muchos amigos entre las personas mas influyentes de la corte de D. CARLOS, y pudieron salvarlos del furor de sus perseguidores. Desechado Maroto por el partido realista, dirijió sus miras hácia otra parte, y se declaró protector de los jenerales que estaban en desgracia, colocándose á la cabeza de los descontentos. Su primer acto fué unir á su persona los batallones 1.° y 7.° de Navarra, que eran muy afectos á Zariátegui, á quien consideraban como una víctima de las intrigas de la corte; y estos batallones, bien mantenidos, bien pagados, y siguiendo casi constantemente al jeneral, no tardaron en entregarse á él esclusivamente, y se dispusieron á sostenerle contra todo el mundo.

En seguida trató Maroto, ausiliado por su íntimo amigo el ministro de la guerra Valdespina, de hacer cambios en el personal de los batallones. Con este objeto, cerca de 350 oficiales que se hallaban en servicio activo, fueron enviados á los depósitos, y remplazados por igual número de oficiales que por diferentes motivos se hallaban sin empleo, y que por consiguiente eran enemigos del gobierno y estaban dispuestos á vengarse si se presentaba la ocasion.

Apoyado de esta manera, se acercó Maroto á un partido que habia crecido en la oscuridad y se habia aumentado considerablemente hacia algun tiempo; este partido se componia de los que pretendian terminar la guerra por medio de una transaccion cuyas bases fuesen la abdicacion de D. CARLOS en favor de su hijo mayor, que se proclamaria rey de España, y se casaria con la jóven Isabel, haciéndose algunas concesiones de principios, y sin que ninguno de los dos partidos se considerase como vencido.

Maroto les persuadió que para llegar á la ejecucion de este proyecto era preciso que los comandantes de las diferentes divisiones fuesen hombres seguros y dispuestos á sostenerle en todo lo que pudiera emprender para asegurar el buen écsito del plan. Principió por seducir al brigadier Balmaseda, cuyo influjo temia, y cuya actividad era preciso neutralizar porque le apreciaban mucho en el ejército,

Para atraer, pues, á Balmaseda á su partido, puso Maroto en práctica todos los medios que le fueron posibles: le regaló un magnífico par de pistolas, no omitió las caricias ni las promesas; pero viendo que nada conseguia por estos medios indirectos, le habló abiertamente y le prometió la faja de jeneral si queria unirse á él. Balmaseda, no pudiendo disimular la cólera que le causaban tales maniobras, le contestó: «Sepa V. que no conozco mas partido que el »del rey; y si supiese que ecsistia otro, le perseguiria con »el mismo ardor que á los cristinos, y mi espada sabria »castigar á quien fomentase tales intrigas, aun cuando »fuese V. mismo.» Desde entonces cambió la escena, y con diferentes pretestos le quitó Maroto el mando de su columna. Balmaseda recurrió á D. Carlos, que mandó á Maroto que le volviese aquel cargo; pero Maroto no hizo caso alguno de las cuatro reales órdenes que se le enviaron por escrito con dicho objeto.

Resuelto Maroto á deshacerse de Balmaseda, envió ajentes á Los Arcos, donde se hallaba, con órden de apoderarse de él; pero Balmaseda, informado de sus intenciones, salió de allí para el cuartel real, con objeto de rogar á D. Carlos que admitiese su dimision y le permitiera retirarse adonde pudiera estar á cubierto de las tentativas de Maroto. D. Carlos le negó esta peticion, y le mandó volver á ponerse al frente de su columna, que estaba en Los Arcos. Balmaseda, que deseaba terminar de una vez, fué á Estella, donde se hallaba Maroto, y tuvo con él una conferencia, de la cual salieron ambos poco satisfechos. Pocos dias despues llegaron á ser tan vivas las persecuciones contra Balmaseda, que tuvo este jeneral que recurrir de nuevo á D. Carlos. Luego que supo Maroto que Balmaseda se hallaba en el cuartel real, envió contra él un sumario, y le reclamó para que se presentase en el cuartel jeneral á responder ante un consejo de guerra á los cargos que se le hacian. D. Carlos, para protejer al perseguido jeneral, no halló otro medio mas seguro que enviarle al castillo de Guevara, prometiendo á Maroto que

le haria castigar si era culpado. El silencio de D. CARLOS acerca de lo ocurrido con Balmaseda, á quien sabian que estimaba el príncipe, persuadió á las tropas de que aquel jeneral era culpado, y que la conducta de Maroto merecia la aprobacion de D. CARLOS.

A pesar de las proclamas de Maroto y de sus repetidas promesas de principiar las operaciones, y de la inaccion de Espartero desde su retirada de Estella hasta febrero de 1839, los movimientos de Maroto se limitaron á marchas y contramarchas de Estella á Balmaseda y de Balmaseda á Estella. El jeneral Garcia, al contrario, deseaba atacar á los cristinos; pero siempre le oponia obstáculos Maroto: sin embargo, sabiendo que Alaix marchaba á atacarle, se adelantó á su encuentro y llegaron á las manos cerca de El Perdon. Hé aqui el parte que de la espresada accion dirijió el jeneral carlista á su gobierno.

. . . .

«Escmo. Sr.: Las divisiones de Alaix y Ezpeleta han recibido una nueva prueba de lo que pueden los valientes voluntarios cuando se hallan en frente del enemigo.

»Habiendo maniobrado los cristinos para atacarme, supe sus intenciones, y adelantándome hácia Puente la Reina, los he alcanzado cerca de El Perdon, y los he puesto en tan completa dorrota, que si Puente la Reina hubiese estado media legua mas distante, y por consiguiente hubiera yo podido llevar mas allá la persecucion, no habria escapado ni un solo hombre. Alaix, jefe de los enemigos, ha recibido tres heridas graves en el campo de batalla, y casi todos los equipajes de los enemigos, y una gran cantidad de municiones, afustes, mulas, etc., han caido en nuestro poder, como igualmente 800 fusiles.

»Hemos cojido al enemigo cuatrocientos setenta y seis soldados y vintisiete jefes y oficiales de infanteria, y cincuenta jinetes con caballos.

»La pérdida del enemigo entre muertos y heridos sube, segun las noticias que he podido adquirir, á mil quinientos hombres fuera de combate. La nuestra ha sido de quin-

ce muertos y ciento cincuenta heridos. Entre los primeros deploràmos la pérdida del valiente brigadier D. Martin Luis de Echeverría; y el comandante de la caballería, Ortigosa, ha sido gravemente herido.

»Estoy bloqueando á Puente la Reina; y si el enemigo, que se ha encerrado en este punto, intenta salir de él, estamos prontos á recibirle.

»Dios guarde á V. E. muchos años.

»Cuartel jeneral de Legarda, 19 de setiembre á las doce de la noche.—Francisco Garcia.—Escmo. Sr. ministro de la Guerra.»

Poco tiempo despues de esta accion, hallándose Maroto en Balmaseda, y García y el brigadier Balmaseda en los Arcos con su columna, formaron un plan para apoderarse de Tafalla, donde habian podido adquirir algunas intelijencias, y dieron aviso á Maroto de su intencion. En respuesta á aquel parte dió Maroto órden al brigadier Balmaseda para que inmediatamente pasase con su columna á las Encartaciones, y á Garcia la de dirijirse hácia el alto Aragon. Garcia contestó á Maroto que si pasaba á Aragon con sus tropas quedaba abierta la Navarra á los ataques de los cristinos, y sobre todo se veria en gran peligro la ciudad de Estella. Maroto insistió para que se cumpliesen sus órdenes; pero Garcia le replicó que como D. Carlos era el jeneral en jefe del ejército, y él no era mas que jefe de estado mayor jeneral, antes de emprender una operacion que consideraba desastrosa para la causa del rey, quería consultarlo con este. Maroto no se atrevió á insistir mas, pero aquella negativa aumentó su odio al jeneral Garcia.

Para que nuestros lectores puedan enterarse mas por menor de estos sucesos, vamos á estractar una carta de Ayerve, secretario que era del jeneral Garcia. Dice asi:

«Maroto empezó su obra finjiendo una estraordinaria amistad al valiente y leal jeneral Garcia, con la esperanza de atraerle á su partido; pero pronto se convenció de la inutilidad de sus tentativas, pues el jeneral conoció las in-

tenciones de Maroto, y no correspondió á sus ecsajeradas demostraciones de amistad sino con una fria reserva.

»Poco despues de haber tomado el mando, trasladó Maroto su cuartel jeneral de Estella á Morantin; el jeneral García estaba en Dicastillo, que solo dista media legua, y todos los dias iba á ver á Maroto, con quien estaba tres ó cuatro horas por complacerle. Garcia esperaba siempre que Maroto hablase de operaciones militares, pero jamás tocaba este punto, que parecia que debiera ser el que casi esclusivamente ocupase la atencion del jeneral en jefe del ejército.

»Pasó asi largo tiempo, con mucho disgusto del jeneral García, que puso su cuartel jeneral en Cirauqui. Apenas llegó á este punto cuando recibió una carta muy amistosa de Maroto, en la cual le rogaba que atendidos sus muchos conocimientos del terreno, le propusiese un plan de ataque ventajoso para las armas de D. Carlos, tomando en consideracion las fuerzas de ambos partidos, y acababa diciéndole que le contestase inmediatamente. Admiróse en estremo Garcia, de ver que Maroto, que le habia tenido tanto tiempo á su lado y jamás le habia dicho una palabra que pudiera hacerle creer que pensaba en atacar, le escribiese en este sentido á las pocas horas de haberse separado; sospechó, pues, que este podia ser un lazo, mas sin embargo, contestó al momento, indicándole un ataque contra la columna de la Ribera, cuyo écsito parecia seguro, y que en ningun caso podia ser desventajoso para las armas carlistas. Luego que Maroto recibió esta carta le escribió de nuevo, diciéndole que su plan era escelente y que le hubiera llevado á cabo, si algunas noticias confidenciales que acababa de recibir, no le hubieran obligado á marchar inmediatamente á Vizcaya. Garcia, que sabia muy bien que en aquel momento nada podia tener que hacer en Vizcaya, conoció que era una astucia dirijida á ocultar sus planes, que se iban haciendo notorios, aun para los menos prevenidos contra él.

»Emprendió Maroto sú marcha hácia Vizcaya, dejando

á García muy pocas tropas, para que no pudiera emprender nada durante su ausencia, sobre todo teniendo una linea tan estensa que guárdar. Aquella noche escribió Maroto á Garcia desde Alzazua, diciéndole que volveria siempre que fuese conveniente para el servicio de S. M., y rogándole que le avisase inmediatamente, si se presentaba la ocasion de hacer alguna operacion ventajosa. Persuadido Garcia de que todo esto no eran mas que palabras, le respondió como su honor le aconsejaba, diciéndole que en su última carta le habia propuesto un plan de ataque que prometia felices resultados, y que todavia se estaba á tiempo de ejecutarle, si queria volver con cuatro batallones; ó que si por razones particulares no le convenia volver, no tenia mas que enviarle los batallones y que con ellos atacaria á Lumbier, de cuyo punto prometia apoderarse en veinticuatro horas. Añadia algunos pormenores sobre la importancia de esta operacion, que proporcionaria medios de dominar el alto Aragon. Maroto no hizo caso alguno de este oficio interesante, y continuó el plan que se habia propuesto.

»A principios de setiembre, desesperado Garcia de ver que se pasaba el tiempo sin conseguir ninguna ventaja para la causa, y convencido de que Maroto no atacaria jamás á los cristinos, ni permitiria que los demas lo hiciesen, resolvió emplear los siete batallones y tres escuadrones de caballeria que tenia á sus órdenes, en batir á dos columnas cristinas que operaban entre Pamplona y Lodosa. Con este objeto pasó el Arga la noche del 18, y el dia siguiente dió la batalla de El Perdon, en la cual cogió mas de quinientos prisioneros, hiriendo gravemente á Alaix. Despues de la accion escribió Garcia á Maroto, dándole parte de ella como jefe del ejército, mas este le contestó que la gloria militar no consistia en dar una batalla ventajosa, pero cuyo resultado único era el de haberse derramado sangre, y le acusaba de haber obrado con imprudencia.

»Al enviar á Maroto el parte relativo á la batalla que acababa de ganar, le decia tambien Garcia que el momento era favorable para apoderarse de Lumbier, y prometia

de nuevo tomar aquel punto en veinticuatro horas si Maroto daba las órdenes convenientes para que dos batallones de los que estaban ociosos en otros puntos viniesen á ocupar la Solana, á fin de que él pudiese ejecutar la operacion con los que tenia disponibles.

»Maroto no acusó el recibo de esta comunicacion tan importante, mas desde entonces no ocultó ya su odio al jeneral García, que fué aumentando hasta la muerte de este.»

El triunfo que Maroto habia conseguido contra el jeneral Balmaseda, y otros de la misma especie, le animaron á continuar en su designio de deshacerse de los jefes navarros, así como de todas las personas que ejercian algun influjo en el pueblo y gozaban de la confianza de D. Carlos. Todos los sucesos se representaban favorables á Maroto para el logro de sus deseos; pues el 16 de octubre llegó á las provincias la princesa de Beira, con quien D. Carlos habia contraido segundas nupcias, y venia muy prevenida contra los ministros y contra el partido navarro, porque la habian dicho que estos querian eternizar la guerra para mantenerse en el poder, y que con este fin impedian á D. Carlos que tomase ciertas medidas que hubieran podido conciliarle el afecto de las potencias de Europa tranquilizándolas acerca de su conducta futura, y por último, que con sus intrigas habian hecho quitar el mando del ejército á su hijo D. Sebastian, y se oponian á que se le confiase de nuevo. Maroto se aprovechó de la irritacion de la princesa haciendo creer que obraba con arreglo á sus órdenes, y que estaba sostenido por ella.

Por esta época fué cuando los jenerales Sanz y Garcia se convencieron de que Maroto estaba en correspondencia secreta con Espartero, y que esta correspondencia se sostenia por el intermedio de algunos oficiales que, bajo el pretesto de desercion ó canje, pasaban y repasaban de un campo á otro, notando al mismo tiempo que algunos habian llegado hasta el cuartel jeneral de Maroto sin mo-

tivo alguno ostensible. Entonces creyeron Sanz y García que debian dar parte de sus sospechas á D. CARLOS; pero viendo que sus quejas no eran atendidas, pidieron que se les separase del ejército para evitar que Maroto, por su propia seguridad, intentase sacrificarlos si llegaba á saber que ellos habian conocido sus planes; pero D. CARLOS, sin aceptar las dimisiones de los espresados jenerales, les contestó que tuvieran confianza en él, pues nadie tenia derecho de quitarles el mando contra su voluntad, y mucho menos de atentar contra su vida. Por otra parte Maroto atormentaba á D. CARLOS pidiéndole contínuamente que mudase el ministerio y los jefes de las diversas divisiones del ejército: de manera que aquel príncipe, acosado por los dos partidos, no sabia que resolver, por temor de que los enemigos quisieran aprovecharse de sus interiores discordias.

A consecuencia de la preponderancia que los carlistas habian tomado en Aragon y Valencia y en algunos otros puntos, resolvió el gobierno de la reina aumentar el ejército de reserva, formado en Andalucía, destinando algunas de sus fuerzas á las provincias que mas necesitaban de la proteccion de las tropas. Con este objeto espidió la real órden de 23 de octubre, por la cual se mandaba proceder desde luego á la organizacion de un ejército de cuarenta mil hombres, de que habia de constar dicho cuerpo, de los cuales habian de ser dos mil de caballería, contándose con las tropas de ambas armas de que constaba la reserva ecsistente, situándose los nuevos cuerpos para su formacion, en las provincias meridionales, la Mancha y Castilla la Nueva. El jeneral Narvaez, jefe de todas aquellas fuerzas, como autor del proyecto, habia adelantado mucho en su organizacion, en términos que hacia ya algun tiempo que habia marchado á Despeñaperros y entrado en la Mancha la primera brigada compuesta de tres batallones y un escuadron á las órdenes del coronel Aleson. A estas fuerzas siguieron algunas otras, y á poco tiempo llegó tambien Narvaez, que se propuso desde luego ocupar militarmente la Mancha. Fortificados varios pueblos organizó algunas columnas de persecucion,

las cuales consiguieron hacer retirar á las partidas carlistas á las asperezas de la sierra. Orejita fué derrotado en la calzada de Calatrava por una columna á las órdenes del comandante D. Nicolás Rute, y poco despues le asesinó uno de los suyos, que vendió la cabeza de aquel jefe carlista á precio de oro. Las muchas partidas que recorrian este territorio, que no podian hacer frente á las numerosas columnas de Narvaez, se trasladaban á Aragon para ponerse bajo el amparo de Cabrera. Horroriza la relacion de los inumerables fusilamientos ordenados por Narvaez en la Marcha; pues no solo quitaba la vida á los carlistas que cojía con las armas en la mano, sino á cualesquiera personas que tuviesen relacion ó correspondencia con ellos. Sin embargo del sistema sanguinario de Narvaez, no pudo este jeneral estirpar completamente las partidas carlistas de las provincias de la Mancha y de Toledo.

Creyendo el gobierno de Madrid que contendria la audácia de los carlistas armados con medidas rigorosas, publicó, con fecha 16 de octubre un real decreto, por el cual se mandaba salir de Madrid y de los pueblos comprendidos en el rádio de ocho leguas, á las mujeres é hijos menores de los que estuvieren al servicio de D. Carlos, prohibiendo bajo pena de la vida toda correspondencia, aun la mas familiar, con las referidas personas al servicio de aquel príncipe, sometiéndose ademas al juicio y sentencia de un consejo de guerra ordinario, todo acto de espionaje, intelijencia ó complicidad con los carlistas; pero no conocia su espíritu ni el carácter de su levantamiento el gobierno que pensó sujetarlos por semejantes medios.

Las frecuentes y considerables bajas que se esperimentaban en el ejército de la reina, fueron la causa de que el gobierno de Madrid decretase el 27 de octubre una nueva quinta de cuarenta mil hombres, que debian servir todo el tiempo que durase la guerra y seis meses mas. Considérese cuáles serian los apuros del ministerio al tener que aumentar el número de los que defendian la causa de la reina, cuando carecia de los recursos mas indispensables para ali-

mentar á los que ya ecsistian con las armas en la mano.

En las provincias donde se palpaban mas visiblemente los males de la guerra se condenaban sus consecuencias, pero á nadie acusaban; en la corte todo se atribuia á desaciertos del ministerio. Hablábase con frecuencia en Madrid de planes de trastorno y de conspiraciones contra los ministros, de tal manera, que estos llegaron á temer por su vida. En la noche del 28 de octubre, mandó el gobierno á Narvaez que se aprocsimase con parte de sus tropas, y cercase la capital, previniéndole que si estallaba en ella algun movimiento, entrase á apaciguarlo. El capitan jeneral de Madrid, Quiroga, que ignoraba estas disposiciones del gobierno, al notar la disposicion hostil de las tropas en las afueras, tuvo el pensamiento de mandar tocar jenerala y reunir la milicia; pero si lo hubiese llegado á realizar, tal vez habria sido la corte teatro de alguna escena sangrienta, porque la señal de alarma hubiera bastado á las tropas para creer llegado el momento de entrar á prestar ausilio, y la milicia hubiera contemplado este paso como una agresion injusta. Mas unos y otros permanecieron tranquilos y no se presentó síntoma alguno de desórden.

Sin embargo, los recelos del gobierno no eran infundados, porque en la noche del 3 de noviembre se alteró la tranquilidad pública, hubo algunos tiros y corridas en las calles principales, y voces de *viva la constitucion, abajo el ministerio.* Tocóse jenerala, la milicia nacional se reunió en los puntos acostumbrados, y el capitan jeneral hizo publicar la ley marcial. Como muchos de los alborotadores pertenecian á las filas de la milicia, reunida esta se terminó el alboroto, y la capital volvió á quedar en calma: asi que, aun cuando llegaron á entrar en Madrid algunas tropas del ejército de reserva, no siguieron adelante, sin duda porque el jeneral Quiroga dijo á los ministros que él respondia de restablecer el órden público sin el ausilio de aquellas fuerzas, las cuales se volvieron á sus acantonamientos.

El jeneral Espartero dirijió con fecha 31 de octubre una esposicion á la reina, desde Logroño, en la que espuso los

argumentos que creyó convenientes contra la formacion del espresado ejército de reserva, y los cargos que podian hacerse al jeneral Narvaez en vez de autorizarle con las omnímodas facultades que se le concedian. A consecuencia de la impugnacion de Espartero, la famosa reserva de Andalucía quedó en mero proyecto, y Narvaez tuvo que hacer dimision del mando.

El movimiento de Madrid se comunicó á Sevilla, en cuya ciudad se notaba alguna efervescencia en los ánimos desde el dia 10 del mismo mes. La autoridad militar resolvió acuartelar la tropa; esta medida dió márjen á que los nacionales se creyesen desairados al ver que se tomaban disposiciones preventivas sin contar con su cooperacion, y que mas bien parecia que aquellas disposiciones eran con objeto de vijilar á la misma milicia. El dia 12 se aumentó la ajitacion: reunióse al ayuntamiento por la noche, y acordó varias providencias, entre ellas la de admitir la dimision que hizo de su destino el jefe político D. Serafin Calderon, y la de invitar al jeneral segundo cabo, San Llorente, á que siguiese el ejemplo del jefe político. Para ocupar el lugar de este, fué nombrado D. Andres Rubiano, y para el del jeneral D. Miguel Fontecilla. La milicia se reunió al toque de jenerala, y consultada la opinion de sus jefes y de las compañías, se procedió el dia 15 á la creacion de una junta que se tituló superior de la provincia, poniéndose al frente de ella como presidente el jeneral D. Luis Fernandez de Córdoba; y para vice-presidente fué nombrado el de la misma clase D. Ramon Maria Narvaez.

Tan luego como el capitan jeneral de Andalucía conde de Cleonard, supo los sucesos de Sevilla, envió desde Cádiz al jeneral Sanjuanena, para que se encargase de aquella capitania y restableciese el órden público. Sanjuanena se presentó en Sevilla el dia 23, á la cabeza de las tropas, que formaron en la plaza, al lado opuesto del que ocupaba la milicia, unos y otros en actitud amenazadora, y dispuestos á llegar á las manos. Indudablemente hubiera corrido la sangre á no ser por la prudencia de los jefes de ambos bandos, pues los jenerales Córdoba y Narvaez, bien porque no contasen con

medios suficientes de resistencia, ó bien por evitar un dia de conflicto y luto á Sevilla, pidieron una conferencia á Sanjuanena, que accedió á la invitacion. Despues de varias contestaciones entre este jeneral y los de la junta, convinieron los últimos en retirarse, quedando disuelta la reunion y reconocida en la ciudad la autoridad del nuevo capitan jeneral.

Tales fueron, en resúmen, los acontecimientos de Sevilla, que se juzgaron de diversa manera por los diferentes partidos: los apasionados de Córdoba y Narvaez defendian y alababan á estos jenerales, alegando que con haber accedido al voto de los sevillanos evitaron muchos trastornos y desgracias; pero sus émulos los atacaban pintándolos como unos hombres ambiciosos que aspiraban á una dictadura por aquel medio. A estas acusaciones se unió la voz del jeneral Espartero pidiendo el castigo de entrambos jenerales, y denunciando la ecsistencia de la sociedad secreta, llamada de *Jovellanos*.

Las consecuencias de los sucesos que acabamos de referir fueron desagradables para muchos, que padecieron persecuciones por haberse mezclado en ellos: Córdoba hizo dimision de todos sus grados y honores, y Narvaez, detenido en Sanlúcar de Barrameda, se fugó al estranjero, *por no servir*, segun dijo él mismo, *de blanco á la venganza de sus émulos.*

Aunque habian sido contenidos todos los movimientos populares, amenazaban la ruina del ministerio, el cual solo pudo prolongar su ecsistencia hasta la reunion de las córtes, que se efectuó el 8 de noviembre. Desde las primeras sesiones pudieron convencerse los diputados ministeriales de lo inútiles que serian sus esfuerzos en defensa de un gobierno que era censurado públicamente con la mayor acrimonia. En la sesion del 29 del mismo mes tuvo el presidente del congreso que hacer evacuar la tribuna pública, y Martinez de la Rosa, al salir de la sesion fué insultado, y aun acometido por algunos al subir al coche, por acérrimo ministerial.

Pocos dias despues ocurrió la completa mudanza del mi-

nisterio, ocupando el de Hacienda D. Pio Pita Pizarro; el de Estado, con la presidencia del consejo, D. Evaristo Perez de Castro; el de Gracia y Justicia D. Lorenzo Arrazola; el de la Gobernacion D. Antonio Hompanera, y el de Marina D. José María Chacon. Sin embargo estos nombramientos fueron mal recibidos por el partido progresista.





CAPÍTULO V.

Operaciones militares á fines del año de 1838, y principios del 39.—Fusilamiento de los principales jenerales carlistas en Estella.—Proclama de Maroto.—Esposicion de Maroto à D. Cárlos.—Decretos de proscricion contra Maroto —Otro decreto, derogatorio de los anteriores, aprobando la conducta de Maroto.

Entre los acontecimientos militares que tuvieron lugar á fines de 1838, ocurrieron algunos interesantes. D. Jerónimo Merino, que habia sido llamado por Maroto á las provincias vascongadas, tardó poco tiempo en volver á la sierra de Burgos. El 29 de octubre fué alcanzado en el monte de Bilbiestre por la columna del brigadier Hoyos, con el cual sostuvo una pequeña accion: mas viendo Merino que sus fuer-

tas eran muy inferiores á las de sus enemigos, mandó á su jente que se dispersase, para reunirse despues en el sitio convenido. A pesar de la activa persecucion que le hacian el citado brigadier Hoyos y el coronel D. Gaspar Rodriguez, Merino repitió una y otra vez su retirada y reaparicion, burlando la vijilancia y los esfuerzos de las tropas que le perseguian.

La partida de Calvente, compuesta de unos cientocincuenta caballos, que habia invadido la provincia de Salamanca, fué alcanzada y batida el 24 de diciembre en el pueblo del Pedernal por las tropas de la reina, quedando en su poder algunos presioneros, entre ellos el espresado Calvente.

Cabrera continuaba en Aragon y Valencia tomando la iniciativa, aunque no siempre con feliz resultado. Habiendo determinado atacar á Caspe, entre siete y ocho de la noche del 1.° de noviembre penetró en la poblacion, y permaneció en ella algunos dias; pero nada consiguió, porque encerrados en el fuerte los nacionales, se defendieron con teson, á pesar de haberlos disparado los carlistas mas de mil seiscientas balas rasas y sesenta granadas. Desde Caspe se dirijieron las tropas de Cabrera á atacar á Burriana, y el 8 de dicho mes, al amanecer, aparecieron al frente del pueblo las guerrillas carlistas. Los nacionales corrieron á las armas, y sus patrullas se batieron por las calles, obligando á las guerrillas de Cabrera á replegarse á sus masas, que estaban en el puente de Rio Seco; pero volvieron á acometer en número de unos mil hombres, y entonces los nacionales se vieron obligados á retirarse al fuerte, desde donde se defendieron contra los carlistas, que ocuparon los edificios contiguos y sostuvieron algunas horas de fuego, sin mas resultado que la pérdida de unos diez hombres entre muertos y heridos.

Viendo los carlistas que estas dos tentativas se les habian frustrado, el 1.° de diciembre pasaron el Fúcar por la barca de Alberique unos siete mil hombres divididos en tres columnas, para recorrer el pais. La que dirijia Forcadell fué

alcanzada el dia 3 en el campo del Arenal entre Chiva y Cheste, por el jeneral Borso di Carminati y el coronel Pezuela. Trabada la accion y batida la caballeria de Forcadell por la de Pezuela, fué á apoyarse en su infanteria; pero un hábil movimiento de los de la reina flanqueó á los carlistas y los puso en completa dispersion, escepto al segundo batallon de Tortosa que formó el cuadro, y pudo retirarse ordenadamente á Pedralva, en donde se le reunieron algunos dispersos. El resto de la columna de Forcadell, quedó muerta ó prisionera. Borso y Pezuela ofrecieron la vida á ciento treinta y nueve prisioneros que hicieron en esta jornada; mas para poder cumplir su palabra, se vieron en el caso de hacer dimision de sus empleos, porque el jeneral en jefe del ejército del centro queria sacrificar á los prisioneros.

Tambien la columna de Arnau sufrió otro descalabro igual el 7 del mismo mes; pues alcanzada su retaguardia en el territorio de Iniesta por el jeneral Lopez, tuvo que apresurar su marcha, dejando en poder de las tropas de la reina una parte del botin que durante aquellos dias habian recojido en el pais. Estos descalabros no impidieron que Llangostera y Forcadell recorriesen el pais y sacasen todos los mozos útiles para el servicio de las armas.

Los clamores contra el atroz sistema de represalias seguido en Aragon y Valencia, habian llegado hasta la corte de D. Carlos, que deploraba la sangre que se derramaba inútilmente. Conforme, pues, á los deseos de su rey, el jeneral Maroto envió comunicaciones á Cabrera para que se aviniera á poner término á aquellos horrores y regularizase la guerra en las provincias que servian de teatro á sus operaciones militares. Tambien el jeneral Van-Halen recibió órdenes del gobierno de la reina con el propio objeto, y en su consecuencia firmaron un convenio ambos caudillos, por el cual se hizo estensivo á aquellas provincias el tratado de Elliot.

En Cataluña, á principios de diciembre, emprendió el baron de Meer una espedicion contra el valle de Aran, invadido por numerosas fuerzas carlistas, que se aprove-

charon de la circunstancia de estar sublevada la guarnicion del castillo de Viella, á consecuencia de la muerte que dieron sus individuos al jefe que los mandaba. El baron penetró con mucha dificultad en el referido valle, por la resistencia que le opusieron los carlistas; pero despues de varios combates en que les causó algunos muertos y bastantes heridos, consiguió ahuyentarlos, y castigó el asesinato del gobernador en los culpados que cayeron en su poder.

En las provincias del Norte hubo una accion el 3 del mismo diciembre, cerca de los Arcos, en que cuatro escuadrones mandados por el jeneral Leon, batieron casi doble fuerza de la misma arma, á las órdenes del jeneral Maroto, ocasionándoles ciento veinte muertos y considerable número de heridos. Los carlistas vengaron este descalabro el 16 del mismo mes, pues atacados los fuertes de la Poblacion, en la Rioja alavesa, por las tropas de la reina, perdieron estas mas de treinta jefes y oficiales y cerca de trescientos individuos de tropa, y tuvieron que retirarse escarmentados á Laguardia.

Alarmados los ministros de D. Carlos por el atrevimiento con que se conducia Maroto contra el partido navarro, compuesto de los mas decididos defensores de la causa carlista, rogaron á su rey que aceptase su dimision, ó pusiese en otras manos el mando del ejército; pero aquel príncipe no se decidió á nada, y tuvo en esta irresolucion á sus ministros hasta el mes de febrero. Cinco veces le presentaron su dimision, y siempre los ruegos y promesas de D. Carlos los decidieron á permanecer en sus puestos. Un dia le dijo el obispo de Leon: «Señor: caminamos á pasos precipitados hácia una revolucion; hoy es todavia tiempo de que V. M. pueda detener el torrente; pero mañana acaso será arrebatado por él. Permítame V. M. que le suplique me conceda la libertad de retirarme, si prevalecen los perniciosos consejos de Maroto: no me obligue V. M. á permanecer en mi puesto para ser testigo de la ruina de la causa mas sagrada y de la deshonra de V. M.» Pero fue tal la respuesta de D. Carlos, que la delicadéza del prelado le aconsejó continuase en el ministerio.

Vamos á entrar en el año de 1839, que tan fecundo fué en resultados favorables á la causa de la reina, como desastroso para el partido carlista. En los primeros dias de enero, se presentó Cabrera al frente de Villafamés, y tomando las avenidas de dicha poblacion principiaron desde los montes que la dominan un fuego poco sostenido hasta la caida de la tarde, que fué mas vivo, por haberse aumentado el número de los sitiadores. La guarnicion de dicha villa, compuesta de un destacamento de artillería de marina, y la columna de movilizados de Castellon, determinaron defenderse á toda costa, y tomaron las precauciones oportunas para resistir. Los carlistas intentaron un reconocimiento de la parte mas débil de los muros para asaltarla con escalas; mas no pudieron verificar su proyecto por el certero y continuado fuego de los defensores.

Cabrera colocó su artillería en un monte distante un tiro de fusil de la poblacion, y aunque los sitiados procuraron impedir la construccion de las baterías colocando en la torre de la iglesia sus mejores tiradores, no pudieron conseguirlo, por el horroroso fuego que les hicieron todo el dia los carlistas apostados en las casas del arrabal y en los olivares inmediatos. Concluidas las baterías, el dia 5 principiaron á jugar contra la villa las dos piezas de artillería de los carlistas; pero siendo contestados sus disparos por el solo cañon que tenian los defensores, conoció Cabrera que se hallaban resueltos á defenderse hasta el último trance, y recibiendo al mismo tiempo la noticia de que el jeneral en jefe del ejército del centro habia salido de Teruel con fuerzas respetables y marchaba en socorro de Villafamés, mandó retirar la artillería, en la misma tarde y noche, y al siguiento dia 6 levantó definitivamente el sitio, sin haber podido causar baja alguna á sus contrarios, pero costándole su malograda empresa diez muertos y unos treinta heridos.

El jeneral Van-Halen se dirijió á principios de febrero con un convoy de víveres á Lucena, y aunque consiguió abastecer la villa, los carlistas, que siempre estaban vijilantes para hostilizar á sus enemigos, le causaron en su marcha

una pérdida de bastante consideracion. Por entonces fué atacado Arnau en Utiel, por el comandante jeneral de Cuenca, el cual con muy poca pérdida batió á los carlistas ocasinándoles algunos muertos y heridos, y haciéndoles ciento cuarenta y tres prisioneros. Arnau tuvo que retirarse apresuradamente en direccion de Chelva.

El 7 del mismo mes al frente de Vinaroz y sobre la punta llamada de la Caña, fué aprehendido por dos faluchos guarda-costas un bergantin inglés que conducia ocho mil fusiles para los carlistas, siendo conducido á los Alfaques, y despues á Barcelona.

El marques de las Amarillas, que mandaba la division de reserva, al volver de practicar un reconocimiento sobre los fuertes de Alpuente y el Collado, fue atacado por los carlistas el 25 del mismo febrero en las inmediaciones de la Yesa, y despues de un porfiado choque en que ambos partidos tuvieron pérdidas, se separaron sin ventaja por uno ni otro lado.

Por la parte de Aragon hubo otro encuentro el 23 de marzo en el pueblo de Cortes, entre las fuerzas del mariscal de campo D. Joaquin Ayerve y siete batallones y cuatrocientos caballos mandados por Cabrera, que tuvo al fin que retirarse despues de sufrir muchas bajas, aunque Ayerve consiguió la victoria á costa de una pérdida considerable.

En Cataluña consiguieron por este tiempo dos triunfos importantes las tropas de la reina. El 12 de febrero atacó el baron de Meer la plaza de Ajer, punto importante por su natural fortaleza, y por ser á propósito para servir de comunicacion entre el alto Aragon y Cataluña: cuya plaza quedó en su poder despues de haber hecho evacuar á los carlistas que la guarnecian.

Deseando vengar esta derrota el conde de España, caudillo principal de todas las fuerzas carlistas del principado, sitió el dia 17 á Balsareny, defendido por los nacionales y alguna tropa. Los estragos que los carlistas causaron con su artillería, que disparó trescientas cincuenta balas de cañon y cien granadas que cayeron sobre los edificios, habian con-

vertido en ruinas aquella poblacion, y el triunfo de los carlistas estaba ya cercano, cuando la aprocsimacion de la columna de Carbó obligó al conde de España á levantar el sitió el dia 19, escapándosele asi de las manos una presa que tenia casi segura.

A principios de febrero renovó el obispo de Leon sus instancias, y acabó por pedir permiso á D. Carlos para retirarse á Francia. «V. M., le dijo el venerable prelado, parece que está decidido á consumar su ruina: evitad, señor, á vuestros fieles y afectos servidores el triste espectáculo de la degradacion de la dignidad réjia, de la pérdida de sus mas gratas esperanzas, y de la de V. M.» D. Carlos rogó de nuevo al obispo que permaneciese á su lado y le ilustrase con sus consejos. «¿Y qué he de hacer?» le preguntó ol príncipe.—«Señor, contestó el obispo, ó mude V. M. de ministros, ó su jeneral en jefe. Nosotros no queremos obligar á V. M. á que siga una política que creemos la única capaz de asegurar su triunfo y la tranquilidad del reino; pero ha llegado el momento de que V. M. se coloque á la cabeza de una sangrienta revolucion, ó fortifique el poder entre las manos de sus consejeros, poniendo al frente del ejército un jeneral que esté de acuerdo con los principios de aquellos.» D. Carlos manifestó al obispo lo satisfecho que estaba de la política seguida por sus ministros, que no era otra que la continuacion de aquella cuyas bases habia establecido él mismo en Portugal, y terminó prometiéndole que retiraria el mando de manos de Maroto.

Advertido este á tiempo de lo que pasaba, se presentó el 2 de febrero en el cnartel real, que entonces se hallaba en Vergara, acompañado de algunos batallones en que tenia entera confianza, y es de suponer que su intencion fuese fusilar á los ministros y á todos los que él miraba como obstáculos á sus planes, y apoderarse de la persona de D. Carlos. Los consejos de sus amigos produjeron algunas modificaciones en este plan, pues le hicieron observar que cuando los jenerales navarros supiesen la muerte de los ministros, marcharian contra él y librarian á D. Car-

LOS, y que por consiguiente antes de emprender nada era preciso desembarazarse de aquellos rivales peligrosos. Maroto aprobó este consejo; se puso rápidamente en marcha para Estella, mudó la guarnicion remplazándola con jente de su confianza, y poniendo presos á los jenerales Guergué, Garcia, Sanz, al brigadier Carmona, al intendente Urriz y al secretario Ibañez, los mandó fusilar sin concederles mas tiempo que el preciso para confesarse, el 18 de febrero.

El dia antes se presentó en casa del jeneral Garcia el comandante del 12.º batallon de Navarra, y le dijo: «Mi jeneral: traen presos á Sanz y Urriz, y sin duda le van á prender tambien á V.; póngase V. en seguridad, viniéndose á la cabeza de mi batallon.» Garcia se negó á acceder á sus ruegos, apoyados por las lágrimas de su mujer, que se unió á las repetidas instancias del comandante, y contestó á todo con estas palabras que manifiestan su honradez, su adhesion á D. CARLOS y su ciego respeto á la subordinacion militar: «El rey me ha mandado que permanezca aquí, y debo obedecerle: la obligacion de un jeneral es morir antes que dar ejemplo de insubordinacion.»

En aquel momento entró el cura de S. Pedro, y al ver la resistencia que oponia Garcia á los ruegos de su esposa, le suplicó que cediese á ellos, asegurándole que su vida estaba en inminente peligro. Al mismo tiempo se presentó muy asustado un criado del jeneral, diciendo que una porcion de soldados estaban rodeando la casa. Entonces el cura de san Pedro conjuró á Garcia en nombre de Dios para que se pusiese su traje de eclesiástico, y saliese de aquel modo sin que nadie le conociese, pues era casi de noche. Garcia cedió al fin á tantas instancias, y poniéndose el traje del cura, salió de la casa pasando por medio de los soldados sin ser conocido, y fué á ocultarse en casa del mismo sacerdote, en donde permaneció una hora. Creyéndose ya seguro, salió de allí y se dirijió á la puerta de la ciudad que da al camino de Iratche; el centinela le preguntó quién era, y el jeneral respondió que el capellan del hospital de Iratche. El soldado llamó al oficial de guardia, y este mandó al supuesto capellan que se desem-

bozase, pues se cubria con el manteo parte de la cara; y al ver los bigotes le reconoció, le arrestó y dió aviso á Maroto, que le mandó conducir al Puig en el mismo traje de eclesiástico, con el cual recibió despues la muerte.

Carmona estaba en Cirauqui, y Maroto le envió á llamar por medio de uno de sus ayudantes de campo, diciendo que necesitaba hablarle. Habiendo llegado tarde á Estella, no se presentó Carmona á Maroto hasta el dia siguiente por la mañana muy temprano. Preguntóle Maroto si se habia desayunado, y respondiendo que no, le convidó á tomar chocolate con él: terminando el desayuno, le dijo: «Vaya V. con mi ayudante de campo, y él le dirá lo que ha de hacer;» y habiendo seguido el confiado Carmona al ayudante, este le condujo al Puig, donde fué arrestado y fusilado poco despues.

Sanz fué preso en Arriba, conducido desde allí á Tolosa á pie, y de Tolosa á Estella del misme modo; al llegar á este punto el dia 17, fué encerrado en el Puig, y á la mañana siguiente fusilado con los demas.

Guergé, arrestado en su casa de Legaria, fué conducido á Estella á pié, sin permitirle siquiera que viese á su esposa, y el 18 le fusilaron con Sanz, Garcia, Carmona y Uriz.

Cuando vinieron los frailes á confesarlos, Garcia y Carmona solicitaron que se les dejase hablar á Maroto; pero este se negó á verlos: entonces los jenerales pidieron que se les diese dos horas para arreglar sus asuntos de familia y hacer testamento, y tampoco se les concedió esta justa peticion.

En el momento de ir á morir se abrazaron aquellos valientes y leales jefes, y dirijiéndose el jeneral García á los soldados, les dijo: «Soldados: tendreis valor para fusilar á un jeneral que tantas veces os ha conducido á la victoria?» Ellos respondieron que debian obedecer las órdenes del rey; entonces continuó Garcia: «Pues haced fuego; muero por el rey y la religion: no olvideis que ese es un deber de todos.»

El mismo dia 18 despues de consumada tan horrorosa ejecucion, publicó Maroto la siguiente proclama, para sincerar su sangrienta arbitrariedad:

«Voluntarios: pueblos del reino de Navarra y de las provincias vascongadas.

»Cinco años enteros de heróicos sacrificios en que vuestra sangre se ha vertido á torrentes, vuestras haciendas se han disipado, y habeis sufrido otros mil males que quedarán consignados en la historia de vuestra admirable resistencia, no han bastado todavía para saciar la codicia de esos hombres inmorales que, al abrigo de la proteccion del monarca, gozaban de todas las comodidades de la vida, y miraban con indiferencia vuestras fatigas, y aun vuestra muerte, con tal de que ellos pudieran reposar en la molicie y vivir á costa vuestra.

»Todos sabeis cuál era el deporable estado del ejército cuando yo tomé el mando y la direccion de él, y sabeis tambien las fatigas que he arrostrado para merecer vuestra confianza.

»Si mis ruegos al monarca han influido en parte para que se os concediese lo que justamente se os debia, no he podido sin embargo, obtenerlo todo. Algunas especulaciones particulares que tenian por objeto intereses privados, se han opuesto á mis deseos y han alejado las esperanzas que yo habia concebido, fundadas en reiteradas promesas en que se me habia asegurado que no se olvidaria jamas la justa consideracion que tan bien mereceis. La audácia de esos hombres malévolos ha llegado á tal punto, que han hecho circular noticias en que os injurian, diciendo que con estar bien vestidos y bien pagados nada haceis sino ser gravosos á las poblaciones.

»Han querido obligarme á que os lleve contra las fortificaciones enemigas, ó á que os sacrifique en nuevas espediciones; y cuando han visto la tenaz resistencia que he opuesto á tal desprecio de vuestras vidas, han recurrido á la traicion y á medios infames para seduciros; han publicado un gran número de escritos subversivos, han declamado en las calles y plazas, y aun en los lugares santos,

esparciendo sus ideas de anarquía, de sedicíon y de sangre; en fin, han querido envólveros en nuevas calamidades en recompensa de vuestras pasadas desdichas. Los partes que justifican todo esto me han llegado á Tolosa, y me han obligado á cambiar mi plan y pasar apresuradamente á este suelo del honor, de la fidelidad y del valor, para castigar gravemente semejantes escesos.

»Todos vosotros conoceis los hechos, que son notorios; pero ignorais que por tres veces he pedido al monarca, por medio de personas respetables que se hallan cerca de mí, que me permita dejar un mando que yo no solicité, pero que una vez aceptado, no puedo dejar envilecer. He visto vuestra constancia, y no ignoro vuestros padecimientos; y agradeciendo la reputacion fraternal que os he merecido, moriré en medio de vosotros, pero no sufriré mas tiempo el triunfo de la astucia, la codicia y la mala fé.

»Los que probocaban una sedicion militar han sido arrestados, y he mandado ejecutar con ellos un castigo ejemplar, que espero pondrá freno á maquinaciones que harian interminables vuestros trabajos, y acaso inútiles, causándoos las mayores desgracias. Acaba de hacerse sentir el rigor de las penas que imponen las leyes militares, y seré inecsorable en aplicarlas á todos aquellos que olviden sus sagrados deberes.

»Cuando se haya disipado el primer jérmen revolucionario que se ha esparcido entre vosotros, presentaré yo mismo una justificacion legal, que haré con el parecer del consejero de guerra, auditor jeneral del ejercito, á quien entregaré las pruebas de todo, que se hallan ya en mi poder.

»Voluntarios y nobles hijos de este reino y de las provincias vascongadas: *viva el Rey, viva la subordinacion*. Sea nuestra divisa la relijion ó la muerte, y la restauracion de nuestras antiguas leyes. Por esos principios estamos decididos á morir todos. Lancemos de en medio de nosotros á los ambiciosos que no cooperen de una manera eficaz al triunfo de la causa que defendemos, y por la cual veis á vuestros padres y á vuestros pueblos cubiertos de luto y

de miseria.—Estella 18 de febrero de 1839.—El G. de E. M. G.—RAFAEL MAROTO.»

Con el mismo objeto, y queriendo aparentar que sus inícuos procedimientos habian sido dirijidos únicamente al mejor servicio de D. CARLOS, y guiados siempre por la justicia, dirijió Maroto el dia 20 á D. CARLOS esta hipócrita representacion:

«Señor.—La indiferencia con que V. R. M. ha escuchado mis clamores por el bien de su justa causa desde que tuve la honra de ponerme á sus R. P. en el reino de Portugal para defenderla, y mas particularmente desde mis agrias contestaciones con el jeneral Moreno, oscureciendo y despreciando mi particular servicio prestado en la batalla sostenida contra el rebelde Espartero sobre las alturas de Arrigorriaga, la que pudo y debió haber presentado el término de la guerra, puesto que el enemigo contaba solo por aquel entonces con el resto de muy pocas fuerzas despues de que Bilbao hubiera sucumbido encerrado en él todo su ejército con la division inglesa, amilanado, y sin recursos para subsistir ocho dias, herido su caudillo, y con la positiva confianza que yo tenia de que un solo hombre no podia escaparse, y de consiguiente la franca marcha de V. M. para Madrid, evitando con su ocupacion los arroyos de sangre que han corrido posteriormente, me han puesto en el duro caso no de faltar á V. M., como habrán procurado hacerle creer mis enemigos personales, ó por mejor decir, los de la causa de V. M.; sí, de adoptar algunas medidas que aseguraran el órden para en lo sucesivo, la sumision y disciplina militar y el respeto que las demas clases y personas deben tenerme por el preferente encargo á que he llegado con honor y constantemente, sirviendo con utilidad á mi patria y á mi rey.

»Es el caso, señor, que he mandado pasar por las armas á los jenerales Guergué, García, Sanz, al brigadier Carmona, al intendente Uriz, y que estoy resuelto, por la comproba-

cion de un atentado sedicioso, para hacer lo mismo con otros varios, que procuraré su captura, sin miramiento á fueros ni distinciones, penetrado de que con tal medida se asegurará el triunfo de la causa que me comprometí á defender, no siendo solo de V. M. cuando se interesan millares de vivientes que serian victimas si se perdiera; sirviéndome en el dia para apoyo de mis resoluciones la voluntad jeneral tanto del ejército como de los pueblos, cansados ya de sufrir la marcha tortuosa y venal de cuantos han dirijido el timon de esta nave venturosa cuando ya divisa el puerto de su salvacíon.

»Sea alguna vez, mi rey y señor, que la voz de un vasallo fiel hiera el corazon de V. M. para ceder á la razon, y escucharla aun cuando no sea mas que porque conviene; seguro, como debe estarlo, de que el resultado le patentizará el engaño y particulares miras de cuantos hasta el dia han podido aconsejarle.

»En manos de V. M. está, señor, la medida mas noble, mas sencilla y mas infalible para conciliarlo todo. No desconoce V. M. el jérmen de discordia que se abriga y sostiene por personajes en ese cuartel real; mándeles V. M. marchar inmediatamente para Francia, y la paz, la armonía y el contento reinarán en todos sus vasallos: de lo contrario, señor, y cuando las pasiones llegan á tocar su término de acaloramiento, los acontecimientos se multiplican y se enlazan las desgracias, que siempre deben estimarse como tales la precision de proceder contra la vida de sus semejantes.

»Resuelto he estado para retirarme al lado de mis hijos, porque yo, señor, no vine á servir á V. M. por buscar fortuna ni reputacion; pero al presente no puedo ya verificarlo, consagrada mi ecsistencia al bienestar y felicidad de los pueblos y del ejército que pertenece á estas provincias; y por lo tanto ruego á V. M. de nuevo se preste á conceder lo que todos desean, y que tal vez facilitará el término de una guerra que inunda el suelo español de sangre inocente, vertida al capricho y á la ferocidad de algunos ambiciosos.

»Tengo detallado á V. M. repetidas veces las personas que por sus hechos han buscado la odiosidad jeneral, y muy cerca de sí tiene las que merecen opinion, no solo entre nosotros; llámelas V. M. á su lado para la direccion y consejo en todos los asuntos que particularmente en el dia nos ajitan, y V. M. se convencerá de haber dado el paso mas prudente y acertado.

»Sabe V. M. que tiene sepultados en rigurosas prisiones por años enteros á jefes beneméritos que la emulacion, ó la mas negra intriga indudablemente, pudo presentar á V. M. como criminales ó traidores, bajo cuyo principio se formó una causa que la malicia tiene oscurecida con admiracion de la Europa entera, y V. M. debe conocer que hay un empeño singular de sostener el concepto que arrojó desde luego su real decreto que le hicieron firmar y publicar despues de su regreso á estas provincias; y V. M. no habrá olvidado cuanto sobre este particular tengo dicho al secretario D. José Arias Tejeiro para venir en conocimiento de quién es el autor de tanto compromiso.

»Yo debo salvar mi opinion y justificar mi comportamiento á la faz del mundo entero que me observa; y por lo tanto me permitirá V. M. que dé al público por medio de la imprenta esta mi reverente manifestacion; así como sucesivamente todo cuanto haga referencia á tales particulares. Dios guarde la R. P. de V. M. dilatados años para bien de sus vasallos.

»Cuartel jeneral de Estella 20 de febrero de 1839.—Señor:—A L. R. P. de V. M.—Su vasallo y jeneral—Rafael Maroto.»

D. Carlos supo el dia 19, la triste noticia de los acontecimientos de Estella. Dificil seria el pintar la consternacion que causó en el cuartel real de Vergara, y sobre todo el profundo dolor que esperimentó el corazon de aquel sensible príncipe, que miraba como á hijos propios á todos los defensores de su causa. Al mismo tiempo la indignacion llegó á su colmo, pues no habia duda alguna de

que Maroto obraba contra los intereses de D. CARLOS y de sus partidarios; porque constituyéndose juez en causa propia, habia hecho fusilar aquellos jenerales sin permitirles decir una palabra en su defensa; y sin haber consultado siquiera á su rey, para saber qué partido deberia tomar en aquellas circunstancias. Era, pues, eminentemente culpable y todas las leyes divinas y humanas reclamaban la pena de su crimen; de consiguiente D. CARLOS no podia prescindir, á pesar de su clemencia, de castigar severamente tales asesinatos; y despues de haber vacilado algun tiempo, obedeciendo por fin á la voz del deber, dictó el dia 21 la siguiente proclama á su ministro Arias Tejeiro.

« *Voluntarios, fieles vascongados y navarros.*

»El jeneral D. Rafael Maroto, abusando del modo mas pérfido é indigno de la confianza y la bondad con que le habia distinguido á pesar de su anterior conducta, acaba de convertir las armas que le habia encargado para batir á los enemigos del trono y del altar, contra vosotros mismos. Fascinando y engañando á los pueblos con groseras calumnias, alarmando, escitando hasta con impresos sediciosos y llenos de falsedades á la insubordinacion y á la anarquía, ha fusilado, sin preceder formacion de causa, á jenerales cubiertos de gloria en esta lucha, y á servidores beneméritos por sus servicios y fidelidad acendrada, sumiendo mi paternal corazon en amargura. Para lograrlo ha supuesto que obraba con mi real aprobacion, pues solo asi podria encontrar entre vosotros quien le obedeciese. Ni la ha obtenido, ni la ha solicitado, ni jamás la concederé para arbitrariedades ni crímenes: conoceis mis principios: sabeis mis incesantes desvelos por vuestro bienestar y por acelerar el término de los males que os aflijen.

»Maroto ha hollado el respeto debido á mi soberanía y los mas sagrados deberes, para sacrificar alevemente á los que oponen un dique insuperable á la revolucion usurpadora, para esponeros á ser víctimas del enemigo y de sus

tramas. Separado yá del mando del ejército, le declaro traidor, como á cualquiera que despues de esta declaracion, á que quiero se le dé la mayor publicidad, le ausilie ú obedezca. Los jefes ó autoridades de todas clases, cualquiera de vosotros está autorizado para tratarle como tal si no se presenta inmediatamente á responder ante la ley. He dictado las medidas que las circunstancias ecsijen para frustrar este nuevo esfuerzo de la revolucion, que abatida, impotente y prócsima á sucumbir, solo en él podia librar su esperanza. Para ejecutarlas, cuento con mi heróico ejército y con la lealtad de mis amados pueblos, bien seguro de que ni uno solo de vosotros al oir mi voz, al saber mi voluntad, se mostrará, indigno de este suelo, de la justa y sagrada causa que defendemos, de las filas en que me glorío de marchar el primero para salvar el trono, con el ausilio de Dios, de todos sus enemigos, ó perecer si preciso fuere entre vosotros.

»Real de Vergara 21 de febrero de 1839.—Carlos.»

Todos los que se hallaban en el cuartel real aplaudieron este acto de firmeza por parte de D. Carlos, é inmediatamente se espidió un correo á Estella para trasmitir al ejército, el decreto que ponia fuera de la ley al jeneral en jefe.

Al momento que se publicó esta proclama, se reunió en palacio un consejo á que asistió el primojénito de D. Carlos. La mayoria de los individuos que le componian, fué de parecer de que D. Carlos debia ponerse á la cabeza del ejército y proceder al punto á la prision de Maroto; la minoría opinó que D. Carlos se retirase á Segura, de allí á Alzazua y en seguida á Estella, ganando asi tiempo y evitando toda reunion con Maroto, á fin de probar á las tropas que estaba firmemente decidido á llevar á efecto su proclama; esta opinion de la minoria fué la que prevaleció. En dicho consejo manifestó el hijo de D. Carlos una enerjía digna de su nacimiento: «Señor, dijo á su padre, permítame V. M. que vaya al ejército; leeré la proclama de V. M. á los valientes volunta-

rios, me presentaré solo á los fieles defensores de V. M. y haré prender al jeneral Maroto. No me lo niegue V. M., pues estoy seguro del buen éscsito.» D. CARLOS no accedió á esta peticion.

Algunas horas despues se reunió un segundo consejo, al que asistió el brigadier Balmaseda, á quien D. CARLOS habia enviado á buscar al castillo de Vergara, donde se hallaba detenido. Balmaseda prometió apoderarse de Maroto vivo ó muerto, mas encontró la misma negativa de parte de D. CARLOS. Al fin en otro consejo se acordó llamar á Villareal y darle el mando de cuatro batallones que se hallaban en Alzazua, tomando el de todo el ejército el hijo mayor de D. CARLOS. Pero cuando el duque de Granada de Ega, que habia sido nombrado ministro de la guerra en lugar del marques de Valdespina, le presentó el decreto á D. CARLOS, este se negó á firmarlo diciendo que habia reflecsionado que su hijo era demasiado jóven para ocupar un puesto tan importante. Villareal dijo que no consentiria en aceptar empleo alguno, á menos que Urbistondo, Latorre y Guibelalde volviesen á ser ocupados activamente. Estos entraron de nuevo en sus empleos, y las tropas destinadas á protejer á Tolosa se confiaron á Urbistondo, que vino á recibir instrucciones, en las cuales se le previno que impidiese á cualquiera costa que Maroto entrase en la ciudad de Tolosa.

El jeneral Maroto, que sabia muy bien que D. CARLOS no seria tan induljente ni tan débil que dejase de castigar su atentado, estaba siempre vijilante y al acecho de cuanto pudiera ocurrir: sus partidarios mas adictos guardaban todos los caminos y en su campo reinaba la mas activa vijilancia. El correo portador del decreto de D. CARLOS fué detenido, y se apoderaron de sus papeles. Luego que Maroto tuvo en sus manos la sentencia que le declaraba culpable de felonía y le condenaba á muerte, reunió su ejército, con cuyo afecto podia contar, porque los soldados carlistas han manifestado siempre la mayor veneracion y obediencia á sus jefes; ademas Maroto habia tenido buen cuidado de

conciliarse el afecto del soldado por cuantos medios estuvieron á su alcance: Reunidas las tropas y puesto Maroto al frente de ellas, teniendo el decreto de D. CARLOS en la mano, esclamó en alta voz: «Soldados: soy yo un traidor? ¿Me creis capaz de vender la confianza de mi rey y de la noble causa porque combatimos y que hemos jurado defender hasta derramar la última gota de nuestra sangre?» Inmediatamente esclamó el ejército á una voz: «No, no: V. es el mas noble, el mas valiente, el mas leal de todos los jenerales de CARLOS V. Hemos jurado seguir á V. y no le abandonaremos hasta la muerte.»—«Pues bien, continuó Maroto, escuchad....» Entonces les leyó el decreto de D. CARLOS en que le declaraba traidor y le ponia fuera de la ley. Esta lectura causó una profunda impresion en todo el ejército; un sentimiento de horror y de odio se apoderó de las tropas contra los que habian movido á D. CARLOS á dictar semejante sentencia; y Maroto, aprovechándose de esta buena disposicion de los ánimos con respecto á él, juró en presencia de sus soldados ir á esterminar á los traidores, que, segun dijo, habian osado denigrar á los ojos de su rey á un leal y valiente jeneral como él era. El ejército aplaudió de nuevo esta resolucion, y Maroto, acompañado de una escolta considerable marchó inmediatamente á Vergara.

El 23 se hallaba el cuartel real en Villafranca, y se hacían los preparativos para la marcha á Segura. A las ocho y media de la noche estaba el caballo de D. CARLOS ensillado y á la puerta de palacio, y los ministros, parte de la servidumbre y la mitad de la guardia real, caminaban ya para Segura, cuando en el momento en que D. CARLOS iba á montar á caballo se presentó en palacio el conde de Negri, y á pesar de la oposicion de la guardia real que habia ofrecido á D. CARLOS morir peleando en su defensa, entró Negri y obtuvo que D. CARLOS le recibiese en audiencia secreta. Apenas habia salido el conde de Negri de palacio, cuando llegó Urbistondo, el cual declaró á D. CARLOS que Maroto acababa de entrar en Tolosa y que lejos de oponerse á su entrada en dicha

ciudad se habia unido á él, como igualmente las tropas que tenia á sus órdenes. Hallándose D. CARLOS en tan difícil posicion, se decidió á permanecer en Villafranca.

D. Juan Echeverría esperaba las órdenes de D. CARLOS, á quien acompañaba en todos sus viajes, y se habia recostado en su cama cuando entraron á decirle lo que pasaba, y anunciarle que no se verificaba la marcha; inmediatamente pasó al cuarto de D. CARLOS y le pidió permiso para separarse de él y poner su vida á salvo. D. CARLOS le rogó que no le abandonase en aquel momento. «¿Puede V. M. protejerme?» le preguntó Echeverría.—«Yo suplicaré en favor tuyo, contestó.»—«No, señor; jamás permitiré yo que V. M. se humille hasta ese punto delante de un vasallo suyo. Permítame V. M. que me retire.» — Y ¿á dónde irás que no te prendan?»—«Tranquilícese V. M. sobre eso, que yo sabré defenderme; y no podrán cojerme, como yo no quiera.»

Arias Tejeiro y los demas ministros llegaron á Segura, en donde pasaron una noche cruel; pero al rayar el dia 24 Arias Tejeiro volvió á Villafranca. Al llegar pasó á palacio y pidió una audencia á D. CARLOS, la cual obtuvo á pesar de los obstáculos que le opusieron las personas que rodeaban al príncipe. Este, que aun estaba acostado, se levantó temprano para recibir á su ministro: y cuando este le preguntó por qué no habia pasado á Segura, como habia prometido, D. CARLOS le dió esta lacónica respuesta: «Todo está acabado; he consentido en cuanto han ecsijido de mí; ponte en cobro, porque yo no puedo protejerte.» D. CARLOS estaba muy conmovido, y al separarse de Arias Tejeiro le estrechó entre sus brazos diciéndole: «Mis actos son fruto de la violencia: te lo aseguro bajo mi palabra. Informa á Cabrera y al conde de España de lo que ha pasado aqui; diles que no estoy libre, y si puedes ir á reunirte con ellos será lo mejor de todo.»

El mismo dia, Arizaga, auditor jeneral del ejército y amigo íntimo de Maroto, presentó á D. CARLOS, para que la firmase, una proclama. Los términos en que estaba concebida,

ofendieron á D. CARLOS, que opuso algunas objeciones; pero Arizaga le dijo: «El jeneral me ha prohibido que deje cambiar ni una sola palabra;» y D. CARLOS firmó. La proclama decia asi:

«Animado constantemente de los principios de justicia y rectitud que he consignado en todos los actos de mi soberanía, no he podido menos de ser altamente sorprendido cuando con nuevos antecedentes y leales informes he visto y conocido que el teniente jeneral D. Rafael Maroto ha obrado con la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos de amor y fidelidad que tiene acreditados en favor de mi justa causa. Estoy ciertamente penetrado de que siniestras miras, fundadas en equivocados conceptos cuando no hayan nacido de una criminal malicia, si pudieron ofrecer á mi réjia confianza hechos ecsajerados y traducidos con dañada intencion, no debo permitir pase mas tiempo sin la reparacion debida á su honor mancillado; y aprobando las providencias adoptadas por dicho jeneral, quiero que continúe como antes á la cabeza de mi valiente ejército, esperando de su acendrada lealtad y patriotismo, que si bien ha podido resentirle una declaracion ofensiva, esta debe terminar sus efectos con la seguridad de haber recobrado aquel mi gracia y la vindicion de su reputacion injuriada. Asimismo quiero se recojan y quemen todos los ejemplares del manifiesto publicado, y que en su lugar se imprima y circule esta mi espresa soberana voluntad, dándose por órden en la jeneral del ejército, y leyéndose por tres dias consecutivos al frente de los batallones.—Real de Villafranca á 24 de febrero de 1834.—CARLOS.

El 25 pasó Maroto á Villafranca, acompañándole algunos batallones afectos á su persona, y el escuadron de Carrion. Esta caballería llegó á las puertas mismas de palacio, y formó en batalla enfrente de ellas, llevando cargadas las carabinas. Maroto subió á la antecámara, donde encontró á Villavicencio, y apoyando las dos manos en el puño del sable le dijo: «Esto ya es otra cosa; ahora se puede venir

á palacio sin peligro de volver á encontrar en él á toda esa canalla.» Admitido á la presencia de D. Carlos, le pidió Maroto del modo mas imperioso las cabezas del obispo de Leon, Arias Tejeiro, Lamas Pardo, D. Celestino Celis y D. Diego Miguel Garcia; y estaba tan resuelto á mandarlos fusilar, que la víspera habia encargado á Urbistondo que dijese á D. Carlos que aunque los ocultase entre las suelas de sus zapatos, vendria á sacarlos de allí. Sin embargo, D. Carlos se negó á satisfacer tan bárbara ecsijencia; Maroto no se atrevió á insistir mas, pero consiguió que se les desterrase.

El 27 salió D. Carlos de Villafranca y fué á Tolosa, y el dia siguiente se puso Maroto en marcha para Vizcaya con cuatro batallones de infantería y dos escuadrones de caballeria. Desde aquel momento fue dueño de todas las provincias, y ausiliado por el ministro de la guerra el brigadier Montenegro, emprendió la reorganizacion del ejército. Elío recibió el mando de Navarra; D. Simon Latorre el de Vizcaya; Alzáa fué confirmado en el de Alava, é Iturriaga en el de Guipúzcoa; los batallones castellanos se pusieron á las órdenes de Urbistondo; Villareal fué nombrado ayudante de campo de D. Carlos, y Zariátegui agregado al estado mayor. Por medio de estos nombramientos quedaba todo el ejército á disposicion de Maroto, y le era imposible á D. Carlos dar paso alguno sin que lo supiese su jeneral en jefe.

Verificados estos cambios en el mando del ejército, dió una órden el ministro de la guerra, por la cual se mandaba á Zorrilla, baron de Juras Reales, Otal y Villela, consejeros de Castilla, Arpe, correjidor de Vizcaya, y Piedra, correjidor de la isla de Leon, que ecsaminasen las piezas del proceso formado contra Elío y Zariátegui. Los anales de la historia no presentan un hecho semejante al de esta supuesta investigacion judicial; dos de estos majistrados habian tenido ya parte en el proceso en la época en que se intentó juzgar á los referidos jenerales, y entrambos los habian declarado culpados; ahora se les pedia una nueva opi-

nion acerca de las causas, y los acusados no solamente estaban en libertad, sino que acababan de ser colocados á la cabeza del ejército. Para hacer mas ridículo este simulacro de justicia, un ayudante de campo de Elío fué el que llevó á cada uno separadamente los documentos del proceso, rogándole de parte de su jeneral que abreviase su despacho cuanto le fuera posible.

Al llegar á Vizcaya caminó ya Maroto resueltamente hácia el fin que se habia propuesto desde mucho tiempo. Su correspondencia con Espartero recibió mayor actividad, y fueron ecsorbitantes sus ecsijencias; mas las respuestas de Espartero, evasivas al principio, se hicieron menos satisfactorias cuando por la toma de Ramales y otros puntos pudo internarse en Vizcaya. Asustado Maroto, se dirijió á lord John Hay rogándole que obtuviese de Espartero algunas promesas positivas, y si fuese posible, la garantia de la Inglaterra. Lord John Hay consintió en ello, y habiéndose puesto de acuerdo con Espartero, envió un oficial con pliegos para lord Palmerston. Este ministro recibió con tal placer las proposiciones hechas por Maroto, que en medio de su alegría olvidó su acostumbrada circunspeccion, porque comunicó sus esperanzas á un sujeto que no fué bastante discreto para callarlo, puesto que llegó á oidos de un partidario de D. Carlos, que inmediatamente lo escribió á un amigo suyo. Los términos en que se esplica son bastante duros y se conoce que se hallaba poseido del mal humor que habian escitado en él los acontecimientos del cuartel real de D. Carlos. No sabemos si los estremos que abraza en su carta son todos ciertos; pero vamos á trascribirla íntegra para que nuestros lectores le dén la fé de que cada uno la juzgue digna.

«*Londres* 29 *de mayo de* 1839.—Mi querido amigo: supongo que estará usted al corriente de todo lo que pasa, asi como de la traicion de Maroto que por el vil interés de una cantidad en dinero, y la promesa de la capitanía jeneral de la Habana, ha vendido á su patria, á su rey y á sus hermanos.

»De los partes oficiales que ha recibido este gobierno del coronel Lacy, y que yo he visto, resulta que el rey se hallará muy pronto en la misma situacion que se encontró D. Miguel cuando se hizo el tratado de Evora-Monte.

»Parece que el gobierno español queria encerrar á D. CARLOS en Ibiza; pero el ministerio inglés, mas jeneroso, ha pasado notas pidiendo que se le permita fijar su residencia en Italia.

»En este momento deben haberse atacado ya todas las líneas para estrechar el terreno y hacerse mas fácil la ejecucion del plan convenido. He dado noticia de todo esto al gobierno del rey, y aun he remitido documentos justificativos por diversos caminos; pero parece que Ramirez de la Piscina se ha puesto de acuerdo con M. de L. para que se le entregue toda mi correspondencia. Nada llega á noticias del rey, que ignora absolutamente la suerte que le preparan, y yo no veo otro medio de salvacion que el que S. M., ó á lo menos el príncipe, vaya á reunirse con los condes de España y Morella. Cuando esten ocupadas las provincias y entregado el rey, debe pasar Espartero á Aragon con un ejército de 80,000 hombres para destruir al conde de Morella, y en seguida al de España. Solo Dios puede salvarnos; tengamos confianza en él; pero seria preciso un milagro para desbaratar los planes del arzobispo de Toledo y del capitan jeneral de la Habana, pues ya sabrá vd. que se han ofrecido (1) estas dos dignidades al P. Cirilo y á Maroto y demas asociados marotistas, que bien merecian tener la misma suerte que Quesada.

»He recibido cartas del cuartel real, del 17, y son verdaderamente desconsoladoras, pues SS. MM. y AA. estan cautivos, desesperados y sin un cuarto. El P. Cirilo ha hecho ir á Tastet al cuartel real á fin de contraer un em-

(1) Si, como afirma el autor de la carta, fueron ciertos estos ofrecimientos, despues hemos visto que no se han realizado, porque ni Maroto ha ido á la Habana, ni el padre Cirilo á Toledo.

préstito, pero no creo que pueda conseguirse nada de él, pues es tan sagaz como S. E., y aunque no es fraile, tiene mas habilidad que la que el otro se imajina.

»D. Manuel Aznarez ha salido para París, donde se pondrá á la cabeza de la junta.

»El decreto dado para la devolucion de los bienes de los cristinos, es obra del P. Cirilo; le habia redactado aquí, y era una de las primeras medidas que debian ponerse en planta luego que se hallase en el poder. Su amigo Chacon, ministro de Marina por el gobierno de Madrid, ha caido, y esto es una felicidad para nosotros.

»Zea Bermudez se encuentra aquí: está mejor informado que nosotros de todo cuanto pasa en el cuartel real, y detesta á Maroto á causa de sus infamias.

»Otras muchas cosas pudiera decir á V.; pero supongo que ya las sabe.—R. S.»

Otra carta muy importante que recibieron del mismo sujeto los realistas desterrados, les decidió á publicar la proclama siguiente:

«Voluntarios de Carlos V, y pueblos vasco-navarros.

«El hombre de maldicion, el impio Maroto ha consumado su obra de iniquidad; ha vendido á los cristinos el ejército, el pueblo y vuestros venerandos fueros, y á los ingleses vuestro rey, prometiéndoles entregársele en San Sebastian.

»Una feliz casualidad ha revelado el detestable proyecto del infame Maroto.

»Se ha interceptado en Francia su correspondencia, y en ella se ha hecho el espantoso descubrimiento de la sacrílega venta que ha hecho el miserable, de su patria y de su rey.»

Esta proclama produjo una gran sensacion, pero era tal el terror que inspiraba Maroto, que nadie se atrevia á

quejarse, y mucho menos á ecsaminar en público sus acciones. Su poder se habia aumentado considerablemente con el apoyo que le daba el partido de los transaccionistas, pues creyendo estos que trabajaba para su interés, hicieron los mayores esfuerzos á fin de mantenerle en su puesto; formaron juntas en diversos puntos del pais, cuyos principales ajentes Madrazo y Orejon, iban y venian de Bayona á París y á las provincias, y las correspondencias secretas eran sumamente activas. Los individuos de estas juntas supusieron algun tiempo despues del convenio de Vergara, que su objeto era lejítimo, pues estando los pueblos fatigados y deseosos de la paz, el único medio de obtenerla era la abdicacion de D. Carlos en favor de su hijo y un casamiento entre este y la jóven Isabel; pero protestaron altamente contra toda intencion de abandonar sus principios, y se quejaron amargamente de Maroto, que dijeron les habia engañado hasta el último momento. Pensando piadosamente, se debe creer en su sinceridad; pero es de temer que la historia se muestre mas severa con respecto á ellos.

Los carlistas desterrados, asustados al ver la suerte que esperaba á la causa por quien habian sacrificado sus bienes y familias, y temiendo mucho por la seguridad personal de D. Carlos, tomaron algunas medidas para que llegase á conocimiento de este príncipe el peligro de su situacion, y publicaron varios documentos, entre ellos una proclama dirijida á los habitantes de las provincias vascongadas, que decia asi:

«*Voluntarios y pueblos vasco-navaros.*

»Maroto está pronto á consumar vuestra ruina; entrega todas vuestras plazas fuertes y va á imitar la conducta de los jenerales portugueses en Evora-Monte. Como lo fué D. Miguel, D. Carlos será entregado á sus enemigos.

»No creais los rumores que hacen circular de que vienen 50,000 franceses á sostener á Maroto; ese es un engaño que no tiene otro objeto que el de adormeceros en una

engañosa seguridad, para tener el tiempo necesario para consumar el crimen.

»Maroto está abandonado por las potencias del Norte, y el gobierno francés prepara una escuadra para bloquear vuestros puertos.

»Voluntarios y pueblos: ¡á las armas! Salvad á vuestro rey y con él vuestras personas y fueros.

«¡*Viva la relijion*! ¡*viva el rey*!—19 de junio de 1837.»

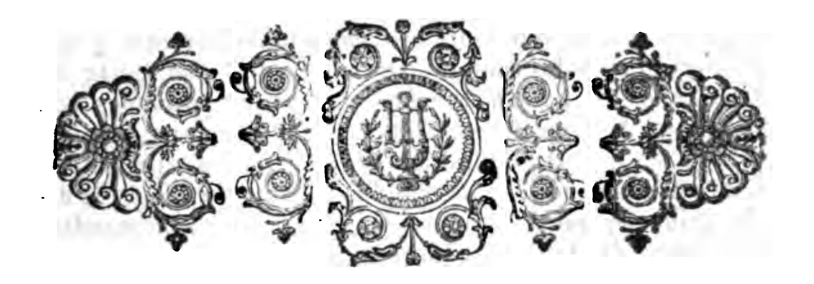
Tan luego como se abrió la campaña contra Ramales, escribió Maroto á D. Carlos, pidiéndole que le diese el mando en jefe de todos los ejércitos carlistas; y para apoyar esta pretension decia que hallándose prócsimo á poner en ejecucion un vasto plan que habia meditado mucho tiempo, era indispensable que los condes de España y de Morella estuviesen á sus órdenes, pues necesitaba su cooperacion. D. Carlos sometió esta estraña pretension al consejo supremo de la guerra para que la ecsaminase y se diese su parecer acerca de ella. El consejo se componia de los jenerales Eguía, Lardizabal, Saraza, Cabañas, y el conde del Prado, y de los majistrados Lorenzo, Mozo, Arizaga, Ventós, Frias, y Maruri; del fiscal civil Eyaralar, y del fiscal militar el brigadier Estrau.

Reunido el consejo, se sucitó un violento debate; la peticion de Maroto fué apoyada fuertemente por Eguía, Sarazá, el conde del Prado y Arizaga, pero quedó desechada por haberse declarado en contra la mayoria. Eyaralar, para probar que debia negarse la pretension, se fundó principalmente en la imposibilidad de poner un antiguo militar como el conde de España á las órdenes de Maroto, y añadió que ni él ni Cabrera, que tan eminentes servicios habian hecho á la causa carlista, consentirian jamas en reconocer á Maroto como jeneralísimo, y obedecerle.

En los primeros dias del mes de julio envió Espartero á Maroto un periódico de Madrid que publicaba algunas cartas que se habian interceptado, y estaban escritas por Arias Tejeiro desde el campo de Cabrera, y enviadas á

D. Carlos con sobre al ministro de hacienda Marcó del Pont. Terrible fue la cólera de Maroto, y con mucho trabajo pudieron sus amigos impedirle que se dirijiese al cuartel real á satisfacer su rabia; mas al fin le hicieron conocer que su precipitacion iba á desbaratar un plan tan bien concebido, en el cual se trabajaba tanto tiempo hacia, y que tan buenos resultados debia producir. Tranquilizado Maroto con estas reflecsiones, escribió á Marcó del Pont diciéndole que sabia que estaba en correspondencia con los desterrados en Bayona, y que esta conducta podia atraer sobre él grandes desgracias, poniendo en peligro su cabeza y aun la de D. Carlos; pero que su jenerosidad era tal, que se lo advertia para que saliese del cuartel real, y no volviera á poner los pies en él.

Marcó del Pont presentó esta carta á D. Carlos, mas cediendo á las instancias de este príncipe, consintió en permanecer á su lado. Cuando Maroto supo que Marcó del Pont habia desobedecido sus órdenes, resolvió hacerle asesinar; mas prevenido aquel á tiempo, creyó que debia ponerse á cubierto de la venganza de Maroto, y abandonando á Oñate se retiró á un sitio seguro, donde permaneció hasta despues de haberse pasado Maroto, que fué llamado nuevamente por D. Carlos. Para engañar á Maroto, escribió Marcó del Pont desde su retiro una carta con fecha de San Juan de Luz, á un tal Beotas, empleado en el ministerio de hacienda, lo cual dió orijen á que corriese la voz de que se habia refujiado en Francia, y esta circunstancia le libró de las persecuciones.



CAPÍTULO VI.

Llegada de Balmaseda á Aragon.—Proclama que este dirije á los carlistas del ejército del Norte.—Operaciones militares en Aragon.—Sitio de Segura por Van-Halen.—Este jeneral se ve obligado á levantar el sitio.—Van-Halen es remplazado por Nogueras en el mando del ejército del centro.—Sitio y destruccion del fuerte de Montalvan.—Llegada de Arias Tejeiro al cuartel jeneral de Cabrera.—Carta de Cabrera á D. Carlos.—Otra de Arias Tejeiro.—Real órden dictada por Maroto.—Orden jeneral del ejército del 23 de junio de 1839.

Los deseos ocurridos en las provincias del Norte causaron una sensacion profunda en el ánimo de Cabrera, que conocia la influencia moral que harian perder á la causa que él defendia, por la desunion tan manifiesta del partido carlista. Ademas de las noticias de interes jeneral que recibia de Navarra,

llegábanle otras que le interesaban particularmente y que le alarmaron sobremanera. Decíanle que en la corte de D. CARLOS se habian tomado algunas disposiciones con respecto á la direccion de la guerra en Aragon; siendo las principales que D. Sebastian remplazaria en el mando á Cabrera, quedando este de simple ayudante de campo de dicho príncipe; que á Cabañero se le conferiria la comandancia jeneral de Aragon; á Llorens, conocido por el alcalde de Villareal, la de Valencia, y que el conde de Negri seria nombrado jefe de estado mayor para poder dirijir á D. Sebastian; de modo que Cabrera, que tanto habia trabajado en organizar el ejército carlista de Aragon y Valencia y en conseguir dominar el pais, se iba á ver postergado y despojado del mando superior que habia adquirido con tantas fatigas, y que tan bien habia sabido merecer. Pero este altivo jeneral, que jamas habia reconocido superior en las provincias donde él hacia la guerra, confiando en el afecto de sus soldados y en el apoyo de su rey, resolvió oponerse á cuantas órdenes dimanasen de Navarra; y llegó á decir que el primero que de las provincias fuese á mezclarse en las cosas de Aragon, le fusilaba, aunque fuera quien quisiese.

Pocos dias antes de los fusilamientos de Estella escribió Maroto al gobernador del castillo de Guevara, donde estaba encerrado Balmaseda, diciéndole que no entregase el preso á nadie, ni aun en virtud de órden del mismo D. CARLOS. Cuando se supieron en el cuartel real las ocurrencias de Estella, los amigos de Balmaseda corrieron á rogar á D. CARLOS que le mandase ir al cuartel real, para librarle de que sufriese la misma suerte que los jenerales navarros: con efecto, en virtud de una órden escrita enteramente de mano de D. CARLOS, salió Balmaseda del castillo y se dirijió al cuartel real; y no fue mala su suerte, pues apenas se hallaria á media legua de Guevara llegó un ayudante de campo de Maroto á reclamarle. Cuando Maroto, despues de declarado culpable por D. CARLOS, se presentó impensadamente en el cuartel real á reclamar las cabezas de

sus contrarios, Balmaseda tuvo que apelar á la fuga para librarse de la venganza de su perseguidor, y salió de las provincias dirijiéndose á Aragon donde sabia que podria estar seguro.

Presentóse, pues, con algunos caballos á Cabrera, y este jeneral, enterado de sus desgracias, le acojió favorablemente y le dió el mando de algunas fuerzas de su ejército.

Desde este pais dirijió Balmaseda algun tiempo despues una proclama al ejército calista de Navarra, en la cual se espresaba de este modo:

«Castellanos: unos atentados cuyo solo recuerdo espanta, preparados por una série de intrigas que solo podia urdir un traidor, han sepultado en la tumba á valientes jenerales y compañeros nuestros, cuya pérdida nunca podremos deplorar bastantemente, y me han separado de vosotros. No hay dificultades que no puedan superar el valor y fidelidad de los héroes á quien tengo la honra de mandar; sus espadas, á que nada resiste, sabrán cortar el nudo gordiano de la traicion, y romper las cadenas que oprimen á nuestro amado soberano.

»En tanto que llegan estos felices momentos, seguid constantes el camino del honor y de la fidelidad. No desconozcais mi voz aunque os la dirija desde lejos; sed constantes, repito, unid vuestros esfuerzos á los de vuestros hermanos y compañeros de las provincias vascongadas, sin que os desanimen las fatigas; estad unidos de modo que la discordia no se introduzca entre vosotros y rompa los lazos de vuestra fraternidad; no abandoneis á nuestro muy amado soberano, y sobre todo velad noche y dia por su preciosa ecsistencia y la de toda la real familia. ¡Castellanos, constancia!

»No desmintais vuestra bien merecida reputacion, seguros de que tan luego como las operaciones militares permitan á estos jefes invencibles asegurar el triunfo de las armas del rey, en los reinos de Aragon y Cataluña, volarán á socorreros con numerosas fuerzas. Entonces me vereis

en la vanguardia, y nada podrá resistir á nuestro ardor. Mi corazon palpita esperando la llegada del momento, que no está distante, en que nuestras armas victoriosas coronen con un doble triunfo la noble empresa á que nos hemos consagrado.

»Castellanos, vascongados y navarros: sea nuestra divisa *el rey, constancia, union, y esterminio de los traidores.*

»Cuartel jeneral de Chelva, 30 de mayo de 1839.—Vuestro compatriota y amigo.—Juan Manuel Balmaseda.»

Poco despues de la llegada de Balmaseda á Aragon, recibió Cabrera una carta de Maroto, en la cual trataba este jeneral de esplorar el ánimo del caudillo tortosino, sin manifestarle claramente sus intenciones, pues le preguntaba si se hallaba dispuesto á secundarle en sus operaciones; mas no le decia cuáles eran estas. El sagaz Cabrera, á quien no se ocultó la astucia de Maroto, le contestó tambien en términos ambiguos, añadiendo que siempre estaba pronto á cooperar en todo cuanto fuese en beneficio de su rey.

La política no absorvia de tal modo la atencion de Cabrera que descuidase las operaciones militares y dejase de hostilizar á las tropas de la reina siempre que tenia ocasion para ello. El dia 25 de febrero salió del pueblo de la Yesa la division de reserva que mandaba el marqués de las Amarillas, con objeto de reconocer los fuertes de Alpuente y el Collado que ocupaban los carlistas, cuya custodia habia encomendado Cabrera á Arévalo. Este jefe, cuando vió que los de la reina se habian internado en el camino que pasa por los montes, atacó su retaguardia con el batallon denominado del Cid, dos compañías de guias y algunos caballos, hostilizándolos en su marcha durante ocho horas hasta que llegaron á Alcublas. Desde este punto fué mas vivo el ataque, pues habiéndosele reunido mayores fuerzas á Arévalo, estableció una fuerte línea de tiradores, apoyados por tres escuadrones, que sostuvieron un vivo tiroteo durante cuatro horas mas. Los de la reina, precisados á marchar en es-

calones para poder defenderse, tuvieron que retirarse á la Higueruela, hasta donde fueron perseguidos, con pérdida de veinte muertos, cuarenta y tres heridos, y treinta jinetes prisioneros. Los carlistas tuvieron tambien algunas bajas, pero impidieron que sus contrarios practicasen el reconocimiento que habian intentado.

Entretanto se disponia Van-Halen para atacar á Segura, fortificada ya completamente por Cabrera, y sabedor este de las intenciones del jeneral del ejército del centro, se situó en las inmediaciones de dicha villa con once batallones, resuelto á defenderla á todo trance. La division mandada por Ayerve, salió de Córtes el 23 de marzo; entonces ocupó Cabrera la cordillera que hay á la izquierda del camino que va de Córtes á Segura, en donde habia construido algunos parapetos, desde cuyas posiciones, con siete batallones y cuatrocientos caballos, provocó á sus enemigos al combate.

Ayerve habia dividido sus fuerzas en dos fuertes columnas, con el objeto de flanquear las posiciones de los carlistas, confiando el mando de la que habia de atacar la derecha de Cabrera al jefe de la segunda brigada, D. Francisco Velarde; y reservándose la direccion de la que debia acometer por la izquierda. Las fuerzas de la primera columna se componian de dicha segunda brigada, el batallon del Infante, la artillería de montaña y dos escuadrones del 5.° lijeros; la segunda constaba de doce compañías del rejimiento de Castilla, la brigada perteneciente al ejército del Norte, un escuadron del rejimiento de Leon, y una batería rodada. A las once de la mañana dió Ayerve la señal del combate, y ambas columnas acometieron con el mayor arrojo las posiciones de los carlistas, que esperaron impávidos á sus contrarios. La accion, obstinada y sangrienta, fué contraria á los carlistas, pues á pesar de la temeridad con que se defendieron, tuvieron que ceder á la fortuna de sus enemigos, que les tomaron todos los parapetos, aunque á costa de una pérdida considerable. Cabrera sufrió tambien muchas bajas y perdió algunos prisioneros.

Reunidos Van-Halen y Ayerve el dia 4 de abril en

Muniesa, practicaron el 6 un reconocimiento sobre Segura, y Cabrera conoció la necesidad de llamar la atencion de los jenerales de la reina hácia otra parte. Confiando, pues, en que el valor de los defensores de Segura haria inútiles las tentativas de Van-Halen contra este fuerte, marchó rápidamente contra Villafamés, y el dia 14 por la noche llegó á Ares, con tres batallones y cuatrocientos caballos, hallándose al mismo tiempo Forcadell en Vistabella con otros tres batallones. Al dia siguiente por la tarde se presentó Cabrera á la vista de Villafamés, y conduciendo desde Arres ocho piezas de artillería, emplearon la noche en construir las baterias, que quedaron corrientes y formalizado el sitio al amanecer del 16, principiando inmediatamente los disparos contra la poblacion. Desde esta hora hasta las ocho de la noche arrojaron los carlistas trescientas ochenta y seis balas de diferentes calibres y ciento treinta granadas, que arruinaron muchas casas del pueblo, y abrieron una brecha de mas de doce varas de estension. Viendo los sitiadores que estaba practicable, marcharon al asalto á paso de ataque, pero fueron rechazados, con pérdida de diez muertos y bastantes heridos, por los sitiados que con un fuego muy sostenido y certero no les dejaron llegar á la brecha. Durante la noche los sitiados de Villafamés repararon los destrozos que habia sufrido la muralla, y tomaron todas las precauciones oportunas para el caso de que los sitiadores repitiesen la acometida.

En efecto, el 17 por la tarde intentaron lòs carlistas un segundo asalto, que tuvo igual écsito que el primero. La artillería de Cabrera continuó haciendo estragos en la poblacion, la cual indudablemente hubiera tenido al fin que sucumbir; pero noticioso el caudillo tortosino de que la division de Azpiroz acudia en socorro de Villafamés, y habiendo logrado el objeto que se habia propuesto de llamar la atencion de Van-Halen sobre este punto, levantó el sitio, quedando enteramente libre el dia 19 la poblacion amenazada.

El jeneral Van-Halen habia sitiado á Segura, y para que no sucediese lo que en el sitio de Morella, se habia a-

copiado inmensa cantidad de víveres y municiones; pero el valor de los sitiados y la actividad de Cabrera, que no cesaba de hostilizar á las tropas de la reina, inutilizaron los esfuerzos de Van-Halen que al fin tuvo que levantar el sitio, y llamado por el gobierno de la reina para que diese cuenta de su conducta, fué remplazado por el jeneral Nogueras, que se hallaba postrado en cama en Estremadura, y el estado de su salud le impidió que se dedicase, con la actividad que ecsijian, á proseguir las operaciones militares en Aragon y Valencia. Véase, pues, el acierto que tenia el gobierno de la reina en la eleccion de los jefes superiores del ejército, pues cuando los carlistas estaban mas ufanos con el reciente triunfo de Segura, y cuando el ejército del Centro necesitaba un jeneral vigoroso y activo que reorganizase los batallones y procurase borrar con nuevos triunfos la retirada de Segura, elijió para remplazar á Van-Halen, un jefe que muy poco ó nada podia hacer á causa de su enfermedad.

Cabrera, que sabia aprovecharse de todas las ocasiones, hubiera sacado mucho partido de esta circunstancia; pero tambien padeció por entonces una enfermedad que le tuvo postrado en cama durante algun tiempo, y varias veces circuló por España la noticia de su muerte. Sin embargo, tan luego como se halló convaleciente, dejando á sus subalternos las oportunas instrucciones, emprendió á principios de mayo una espedicion á las provicias de Cuenca, Guadalajara y la Mancha, llevando consigo unos ocho mil hombres.

Entretanto los jefes que Cabrera habia dejado en Aragon hostilizaban sin cesar los puntos fortificados que los de la reina tenian en aquel territorio, los cuales estaban en un contínuo bloqueo. Sesenta soldados del rejimiento del Rey y algunos caballos de la milicia nacional que salieron de Caspe para Chiprana, fueron acometidos en el camino por las fuerzas que el jefe carlista Bosque tenia emboscadas, matándoles siete hombres y haciéndoles cuarenta prisioneros.

Al mismo tiempo estrechaba Llangostera á los defensores de Montalvan con un rigoroso bloqueo, y la division de Ayerve marchó en su socorro. El 23 de mayo llegó Ayerve á las alturas de Utrilla, donde Llangostera trató de impedirle el paso con cuatro batallones, y ofició inmediatamente al pueblo de Camarillas para que se le uniesen tres batallones y un escuadron que habia en dicho punto á las órdenes de Palacios. Estas fuerzas llegaron con oportunidad al sitio de la refriega, pues protejieron la retirada de Llangostera, que despues de una obstinada resistencia se vió obligado á abandonar el terreno á Ayerve, que al fin entró en Montalvan. Los dos partidos pelearon con tanto encarnizamiento y teson, que de ambas partes quedaron en el campo mas de cuatrocientos muertos, retirando así los carlistas como los de la reina un número considerable de heridos.

A pesar de esta reñida accion, Cabrera ordenó á sus subalternos que continuasen las hostilidades contra Montalvan, y cuando volvió de su espedicion, cuyo objeto fué sacar recursos de las provincias que recorrió y enviarlos al Maestrazgo, él mismo reunió once batallones contra la espresada villa y dirijió las operaciones.

Puede decirse que el bloqueo y sitio de Montalvan duró tres meses, esto es, desde el 6 de marzo hasta el 10 de junio, y aun cuando los ataques fueron mas vivos despues que Cabrera volvió de su espedicion, nada pudieron conseguir los carlistas contra el espresado fuerte: durante este periodo repetidas veces acudieron las tropas de la reina en socorro de los sitiados, é hicieron retirarse á los sitiadores; mas luego que se alejaban los libertadores de Montalvan, volvian los carlistas al sitio con mayor empeño. Sin embargo, ni los estragos que causaba la artillería de Cabrera en la poblacion y el fuerte, ni las minas que hicieron reventar los carlistas, ni los repetidos asaltos de estos, pudieron vencer la constancia de los sitiados, que acudian con la mayor actividad á todos los puntos amenazados, rechazaban á los asaltantes, reparaban los boquetes de sus muros, y hacian ademas muchas salidas. Por último, acudiendo en so-

corro de los sitiados la division de Ayerve, como varias veces lo habia ejecutado, Cabrera levantó enteramente el sitio el dia 10 de junio, habiendo hecho retirar con anticipacion la artillería.

Cuando Ayerve entró en Montalvan y vió que el fuerte que habia salvado solo era un monton de ruinas, y que para continuar defendiéndolas contra el empeño que los carlistas manifestaban en poseerlas, era necesario que estuviese contínuamente un ejército á las inmediaciones de la villa, mandó que se destruyese enteramente el fuerte, y que la guarnicion y nacionales se trasladasen á Zaragoza, custodiándolos Ayerve con su division; sin embargo, fueron incomodados en el camino por las fuerzas de Cabrera, que les causaron mas de cien muertos.

Por este tiempo llegó al cuartel jeneral de Cabrera el ex-ministro de D. Carlos, Arias Tejeiro, y el caudillo tortosino, que estaba en correspondencia secreta con su rey, escribió á D. Carlos la siguiente carta:

«Señor: Aunque desde el momento que tuve noticia de las ocurrencias de esas provincias, acaecidas en febrero, formé la idea mas esacta de las tramas de la revolucion, que ya no podian sostener los infames enemigos con la fuerza de las armas, y de que asi por los antecedentes que tenia como por las correspondencias interceptadas, estaba bastante cerciorado: los detalles circunstanciados que me ha dado el brigadier Balmaseda y Alvarez Arias, acabaron de convencerme: mi amigo Arias Tejeiro, á quien con tanto gusto acabo de ver, me ha puesto al cabo de cuanto convenia saber, y mi corazon angustiado al ver el trato tan indecoroso que se ha dado á un soberano, que por todos conceptos es tan digno de respeto y amor, ha tenido el mayor placer en saber por el mismo la soberana voluntad de V. M. que es la que únicamente he de cumplir.

»V. M. conoce los sentimientos de mi corazon, y que constante en los principios de la mas pura lealtad, jamas me he separado ni me separaré de la senda que he seguido; y

si no han sido suficientes pruebas para demostrar esta verdad las persecuciones que he sufrido y la sangre que he derramado, séale evidente mi ratificacion en las promesas que he tenido el honor de hacer á V. M., y asegurar reiteradamente no tiene V. M. un vasallo mas fiel, ni que pueda escederme en amor á V. M. y gratitud á las consideraciones con que su real piedad ha tenido á bien distinguirme.

»Señor: Para satisfaccion de V. M., le aseguro que este ejército, que tengo el honor de mandar, está en el mayor órden, subordinacion y disciplina militar, al mismo tiempo que su fidelidad y entusiasmo son imponderables. Son repetidas las victorias que ha conseguido del enemigo, que lleno de terror confiesa que su infame causa está destruida por el ejército real de Aragon. Parece que Dios con su poderoso brazo proteje visiblemente, y dispensa singulares favores á los fieles que sirven á V. M. aquí y en Cataluña con tanto celo y fidelidad para consuelo de V. M., en compensacion de las desagradables ocurrencias de estas provincias, que han debido aflijir sobremanera el paternal corazon de V. M.

»Tengo al mismo tiempo el gusto de decir á V. M. que este ejército no está contaminado, antes se ha purificado con la separacion de las filas leales, y aun de estas provincias, de algunos en quien no conocia la buena fé y pureza de intencion que hay en nosotros, que estamos todos decididos á morir antes que transijir en lo mas mínimo con nuestros enemigos, para que V. M. se siente en su trono con el debido esplendor, mande absolutamente sin trabas ni otras consideraciones que las que sean de su real agrado, y haga renacer en esta aflijida patria la verdadera paz y felicidad que deseamos. No hace muchos dias se presentó Bellenguero bagando por estos fieles pueblos, jactándose que ya mandaba su partido, y esparciendo voces subversivas y alarmantes: lo he mandado arrestar y será castigado con arreglo á ordenanza, á no ser que V. M. se digne prevenir otra cosa. He procurado ocultar algunos de los sucesos de esas provincias, obrando con la mayor prudencia posible para evitar escisiones y discordias, adoptando por único sistema la destruccion del ene-

migo; y si se me comunica alguna real órden que esté en contradiccion con los principios de fidelidad que profeso, ó cuyo cumplimiento pueda causar el mas mínimo perjuicio á los derechos absolutos de V. M., dejaré de ejecutarla, hasta que por conducto reservado de mi confianza, ó de otro modo indudable, sepa la libre voluntad de V. M. V. M. sabe que esto dista mucho de ser falta de respeto y sumision á V. M.: todo lo contrario: quiero morir antes que faltar ni permitir que otro falte.

»Estoy de acuerdo con el conde de España, y estrecharé mis amistosas relaciones, ayudándole, caso necesario, en las operaciones militares, para facilitarle las mayores ventajas posibles en el principado.

»Sin desatender estos objetos y otros interesantes que me llaman estraordinariamente la atencion, puede ser estienda las operaciones á otras provincias en contacto con estas, y en su caso necesitaré nombrar alguno ó algunos comandantes jenerales provisionalmente, y hasta que V. M. se digne resolver lo que sea de su real beneplácito, pareciéndome no pedir á V. M. la debida autorizacion de un modo público para evitar compromisos y que se frustren mis planes y esfuerzos, á no ser que V. M. se sirva prevenirme otra cosa que siempre obedeceré ciegamente.

»Señor: No quiero molestar mas la soberana atencion de V. M.; pero no puedo dejar de repetirle que Cabrera es su mas fiel vasallo, y que tiene V. M. bayonetas en este ejército suficientes y dispuestas siempre á sostener la libre resolucion de V. M.; por lo cual no tema V. M. á enemigos de ninguna clase, porque ausiliado de Dios, que tanto me ha protejido y favorece, y en cuya inmensa Providencia confio ciegamente por la intercesion de nuestra soberana Reina, y las súplicas de mi inocente madre sacrificada por los impíos, espero llevar á V. M. muy pronto á Madrid, en donde tranquilo y libre de las angustias que hoy aflijen á su real y piadoso corazon, pueda obrar con entera libertad y como soberano. En el ínterin ruego y rogamos todos á Dios conserve la interesante vida de V. M. muchos años, y llene de prosperidades á su

real familia. Cantavieja 20 de junio de 1839.—Señor: A L. R. P. de V. M.—Ramon Cabrera.»

A la carta de Cabrera, que acabamos de transcribir, acompañaba otra de Arias Tejeiro, concebida en estos términos:

«Señor: Segun tuve el honor de escribir á V. M. desde Caseras, despues de detenerme en Cataluña el tiempo preciso, que el conde de España deseaba prolongar, y que yo tambien he prolongado gustoso unos dias, para que el coronel D. Manuel Ibañez, uno de los mejores servidores que V. M. cuenta en el ejército, pudiese sobre la victoria de las Pilas hacer la sorpresa de la patulea de Surria, á la que tuve la satisfaccion de concurrir bajo nombre supuesto con el fusil, la canana y la manta catalana al hombro, entre los voluntarios del batallon n.° 16, he llegado felizmente á estos reinos, y el 6 del actual me he reunido en Martin con el conde de Morella. Inesplicable ha sido mi júbilo al ver por mí mismo los escelentes sentimientos de este instrumento visible de la Providencia, su lealtad acendrada y los ausilios sobrenaturales con que Dios recompensa su recta intencion y su celo sin igual. Desde las primeras noticias de los aciagos acontecimientos del mes de febrero, los miró bajo su verdadero punto de vista, conoció su tendencia y sus causas, que ójala no hubiesen sido puestas tan en claro por el tiempo que ya ha transcurrido; y con prevision y prudencia prohibió hablar sobre ellos, ni ocuparse de otra cuestion política que vencer á los enemigos de V. M. en el campo de batalla, mientras él tomaba las medidas oportunas para evitar siniestras influencias en el ejército, y para redoblar su entusiasmo, decidiéndole á perecer antes que sucumbir á las trabas manifiestas, ó solapadas de la revolucion, á todo lo que no sea el triunfo completo de V. M. como rey absoluto, sin compromisos ni condiciones que puedan de modo alguno coartar el libre ejercicio de su voluntad augusta. La venida del brigadier Balmaseda, tan digno de ausiliar á este héroe, y de Alvarez Arias, que sigue al lado de aquel y se bate entre los

primeros, confirmó su juicio y produjo el efecto deseado. Hoy que ha sabido á fondo los hechos y lo que V. M. quiere, obrará sin recelo, segun sus principios y la fidelidad aconsejen, aunque con todo el tino y direccion que el mayor servicio de V. M. ecsije.

»El cielo le proteje visiblemente, y le concede victorias milagrosas en premio de su celo. Nadie ama y respeta á V. M. mas que Cabrera. V. M. puede contar con él y con su ejército para cuanto guste. Este solo bastaria para dar la ley á la revolucion en toda España. La revolucion lo sabe muy bien; y sus mismos periódicos, aun despues de su celebrada victoria ahí sobre los absolutistas, ó sobre V. M., que es lo mismo, y de los reveses que desde entonces han sido consiguientes en esas provincias, gritan á cada paso que aquí está la cuestion de vida ó muerte para ella, y tiemblan por el desenlace. Y pueden temblar en efecto si Dios, como espero en su misericordia, continúa asistiéndonos. En el dia que Cabrera llegue á disponer del número de armas que podia tener, como V. M. inferirá (ahora no ha tenido este asunto la publicidad que antes tuvo), y asi que pueda ausiliar al conde de España, doblando ó triplicando Cataluña sus fuerzas, la revolucion se desploma con todas sus intrigas y perfidias. Tenga V. M., Señor, este consuelo en medio de tantas aflicciones: el Señor y su Santísima Madre darán fuerzas á V. M. como se las ha dado para resistir á tantos trabajos é infortunios con que han sido probadas sus virtudes, para no sucumbir á los esfuerzos de la traicion y de hombres prostituidos á sus pasiones. V. M. sabe mejor que yo que la revolucion no perdonará jamas á VV. MM., que son mentidas todas sus promesas, que solo acariciarla es sucumbir, que el débil con ella es vencido, y solo el carácter y la constancia la subyugan; y que una vez que se acceda á las concesiones y ecsijencias con que sus fautores aparentan satisfacerse, la restauracion es ya imposible; y V. M. y sus fieles vasallos, frustrados tantos sacrificios, no verán sino males y desgracias, siendo al fin víctimas de la anarquía y de la impiedad.

»V. M. sabe hasta dónde puede llegar el sufrimiento; y yo estoy seguro que V. M. por ninguna circunstancia se prestará á compromisos funestos que no puedan deshacerse y que pierdan su causa, á amnistías, á reconocimiento de los empréstitos de la revolucion, á palabras que empeñen con las potencias estranjeras sobre el sistema que haya de seguirse en Madrid, por ejemplo. Desgraciado de V. M. y de todos nosotros si fuese ligado á su trono! Cuente V. M. con el triunfo como indudablemente mientras sostenga los principios que á V. M. caracterizan y han dirijido siempre. Cabrera y España, con la ayuda del cielo, harán sucumbir todos los enemigos. Sírvase V. M. mandar y será ciegamente obedecido, sin que nos arredren riesgos de ninguna especie ni todas las tramas de la revolucion puedan impedirlo.

»He tenido la satisfaccion de llegar aquí poco antes de la victoria de Montalvan, como entré en Cataluña con la de Manlleu. Nada ecsajera Cabrera en lo que en sus partes y en la órden del dia que me atrevo á elevar á V. M. dice sobre aquella: la caballería, Balmaseda en especial, cuyo arrojo tenemos que contener, ha aterrado al enemigo: y esta arma que era la temible, ha perdido su ascendiente, habiendo batallon que recibirá una carga de muchos escuadrones con la mayor impavidez y sangre fria.

»Se está acabando de uniformar todo el ejército que lo necesitaba: el vestuario dura aqui muy poco con la movilidad de Cabrera. El aumento de hombres y caballos, de fábricas de maestranza, y los muchos fuertes con que el jeneral asegura y estiende la línea y domina el pais subyugado, multiplican los gastos; pero Dios provee á todo.

»He formado una idea muy diferente de la que tenia sobre los escesos y efectos de la administracion y de las causas de disensiones y disgustos con que mas de una vez se ha molestado la soberana atencion de V. M. Hay males, sí: en ninguna parte del mundo deja de haberlos; pero no son los que se ecsajeran: muchos son efecto inevitable de

las circunstancias y del mismo sistema de guerra que tantos bienes produce, y otros podrán remediarse porque no son hijos de mala fé, y espero que se remediarán algunos. No es estraño que el jeneral procure proporcionarse por los medios mas espeditos lo que el ejército necesita en sus urjencias cuando no lo ha hecho quien debiera: sin esto no se hubiera llegado al estado en que hoy se encuentra.

»La mayor parte de cuanto se ha dicho de tala, y yo mismo habia creido, es inesacto; el señor obispo de Mondoñedo, que no es parcial, me lo ha dicho desde luego, haciéndome ver el aprecio que merecen los resultados de su estraordinaria actividad y celo, y veo que tiene razon, como he visto que otras personas de las que mas declamarán ahí contra Cabrera (V. M. conoce cuán poco asenso merecen en esto casi todas las que de aquí salen), y que en medio de su poca aptitud parecian superiores á ciertas debilidades, las han tenido de un modo que V. M. no podrá ignorar sin duda. En fin, Señor, por ahora procuro observar con detenimiento é imparcialidad para formar un juicio cabal y escitar al bien; nada omitiré de lo que esté al alcance de mi lealtad, única influencia que puedo y quiero tener para conseguirlo, y V. M. puede estar seguro de que informaré puntualmente á V. M. de cuanto note sin ocultar jamas la verdad, aunque fuese contra mí mismo, y de que mi mayor satisfaccion será contribuir de todos modos á su servicio.

»Cabrera ha hecho conmigo todas las demostraciones de que es capaz una amistad fundada en identidad de principios, y que tiene á V. M. por objeto. Continuaré á su lado para batirme como un soldado el dia de la accion, y coopear en lo demas en lo poco que pueda al bien de la causa de V. M. El obispo de Mondoñedo y todos los buenos han visto con placer mi venida; no es estraño que en tiempos de debilidad y corrupcion aliente la fidelidad constante y puesta á prueba, aun cuando como en mí se halla aislada de todo ese mérito.

»Mi deber me obliga á estenderme abusando tal vez

como no quisiera de la bondad de V. M. A ella recurro para que V. M. se digne escusarme.

»El cielo, Señor, nos conserve la preciosa vida de V. M. cuantos años necesita el bien de la monarquía. Cantavieja 21 de junio de 1839.—Señor.—A L. R. P. de V. M.—Jose Arias Tejeiro.»

Estas cartas fueron interceptadas y llegaron, como ya hemos dicho, á noticia de Maroto, lo cual le movió á enviar al ministro de la guerra Montenegro, para que la refrendase, y se publicase como una real órden, la siguiente, con el fin de neutralizar el mal efecto que contra Maroto pudiera haber causado la lectura de las referidas cartas interceptadas, que insertaron los periódicos. Esta real órden, dictada por Maroto, iba dirijida á él mismo en esta forma:

«Escmo. Sr.: A medida que se acerca el término fijado por la divina Providencia para la cesacion de la actual lucha fratricida, la revolucion agota los mas ecsecrables medios para retardar su caida, poniendo en juego maniobras infernales y procurando introducir la desunion entre los valientes y fieles defensores de la justa causa, mientras sus batallones aterrados por los intrépidos esfuerzos de los heróicos voluntarios, salen únicamente de sus guaridas para destruir con la tea incendiaria las haciendas de los pacíficos habitantes, sembrando por todas partes adonde puede alcanzar su tiránico poder, la desolacion y la ruina, y huyendo cobardemente en el momento que se les descubre: ensayando por otra parte las viles armas de la intriga, aprovechando las mezquinas pasiones y los innobles deseos de algunos apóstatas de los principios monárquicos, espulsados de estas provincias por causa de su criminal ambicion y de sus escesos, y que, si acaso no obran de acuerdo con la revolucion, como parece muy probable, la sirven por lo menos con la mayor utilidad con sus infames planes, urdidos para volver á obtener en el gobierno un influjo que no

adquirirán jamás; pues la justicia del soberano está cada vez mas convencida de la peligrosa direccion que estos falsos realistas daban á los negocios del Estado, así como de las medidas arbitrarias, cubiertas con la máscara de una lealtad á toda prueba, por cuyo medio sostenian su omnipotencia.

»Desesperados por su bien merecida separacion del lado del monarca, tan luego como este los ha conocido, arrojan ya la hipócrica máscara de su mentida adhesion á la causa lejítima, y para tratar de destruirla por medio de otro plan, envian á uno de sus corifeos, dotado de sagacidad, al mismo tiempo que lleno de ambicion, al lado de un jeneral jóven y cubierto de recientes laureles; y aprovechándose de su ardiente entusiasmo, y de su apasionado amor á su rey, le pintan á este como privado de su libertad y rodeado de enemigos que abusando de su real nombre dictan medidas propias para minar y destruir sordamente el trono, á fin de que aquel heróico guerrero, persuadido así de esta intriga, se niegue á escuchar la voz lejítima de su soberano, cuando se le transmita por órganos que suponen infieles. Tambien quedarán engañados en esta última esperanza, como lo han sido en las anteriores, pues tan luego como la verdad consiga disipar las sombras de la impostura en el corazon de aquel jefe, será el primero á detestarlos y procurar su castigo, que no está distante, uniendo sus esfuerzos como ha hecho hasta aquí con los de V. E. y de sus mas valientes soldados para terminar la lucha.

»A la vista tenemos varios ejemplos que confirman esta verdad. Las cartas de un desterrado, y del jeneral Cabrera, circulan en los periódicos revolucionarios, y no siendo todo cuanto contienen mas que un tejido de falsedades y enredos, no tienen otro objeto que el de introducir en este valiente ejército la desconfianza y la falta de union que es indispensable para el triunfo.

»Por otra parte, han esparcido noticias relativas á la direccion que se ha dado á los fondos que suponen ecsistentes, y destinados á nuestros leales defensores; y finalmente en

todo lo que han hecho circular, se sirven de espresiones dirijidas á deprimir y envilecer la autoridad real, y á difamar á su gobierno y á los jefes militares. Y como desgraciadamente hay personas que por malicia, ignorancia ó debilidad, dan á lo que oyen diferentes interpretaciones, este inconveniente ha llamado la atencion del soberano, y á fin de evitar los resultados que la circulacion de tantas falsedades pudiera causar en su leal ejército, y entre los fieles habitantes de estas provincias, me manda el rey diga á V. E., como de real órden lo ejecuto, que S. M. reprueba altamente un medio tan infame, y que dictará las medidas mas oportunas para castigar con mano fuerte á los que olvidando la indulgencia con que en otras ocasiones ha perdonado sus faltas, hacen todos sus esfuerzos para alterar la buena armonia y confianza que reina entre sus vasallos, falsificando instrucciones que no tienen, é invocando los sagrados nombres de Dios y de su Santísima Madre, para ocultar el veneno de sus escritos.

»En resúmen, quiere S. M. que no solo redoble V. E. su actividad, sino que á fin de evitar la circulacion y propagacion de semejantes imposturas, vijile la conducta de aquellos, que olvidando sus deberes como militares y como vasallos, puedan tener parte en tales maquinaciones que S. M. detesta y trata de castigar.

«De real órden lo digo á V. E. para su conocimiento, previniéndole que con esta misma fecha, y sin perjuicio de las instrucciones que V. E. pueda dar á los comandantes jenerales, se les traslada esta soberana resolucion para su puntual y esacto cumplimiento.

»Dios guarde á V. E. muchos años.—Cuartel real de Oñate 18 de julio de 1839.—Montenegro.—Escmo. señor jefe de estado mayor jeneral del ejército.»

Pocos dias despues de la publicacion del documento anterior, dió Maroto una órden jeneral que decia asi:

«Orden jeneral del ejército.—Orozco 23 de julio

de 1839.—El Escmo. Sr. secretario de estado y del despacho de la Guerra, en real órden de 20 de este mes me dice lo que copio:

»Escmo. Sr.:—Al conde de Morella digo con esta fecha lo que sigue.—Escmo. Sr.: El real corazon de S. M. se ha aflijido de ver en los periódicos revolucionarios y estranjeros dos cartas dirijidas á su real persona por V. E. y por D. José Arias Tejeiro, interceptadas por el enemigo, y cuyo tenor desgraciadamente censura la voluntad soberana con que S. M. gobierna libre y espontáneamente á sus leales pueblos, y dicta las medidas que deben salvar á los que todavía jimen bajo el pesado yugo de la usurpacion. Su dignidad y el triunfo de la justa causa ecsijen que se destruyan los desagradables y trascendentales efectos que su lectura y publicidad pueden causar, y en su consecuencia, ha decidido S. M. que D. José Arias Tejeiro, conforme al relato de su mismo escrito, no solo ha quebrantado su destierro, sino que ha supuesto una autorizacion real, por cuyo medio ha sorprendido á V. E. y le ha persuadido de que llevaba instrucciones del monarca para manifestar el estado de abatimiento en que se hallaba.

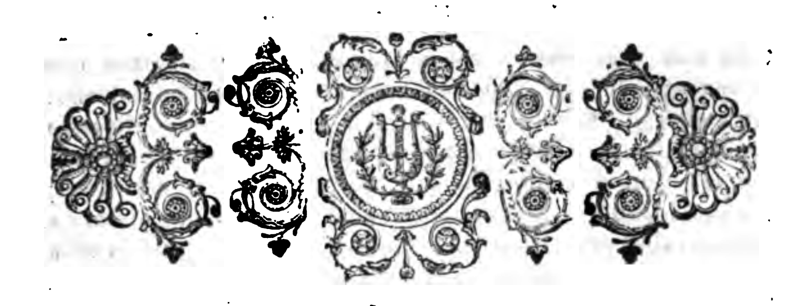
»De este modo ha tratado Arias de oscurecer la gloria de V. E. separándole de la obediencia del gobierno, lo cual seria el mayor triunfo para la revoluccion, á la que ha dado Arias la mejor prueba de afecto, invocando de una manera sacrílega el nombre de Dios y el del rey. Arias queda privado de su dignidad de consejero de Castilla y demas honores con que S. M. habia tenido á bien recompensarle, y de que ha hecho un abuso tan criminal. S. M. manda que Arias, Alvarez Arias, y todos los demas que con él han traspasado los límites de la frontera de Francia, sean enviados con escolta al comandante jeneral de Cataluña, bajo la mas estrecha responsabilidad, quedando aquel encargado de conducirlos del mismo modo hasta la frontera. En fin, para quitar á su leal ejército y á sus pueblos todo motivo de inquietud que pueda inspirar la permanencia en la frontera de todos los

comprendidos en el decreto de destierro con el revolucionario Arias Tejeiro, se les prevendrá que se internen en el reino de Francia, lo que deberán ejecutar con toda la brevedad posible, y los que inmediatamente no cumplan esta soberana voluntad, quedarán privados de sus empleos y de todas las dignidades que deben á su real munificencia.

»El rey quiere que esta real resolucion, que notifica igualmente á V. E. en una carta autógrafa, se ejecute sin la menor dilacion; y yo estoy persuadido de que V. E., celoso de su reputacion y de la gloria que ha adquirido en las señaladas victorias que tantas veces ha ganado, no permitirá que se empañe ni por un solo momento su honrosa carrera militar, ni la fidelidad y obediencia que siempre ha mostrado á la soberana autoridad, cuyo órgano es el gobierno. S. M. espera tambien que V. E., á fin de tranquilizar su real corazon, hará cuanto le sea posible para que por un camino pronto y seguro reciba una respuesta que le asegure de que su voluntad ha sido completamente cumplida.»

«Lo cual se leerá en la órden jeneral del ejército.—MAROTO.»





CAPÍTULO VII.

Toma de Ramales y Guardamino por Espartero.—Evacuacion de Balmaseda, Arciniega y Orduña, resuelta en un consejo de guerra convocado por Maroto.—Primera correspondencia de Maroto con el comodoro ingles lord John Hay.—Entrevista de este con Maroto.—Rumores de transaccion.—Proclama de Maroto.—Contestaciones entre Maroto y Espartero, con motivo de la proclama de aquel.

Vamos á retroceder ahora algunos meses para referir sucesos anteriores y no menos interesantes que los que acabamos de narrar en el capítulo precedente. Hallándose Maroto en la inespugnable posicion del Moro en el monte Ubal, fué atacado el 27 de abril por las tropas de la reina al mando de Espartero: este llevaba treinta mil hombres; pero el jeneral carlista con-

taba con veinticuatro mil, y atendidas las posiciones que ocupaba, toda la ventaja estaba de su parte para defenderlas: sin embargo, Maroto se retiró con sus batallones, dejando únicamente para la defensa de dichas posiciones una corta fuerza, que abandonada á sí misma, pereció casi toda; porque durante el ataque permaneció Maroto á una distancia considerable del sitio de la accion. ¿No era esta una prueba evidente de los planes que Maroto habia concebido contra la causa de D. CARLOS? Y si esto no era traicion ¿cómo puede disculparse una retirada semejante á la vista del enemigo, cuando contaban los carlistas con todas las probabilidades de la victoria, quedando espuestos á una muerte cierta los pocos soldados que dejó para que defendiesen aquellas posiciones? De todos modos, bien se deja conocer que esta accion favorece muy poco á la reputacion del jeneral carlista.

Marchó despues Espartero contra Ramales, y Maroto acudió con su ejército en socorro de dicho punto, aunque creemos que no tenia intencion de defenderle, pues para ello hizo pocos esfuerzos; y habiendo abierto los cristinos sus baterias el 8 de mayo por la mañana, en aquella misma tarde fué abandonado Ramales por órden de Maroto. Dirijióse en seguida Espartero contra el fuerte de Guardamino, principiando el fuego de las baterías cristinas el dia 9, y continuó el 10, aunque sin efecto alguno, porque desde el paraje en donde estaban colocadas solo se distinguia la cresta de los parapetos. Conociendo, pues, Espartero que para establecer sus baterias á una distancia mas conveniente era necesario apoderarse de las posiciones inmediatas que ocupaba el ejército carlista, las atacó el dia 11 y logró hacerse dueño de ellas. Conseguido esto, las tropas de la reina rodearon el fuerte, y Espartero intimó la rendicion al gobernador, el cual contestó negativamente. El jeneral cristino estableció aquella misma noche sus baterías sobre el terreno que acababa de conquistar; pero antes de amanecer el dia 12, recibió el siguiente oficio que le remitia Maroto:

«Si manda V. suspender las hostilidades contra el fuerte dè Guardamino, y deja salir á sus defensores en clase de prisioneros, mandaré evacuar el fuerte, y conducir al punto que V. designe un número igual de soldádos de los que se hallan en nuestros depósitos. Hago á V. esta propuesta, deseando que cese la lucha sobre la posesion de dicho fuerte, sin que se derrame mas sangre española.»

Espartero le contestó:

«Los sentimientos de humanidad que me animan me hicieron proponer ayer mismo al gobernador que rindiese el fuerte bajo las condiciones que V, me indica en su oficio: si V. manda á la guarnicion que se entregue prisionera, será preferida para el canje primero que se verifique con un número igual de los prisioneros de mi ejército que se hallan en poder de V. Espero que dará V. la órden conveniente sin pérdida de tiempo, para evitar la efusion de sangre que seria inevitable en consecuencia de las medidas que he tomado.»

Maroto se apresuró á satisfacer los deseos del jeneral cristino, pues aquel mismo dia le envió otro oficio que decia así:

«Incluyo á V. la órden que me pide para que se entregue prisionera de guerra la guarnicion del fuerte de Guardamino. Estoy de acuerdo acerca de los demas puntos que contiene su oficio; pero puesto que hay tan corta diferencia entre lo que V. quiere y lo que yo le he propuesto, quisiera merecer de V. tuviese á bien permitir que la referida guarnicion pasase inmediatamente á mi campamento, seguro, como debe V. estarlo, de que mi promesa es sagrada, y que le enviaré puntual é inmediatamente un número igual de prisioneros, entre los cuales comprenderé, si á V. le conviene, los que han caido en mi poder estos últimos dias.»

La órden que se cita fué entregada al gobernador del fuerte; pero este valiente militar, sintiendo entregar la fortaleza que le estaba encomendada y que aun podia defenderse, contestó que no se rendiria como no se lo mandase el mismo Maroto por medio de uno de sus ayudantes de campo. Con efecto, el 13 por la mañana envió Maroto dos jefes, y estos fueron los que verificaron la entrega del fuerte.

En vista de semejantes hechos las tropas carlistas murmuraban altamente contra Maroto; y este jeneral para conjurar la tempestad que le amenazaba, reunió un consejo de guerra, compuesto únicamente de sus parciales, el cual declaró, no solo que el jeneral habia obrado bien durante los desastrosos combates de los dias precedentes, sino que era urjente la evacuacion de Balmaseda, Arciniega, Orduña, y otros puntos de igual importancia. De manera que el consejo de guerra no produjo otro resultado que el de aprobar lo que Maroto habia hecho, y ayudarle á poner en práctica sus planes.

Maroto, que mientras duraron las operaciones activas habia estado en Manzanera, punto distante del teatro de las operaciones, trasladó entonces su cuartel general á Llodio y Orozco, desde cuyos puntos publicó un gran número de órdenes del dia y de proclamas enunciando su intencion de anonadar al enemigo si se atrevia á penetrar en las provincias.

Entretanto, para llevar á cabo sus planes, manifestó Maroto sus deseos de transaccion á un comerciante de Bilbao, diciéndole que deseaba hablar á lord Jhon Hay sobre el particular, para que se interesase como mediador en este asunto. El comerciante envió á decir al comodoro inglés que se hallaba en Pasajes, que tenia que comunicarle algunos negocios importantes. Inmediatamente pasó lord Jhon Hay á Portugalete, en donde conferenció con el espresado sujeto, y despues se volvió á Pasajes. El dia 15 recibió dicho comerciante una carta de Maroto que decia así:

Es absolutamente indispensable que se solicite una en-

trevista, pues que es el único modo de arreglar las condiciones bajo las cuales puede terminarse este asunto. Como á nosotros nos es imposible ir á ninguna parte sin arriesgar el resultado que deseamos obtener, será indispensable que el sujeto venga á verse conmigo, para facilitar lo cual yo acortaré la distancia en cuanto sea posible y señalaré el punto de la entrevista.»

Comunicada esta carta á lord Jhon Hay, manifestó que se hallaba dispuesto á ir al pais carlista, y esperó que se le señalase el dia y punto en que debia verificarse la entrevista.

Maroto conocia que no podia dirijirse directamente al comodoro inglés sin escitar las sospechas de los amigos de D. Carlos, opuestos á toda transaccion, y por eso se valió del referido comerciante; pero habiendo dado Espartero una órden á sus jenerales para que destruyesen todas las cosechas del pais carlista, halló en esto la ocasion propicia de escribir á lord Jhon Hay, pidiéndole oficialmente una entrevista que suponia ser para tratar de la infraccion del tratado de Elliot por parte de los cristinos, y le envió la siguiente carta, que en los términos en que está concebida se deja conocer fué dictada de modo que no pudiera comprometerle si llegaba, por casualidad, á manos de D. Carlos.

«*Cuartel jeneral de Orozco, 20 de julio de* 1839.—Habiendo los enemigos adoptado la bárbara idea de destruccion en todos aquellos puntos de estas heróicas provincias adonde alcanza el dominio de sus armas, á consecuencia de su posicion topográfica, la han llevado á cabo mas particularmente en el reino de Navarra, en donde han entregado á las llamas con la mayor ferocidad las cosechas de la ciudad de Los Arcos y parte de las de los pueblos vecinos, los cuales han logrado invadir en el mismo momento en que sus pacíficos habitantes estaban recojiendo los frutos de sus sudores y fatigas, y esto sin la menor consideracion á los lamentos de tantas familias desgraciadas á quien han reducido á la mayor miseria

condenándoles á perecer de hambre. Semejante conducta, propia tan solo de los tiempos mas bárbaros y contraria al derecho de jentes reconocido por todos los paises civilizados, está en abierta contradiccion con lo que se estipuló en el convenio celebrado entre ambos ejércitos belijerantes en 1835 en presencia de lord Elliot, representante de la nacion inglesa, autorizado al efecto. La consecuencia inevitable de semejante conducta es la guerra á muerte bajo la misma base de esterminio con que se hacia al principio de esta desastrosa lucha, porque es de mi deber el hacer respetar debidamente las armas del rey mi señor. Pero como tengo interes en hacer patentes á toda la Europa los sentimientos de humanidad de su paternal gobierno, y los de traicion, barbarie y mala fé que abriga el de la usurpacion, y deseando al mismo tiempo que recaiga sobre este toda la responsabilidad de las inumerables víctimas précsimas á ser sacrificadas por el capricho de unos hombres, que faltos de todo sentimiento de humanidad se complacen en la ruina de sus semejantes; dirijo á V. E. esta comunicacion para que su gobierno (por cuya mediacion se hizo el precitado tratado de Elliot, que ha evitado el derramamiento de tanta sangre en la infeliz España) se convenza de que la adopcion de semejante medida, en caso que los enemigos no cambien de conducta, no proviene del deseo de venganza y de la ferocidad de que con tanta injusticia acusan al gobierno de mi soberano, quien muy lejos de ello, solo desea la felicidad de sus vasallos, sino que se toma únicamente como una justa represalia y con objeto de contener la ferocidad de los que han infrinjido los deberes mas sagrados de la sociedad, faltando á lo que se habia solemnemente estipulado; y al mismo tiempo que V. S. encamina esta manifestacion, ruego á V. S. interponga su mediacion (tomando en consideracion el bienestar de tantos desgraciados) para que se obligue á los buques cristinos que cruzan sobre las costas de Guipúzcoa y Vizcaya, á que dejen en completa libertad ejercer su industria á los barcos pescadores pertenecientes á los puertos ocupados por las tropas reales, los cuales han

sido apresados por aquellos, cometiendo asi otra infraccion del tratado, dando otra prueba de su inhumanidad y barbárie. Y si V. S. deseare concederme una entrevista sobre este asunto con objeto de conciliar todos los estremos, apreciaré á V. S. me lo anuncie en su contestacion á fin de poder señalar el punto en donde deba verificarse.»—Tengo la honra etc.—RAFAEL MAROTO.»

Lord John Hay se hallaba en Santander cuando recibió la carta de Maroto, é inmediatamente marchó á Bilbao, desde cuyo punto le contestó en los términos siguientes:

«Buque de S. M. B. North Star, en la Ria de Bilbao, 24 de julio de 1839.—He tenido el honor de recibir la comunicacion de V. del 20 del actual. Sin entrar en las circunstancias sobre las cuales ha llamado V. mi atencion y que V. considera como una infraccion del tratado de Elliot, solo diré que tendré mucha satisfaccion en proporcionar á V. por medio de una entrevista personal, una ocasion de esplicar los pormenores de las circunstancias que han inducido á V. á sacar tales consecuencias; asegurando á V. al mismo tiempo que el gobierno ingles desea vivamente que se conserve el espíritu del tratado de Elliot. Solo añadiré que en todas ocasiones he encontrado al jeneral en jefe de los ejércitos de la reina Isabel II, dispuesto á sostener todos los principios de humanidad en el curso de la guerra civil que desgraciadamente devasta el reino de España. Seria de desear que la entrevista se verificase tan pronto como pueda convenir á V., y para ello me parece serian buenos los puntos de Miravalles ó Arrigorriaga, dejando el arbitrio de V. designar el dia y la hora.—Tengo la honra, etc.—COMODORO.»

Esta carta fué enviada á Maroto por conducto del jeneral carlista Arechavala, comandante jeneral de Vizcaya, y Maroto contestó al siguiente dia, señalando para efectuar la entrevista el 27 del mismo julio, á las doce del dia, en el pueblo de Miravalles.

Llegado el espresado dia salió de Bilbao el comodoro ingles acompañado de otros jefes de la marina británica, á los cuales fué escoltando un piquete de caballeria de la reina hasta el puente Nuevo, en donde encontraron á dos ayudantes de Maroto y dos lanceros de caballería que esperaban á los jefes ingleses y los acompañaron á Miravalles, hasta la casa en que se hallaban aguardando su llegada Maroto y D. Simon la Torre. Despues de los primeros cumplimientos, entablaron la conferencia los jenerales carlistas refiriendo varios actos de destruccion de propiedades ejecutados recientemente por las tropas de la reina, lo cual habia irritado sobremanera á los carlistas; y que si lord John Hay no podia inducir á los jenerales cristinos á seguir otra conducta, la primera accion daria principio á una guerra sin cuartel. El comodoro dijo que sentia mucho ver un pais tan hermoso convertido en teatro de tantos horrores, y que nada le seria mas grato que ver concluirse una guerra tan destructora por medio de un tratado final. Maroto contestó que sus deseos eran los mismos, pero que la conclusion de la guerra se hallaba todavia muy distante, por cuanto los cristinos no se manifestaban dispuestos á hacer ninguna concesion, y que los carlistas no se someterian mientras tuviesen fuerzas suficientes para continuar la guerra. Dijo tambien que el triunfo de su causa distaba mucho de hallarse cercano; pero que era imposible que nadie pudiese pronosticar cómo acabaria la lucha, pues que él podia continuar haciendo la guerra todavia por algunos años, y tal vez con ventaja. «Lejos de temer, decia, que Espartero penetre en las provincias, deseo que lo haga. Si lo intenta no dispararé ni un tiro para oponerme á ello; al contrario, le dejaré llegar sin obstáculo hasta el centro del pais; y entonces ostigándole constantemente por todas partes de dia y de noche, en un terreno tan quebrado y montañoso, donde su caballeria y su artilleria que constituyen su fuerza principal, les serán enteramente inútiles, le batiré en detall, y su ejército diezmado por una pérdida diaria de veinte ó treinta hombres, será muy pronto aniquilado. Si Espartero

derrota una de mis divisiones, mis soldados se retirarán á sus casas á recobrar sus fuerzas, y á los ocho ó diez dias estarán nuevamente reorganizados, de suerte que mi pérdida será insignificante, pues solo consistirá en el número de muertos y heridos en el campo de batalla, porque no podrá hacerme nigun prisionero; pero si una de las divisiones de Espartero es derrotada, no podrá salvarse ni un hombre, porque no conocen los caminos y se encontrarán en medio de un pais irritado contra ellos, cuyos habitantes se unirian gustosos con la tropa para perseguirlos y esterminarlos.»

Sin embargo, Maroto añadió que deseaba poner término á la guerra por medio de un arreglo amistoso; que si no se concluia de este modo, continuaria derramándose sangre inútilmente por espacio de muchos años, sin producir tal vez ventaja alguna decisiva para ninguno de los dos partidos; que las provincias y los jefes deseaban ardientemente la paz con tal que fuese honrosa; pero que estaban al mismo tiempo resueltos á continuar la lucha y á perecer todos antes que someterse sin condiciones al gobierno de la reina; que ya habia insinuado algo de sus deseos á Espartero, manifestando el resúmen de las varias comunicaciones que habia habido sobre el particular entre sus oficiales y los del ejército de la reina, y por último suplicó á lord John Hay que indujese á la nacion inglesa á obrar de acuerdo con la Francia como mediadora y fiadora de la pacificacion.

El comodoro contestó que el gobierno inglés deseaba vivamente la pacificacion de España; y puso en manos de Maroto un papel que contenia la opinion del gobierno británico sobre este asunto, y que decia así:

«El gobierno inglés desea ardientemente que la guerra civil de España se concluya pronta y definitivamente por medio de un arreglo amistoso entre los jefes de la insurrecion en las provincias Vascongadas y el gobierno español; por ser preferible á que se termine por el solo empleo de la fuerza física.

»Aun cuando el gobierno inglés no quisiera salir fiador por ninguna de las dos partes, con respecto al cumplimiento de las condiciones admitidas por la otra, porque el hacerlo asi seria abrogarse una intervencion en los asuntos interiores de otro pais, lo cual es indisputable como principio é imposible en su ejecucion, sin embargo, el gobierno inglés desearia mediar con objeto de obtener condiciones capaces de conciliar los intereres y opiniones de ambas partes, bajo la base que asegurase una paz honrosa y permanente.

»Por tanto, el gobierno inglés quisiera tomar parte como mediador, mas no como fiador en las negociaciones que se entablen para conseguir tan deseado fin.

»Si en el curso de las negociaciones se suscitase alguna cuestion sobre si alguna de las condiciones estipuladas era ó no fiel y puntualmente cumplida, el gobierno inglés no negaria sus buenos oficios cerca del gobierno español en favor de los vascongados, y emplearia todo su influjo para sostener la buena fé por ambas partes.

»Toda negociacion entre los ejércitos belijerantes en que intervenga la Inglaterra, debe ir precedida de una declaracion por parte de los jefes de la insurreccion, que esprese que se ha concluido la guerra de sucesion. En este caso estará la Gran Bretaña en posicion de proponer una suspension de hostilidades en las provincias Vascongadas y Navarra y de interponer su mediacion para procurar el reconocimiento de los fueros (como base necesaria de un arreglo final) sujetos á las modificaciones en que se convenga.»

Cuando Maroto terminó la lectura de este papel, dijo que solo veia en él unas bases jenerales. Lord John le invitó á que indicase las condiciones que se proponia obtener. El jeneral carlista pidió recado de escribir, y dictó en castellano á uno de los asistentes las condiciones que deseaba proponer.

Lord Jhon le dijo que creía que el gobierno de Madrid pondria reparos á algunas de dichas condiciones, á lo cual re-

plicó Maroto: «Que me concedan unas condiciones que yo pueda admitir honrosamente, y por mi parte cederé.»

El comodoro le aseguró que participaria al gobierno inglés lo que habia ocurrido en esta entrevista; que á su regreso á Bilbao, despacharia un barco de vapor á Inglaterra para anunciar al gobierno inglés los deseos de Maroto, é inducirle á presentarse cómo potencia mediadora y amiga, y hacer proposiciones de paz honrosas para ambos partidos; y que cuando recibiese contestacion, se la comunicaria sin pérdida de tiempo.

Terminada la conferencia, comieron todos juntos, reinando entre ellos la mejor armonia, tratando los jefes carlistas á lord John Hay con el mayor respeto; y concluida la comida regresaron los ingleses á Bilbao.

A pesar de las precauciones de Maroto para evitar que sus soldados llegasen á enterarse de sus planes de transaccion, hacia ya algunos dias que circulaban entre ellos ciertos rumores con respecto á correspondencias secretas entre Maroto y Espartero, y aun se hablaba de una transaccion que estaba ya para concluirse. Estos rumores causaron tanta irritacion en ambos ejércitos belijerantes, que Espartero hizo publicar en los periodicos un artículo, diciendo que las conferencias entre Maroto y lord Jhon Hay, habian tenido por único objeto la cuestion de represalias. Maroto creyó que tambien debia desmentir por su parte semejantes rumores, y dió la siguiente proclama:

«Voluntarios: se acerca un dia de combate, en el cual probaremos al mundo entero que los defensores de la lejitimidad no concederán jamás el triunfo á los usurpadores. Si el abandono voluntario que hemos hecho de algunos puntos que no me presentaban las ventajas que debo buscar para combatir contra las fuerzas enemigas, les ha hecho creer que les tememos, cuando salgan de las posiciones que ocupan, si no retroceden hallarán su escarmiento con la muerte que vuestros brazos no deben escasear, en recompensa de la vil conducta que observan talando y

quemando vuestros campos y aldeas. La campaña que han abierto con fuerzas tan desiguales como todos vosotros habeis visto, es la mas bárbara que puede imajinarse. En Navarra, por la parte de la Solana; en Alava, por la de Vitoria: en Guevara y pueblos inmediatos, todo lo queman y arrasan, nada se reserva á su rapiña; y veis al rebelde Espartero destruir en Amurrio, Orduña y Arciniega todo cuanto puede satisfacer su inhumanidad y barbárie.

»En vano algunos viles intrigantes esparcen rumores de transaccion, pues jamás puede haberla entre dos partidos cuyos principios son tan opuestos. Sea nuestra constante divisa el rey y la relijion; es necesario triunfar ó morir con las armas en la mano. Cuartel jeneral de Orozco 23 de julio.—Vuestro jeneral y compañero, Rafael Maroto.»

Esta proclama dió márjen á reclamaciones por parte del jeneral cristino que envió un oficio á Maroto con fecha 26 del mismo mes desde su cuartel jeneral de Amurrio, diciéndole entre otras cosas:

«Ademas debo reclamar de V. la declaracion formal de guerra á muerte que sin darme conocimiento ha fulminado en su proclama de 23 de este mes en Orozco, pues no encuentro tenga otro sentido la invitacion que V. hace á las fuerzas de su mando sobre que sus brazos no deben escasear la muerte, y es indispensable que yo tenga la seguridad oficial de que quiere V. quebrantar la estipulacion vijente, para que me sirva de gobierno, y á los jefes de las tropas de mi mando.—El Duque de la Victoria.—Al jefe superior de las fuerzas enemigas.»

El jeneral Maroto contestó á Espartero haciéndose el desentendido, al mismo tiempo que le amenazaba con arrogancia, para mejor alucinar á sus soldados y poder consumar su obra con mayor desembarazo. He aqui su respuesta:

«Ejército Real.—Estado mayor jeneral.—Cuartel jeneneral de Orozco 27 de julio de 1839.—No tengo el menor conocimiento de la concurrencia á que es referente su papel fecha de ayer, sobre la que preguntaré, sin embargo de creer que es una de las falsedades de que VV. se valen para sacrificar á los infelices sepultados en los calabozos; y tenga V. entendido que hoy mismo pondré en conocimiento del gobierno inglés, como garante del tratato Elliot, la conducta que V. y sus compañeros observan en la presente campaña, demostrada por los hechos de Barea en la llamada de Vitoria, y de Leon en la Solana: debiendo V. escusar para lo sucesivo toda otra comunicacion conmigo, supuesto que estoy convencido de su mala fé y resuelto en los primeros encuentros á hacer ver al mundo entero que los que con las armas en la mano sostienen los derechos de un rey, no se dejan insultar impunemente.

»Diosguarde á V. muchos años.—RAFAEL MAROTO.—Sr. D. Baldomero Espartero, jefe de las fuerzas enemigas.»

Antes de que principiasen estas contestaciones, lord John Hay pasó á avistarse con Espartero, y le propuso verbalmente, de parte de Maroto, una suspension de hostilidades, hasta que se obtuviese la mediacion del gobierno británico á fin de poner término á la lucha entre las dos partes belijerantes, con respecto á las provincias Vascongadas.

El jeneral cristino contestó que no podia suspender las hostilidades ni por un solo dia, en virtud de una proposicion tan vaga, y cuyo único objeto parecia ser el de ganar tiempo en los momentos en que mas apurado se hallaba Maroto, asi por las disensiones interiores de su campo como por los preparativos de las tropas de la reina, que se disponian á atacarle.

Que por estas razones, el conceder una suspension de armas entonces, cuando la estacion se hallaba tan adelantada, y estando á punto de volver á empezar las operaciones con un ejército tan superior en fuerzas y equipo de todas

clases, que le daba toda probabilidad del triunfo, hubiera sido en su opinion apartarse de su deber; pero que si Maroto demostraba su sinceridad, separándose de una vez y abiertamente de la obediencia de D. Carlos y declarando que se hallaba dispuesto á tratar de paz, con la mediacion de la Inglaterra ó sin ella, como mejor le pareciese, sobre las bases del reconocimiento de los derechos de la Reina á la corona, de la constitucion, de los fueros vascongados con alguna modificacion, de los empleos y sueldos de los oficiales que tenia á sus órdenes, condiciones que Espartero se creia autorizado para ofrecer á nombre de su gobierno, en cuanto este podia hacerlo por la constitucion sin el consentimiento de las Córtes, no se opondria entonces á la suspension de hostilidades que se solicitaba.

Como se habia jeneralizado en el ejército de la reina la idea de que la proclama de Maroto del 23, se dirijia á incitar á sus tropas á que no diesen cuartel en adelante; y viendo que la contestacion del jeneral carlista á la comunicacion de Espartero del 26, no era la mas propia para desvanecer aquella idea, determinó el coronel inglés Wilde llamar la atencion de Maroto acerca del cumplimiento de lo estipulado en el tratado Elliot, para lo cual, despues de haber consultado con Espartero, le dirijió la siguiente carta:

«Sr. D. Rafael Maroto.—Amurrio 1.° de agosto de 1839.—Muy Sr. mio: habiendo recibido del jeneral en jefe de este ejército una copia de la proclama publicada por V. en Orozco el 23 del pasado, como igualmente de su comunicacion á V. del 26, respecto á las circunstancias que acompañaron á la muerte del subteniente D. Manuel Hermida, y de la respuesta de V. del 27, creo de mi deber en conformidad de las bien conocidas intenciones de mi gobierno, llamar muy particularmente la atencion de V. hácia la tendencia que tienen las espresiones de que usa en ella á producir una violacion directa del tratado de Elliot y una reincidencia en el bárbaro sistema de guerra á que dió fin aquel tratado, felizmente

para los intereses de la humanidad y de entrambas partes belijerantes.

»La interpretacion que se ha dado á dichas espresiones por este ejército, y (si no me han informado mal) tambien por los oficiales carlistas que se hallan en los puestos avanzados, es que en lo sucesivo deberá hacerse guerra á muerte; pero como yo no puedo creer, ni por un momento, que tal sea la verdadera interpretacion del sentido que V. quiso que les diesen, ni sus tropas ni las de la reina, me apresuro á invitar á V. con encarecimiento á que me autorice para asegurar á mi gobierno y á las autoridades españolas, que no es su intencion ni sus deseos separarse del sistema regular de guerra que en el dia se sigue en la malhadada lucha que por desgracia se está haciendo en esta provincia.

»De propósito me abstengo de entrar en esta comunicacion en la cuestion de haberse quemado las cosechas en Navarra y en Alava, por órden de los jenerales de la reina, sobre la cual ha recurrido V. recientemente á lord John Hay, porque como no se halla dispuesto nada respecto á este caso, ni aun se alude á él en el tratado Elliot, ni lord John Hay, con quien he hablado sobre este punto, ni yo, nos hemos creido autorizados para hacer reclamacion alguna á las autoridades de la reina, sin instrucciones especiales para este efecto, de nuestro gobierno ó del ministro de S. M. Británica en Madrid.—Tengo la honra, etc. El comisario de S. M. Británica, W. WILDE.»

La respuesta de Maroto fué poco satisfactoria para el coronel inglés y para los jenerales de la reina, pues aunque huia de confesar abiertamente que su intencion fuese violar las estipulaciones del tratado Elliot, amenazaba tomar venganza en la primera accion que tuviese lugar; y el no contradecir la interpretacion que jeneralmente se dió á las palabras de su proclama, fué tenido por una afirmativa. Hé aquí la contestacion de Maroto:

«Sr. D. Guillermo Wylde.—Llodio 3 de agosto de 1839.—Muy señor mio: el tratado Elliot rigorosamente observado por las tropas de mi mando, es una máscara que cubre la perversidad de intenciones en D. Baldomero Espartero, y asi es que en Alava, el caudillo Barea asesina á cuantos le acomoda y puede sorprender, como tambien últimamente á las inmediaciones de Bibao, en una de las salidas que hizo alguna fuerza de su guarnicion, sacrificaron á un segundo comandante despues de hecho prisionero, y en los primeros combates de los montes de Ramales, un capitan que quedó herido en el campo de batalla y fué hecho prisionero por las tropas de Espartero, rindió su vida á once disparos de fusil, y multitud de bayonetazos, sin que pueda prescindir de las quemas y destruccion de los campos y poblaciones que en Alava, Navarra, y en todos los puntos que ocupan las tropas cristinas se hace por espreso mandato del mismo Espartero, cuyas circunstancias son una declaracion de guerra á muerte, así como la violacion del tratado Elliot, con la mala fé de dicho jefe, que despues de multitud de falsedados no tiene presente ó se desentiende de los ofrecimientos que me ha hecho en sus comunicaciones, de respetar las propiedades y personas, asegurando á V. por último, que estamos todos resueltos á vengar tan villano comportamiento, como se acreditará en los primeros encuentros, que ansiamos; rogando á V. escuse toda otra contestacion que no sea la de asegurar una satisfaccion á los pueblos y tropas de mi dependencia sobre los hechos en cuestion, y que variará la conducta de esos caudillos entre quienes V. se halla comisionado por su gobierno británico, segun me dice por la comunicacion que se sirve dirijirme con fecha 31 del mes último, á que contesto.

»Queda de V. atento S. S. Q. S. M. B.—RAFAEL MAROTO.»

Nuestros lectores juzgarán al leer el capítulo siguiente, si, cuando Maroto escribia de un modo tan arrogante co-

mo acabamos de ver en la carta anterior, estaba resuelto á llevar á cabo lo que en ella dice, ó si todo ello no era mas que una farsa, para hacerse menos sospechoso á los soldados de su ejército.





CAPÍTULO VIII.

Aprocsimacion de los desterrados á las fronteras.—Proyecto de abdicacion de D. Cárlos, redactado por la comision de Paris.—Real órden contra los desterrados.—Sublevacion del 5.º batallon navarro.—Carta de Maroto al jeneral Elio.—Proclama del canónigo Echeverria á los navarros.—Otra del jeneral Zariátegui, en sentido opuesto á la anterior.—Espartero pasa el desfiladero de Altube sin hallar resistencia por parte de Maroto.—Echeverria pasa la frontera, y conferencia con D. Cárlos en Lesaca.—Infructuosas tentativas de Elio para hacer volver á la obediencia al batallon sublevado.—Accion de Arlaban.

Muchos de los individuos que habian sido desterrados á Francia por órden de Maroto despues de los acontecimientos de Estella, entre ellos el obispo de Leon, el canónigo Echeverría, D. Basilio Garcia y D. José Lamas Pardo, permaneciendo siempre inalterable su fidelidad hácia D. CARLOS, fijaron su residen-

cia cerca de la frontera, con objeto de vijilar los pasos de Maroto y sus ajentes, y comunicar á su rey cuantas noticias pudiesen adquirir de lo que se fraguase contra su persona ó su causa. En breve supieron que ecsistia una correspondencia secreta entre las personas que rodeaban á D. Carlos y una comision establecida en Paris para la realizacion de un plan cuyo resultado debia ser la abdicacion del príncipe en favor de su hijo primojénito, como lo prueba el siguiente documento que poco despues publicó un periódico de la frontera:

«El decreto de abdicacion (decia dicho periódico) que ha redactado la comision de Paris, y que debe ser presentado á D. Carlos para que le firme, dice asi:

«Españoles: seis años de desgracias y disgustos de todo jénero han fatigado mi espíritu, llenado de amargura mi corazon y agotado mis fuerzas, á punto de haberme resuelto á trocar por una vida tranquila la de combates é intrigas que he recorrido hasta aquí. Con este fin, y habiendo oido el parecer de los consejeros de mi corona, he resuelto abdicar espontáneamente en favor de mi muy amado hijo el príncipe de Asturias don Cárlos Leon Maria de Borbon y de Braganza, para que desde hoy en adelante ejerza la soberanía que yo habia heredado de mis antecesores, conforme á las antiguas leyes, usos y costumbres de la monarquía.

»Ordeno y mando á mis consejeros, prelados, eclesiásticos, jefes y oficiales de los ejércitos de mar y tierra, que guarden y hagan guardar esta mi real resolucion, que creo conforme á los decretos de la Providencia, y al interés de mis queridos vasallos.

»Tendreislo entendido, etc.»

Tambien llegaron á adquirir los desterrados la certeza de la intelijencia que mediaba entre Espartero y Maroto, que hacia mucho tiempo sospechaban. Todo lo pusieron

inmediatamente en conocimiento de D. CARLOS por medio de una persona de confianza, y la respuesta del príncipe confirmó todos los temores de sus fieles servidores, porque vieron que se hallaba en tal posicion, que no le era posible tomar las medidas que reclamaba el estado de los negocios. En tal situacion no quedaba á los desterrados otro recurso que dirijirse al ejército y al pueblo, para escitar á los carlistas fieles á reunirse alrededor de su rey y le arrancasen de las manos de los que se habian conjurado contra la causa que defendian.

El hecho que vamos á referir manifiesta claramente el estado de opresion en que se hallaba D. CARLOS, y la vijilancia que ejercian sobre su persona los marotistas que le rodeaban. No bien llegaron á noticia de este príncipe las ocultas maniobras de Maroto y sus secuaces, cuando lo supieron los jefes del partido transaccionista, y dispusieron que el ministro de la guerra y Ramirez de la Piscina dirijiese á los desterrados que residian en la frontera de Francia la siguiente real órden:

«Secretaria de estado y del despacho de la Guerra.— Es la voluntad del rey N. S. que se separe V. de las fronteras de España, fijando su residencia en lo interior de Francia ó en otro pais, hasta que la real clemencia se digne concederle permiso para volver á entrar en su patria. De real órden lo digo á V. previniéndole que S. M. me ha mandado le haga saber que por el solo hecho de la falta de obediencia, quedará V. privado de todos los empleos, honores y condecoraciones que debe á su soberana munificencia.

»Dios guarde á V. muchos años. Cuartel real de Oñate 20 de julio de 1839.—MONTENEGRO.»

Esta medida arbitraria ecsaltó hasta el mas alto grado la indignacion de los desterrados, algunos de los cuales dirijieron á los ministros respuestas escritas con dignidad, acusándolos de obrar contra los intereses del soberano á

quien habian jurado servir: y ninguno obedeció aquella órden porque conocian que no emanaba de D. Carlos.

Poco tiempo despues, cayó en manos de los desterrados un documento muy importante, que era una copia de los tratos en que andaban Maroto y Espartero, para que este entrase en las provincias y se apoderase de la persona de D. Carlos; cuyo documento fué presentado al mismo D. Carlos, como tambien una proclama que circulaba por las provincias; y si bien la respuesta secreta que dió á la persona que servia de intermedio entre él y los desterrados fué muy satisfactoria, el príncipe, ó mas bien los ministros en su nombre, publicaron contra ellos una proclama en que les acusaban de estar de acuerdo con los cristinos y de favorecer los intereses de la revolucion.

En vista de estos actos tan contradictorios, ¿qué debian pensar los desterrados y cuál habia de ser su conducta? Estaba demostrado con una espantosa evidencia que don Carlos y su causa eran arrebatados á pasos precipitados hácia una ruina segura, y no podian creer que aquel príncipe, negándose á la evidencia, se colocase de parte de sus enemigos que trabajaban con la mayor actividad, para arruinarle, contra sus vasallos mas fieles, mas afectos y cuyo solo fin y deseo era el de salvarle. Lo único que deducian de todas sus reflecsiones, era que D. Carlos no tenia libertad para obrar, sino que estaba como prisionero.

Los sucesos que ocurrieron despues en las provincias en los meses de agosto y setiembre probaron evidentemente que los desterrados habian juzgado bien de los hombres y de las cosas.

Los escritos publicados por los desterrados, la entrada de Espartero en las provincias, el abandono en que Maroto dejó á Tarragual, y algunos valientes batallones sacrificados en la supuesta defensa de Ramales, ecsasperaron los ánimos del pueblo y del ejército de Navarra; una diputacion de dicho ejército pasó la frontera y vino á consultar á los desterrados acerca de las medidas que convendria tomar para evitar la destruccion total de la causa y salvar la persona

de D. Carlos. Despues de largas deliberaciones, se escribieron cartas á los diversos comandantes de los batallones navarros, en las que se les preguntaba si estaban firmes en su resolucion de unirse para salvar al rey, á la relijion y al pais. Apenas llegaron estas cartas á sus destinos cuando el 5.° batallon se sublevó y se dirijió á Vera.

Elio, para librarse sin duda del compromiso en que podria verse, cuando notó los síntomas de descontento que manifestaban los batallones navarros, pidió permiso á Maroto para separarse del ejército con el pretesto de ir á tomar unos baños que necesitaba para restablecer su salud; pero Maroto le negó la licencia por medio de la siguiente carta, en la que queria aparentar que nada sabia acerca de los desterrados y la órden espedida por el gobierno para que se internasen en Francia.

«Llodio 6 de agosto de 1839.—Muy señor mio y amigo: He recibido su carta de V. del 4, en que tiene la bondad de comunicarme los rumores que hacen circular los desterrados y la órden dada por el gobierno con este motivo. Lo mas singular es que nada se me dice de todo esto, cuando al mismo tiempo me aseguran que el rey piensa pasar á Estella. El diablo anda en Cantillana; parece que no tengamos otro objeto que el de hacernos ilusion y engañarnos recíprocamente. Lo que hacen los desterrados es introducir papeles en que nos tratan lo peor que pueden, y sobre todo á mí, que me arrepiento de haber sido tan jeneroso, por ceder á los deseos del monarca; pero lo hecho, hecho; adelante.

»La incorporacion de los desertores castellanos en los escuadrones y batallones de Castilla debe llevarse á efecto, pues es indispensable por diferentes consideraciones.

»Tengo un gran deseo de ver reunidos á todos los castellanos, porque en el curso de esta campaña me prometo sacar de ellos el partido que no podria sacar de los de las provincias; ceda V. pues, á lo que se le manda, cuidando únicamente de que no se interprete mal.

»Páselo V. bien, restablecido de sus indisposiciones, comose lo desea su afectísimo servidor q. s. m. b.—Rafael Maroto.

»P. S. No crea V., amigo mio, que le quiero negar el permiso para ir á los baños, sino que tengo presente el gran compromiso en que nos encontramos todos, y al cual no creo á V. indiferente.»

Esta carta no llegó á su destino, porque fué interceptada por el comandante del 5.° batallon navarro, que, como ya hemos dicho, fué el primero que se insurreccionó contra los transaccionistas. Nada supieron de esta sublevacion los desterrados hasta despues de verificada y haber emprendido el batallon su marcha para Vera, lo cual no dejó de contrariar los planes que aquellos tenian formados, pues no querian emprender cosa alguna hasta estar seguros de la cooperacion de todo el ejército navarro. A fin, pues, de impedir que la precipitacion de dicho batallon perjudicase al plan proyectado, y tambien para evitar las desgracias que pudieran ocurrir si aquellas tropas quedaban entregadas á sí mismas en un momento crítico, se decidió el canónigo Echeverria á acercarse mas á las fronteras; y aunque resuelto á no hacer cosa alguna sin órden de D. Carlos, al llegar á ellas publicó la proclama siguiente:

«NAVARROS Y HABITANTES DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.

«Seis años de desolacion y de muerte que pesan sobre vuestro desdichado pais, han debido probar al mundo entero que vuestra gloriosa insurreccion, vuestra constancia y vuestros sacrificios, tenian por objeto el triunfo de la relijion, de la monarquia pura de nuestro lejítimo soberano D. Carlos V. y de vuestros fueros; mas la revolucion que hace ya tiempo conoce la impotencia de sus armas, ha visto la necesidad que tenia de introducir sus ajentes y sicarios en las filas de la lealtad, y en los

puestos mas eminentes del Estado. Sus maquinaciones, sus intrigas, sus planes secretos, han tenido siempre por objeto reduciros á la inaccion y paralizar todas las operaciones que hubieran podido producir el triunfo de la lejítimidad y la pronta terminacion de la guerra.

»Testigos habeis sido de todo lo que se ha intentado para que las armas de S. M. no saliesen del limitado territorio de estas fieles provincias, á fin de eternizar la guerra, introducir en el pais el hambre y la miseria, y llegar á un desenlace para el cual los ajentes de la revolucion han trabajado sin descanso.

»Este plan ha sufrido diferentes modificaciones; pero su tendencia ha sido siempre hácia el mismo objeto: *que no reine* D. CARLOS V., *que renuncie á sus derechos, que gobierne una rejencia por cierto número de años*, y que sus individuos se elijan, como es justo, entre los enemigos declarados de Navarra y de las provincias.

»El rey ha rechazado constantemente las tentativas que se han hecho con él de una manera indirecta para hacerle adoptar este horrible proyecto, porque conocia sus funestas consecuencias, de las cuales hubiera sido la primera *la declaracion de nulidad de todo cuanto se hubiese hecho por su órden, y la abolicion de todos vuestros fueros*. Hallábase entonces rodeado de vasallos fieles que le alentaban en tan justas resoluciones, y de jenerales que sabian hacerlas respetar; pero los ajentes de la revolucion no han encontrado medio mas espedito de libertarse de aquellos hombres, cuya adhesion y afecto eran á toda prueba, que el de mandarlos fusilar.

»Seis meses de oscuras intrigas y de incesantes ataques han conseguido al fin violentar la volundad soberana, y desde aquel tiempo la guerra derrama mas que nunca sus furores sobre vuestro territorio. A vosotros, vascongados y navarros, está reservada la gloria de salvar á vuestro rey, á su causa, y á vuestro propio pais. Un momento basta; corred, que en esta empresa no os abandonarán vuestros jefes.»

El mismo dia en que Echeverria dió á luz esta proclama, publicó el jeneral Zariátegui otra en sentido opuesto, que decia asi:

«Bastaneses: En el momento en que nos preparábamos á castigar noblemente con las armas á los que, con la antorcha incendiaria en la mano, despojan de sus cosechas las fértiles llanuras de la Solana, para hacer despues otro tanto con vosotros, algunos miserables voluntarios, seducidos por un cobarde, han desertado de las filas de la lealtad y del campo de la gloria, para cubrirse con la ignominia y vergüenza de los traidores. A vosotros, padres y hermanos de los soldados seducidos toca destruir su error; la patria lo ecsije, el rey os mira, y un compatriota que tantas veces ha participado de los peligros y de la gloria de esos mismos voluntarios, os hace esta llamada, y ofrece un completo olvido de todo á los estraviados, no porque necesitemos su presencia para contener y castigar á los revolucionarios, sino para evitar este disgusto á nuestro muy amado soberano, y para que toda Europa, que admira nuestros hechos estraordinarios, no nos confunda con los mercenarios que pelean por oficio.

»Dios y el rey fué siempre nuestra divisa; por Dios y por el rey sabremos triunfar ó morir.

»Cuartel jeneral de Etulain 9 de agosto de 1839.—ZARIATEGUI.»

El jeneral Maroto continuaba alucinando á sus tropas con las amenazas que dirijia en sus proclamas contra el ejército de la reina; y aun sostenia esto mismo en su correspondencia familiar, pues en una carta dirijida desde Orozco á uno de sus amigos, entre otras cosas le decia lo siguiente:

«Dicen que Espartero se dispone para atacarme; yo no lo creo; pero si cometiese tal temeridad, esté V. seguro de que él y su ejército hallan la muerte en el campo de batalla.

» Sé que mis enemigos trabajan contra mí con ardor, pero desprecio todos sus esfuerzos. Desgraciados si llega el dia en que crea que debo ocuparme de ellos, porque mi venganza será tal que no se volverá á hablar de los sucesos de Estella.»

No tardó mucho tiempo Espartero en poner á Maroto en el caso de ejecutar sus amenazas, pues el 8 de agosto se decidió á pasar desde Amurrio á Vitoria por el peligroso desfiladero de Altube, donde debia haber perecido todo su ejército; pero tal vez estaria ya seguro de que Maroto no le opondria mucha resistencia, como nos lo hace creer el feliz resultado de una marcha tan temeraria, por semejante camino. El siguiente parte dirijido por Espartero al gobierno de la reina, manifiesta claramente cuál fué la conducta de Maroto en esta jornada, pues el jeneral cristino, lejos de hacer alarde de haber tenido que vencer grandes obstáculos ó una obstinada resistencia (segun se acostumbraba decir en los partes) confiesa que se asombró su ejército de no hallar oposicion alguna, á pesar de las ventajas que el terreno y los parapetos ofrecian á los carlistas. He aquí el parte:

«Comandancia jeneral de los ejércitos del Norte.— Secretaria de campaña.—Escmo. Sr.: Conforme manifesté á V. E. en mi último parte desde Amurrio, emprendi ayer la marcha penetrando en el pais enemigo por el dificil tránsito de Altube, creido de que Maroto, que tan orgulloso y sanguinario se ostentó en la proclama que anteriormente dirijí á V. E. se opondria al paso favorecido de las ventajas del terreno y de las trincheras y parapetos que habia construido en la série de aquellas formidables posiciones.

»Resuelto á darle la batalla, que esperé aceptase, mandé por el camino de Orduña á Miranda todo el bagaje, á fin de estar mas espedito; pero con asombro de todo el ejército, solo se vieron algunos batallones á larga distancia, y verifiqué la marcha á Murguia sin ninguna oposicion,

pues únicamente las guerrillas sostuvieron un débil fuego, del que resultaron tres heridos.

»En Murguia y pueblos inmediatos pernoctaron las tropas, y hoy por la mañana he llegado á esta capital, desde donde emprenderé las nuevas operaciones que juzgue mas convenientes, quedando en dar oportuno conocimiento á V. E. de sus progresivos resultados.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel jeneral de Vitoria 9 de agosto de 1839.—Escmo. Sr.—El duque de la victoria.—Escmo. Sr. secretario de estado y del despacho de la guerra.»

Lo que Espartero dice en el parte que precede, lo confirma tambien una carta escrita pocos dias despues por un oficial adicto al estado mayor de Maroto, en que dice:

«El descontento del ejército carlista, y aun de los mismos batallones que rodean á Maroto, aumenta cada dia, y sus soldados le acusan altamente de traicion; esta reconvencion parece merecida si se atiende á que el otro dia, cuando Espartero vino de Amurrio á Vitoria por los desfiladeros de Murguia, todo su ejército fué contenido por 30 castellanos en guerrillas por espacio de media hora. Estas guerrillas no cesaban de gritar: *adelante los batallones: que avancen los batallones*; y es indudable que si estos se hubiesen presentado, hubiera podido quedar destruido todo el ejército; pero Maroto lejos de mandar avanzar las tropas, dió á las guerrillas la órden de retirarse, permitiendo así que Espartero saliese sano y salvo de un paso en que debió dejar la flor de sus soldados.»

El 12 del mismo mes entró Echeverria en España, y se dirijió á Vera para recibir órdenes de D. Carlos. Al dia siguiente llegó á dicho punto el cura de Lesaca, que llevaba el encargo de invitar á Echeverria, de órden de don Carlos, á que pasase al referido pueblo de Lesaca para tener una conferencia con él. Echeverria obedeció la ór-

den de su rey, y se puso en marcha acompañado únicamente del cura que habia ido á buscarle.

Interesado el ministro de la guerra, asi como otros muchos de los que rodeaban á D. CARLOS, en que este príncipe no supiese lo que se estaba tramando contra él, y teniendo noticia del objeto que llevaba el cura de Lesaca, enviaron una compañia del 7.° batallon para que ocupase el puente que hay sobre el Bidasoa entre Lesaca y Vera, con órden de que no dejasen pasar á D. Juan Echeverria; pero como el sol calentaba estraordinariamente, Echeverria y el cura buscaron alguna sombra, para lo cual caminaron por varias sendas fuera de camino, y á esta circunstancia debieron el poder llegar á Lesaca. D. CARLOS recibió á Echeverria de la manera mas afectuosa, y su conferencia duró cerca de dos horas.

En ella rogó Echeverria á D. CARLOS que se pusiese á la cabeza de los batallones insurreccionados, y se librase por este medio de las manos que le oprimian. El príncipe le contestó que habiendo quedado su familia en Goizueta, no se atrevia á emprender nada por temor de que no estuviese segura, y que creia mas prudente que Echeverria se volviese á Francia, á esperar un momento mas favorable, y los batallones regresasen á sus acantonamientos.

Mientras Echeverria estaba en Lesaca al lado de don CARLOS, Elio se aprovechó de su ausencia para enviar á Vera al P. Guillermo, á fin de que procurase que el batallon 5.° volviese á la obediencia. El relijioso arengó á los soldados diciéndoles que el rey estaba completamente libre y mandaba que entregasen las armas, en cuyo caso se les concederá un perdon jeneral. Los oficiales y sarjentos se reunieron, y despues de conferenciar entre sí, respondió uno de ellos en nombre del batallon, de este modo: «No queremos pensar mal de las intenciones de Elio, á quien tenemos por hombre de honor, y otro tanto decimos de V., individuo de la iglesia; pero si VV. son incapaces de decir una falsedad, nosotros lo somos tambien de faltar á una palabra dada. Prometemos á V. que entregaremos las

armas siempre que el rey vaya á Estella sin mas escolta que la nuestra; al llegar á aquel punto nos someteremos gustosos á su soberana voluntad, manifestada por él solo. De lo contrario prevenimos á V. que bien pueden los que mandan lanzar decretos y proclamas firmados de la real mano, que nosotros los consideraremos siempre como nulos y arrancados por la violencia.» Al oir esta respuesta, viendo el P. Guillermo que no podia reducirlos, volvió á dar noticia de todo á Elío.

El canónigo Echeverría regresó á Vera, manifestó á los voluntarios los deseos de D. Carlos, y les anunció su intencion de volverse á Francia; pero aun no habia concluido de hablar cuando esclamaron todos: «que se habian levantado para libertar al rey y salvar su causa, que querian otros conducir á la ruina, y que estando decididos á llevar á cabo su objeto, no permitirian á Echeverría que los abandonase. Entonces consintió este en permanecer allí y trató de restablecer entre ellos el órden.

Viendo el jeneral Elío que las tropas con que se habia aprocsimado á Vera parecian dispuestas á fraternizar con los insurreccionados, envió un espreso á Zariátegui, pidiéndole refuerzos, mas la respuesta de este, que copiamos á continuacion, prueba la disposicion en que se hallaban los batallones navarros.

«Etulain 12 de agosto de 1839.—He recibido la carta que V. me ha dirijido, é inmediatamente he reunido los jefes de los batallones 2.°, 3.° y 10.°, y el de Ripalda; todos dicen que tienen la mas completa confianza en sus oficiales, y que por consiguiente pueden contar con sus soldados; pero lleva uno ya dos petardos, y si la cosa va en aumento llevaremos doscientos en este asunto: así es que, á pesar de sus protestas, no me atrevo á enviar un batallon, por no complicar mi propia situacion y la de ahí. Voy á ver si será posible enviar dos compañias del 7.° con municiones, y daré las instrucciones convenientes para que el convoy no caiga en malas manos. No sé qué decir ni qué escribir.

Adios. Mande V. á su afectísimo—JUAN ANTONIO ZARIATEGUI.»

Esta carta fué interceptada por el comandante del 5.° batallon de Navarra, y su contenido manifiesta cuál era la disposicon de los ánimos en los batallones navarros.

Sabedor Espartero de que Maroto se hallaba en Villareal con bastantes fuerzas, resolvió sin duda poner al jeneral carlista en el caso de ejecutar sus tan repetidas amenazas, pues saliendo de Vitoria el dia 14, marchó con su ejército por el camino de Durango á Villareal, y al llegar Espartero cerca de dicho punto encontró á los carlistas formados en dos líneas de colinas, cubiertas de parapetos, una sobre otra á la derecha del camino, frente á Villareal, con su reserva en otra tercera línea que forma el estremo occidental de las alturas de Arlaban. A consecuencia de haber avanzado Espartero con toda su fuerza por un solo camino, era ya la una cuando se formaron las columnas de ataque: sin embargo, tan luego como Espartero dió la órden de avanzar, acometieron y tomaron las primeras alturas y parapetos una brigada de la tercera division y los cuerpos francos de Zurbano; y despues de una corta pausa para dar tiempo á que llegase la retaguardia de las columnas, tomaron tambien la segunda línea, la cual, ademas de ser muy áspera y quebrada, estaba cubierta de espeso monte á retaguardia de los parapetos. Los carlistas defendieron débilmente sus posiciones, no por falta de valor en los soldados, pues repetidas veces habian manifestado anteriormente su bravura en el campo de batalla, sino por la direccion de sus jefes; y algunos dicen que entraba en los planes de Maroto hacer como que defendia aquel punto para mejor engañar á sus tropas; pero que en realidad habia convenido de antemano con el jeneral cristino en cederle el paso; y esto se confirma si se atiende á que Maroto tenia para defender aquellas ventajosas y fuertes posiciones quince batallones y seis escuadrones, y sin embargo las tropas de la reina las tomaron sin hallar una grande resistencia.

La pérdida que tuvieron los de la reina, segun los partes oficiales, fué de veinte soldados muertos y sesenta y seis heridos, entre ellos cuatro oficiales: la de los carlistas no fué menor, porque en el intervalo de los dos ataques estuvieron sufriendo el bien dirijido fuego de los obuses de montaña. Durante la accion se pasaron á Espartero catorce desertores, los cuales declararon que Maroto tenia quince batallones y seis escuadrones; pero que estos últimos habian permanecido formados en la llanura sobre el camino de Salinas sin tomar parte alguna en la accion. Inmediatamente que los cristinos tomaron la segunda línea, Maroto se retiró á Salinas y Aramayona, y Espartero con su ejército ocupó á Villareal y aldeas inmediatas, sin cuidarse de perseguir á los vencidos.





CAPÍTULO IX.

Maroto solicita de Espartero una tregua por tres dias.—Proclama del canónigo Echeverría.—Otra de Montenegro, incluyendo una de D. CARLOS.—Ocupacion de Durango por el ejército de la reina.—Sublevacion de los batallones vizcainos.—D. Simon de la Torre envia al coronel Linares para tratar de la paz con Espartero.—Conferencia de Maroto y Espartero.—Revista del 25 de agosto en Elorrio.—La corte de D. CARLOS marcha precipitadamente de Vergara á Villareal.—Nombramiento de Guibelalde para la comandancia jeneral de Guipúzcoa.—Carta de Maroto al canónigo Echeverría, y contestacion de este.—Entrevista de Maroto y Espartero en Durango.—Comunicaciones de Maroto á Montenegro.—Proclama mandada publicar por D. CARLOS el 27 de agosto.

Desde la accion del 14 de agosto, las tropas constitucionales permanecieron estacionarias en Villareal y aldeas inmediatas, empleando los tres dias siguientes á aquel, en recojer granos de todo el pais, almacenándolos en Vitoria. En la mañana del 17, el brigadier Martinez, secretario de Maroto, se pre-

sentó en los puestos avanzados con una bandera parlamentaria, siendo portador de un mensaje de Maroto, en que solicitaba una tregua por tres dias, y al mismo tiempo deseaba saber definitivamente cuáles eran las condiciones con que podia contar para un arreglo. Espartero contestó que en el momento que Maroto se declarase por la reina y la constitucion, estaba pronto á suspender las hostilidades y á tratar de la paz bajo las mismas condiciones que le habia comunicado desde Amurrio por intermedio de lord John Hay; pero que hasta que Maroto se declarase del modo espresado, no accederia á suspension alguna de hostilidades, ni por un solo dia, añadiendo, ademas, que probablemente no se moveria de sus posiciones en un dia ó dos.

El mismo dia 17 publicó el canónigo Echeverría la siguiente proclama.

«Voluntarios, heróicos pueblos de Navarra y de las provincias vascongadas.—El velo que ocultaba á vuestros ojos, el vasto plan de perfidia, tramado por la revolucion para envolveros en un caos de interminables desgracias, acaba por fin de rasgarse. Habeis visto caer por el plomo fratricida á vuestros mejores jenerales, á los mas firmes baluartes de la restauracion, y á un móustruo tan feroz como brutal, tan estúpido como atrevido, ponerse á la cabeza de un puñado de asesinos, matar, desterrar, y lo que es peor, deshonrar, aplicándoles el dictado de traidores, á los héroes en quien reposaban todas las esperanzas del rey y de la patria; habeis visto á ese cobarde precipitarse sobre el mejor de los reyes, sobre el virtuoso Carlos; ultrajarle y degradarle á la faz de las naciones que antes contemplaban con admiracion vuestras marciales virtudes. Leed, voluntarios y pueblos, leed esa infame carta dirijida á nuestro buen rey por el que mandaba la turba de asesinos; esa carta publicada por él mismo para que pasase á la posteridad por un monumento eterno de su barbárie y del mayor insulto que jamás se ha hecho á la dignidad real! Leed igualmente el primer acto escandaloso

del gobierno de esos hombres que á fuerza de crímenes se han apoderado del mando, acto que se halla consignado en el decreto que declara revestido de la plenitud de todas las atribuciones á un vasallo que acaba de degradar á su rey! Voluntarios y pueblos vascongados-navarros, habeis visto todo eso, pero ignorais todavía que esos hombres indignos, sin escuchar mas que á su interés, acaban de contratar la venta de vuestro rey, la vuestra, la abolicion de vuestros fueros, el incendio de vuestros hogares y de vuestros campos, la eterna esclavitud de vuestros descendientes, la ruina de la patria y la desolacion del santuario. ¡Miserables! ¡Con qué placer disfrutarian en un pais estranjero de las mezquinas pensiones que han aceptado por premio de la entrega de objetos tan sagrados y queridos en manos de sus enemigos!

»Voluntarios y pueblos: si la sorpresa producida por tamaños atentados ha podido detenernos por algun tiempo, ha llegado el dia de que se manifieste el valor que inflama vuestros nobles corazones, no para matar ilegalmente, lo cual solo conviene á cobardes asesinos, sino para salvar del mayor peligro una causa tan santa, y por la cual se han hecho tantos sacrificios; porque es preciso que lo sepais, voluntarios y pueblos; estamos en peligro de perder la recompensa debida á vuestro valor y fidelidad, y á mirar envuelto para siempre en el olvido vuestro heroísmo incomparable.

»Voluntarios y pueblos: se han llevado á Lesaca á nuestro muy amado monarca, pero rodeado de los marotistas mas desenfrenados, de todos aquellos que mas abiertamente han tomado parte en la conjuracion; no le han permitido que os vea, ni han querido que vuestros jefes le hablen, sin duda para daros una prueba mas de la esclavitud á que le tienen reducido, y obligarle á firmar la abdicacion de sus derechos imprescriptibles, único crímen que les falta cometer para entrar á gozar de las pensiones que se les han asegurado en el pais estranjero. Mas vosotros no permitireis que recojan el fruto de su infamia,

pues sino desisten de su abominable proyecto, les hareis morir en el suelo mismo que han manchado con tantos crímenes y atrocidades.

»Vengan á nosotros los que hasta ahora han estado alucinados ó seducidos á fuerza de intrigas, seguros de que serán recibidos como hermanos. Unámonos todos para romper las cadenas que tienen preso á nuestro muy amado monarca; lavemos la mancha impresa sobre su trono por esos hombres desleales y pérfidos; marchemos identificados con nuestros principios por el sendero del deber, por el camino que el rey mismo nos trazó en Portugal, y persistamos en nuestra gloriosa empresa hasta que hayamos asegurado su triunfo, y visto lucir el gran dia de la restauracion española.—Vera 17 de agosto de 1839.»

Siempre que Echeverría publicaba alguno de estos documentos, por una singular coincidencia aparecia otro de los marotistas, como para neutralizar sus efectos. Asi que, en la misma fecha que Echeverria publicó la proclama anterior, Montenegro, ministro de D. Carlos, hizo circular otra, en la cual se nota el cuidado con que evita decir que Echeverría fué á Lesaca por órden espresa de su rey, cuya circunstancia no podia ignorar el ministro, porque la conferencia duró dos horas, en cuyo tiempo á nadie permitió entrar en el aposento de D. Carlos; y ademas Montenegro habia hecho cuanto estuvo de su parte para que no llegase á efectuarse la entrevista.

La proclama publicada por Montenegro decía así:

«Boletin del cuartel real, 17 de agosto de 1339.—Secretaría de estado y del despacho de la guerra.—Las primeras noticias recibidas por el rey acerca de los desagradables acontecimientos del 5.° batallon de Navarra bastaron para que se pusiese en marcha hácia Vera, punto á que se habian dirijido los insurjentes. Despues de haber tenido una conferencia con el comandante jeneral de Navarra, se envia-

ron á dicho punto varias personas de confianza y de un carácter respetable, entre ellas el cura de Lesaca, para que hablasen á los oficiales y soldados, á fin de inducirlos á que renunciasen á una empresa que atraeria males sin cuento sobre su pais, su relijion, y una causa por la cual se ha derramado ya tanta sangre. No habiendo producido ningun resultado favorable estas paternales demostraciones, se envió una real órden al jefe de los sublevados, mandándole que pasase inmediatamente á Sumbilla, donde recibiria de su comandante jeneral las órdenes que S. M. le habia comunicado; pero la respuesta dió á conocer el grado de perversidad á que descienden los que habiéndose desviado una vez de la senda del deber, no siguen ya otro impulso que el de sus pasiones, pues dicha respuesta se reducia á eludir la obediencia debida á esta órden bajo diversos pretestos especiosos.

»Hallábanse las cosas en este estado, cuando el presbítero D. Juan Echeverría se presentó en Lesaca, acompañado por el cura de dicha villa, y despues de una conferencia con S. M. declaró que los refujiados de Vera estaban dispuestos á someterse á la voluntad soberana. Esta palabra dada por un ministro del altar, no dejó duda de su cumplimiento, y se creyó que los rebeldes pasarian al punto que se les habia designado; pero no ha sucedido así, y su desobediencia ha llegado al mas alto punto. S. M., que sin comprometer su real dignidad, no podia ver con indiferencia esta insubordinacion y falta de respeto á sus órdenes soberanas, mandó al comandante jeneral de Navarra que reuniese las fuerzas necesarias para reducir con las armas á los que ciegos y faltando al amor que deben á su real persona llenaban de amargura su paternal corazon. Con este motivo, y para que los leales habitantes de estas provincias y de este reino fiel, su valiente ejército y la Europa entera sepan la marcha que se ha seguido en un negocio tan delicado, ha dirijido S. M. á su ejército la siguiente alocucion:

»Voluntarios: La insurreccion del 5.° batallon de Na-

varra en un momento en que se hallaba al frente del enemigo, dispuesto á invadir nuestro territorio, ha llamado mi soberana atencion, y queriendo cortar el mal en su raiz, he dejado otros negocios no menos graves y he venido aquí para invitarles á que desistiesen de su temeraria empresa, volviesen á las filas de este valiente ejército, y continuasen dando dias de gloria á nuestra causa. Las paternales ecsortaciones de personas respetables, y que merecen toda mi confianza no han bastado para hacerles entrar en el sendero del honor y del deber; y no permitiéndome mi dignidad soberana que deje impune un atentado tan criminal, he resuelto hacer uso de la fuerza, puesto que la dulzura no ha producido resultado alguno.

»Voluntarios: testigos habeis sido de mis esfuerzos para hacer volver á vuestras filas á ese puñado de estraviados que abusando de todo lo mas sagrado, y hasta de nuestra santa relijion, clavan un puñal homicida en el seno de nuestra muy amada patria. Conociendo bien la decision y lealtad que os distinguen, espero que dareis una nueva prueba de amor á vuestro rey, y contribuireis con vuestras armas á esterminar ese jérmen de insubordinacion cobarde y de vil traicion. Eso es lo que espera de vosotros vuestro rey y jeneral.—CARLOS.»

Esta alocucion de D. CARLOS no produjo en los sublevados el efecto que el partido marotista esperaba, porque conocieron que no era aquella la libre y espontánea voluntad de su rey, sino que le habian obligado á firmar un manifiesto que estaba en oposicion con las ideas del príncipe, lo cual ecsasperó mas y mas los ánimos de los sublevados.

Dos batallones vizcainos que se hallaban bajo el mando de D. Simon de la Torre, uno de los mas acérrimos marotistas, se sublevaron tambien el dia 17 en Llodio, separaron todos sus oficiales, y pusieron á su cabeza un sarjento, porque decian que así Maroto como los demas jefes los estaban engañando.

El mismo dia 17 por la mañana volvió el brigadier Martinez á ver á Espartero y participarle que Maroto aceptaba las condiciones que le habia propuesto para efectuar la transaccion; pero viendo el jeneral cristino que pasaban los dias sin que esta se verificase, emprendió un movimiento, avanzando el dia 22 desde Urquiola hasta Durango, sin ver en todo el camino ni un solo carlista, pues Maroto habia salido de este último punto con su estado mayor á las dos de la madrugada de aquel dia, y dirijídose hácia Vergara, en donde permanecia D. Carlos.

Al dia siguiente de haber entrado Espartero en Durango publicó Maroto una proclama, en la cual presentaba la situacion como muy crítica, añadiendo que el enemigo se habia aprovechado de la falta de recursos del ejército carlista, para hacer una invasion, á la que no habia podido oponerse; y despues de muchas declamaciones pomposas se declaraba contra una transaccion en estos términos: «¿Qué transaccion podeis esperar de un enemigo que lo quema y lo devasta todo, como en Navarra y Alava? Seria una vergüenza, una cobardía: no nos queda otro partido que el morir con las armas en la mano.»

Sin embargo, aquella misma noche fué el coronel Linares á ver á Espartero, con un mensaje del jeneral D. Simon de la Torre, porque despues de la rendicion de Areta á Castañeda se habian sublevado ocho batallones vizcainos que tenia á sus órdenes, y declarado que deseaban la paz y querian volverse á sus casas. Mas como todavia no estaban enteramente de acuerdo los jefes contratantes sobre las garantías del convenio, la Torre les rogó que permaneciesen en las filas por una semana mas, en cuyo tiempo se negociaria la paz: consintieron, aunque con alguna dificultad, y la Torre marchó con ellos á Marquina, desde donde envió al coronel Linares á tratar de paz con Espartero.

Este dijo á Linares que tenia plenos poderes del gobierno para ofrecerle las condiciones que ya habia prometido á Maroto, añadiendo que el gobierno se comprometia á proponer á las Cortes y sostener en ellas, inmediatamente

que se reuniesen, la concesion de toda la parte esencial de los fueros. Respondió Linares que temia que los comandantes de los batallones insistiesen en la concesion de la integridad de los fueros, á lo cual replicó el jefe cristino, que no estaba en sus facultades ni en las del gobierno decir mas con respecto á fueros que lo que habia dicho, pues era un punto que solo las cortes podian resolver. Entonces el coronel Linares, con arreglo á las instrucciones que tenia, pasó al cuartel jeneral de Maroto, acompañándole por parte de Espartero el brigadier Zabala, para recibir la respuesta de Maroto, que no fué favorable en cuanto á la cuestion de los fueros, porque conocia la oposicion que encontraria en sus soldados y en los jefes de los batallones. Siguieron varias comunicaciones, pero nada se adelantó en la negociacion hasta el 24, en que un ayudante de campo de Maroto pasó á solicitar de Espartero una nueva suspension de hostilidades; y el brigadier Zabala volvió con él para decir que Espartero no permitia ninguna ulterior suspension de hostilidades hasta tanto que se declarase Maroto. El mismo Espartero envió tambien con el brigadier Zabala el orijinal de una real órden firmada por los cinco ministros de Isabel, que contenia iguales condiciones que las que habia ofrecido por medio del coronel Linares, y el 25 por la mañana volvió Zabala diciendo que Maroto estaba satisfecho y deseaba tener una conferencia con Espartero entre Durango y Elorrio á las 6 de la misma mañana. A la hora señalada se encontraron los dos jenerales, y despues de haberse abrazado se retiraron á una casa de campo inmediata, para estender y firmar las condiciones, acompañados por el jeneral Urbistondo, por el coronel inglés Wilde y por el brigadier Linaje, secretario de Espartero. Principió la conferencia y en ella se suscitaron algunas dificultades para convenir en las condiciones.

Maroto envió al jeneral Urbistondo á consultar con una junta de comandantes de batallon, y volvió como á las dos horas con una diputacion de los comandantes á Maroto, manifestándole su deseo de que no consintiese en la mas lijera

modificacion de los fueros, terminándose la conferencia sin poder avenirse, y los jenerales se volvieron á sus respectivos cuarteles. Durante el dia se presentó en Durango el jeneral la Torre, y declaró de nuevo que por su parte estaba completamente satisfecho y admitia las condiciones del jeneral cristino.

Asustado D. Carlos de los progresos de los cristinos, convocó una junta en Villareal de Zumarraga, mas habiéndolo sabido Maroto, trató de impedir aquella reunion. Con este fin envió á decir á D. Carlos que debiéndose reunir el 25 de agosto un consejo en Elorrio, era necesario que fuese á presidirle. D. Carlos marchó, pues, á Elorrio con su escolta de caballería, acompañándole su hijo y el infante D. Sebastian. Al llegar le recibió Maroto: los batallones estaban sobre las armas, y D. Carlos, despues de haberlos revistado, les dijo: «Voluntarios: ¿me reconoceis por vuestro Rey? Estais dispuestos á seguirme á todas partes?—«Sí, sí; hasta la muerte. *Viva el Rey.*» Tales fueron las voces que se oyeron al principio en todas las filas: mas en seguida se manifestó algun tanto de duda; D. Carlos notó que Maroto, que se hallaba colocado detras de él, hacia señas á los comandantes de los batallones, y al momento resonaron por todas partes las voces de *viva Maroto, viva nuestro jeneral.*

Entonces D. Carlos se dirijió á los soldados y les dijo: «Voluntarios: donde está vuestro rey no hay jeneral. Vuestro rey se dirije á vosotros: responded, os repito, ¿quereis seguirme?»

Los batallones de Guipúzcoa guardaron el mas profundo silenció. D. Carlos creyó que como aquellos soldados jeneralmente no hablaban mas que en vascuence, no habrian entendido lo que les decia, y mandó á Iturbe que repitiese sus palabras en aquella lengua; mas este, en vez de obedecer, dijo á los soldados: «Este hombre os pregunta si quereis seguirle, y yo os digo que seria mucho mejor declararse por la paz.» Inmediatamente principiaron los guipuzcoanos á gritar: *viva la paz*; y D. Carlos, aflijido con

esto, y notando que recíprocamente se hacian señas Maroto y los comadantes, creyó que todo estaba perdido: hasta llegó á temer que se apoderasen de su persona; y volviéndose hácia su escolta, esclamó: «Estamos vendidos: y partió al galope, dirijiéndose á Vergara, donde estaba el cuartel real.

Mientras D. Carlos pasaba su última y funesta revista en Elorrio el 25 de agosto, se presentó Velasco en el palacio de Vergara, y solicitó una audiencia particular de la princesa de Beira. Concedióselа esta inmediatamente, y habiendo recaido la conversacion sobre el triste estado de las cosas y sobre los progresos de los cristinos, dijo la princesa á Velasco: «¿Es posible que me acusen de ser marotista?»—«Señora, respondió él, los que rodean á V. M. son los que esparcen esa atroz calumnia.»—¡Cómo! ¿Pues no saben que yo he sido la primera víctima de los revolucionarios?»—«Es cierto, señora, y el dia en que V. M. marchó á Portugal fue cruel para todos los verdaderos realistas, pues consideraban á V. M. como el principal apoyo de su causa.»—«¿Y pueden creer que yo sostenga á Maroto, que trata de quitar la corona á mi marido? Ya he dicho á Carlos:« ponte á la cabeza del ejército, y yo participaré de tus peligros; que mas vale morir con gloria que sucumbir cobardemente á los golpes de tan horrible traicion.» Al separarse Velasco de la princesa, la dijo: «Señora: yo manifestaré á todo el mundo los sentimientos de V. M. Jamás habia dudado de ellos; pero para mí es una gran satisfaccion el haber recibido una nueva seguridad de boca de V. M. misma.»

Al llegar D. Carlos á Vergara dió noticia de lo que pasaba á la princesa, y toda su corte se puso en marcha sin llevarse siquiera los efectos del palacio, principiando la fuga con tal precipitacion, que D. Carlos y su familia no se detuvieron á comer hasta Villafranca, adonde llegaron á las once de la noche. Velasco se hallaba cerca de allí, en Beasain, con un diputado de Guipúzcoa, cuando le avisaron de que si D. Carlos iba á Tolosa, estaba perdido,

porque las tropas de la línea de Andoin habian resuelto entregarle. Inmediatamente pasó Velasco á Villafranca, llegando á las dos y media de la madrugada. D. Carlos, que estaba acostado, se levantó á aquella hora para recibirle, y enterado de lo que pasaba, decretó el nombramiento de Guibelalde para la comandancia jeneral de Guipúzcoa, esperando que con el influjo que ejercia sobre sus paisanos podria conservarle algunos batallones de aquella provincia, y tal vez reunir á los estraviados.

El jeneral D. Basilio García pasó el dia 23 la frontera y se dirijió á Vera, donde encontró los batallones en un estado de estremada irritacion, causada por la rápida marcha de Espartero en las provincias. El dia siguiente le enviaron una diputacion, pidiéndole que se pusiese á su cabeza, mas el jeneral no se prestó á ello, diciendo que no podia hacerlo sin una órden de D. Carlos, á quien escribió con este objeto.

El 29 aun no habia recibido García respuesta alguna de D. Carlos, por lo que rogó al P. Huerta, jeneral del órden de San Agustin, y á otro eclesiástico, que pasasen á ver á D. Carlos y le dijesen: «que habiéndose hecho á S. M. firmar por fuerza, como todo el mundo sabia, su destierro y el de sus compañeros, habia venido á ofrecerle de nuevo sus servicios.» D. Carlos encargó al P. Huerta que dijese á D. Basilio que le estimaba mucho, como á todos los demas desterrados, y que cuando fuese tiempo le daria á conocer su voluntad.

Como Maroto sabia que D. Juan Echeverría era uno de sus mas terribles contrarios, y que por su influencia y actividad podria tal vez frustrar todos sus planes de transaccion, le escribió la carta que á continuacion copiamos, en la cual no repara en decir que no tiene otros principios que los de *rey, relijion, y en particular el bienestar de las provincais*: y hallándose ya Espartero en Durango, añade *que no es posible resistir al enemigo, si no hay union entre los carlistas.*

He aquí la carta:

«Sr. D. Juan Echeverría.—Muy señor mio: mucho me sorprende que sea V. quien dé el golpe mortal á la causa del rey con la sublevacion del 5.º de Navarra y demas. Reflecsione, arrepiéntase y desista de tan temerario empeño, en la firme intelijencia de que jamás se hallarán en mí otros principios que los de rey, relijion, y en particular el bienestar de estas provincias, como espero probar algun dia. Si le fuere á V. posible seria conveniente que nos viésemos para conferenciar juntos. El enemigo invade el pais con fuerzas numerosas; si no hay union será imposible resistirle, y V. y los que le acompañan serán los únicos culpables de las desgracias que nos sucedan por no hacer caso de esta noble y franca invitacion.

Soy de V. afectísimo y seguro servidor.—Rafael Maroto.—Elorrio 23 de agosto de 1839.»

El objeto que se propuso Maroto al escribir esta carta, fué tal vez el ver si conseguia atraer á Echeverria para apoderarse de su persona y hacerle sufrir la misma suerte que á las víctimas de Estella; pero Maroto se las habia con un contrario muy hábil á quien no era fácil engañar: así que, Echeverría le contestó de esta manera:

«Sr. D. Rafael Maroto:—Quien dá el golpe mortal á la causa del rey, á la relijion y á las provincias es V.; el traidor, el asesino, el enemigo declarado del uno y de las otras. Hablen por nosotros los sucesos: ¿quién fué el autor de los asesinatos de Estella? ¿quién obligó al rey con un puñal á la garganta á firmar el contra-decreto? ¿quién ha vendido y entregado á Ramales, Guardamino, Balmaseda, Orduña, Urquiola y Durango? ¿quién ha perseguido á muerte á todos los fieles partidarios del rey y de su causa?

»Jamás me uniré con asesinos y traidores como V. Con menos tropas y recursos hemos podido siempre contrarestar al enemigo, é impedirle que invada el pais: ahora han atravesado, como en triunfo, parajes en donde

hasta el último debiera haber perecido. Pero ¿qué estraño es esto siendo público y notorio que hace ya largo tiempo que V. está vendido á Espartero?

»Mas no crea el traidor Maroto que los batallones 5.° y 12.° sean los últimos que levanten el grito de *viva el Rey y muera Maroto*: no; este ejemplo será seguido por todos los verdaderos realistas, y en especial por los denodados navarros. Sus obras lo demostrarán así.

»Me admira que un impío se atreva á hablar de relijion cuando todos los actos de su conducta prueban que V. es su mayor enemigo.

»Pero yo, mis mayores amigos y todos los oficiales y soldados, estamos penetrados de la obligacion que nos impone nuestra conciencia de defender hasta el último suspiro al rey y la relijion, y no consentir nunca una humillante transaccion con los principios que nos propusimos defender, y confiamos en que el pueblo apoyará nuestros votos y deseos.

»Es de V. servidor, etc.—JUAN DE ECHEVERRIA.—Santistevan 26 de agosto de 1839.»

El 25 de agosto, despues de la revista, pasó Maroto á Durango, donde se hallaba Espartero, y convinieron entre sí en que el primero retardaria algunos dias su sumision á la Reina, á fin de llevarse mayor número de batallones, y dar tiempo á Iturbe para que completase la seduccion de los de Guipúzcoa, y los condujese cerca de Vergara. Habiéndose hecho jeneral en las provincias la voz de traicion, creyó Maroto que debia dirijir las siguientes comunicaciones á su amigo Montenegro, ministro de la Guerra, que entonces se hallaba en Villafranca, con objeto de desmentir con su publicacion los rumores que contra él circulaban.

»Estado mayor jeneral.—En la noche del dia de ayer se me presentó un parlamentario del ejército enemigo, haciéndome las proposiciones siguientes de parte del gobierno de Madrid:

«Reconocimiento del Sr. D. CARLOS MARIA ISIDRO DE BORBON, mi rey y señor, como infante de España; reconocimiento de los fueros provinciales en toda su estension; reconocimiento de todos los empleos y condecoraciones en el ejército, dejando á mi arbitrio el ascenso ó premio de alguno que se considerase acreedor á ello.

»Lo digo á V. S. para que poniéndolo en conocimiento de S. M. se me prevenga lo que debo contestar; y como en las presentes circunstancias me he propuesto patentizar mi comportamiento hasta en los asuntos mas reservados, ruego se me permita dar al público esta mi comunicacion; advirtiendo á V. S. que en la tarde de este dia me he propuesto tener una conferencia con el jefe superior enemigo, para pedirle mas ámplias aclaraciones sobre el particular.

»Lo que comunico á V. S. para que lo haga saber á todos los pueblos y cuerpos de tropa de la comandancia jeneral de su mando, á fin de que todos los que la componen tengan de ello noticia, y para que sirva á todos de gobierno.

»Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel jeneral de Elgueta 25 de agosto de 1839.—RAFAEL MAROTO.—Sr. encargado del despacho de la guerra.»

«En la mañana de hoy he tenido una conferencia con el jefe enemigo, segun me habia propuesto y avisé á V. S. en mi oficio de ayer; pero convencido de la astucia y duplicidad de sus proposiciones, he resuelto combatirle con las fuerzas de mi mando. Espero que V. S. lo pondrá todo en conocimiento del Rey N. S. (que Dios guarde), á fin de que tenga á bien darme á conocer su soberana voluntad, que estoy resuelto á cumplir.

»Dios guarde á V. S. muchos años. Elorrio 26 de agosto de 1839.—RAFAEL MAROTO.—Sr. encargado del despacho de la guerra.»

Aconsejado sin duda D. CARLOS por algunos de sus ver-

daderos servidores, luego que se recibió en la corte el parte de Maroto del 25, mandó publicar la siguiente proclama, que Montenegro se vió obligado á firmar, á pesar de su amistad con Maroto.

«Voluntarios: un acontecimiento tan estraordinario que no tiene ejemplo en la historia de vuestro pais, vendria á manchar las glorias que habíais justamente adquirido en esta heróica lucha, si continuasen algunos de vosotros en la defeccion á que hoy os han inducido. Con el pretesto de paz se ha dado entrada al enemigo en vuestro suelo, y las cadenas de la esclavitud, la ignominia de vencidos van á reemplazar los laureles de que hasta ahora estábais cubiertos. La lealtad de muchos ha sido sorprendida: son indignas de vuestro valor las proposiciones hechas al rey N. S., y no es de vosotros abandonarle en manos de sus enemigos. A esto solo, y á ligaros á vosotros al carro de la revolucion, se reduce la paz con que á muchos han alucinado. Seguid al rey, voluntarios; considerad vuestro heroismo de seis años, y no querais mancharle con un feo delito. Una paz en que se ecsije la abdicacion del rey que habeis jurado, una paz convenida entre jefes militares sin autorizacion ni garantía alguna ¿qué otra cosa puede ser que un engaño para apoderarse de un pais que no han podido dominar por las armas?

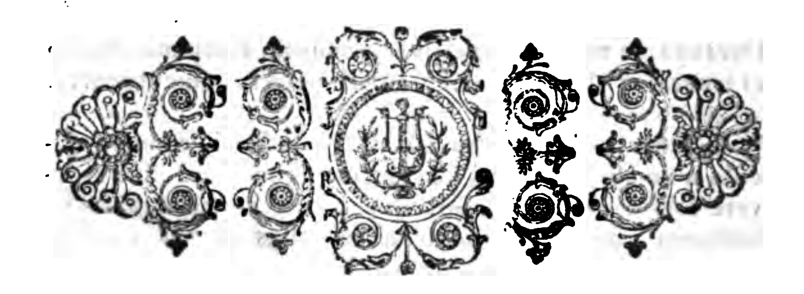
»Desengañaos; esta es la traicion mas infame que han visto los nacidos; morir primero que sucumbir. La causa de Dios peligra, y la de un rey en cuya defensa está comprometida vuestra conciencia y vuestro honor. Sois leales por carácter: sois valientes, sois héroes y nada mas tengo que deciros. Voluntarios: *viva la relijion: viva el rey.*—Villafranca 26 de agosto de 1839.—Juan Montenegro.»

Algunos aseguran que Maroto, con el ausilio de los amigos que tenia en palacio, buscaba una ocasion favorable para apoderarse de la persona de D. Carlos; que con este objeto, despues de la entrevista que tuvo con Espartero en

Durango, se retiró á Azpeitia finjiendo un rompimiento con el jeneral cristino, y escribio á D. Carlos la siguiente carta:

«Señor:—Al ponerme á L. R. P. de V. M. como lo ejecuto á nombre de todos los que me acompañan, me atreveré sólo á decir á V. M. que nunca es mas grande un monarca que cuando perdona las faltas de sus vasallos. D. Eustaquio Laso presentará á V. M. los sentimientos de mi corazon, para que se digne dirijirme las órdenes que fueren de su soberano agrado. Dios guarde á V. M. dilatados años. Elgueta 27 de agosto de 1839.—Señor:—A R. L. P. de V. M.—Rafael Maroto.





CAPÍTULO X.

Espíritu de la guardia real de D. Carlos. —Acontecimientos del 29 de agosto en Iraizos.—Idem del 30 en Vera.—Consejo celebrado en Villafranca el 26.—D. Carlos se decide á trasladarse á Aragon.—Reunion deotro consejo, que declara la imposibilidad de efectuar la marcha á Aragon que deseaba D. Carlos.— Tratado acordado en Oñate entre Maroto y Espartero, conocido con el nombre de convenio de Vergara.—Proclama de D. Carlos del 30 de agosto.—Otrae de Maroto con la misma fecha, anunciando que al dia siguienta se publicaria la paz.—Otra firmada por el ministro de Gracia y Justicia de órden de D. Carlos, declarando traidor á Maroto.

Si la insurreccion se hubiese limitado á los batallones 5.°, 11.° y 12.°, se hubiera podido creer con razon que solo representaba la opinion de una parte muy corta del ejército; pero no era así, porque ademas de la adhesion que enviaron á don Juan Echeverría la mayor parte de los batallones navar-

ros, la guardia real, compuesta de jóvenes de las familias mas influyentes de las provincias vascongadas y de Navarra, profesaba los mismos principios que los sublevados, y estaba dispuesta á tomar las medidas mas activas contra los marotistas, si D. CARLOS se lo hubiese mandado; en términos de que las personas empleadas en el cuartel real llegaron á tener tal miedo de las disposiciones hostiles que la guardia manifestaba contra ellas, que nada omitieron para ver si podian disolverla, ó por lo menos mudar todos sus comandantes.

El 28 llegó D. CARLOS á Iraizos, y aquella misma tarde se supo que los oficiales y sarjentos de los batallones sublevados habian manifestado á Echeverría su intencion de marchar contra el cuartel real, y que le habia costado muchísimo trabajo el disuadirles de su intento.

A las siete de la tarde del 29 se reunió la guardia real de infantería y caballería en frente de palacio, y se presentó D. CARLOS, acompañado de su hijo, del P. Cirilo, de los jenerales Eguía, Villareal y Valdespina, y de los señores Erro, Otal y Juras Reales, y dirijiéndose á los soldados de la guardia, les dijo: «He sabido con estremo sentimiento que mi guardia, que debe dar á todo el ejército el ejemplo de obediencia y subordinacion, pues que le está confiada la seguridad de mi real persona, se manifiesta enemiga de los que me rodean, y propala contra ellos amenazas muy criminales. Vuestro rey os pregunta si puede contar con vosotros para su defensa y la de sus servidores, en caso que los batallones sublevados viniesen al cuartel real.» La guardia real contestó que siempre estaba dispuesta á morir en defensa de su rey.

Al retirarse D. CARLOS mandó á los comandantes Arellano y Zárate que se presentasen en palacio á las ocho y que les daria audiencia. Presentáronse con efecto, y hallaron á D. CARLOS rodeado por las mismas personas que antes, delante de las cuales les reprendió vivamente, diciéndoles que les hacia responsables con su cabeza de cualquiera desórden que pudiera ocurrir en el cuartel real.

Villareal, que no podia disimular su odio á la guardia, se dirijió á los comandantes, y sin respetar la presencia de D. Carlos y de la princesa de Beira, les dijo: «Sé de una manera positiva que la guardia real amenaza con la muerte á diferentes personas del cuartel real: y aconsejo á VV. que vijilen sobre sus soldados, porque si oigo decir la cosa mas mínima, los haré fusilar á entrambos.»—«Nuestra conducta ha sido siempre honrada, respondieron los dos comandantes; somos militares y conocemos los deberes que este título nos impone. Jamas hemos faltado á la obediencia que se debe al rey, y á los jefes á quienes honra con su confianza; pero V. no ignora, mi jeneral, que hay individuos en el cuartel real, á quienes incomoda la fidelidad de la guardia, porque es un obstáculo para sus proyectos, y por consiguiente desearian verla disuelta y á nosotros fusilados. Saben que conocemos sus malas intenciones, nos tienen miedo y temen que quiera vengarse la guardia real; y por eso tratan de desconceptuarnos en el ánimo del rey; pero S. M. debe saber que la guardia le ha sido y le es siempre afecta, y que está dispuesta á verter hasta la última gota de sangre en su defensa.»

Aquel mismo dia recibió Echeverria una carta autógrafa de D. Carlos, con fecha del 26, en que le mandaba que obedeciese las órdenes que se le comunicáran por el comandante jeneral y el secretario del despacho, al propio tiempo que le hacia responsable de cualquiera atentado que pudieran cometer los batallones sublevados contra la real familia ó contra cualquiera persona del cuartel real. Echeverria respondió que el odio que los batallones habian concebido contra los hombres conocidos por sus opiniones marotistas, era tal, que de ningun modo podia constituirse responsable de la conducta que los soldados observasen con respecto á ellos; mas en cuanto á su persona, serian siempre inalterables su obediencia y sumision á las órdenes de su rey.

Los soldados de los batallones sublevados recorrieron el dia 30 las calles de Vera, gritando que querian marchar

al cuartel real para acabar con los marotistas; pero D. Basilio Garcia, metiéndose entre ellos, consiguió tranquilizarlos haciéndoles conocer que con semejante conducta desobedecian las órdenes de su rey. Aunque los soldados cedieron á las ecsortaciones del jeneral Garcia, se volvieron á sus cuarteles gritando: *viva el rey; mueran los traidores.*

No dejaba de ser fundada la desconfianza y antipatía que estos soldados tenian contra algunas de las personas que rodeaban á D. Carlos, porque veian que casi todas las resoluciones de la corte tendian á facilitar á Maroto la ejecucion de sus planes.

El dia 26 se celebró un consejo en Villafranca, al cual asistieron el P. Cirilo, el marqués de Valdespina, el baron de Juras Reales, el ministro de la guerra Montenegro, el de negocios estranjeros Ramirez de la Piscina, y los señores Erro y Otal. En este consejo se decidió que D. Carlos debia retirarse hácia la frontera, para pasarse á Francia, como el único medio de salvacion que le quedaba. Cuando D. Carlos supo esta resolucion no se mostró convencido de la necesidad de abandonar á sus fieles voluntarios. «Suponeis, dijo, que la mayor parte del ejército se ha pasado al enemigo, y que el resto se halla completamente desorganizado: sin embargo, me parece que los batallones alaveses y navarros me han permanecido fieles; y si estas tropas no son suficientes para resistir á Espartero, lo serán por lo menos para escoltarme hasta el campo de Cabrera.»

Tan decidido estaba D. Carlos á trasladarse á Aragon, que al llegar á Lecumberri Marcó del Pont tuvo una conversacion sobre esto con Elio, que aprobó el proyecto, y aun añadió: «Con ocho batallones me comprometo á conducir al rey hasta el ejército de Aragon.» Inmediatamente que D. Carlos supo esta contestacion de Elío, mandó reunir un nuevo consejo, que presidió, y al cual asistieron los ministros de la guerra, hacienda y negocios estranjeros, los jenerales Eguía, Villarcal, Elío y Valdespina, el arzobispo de Cuba, el baron de Juras Reales, Erro y Otal.

Despues de una larga deliberacion, declaró el consejo que era imposible la marcha de D. CARLOS á Aragon.

En esta reunion fue nombrado Elío comandante en jefe del ejército, y recibió instrucciones para cubrir la retirada de D. CARLOS.

Luego que se levantó la sesion del consejo, D. CARLOS se mostró sorprendido de la decision que se habia adoptado, y sobre todo de la mudanza que se observaba en las resoluciones de Elío. Marcó del Pont preguntó á este jeneral cuál era la causa de semejante variacion, y le contestó que habia reflecsionado la gran dificultad de aquella empresa, y que ademas no habia tenido antes presente que los navarros jamas consentirian en salir de su pais para ir á Aragon.

D. CARLOS tuvo que renunciar por entonces á su proyecto, aunque conservaba tales esperanzas de poder llevarle á cabo mas adelante, que á todos los oficiales que despues solicitaban pasar á Francia se les entregaba esta orden:

«Primera secretaria de estado.—El rey N. S. satisfecho de la adhesion de V. á su augusta persona y á su justa causa, y de sus buenos y fieles servicios, ha tenido á bien autorizar á V. en vista de las circunstancias críticas de la época actual, para que se traslade á pais estranjero ó á cualquiera punto del reino, cuidando de dar noticia del sitio de su residencia, á fin de que cuando convenga se le pueda avisar para que se presente á ejercer de nuevo las funciones de su empleo, sin que esta ausencia le ocasione ninguna especie de perjuicio.

»Se lo comunico á V. para su intelijencia y efectos convenientes. Dios guarde á V., etc. Cuartel real de Lecumberri, 1.º de setiembre de 1839.»

Entretanto Maroto no permanecia ocioso, sino que trabajaba en atraer cuantos batallones podia á la consecucion de sus planes; mas habiendo principiado á murmurar los batallones guipuzcoanos contra Iturbe, uno de los mas activos instrumentos de Maroto, y á manifestar los de

Castilla las sospechas que les inspiraba la conducta de Maroto, se vió este en el caso de precipitar el desenlace del drama que tanto tiempo hacia estaba representando, y el dia 29 pasó á conferenciar con Espartero que se hallaba en Oñate. En esta entrevista acordaron el tratado conocido con el nombre de convenio de Vergara, que fué donde se ratificó y tuvo ejecucion el dia 31. Por él se estipuló que veintiun batallones y tres escuadrones que componian la fuerza total que se hallaba á las órdenes de Maroto, que formaban el completo de los batallones guipuzcoanos y vizcainos, y cinco batallones de Castilla, dejarian inmediatamente las armas y reconocerian á la reina Isabel II, la constitucion de 1837 y la rejencia de Cristina; y que toda la artillería, almacenes y demas que se hallaban en la provincia de Vizcaya y Guipúzcoa, se entregarian igualmente á las autoridades de la reina. Con estas condiciones se obligó Espartero por sí mismo y á nombre del gobierno de Isabel á proponer y sostener en las córtes la conservacion ó modificacion de los fueros y el reconocimiento de grados de los oficiales carlistas.

Este mismo tratado es una prueba de que Maroto no habia servido jamás de buena fé á la causa de D. CARLOS, y que únicamente habia trabajado en provecho propio y de sus afiliados, porque no solo no pidió nada en favor del príncipe que le confiara la direccion del ejército carlista y pusiera en sus manos, por decirlo así, su suerte personal y la de sus fieles servidores, sino que ni aun se menciona en el tratado el nombre de D. CARLOS.

He aquí la copia del convenio:

»*Convenio celebrado entre el capitan jeneral D. Baldomero Espartero y el teniente jeneral D. Rafael Maroto.*

»Artículo I. El capitan jeneral D. Baldomero Espartero recomendará con interés al gobierno el cumplimiento de su oferta de comprometerse formalmente á proponer á las córtes la concesion ó modificacion de los fueros.

»Art II. Serán reconocidos los empleos, grados y condecoraciones de los jenerales, jefes oficiales y demas individuos dependientes del ejército del teniente jeneral don Rafael Maroto, quien presentará las relaciones con espresion de las armas á que pertenecen, quedando en libertad de continuar sirviendo, defendiendo la constitucion de 1837, el trono de Isabel II y la rejencia de su agusta madre, ó bien de retirarse á sus casas los que no quieran seguir con las armas en la mano.

»Art. III. Los que adopten el primer caso de continuar sirviendo, tendrán colocacion en los cuerpos del ejército, ya de efectivos ya de supernumerarios, segun el órden que ocupen en la escala de las inspecciones, á cuya arma correspondan.

»Art. IV. Los que prefieran retirarse á sus casas siendo jenerales y brigadieres, obtendrán su cuartel para donde lo pidan, con el sueldo que por reglamento les corresponda: los jefes y oficiales obtendrán licencia ilimitada ó su retiro segun su reglamento. Si alguno de esta clase quisiese licencia temporal, la solicitará por conducto del inspector de su arma respectiva, y le será concedida, sin esceptuar esta licencia para el estranjero; y en este caso, hecha la solicitud por el conducto del capitan jeneral don Baldomero Espartero, este les dará el pasaporte correspondiente al mismo tiempo que dé curso á las solicitudes, recomendando la aprobacion de S. M.

»Art. V. Los que pidan la licencia temporal para el estranjero, como no pueden percibir sus sueldos hasta el regreso, segun reales órdenes, el capitan jeneral D. Baldomero Espartero les facilitará las cuatro pagas en virtud de las facultades que le estan conferidas, incluyéndose en este artículo todas las clases, desde jeneral hasta subteniente inclusive.

»Art. VI. Los artículos precedentes comprenden á todos los empleados del ejército, haciéndose estensivo á los empleados civiles que se presenten á los doce dias de ratificado este convenio.

»Art. VII. Si las divisiones navarra y alavesa se pre-

sentasen en la misma forma que las divisiones castellana, vizcaina y guipuzcoana, disfrutarán de las concesiones que se espresan en los artículos precedentes.

»Art. VIII. Se pondrán á disposicion del capitan jeneral D. Baldomero Espartero, los parques de artillería, maestranzas, depósitos de armas, de vestuarios y de víveres, que esten bajo la dominacion y arbitrio del teniente jeneral D. Rafael Maroto.

»Art. IX. Los prisioneros pertenecientes á los cuerpos de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, y los de los cuerpos de la division castellana, que se conformen en un todo con los artículos del presente convenio, quedarán en libertad, disfrutando de las ventajas que en el mismo se espresan para los demas. Los que no se convinieren sufrirán la suerte de prisioneros.

»Art. X. El capitan jeneral D. Baldomero Espartero, hará presente al gobierno para que este lo haga á las córtes, la consideracion que se merecen las viudas y huérfanos de los que han muerto en la presente guerra, correspondientes á los cuerpos á quienes comprende este convenio.

»Ratificado este convenio en el cuartel jeneral de Vergara á 31 de agosto de 1839.—El Duque de la Victoria.—Rafael Maroto.»

Aunque todavia ignoraba D. Carlos lo convenido en Oñate entre Maroto y Espartero, con objeto de sostener el buen espíritu de las tropas que le permanecian fieles, les dirijió su voz el dia 30 en la siguiente proclama:

«*Pueblos de Navarra y de las provincias vascongadas.*

»Mientras que el enemigo invadia sin resistencia el territorio de estas provincias fidelísimas, abandonándoseles posiciones en que un puñado de valientes, hijos vuestros, habia en otro tiempo rechazado con gloria el ímpetu reunido del ejército revolucionario y de las lejiones estranjeras ausiliares suyas, se os halagaba con palabras de paz hacien-

dos creer que la paz estaba hecha, y que los adelantos del enemigo eran consecuencia de ella, cuando en realidad eran solamente efecto de la mas vil cobardia, si no de un delito mayor. Rey y señor vuestro, por el derecho que Dios se dignó concederme con la vida, acepté la guerra que vosotros, sin mas estímulos que los de vuestra lealtad, movísteis al instante mismo de la muerte de mi hermano (q. e. e. g.) y esta guerra que empezásteis con una decision sin ejemplo, y que habeis sostenido con un heroismo que parecerá fabuloso á los venideros, no es solamente una guerra de sucesion sino de principios.

»No solo sosteneis con ella mis derechos á la corona, sino tambien los vuestros á la inviolabilidad de la relijion santa y de los fueros venerandos de vuestros padres, cuya ecsistencia es incompatible con la del gobierno usurpador y revolucionario. Escuchad sino al jefe de su ejército, al rebelde Espartero en su proclama del 23 de este mismo mes desde Durango, decir á sus soldados las precisas siguientes palabras: *El enemigo desconcertado será batido si no se acoje á nuestra jenerosidad deponiendo las armas, ó sosteniendo con ellas la constitucion de la monarquia española, el trono lejitimo de Isabel II, y la rejencia de su augusta madre. Los que asi lo hagan serán admitidos como miembros de una familia, pero al mismo tiempo la rebeldia será castigada como en Allo y Dicastillo.*

»¿Quieren mas pruebas de lo que vuestra relijion, vuestras leyes y vuestros fueros y costumbres van á ser con el triunfo de la revolucion? ¿Es esta la paz con que os han halagado, y quereis que vuestros sacrificios heróicos de seis años rematen en la vergüenza de rendidos, sin combatir, á discrecion del enemigo? Padre vuestro al mismo tiempo que rey, deseo la paz tanto como vosotros mismos; agradecido á vuestros sacrificios, nada deseo tanto como verlos cesar para poder premiarlos; pero ¿podré suscribir á vuestra ignominia? ¿podré consentir en dejaros á merced de vuestros enemigos? No: moriré antes con vosotros y entre vosotros, pues no dudo que vues-

tra decision es tambien la de morir antes que echar semejante borron sobre vuestro heroismo.

»El rebelde Espartero os dice lo que debeis esperar de su victoria á que os conduce infaliblemente la falsa seguridad de paz con que se ha procurado entibiar vuestro ardor contra el enemigo. He dado órden para que se publique tambien la correspondencia del jeneral Maroto, en la que vereis que aun suponiendo ciertas las indignas proposiciones de Espartero, habeis sido engañados torpemente por los que os han hecho creer en una prócsima paz. Vuestro heroismo se resentirá de este engaño, y de la facilidad que con él se ha dado al enemigo para ocupar un pais que nunca hubiera logrado pisar por la sola fuerza de sus armas; y mientras animados por vuestras palabras y aun por vuestro ejemplo, corren vuestros hijos á vengar vuestra buena fé burlada, y vuestro honor ultrajado, rechazando de vuestro territorio á los rebeldes, confiad para la obtencion de una paz justa y duradera en el afecto y agradecimiento de vuestro rey.—Carlos.—Real de Lecumberri 30 de agosto de 1839.»

El mismo dia 30, víspera del en que debia publicarse el convenio, trató Maroto de prevenir el ánimo de las tropas que queria entregar, con la siguiente proclama, en que se esfuerza por cohonestar su proceder con razones especiosas ó con hechos falsos, porque ni jamas se le vió defender entusiasmado la causa de D. Carlos, ni la falta de recursos, como él dice, para sostener la guerra, fue lo que le impulsó á terminarla del modo que lo hizo. Otros jenerales carlistas con menos recursos que él y en circunstancias mas difíciles sostuvieron la guerra y el honor de sus armas con repetidas victorias conseguidas contra sus enemigos. La proclama de Maroto estaba concebida en estos términos:

»Cuartel jeneral de Villarcal de Zumarraga 30 de agosto de 1839. Voluntarios y pueblos vascongados:—Nu-

die mas entusiasta que yo para sostener los derechos al trono de las Españas en favor del Sr. D. Carlos Maria Isidro de Borbon, cuando me pronuncié; pero ninguno mas convencido por la esperiencia de multitud de acontecimientos de que jamas podria este príncipe hacer la felicidad de mi patria, único estímulo para mi corazon; y por lo tanto, unido en sentimientos á los jefes militares de Vizcaya, Guipúzcoa, Castilla y algunos otros, he convenido, para poner término á una guerra desoladora, que se haga la paz, la paz tan deseada por todos, segun pública y reservadamente se me ha hecho conocer.

»La falta de recursos para sostener la guerra despues de tantos años, y las demostraciones públicas de odio á la conducta de los ministros, me han decidido á dar este último paso.

»Declaré al rey mis pensamientos y proposiciones con la noble franqueza que me caracteriza, y cuando debia prometerme una acojida digna de un príncipe, se tomó una resolucion en que se me designó como víctima.

»En tan crítica posicion se inflamó mi espíritu, y se multiplicaron los trabajos para llegar al término de nuestras desgracias. Al fin he convenido con el jeneral Espartero, estando autorizado en debida forma por todos los jefes que antes he nombrado, en que se acabe para siempre la guerra en estas provincias, que nos consideremos recíprocamente como hermanos y como españoles, y que se publiquen las bases de nuestro tratado. Si las demas provincias quieren seguir nuestro ejemplo y evitar la ruina de sus padres, amigos y parientes, serán admitidas á participar del tratado; mas para esto es necesario que se decidan inmediatamente, y abandonen á los que les aconsejan la continuacion de una guerra que no conviene ni puede sostenerse.

»Los hombres no son de bronce, ni pueden como los camaleones alimentarse de aire. La miseria ha llegado al estremo en el ejército despues de tantos meses en que no ha recibido socorro alguno; los jefes y oficiales están peor tratados aun que el soldado, pues este á lo menos

está vestido, mientras aquellos reciben únicamente una miserable racion, y se les ve marchar con los pies desnudos, sin camisa, y sufriendo bajo todos aspectos las fatigas y privaciones de una guerra tan penosa. Si han venido algunos fondos del estranjero, los habeis visto disiparse entre los que los recibian y manejaban.

»El pais se encuentra agobiado con escesivas cargas; nadie tiene para atender á sus propias necesidades, y los militares que contaban antes con los socorros de sus familias, participan hoy de la miseria de sus padres, que deploran la jenerosidad de un sacrificio que solo les produce la desolacion y la muerte.

«Provincianos; sea eterno en nuestros corazones el voto de paz y de union entre los españoles, y desterremos para siempre los enconos ó resentimientos personales. Esto os aconseja vuestro compatriota y jeneral.—RAFAEL MAROTO.

Apenas llegó esta proclama á noticia de D. CARLOS, mandó á su ministro de gracia y justicia que publicase otra el dia 31, que decia así:

»Secretaria de estado del ministerio de gracia y justicia.—Pueblos de Navarra y de las provincias vascongadas: Ved ya consumada la mas negra traicion, y al traidor anunciándoosla con un insolente descaro en la proclama adjunta. Habeis sido vendidos al vil oro del estranjero, y al vil premio de la conservacion de algunos grados, y con vosotros han sido vendidos tambien vuestro Dios, vuestro rey, vuestro pais y vuestros fueros. El traidor se abstiene de daros á conocer las condiciones de la infame venta que llama tratado de paz, pero sabed que estas condiciones son las siguientes, estipuladas en Vergara con Espartero en la noche del 28 al 29 del corriente.

»1.ª La conservacion de los grados y empleos militares y civiles, con facultad á los oficiales de continuar sirviendo, y dando á los que no quieran esto ó su licencia

limitada ó su retiro, y á los que prefieran pasar al estranjero, cuatro meses de paga anticipados.

»2.ª Que los voluntarios depongan sus armas en una comida que se dé á los dos ejércitos, y terminada se entreguen al enemigo todos los efectos y municiones de boca y guerra.

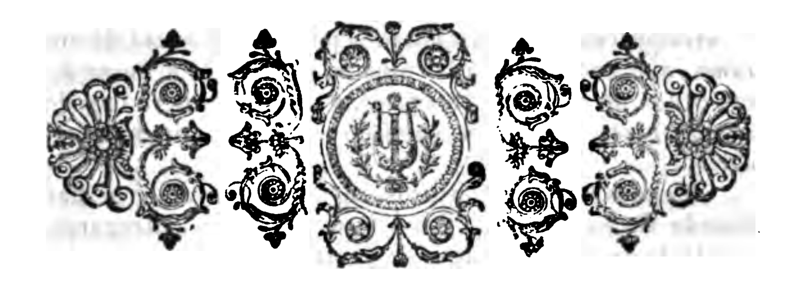
»3.ª Que los prisioneros sigan la suerte de los cuerpos á que pertenecen.

»Por lo que hace á los fueros de estas provincias, Espartero ha dicho abiertamente que ni su gobierno ni él pueden conservarlos, y la única concesion que ha hecho respecto á este punto, se reduce á prometer que empleará su influjo con las córtes para su conservacion.

¿Habeis oido jamás una perfidia semejante? Pueblos vasco-navarros y voluntarios: elejid entre vuestro rey y el traidor que de una manera tan vil corresponde á la confianza que habíais puesto en él, entre vuestro deber y vuestra deshonra; y en fin, entre el gobierno prudente y justo de vuestros padres y el inmoral y desordenado de la constitucion de Madrid. Vuestra decision, la lealtad que es innata en vosotros, y vuestra constancia, no dejan dudar de vuestra eleccion; seguid á vuestro rey, y estad seguros de que S. M. no os abandonará en vuestros peligros y fatigas, hasta que se haya obtenido una paz verdadera y proporcionada á los sacrificios que habeis hecho por espacio de seis años.

»Cuartel jeneral de Lecumberri 31 de agosto de 1839. Por real órden.—Paulino Ramirez de la Piscina.

»En vista de la infame conducta de D. Rafael Maroto, S. M. le ha declarado traidor, sujeto á todas las penas que las leyes señalan para el delito de traicion, y puesto fuera de la ley.»



CAPÍTULO XI.

Proclama de Guibelalde al tomar el mando de la comandancia jeneral de Guipúzcoa.—Sucesos de los dias 30 y 31 en Vergara. —Proclama de Espartero del 1.° de setiembre.—Resolucion adoptada por los batallones 5.° y 12.° de Navarra.—Asesinato del jeneral Moreno.—Marcha de los batallones sublevados á Lecumberri.—Sucesos en la corte de D. Cárlos.—Los batallones 5.º y 12.º retroceden á Vera.—Sale la corte de Lecumberri para Elizondo.—Retirada de D. Cárlos y de sus tropas hácia la frontera de Francia.—Ultimo encuentro de los carlistas con los cristinos en Urdax.—Entrada de D. Cárlos y sus tropas en Francia.—Rendicion de todos los puntos que aun conservaban los carlistas, y fin de la guerra en las provincias vascongadas y Navarra.

Ya dijimos en la pájina 174 de este tomo, que Don Carlos habia nombrado comandante jeneral de Guipúzcoa á Guibelalde, uno de los mas adictos defensores del príncipe proscrito. Guibelalde, pues, al tomar el mando, publicó la proclama que á continuacion insertamos:

«Guipuzcoanos: la mas horrible perfidia habia urdido una trama, que conspiraba á la ruina de la sagrada persona del rey, y á la de nuestros intereses, y que si hubiera llegado á tener efecto, hubiera colmado el abismo de nuestros males.

»Algunos hombres perjuros, olvidando sus deberes, han abusado de vuestra sencillez é inocencia para entregaros, á pretesto de paz, en manos de vuestros enemigos. Los dos jefes rebeldes, compañeros en las revoluciones de América, y guiados por los mismos principios, son los autores de ese plan maquiavélico, conforme al cual, Maroto, ganado por el oro que ha recibido, hace á Espartero dueño de vuestro pais, sujetándoos al vergonzoso yugo constitucional de Cristina, contra el cual habeis combatido por espacio de seis años con admiracion del mundo entero, para continuar como hasta aquí siendo gobernados por el de los descendientes de San Fernando, y para conservar vuestros fueros y privilejios, que por tanto tiempo han hecho la felicidad de estas hermosas provincias. ¿Permitireis ahora que vuestro pais sea presa de vuestros enemigos? ¿Os dejareis engañar aun, conociendo ya los medios de que se han valido para arrastraros al abismo? Cese vuestra ceguedad. Guipuzcoano soy yo, como vosotros, bien lo sabeis; con vosotros he empezado esta gloriosa campaña y con vosotros quiero terminarla combatiendo. Los navarros y alaveses nos dan el ejemplo; unámonos á ellos, y ese enemigo que por la facilidad que se le ha dado ha penetrado en esta leal provincia, encontrará en ella su sepulcro. De este modo es como será sólida la paz. Aseguremos con ella las propiedades y empleos que el rey ha tenido á bien concedernos, y no del modo que el enemigo nos promete; que tambien las viudas y huérfanos de vuestros compañeros, muertos en el campo del honor, serán socorridos por la piadosa mano del rey y de sus augustos descendientes. No ignorais que S. M. os mira como la mas preciosa joya de su corona. Morir combatiendo con fidelidad, tal es nuestra divisa. *Viva la relijion, viva el Rey.*

»Cuartel jeneral de Andoain, 31 de agosto de 1839.»—GUIBELALDE.»

A consecuencia de lo convenido en Oñate el dia 29, pasó Espartero el 30 con su escolta á Vergara, en cuya ciudad debia unírsele Maroto con los ventiun batallones y tres escuadrones que habian sido incluidos en el tratado; pero al entrar Espartero en Vergara solo encontró á Maroto con su estado mayor, los jenerales Urbistondo, la Torre y algunos otros jefes que esperaban la llegada del jeneral cristino. Maroto dijo á Espartero que así él como los demas que estaban en su compañía habian ido á Vergara para probarle la sinceridad con que habian firmado el convenio; pero que tenia el disgusto de anunciarle que ninguno de los batallones inclusos en él habia obedecido su órden de marchar á Vergara, dando por razon que no podian confiar en el convenio, hasta que las córtes reconocieran sus fueros. Este accidente imprevisto dejó paralizados á todos; nadie sabia qué decir, y Maroto, interpretando aquel silencio jeneral como de mal agüero para su persona, dirijiéndose al coronel Wilde que se hallaba presente, reclamó la proteccion de la Inglaterra: entonces le aseguró Espartero que nada tenia que temer personalmente así él como los demas oficiales.

Urbistondo y la Torre ofrecieron marchar adonde estaban sus batallones y hacer un nuevo esfuerzo para decidir á sus tropas á que aceptasen el convenio y obedeciesen las órdenes de Maroto. Admitióse su oferta y consiguieron su objeto, pues volvieron por la tarde, trayendo consigo una copia del convenio con la aceptacion de sus condiciones, firmada por los comandantes de todos los batallones, por sí mismos y por su tropa, y la promesa de que al dia siguiente irian á Vergara.

El 31 por la mañana supieron que los castellanos estaban en camino, pero que aun titubeaban los vizcainos y guipuzcoanos, diciendo los últimos que esperarian á Espartero en Andoin, y allí cumplirian las condiciones del

convenio. Al llegar los castellanos y los tres escuadrones, formaron entre dos divisiones de las tropas de la reina, y Epartero les arengó ofreciéndoles la eleccion entre permanecer al servicio de la reina ó volverse á sus casas; muchos elijieron continuar sirviendo, y aquella misma tarde marcharon acompañados por una brigada de las tropas de la Reina, á Cuzcurita, cerca de Haro, donde permanecieron á las órdenes de Urbistondo.

Entretanto se recibió la noticia de que se acercaban los batallones vizcainos, y que detrás iban otros tres batallones y cuatro compañías de guipuzcoanos; al llegar dichas tropas les dirijió tambien la palabra Espartero, y respondieron con algunos vivas. Despues pusieron las armas en pabellones y se mezclaron libremente con las tropas de la reina, reinando entre todos bastante armonía. Sin embargo, manifestaron que estaban determinados á conservar sus armas, hasta que el convenio estuviese ratificado por las córtes, y concedida toda la parte esencial de los fueros, y Espartero creyó prudente no tratar de desarmarlos: de consiguiente, los vizcainos marcharon á Elorrio y los guipuzcoanos á Mondragon.

Al siguiente dia, y con objeto de atraer á los demas batallones que Maroto no pudo conseguir se adhiriesen al convenio, publicó el jeneral cristino la siguiente proclama:

«*El capitan jeneral D. Baldomero Espartero á los pueblos vascongados y navarros.*

«Cuartel jeneral de Vergara 1.° de setiembre de 1839. —Seis años de una guerra que jamás debió encenderse en estas hermosas y florecientes provincias, las han reducido al lamentable estado en que hoy se miran. La flor de su juventud ha sido víctima en los combates. El comercio ha sufrido quiebras y menoscabos. La propiedad siempre invadida ha reducido á la miseria á sus dueños y colonos. Las artes y oficios han participado de la para-

lizacion que constituye la ruina de infinitas familias. Todo, en fin, ha esperimentado el desconcierto y la amargura, haciendo cruel y precaria la ecsistencia.

»Contemplad vascongados y navarros, vuestra presente situacion. Comparadla con la felicidad que disfrutábais en otros tiempos; y no podreis menos de confesar que el azote de tan sangrienta lucha cambió el bien por el mal, el sosiego por la zozobra, las costumbres pacíficas de vuestros mayores por un deseo de esterminio, la ventura por todas las desgracias. ¿Y contra quién y por quién se ha hecho la guerra? Contra españoles por españoles; contra hermanos por hermanos.

»Vosotros fuísteis sorprendidos (1). Se os hizo creer en

(1) Este ha sido siempre el tema favorito de los partidarios de la reina; para hacer creer que los que peleaban en las provincias vascongadas y Navarra en favor de D. Carlos, no lo hacian por amor y adhesion á este príncipe, han supuesto siempre que aquellos naturales fueron engañados. No necesitamos esforzarnos para convencer de lo contrario à los que han hablado de esta manera, porque asi ellos, como todo el mundo, saben que ni en el principio de la insurrecion en aquellas provincias, ni en todo el tiempo que duró la guerra, se oyó hablar de los fueros en las filas carlistas hasta que apareció Muñagorri á representar su ridícula farsa; y aun entonces ya se vió el écsito que tuvo el escribano de Verástegui. Los navarros y vascongados se declararon espontáneamente en favor de D. Carlos tan pronto como supieron la muerte de Fernando VII, y cuando aun estaba D. Carlos en Portugal. Si estos hubieran tomado las armas en favor de la causa carlista, únicamente porque en ella veian simbolizada la defensa de sus antiguas leyes y franquicias, hubieran corrido presurosos á aumentar las filas de Muñagorri tan luego como levantó la bandera de *paz y fueros;* mas lejos de eso, solo pensaron en perseguirle hasta que desapareció enteramente de la escena política el nuevo partidrio, que, como ya hemos dicho al principio de este tomo, tuvo que refujiarse en Francia con los poquísimos que pudo reclutar, y renunciar á su empresa, bien desengañado así él como sus protectores, de que la bandera fuerista no tenia simpatías entre los que con tanta constancia y entusiasmo peleaban no solo por D. Carlos sino por los principios que este príncipe representaba.

un principio que los defensores de Isabel II atentaban contra la relijion de nuestros padres, y los ministros del Altísimo que debieran haber cumplido la ley del evanjelio, y su mision de proclamar la paz, cuidando de curar las conciencias, fueron los primeros que trabajaron por encender esa guerra intestina que ha desmoralizado los pueblos, donde las virtudes tenian su asiento.

»Vosotros luego fuísteis engañados por un príncipe ambicioso que pretende usurpar (1) la corona de España á la sucesora de Fernando VII, á su lejítima hija la inocente Isabel. ¿Y cuáles son sus derechos? ¿Cuál el justo motivo de haberos armado en favor de D. Carlos? ¿Qué ventajas positivas os habia de reportar un soñado triunfo? Persuadíos, navarros y vascongados, del error, de la injusticia de la causa que se os ha hecho defender, y de que jamás hubiérais alcanzado otro galardon que consumar vuestra ruina.

»Yo sé que los pueblos están desengañados: que en su corazon sienten estas verdades, y que aman y desean la paz á todo trance. La paz ha sido proclamada por mí en Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, y esta palabra dulce y encantadora ha sido acojida con entusiasmo y victoreada con enardecimiento.

»El jeneral D. Rafael Maroto y las divisiones vizcaina, guipuzcoana y castellana, que solo han recibido desaires y tristes desengaños del pretendido rey, han escuchado ya la voz de paz, y se han unido al ejército de mi mando para terminar la guerra. Los campos de Vergara acaban de ser el teatro de la fraternal union. Aquí se han reconciliado los españoles, y mútuamente han cedido de sus diferencias, sacrificándolas por el bien jeneral de nuestra desventurada patria. Aquí el ósculo de paz y la incorporacion de las

(1) Mal puede tacharse de ambicioso y usurpador á un príncipe que solo defendia los derechos que su conciencia le presentaba como lejítimos, porque estaban fundados en la ley de sucesion de la monarquía, alterada por Fernando VII, poco antes de su muerte, en favor de su hija Doña Isabel.

contrarias fuerzas, formando una sola masa y un solo sentimiento, ha sido el principio que ha de asegurar para siempre la union de todos los españoles bajo la bandera de Isabel II, de la constitucion de la monarquía, y de la rejencia de la madre del pueblo, la inmortal Cristina. Aquí se ha ratificado un convenio que abraza los intereses de todos, y que aleja el rencor, la animosidad y el vértigo de venganza por anteriores estravíos. Todo por él debe olvidarse, todo por él debe ceder jenerosamente ante las aras de la patria. Y si las fuerzas alavesas y navarras, que tal vez por no tener noticia no se han apresurado á disfrutar de sus beneficios, quisiesen obtenerlos, dispuesto estoy á admitirlos y á emplear todo mi esfuerzo con el gobierno de S. M. la reina para que muestre á todos su reconocimiento.

»Vascongados y navarros: que no me vea en el duro y sensible caso de mover hostilmente el numeroso, aguerrido y disciplinado ejército que habeis visto. Que los cánticos de paz resuenen donde quiera que me dirija. Que se consolide por siempre la union, objeto de mis cordiales y sinceros votos, y todos encontrareis un padre y protector en—El Duque de la Victoria.»

El 4 de setiembre por la tarde llegaron á Vergara los cuatro batallones y medio que quedaban de guipuzcoanos, ascendiendo á aquella fecha el número de los que se habian adherido al convenio, unos voluntariamente y otros alucinados, á veintiun batallones y tres escuadrones. De los que llegaron el referido dia 4 se separaron y marcharon á sus casas unos mil quinientos hombres. De toda la division guipuzcoana solo trescientos ó cuatrocientos elijieron el continuar sirviendo; todos los demas dejaron las armas, y prefirieron mas bien tomar los pasaportes para regresar á sus pueblos, que conservar las armas para emplearlas contra una causa defendida por ellos hasta entonces con tanta constancia y heroismo.

Volvamos ahora la vista á los batallones que permanecian fieles á D. Carlos y á los sucesos ocurridos en su córte.

El 31 avisò Elío á Echeverria que habia tenido noticias de que la guarnicion de Irun iba á intentar una salida, por lo cual era urjente que los batallones 5.° y 12.° tomasen posiciones para cubrir á Vera y defender la frontera. Echeverria obedeció inmediatamente las órdenes de Elío, y él se quedó en Lesaca con una sola compañia para conservar las comunicaciones con el cuartel real. Si Elío, que entonces debia estar ya convencido de los planes de Maroto, se hubiese declarado abiertamente contra los que le habian ayudado en la ejecucion de sus proyectos, los sublevados se hubieran puesto inmediatamente á sus órdenes, incorporándose con el resto de los batallones de Navarra; pero la conducta ambigua de aquel jeneral le hizo sospechoso: creyeron que pertenecia al partido marotista y que pretendia obligar á D. Carlos á que pasase á Francia.

Desde el 31 de agosto hasta el 3 de setiembre, todo permaneció en la frontera en el mismo estado, y varias personas pasaron por Vera para introducirse en Francia sin que nadie les inquietase, entre otras el P. Jil, los jesuitas de Loyola, doña Pilar Fulgosio (á quien D. Basilio Garcia proporcionó escolta en virtud de una órden que para ello envió Echeverria desde Santistevan) el brigadier Abaurre, el coronel Gordillo, y algunos otros oficiales.

El dia 4, el jeneral Elío trasladó una órden al comandante del 5.° batallon, mandándole que dejase pasar libremente á cuantas personas quisieran refujiarse en Francia. El mismo dia pasó el comandante Aguirre con su hermano á casa de D. Basilio Garcia y le dijo: «Los oficiales y soldados de los batallones estan furiosos, pues aunque Maroto no está ya entre los carlistas, ven que la causa del rey va á peor cada dia, y que no se toma ninguna medida para reparar los males que la traicion nos ha causado; ven, por fin que no era Maroto el único traidor, y que no lo son menos los que todavia rodean á D. Carlos. Aun se nos podria sacar del abismo en que hemos caido, y lejos de eso, cada vez nos metemos mas en él; por consiguiente estan resueltos á

marchar al cuartel real. En tal caso preveo grandes desgracias, y seria bueno que fuese V. á ponerse de acuerdo con D. Juan acerca de lo que debemos hacer.»

Con efecto, García pasó á Santistevan y manifestó á Echeverría lo que habia, en presencia del jeneral Arroyo y otros jefes; y despues de haberlo discutido entre todos, se decidió que el dia siguiente volviese el jeneral García á Vera, y emplease todos los medios posibles para calmar los espíritus; lo que efectivamente pudo conseguir por aquel dia.

El dia 6 llegó á Vera Echeverría con intencion de pasar á Francia, en cumplimiento de las nuevas órdenes de D. Carlos, que le habia enviado la víspera el jeneral Merino; pero los comandantes y oficiales de los batallones 5.° y 12.° se reunieron en junta, y decidieron ponerse en marcha el dia siguiente al rayar el alba hácia Lecumberri con nueve compañías, á fin de abrir los ojos á D. Carlos acerca de los peligros que amenazaban á su causa, y hacerle conocer la necesidad de separar de su persona y consejos á Eguía, Montenegro y otros. Despues del consejo pasaron á casa de D. Juan Echeverría, á quien dieron parte de lo que habian determinado, y le rogaron, igualmente que á D. Basilio Garcia, que se pusiesen á su cabeza. Uno y otro lo rehusaron, y emplearon las observaciones y los ruegos para hacerles desistir de su intento; pero todo fué ya inutil, porque se mostraron tan resueltos en la voluntad que habian manifestado de llevarlos consigo, que temiendo Echeverría y Garcia que cometieran algun esceso si no cedian, prometieron seguirles, aunque bajo la condicion de que habian de observar la mas estrecha disciplina, y de que obedecerian todas sus órdenes.

En la mañana del 6 de setiembre fué asesinado el jeneral D. Vicente Gonzalez Moreno, en la Villa de Urdax, por algunos soldados del 11.° batallon de Navarra, que se hallaban acantonados en dicho punto. Véase cómo refiere este suceso D. Antonio Acena, ayudante de campo del espresado jeneral.

«Hízose correr la voz de que el jeneral Moreno pasaba á

Francia con algunos cajones de dinero; con este pretesto varios sarjentos y soldados le sacaron de su alojamiento entre los gritos de *muera el jeneral Moreno*, y pocos instantes despues cayó herido por una bala de fusil, y atravesado de bayonetazos. Inútil fué la serenidad con que se presentó á ellos, asegurándoles que no pasaba á Francia, y que únicamente iba á conducir á su esposa hasta la frontera; no le escucharon porque su muerte estaba decidida.

»Aquella misma mañana el jeneral Moreno habia solicitado y obtenido del gobernador D. Fermin Irribarren una escolta de un oficial; el comandante Mendoza la negó al principio, aunque se le pedia de parte del gobernador; pero habiéndose presentado el jeneral, le prometió Mendoza que se la daria. Llegada la hora de marchar, dijo el oficial nombrado para mandar la escolta que no podia acompañar al jeneral, porque las órdenes que acababa de recibir de Mendoza le obligaban á salir para Zugarramurdi.

En tanto que el comisionado de policía de la frontera, Eguilaz, estendia el pasaporte para las señoras Moreno, llegó otro oficial encargado de escoltarlas; pero en el tiempo que se perdió en estas disputas, y en estas idas y venidas, cometieron los soldados su infame atentado; y despues de haberle perpetrado recorrian todavia las calles, gritando: *mueran los traidores; mueran los edecanes de Moreno; viva Elío; muera Maroto.*

»Si un observador imparcial fija un poco su atencion en estos gritos, en las dificultades que de propósito se opusieron á la marcha del jeneral y la retardaron; si reflexiona en el conocido afecto del 11.° batallon á Maroto y en la circunstancia de hallarse en la frontera y á media legua de Urdax, el consejero y amigo de aquel don José Manuel Arizaga; si á estas circunstancias añade la de haberse cometido el asesinato en presencia del comandante Mendoza, y sobre todo la de que el rumor de la muerte del jeneral Moreno habia circulado por los pueblos inmediatos algunas horas antes de que se cometiese el crímen, no podrá persuadirse de que aquella muerte fué

efecto de la casualidad ó de la insubordinacion de los soldados, sino de premeditacion anterior.»

El 7 á las seis de la mañana salieron de Vera y se pusieron en marcha los batallones 5.º y 12.º, comieron en Santistevan, y pasando por Eliorriaga, Iturzu, Zubieta y Zaldias, llegaron á las ocho de la noche á Arraras, que dista solas dos leguas de Lecumberri. Desde allí envió don Basilio á Nuñez, ayudante de campo del jeneral Uranga, á buscar al coronel Castillo que mandaba un escuadron de Castilla, y á rogarle que se reuniese á los batallones. Este paso tenia por objeto calmar la irritacion que se habia escitado en los navarros contra los castellanos, y el écsito coronó la buena intencion del jeneral, pues los castellanos fueron muy bien recibidos por los batallones, y se pasó tranquilamente la noche á dos leguas del cuartel real.

Al rayar el dia salió Velasco para Lecumberri, segun habia convenido con Echeverría y con García, y tan pronto como llegó solicitó una audiencia de D. Carlos. Admitido á su presencia le dijo que iba enviado por los batallones 5.º y 12.º para asegurarle de su afecto y fidelidad, y rogarle que les permitiera presentarse en su presencia. Declaró que si los batallones se habian sublevado habia sido porque conocian la conducta de Maroto, cuyos proyectos les habia prohibido favorecer su lealtad; pero que Maroto no era sin duda el único perjuro, pues si lo fuese se habrian tomado ya medidas enérjicas para prevenir las funestas consecuencias de su desercion, que eran la pérdida de la causa realista, y acaso la de la persona misma de D. Carlos. Velasco terminó pidiendo que tuviese á bien recibir á D. Juan y á D. Basilio, y pasar revista á los batallones. D. Carlos parecia muy dispuesto á conceder lo que se le pedia en nombre de los batallones; pero la princesa de Beira se opuso á ello, diciendo que sabia que los sublevados querian asesinarla (1). En vano le hizo presente Velasco

(1) Esto fué sin duda lo que hicieron creer á la princesa los marotistas encubiertos que aun rodeaban á D. Carlos, y que

que la habian engañado los que tenian interés en impedir que D. CARLOS conociese sus maniobras; en vano le dijo que injuriaba á D. Juan, á D. Basilio y á él mismo, cuando los servicios que habian hecho á D. CARLOS y el testimonio de una vida honrosa debian ponerlos á cubierto de toda sospecha; en vano se arrojó á sus pies, rogándole que no contribuyese á su propia ruina; todo fué inútil, y tuvo que retirarse sin haber conseguido nada.

La antecámara estaba llena de jente, que proferia los mas groseros insultos contra Echeverría, D. Basilio y los batallones: Velasco tomó su defensa; acaloróse la discusion, y Villareal le amenazó con que le haria fusilar acto contínuo. Velasco salió de palacio y se fué á casa de un amigo suyo, con la esperanza de que D. CARLOS lo reflecsionaria mejor y le llamaria. Efectivamente, poco despues fueron á buscarle para que pasase á palacio; pero Velasco respondió que no reconocia que aquel fuese el palacio del rey, sino que mas bien le habia parecido una taberna, y que no podia volver sin riesgo á un paraje donde le habian insultado y amenazado. A corto rato le envió á decir D. CARLOS que si los batallones y sus jefes hacian una esposicion sumisa y moderada en que le espusiesen sus deseos, estaba pronto á recibirla.

Tan luego como Eguía supo que se aprocsimaban los batallones, mandó formar los alaveses y el batallon cántabro. Habiéndosele presentado en la plaza el comandante de la guardia real, le insultó, diciéndole que iba á mandarlos fusilar á todos; y aunque el comandante protestó que estaba siempre dispuesto á obedecer las órdenes de su rey, le mandó Eguía que entregase el mando de su batallon á su segundo D. Pio Luis de Berrueta. El comandante se dirijió á palacio é informó á D. CARLOS de lo que

enemigos de la causa de este príncipe, trataban de evitar, por cuantos medios estuviesen á su alcance, que D. CARLOS pudiera reponerse del fatal golpe que habia recibido en Vergara, y procuraban hacerle sospechosos á sus mas fieles servidores.

acababa de pasar: el príncipe le dijo que continuase con el mando, que él se encargaba de hablar á Eguía. Un batallon alavés se colocó frente á palacio; Villareal mandó cargar las armas, y en seguida dispuso que la guardia formase delante de la puerta, prohibiéndole que cargase sus fusiles; por fin colocó la última compañía del batallon detras de la guardia, que no pudo menos de inquietarse al observar estas disposiciones, porque viéndose colocada entre dos fuegos, creyó que se trataba decididamente de sacrificarla.

Interin pasaba esto en Lecumberri, los sublevados se habian adelantado hasta Aldaz, á media legua de dicho pueblo; allí Echeverría y D. Basilio les mandaron hacer alto á fin de dar á Velasco el tiempo necesario para desempeñar su comision; pero las compañías se alborotaron, diciendo que esta mision no tenia otro objeto que el de advertir á los traidores y dejarlos escapar. Echeverría les recordó sus promesas de obedecerle y no entregarse á ningun esceso; mas á pesar de todo fué necesario ponerse otra vez en marcha hasta dar vista á Lecumberri, donde hicieron alto nuevamente. Algunos instantes despues se presentó Crespi, ayudante de campo del jeneral Eguía, el cual venia á reconocer qué tropa era la que se acercaba, y de quién habia recibido órdenes para hacerlo, á lo que respondieron que eran algunas compañías de los fieles batallones 5.° y 12.° que venian á rogar á D. Carlos que arrojase de su lado á los que le vendian, y que esperaban las órdenes del rey, á quien habian enviado un diputado. Crespi se retiró, y á corto rato llegó Velasco, llevando la respuesta de D. Carlos.

En tanto que se escribia la esposicion que pedia D. Carlos, volvió Crespi adonde estaban las tropas, y les mandó que se retirasen á sus acantonamientos si efectivamente reconocian la autoridad del rey. Respondiéronle que se hallaban en comunicacion directa con D. Carlos, cuya soberana voluntad estaban dispuestos á obedecer. Echeverría preguntó á Crespi, qué jeneral era el que daba

órdenes de aquel modo; y habiéndole contestado que Eguía, añadió: «Pues nosotros no obedecemos á Eguía, porque vende á su rey.» Crespi se retiró, y el comandante Castillo y otro oficial pasaron á palacio á saber la última voluntad de D. Carlos; mas antes que volviesen, Echeverría y D. Basilio hicieron retirar á sus tropas, porque notaron que Villareal hacia adelantar algunos batallones, maniobrando de manera que pudieran cojerles unos de frente y otros por retaguardia; y queriendo evitar una coalicion, prohibieron á los soldados que disparasen ni un tiro, aun en el caso de que fuesen atacados, para no confirmar á la princesa en la idea de que iban á asesinarla.

Apenas principiaron la retirada, cuando los alaveses, que iban á la vanguardia, se unieron á la retaguardia del 5.°, gritando: *viva el rey; mueran los traidores: á Lecumberri, á echar de allí á todos los que venden al rey*. Echeverría y D. Basilio hicieron los mayores esfuerzos para contener á los soldados del 5.° cuya resolucion se aumentaba al verse sostenidos por los alaveses á quienes habian enviado contra ellos; mas al fin pudieron conseguirlo y continuaron su marcha hasta Arraras, donde se detuvieron para pasar allí la noche. Los dos oficiales enviados por Echeverría y García fueron recibidos por D. Carlos; pero Eguía y Villareal que se hallaban presentes, se encolerizaron de tal modo, amenazándoles con que harian fusilar á ellos y á todos los soldados del 5.° y 12.° que encontrasen fuera de sus acantonamientos, que los dos oficiales tuvieron que retirarse sin ser siquiera oidos.

D. Carlos salió de Lecumberri el 8, con direccion á Elizondo. Al llegar á Iraizos, dijo Villareal á Zárate, comandante de la guardia, que la voluntad de D. Carlos era que entregase el mando á su segundo: Zárate obedeció y estuvo privado de su empleo hasta el 11, que Villareal le mandó volviese á tomar la comandancia, pues solo le habia suspendido por sospechar que estuviese en relaciones con Echeverría y el 5.° batallon, en cuyo caso se temia su influjo en la guardia. . . . .

El 9 por la noche llegaron los batallones 5.° y 12.° á Santistevan; Echeverría y D. Basilio arengaron á los soldados alabándoles por su obediencia y buena conducta; y se escribió y envió á D. Carlos la esposicion.

El 10 al mediodía, habiendo vuelto ya todos á Vera, llegó el cura de Elizondo, á quien enviaba D. Carlos para decir á Echeverría, á D. Basilio y á los hermanos Aguirre, que deseaba que se volviesen á Francia, y que cuando los necesitase les haria venir á su lado; á lo cual respondieron todos que no tenian otra voluntad que la de su rey y que estaban siempre dispuestos á obedecerle.

El 11 se reunieron los oficiales de los batallones, enviaron á buscar al cura de Elizondo, y le rogaron que dijese á D. Carlos en su nombre, que no permitirian que se ausentasen aquellos cuatro individuos; sino al contrario, deseaban que D. Carlos llamase á su lado á todos los que habian sido desterrados por Maroto. Añadieron que aunque no tenian gran confianza en Elío, le obedecerian sin embargo, puesto que tal era la voluntad de don Carlos.

Echeverría y D. Basilio deseando obedecer ciegamente las órdenes de D. Carlos, á pesar de la oposicion de los batallones, se acercaron á la frontera de Francia con la esperanza de poderla atravesar, pero era tal la vijilancia con que estaban los soldados para impedirles que desertasen de su causa, como ellos decian, que no pudieron efectuar su proyecto.

El 12 por la tarde recibió Echeverría la carta siguiente del vicario de Elizondo.

«Elizondo 11 de setiembre, á las once de la noche. —Mi querido amigo: no he escrito á V. inmediatamente, porque S. M. me habia dicho que me enviaria á llamar. Efectivamente, acaba de llamarme, y me ha dicho que V. y D. Basilio podian dirijirle una respetuosa esposicion, escrita en términos muy moderados, en que le pidiesen permiso para permanecer en España. S M. dice

que: lo primero de todo es rechazar al enemigo, y que para esto debe reinar la mas estrecha union entre todos los carlistas; sobre todo entre las tropas que se hallan á las órdenes de Elío. S. M. autoriza á los Aguirres para que hagan igual peticion. En cuanto á la separacion de las personas que rodean á S. M., ecsijida por los batallones, no se presenta del todo mal, como tampoco el resto de los negocios.»

«Soy de V. afectísimo amigo y servidor.—Juan Nicolas.»

Los batallones sublevados recibieron órden de Elío para pasar á un punto que les señalaba, dejando en Vera una fuerza suficiente para defender la villa en caso de ataque. Los oficiales se reunieron, y se decidió que se obedeciese aquella órden. El 13 salieron de Vera los batallones con arreglo á la órden de Elío, dejando allí dos compañías para su defensa.

Aquel mismo dia entraron los cristinos en Santistevan, pasando por los puertos de doña Maria y de Velate, que el comandante carlista habia dejado descubiertos por una neglijencia bien culpable.

En la retirada hácia la frontera de Francia se separaron de D. Carlos sin pedirle licencia, y aun sin despedirse de él, el P. Cirilo, Valdespina, Erro, Otal, Ramirez de la Píscina, y otros varios; però lo que sorprendió mas que todo á D. Carlos fué la precipitada y secreta fuga del ministro de la guerra, y así es que dijo aflijido á Marcó del Pont: «Sabes que tambien Montenegro me ha dejado? Tú eres hoy el único ministro que me queda.» Abandonado, pues, por todos cuantos dirijian sus negocios, no tuvo D. Carlos mas recurso que el de acercarse á las fronteras, á fin de buscar refujio en Francia. El 13 salió de Elizondo para Urdax, adonde llegó á mediodia; y escribiendo poco despues que Espartero habia entrado en Elizondo, envió al jeneral Zabala á preguntar á las autoridades francesas de la frontera, sin en el caso de

que desease entrar en aquel reino se le concederia permiso para ello, y cómo le recibirian. El jeneral Harispe, á nombre de su gobierno, contestó afirmativamente, añadiendo que seria recibido *con todas las atenciones y honores debidos á un príncipe desgraciado.*

El dia 14 por la mañana llegó Espartero con su ejército á Elizondo, en donde recibió la noticia de que D. Carlos se hallaba todavía en Urdax con seis ó siete batallones navarros y alaveses y uno de cántabros.

En su consecuencia mandó que los bagajes y municiones de reserva quedasen en Elizondo; é inmediatamente se adelantó con una division hácia Urdax que dista cuatro leguas, determinado á no perder tiempo, y obligar á Don Carlos á que atravesase la frontera de Francia, ó cojerle prisionero.

A las dos de la tarde se presentaron las avanzadas de Espartero en las alturas de Urdax y empezaron un fuego muy vivo contra el batallon cántabro, que defendía las inmediaciones del pueblo. Noticioso el jeneral Zabala de que se aprocsimaba Espartero, envió á uno de sus ayudantes de campo para dar aviso á D. Carlos, el cual montó inmediatamente á caballo, como tambien la princesa, y los demás príncipes; y colocados todos en el centro de la guardia real se emprendió la marcha hácia la frontera. Apenas estaría la augusta familia á cien pasos del pueblo, encontraron al jeneral Elío que se dirijía al punto de la accion, viniendo de su alojamiento, situado entre Urdax y la frontera. Se detuvo y previno al comandante de la guardia de infantería que volviese hácia donde se oía el fuego; opúsose á ello el infante D. Sebastían, y mandó á los soldados que siguiesen adelante; pero habiendo insistido Elío, tuvo que ceder el príncipe, y la compañia volvió á Urdax, donde Villareal mandó que pusiese los fusiles en pabellones cerca del convento.

D. Carlos y su familia continuaron su camino y entraron en Francia.

No quedaban ya tropas carlistas en Urdax y llegaban los cristinos; el comandante de la guardia vió el peligro en que se encontraba, y no permitió á sus soldados que dejasen las armas; pero no sabiendo de quién recibir órdenes, y viendo ademas que no habia otra tropa que le sostuviese, y que los de la reina se acercaban en gran número, abandonó el puesto, y pasando el canal se atrincheró detras de una pared, desde la cual hizo un fuego vivísimo que contuvo un poco á los cristinos. Al ruido del fuego llegaron por detras del pueblo Elío y Villareal y mandaron á la guardia que se retirase, lo cual verificó sin obstáculo hasta el fuerte de Urdax. Allí formó Villareal la guardia, y continuó el fuego hasta que se presentaron los cristinos con bastante fuerza, sobre todo de caballería. La guardia continuó su retirada, y habiendo formado en batalla cerca del puente que forma el límite entre los dos paises, permaneció allí hasta que pasaron todos; entonces Villareal mandó que continuase su marcha y todos entraron en el territorio francés.

El mismo dia lo verificaron D. Juan Echeverría, el jeneral García, Velasco y los batallones sublevados, terminando así la insurreccion de Vera, que principió con la intencion de salvar la causa carlista y la persona de D. Carlos, cuya retirada á Francia realizó los justos temores de los desterrados y de los verdaderos realistas.

Las autoridades francesas les obligaron á que dejasen las armas, segun iban llegando, y en la mañana del 15 entregaron á los comisionados, enviados al efecto por Espartero, los armamentos y fornituras, hasta el número de cuatro á cinco mil.

El subprefecto de Bayona y un coronel francés pasaron á Urdax á informar á Espartero de que D. Carlos habia sido conducido á San Pée, y que aquel mismo dia, pasaria á Bayona á esperar las órdenes del gobierno francés respecto á su destino futuro: los oficiales y sol-

dados fueron reunidos en depósitos en los pueblos inmediatos, ínterin se daban los pasaportes á los que quisieran volver á sus casas.

Espartero resolvió permanecer todavía algun tiempo en Narvarra hasta la total estincion de las partidas carlistas que restaban en el pais, y entrega de los puntos que aun poseian, con objeto de pasar despues á Aragon contra el ejército del valiente Cabrera.

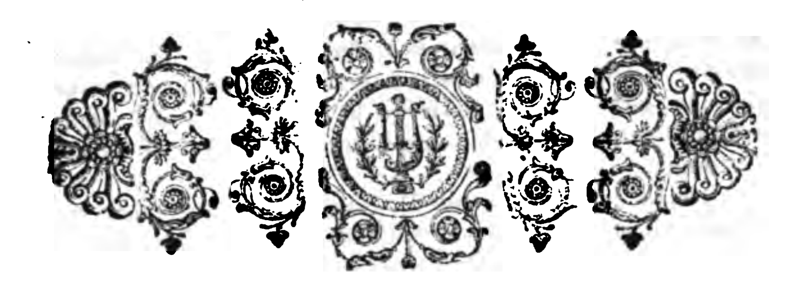
El espresado dia 15 entró en Francia, pasando por Roncesvalles, el jeneral Zariátegui con alguna caballería, despues de haber evacuado el fuerte de la Borda de Iñigo, que ocupó el mismo dia el jeneral D. Diego Leon. Los batallones 8.° y 10.° de Navarra que estaban á las órdenes de Zariátegui, se disolvieron por sí mismos y se retiraron á sus casas.

El cuartel jeneral de Espartero salió de Urdax el 18 para Elizondo, y el 20 llegó á Pamplona. En la tarde de este dia se presentó en dicha plaza el primer batallon de Navarra, compuesto de unos cuatrocientos hombres, y entregó las armas. Al mismo tiempo recibió Espartero la noticia de que el brigadier carlista Ortigosa habia entregado la plaza de Estella y los fuertes inmediatos á las tropas que mandaba Castañeda. Rendida Estella, solo quedaban ya en poder de los carlistas la ermita fortificada de San Gregorio, cerca de los Arcos, en Navarra, y el castillo de Guevara en Alava.

El 22 salió Espartero de Pamplona para Estella, y desde esta plaza marchó el 23 á Logroño: en el camino se le presentó la guarnicion de la ermita fortificada de S. Gregorio, compuesta de unos cincuenta hombres, habiendo entregado el fuerte á las tropas de la reina la noche anterior, y el dia 26 se rindió el castillo de Guevara; de modo que no quedó en las provincias ni un solo punto fortificado en poder de los carlistas, y Espartero se preparó para marchar con su ejército á Aragon, Valencia y Cataluña, en cuyos puntos, á pesar de cuanto habia ocurrido en Navarra, aun se defendia con en-

tusiasmo la causa de D. CARLOS, y se disponian para hacer frente á las numerosas fuerzas que iban á caer sobre aquellas provincias, último baluarte de los amigos de la monarquía pura.





CAPÍTULO XII.

Pormenores de la entrada de D. Cárlos y su familia en el territorio francés.—Opinion de los periódicos de Francia contra la arbitrariedad cometida por el gobierno de Luis Felipe contra D. Cárlos, reteniendo á este príncipe como á un prisionero.—Paso de D. Cárlos por Limojes.—Recibimiento que le hace el clero de Chateauroux.—Llegada de Don Cárlos á Bourges.

Hay quien dice, aunque nosotros no podemos asegurarlo, que cuando D. Carlos conoció la falsa posicion en que se hallaba, por la defeccion de Maroto, pensó refujiarse en Francia; que los ingleses le enviaron comisionados para hacerle proposiciones de parte de su gobierno, con objeto de decidirle á que

se refujiase en la Gran Bretaña; pero que D. CARLOS mostró siempre repugnancia á poner su destino en manos de una potencia que entregó á Napoleon á los aliados cuando este emperador fué á pedirle un asilo contra sus enemigos.

Todos los amigos de D. CARLOS le aconsejaban que dejase el ejército y se refujiase en Francia, para librarse del peligro; D. CARLOS les contestó que solo abandonaria su puesto cuando ya no le quedase un soldado, y lo hubiera cumplido; pero fueron tan vivas y repetidas las instancias de sus fieles servidores, rogándole que no les espusiese á todos á tan eminentes peligros, arriesgando su persona, que al fin consiguieron que el príncipe se decidiese á pasar á Francia.

El 14 de setiembre, como ya dijimos, á la una de la tarde, atravesaron la frontera D. CARLOS, su esposa la princesa de Beira, y sus hijos, acompañados de un numeroso estado mayor. Era un espectáculo tierno y digno de admiracion el ver á aquellos valientes entrar en el territorio francés acompañando á su rey. La mayor parte de aquellos guerreros estaban cubiertos de gloriosas cicatrices: los navarros sobre todo, en medio de la desgracia conservaban aun aquella franca alegría que les es habitual. Contaban sus hazañas, referian en sus canciones las calamidades de la guerra, y deploraban la traicion de que habian sido víctimas. Y así como Napoleon al volver de la isla de Elva en 1815, dijo en la proclama que dirijió á su ejército: «Nosotros no hemos sido vencidos: dos hombres salidos de nuestras filas han vendido nuestros laureles, su príncipe y su bienhechor;» así tambien decian los navarros que ellos no habian sido vencidos; sino que un hombre salido de sus filas habia vendido sus laureles, su príncipe y la gloria del grande Zumalacarregui.

El marqués de Lalande, este valiente y decidido realista que tantos servicios prestó á la causa de D. CARLOS, se presentó á recibir al príncipe en la frontera pa-

ra evitarle el dolor de no encontrar mas que semblantes enemigos.

La ilustre familia fué conducida al principio á San Pée, despues á Bayona, y de aquí á Burdeos. Las autoridades francesas habian tratado de ocultar bajo el mas rigoroso incógnito el paso de los ilustres viajeros. Llegando á Burdeos al mediodia, *se permitió* á D. Carlos que se desayunára, y concluido el desayuno volvió á partir inmediatamente. El comisario central, M. Lassime, que esperaba á la entrada del puente, viendo allí reunidos gran número de ciudadanos, temió sin duda que quisieran arrebatarle su ilustre cautivo, y mandó al postillon que arreára los caballos, galopando él al estribo del coche, al cual seguian dos ciudadanos y cinco jendarmes.

La comitiva de D. Carlos se componia de tres coches; en el primero iban D. Carlos, su esposa, el hijo mayor de D. Carlos, y el infante D. Sebastian; en el segundo Vargas, ayudante de campo de D. Sebastian, Villavicencio, camarero de D. Carlos, la señora de Iglesias, dama de honor de la princesa de Beira, y un comisario de policía; y en el tercero un ayudante de campo del jeneral Harispe y tres criados de Don Carlos.

Mr. de Tinan, jefe de escuadron de estado mayor y ayuda de campo del mariscal Soult, llegó tambien á Burdeos, y se adelantó hasta el Bouscault para esperar al príncipe, á quien estaba encargado de acompañar hasta Bourges.

D. Carlos habia pedido detenerse en Burdeos á comer; pero las autoridades francesas no se lo permitieron; tal vez temerian que la presencia de esta noble víctima de su jeneral diese lugar en la ciudad á manifestaciones poco lisonjeras para los que habian estimulado la traicion. Mas dichoso fué el infante D. Sebastian, pues obtuvo permiso de detenerse en Burdeos: se paseó durante dos horas acompañado de un español y vijilado por un oficial de jendarmes. A las cinco y media volvió á empren-

der la marcha y se reunió con D. CARLOS en Mussidan, donde pernoctaron los augustos viajeros.

Al pasar D. CARLOS por el puente de Burdeos, dió cuarenta francos á los pobres, y fué saludado por gran número de aquellos habitantes. Muchas personas aspiraron al honor de hablar al príncipe; pero fueron rechazadas por la policía.

El varon de los Valles, fiel compañero de D. CARLOS, que participó de sus desgracias y de sus prosperidades, no llegó á Bayona hasta el dia 21 de setiembre; pues habia permanecido en su puesto hasta el último momento, saliendo de Urdax mucho tiempo despues que D. CARLOS. En San Pée fué arrestado por órden del subprefecto, que le hizo conducir á Bayona escoltado de jendarmes. Al llegar á las puertas de la ciudad el subprefecto le dejó libre diciéndole: «Nos ha jugado V. tan malas pasadas, que es muy útil tomar precauciones.»

Entre los numerosos refujiados, se vieron llegar á Francia en la misma época al conde de Casa-Eguía, al marqués de Valdespina, á la señora viuda de Zumalacarregui, y á un prelado portugués de edad muy avanzada, el obispo de la Guardia.

Si D. CARLOS entró en Francia, fué confiado en la formal declaracion hecha por el jeneral Harispe á nombre de su gobierno, de que seria recibido con los *honores* debidos á un príncipe desgraciado, y que quedaria en plena libertad de fijar su residencia futura bien en Francia ó en cualquier otro pais. Sin embargo, tales promesas eran falaces, pues el gabinete de las Tullerías habia señalado ya la ciudad de Bourges para residencia del príncipe proscrito, y todo estaba dispuesto para recibirle.

Cuando se supo que D. CARLOS habia partido de Bayona el 16 de setiembre para trasladarse á Bourges, y que debia permanecer en esta ciudad hasta que se *comprometiera á no volver á turbar la paz de la península*, muchos periódicos franceses elevaron fuertemente su voz contra este abuso del poder: «Conocemos demasiado bien, repe-

»tian, el carácter del rey, para dudar de su determinacion: »*nada firmará, ni nada prometerá.* Esta cautividad será un »acto odioso, un espantoso atentado de que todos los »reyes de Europa se harán solidarios, si permiten que »llegue á tener efecto.

»Bajo nuestros reyes el suelo de la Francia tenia el »glorioso privilejio de dar la libertad á quien la habia »perdido. La esclavitud quedaba abolida de derecho to»cando la tierra de S. Luis. Y en el dia, el réjimen que »nos han dado, ¿se atreverá á cambiar esta antigua cos»tumbre, y á tratar á un rey de la manera que ni aun »se hacia antes con los esclavos.

»Seria preciso que hubiésemos dejenerado mucho si no se »levantase contra el gobierno la mas ardiente oposicion....»

Asi se espresaban con corta diferencia la mayor parte de los periódicos franceses, órganos de la opinion pública, porque conocian la falacia de su gobierno en haber prometido á D. Carlos lo que despues no cumplió, y que cometia un atentado contra el derecho de jentes en retener prisionero á un príncipe desgraciado que habia pedido hospitalidad.

Sin embargo, los preparativos se continuaban con actividad en el palacio Panette, cuyo propietario desplegaba todo el celo y esmero posibles para hacer su habitacion digna del ilustre huésped que debia honrarla con su presencia.

El paso de D. Carlos por Limojes fué un acontecimiento notable; el infortunio y el valor reunidos, inspiraban un interés mas vivo que el de la curiosidad. La llegada de D. Carlos y su familia atrajo desde las once de la mañana al camino de Burdeos y á las inmediaciones de la casa que debia ocupar, una multitud inmensa, entre la que se notaba gran número de españoles refujiados, deseosos de volver á ver y saludar á su querido príncipe, por el cual habian combatido con tanto valor, y despues sobrellevaron con tanta resignacion las penas del destierro.

Por la mañana muy temprano, habian buscado muchos obreros para adornar la vasta posada de la Pirámide, designada por la autoridad para recibir á los augustos viajeros. El capitan de los jendarmes esperaba á D. CARLOS á alguna distancia de la ciudad; y despues de haberle pedido sus órdenes con toda la cortesía militar, acompañó el carruaje hasta la puerta de la posada. A las seis de la tarde hizo su entrada Don CARLOS en Limojes, en medio de un numeroso jentío que guardando el mayor silencio, parecia que contemplaba tristemente á aquel príncipe que caminaba á su destierro.

El prefecto introdujo á los augustos viajeros en sus habitaciones, y se despidió de ellos despues de haber dejado todos sus poderes á M. de Tinan, secretario del mariscal Soult, y encargado del arreglo interior de la casa de los príncipes, durante su viaje.

A las ocho de la noche todos los habitantes de Limojes se hallaban reunidos bajo las ventanas de la casa que ocupaba D. CARLOS. Cada uno queria penetrar con la vista hasta el sitio donde se hallaba en aquel momento el nieto de Luis XIV, el príncipe que hacia seis años tenia fija sobre sí la atencion de la Europa y del mundo entero. Notábanse sobre todo muchos oficiales, la mayor parte cubiertos con boinas encarnadas, llorando bajo las ventanas de D. CARLOS y maldiciendo la negativa que habian recibido de la autoridad á la peticion que hicieron para que se les permitiera ofrecer á los pies de Don CARLOS el homenaje de su respeto y adhesion.

Nadie pudo penetrar durante la noche hasta la habitacion de D. CARLOS, porque M. de Tinan negó todas las peticiones que se le dirijieron con este objeto. Hasta el abate Dubranle, cura de S. Pedro, á quien D. CARLOS habia enviado á llamar, fué despedido sin ver al príncipe. A pesar de las fatigas de un largo camino y de las penosas emociones de tan triste viaje, D. CARLOS y su familia no se recojieron hasta las once de la noche. Al dia siguiente

pasó á visitar á D. Carlos el obispo de Limojes acompañado de su vicario y su secretario, á quienes ya habian precedido, á peticion de D. Carlos, el abate Dubranle y el canónigo Ninard para celebrar el santo sacrificio de la Misa en una de sus habitaciones. D. Carlos y su familia se mostraron muy enternecidos al ver la atencion del venerable prelado, con el cual estuvieron conversando mas de una hora.

A las siete de la mañana emprendieron nuevamente su marcha los augustos viajeros por el camino de Bourges, en medio de una multitud tan grande y tan silenciosa como á su llegada. Un considerable número de realistas de la campiña, al saber la marcha de D. Carlos dejaron apresuradamente sus hogares para ir á presentarle el homenaje de sus votos y simpatías: para esto se necesitaba una doble autorizacion, la de D. Carlos y la de la autoridad francesa; la primera fué concedida inmediatamente, y la segunda negada sin piedad á pesar de las reiteradas instancias de los suplicantes.

D. Carlos manifestó el sentimiento que tenia de no haber podido recibir á los realistas de Limojes; y la princesa de Beira, al saber esta negativa, dijo á M. de Tinan con un jesto lleno de dignidad: «¿Acaso somos prisioneros de vuestro gobierno?» Viendo que el oficial vacilaba en contestar, añadió D. Carlos: «Al menos como á tales se nos trata; pero en mi cautividad manifestaré la misma enerjía que en medio de mis soldados.»

Tambien algunas señoras del pais manifestaron su adhesion á D. Carlos: viéronse muchas alrededor de la casa que habitaba el príncipe, demostrando sus simpatías con las lágrimas que derramaban. Dos de estas señoras que habitaban en las inmediaciones de Aix, se apresuraron á salir al encuentro á D. Carlos: tan luego como lo divisaron ajitaron sus pañuelos blancos con el entusiasmo del mayor afecto. Conmovido D. Carlos de las manifestaciones de adhesion de aquellas señoras que saludaban desde lejos su desgracia, mandó al cochero

que fuese al paso para dar tiempo á que pudieran acercarse aquellas señoras. Llegaron con efecto y besaron la mano á D. Carlos y á la princesa de Beira bañándola con sus lágrimas; pero las voces de Mr. Tinan mandando al postillon que apretase á los caballos, pusieron breve término á esta escena; porque el carruaje partió con la mayor celeridad.

El obispo de Limojes acompañó á los augustos viajeros hasta mas de una hora de distancia de la poblacion, y cuando llegó el momento de la despedida Don Carlos llevó á sus labios el anillo del prelado: este enternecido de aquel movimiento que manifestaba un sentimiento tan piadoso y resignado, levantó su venerable mano y bendijo á la augusta familia que se arrodilló relijiosamente. Esta escena hizo una profunda impresion en todos los que la presenciaron.

Al llegar D. Carlos á Chateauroux manifestó al prefecto que estaba acostumbrado á oir dos misas los domingos: dicho majistrado invitó á uno de los eclesiásticos de la iglesia principal para que fuese á celebrar la primera misa á la prefectura, lo cual tuvo efecto en un altar improvisado que el prefecto mandó poner en una de sus habitaciones. Hácia las diez de la mañana se dirijió D. Carlos, acompañado del prefecto, á la iglesia parroquial, á cuya puerta salió á recibirle todo el clero reunido: el celebrante le dió el agua bendita y el incienso, segun el rito acostumbrado: despues fué colocado en el santuario, donde recibió los honores debidos á los príncipes. Concluido el oficio divino, fué conducido nuevamente por todo el clero en procesion hasta la puerta de la iglesia, y recibió otra vez el agua bendita de manos del celebrante, el cual, á invitacion del ayudante de campo del mariscal Soult, la ofreció igualmente á la princesa de Beira y á los príncipes que les acompañaban. El pueblo, testigo del recojimiento de D. Carlos y de su profunda relijion, quedó mudo de enternecimiento, y D. Carlos recibió de aquellos habitantes las mayores muestras de respeto y simpatías.

Por último D. Carlos llegó á Bourges, sitio prefijado de mucho tiempo antes para su residencia. Antes de su llegada se habia esparcido la voz de que sería recibido en dicha ciudad con todos los honores debidos á su rango y á su infortunio: creíase tambien que el gobierno del justo-medio ocultaría su mano de yerro en un guante de terciopelo; pero no fué así, pues creyó que debia hacerla pesar enteramente desnuda sobre la cabeza del ilustre proscrito, ahorrándose de este modo tener que cubrirse con la máscara de la hipocresía.

No debe inculparse á las autoridades del departamento por su modo de proceder, porque sin duda obraban con arreglo á las órdenes qne habian recibido del ministerio francés, y esto no debe admirarnos: lo que si sorprende á cualquiera es que el gobierno de Luis Felipe se olvidase de que su ilustre prisionero pertenecía á la saugre real de España, y era pariente de los reyes de Francia. El hecho es que la llegada de D. Carlos á Bourges no fué precedida ni acompañada de otro aparato que el que se hubiera empleado para recibir un prisionero de estado, de lo cual nos convenceremos por la sencilla narracion de los siguientes pormenores:

La llegada de D. Carlos se habia anunciado vagamente en la noche del sábado para el domingo á las diez de la mañana, ó á las dos de la tarde. Algunas personas habian acudido al arrabal de Auron, por donde Don Carlos debía hacer su entrada. El número de los curiosos se aumentaba poco á poco, y á las dos de la tarde era ya inmensa la multitud: esta no solo ocupaba las calles por donde debia pasar la augusta familia, sino que se prolongaba compacta hasta el estremo del arrabal de Auron; y aun muchas personas se habian adelantado hasta una legua de la ciudad para ver antes á Don Carlos: nadie se retiró hasta despues de las siete, hora en que se verificó la entrada del príncipe. Verdaderamente que aquellos habitantes, en la paciencia que tuvieron de aguardar tanto tiempo, manifestaron qne no era una vana curiosidad

lo que les llamaba á aquel sitio; sin duda fué la causa la simpatía del mayor número para con el príncipe proscripto, y esto debe admirarnos mas si consideramos los esfuerzos que hicieron los periódicos ministeriales de Francia para presentar á D Carlos como un odioso tirano. A pesar de las conversaciones poco favorables á D. Carlos, que sostuvieron entre la multitud algunas personas que no pertenecian á aquel departamento, debemos decir en obsequio de la poblacion que en esta ocasion se condujo con el respeto debido al infortunio.

Apenas llegaron los carruajes á la entrada del arrabal cuando echaron los caballos á galope; pero en seguida, al final de la calle de Auron, tuvieron los postillones que llevarlos al paso para subir á la plaza del Arsenal, por la mucha jente que obstruía el paso hasta la casa donde hoy habita D. Carlos.

Ningun honor militar se tributó á los viajeros; la brigada de jendarmes de Bourges habia salido al encuentro de D. Carlos hasta San Florencio: dos jendarmes cavalgaban á los costados del coche, pero con los sables envainados, lo mismo que un destacamento de artillería que precedía á los viajeros desde su entrada en la ciudad; porque segun la consigna que habia recibido el oficial, solo habian acudido allí para mantener el órden.

En Bourges se han visto en otras ocasiones llegar presos de alguna importancia y recibirlos con idéntico aparato. Sin embargo, el jeneral Harispe habia dicho á D. Carlos que sería recibido como un príncipe desgraciado.

Llegados á su alojamiento los augustos viajeros, se presentó á recibirlos á la bajada del coche el prefecto del Cher; mas fueron tan pocos los preparativos que se habian hecho para la recepcion de estos personages, que sin embargo de que el prefecto habia llegado un cuarto de hora antes, no se habia encendido ni una sola luz para alumbrar el portal y la escalera; fué preciso llamar inmediatamente, y se vió salir á dos domésticos de cocina con dos velas, para que

el tio de la reina Isabel, el pariente de los reyes deFrancia, pudiese entrar en su triste habitacion.

Al dia siguiente de la llegada de D. Carlos se presentaron á ofrecerle sus respetos el arzobispo de Bourges y sus vicarios, los cuales fueron recibidos con distincion y benevolencia. El mismo dia fueron tambien recibidos por Don Carlos el prefecto y el teniente jeneral comandante de la division. Preparóse una capilla en una de las habitaciones de D. Carlos, el cual prometió al arzobispo ir frecuentemente á la catedral para implorar el socorro del Dios de San Luis. Siempre han sido lo mismo los Borbones de la rama primojénita: su fé y su valor han sobrepujado constamente á sus infortunios; por esto San Luis inspiró tan gran veneracion á los infieles.

Entre D. Carlos de España y Cárlos X de Francia ecsisten bastantes relaciones; pero solo haremos resaltar una, que es el desinterés, virtud rara que pasaría por una simpleza á los ojos de ciertas personas. Cárlos X al partir para Cherburgo llevaba un millon de francos y en el momento de embarcarse pagó á las tropas que le habian acompañado y devolvió quinientos mil francos que le sobraron: D. Carlos, en vez de aprovecharse de su permanencia en España para reunir tesoros y hacerlos pasar al estranjero, nada se reservó, todo lo repartió con sus soldados, y en el momento del infortunio se halló deprovisto de todo.

Al domingo siguiente la ciudad de Bourges fué testigo de uno de esos espectáculos imponentes que dejan siempre profundos recuerdos: D. Carlos y su familia asistieron á la misa mayor de la catedral despues de haber oido una misa rezada en su alojamiento. Nada conmovía mas los corazones tiernos que ver aquellos príncipes desgraciados ir á depositar á los pies de aquel que dá y quita, cuando le place, los tronos y coronas, el homenaje de su profunda resignacion á los decretos de la providencia, cualesquiera que fuese.

Al llegar los príncipes al pórtico de la catedral, sa-

lió á recibirlos el arzobispo acompañado de sus vicarios y precedido de la Cruz arzobispal: allí los incensó, segun la antigua costumbre, y les ofreció el agua bendita. En seguida fueron conducidos á los asientos que les habian preparado en la iglesia.

Habíanse colocado con anticipacion á la izquierda del altar mayor cuatro sillones y cuatro reclinatorios cubiertos de tapices, y con sus correspondientes almohadones: D. Carlos ocupó el mas prócsimo al altar, en seguida su esposa la princesa de Beira, y despues el hijo primojénito de D. Carlos: D. Sebastian no asistió á la misa porque se hallaba algo indispuesto desde la víspera. Detras de los príncipes se hallaban otros asientos al efecto. D. Tomas García Martin, jentílhombre de D. Carlos Luis, la señora de Iglesias, dama de honor de la princesa de Beira, y D. José Tamaríz, secretario de D. Carlos. El prefecto del Cher se colocó en un asiento particular entre los chantres y el banco de los canónigos.

Es indecible la devocion de los príncipes durante los sagrados misterios siguiendo constantemente el oficio divino en sus devocionarios y edificando á todos con su ejemplo. Observóse esactamente el ceremonial que se acostumbra en semejantes circunstancias. Los príncipes recibieron el incienso: el libro de los evanjelios y la paz se les presentaron á besar por los diferentes órdenes de ayudantes á quienes conciernen estas funciones.

Al principiarse el sermon fueron conducidos los príncipes por el arzobispo hasta las verjas del coro, donde tenian preparados otros asientos, y desde alli escucharon con la mayor atencion la plática relijiosa.

Despues de la misa el arzobispo volvió á conducir á los príncipes hasta la puerta de la iglesia, donde aguardaba su salida una inmensa multitud, que al pasar los augustos personajes les diò muestras de sus simpatías y respetos.

D. Carlos ha cumplido los cincuenta y cinco años de

edad: es de mediana estatura, tiene la nariz aguileña como todos los Borbones, y gasta un gran bigote. No es fácil el pintar la dulzura que espresa su semblante; su voz es suave, su tono y sus maneras afables; su paso lento y majestuoso.

La princesa de Beira, esposa de D. Carlos, no es de alta estatura, pero su porte es majestuoso; en su frente y en sus ojos brillan los rasgos del jenio; sus labios espresan una estremada benevolencia.

D. Cárlos Luis, hijo primojénito de D. Carlos, es de mediana estatura; su mirada viva, dulce y benévola; sus facciones respiran la calma y el candor, y manifiesta dignidad en su porte: se halla muy instruido: está dotado de una admirable facilidad para aprender; su juicio es bastante recto, y está apasionado por el estudio. Posee vastos conocimientos en literatura, historia, jeografia, matemáticas, historia natural, economia política y en el arte militar. Su guía en esta importante ciencia, ha sido Montenegro, antiguo ministro de la guerra de D. Carlos. Cada vez que el jóven príncipe atraviesa á caballo las calles de Bourges, se detienen los transeuntes para admirar su nobleza y su gracia, porque puede pasar por un verdadero modelo en equitacion.

D. Carlos formó por sí mismo el arreglo de la disposicion del tiempo para que todas las horas fuesen empleadas de un modo conveniente ó al menos útil, durante los amargos dias de su cautividad. Levántase Don Carlos á las siete y media de la mañana; toda la familia, siguiendo la costumbre de sus padres, asiste á la misa que se dice á las ocho en una de las habitaciones de su mismo alojamiento. A las nueve toman el desayuno: en seguida se ocupa D. Carlos de sus negocios ó de su correspondencia; y despues recibe á las personas que tienen el honor de serle presentadas. A las dos de la tarde le sirven la comida, y despues duerme la siesta. A las cinco sale con su familia á dar un paseo; ordinariamente va como una media legua en car-

ruaje y luego se apea para hacer ejercicio, lo cual le es muy necesario despues de haberse acostumbrado á la vida de los campamentos: este paseo solo dura hora y media ó dos horas. A su vuelta juega un rato con su familia al tresillo.

A las diez y media de la noche rezan todos juntos el rosario, y terminado este acto relijioso se le sirve la cena.

Apenas llegó á Bourges la proscrita familia, acudieron á visitarla numerosos personajes, para ofrecerla el homenaje de sus respetos. Entre las personas que se presentaron á D. Carlos, notóse al noble vizconde Eduardo Walsh, á quien ningun sacrificio fué costoso para ir á consolar al infortunio. Habiendo hecho espresamente el viaje á Bourges para presentar sus respetuosos homenajes á aquella augusta familia, tuvo el honor de recibir de la boca misma de los príncipes, las noticias mas positivas sobre los actos que precedieron y siguieron inmediatamente á la defeccion de Maroto. Los pormenores que encierra la relacion del vizconde Walsh, son demasiado interesantes para que dejemos de copiarla. He aquí como refiere aquellos sucesos.

«Cuando D. Carlos, víctima de la traicion, puso el pie en el suelo de Francia, y cuando la mas inescusable de las calumnias, que es la que se dirije contra la desgracia, no temia atacar su grande adversidad, era sumamente útil el ir á preguntar al mismo príncipe la verdad, que las pasiones políticas trataban de oscurecer, y al mismo tiempo aproveché esta ocasion para poner á los pies del nieto de Luis XIV, el homenaje de adhesion de los realistas de Francia. Lo que sigue es la sencilla y verídica relacion de esta visita. Todo lo que se ha visto, todo lo que se ha dicho será fielmente referido: por temor de callar alguna circunstancia interesante no pasaré en silencio pormenor alguno. Es necesario que la opinion pública entre en la intimidad de esta augusta

familia; importa que escuche, que pregunte, que vea, que ecsamine. Cuando D. Carlos estaba lejos de nosotros, aprovechábanse de esta distancia los partidos para dar curso á sus errores ó á sus mentiras: ahora el nieto de Luis XIV está en el suelo de Francia, desterrado, vendido, sin que le rodee otra cosa que la dignidad de su desgracia: ha llegado, pues, el momento de penetrar en su soledad; D. Carlos no teme mas las miradas de sus adversarios que las de sus amigos; cualesquiera que seais, vais á entrar en su habitacion.

»Llegué á Bourges el lunes por la noche, y el martes por la mañana á las nueve me hallaba delante del palacio de Panette, que está situado en la calle del Peral viejo, número primero, al lado de la casa del maire Mr. Mayet-Genetry, antiguo diputado. Cuanto se ha dicho del aspecto triste y sombrio de este palacio, no ha llegado ni con mucho á lo que es en realidad. El pequeño jardin situado en el centro de un patio estrecho, cubre con la sombra del espeso ramaje de sus árboles todo el largo de la fachada, lo cual contribuye á hacer mas triste la fisonomia de esta melancólica morada, que participa á la vez del aspecto de una prision y de un sepulcro.

»Entre las vistas tristes que hay en Bourges, sobresale la del palacio Panette.

»Al entrar en el portal, la primera persona que encontré fué un portero francés que titubeó al oirme preguntar por Mr. Tamariz, secretario de D. Carlos; pero en aquel mismo momento distinguí á un español con un capote azul, en cuyos botones estaban grabadas las armas de España; llevaba tambien pantalon y boina encarnados. Dirijíme á él, y tan luego como oyó hablar la lengua de su pais, su fisonomía grave y macilenta se reanimó, y apresuróse á guiarme. Subimos al primer piso, y al final de un largo corredor entramos en una sala donde se paseaba á lo largo y á lo ancho un hombre, cuyo semblante lleno de intelijencia y resolucion resaltaba en medio de la sencillez

de su traje, é inspiraba á un mismo tiempo atencion y respeto. Al momento presentí que me hallaba ante una de las glorias de España, ante uno de los nobles jefes de esa admirable guerra, en la cual se han hecho tan grandes cosas con tan escasos medios; magnífica epopeya á la cual solo le falta un poeta; pues seguramente no escasearian los héroes. No me engañaron mis presentimientos; hallábame frente á frente del jeneral Vargas, el amigo y compañero de armas de Zumalacarregui; Vargas, que sacó la espada al mismo tiempo que él; Vargas, el hombre de cabeza y ejecucion, cuyo valor se citaba entre tantos valientes, y cuyos talentos militares le habian adquirido la estimacion del ejército entero. Apenas le dije mi nombre se acercó á mí y me aseguró que D. CARLOS me recibiria aquella misma mañana. Mientras me decia esto, entró en la habitacion donde nos hallábamos otra persona; era el infante D. Sebastian.

»Entonces principió la relacion interesante y animada de los últimos acontecimientos de que la España acababa de ser teatro. El infante, con una voz que revelaba la indignacion de que su noble corazon se hallaba henchido, contó con todos sus detalles la defeccion de Maroto; refirió la revista pasada por D. CARLOS, el consejo de guerra en el cual, aquel que ya habia vendido á su príncipe y señor, presentó las proposiciones de Espartero, declarando él mismo que eran ofensivas á la majestad real, y protestando que derramaría toda su sangre para hacer triunfar la divisa del ejército, que era tambien la suya: *el rey, la relijion y la patria.* Hipócritas y mentidas protestas con que se queria cubrir Maroto para la realizacion de sus planes.

«En la revista del 25, me dijo el infante, cuando »llegamos al medio de las tropas, se oyó por todas partes el »grito de *viva el rey.* A estas leales aclamaciones una so»la voz mezcló el grito de *viva Maroto*; pero el rey, ade»lántandose con presteza hácia los batallones, esclamó:

»*donde está el rey, no se victorea á ningun jeneral. Hijos* »*mios, estais decididos á morir por nuestra noble causa?* »Nuevamente resonaron los gritos de *viva el rey*; pero »todavía volvió á oirse la voz de *viva Maroto*. Este era el »momento de haberle prendido; si asi se hubiese hecho, »hubiera cambiado el curso de los acontecimientos. Aun »estaríamos en España, con la espada en la mano, en medio »de nuestro valiente ejército; hubiérase atraido á las tro»pas y las hubiéramos conducido contra Espartero que, »á la cabeza de una division poco numerosa, esperaba en »un bosque inmediato que Maroto le entregase la per»sona del rey, como se habia comprometido á efectuarlo »hacia mucho tiempo. Sorprendido por un enemigo in»dignado en vez de hallarse servido por un traidor, Es»partero no hubiera podido resistir: él y su division hubie»ran sido deshechos. Hay circunstancias en que un segun»do vale un siglo; nosotros nos hallábamos en una de esas »circunstancias; y cuando se nos ocurrió este pensamiento, »el momento habia pasado ya. Maroto, pálido y temblando »se habia retirado encargando á sus ayudantes de campo que »velasen por él. En este instante varios oficiales de esta»do mayor del rey creyeron que Maroto iba á mandar formar »el cuadro á las tropas en quienes tenia mas confianza, con »objeto de envolvernos, y empeñaron al rey á que se vol»viera á su cuartel real.»

«Entretanto que el príncipe referia estos pormenores, se veian aparecer sucesivamente sobre sus facciones las emociones de su corazon: la cólera, la indignacion, la noble desesperacion de un valor engañado, y la enerjia de un alma intrépida que no se doblega bajo el peso de la adversidad. «Es decir, repitió varias veces el príncipe, es »decir que hace dos años me hallaba á la cabeza de nues»tro valiente ejército á un tiro de fusil de Madrid!» No puedo espresar suficientemente toda la emocion que causaba este recuerdo de victoria, espresado en una fria y oscura sala del palacio de Bourges, por un príncipe entonces triunfante bajo el brillante sol de España, y en el

dia desterrado en nuestra tierra de Francia, que ha cesado de ser el asilo, para convertirse en la prision de los príncipes desgraciados.

»Al pronunciar el príncipe sus últimas palabras, se abrió la puerta; el rey y la reina atravesaron el corredor paralelo á la sala en que nos hallábamos. La reina, á quien tuve el honor de hacerle la corte en Salzburgo, me reconoció tan luego como me vió, y al pasar me hizo seña con la mano invitándome á permanecer allí. Sobre su frente siempre noble, siempre hermosa, distinguí las huellas de los tristes pensamientos que debian ocuparla en sus meditaciones. Una media hora despues me advirtieron que SS. MM. me esperaban en el piso bajo. Atravesé un comedor bastante grande donde algunas personas de la comitiva de D. Carlos estaban almorzando, y me introdujeron en un salon, sencilla, pero convenientemente amueblado:] apenas entré en él, salieron de sus habitaciones el rey y la reina. D. Carlos, (perdóneseme estos detalles que han quedado grabados en mi memoria, como todas las circunstancias de esta escena) llevaba un redingote azul de uniforme, bajo el cual se veia un chaleco blanco de casimir; un espeso bigote cubria su labio superior, que daba una espresion característica á su fisonomía, naturalmente seria y tranquila. La princesa de Beira llevaba un vestido de tisú verde; sus cabellos alisados á cada lado de las sienes estaban sostenidos por unos peinecillos; en su fisonomia hallé la misma espresion de tristeza y de valor que me habia admirado un instante antes; pero ahora estaba atenuada por un destello de benevolencia y de bondad que me llegó hasta el fondo del alma. En cuanto entré, D. Carlos tuvo á bien de darme las gracias por mi visita. «*M. Delalande y V., señor de Walsh,* me dijo S. M., *sois los dos únicos amigos que he visto desde que salí de San Pee.*» Tomando la palabra la princesa de Beira, añadió: *Esperábamos á V. porque* la Moda *(periódico francés), nos habia anunciado su llegada. Agradezco á V. todo cuanto hace en favor de nuestros valientes soldados, que en el dia carecen de todo.*

El rey manifestará su reconocimiento hácia todos los que contribuyan de esa manera al socorro de los nobles infortunados á quienes quisiera poder aliviar; pero en el dia no puede hacer otra cosa que deplorar su triste situacion.»

»Apenas tuve tiempo de contestar á S. M. que los realistas de Francia, cuyo pensamiento habia espresado *la Moda*, tendrian á mucho honor el suplir lo que D. Carlos no podia hacer en esta ocasion, y que los fieles desterrados hallarian apoyo y socorro entre nuestros amigos políticos, que tambien habian probado las amarguras de la emigracion. La reina volvió á tomar la palabra: «*Razon ha tenido V. en afirmar que no hemos dejado la España hasta que nos ha sido imposible permanecer mas en ella. El suelo ha sido el que ha huido bajo nuestros pasos; no hemos sido nosotros los que le hemos abandonado. Cojidos como estábamos dentro de un triángulo, era preciso retroceder por la única linea que no habia ocupado el enemigo; esta linea era la de Francia. El ejército se retiró lentamente, siempre combatiendo, siempre disputando el terreno palmo á palmo. El enemigo estaba ya sobre Urdax cuando el rey salió de la poblacion. Doy á V. las gracias por haberlo dicho así.*»

»Entre los motivos que me habian conducido á Bourges habia uno de la mayor gravedad. La prensa liberal, que acoje con una inconcebible lijereza los rumores desfavorables á la persona ó á la causa de los reyes, se habia permitido dar crédito á las voces mas injuriosas sobre las intenciones que se suponian en D. Carlos: intenciones, decia, formalmente espresadas en la correspondencia que este monarca habia entablado con Luis Felipe. Verdaderamente no teníamos necesidad de ir á Bourges para no dar crédito alguno á esta calumnia; pero como el ministerio del mariscal Soult, que debia haber hecho rectificar estas falsas aserciones por medio de sus periódicos oficiales, guardaba un culpable silencio, era preciso que los realistas dieran un solemne mentís, y este derecho solo podian adquirirle de la augusta familia desterrada.

La reina me habia manifestado tanta benevolencia, que no titubeé en pedirla permiso para dirijirla una pregunta en interés de la gloria de su esposo. Luego que la espliqué el asunto de que se trataba, me contestó S. M.: «Nada he»mos pedido, nada queremos pedir. Lo que el rey hubie»ra deseado era la facultad de permanecer algunos dias en »la frontera para dar gracias al ejército por sus sacrifi»cios, por su valor y por su fidelidad. Háse temido esta »suprema entrevista de un rey desgraciado con sus sol»dados desarmados: se nos han negado estos cortos mo»mentos de permanencia allí y los pasaportes para Ale»mania: he aquí cuanto él hubiera querido, y el único »deseo que ha manifestado en sus cartas. Nada ha firma»do el rey, y pueden estar seguros de que nada firmará, que »pueda atentar á sus derechos.»

»Refiero con la mas esacta fidelidad estas bellas palabras de la reina, palabras que hubieran conmovido á sus mismos enemigos si las hubieran oido; porque estaban llenas de valor y majestad. ¿Qué cosa mas sublime, decid, que un rey á quien han hecho traicion los hombres y la fortuna, que solo pide una cosa, un dia mas para despedirse de su ejército? Qué espectáculo tan grande hubiera sido el ver á un rey sin cetro despedirse de sus soldados sin espadas, levantando los ojos hácia aquel que da los tronos y la victoria, y tomándole por testigo de que no habian sido vencidos sino vendidos por la traicion!»

»La conversacion duró mas de tres cuartos de hora. El rey y la reina me preguntaron repetidas veces sobre la impresion que habian producido en Francia los negocios de España, repitiendo otras tantas que si hubiese habido la menor posibilidad de permanecer en ella, ni peligros, ni obstáculos, ni fatigas les hubieran podido retraer de hacerlo; pero que la absoluta imposibilidad de atravesar la barrera viviente formada por las tropas de Espartero, les habia impedido el irse á reunir con el valiente y leal Cabrera y con el conde de España. En segrida recayó la conversacion sobre la posicion de Don

CARLOS en Francia; y como yo deseaba saber si esta posicion estaba establecida y si habian tratado á S. M. como huésped, ó si habian desconocido las nociones mas comunes del derecho de jentes para tratarle como prisionero, el rey me respondió: «No conozco mi posicion: tres veces he escrito pidiendo mis pasaportes, y todavia los estoy esperando.»

»Pero el objeto sobre el cual insistian mas SS. MM., era la suscricion abierta en favor de los heróicos desgraciados del ejército de España, de esos nobles restos de tantas victorias, que por no rendir á Espartero las armas que con tanta gloria habian empuñado, vinieron á arrojarlas sobre el suelo de Francia, despues de haber enterrado las dos únicas piezas de artillería que les habian quedado, que aun emplearon en Urdax contra el enemigo.

»Como yo anuncié á S. M. que en el momento en que supimos la catástrofe, algunas señoras realistas se hallaban bordando unas banderas para regalárselas al ejército real, me interrumpió diciendo: «Que guarden ese pensamiento »para tiempo mas dichoso! Al presente, que se dediquen á »hacer calcetas y vestidos para nuestros pobres españoles »que han entrado en Francia casi desnudos. La reina de »España les dará el ejemplo, pues quiere ser la primera »obrera de ese ejército de desterrados. Cuando tenian ar»mas, combatieron por nosotros; ahora que están desarma»dos y pobres, yo trabajaré para ellos.»

»Como yo habia emprendido mi marcha al dia siguiente de publicarse la suscricion, no tuve tiempo de recibir antes de mi partida mas que las cartas de Mr. Chateaubrian y de Mr. Doudeauville que se hallaban en París. D. CARLOS me encargó les diera las gracias en su nombre, y yo lleno públicamente este deber consignando aquí la espresion del reconocimiento del príncipe hácia el ilustre escritor y hácia el noble y leal realista.

»Pocos momentos antes de despedirme de SS. MM. entró el príncipe de Asturias. Llevaba como su padre, un redingote azul de uniforme: vestia un pantalon encarna-

do, y su cabeza estaba cubierta con una voina, adorno nacional que no ha abandonado desde que pasó la frontera. La fisonomía del jóven príncipe llena de nobleza y distincion, me llamó la atencion desde luego; las pocas palabras que pronunció estaban llenas del reconocimiento que esperimentaba por los servicios hechos al rey su padre y á la España: D. Cárlos Luis anuncia un carácter enérjico, que la desgracia no ha podido doblegar. Cuando pasó la frontera, un ajente de policía á quien sin duda no habian enseñado que siempre se deja la espada á los príncipes, aunque sean prisioneros, y con mucha mas razon á los príncipes que se dice recibir como huéspedes, se adelantó para tomar la del infante; pero por la actitud en que este la tenia asida, comprendió el ajente que su empresa era arriesgada, y renunció por temor á un paso que el respeto debia haberle impedido dar.

»Habiéndose dignado el rey invitarme á que volviese despues de mediodia, me presenté á la una en el palacio, y así el rey como su augusta familia me recibieron nuevamente con la mayor benevolencia.

»Como yo solo habia ido á Bourges para hablar al rey y para oir hablar de él, pasé el resto del dia con el brigadier Vargas y Mr. Tamariz: estos dos fieles servidores de D. Cárlos me han puesto en estado de rectificar muchos errores y de desmentir no pocas calumnias: de consiguiente ha sido falso lo que se ha dicho de que la reina habia tenido alguna parte en el nombramiento de Maroto para el mando del ejército. La reina no pronunció una palabra en favor de este hombre, á quien D. Cárlos tuvo que sufrir por necesidad, porque proporcionaba al ejército el dinero de que carecia: al presente bien se sabe quién se lo daba. Lo que dió crédito á este rumor fué la coincidencia de la llegada de la reina y del nombramiento de Maroto; pero estos dos hechos, aunque simultáneos, no tenian relacion alguna entre sí.

«Igualmente faltan á la verdad los que pretenden que los que abandonan en el dia la causa real, son precisa-

mente los hombres que enarbolaron el estandarte de la guerra con Zumalacarregui. Villarreal, Elío, Zariátegui, Vargas y todos los hermanos de armas del inmortal Zumalacarregui, son siempre dignos de su capitan; todos han permanecido fieles, y su conciencia es recta y pura como su espada.

»Es falso que CARLOS V llevase dos millones al dejar la España, y los periódicos semi-oficiales que esparcen hasta en el mismo Bourges estas vergonzosas calumnias, deberian avergonzarse del triste papel que representan. No nos atrevemos á decir la módica suma á que se halla reducida la caja real; pues con ella apenas tendria bastante un ministro de julio para los gastos de su instalacion. . . .

. . . .

»¡Dos millones! esclamó el valiente Vargas rechazando esta »calumnia; si el rey tuviese dos millones, á nadie cederia »el privilejio de socorrer á los soldados que han derramado »su sangre por él.»

»El rey y la reina me permitieron que volviese por la noche á despedirme: y como mi permanencia en Bourges debia ser demasiado corta, quise consagrar todos mis instantes á SS. MM. Por otra parte conocia yo cuán importante era recojer las palabras que saliesen de sus labios, para rectificar las falsas opiniones acreditadas por el error ó la calumnia. Volví, pues, por la noche al palacio Panette; introdujéronme en el salon, que al principio me pareció desierto; pues así la poca lumbre de la chimenea, donde ardian algunos tizones casi consumidos, como las dos bujias aisladas puestas de pronto en el centro de dos enormes candelabros, cuyos brazos estaban enteramente vacíos, despedian una luz triste y dudosa sobre las personas y los objetos. Hasta que me adelanté no pudo percibir al rey y la reina que se hallaban ya en esta habitacion. La reina estaba de pie, asi como el rey que se apoyaba contra el mármol de la chimenea: supliqué de nuevo á SS. MM. que tuviesen la bondad de disimularme las preguntas que les iba á hacer; pero como mi

mision era aclarar todas las dudas, me veia obligado á preguntarles con una libertad que tuvieron la bondad de aprobar. Pregunté pues al rey y á la reina si desde su entrada en el territorio francés habian hallado en las autoridades el respeto á que tenian derecho por tantos títulos. Se me contestó que en jeneral las autoridades militares se habian portado de una manera conveniente; lo cual no me admiró, porque hay en el ejército francés hombres pundonorosos y leales que han resistido á la influencia del justo-medio. Las autoridades civiles, mas estrechamente unidas al poder, han tenido tambien una conducta menos digna. En una ciudad de la frontera, el rey y la reina tuvieron guardas de vista; y el subprefecto de policía, aspirando con noble entusiasmo al oficio de carcelero, que seguramente no le imponen sus funciones, permaneció durante veinticuatro horas estendido en un sillon á la puerta de la habitacion de la reina. El comisario de policía Goyenèche se hizo tambien notable por su conducta desatenta; fué necesario que una boca real le recordase que hay límites en donde el oficio de los empleados de policía se detiene, ante los deberes impuestos á todos los que se hallan en presencia de los reyes. El parlamento rejicida de Inglaterra comprendió, segun parece, esta verdad mejor que los funcionarios del actual órden de cosas; pues cuando levantó el hacha sobre la cabeza de Cárlos I, cubrió el cadalso con terciopelo.

»Animado por la bondad del rey, me atreví entonces á dirijirle una pregunta á la cual daba yo un interés particular, á causa de las relaciones que habia tenido con el personaje que era objeto de ella. Bien se sabe cómo los lobos cervales han tratado al arzobispo de Cuba. Segun ellos el padre Cirilo era el Talleyrand de España, el que habia concebido el pensamiento de la traicion que Maroto no habia hecho mas que ejecutar. Referí, pues, estos rumores á S. M. pidiéndole me autorizára para desmentirlos, si, como yo creia, eran contrarios á la verdad. El rey me respondió que nada habia mas falso que semejantes suposicio-

nes, y que el personaje de que se trataba jamás habia dejado de merecer bien de su rey y de su patria. Algunos dias antes de la revista en que Maroto abandonó al rey, CARLOS V encontró á su jeneral en jefe que se dirijia á Tolosa para hacer fusilar al padre Cirilo, á Ramirez de la Piscina, Elio y Montenegro; pero á la vista del rey, volvió á tomar Maroto el camino para su cuartel jeneral, mandando arrestar al brigadier Vargas, que fué conducido con su estado mayor al castillo de Guevara.

»Procuro que nada se me olvide referir de cuanto me hizo impresion en las palabras del rey, seguro como estoy de que mi relacion será leida con doloroso interés por todos los realistas de Francia, diciéndoles la verdadera firmeza y alta dignidad que hay en este príncipe. Como D. CARLOS deseaba saber la opinion de los salones de París, y me ordenase que le hablára con entera franqueza, creí que era un deber mio hacer conocer á S. M. una proposicion atribuida por los círculos diplomáticos á Mr. de Appony, la que deseamos que este embajador desmienta por su propio honor. Segun la version universalmente acreditada, Mr. de Appony habia dicho, oyendo lastimarse de D. CARLOS: «¿Por qué le compadecen VV.? Jamás estuvo en España »tan bien como ahora está en Bourges.» Al oir D. CARLOS estas palabras, hizo un movimiento de indignacion; pero volviendo inmediatamente á recobrar la calma, dijo: «Eso es »hablar como embajador; yo pienso como rey, y encuen»tro que el rey de España no estará bien sino en España.»

»Ya no me quedaba mas que someter la bondad del rey á la última prueba, y la libertad que habia tenido á bien concederme para citarle las palabras de un embajador europeo, me animó á leerle el artículo del *Constitucional* de que le habia hablado aquella mañana. No es culpa mia si el nombre de Mr. Appony se halla unido al de un periódico revolucionario: no le he puesto yo en ese lugar, él ha sido el que lo ha tomado. Leí, pues, á S. M. el artículo en que el periódico de la izquierda pretendia que Don CARLOS vendia sus derechos por el oro, y que mediante

una pension queria reconocerse súbdito de la usurpacion que habia combatido. Al fin de cada frase el rey se sonreia de admiracion y de lástima, mirando á la reina, y repitiendo con voz firme y acentuada: «*Eso es falso*!» Al terminar la lectura, el rey me tomó el periódico de las manos como para convencerse por sus propios ojos de que pudieran imprimirse aserciones tan contrarias á la verdad, y me repitió lo mismo que me habia dicho por la mañana: «Tres »veces he escrito, y en las tres cartas no he pedido mas »que una sola cosa: los pasaportes.»

«Como la noche estaba bastante avanzada, tuve que arrancarme por fin de estos parajes donde casi me consolaba de hallar á la real familia tan desgraciada y al mismo tiempo tan noble, tan firme y tan resignada. D. Carlos se muestra un verdadero rey católico, pues asi en las prosperidades como en las desgracias no ve mas que deberes que cumplir; lleno de amor y reconocimiento hácia su pueblo, jamás abre su corazon á ardientes esperanzas; pero nunca desespera: tan tranquilo estaba en el salon de Bourges medio alumbrado por dos bujias, como lo estaria en los magníficos esplendores del Escorial: sin ambicion personal, pero inflecsible conservador de un principio, quiere reinar, como otros se resignan á obedecer, solo por deber.

»Cuando llegué á Bourges mi alma estaba sumerjida en la mayor tristeza; al retirarme de esta ciudad iba poseido de grandes y reales consolaciones. La fortuna y los hombres han podido hacer traicion á Carlos V; pero él ha permanecido siempre á la altura de la veneracion y amor de los realistas, y al nivel del respeto de sus adversarios. Podemos decir con razon que el honor se ha salvado, que la gloria ha sido entera, y que la desgracia del rey y de la reina, ha conservado toda su majestad. Los consuelos que reuní en Bourges, he tratado por medio de esta relacion, de hacérselos participar á todos los realistas, en cuanto las frias palabras pueden trasladar esas vivas impresiones que conmueven todas las potencias del

alma. Yo me habia impuesto una mision delicada que la bondad de SS. MM. hizo mucho mas facil; esta mision está cumplida. Dí este paso con dos objetos á la vez: para satisfacer mis sentimientos personales de adhesion y de respetuoso afecto, y para responder á las solicitudes de la opinion realista que estaba inquieta por saber cuáles eran las resoluciones y la posicion de D. CARLOS en Francia. La relacion de una parte de mi viaje pertenecia pues á mis amigos; y al dársela he pagado mi deuda.—VIZCONDE EDUARDO WALSH.»

Esta visita del noble vizconde no fué la única que llegó á consolar al ilustre proscrito en su triste prision. Todas las personas que hay en Francia sensibles á las penas de los príncipes desgraciados se trasladaron á Bourges y diariamente llegaban numerosas visitas á depositar á los pies de D. CARLOS el homenaje de su respetuosa simpatía.

Aquí termina la historia, propiamente dicha, de Don CARLOS; pero como quedaria incompleta la obra si no la continuásemos hasta la total conclusion de la guerra civil en las demas provincias de España, vamos á referir los sucesos ocurridos en Aragon y Cataluña despuss del convenio de Vergara, y así cumplimos el compromiso que tenemos con nuestros suscritores, á quienes ofrecimos que esta historia comprenderia los principales sucesos de la guerra civil de España.



CAPÍTULO XIII.

Proposiciones de transaccion á Cabrera por los ingleses y por Espartero.—Contestacion del jeneral carlista.—Marcha del ejército del Norte á Aragon.—Preparativos de Cabrera para defenderse.—Proclama del caudillo tortosino á sus soldados.—La guarnicion de Amposta cae en una emboscada dispuesta por el padrastro de Cabrera.—Movimiento del ejército de la reina.—Rivalidades y disensiones entre los carlistas catalanes.—Asesinato del conde de España.—Acciones parciales de los jefes subalternos de Cabrera.—Toma y destruccion del fuerte de Castro por la division de Aspiroz.—Suspension de las operaciones militares por la rijidez de la estacion.

Pocos dias despues de la consumacion del convenio de Vergara, presentáronse á Cabrera dos coroneles ingleses ofreciéndole la mediacion de su gobierno para terminar la guerra en Aragon y Valencia, bajo las mismas bases con que se habia efectuado en Navarra; pero Cabrera en vez de escucharlos,

les intimó que saliesen en el término de dos horas del territorio de su mando, diciéndoles al mismo tiempo que si querian enviarle fusiles, que le hacian mucha falta, se los pagaría bien y al contado; y lo hubiera verificado asi, porque contaba con abundancia de dinero, como lo prueba el dar en aquellos dias tres pagas á sus soldados para tenerlos mas propicios. No contento Cabrera con haber hecho marchar inmediatamente á los comisionados ingleses, les escribió la siguiente carta:

«Calanda 7 de setiembre de 1839.—Señores: agobiado por la multitud de negocios que me rodean, me habia olvidado deciros que, he alistado doce batallones de mozos del pais, habituados al ejercicio del fusil; no me hallo enteramente falto de armas para equiparles; pero si quisiéreis venderme algunas, depositándolas en casa de mis ajentes en Londres, podeis asegurar á lord Palmerston de mi parte que dentro de tres meses de la fecha le haré un digno regalo con la cabeza de Rafael Maroto, pues que este último no ha cumplido su promesa de entregar al comodoro Hay la persona de mi rey y señor: interin aguardo vuestra contestacion, etc.—El Conde de Morella.»

Tambien el jeneral Espartero envió á Cabrera un correo estraordinario, comunicándole el convenio firmado en Vergara, é invitándole á que se adhiriese á él; pero Cabrera rasgó la comunicacion de Espartero y la copia del convenio en presencia del mismo portador, anunciando á este que si pasadas veinticuatro horas no habia salido del territorio donde ondeaba el pabellon de D. Carlos, le mandaría fusilar. Véase, pues, como en vez de amilanarse el caudillo tortosino con los sucesos de Navarra, estaba decidido á sostener con solas sus fuerzas la causa por la cual habia combatido con tanta decision y entusiasmo.

Pacificadas enteramente las provincias del norte, se trasladó Espartero con su numeroso ejército á Aragon en donde le recibieron en triunfo los constitucionales. Al ver

Cabrera la aglomeracion de fuerzas que marchaban contra él, pasó á Cantavieja para hacer los preparativos necesarios á una obstinada defensa. En las fortificaciones de Morella trabajaban mas de dos mil paisanos de los pueblos inmediatos, y á pesar de estar atestados de trigo y otros víveres los almacenes, habilitaron los carlistas una porcion de casas que llenaron hasta el último piso con los nuevos acopios. Mas de doce mil cabezas de ganado lanar y no pocas del vacuno, que habian recojido los carlistas en sus espediciones á la Mancha y Cuenca, escoltadas por el mismo Cabrera, se encerraron en Morella, y aun se esperaba otro convoy no menos rico que conducia Forcadell de la parte de Valencia.

Espartero emprendió las operaciones en combinacion con el ejército del centro que se hallaba sobre Teruel, y sus primeros movimientos se dirijieron hácia Alcañiz, Comun de Huesa y Daroca. Entonces Cabrera hizo reconcentrar todas sus fuerzas sobre Morella, escepto unos trescientos hombres que dejó en Calig, y estrechó mas sus relaciones con el conde de España que mandaba las tropas carlistas de Cataluña, esperando que este jefe le enviaria algunos miles de hombres de refuerzo; sin embargo, en lo que mas confiaba era en sus propios soldados á quienes procuraba tener siempre contentos y entusiasmados, y con este fin les dirijió el dia 7 de octubre la siguiente proclama:

«Voluntarios: Las armas alevosas de que la revolucion se vale contra los valientes, han alejado al rey de nuestra patria, y cojido en redes infames un ejército de héroes. ¡Eterna ignominia cubrirá á los indignos españoles que con descarada impudencia y á una con los enemigos, han trabajado por mas de dos años para inutilizar la noble sangre que con envidiable gloria ha derramado la fidelidad en los campos vasco-navarros! Si las palabras venenosas de paz, hermandad y humanidad, etc., con que los traidores han podido engañar á nuestros hermanos, llegasen á vuestros oidos, abominad de ellas y avisadme. No hay otra paz que

la que no tardará en dar á la España entera nuestro amado soberano el señor D. CARLOS V, nunca mas ilustre que cuando parece mas desgraciado.

»Voluntarios: me conoceis y os conozco. La indignacion, no el desaliento, se ha apoderado de mi corazon, como de los vuestros al saber los sucesos del Norte, y ansío el momento en que poderos decir desde el campo: Ese que teneis enfrente es el ejército que envanecido con sus glorias postizas, pretende asustaros con su número y aparato: aquel es el jeneral á quien una vil traicion hizo conde; y manejos todavia mas traidores y torpes han prestado el título ridículo de duque de la Victoria.

»Voluntarios: me engañaría mucho si el coraje que siento en mi pecho no le viese hervir en el vuestro en el momento, que ya tarda, de medir nuestras armas leales con las traidoras de la revolucion. Este dia se acerca, y vuestro jeneral, que nunca os prometió en vano la victoria, os protesta con todas las veras de su corazon, que jamás ha pretendido con mas seguridad los dias de gloria que os esperan. Una ojeada rápida que mi alma da en este instante sobre mi penosa vida, me recuerda la hora en que hace seis años capitaneaba quince hombres armados por mitad de palos y escopetas..... ¿Podria pensar en la série de inauditos sucesos que se han seguido?. ... Pero la Providencia, que se complace en humillar los soberbios, ha dirijido mis pasos. El Dios de los ejércitos, en cuyo nombre peleo, ha coronado con la victoria mi intencion pura, y la sangre de mi inocente madre derramada por su gloria, obtendrá, no lo dudeis, que el ejército compuesto de los valientes y leales compañeros de su hijo, confunda para siempre la soberbia de la revolucion que ha inundado de lágrimas y sangre nuestra hermosa patria.

»Voluntarios: fieles compañeros de mis trabajos y de mis glorias! La relijion y el rey piden nuevos esfuerzos de nosotros, y el rey y la relijion los tendrán. ¡Contadlos por victorias! Os lo promete vuestro jeneral y camarada, á quien como siempre, vereis pelear como capitan y como solda-

do. ¡Viva la relijion! ¡Viva el rey! Cuartel jeneral de Mirambel 7 de octubre de 1839.—El Conde de Morella.»

Cabrera consiguió el objeto que se propuso con esta alocucion, que fué el contener el desaliento que habian producido en sus soldados los últimos sucesos de Navarra. Al ver los carlistas de Aragon que el convenio de Vergara en vez de amortiguar el espíritu de su jeneral, no habia hecho sino aumentar su entusiasmo, declarando que estaba decidido á sostener la guerra á todo trance, cobraron nuevo aliento, porque creyeron que al adoptar su jefe esta resolucion, contaba sin duda con todos los elementos necesarios para llevarlo á cabo. Cabrera, para sostener el entusiasmo de sus tropas, castigó severamente á los que esparcian las noticias de lo ocurrido en Navarra, é hizo circular noticias enteramente contrarias; de manera que muchos llegaron á dudar de la verdad de aquellos sucesos: otros creyeron que D. Carlos pasaria á Aragon, y que las fuerzas del Maestrazgo se incorporarian con las del conde de España en Cataluña, de cuyo principado se harian enteramente dueños; y otros, en fin, esperaban ver llegar de un momento á otro los ausilios del Norte que tanto tiempo habian esperado inútilmente. De esta manera consiguió el astuto Cabrera aumentar el entusiasmo de sus tropas por la causa que defendian, en los críticos momentos en que esta causa ya se hallaba desauciada é iba á ecsalar el último aliento.

Cuanto mas estrechado se veia Cabrera en su territorio por la aglomeracion de las tropas constitucionales, desplegaba mayor actividad y enerjía, y se le veia acudir á todas horas á cuantos puntos era necesaria su presencia. Conociendo el caudillo tortosino que en las apremiantes circunstancias en que se hallaba debia aumentar cuanto le fuera posible la fuerza material de su ejército, suprimió la mayor parte de los empléos civiles que habia creado para los diferentes ramos del gobierno, como administracion, recaudacion, etc., dejando reducido el personal de

estas oficinas á lo mas preciso, y arregladas á un sistema militar espeditivo; de manera que los jefes de los cuerpos eran los administradores de cuanto necesitaban para sus soldados. Hasta á los mismos indivídios de la junta de Mirambel les hizo tomar un empleo activo en el ejército, y aumentando el número de vocales con algunos jefes de los que le eran mas adictos, se aseguró un dominio mas absoluto en las resoluciones de la junta, que tanto influian en el ánimo de los carlistas.

En todas partes reinaba la mayor actividad; mientras unos acopiaban víveres y recomponian ó aumentaban las fortificaciones, otros observaban los movimientos del enemigo, y recorrian el territorio multitud de pequeñas guerrillas, al parecer insignificantes por su corto número, pero que no cesaban de hostilizar á las tropas de la reina, porque eran dirijidas por jefes atrevidos é intelijentes que conocian el terreno palmo á palmo: el mas temible de ellos era Arriembanda, padrastro de Cabrera, tan activo y astuto como su hijo político, y que gozaba de alguna consideracion entre los suyos. Restablecido ya Arriembanda de las heridas que habia recibido en las anteriores escaramuzas, resolvió continuar sus correría, para ensayar algun golpe de mano contra los cristinos. Dirijióse pues á observar el pueblo de Amposta, en cuyas fortificaciones creíanse seguros los soldadosde la reina que lasguarnecian, sin pensar que los acechaba un enemigo astuto que los atraeria fuera de sus parapetos para hacerles pelear á cuerpo descubierto. Efectivamente, Arriembanda emboscó suficientes fuerzas para el golpe que meditaba en las cercanías de Amposta, y se presentó á la vista del fuerte con unos pocos tiradores: al ver el jefe del fuerte el atrevimiento de los carlistas, dispuso que saliesen á escarmentarlos ochenta hombres de la guarnicion. Los tiradores entretuvieron perfectamente el fuego, aparentando que solo la superioridad numérica de sus contrarios los hacia retirarse, efectuándolo muy despacio para que sus perseguidores no maliciasen el ardid. Enardecidos los soldados de la reina al ver la resistencia que les eponian

diez ó doce carlistas, se empeñaron imprudentemente en perseguirlos, y llegaron hasta el punto de la emboscada, en donde saliendo repentinamente las fuerzas allí ocultas, se hallaron rodeados por todas partes sin poder retroceder. Viéndose ya perdidos los ochenta hombres de la guarnicion, quisieron vender caras sus vidas y se trabó un encarnizado combate; pero á pesar de su desesperada defensa, no habiendo sido socorridos, tuvieron que sucumbir: de los ochenta solo pudieron escapar diez; cincuenta quedaron muertos en el campo, y los demas prisioneros. Con esta victoria se aumentó el crédito que Arriembanda gozaba entre sus soldados.

Desembarazado ya Cabrera de los cuidados que le habian ocupado para el arreglo que hemos dicho anteriormente, se trasladó á Camarillas. El 20 de octubre avanzó Espartero sus líneas, emprendiendo el movimiento con la brigada de vanguardia, las cuatro primeras divisiones, de su ejercicio, y la segunda del del centro, marchando hasta Camarillas. Aunque Cabrera, ocupando con sus tropas las alturas en formidables posiciones, vió el movimiento de los contrarios, no quiso oponerles resistencia alguna, antes bien aquella misma noche salió de Camarillas, dejando que Odonell ocupase dicho pueblo sin oposicion, pasando él con sus fuerzas en observacion de Caudiel y ordenando que Forcadell hiciese lo mismo sobre Montan.

Al emprender Espartero el movimiento que queda indicado, se adelantó el jeneral Leon con algunas fuerzas de caballería é infantería para reconocer el canton de Calanda, donde debia pernoctar, en cuya operacion alcanzó la retaguardia de los carlistas á las órdenes de Bosque, y se trabó una escaramuza en que estos últimos perdieron algunos muertos y diez prisioneros. Leon quedó fortificando á Monroyo, y Odonell á Camarillas: Espartero ocupó á Mirambel, y el jeneral Alcalá con la tercera division se situó en Palomar. Al ver Cabrera los puntos que ocuparon las tropas de la reina, reconcentró sus fuerzas entre Morella y Cantavieja, y dispuso que Forcadell y Polo con seis batallones, que-

dasen de observacion en Miravete, Villarluengo, Montoro y Villaroya: tambien mandó trasladar los prisioneros que tenia en el Horcajo á Benifasá, en los puertos de Beceite, como punto mas seguro.

Hecho esto, Cabrera dedicó toda su atencion á entorpecer la marcha de las tropas de la reina procurando ganar tiempo para que avanzando la estacion, le ayudase tambien en sus proyectos. Con este fin mandó destruir todos los caminos que conducian á sus líneas, haciendo en ellos muchas cortaduras y construyendo multiplicados parapetos: estos obstáculos, unidos á los numerosos que naturalmente presentaba el terreno, convirtieron todo el que él dominaba en una fortaleza inespugnable.

Otro de los obstáculos que encontraron las tropas de la reina para poder adelantar con mas rapidez, fué la escasez de víveres á pesar de las remesas que recibian de Zaragoza, porque Cabrera recojió cuanto habia en el pais para que el enemigo lo hallase ecsausto, lo cual entorpeció las operaciones. Sin embargo, las tropas de Espartero llegaron á descubrir en el pueblo de Gargallo un depósito hecho por Cabrera de unas tres mil fanegas de trigo y otras tantas de cebada, y con esto se remedió algun tanto la escasez del ejército cristino. Luego que esta noticia llegó á oidos de Cabrera, mandó retirar inmediatamente á las plazas fuertes de su dominio los almacenes que estaban en mayor riesgo de caer en manos del enemigo. Encargó la ejecucion de esta órden al jefe carlista Palacios, el cual con dos mil infantes y cuatrocientos caballos pasó el 29 de octubre por Rubielos escoltando multitud de cabezas de ganado que condujo á Cantavieja.

Entretanto Cabrera meditaba nuevos planes; pero para efectuarlos necesitaba la cooperacion de las tropas que mandaba el conde de España en Cataluña, aunque no fuera mas que para que llamasen hácia el principado la atencion de una parte de las muchas fuerzas enemigas de que se veia acosado, para poder entonces obrar con un poco de desahogo; pero las discórdias que habian destruido la cau-

sa de D. CARLOS en las provincias del Norte, reinaban tambien en Cataluña, é iban á consumar su ruina en toda España; sin que las lecciones de la esperiencia, que demostraban cuán fatal habia sido la desunion para el partido realista, pudieran tener influencia alguna para alejar los odios y rivalidades entre los carlistas catalanes, que no consideraban que con semejante conducta ellos mismos se clavaban el puñal en sus propias entrañas.

En Aragon y Valencia era Cabrera dueño árbitrio de la junta carlista de dichos reinos, como puede inferirse por la siguiente carta que este caudillo escribió desde Mirambel á un amigo suyo que se hallaba emigrado en Francia.

«Cuartel jeneral de Mirambel, 14 de octubre de 1839.—Amigo mio: Acabo de organizar la nueva junta y he nombrado para vice-presidentes á tres jenerales. Todos los individuos que la componen tienen un mismo modo de pensar, y puede decirse que entre ellos no hay mas que una sola voluntad, una sola accion. A la hora del combate todos serán los primeros en las guerrillas. Espero á pie firme al que se titula duque de la Victoria para hacerle ver la diferencia que hay de pelear á tiros á vencer á fuerza de dinero. Yo le despojaré de las condecoraciones que de todas partes llueven sobre él para recompensar la corrupcion; yo le abatiré á mis pies; cada dia me siento animado de nuevo ardor. Todas las noches se me representa la memoria de mi desgraciada madre, y hierve la sangre en mis venas: levanto los ojos al cielo, y la cruz que se apareció á Constantino me inspira la confianza de la victoria. No tenga V. miedo y tranquilice á todos nuestros amigos. Solo padezco por la suerte del rey y de la real familia. Queda de V. afectísimo servidor y amigo—EL CONDE DE MORELLA.»

Pero si Cabrera disponia á su antojo de la junta de Aragon, no sucedia lo mismo al jefe superior de las fuerzas car-

listas de Cataluña, que siempre estaba supeditado á las determinaciones de la junta catalana, de modo que desde su creacion fué esta la que dirijió los negocios de la guerra en el principado, y los diferentes jefes que se sucedieron en el mando, fueron sus subordinados en la realidad, aunque en la apariencia obraban segun su propia voluntad. Cuando el conde de España tomó el mando del ejército carlista tenia contra sí muchos enemigos entre los soldados que defendian la misma causa que él habia abrazado, porque recordaban los procedimientos del conde en el año 1827, hallándose de capitan jeneral del principado por Fernando VII, en cuya época hizo correr con abundancia la sangre de los carlistas, sin haber escaseado la de los liberales: de manera que estos le detestaban como á un déspota insufrible, y aquellos recelaban de él, no creyendo que fuesen sincéros los sentimientos que le habian determinado á defender la causa de D. Carlos, bajo cuyas banderas se hallaban muchos parientes de las víctimas carlistas inmoladas por el conde durante su dominacion. El carácter del conde de España en nada habia variado; desconoció la diferencia que habia para él de una época en que mandaba en paz en el principado, teniendo á su disposicion todos los elementos necesarios para conservar el órden establecido, y el tiempo en que se presentaba, proscrito por la reina, á tomar el mando del ejército carlista, en cuyas filas contaba muchas enemistades. La poca confianza que inspiraba á sus subordinados fué causa de que estos le mirasen siempre con recelo, y su falta de política hizo que la junta catalana estuviese en oposicion desde un principio con las disposiciones del jeneral. De esta pugna debia resultar necesariamente la caida de uno de los dos poderes: ó el jeneral carlista habia de avasallar á la junta, ó la junta tenia que hacerle sucumbir á él. Efectivamente, el conde, que no contaba con el poder que las simpatías de los carlistas daban á la junta, sufrió por fin las consecuencias de su poca meditada conducta. El 25 de octubre decretó la junta su deposicion en el mando del ejército, resolvien-

do que le sucediese Segarra. Mas como la junta conocia el carácter del conde, para llevar adelante su determinacion, se valió de una estratajema: le enviaron un oficio invitándole á que fuese á presidir sus sesiones, porque en ellas tenia que tratarse de un negocio importante. Cayó el conde en el lazo que le tendieron; y se presentó con tanta confianza en la junta, que solo le acompañaban dos ayudantes; mas apenas entró en la sala de la sesion fueron detenidos á la puerta y presos los que le acompañaban. En seguida notificaron al conde su deposicion, y este, echando mano á la espada se disponia á salir de la sala, sin duda para llamar en su ausilio algunos de sus parciales, cuando uno de los vocales se abalanzó á él, y poniéndole una pistola al pecho le obligó á rendirse, quedando desde aquel momento enteramente á disposicion de la junta. Por órden de la misma fué conducido con buena escolta á Berga, en donde permaneció preso y rigorosamente incomunicado hasta fin del mismo mes, en que la junta resolvió su destierro á Francia. Sacáronle pues de su prision, y acompañado de una escolta de soldados adictos á la junta, le hicieron emprender el camino de Francia, á cuyo pais no llegó, porque fué asesinado en el tránsito. Todavia no ha podido averiguarse si el conde fué víctima de los que le escoltaban, ó de sus enemigos particulares que sorprendieron la escolta y se apoderaron de la persona del conde, para vengar en èl sus antiguos agravios, que fué lo que se dijo entonces; pero sin tratar nosotros de atribuir aquel asesinato á la junta, no podemos menos de manifestar que el cuento forjado para eludir la escolta del conde su responsabilidad, carece de verosimilitud si se atiende á que uno de los vocales de la junta fué encargado por la misma para que acompañase al conde hasta la frontera, y á su regreso dijo á la junta, al dar cuenta de su comision, que habia dejado al conde de España en el territorio francés, siendo así que la víctima no salió de Cataluña. Lo cierto es que pocos dias despues las autoridades de la reina estrajeron del rio Segre el cadáver del conde, enteramente des-

nudo y atado de pies y manos, á quien sin duda habian precipitado desde las escarpadas alturas del Coll de Nargo, despues de coserle á puñaladas.

Con la muerte del conde de España, que revelaba la poca union que reinaba entre los carlistas catalanes, vió Cabrera frustrados sus planes con respecto á la cooperacion que habia pensado hallar en las fuerzas del principado; ya no contaba el caudillo tortosino con mas fuerzas ni recursos que los suyos, y sin embargo determinó defender hasta el último estremo el terreno que dominaba. Todos los lugartenientes de Cabrera secundaban las miras de su jeneral con arrojo y actividad incansable. Llangostera con tres batallones y dos escuadrones, atravesó de noche las líneas de Espartero, entró en Estercuel, donde las tropas de la reina tenian algunos depósitos de víveres; pasó luego á Molinos, y desde allí se dirijió con la mayor rapidez á caer repentinamente sobre el pueblo de Barrachina, situado entre Cutanda y Segura. Hallábase á la sazon en Barrachina el batallon de cazadores de Oporto, mandado por el coronel Durando, encargado de protejer á Cutanda y bloquear á Segura. Al amanecer del 6 de noviembre llegó Llangostera, y sorprendiendo la guardia avanzada de los portugueses, que se hallaba bien ajena de semejante acometida, que por lo temeraria parecia increible, se apoderó de ella y ocupó en seguida el pueblo. A pesar de la confusion y aturdimiento que produce una sorpresa, el coronel Durando pudo reunir unos treinta hombres y encerrarse con ellos en la iglesia donde se hizo fuerte: entretanto pudo reunirse otra porcion de soldados portugueses que ocuparon algunas casas prócsimas á dicha iglesia, y se principió un combate de ataque y defensa muy obstinado, en que perecieron cerca de doscientos hombres de una y otra parte; pero prolongándose demasiado la pelea, y temiendo Llangostera que acudiesen en socorro de los portugueses el batallon de Murcia y cuatro escuadrones cristinos que se hallaban á poca distancia fortificando á Camin-Real, ordenó su retirada, llevándose cuarenta por-

tugueses prisioneros, aunque él tambien dejó en poder de Durando veinticinco de los suyos.

En su retirada dieron aviso á Llangostera de que un convoy de víveres debia pasar por Alcorisa y resolvió apoderarse de él; pero mientras se hallaba en acecho de su presa, supo por un espia que Espartero estaba cerca de aquel pueblo acompañado de una pequeña escolta, con objeto de recorrer las líneas, y concibió el designio de apoderarse del jeneral cristino. Emboscó, pues, parte de sus fuerzas, y marchando aceleradamente con las restantes, trató de cortar la retirada á Espartero, cerrando cuantos pasos pudiera tener el terreno en que tan descuidado se hallaba el jeneral enemigo. Llangostera hubiera conseguido indudablemente su intento á no ser por la buena estrella de Espartero, pues antes que el jefe carlista acabase de colocar su jente en los puntos que creia á propósito, llegóse un pastor al jeneral de la reina y le avisó el peligro en que se hallaba. Espartero aprovechó los momentos y metiendo espuelas al caballo echó inmediatamente á escape por el único paso que aun no estaba tomado, logrando asi salvarse de las manos de los carlistas. Si Llangostera hubiese conseguido apoderarse del jeneral enemigo, habria sido un golpe terrible para el ejército de la reina, y sus consecuencias tal vez hubieran hecho variar la suerte de los dos partidos. El pastor que salvó á Espartero fué mandado fusilar poco despues por Cabrera; y Llangostera, viendo que se habia desgraciado aquella empresa se apresuró á volver al acecho del convoy, el cual cayó por fin en sus manos entre Alcorisa y el Mas de las Matas. En los pocos dias que Llangostera empleó en sus operaciones aprovechó bien el tiempo, pues cuando regresó á sus acantonamientos llevó cerca de doscientos prisioneros que habia hecho á los cristinos y gran cantidad de víveres, de que se habia apoderado.

Tambien Arévalo, otro de los subalternos de Cabrera, aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban para sorprender á las tropas de la reina. Uno de los mejores golpes que dió fué el del dia 14 de noviembre, que con tres escua-

conocimiento del terreno, mandó abrir un camino cubierto desde las bodegas del pueblo hasta llegar á los cimientos de la referida casa fuerte, trabajando sin cesar con la mayor actividad y silencio. Concluida la obra se introdujeron por ella bajo el mismo techo que la guarnicion, é incendiaron el edificio: cuando ya las llamas habian prendido se descubrieron los carlistas y rompieron el fuego de fusilería, que fué contestado por los de la reina, aunque duró muy poco, porque el incendio obligó á las dos compañías á entregarse prisioneras con todos los efectos militares que tenian en su poder.

Esta ventaja de los carlistas fue contrabalanceada por otra que consiguió el jeneral Hoyos contra el fuerte de Manzanera, situado á dos leguas de Sarrion. Acometióle el jeneral Hoyos el dia 14 de diciembre con las fuerzas de su mando, y habiendo hecho jugar contra él la artillería, tuvieron que rendirse los cuarenta y cinco hombres que lo defendian. Aunque es cierto que este fuerte no era de mucha consecuencia, no dejó de perjudicar su pérdida á los carlistas, porque les servia de asilo para refujiarse de pronto cuando se veian acosados en sus correrías. En estos fuertes depositaban tambien provisionalmente el botin que recojian en sus escursiones.

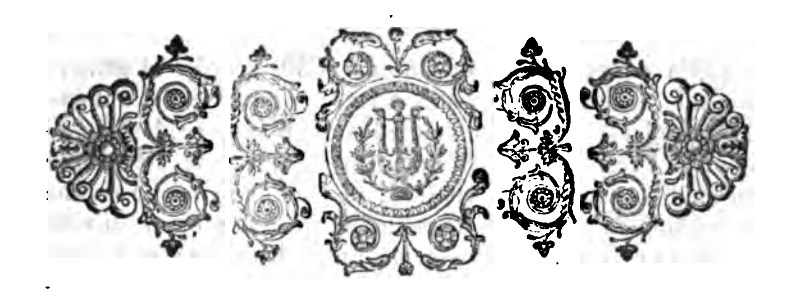
Despues de la muerte del conde de España, D. Carlos nombró á Cabrera jeneral en jefe de las fuerzas carlistas de Cataluña, con retencion del mando de las de Aragon y Valencia. El 13 de diciembre pasó Cabrera al principado, acompañado únicamente de cuarenta caballos, con objeto de tomar algunas disposiciones en el nuevo cargo que le habia confiado su rey; pero apenas pasó la frontera de Cataluña se vió obligado á regresar inmediatamente, porque llamó su atencion al Maestrazgo que tan hostilizado se hallaba. Mandó acabar de destruir el antiguo castillo de la Fresneda, y algunos edificios de los pueblos de Valderrobles y Monroyo, en que pudieran hacerse fuertes las tropas de la reina. En seguida envió órden de Forcadell para que reforzase á Arnau y Arévalo que defendian el fuerte de

Chulilla, atacado por Aspiroz con artillería gruesa. En cumplimiento de dicha órden, marchó Forcadell al socorro de Chulilla y se presentó en los altos de la Iglesuela el dia 24 de diciembre. Hacia ya mas de quince dias que Aspiroz atacaba el referido fuerte, en cuyo tiempo mandó dar dos asaltos en que fueron valerosamente rechazados por los sitiados; sin embargo, Aspiroz no desconfiaba de tomarlo, porque contaba con diez batallones, quinientos caballos y la artillería, de manera que cuando se presentó Forcadell á socorrer á Chulilla, saliéndole al encuentro parte de las fuerzas sitiadoras, se trabó un obstinado combate en las referidas alturas de la Iglesuela, siendo el resultado que Forcadell tuvo que retirarse á Andilla con mucha pérdida, habiéndola causado mucho mayor á sus contrarios. Despues de esta victoria, los cristinos estrecharon mucho mas es fuerte atacado; viendo el gobernador de Chulilla que los que fueron á salvarle habian sido derrotados, y que no podia ser socorrido tan pronto como era necesario, resolvió abandonar el fuerte, y durante la noche se descolgó con algunos otros de la guarnicion por las escarpadas rocas que dan sobre el rio, escapando así de las manos de Aspiroz, que á la mañana siguiente ocupó la fortaleza, en donde cojió cuarenta y cinco prisioneros, y muchos efectos de guerra; sin que pudieran evitar este contratiempo los esfuerzos de Forcadell, Arévalo y Arnau que procuró llamar la atencion de los sitiadores atacando á Casas de Ibañez, en cuyo pueblo no pudo hacer otra cosa que algunos daños en los edificios.

El mismo dia 24 en que Forcadell dió la accion antes referida, Llangostera sostenia otra en Julve, habiéndole atacado Aleson en combinacion con las tropas de Zurbano. Llangostera abandonó el pueblo, y principió á campo raso el tiroteo de guerrillas. Descendiendo rápidamente de la sierra Llangostera, con tres batallones, forzó la primera posicion que ocupaba el segundo batallon de Borbon, destinado á protejer la entrada de los cristinos en el pueblo: entonces se jeneralizó la accion, que terminó con la

derrota de los carlistas, que dejaron en el campo diez muertos, cuarenta heridos y dos prisioneros. Los cristinos vencedores quedaron dueños de Julve, habiéndoles costado esta victoria uno ó dos muertos y veintiocho heridos.





CAPÍTULO XIV.

Enfermedad de Cabrera.—Fiestas celebradas por su restablecimiento.—Tentativa de Forcadell contra Onda.—Correría de La Coba.—Sorpresa de una brigada carlista por los nacionales de Mequinenza.—Destruccion de los hornos de Segura por Zurbano.—Conducta de este jefe en los pueblos de Josa y Obon.—Victorias del coronel carlista Palacios.—Bando del gobernador de Cañete para la espulsion y confiscacion de bienes de las familias de los cristinos.—Asesinato del gobernador de Segura por la guarnicion de su mando.—Sitio y toma de Segura por Espartero.—Orden jeneral del ejército de la reina, del 27 de febrero en Segura.

El ejército carlista de Aragon se vió espuesto por esta época á un contratiempo que le hubiera sido mas funesto que la pérdida de una batalla. La vida estremadamente activa de Cabrera y el abuso de los placeres y de toda especie de sensaciones fuertes, tal vez fueron la causa de la enfermedad que este

caudillo padeció á fines del año de 1839: creyóse al principio que seria una indisposicion leve, aunque se vió obligado á quedarse en cama á mediados de diciembre, hallándose en la Fresneda; pero como el mal se agravase, lleváronle un médico para que le visitára, el cual declaró que estaba acometido de unas calenturas malignas que ponian su vida en grave peligro. La consternacion de los allegados del jeneral carlista fué indecible, porque no se trataba únicamente de la vida de un hombre, sino de la ecsistencia de todo su ejército; pues aquel hombre era, como ya hemos dicho otras veces, el alma de sus tropas, el mas firme apoyo de su partido, y si él faltaba era de todo punto perdida la causa de D. Carlos en España.

Rodearon el lecho de Cabrera sus parientes y algunos amigos íntimos, que le asistian con el mayor esmero; mas como la enfermedad se agravaba cada dia, y el pueblo donde se hallaba el caudillo tortosino no ofrecia mucha seguridad, resolvieron trasladarle á Morella: sacáronle, pues, de la Fresneda con dicho objeto, mas al llegar á Hervés no pudieron continuar la marcha porque el enfermo se habia empeorado en tales términos, que á las pocas horas le administraron el viático y la estrema-uncion. Aunque hasta estonces habian procurado guardar con gran cuidado el secreto acerca del estado en que se hallaba el caudillo tortosino, ya no fué posible ocultarlo por mas tiempo, pues debian prevenírselo á los jefes principales para que estos tomasen las precauciones oportunas, así para la seguridad de Cabrera, como para el caso en queeeceste llegase á fallr.

Enviaron, pues, aviso á dichos jefes: Forcadell, apenas recibió la noticia, salió de Andilla, y en union de Arnau, Polo, y tres batallones de Valencia, se dirijió á Hervés, mandando al mismo tiempo al coronel Palacios que con los batallones de Tortosa y alguna caballería, marchase á Cañete, y procurase llamar por aquella parte la atencion de los cristinos, para alejarlos de donde se hallaba el enfermo.

Luego que los jefes arriba mencionados llegaron á Her-

vés, cesó algun tanto el desaliento de los que rodeaban á Cabrera, que hasta entonces habian temido por la seguridad del enfermo caudillo. Cuando el ejército carlista supo el peligro en que se hallaba la vida de su jeneral, unos se llenaron de consternacion, y otros, aunque fueron los menos, quisieron sacar partido de aquellas circunstancias promoviendo revueltas; pero Forcadell y Llangostera, que se habian encargado interinamente del mando superior del ejército, manifestaron la mayor enerjía, y con las severas providencias que dictaron contuvieron á los revoltosos y consiguieron que se conservase el órden.

Desauciado Cabrera por los médicos, continuaba en un profundo letargo, y todos aguardaban de un momento á otro su muerte. En poco tiempo circuló por toda España la noticia de que habia fallecido el jeneral carlista; y aun cuando esta no se confirmaba, sus enemigos la tuvieron por cierta y se llenaron de júbilo. Como ya no era un secreto la enfermedad del caudillo tortosino, dispusieron sus parciales que se hiciesen rogativas por su salud en todas las iglesias del territorio dominado por los carlistas.

Cabrera estaba asistido con tanto esmero y cuidado como pudiera estarlo el monarca mas poderoso: y aun cuando se hallaba en un pais en que por todas partes resonaba el estruendo de las armas, en su morada reinaba una completa paz y el mas profundo silencio, que solo interrumpian los sollozos mal comprimidos de sus parientes y amigos. Los médicos no se separaban de la cabecera del enfermo, escuchaban su respiracion, observaban sus movimientos, y estudiaban atentamente los menores síntomas de gravedad ó mejoría que presentaba la enfermedad. Por último, el dia 30 de diciembre se presentó una crisis terrible, y los facultativos, reunidos en junta, resolvieron que á muerte ó á vida se le hiciesen cuatro sangrías, que solo la robusta naturaleza de Cabrera hubiera podido resistir. Llevóse á efecto la determinacion de los médicos, y sin embargo, Cabrera permaneció en el mismo estado hasta el dia 4 de enero, en que los médicos observaron los

primeros síntomas de mejoría y que la crisis habia cesado. La alegría de los parientes y amigos del enfermo fué estremada al oir de boca de los facultativos, que hasta entonces habian desesperado de su vida, las consoladoras esperanzas que ya tenian de salvarle.

Para proporcionar al enfermo mayor seguridad, y al mismo tiempo calmar la ansiedad de los carlistas, que dudaban si habria muerto su jeneral y se les ocultaba esta noticia, lo cual parecia confirmar el no dejar entrar á verle sino á las personas mas adictas; determinaron aprovecharse sus amigos de aquella pequeña mejoría para trasladarle á la plaza de Morella, la que solo distaba de Hervés cinco leguas. Hechos todos los preparativos necesarios para conducir al enfermo con toda la seguridad y comodidad posibles, verificóse la traslacion, y el dia 8 del referido mes las salvas de artillería de Morella anunciaron á los defensores de D. Carlos la entrada de su querido jeneral en la ciudad. Entonces no les quedó ya duda alguna de que vivia Cabrera, y se entregaron á la mayor alegría, celebrando la llegada de su caudillo con varios regocijos públicos. No fué solo en Morella donde se celebró la mejoría del jeneral; en Cañete, Beteta y otros pueblos, hubo tambien salvas, y en sus iglesias se cantó el *Te-Deum* con toda solemnidad, al son del repique de campanas y del estruendo de los cañones.

Pocos dias despues estuvo Cabrera en disposicion de levantarse de la cama, y aunque bastante débil todavia, el 18 salió á misa, acompañado de sus mas íntimos amigos y de los principales jefes de la guarnicion, los cuales aprovechándose del entusiasmo que producia la presencia de Cabrera en medio de un pueblo que le era tan adicto, quisieron aumentar las esperanzas de sus partidarios haciendo circular la noticia de que en la prócsima primavera entraria don Carlos nuevamente en España con un ejército frances, el cual llamando la atencion de Espartero, le obligaria á desmembrar sus fuerzas, y el ejército realista de Aragon, combatiria entonces solamente contra una tercera parte de los enemigos que ahora le acosaban.

Ademas de las públicas demostraciones de alegria que hicieron los carlistas, segun hemos referido, por la mejoria de su principal caudillo; la junta de administracion y gobierno remitió á últimos de enero la siguiente circular á todos los pueblos de su dominio, mandando que se celebrasen regocijos públicos por el completo restablecimiento de Cabrera.

«La real junta militar de administracion y gobierno de los reinos de Aragon, Valencia y Murcia, que á nadie cede en amor á su digno presidente el Sr. conde de Morella, invita, con acuerdo de la autoridad eclesiástica, á que se cante una solemne misa con *Te-Deum* en todos los pueblos sometidos felizmente al paternal gobierno de nuestro rey y señor D. Carlos V. (Q. D. G.) en accion de gracias al Todopoderoso por el fausto acontecimiento de hallarse ya enteramente bueno de su penosa enfermedad el digno jeneral, cuya funcion deberá celebrarse el dia 3 del prócsimo febrero, siguiendo á este otros dos dias de fiesta é iluminacion jeneral, sin marcar de qué especie han de ser aquellas, pues sabe se esforzarán haciendo aun mas de lo que puedan el Sr. cura párroco, ayuntamiento y vecinos de ese pueblo. Lo que por disposicion del Escmo. señor comandante jeneral de este distrito, D. Domingo Forcadell, comunico á VV. para que se lleve á efecto esta superior determinacion, dándome parte de su cumplimento. Dios guarde, etc.»

Con efecto, los pueblos accedieron con mucho gusto á los deseos de la junta, y en cada uno de ellos hubo fiestas y regocijos públicos, en que los habitantes manifestaron la satisfaccion y alegría que les causaba el que su principal caudillo, á quien habian creido muerto, se hallase ya enteramente restablecido, y sin que fuese bastante á disminuir su entusiasmo el verse amenazados por el numeroso ejército de Espartero, que no debia tardar mucho tiempo en volver á emprender las operaciones militares, porque

teniendo á Cabrera al frente, se consideraban invencibles.

El dia 1.° de febrero salió Cabrera de Morella, dirijiéndose á San Mateo, y desde aqui á Ulldecona: el objeto aparente de esta salida, fué el gusto que el convaleciente tenia en presenciar las fiestas que en dichos pueblos iban á hacerse por su restablecimiento; pero en realidad fué por evitar una recaida en el tifus que habia padecido, cuya enfermedad se habia estendido por Morella y causaba muchos estragos. De Ulldecona pasó Cabrera á Mora de Ebro, donde fué recibido con arcos triunfales y grandes fiestas, y algunos dias despues marchó á Flix, con el fin de tener una entrevista con los jefes carlistas de Cataluña, para acordar sin duda algun plan de operaciones para la prócsima campaña. En dicha reunion se determinó que pasasen á Aragon el mayor número posible de las fuerzas carlistas del Principado, lo que tuvo efecto á últimos de febrero, como luego veremos. Despues volvió Cabrera á Mora de Ebro en donde pensaba permanecer algun tiempo, para completar su restablecimiento, y porque dicha poblacion está situada en un punto en que ademas de convenirle á su salud, le proporcionaba el poder atender facilmente ya á Aragon, ya á Cataluña, sí tenia necesidad de pasar al principado. Ya que dejamos á Cabrera fuera del peligro en que por tantos dias estuvo su vida, volvamos atras para referir los hechos de armas que, durante su enfermedad, ejecutaron los dos partidos belijerantes.

Luego que Forcadell y Llangostera se encargaron de la direccion de la guerra en Aragon y Valencia, despues de dar las disposiciones oportunas para la seguridad de su enfermo jeneral, no permanecieron en la inaccion. Forcadell reunió sus fuerzas con las de Viscarro y Gracia, y marchó á sorprender la villa de Onda, guarnecida por tropas de la reina: en la madrugada del 3 de enero se presentaron con el mayor sijilo delante de dicha poblacion, y á favor de la oscuridad lograron arrimar á las murallas una porcion de escalas; mas cuando ya habian conseguido subir por ellas algunos carlistas y contaban por segura la victoria, fueron

sentidos por los de dentro, y acudiendo precipitadamente la guarnicion á los puntos amenazados rechazaron de todos ellos á los carlistas, haciéndoles desistir de su empresa. Forcadell tuvo bastante pérdida, aunque no fué mucho menor la que esperimentaron los defensores de Onda, que contaron entre sus muertos al comandante del batallon de Santiago, D. Ramon Iriarte.

Forcadell, viendo malograda esta tentativa, se dirijió con las fuerzas que le quedaron á Cañete, con objeto de abastecer bien y fortificar lo mejor posible á dicho pueblo. Para proveer á Cañete sacó Forcadell cuanto encontró en Almodóvar, el Campillo, Bonache de Alarcon y demas pueblos de las imediaciones: lo que mas recojieron fué trigo, cebada y ganado, llevándose ademas algunos vecinos en rehenes de los pedidos que tenia hechos.

El padrastro de Cabrera, Arriembanda, de quien ya hemos hablado anteriormente, habia armado un barquichuelo, y por el rio de Tortosa perseguia y acometia á los barcos cargados de jéneros, consiguiendo algunas veces apoderarse de ellos: lo mismo hacian los carlistas con otro barquichuelo que tenian armado, por la parte de Alcosebre.

El 5 de enero salió de Azuebar el jefe carlista la Coba con su jente, y pasando por la Vall de Uxó, llegó á Moncofa, donde hizo varias esacciones, volvió á la Vall, á cuyo vecindario pidió dinero y víveres; despues tomó el camino de Alfondiguilla y se internó en la sierra, terminando felizmente su escursion. No fué tan dichosa una brigada carlista que desde la Granadella marchó á Flix á por raciones para el batallon de Torres que se hallaba en el primero de dichos pueblos; porque sabiéndolo los cristinos de Mequinenza, salió una partida de nacionales de dicha poblacion, y emboscándose á unas seis horas de distancia, cerca del camino que debia traer la brigada carlista á su regreso de Flix, consiguieron sorprenderla el dia 9, apoderándose de seis machos, de uno de los conductores, y doce cargas de trigo, arroz y aceite, con lo cual regresaron á Mequinenza.

Sabiendo Zurbano, por un confidente suyo, que la guar-

nicion de Segura conducia todos los dias al molino y horno de Bibel, el trigo necesario para la fabricacion del pan, que en el horno de Segura solo cocian la galleta para sus repuestos, determinó quitar este recurso á la espresada guarnicion, y con dos batallones y tres escuadrones se trasladó el dia 19 á Arnedon, desde donde destacó un escuadron y dos compañías de infantería para que demoliesen el molino y horno de Bibel, y él con la fuerza restante marchó á Segura, adonde llegó de noche, y entrando con dos compañias en el horno, lo demolió y despues lo incendió con la misma leña que estaba prevenida para cocer la galleta, reduciendo asimismo á cenizas el repuesto que habia de ella por no poderla trasportar. La guarnicion carlista hizo desde el fuerte algunos disparos de artillería con bala y metralla, causando á los cristinos uno ó dos muertos y algunos heridos de gravedad; pero no pudieron evitar la destruccion de aquellos hornos que tanta falta les hacian. Algunos dias despues aparecieron fusilados en una cuesta que hay entre Alcorisa y el Mas de las Matas, diezioeho soldados de la reina, de los prisioneros del depósito de Cantavieja, en represálias de lo que Zurbano habia hecho en Segura, segun lo indicaba un cartel que se halló sobre los cadáveres de aquellos desgraciados.

Terminada la espedicion sobre Segura, trató Zurbano de sorprender á los voluntarios realistas de Josa y Obon, para lo cual dispuso que el batallon de Logroño y algunas mitades de caballería, marchasen hácia el segundo de dichos pueblos, mientras él se dirijia sobre el primero con el resto de sus fuerzas; pero los realistas á quien Zurbano queria sorprender tuvieron aviso ó sospecharon la intencion del jefe cristino, y se retiraron aquella noche á una paridera de Obon, en donde ya no pudieron hallarlos los soldados que los perseguian, porque supieron demasiado tarde el paraje en que se ocultaban. Despechado Zurbano porque no habia podido conseguir su intento, y deseando saciar su rabia en los pacíficos habitantes de Josa, tomó por pretesto la desobediencia que estos habian manifestado

siempre á las órdenes que les comunicaban las autoridades de la reina: mandó pues, quintar á los vecinos, y sacando ocho de entre ellos, uno de los cuales era el alcalde, hizo que les diesen cien baquetas á cada uno: ademas mandó que rapasen el pelo á las mujeres de los que estaban comprometidos por la causa de D. Carlos, y fuesen espulsadas del pais, sin que pudiesen volver á él hasta que regresasen sus maridos.

Uno de los planes que concibieron las tropas de la reina por este tiempo fué el irse apoderando de los fuertes que los carlistas tenian mas lejanos del centro de su dominacion, y quisieron dar principio atacando á Beteta, para lo cual se combinaron tres columnas cristinas. Súpolo el coronel carlista Palacios, y salió inmediatamente de Tragacete, donde se hallaba, con tres batallones escasos, un escuadron, y una compañía de tiradores de caballería, marchando rápidamente sobre Alcocer, cuyo pueblo ocupaba una de las tres columnas combinadas, mandada por el comandante jeneral de la provincia de Guadalajara, y compuesta de tres batallones y dos escuadrones. Palacios llegó el 21 á la vista de Alcocer, y saliendo á su encuentro fuera del pueblo las tropas de la reina, se trabó un combate que duró hora y media, quedando por último los carlistas dueños del campo: los cristinos se retiraron precipitadamente por el puente de Añon, hácia Guadalajara, dejando en poder de los vencedores ciento cuatro prisioneros, ademas de algunos muertos y heridos.

Animado el intrépido Palacios con esta victoria, marchó el dia 24 á Peralejos de las Truchas, distante tres leguas de Beteta, en donde se hallaba otra de las tres columnas combinadas, al mando del coronel Rodriguez, cuyas fuerzas se componian del provincial de Laredo, cuatro compañías de francos y sesenta caballos. El jefe carlista, con dos batallones y la compañía de tiradores de caballería, sorprendió el pueblo al amanecer: los cristinos acudieron á las armas en desórden, y aunque se sostuvieron algun tiempo, peleando con valor, tuvieron que salir del pueblo en disper-

sion. Los carlistas les hicieron unos cuarenta prisioneros y todas las municiones y equipajes. Las fuerzas restantes de Palacios no entraron en la accion porque las habia enviado, á las órdenes del coronel Cacer, á que se apoderasen de un depósito de raciones que ecsistia en Sacedon; y mientras Palacios conseguia la victoria que dejamos referida contra el coronel Rodriguez, el coronel Cacer desempeñó satisfactoriamente su comision, volviendo con la presa á reunirse con Palacios: estas dos ventajas solo costaron á los carlistas la pérdida de un comandante, un capitan, otros cuatro oficiales y unos treinta soldados muertos. Aun quedaba intacta la tercera de las columnas combinadas contra Beteta, la cual se hallaba en Pedralva; pero Palacios no se atrevió á atacarla porque era mucho mas numerosa que la de los carlistas, contentándose el jefe de estos con haber deshecho por entonces los planes formados contra el fuerte de Beteta.

La alternativa de victorias y reveses de uno y otro partido hacia ver muy distante el término de la guerra, y entretanto los pueblos sufrian las mayores vejaciones porque se les conminaba ya por unos, ya por otros, con las órdenes mas duras y apremiantes. Para contrabalancear las represivas que habian dado los jefes cristinos con objeto de intimidar á los pueblos adictos á los carlistas, hizo circular el gobernador de Cañete el bando siguiente:

«En consideracion á las diferentes consultas hechas por varios ayuntamientos de este gobierno, sobre el modo de llevar á cabo lo dispuesto en las circulares de 13 y 18 de diciembre último para la espulsion y confiscacion de las personas y bienes de los que tuviesen hijos ó parientes sirviendo en las filas rebeldes, he dispuesto, con presencia de lo mandado por el Escmo. Sr. conde de Morella en 14 del finado mes, se ejecute la espulsion y secuestro al tenor de los artículos siguientes:

»1.° Todos los ayuntamientos, á la hora de recibir esta

circular, formarán una lista de los que deben ser espulsados en represálias del mismo decreto de Espartero de 28 de octubre, por tener padres, hijos ó maridos en las filas rebeldes.

»2.° En dicha lista harán advertencia de los que tuvieren hijos en las filas de la lealtad.

»3.° Inmediatamente la remitirán á este gobierno con los comprendidos en ella para espedirles el oportuno pase á los puntos enemigos.

»4.° Sin levantar mano procederán al inventario, secuestro y depósito de todos los bienes raices, muebles y semovientes, y sin la mas leve ocultacion que se castigará con todo rigor.

»5.° La espulsion comprenderá á los padres, hijos y mujeres con la familia que estos tuviesen, en los hijos hasta solo los menores de catorce años, por tener en las filas rebeldes padres, hijos ó maridos.

»6.° Quedarán esceptuados los que acrediten tener sirviendo en las filas leales, ó muerto en ellas alguno de sus hijos, y estos sus padres. Asimismo los que voluntariamente se presentasen ó sirviesen en ellas.

»7.° Tambien se esceptuan los parientes de los que hubiesen fallecido, justificándolo en forma.

»8.° Se comprenden en la espulsion y secuestro los nacionales voluntarios y los legales conocidamente afectos á la causa de la rebelion, á menos que no contribuyan á mas del servicio ordinario con seis duros mensuales para gastos de guerra.

»9.° Todos aquellos á quienes espedido el pase se les encontrase fuera de la ruta marcada en su destino, serán pasados por las armas.

»10. Serán pasados por las armas cuantos vecinos se aprehendan de los pueblos ocupados por los enemigos, siendo marcados por desafectos á la causa del rey N. S.

»11. Los ayuntamientos responderán con su vida de la ejecucion de los anteriores artículos, que deberán cumplirse en un todo dentro de los cuatro dias inmediatos á su

recibo, no obstante las órdenes de los enemigos en contrario, que no les ecsimirá de la pena impuesta, ni servirá de escusa. De esta circular guardarán copia las justicias, que responderán de su estravío no pareciendo la anterior, ni deteniéndola mas que una hora, anotando en el cumplimiento la en que la reciben y despachan, con el nombre y apellido del conductor, volviendo de la última á esta real plaza. Cañete 4 de febrero de 1840.=ELIODORO GIL.»

Estas disposiciones del gobernador de Cañete llegaron á efectuarse en parte en algunos de los pueblos de su gobierno, si bien en pocos pudieron llevarse á efecto por haber dado principio á la ocupacion de ellos las tropas de la reina.

Un acontecimiento desgraciado que despues produjo fatales consecuencias para su causa, vino á aflijir por este tiempo á los partidarios de D. CARLOS. Hallábase mandando en Segura el gobernador Macipe, sujeto en quien Cabrera tenia la mayor confianza. El dia 18 por la mañana bajó Macipe del castillo al pueblo de Segura, y entretanto se sublevó la guarnicion del fuerte, compuesta de dos compañías de granaderos del sesto de Aragon y otra del segundo del mismo nombre. Como este fuerte estaba continuamente bloqueado por los cristinos, temíase que llegase á convertirse en sitio por las tropas de Espartero, y el gobernador recorria frecuentemente el pueblo, procurando que todo estuviese listo para si llegaba aquel caso, con objeto de poder defender el fuerte que estaba á su cuidado. De aquí tomó pretesto la guarnicion para sublevarse, diciendo que el gobernador era traidor á D. CARLOS y trataba de entregarlos al enemigo. Aprovechándose, pues, de la ausencia del gobernador, cerraron las puertas del castillo; y al volver á él Macipe, bien ajeno de lo que pasaba, á las voces de mueran los traidores, le hicieron una descarga desde las troneras y cayó muerto con otros dos oficiales que le acompañaban. Los amotinados espulsaron á la viuda del castillo y nombraron un nuevo gobernador. El asesi-

nato del desgraciado Macipe influyó mucho en la pérdida del fuerte, que no tardó en verificarse.

Las tropas de la reina dieron principio á las operaciones de esta campaña, el 22 de febrero, dirijiéndose á sitiar á Segura. El 23 se presentó Espartero á la vista del castillo, y despues de reconocer el terreno señaló los puntos donde debian construirse las baterías; entretanto mandó hacer algunos disparos con la artilleria de á lomo, á los que contestaron los sitiados arrojándoles varias granadas y balas rasas que no causaron daño alguno. Los cristinos principiaron inmediatamente á levantar las baterías, retirándose sus tropas á los pueblos de alrededor, quedando acampadas únicamente las que mandaba Zurbano y la brigada de vanguardia. El dia 24 salió de Muniesa la artillería de grueso calibre y llegó á Cortes al anochecer, escoltada por cuatro compañías de la guardia. Entretanto se intimó á los sitiados la rendicion, amenazándoles con que serian pasados á cuchillo si no se entregaban á discrecion, á cuya intimacion no contestaron los defensores del castillo. El 25 ecsaminó Espartero los trabajos de las baterías, acompañado de su escolta: los carlistas le dispararon algunos cañonazos, sin efecto, aunque se hallaba á menos de tiro de cañon. La artillería gruesa no habia llegado aun al campamento por el mal estado de los caminos, pero la rodada principió á jugar contra el castillo, y derribó una parte de los reparos que habian hecho en él los carlistas. El 26 llegó la artilleria de grueso calibre, y colocada en las cinco baterías, que ya estaban concluidas, se les designaron los puntos adonde debian dirijir sus tiros, y á las dos de la tarde rompieron el fuego contra el fuerte con mucho acierto. El estrago que la artilleria causaba en las fortificaciones carlistas, y el certero fuego de fusilería que no permitia á los sitiados permanecer en las murallas para ofender á los sitiadores, desanimó á los carlistas, que cuando asesinaron á su gobernador parecia que estaban resueltos á sepultarse entre las ruinas del fuerte antes que rendirse. Llegada la noche cesó el fuego, y los carlistas rogaron á su nuevo gobernador que pidiese

al jefe de las tropas de la reina no continuase el fuego al dia siguiente: el gobernador del castillo mandó tocar á parlamento, é hizo presente al jeneral Ponte, jefe superior del campamento, los deseos de la guarnicion, y que en aquella noche pensaban acordar el mejor medio para que cesasen las hostilidades. Espartero dejó facultado al jeneral Ponte para que se entendiera en las contestaciones con los sitiados, y se retiró á Maicas.

El dia 27 volvieron los carlistas á nuevo parlamento: el mismo gobernador salió del fuerte y entregó al jeneral Ponte un oficio para Espartero, el cual contestó á Ponte intimase á los sitiados que si en el término de ocho minutos no se entregaban á discrecion, serian pasados á cuchillo; y la guarnicion carlista aterrada con aquella amenaza, ofreció rendir las armas. Entonces se presentó Espartero en el campamento con su escolta: arengó á sus soldados, halagándolos con la esperanza de una prócsima paz, que seria debida al valor y esfuerzos de ellos mismos, y terminó su alocucion con vivas á la constitucion, á la reina y á sus tropas: estas tambien victorearon á su jeneral, el cual dispuso inmediatamente la entrada en el fuerte. Los primeros que entraron en él fueron las compañias 3.ª y 5.ª del primer batallon del 2.° rejimiento de la guardia. La guarnicion del castillo salió con todos sus equipajes dejando á la puerta sus armas: y para que todas las tropas sitiadoras pudiesen ver á los prisioneros, se les hizo recorrer el campo escoltados por dos compañias.

Como este dia era cabalmente el del santo de Espartero, despues de tomar posesion del castillo dicho jeneral, se retiró á su tienda de campaña, en donde recibió á cuantos oficiales pasaron á felicitarle por sus dias y por el triunfo que acababa de conseguir.

Ademas de los 273 individuos de tropa y 14 oficiales carlistas que hicieron prisioneros en el fuerte de Segura, hallaron en él los de la reina 80,000 cartuchos, veinticinco quintales de pólvora, gran cantidad de balas y un abundante almacen de víveres. La causa de la rendicion

del fuerte de Segura, fué el asesinato cometido por la guarnicion en la persona de su gobernador, porque á haber dirijido este la defensa del castillo, de cierto no se hubiera entregado con tanta facilidad. Sin embargo de la débil resistencia que opusieron los sitiados, Espartero ponderó los esfuerzos y valor que sus tropas habian empleado para tomar el castillo, como puede verse por la siguiente alocucion que el jeneral cristino dirijió á sus tropas el mismo dia 27 en la órden jeneral del ejército, en Segura.

«El convencimiento de vuestra constancia, de lo sufridos que sois, y del entusiasmo que abrigaban vuestros pechos por el triunfo de la mas justa de las causas, decidió mi incertidumbre sobre adelantar la conquista de este formidable castillo, fuerte por su posicion, por su solidez y por las obras de defensa con que los rebeldes le habian hecho casi inespugnable.

»Con otros soldados menos aguerridos y no tan acostumbrados á vencerlo todo, no me hubiera resuelto en el rigor del invierno y sobre las temibles rocas de la sierra de Segura á desafiar los elementos, aun cuando por mis cálculos la precipitacion en llevar á cabo este glorioso hecho de armas es de una importancia suma para el buen écsito de las sucesivas operaciones.

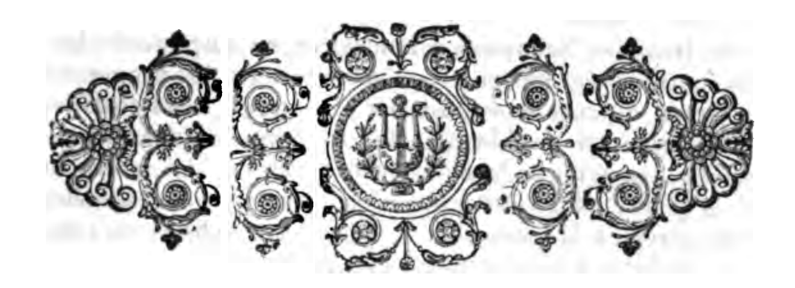
»Cuatro dias de sitio en que á porfia han rivalizado todas las armas del ejército, justificando su pericia, valor y disciplina, han sido bastantes para que esta fortaleza abatiese el pendon de la rebelion, y para que sus defensores se viesen forzados á deponer el orgullo sometiéndose á discrecion á las armas vencedoras, quedando en nuestro poder su artillería, armas y abundantes repuestos de municiones y de víveres.

»La bandera de uno de los rejimientos del sitio tremola ya por Isabel II y la constitucion de 1837 sobre las almenas de la torre del Homenaje. Ufano la he colocado delante de vosotros y he recibido con satisfaccion las acla-

maciones de la fidelidad y del patriotismo con que habeis solemnizado el acto.

»Soldados: habeis contraido un nuevo mérito que la nacion y la reina sabrán premiar debidamente. Yo cada vez estoy mas complacido de vuestro bizarro comportamiento: os doy las gracias mas espresivas, y me atrevo á predeciros que la presente campaña con la toma de Segura será tan feliz en Aragon, Valencia y Cataluña, como lo fué la anterior en las provincias del Norte, despues de la toma de Ramales y Guardamino. Así veremos pronto afianzada la paz jeneral; y satisfechos de no haber omitido ningun sacrificio por conquistarla, disfrutaremos con orgullo de sus beneficios, y de la ventura de que es tan digna esta nacion magnánima. Tales son los votos y deseos de vuestro general—Espartero.»





CAPÍTULO XV.

Entrada en Aragon de algunas fuerzas carlistas de Cataluña al mando de Balmaseda, y mal écsito en su primera tentativa.—Sitio de Castellote por Espartero.—Brillantísima defensa de la guarnicion.—Toma del castillo por los cristinos.—Reveses de los carlistas en Pitarque y Villarluengo.—Ataque de las tropas de la reina contra el castillo de Aliaga.—Toma del fuerte de Alcalá de la Selva por el jeneral Odonell.—Traslacion de Cabrera á Ulldecona desde Mora de Ebro, y entrada de los cristinos en esta poblacion.—Toma del castillo de Alpuente por la division de Aspiroz.—Regreso de Cabrera á Morella.—Evacuacion de Cantavieja por los carlistas.—Ocupacion de varios fuertes por las tropas de la reina.—Accion de la Cenia.

Segun lo acordado en la entrevista que Cabrera tuvo en Flix con los jefes carlistas del principado, entraron el dia 27, por el alto Aragon, seis batallones y doscientos caballos de tropas catalanas al mando de Balmaseda, con objeto de llamar la atencion por aquella parte de algunas fuerzas del ejército de Espar-

tero. Dirijióse Balmaseda á Benabarre, en cuyo punto habia cuatro compañias de tropa de la reina y los nacionales de Graus, quienes se dispusieron á una resistencia obstinada: como es un pueblo abierto, formaron algunas barricadas y parapetos en las calles principales y en las avenidas de la plaza, adonde se replegaron luego que los carlistas penetraron en la poblacion. Seis horas seguidas de un continuado fuego hicieron inútiles los esfuerzos de los carlistas para salvar los parapetos de los cristinos, de los cuales fueron rechazados cuantas veces avanzaron á tomarlos. Por último, temiendo Balmaseda que llegasen tropas de la reina en ausilio de los defensores de Benabarre, ordenó la retirada hácia Torla, costándole el ataque de Benabarre doce muertos y muchos heridos. El mal écsito de la primera tentativa que hicieron los carlistas catalanes en Aragon les disgustó de tal manera, que no tardaron en volverse al principado.

Entretanto seguian las tropas de Cabrera destruyendo cuantos edificios habia en los pueblos, susceptibles de fortificacion, para que no pudieran encastillarse en ellos los cristinos. Los jenerales de la reina procuraban avanzar cuanto les era posible en la ocupacion del pais, al mismo tiempo que se dedicaban á abastecer los fuertes mas importantes que poseian. Poco despues de la ocupacion del castillo de Segura por Espartero, dirijió este jeneral sus miras sobre Castellote y Aliaga, y habiendo recibido de Valencia un considerable parque de artillería, salió con sus tropas de Alcorisa el 12 de marzo, dirijiéndose contra Castellote, para hacer un reconocimiento sobre el castillo, del cual resultó que la artillería rodada halló muchos obstáculos en el camino, y tuvo que volverse á Alcorisa. Durante el reconocimiento, alguna fuerza carlista que se hallaba en las inmediaciones, sostuvo un largo y sostenido tiroteo contra la compañía de tiradores del primer batallon de Luchana, que acompañaba á Espartero, y les causó varios heridos, entre ellos dos oficiales. Por la noche se retiraron los cristinos al Mas de las Matas. Des-

de el 13 al 21 de dicho mes estuvieron trabajando los cristinos en allanar los obstáculos que habian resultado del reconocimiento anterior. Vencidas ya todas las dificultades que presentaba el ataque del castillo, el 21 á las ocho de la mañana emprendió la marcha el cuartel jeneral con la brigada de vanguardia, llegando á Ejulve á las once, y las demas divisiones se reconcentraron entretanto en un punto distante dos horas de dicho pueblo: la artillería tuvieron que conducirla á brazo por las dificultades que ofrecia el terreno. Aquella noche acampó el ejército cristino á dos horas de Castellote, con un frio tan intenso que se les quedaron helados nueve hombres, y al dia siguiente continuaron la marcha. Espartero hizo un nuevo reconocimiento, llegando con su estado mayor hasta medio tiro de fusil del fuerte, donde le obligó á detenerse el fuego de una pequeña fuerza carlista que se hallaba oculta detras de unos peñascos.

El 23 por la mañana mandó Espartero que las compañías de cazadores de la Princesa y de Luchana atacasen un pequeño fuerte que los carlistas habian construido en una ermita estramuros del pueblo, cuyo punto defendia la compañía de granaderos del 5.° de Aragon. Este ataque duró mas de tres horas, hasta que viendo el gobernador la imposibilidad de que aquella compañía pudiera resistir á las muchas fuerzas que por todas partes cargaban, la envió órden de replegarse al castillo, quedando asi aquel fuerte en poder de los cristinos.

Por la noche establecieron los sitiadores cinco baterías, que rompieron el fuego al dia siguiente, causando mucho destrozo en el castillo y desmontando una pieza. En vez de arredrar á los sitiados la destruccion de sus aspilleras, cobraban con ello nuevo aliento, y se servian como de troneras, de los agujeros que abrian en las murallas los proyectiles de los enemigos. Espartero envió un parlamento á los sitiados, que le recibieron á balazos sin querer oirle. El gobernador del castillo, don Pedro Marcó, que solo contaba con cuatro compañías para la defensa del fuerte,

y que con tan escasas fuerzas no podia cubrir todos los puntos, mandó destruir un reducto que tenian los carlistas á la cabeza del camino cubierto, y dar fuego al mismo tiempo al puente de madera que habia á la entrada del castillo.

El dia 25, antes de amanecer, avanzaron algunas compañías de preferencia de la Princesa y de Luchana, hasta tiro de pistola del castillo, con objeto de ocupar el reducto del camino cubierto para colocar en él una batería, y protejer al mismo tiempo á una seccion de zapadores, encargada de abrir una mina para volar el torreon que no habia podido batir la artillería; pero rechazadas dichas compañías por los sitiados con una pérdida considerable, quedaron burlados por entonces los intentos de los sitiadores. Por la noche volvieron los cristinos á emprender la misma operacion; y sentidos inmediatamente por los carlistas, se travó una horrorosa lucha, en que si los sitiados mostraron valor y decision, no fué menor el arrojo de los soldados de la reina: los defensores del castillo á pesar de la metralla que despedia la artillería enemiga, se presentaban á cuerpo descubierto en la muralla, sin pensar en otra cosa que en ofender á sus contrarios con cuanto encontraban á mano: los zapadores, á pesar del vivo fuego de fusilería que les hacian los carlistas, y del diluvio de granadas de mano y pedruscos que les arrojaban, continuaban impávidos sus trabajos, hasta que consiguieron abrir en la peña viva un hornillo de ocho pies, capaz de contener dos quintales de pólvora.

Los carlistas, para reparar en algun modo los estragos que aquel dia habia hecho en sus obras la artillería de los sitiadores, que destruyó todo el primer recinto y parte del segundo, formaron durante la noche parapetos con sacos de harina, arroz y otras vituallas, porque conocieron que aquellos víveres les serian innecesarios hallándose resueltos, como lo estaban, á sepultarse entre las ruinas del castillo, y persuadidos de que el asedio no podia durar mucho.

Acertado fué el cálculo de los sitiados, porque el si-

guiente dia 26, fué en el que se decidió su suerte. Desde el amanecer rompieron un fuego horroroso las baterías cristinas contra el arruinado castillo, y las tropas designadas para el asalto se hallaban ya dispuestas desde la noche anterior. Los carlistas conocieron que aquel iba á ser el ataque decisivo, y resueltos á vencer ó morir, se prepararon á hacer el último esfuerzo y esperaron al enemigo con serenidad. Dada la señal del asalto, los batallones de Luchana seguidos de los de la Princesa y cazadores provinciales de la Guardia, se arrojaron sobre las ruinas del derruido castillo, y á pesar del certero fuego de fusilería de los carlistas, treparon por los escombros del primer recinto perdiendo noventa y seis hombres muertos; pero los cazadores de la Guardia que lograron subir á un cerro que dominaba el castillo por la izquierda, causaron gran mortandad en los sitiados, que permanecian en la muralla á cuerpo descubierto. No menos encarnizada y sangrienta fué la lucha que se trabó en el espacio que mediaba desde el primero al segundo recinto; de una y otra parte quedaron muchos hombres fuera de accion; y el valor de los combatientes se habia trocado en temeridad. Por último, los asaltantes consigueron introducirse en el castillo por un boquete que abrieron con picos y azadones, y sin embargo, los carlistas defendian el terreno palmo á palmo, y cada paso que avanzaban los de la reina costaba muchas vidas. Al ver tan obstinada defensa, amenazaron á los sitiados con prender fuego á la mina y sepultarlos entre las ruinas del torreon: no queriendo creer estos que el castillo se hallaba minado, hicieron salir á dos de sus oficiales para que se enterasen de si era cierto, pues á pesar de verse reducidos á la mitad del fuerte y acosados tan de cerca por unas fuerzas tan considerables, aun querian continuar defendiéndose; pero los dos oficiales volvieron al momento y les aseguraron la ecsistencia de la mina, pronta á rebentar.

Entonces los carlistas, que habian peleado desesperadamente desde el amanecer hasta la una de la tarde, viendo muertos á siete de sus mejores jefes, fuera de combate la

mitad de la guarnicion y reducidos á un torreon que iba á volar á la esplosion de la mina, pusieron una bandera blanca en señal de capitulacion. Los sitiadores, en el calor del combate, hubieran querido derramar hasta la última gota de sangre de sus contrarios; pero el jeneral Espartero, admirado del heróico valor con que tan brillantemente se habian defendido los que guarnecian el fuerte, les hizo la justicia que merecian sus virtudes militares y concedió la vida á los restos de la guarnicion, que entregaron las armas, y quedaron prisioneros de guerra. Asi terminó la heróica defensa que durante seis dias hicieron los trescientos carlistas de Castellote contra treinta batallones cristinos, á los cuales causaron una horrorosa pérdida.

Aunque los contínuos descalabros que sufrian los carlistas de Aragon les presajiaban el prócsimo término de su dominacion en aquel pais, los subalternos de Cabrera hacian cuanto estaba de su parte para retardar la total ruina de la causa que defendian. Despues de la pérdida de Castellote, trasladaron de Cantavieja á Morella parte de la artilleria y la maestranza que habia en aquella plaza. Establecieron sus líneas y resolvieron permanecer á la defensiva, en observacion de los acontecimientos.

Conociendo los jefes carlistas las intenciones de Espartero sobre el castillo de Aliaga, pasó Polo á revistar la guarnicion, mandó aumentar la racion de la tropa y que se les diesen tres de aguardiente; y para entusiasmar mas á los soldados les prometió que se les señalaría una pension de cuatro reales diarios durante su vida, si defendian el castillo á todo trance.

Cabrera, que aun seguia convaleciente, porque habia tenido una recaida de resultas de la pérdida del fuerte de Segura, y se hallaba en Mora de Ebro atendiendo al restablecimiento de su salud, convocó una junta, á la que asistieron los principales caudillos del ejército carlista. Hubo en ella largos debates en que manifestaron las pocas esperanzas que abrigaban de poder tomar la ofensiva; pero determinaron defenderse hasta el último trance, para que

la caida de su partido honrase la bandera que defendian.

Por órden del jeneral Espartero salió Zurbano de Ejulve el dia 5 de abril con objeto de atacar á las fuerzas carlistas que se hallaban en Pitarque y Villarluengo. Llegado á la vista de Pitarque, donde debia reunírsele el brigadier Durando con sus fuerzas, no quiso avanzar sobre el pueblo, temeroso de que los dos batallones carlistas que sabia estaban en él, le esperasen ocultos en las casas. Aguardando pues la llegada de Durando, vió venir por el camino de Aliaga algunas fuerzas, que creyó fuesen las suyas, y envió unos cuantos caballos á reconocerlas, los cuales fueron recibidos á balazos, y tuvieron que retroceder á escape: entonces conoció Zurbano que eran carlistas, y tomó las posiciones que creyó mas ventajosas para esperarlos, porque ignoraba qué número de enemigos tenia al frente; mas no tardó en saber que eran los batallones 6.° y 7.° de Aragon, que él suponia dentro del pueblo, y que venian de Aliaga, adonde habian pernoctado aquella noche. Los carlistas, al observar el movimiento de los cristinos, emprendieron la retirada hácia unos pinares que tenian prócsimos; y Zurbano mandó cargar á un escuadron apoyado por dos compañías de cazadores: los carlistas les hicieron frente y se defendieron con tenacidad; pero cargando todas las demas fuerzas de Zurbano, fueron arrollados, y puestos en dispersion se arrojaron á un profundo barranco, de escarpadas vertientes y sin salida alguna: aglomerados en el fondo, y cercados por los cristinos, que desde arriba les hacian un vivísimo fuego, tuvieron que entregarse los que no habian muerto al impulso de las balas ó de las piedras que les arrojaron los cristinos. Estos tuvieron una pérdida insignificante: de los dos batallones carlistas apenas se salvaron cien hombres, quedando en poder de Zurbano cuatrocientos veintiocho prisioneros; los demas murieron en la accion.

El jeneral Ayerve, que se hallaba en Tronchon con la division de su mando, al oir el fuego del anterior combate hácia la parte de Pitarque, marchó en direccion de Vi-

Villarluengo con ocho compañias de cazadores, tres batallones, una compañia de tiradores de caballería del Príncipe y algunas piezas de montaña, á fin de socorrer á las tropas de Zurbano en caso necesario, y dejó las demas fuerzas de su division en el espresado pueblo de Tronchon.

Ayerve llegó á Villarluengo á la caida de la tarde. El primer batallon carlista de Mora, que se hallaba en el pueblo se preparó á la defensa, lo mismo que la guarnicion del fuerte, situado sobre una eminencia á un cuarto de legua de la poblacion. A pesar de los grandes obstáculos que presentaba el terreno, y la procsimidad de la noche, Ayerve se decidió á atacar el pueblo. Al ver los carlistas que ocupaban á Villarluengo, la disposicion de la tropas de la reina y los disparos que les hacian con la artillería, abandonaron el pueblo y se retiraron á favor de la oscuridad; poco despues ocuparon la poblacion los cristinos. Al amanecer del dia siguiente tomaron tambien el fuerte, pues la guarnicion carlista, al saber que las fuerzas enemigas que iban á atacarle llevaban artillería, se sublevó y abandonó precipitadamente su fortaleza, no obstante la escelente posicion en que se hallaba, y con todo lo necesario para la defensa. Alli encontraron las tropas de la reina gran cantidad de municiones de guerra y boca, y luego que las estrajeron, pusieron fuego al fuerte y le redujeron á cenizas.

Los cristinos marchaban de victoria en victoria y se iban apoderando de los fuertes menos considerables, que destruian enteramente para que no volviesen á caer en manos de los carlistas, con objeto de dirijirse despues á los otros mas importantes que dominaban las huestes de Cabrera. Convencido Espartero de que le era muy necesaria la ocupasion del castillo de Aliaga para poder adelantar las operaciones, encargó al jeneral Odonell que, con la segunda division del ejército del Centro y la cuarta de el del Norte, marchase á atacar dicha fortaleza.

La ventajosa posicion de la villa de Aliaga, situada en una eminencia á la entrada de las sierras que forman el valle de Jarque y lo fuerte de su castillo, compuesto de

tres recintos coronados de torres, ecsijian que se aprestase un tren proporcionado á la importancia de la fortaleza que se iba á atacar. Hechos todos los preparativos necesarios, marchó Odonell contra Aliaga, y el 11 de abril circumbalaron sus tropas el fuerte despues de haberse apoderado del pueblo, á pesar del vivo fuego de fusilería y algunos disparos de cañon con que los carlistas trataron de impedirlo.

Componíase la guarnicion del castillo de trescientos carlistas mandados por un gobernador jóven pero valiente y decidido por la causa que habia abrazado, y en quien tenia Cabrera la mayor confianza: para su defensa contaban con cuatro piezas de artillería, gran repuesto de municiones, y víveres en abundancia. Estos trescientos hombres pusieron una bandera negra, en señal de que se batirian hasta el último estremo.

Los sitiadores construyeron cuatro baterías, una para ocho piezas de á 24 y 16, otra para dos morteros de á 10, la tercera para un obus de á 7, y las restantes para ocho obuses de á 12. Todas estas piezas quedaron montadas en la noche del 12; y al amanecer del 13 rompieron el fuego contra el fuerte todas las baterías, que á los primeros disparos lograron apagar los del castillo: sin embargo, la guarnicion se sostuvo con el fuego de fusilería contra los cazadores de la reina, situados á corta distancia.

El dia 14 cesó el fuego de las baterías, escepto alguna que otra bomba que arrojaban á la plaza. Construyeron los sitiadores otra batería de ocho obuses de á 12, y al amanecer del 14 continuaron el fuego con tanto acierto, que destruyeron las comunicaciones de los tres recintos y todas las defensas de la parte del Norte. Retirados los carlistas al lado S. O. del fuerte continuaban el fuego de fusilería por la parte opuesta á las baterías de los sitiadores; mas por la noche lo hicieron tambien desde las ruinas de sus recintos, porque no les molestaba tanto la artillería enemiga.

Viendo el jeneral cristino la obstinacion de los sitia-

dos en defender sus alojamientos, mandó construir durante la noche una nueva batería de dos piezas de á 8 frente á la puerta del castillo, y á la distancia de poco mas de tiro de pistola. Apenas amaneció el dia 15 rompieron el fuego todas las baterias, y al descubrir los sitiados tan inmediata la levantada aquella noche, dirijieron sobre ella un vivísimo fuego de fusilería y algunas granadas. Ademas de la multitud de bocas de fuego que bomitaban proyectiles contra la fortaleza, idearon los sitiadores construir por la parte del Norte dos hornillos y volar aquel trozo de muralla para abrir de este modo una brecha en el primer recinto, lo cual no podia efectuarse con los proyectiles. Dirijiéronse, pues, los minadores hácia la muralla con el indicado objeto, mas al ver los sitiados aquel movimiento, coronaron á cuerpo descubierto toda la parte amenazada, despreciando valerosamente los fuegos de la artillería enemiga, y rechazaron á los minadores, causándoles un capitan y dos soldados muertos, y quince heridos, entre ellos un teniente. El mismo écsito tuvo la segunda tentativa que hicieron para verificar dicha operacion, cuya empresa tuvieron al fin que abandonar; pero el jeneral en jefe de las tropas de la reina mandó entonces llevar dos piezas de á 16 á la batería de á 8 tan prócsima á la puerta, con cuya disposicion puso á los defensores del castillo en tal apuro, que tuvieron que pedir capitulacion, porque les era ya imposible el sostenerse. La capitulacion les fué negada y la guarnicion se entregó á discrecion, quedando prisionera de guerra. La defensa del castillo de Aliaga costó á los carlistas dieziseis muertos y veinticuatro heridos, entre ellos dos oficiales. Las tropas de la reina ocuparon las ruinas del castillo á costa de sus mejores jefes y muchos soldados que sucumbieron al fuego de los sitiados.

Con la toma de los fuertes que ya hemos mencionado, iban estrechando cada vez mas las tropas de la reina las lineas con que circumbalaban á Cantavieja y Morella, las dos plazas mas importantes de las que aun quedaban á los carlistas. Los continuos reveses que esperimentaban los sol-

dados de Cabrera y la larga y penosa convalecencia de este caudillo, que le impedia dirijir las operaciones y tomar una parte activa en la defensa de sus fuertes, iba ya amortiguando el entusiasmo de sus soldados, porque no hay cosa que desmoralice y amilane mas á un ejército que las consecutivas derrotas. Todo lo contrario sucedia á los cristinos, que con los repetidos triunfos cobraban cada vez mas ánimo, y cada victoria que conseguian les hacia desear otra nueva, arrostrando con la mayor intrepidez los peligros, porque inmediatamente recojian el fruto de su arrojo. Hasta los elementos se mostraban propicios á las tropas de la reina, pues el mismo dia que terminaron sus operaciones contra el castillo de Aliaga, principió un récio temporal de nieve y agua, que á haber comenzado antes hubiera molestado mucho á los sitiadores en sus campamentos y protejido á los sitiados; pero declarada la fortuna contra los defensores de D. Carlos, era ya inútil el que estos quisieran luchar contra la influencia de su fatal estrella.

Habiendo mejorado el tiempo, se preparó Odonell para atacar el fuerte de Alcalá de la Selva, y Aspiroz para sitiar á Alpuente, cuya fortaleza habian recompuesto los carlistas y aumentado sus defensas. El jeneral Leon amenazó á Mora; Zurbano atendia entretanto á la habilitacion del camino que va desde Alcañiz á Morella, y al apresto de los trenes, parques, almacenes y demas necesarios para las operaciones que estaban proyectadas. Con el mismo objeto marchó el brigadier Amarillas con cinco batallones, dos escuadrones y una batería de montaña á Fortanete, donde se iban á establecer los almacenes para el sitio de Cantavieja. Estos movimientos de los cristinos causaron sin duda mucho recelo á la junta de gobierno, que mudó su residencia, temiendo tal vez la pérdida de Morella, y en vez de encerrarse en la plaza se fué aprocsimando á las márjenes del Ebro, para poder pasar con mas facilidad á Cataluña y de alli á Francia en caso necesario.

Aunque los carlistas no pensaban hacer gran resistencia en Cantavieja, relevaron con el cuarto el octavo batallon

que se hallaba en dicha plaza, y tomaron algunas disposiciones para la defensa; pero su mayor atencion se dirijia á la defensa de Morella, de cuya plaza á nadie dejaban salir; pero muchos se fugaban descolgándose por las murallas.

A consecuencia del movimiento de Ayerve, que avanzó hasta la Iglesuela, se creyó poco segura la guarnicion de Linares, por lo cual destruyó el fuerte y marchó á reforzar la de Alcalá de la Selva. Llegó Odonell con sus fuerzas á este punto y circumbaló la fortaleza, estableciendo inmediatamente sus baterías, que rompieron contra el fuerte un continuado fuego: los carlistas se defendieron con la mayor intripidez; despues de ver apagados los fuegos de su artillería por la de los sitiadores, destruidas todas sus defensas, arruinados los torreones, practicada la mina, destruidos los rastrillos por el hacha de los gastadores enemigos, y ocupada por estos una parte del fuerte, aun continuaron peleando á cuerpo descubierto, y ofendiendo á los sitiadores arrojándoles piedras, granadas y cuanto encontraban á mano. Ultimamente, esta desesperada defensa hubo de ceder al ver preparadas para el asalto las compañías que debian darlo tan luego como se verificase la esplosion de la mina, á la que ya iban á dar fuego. Rindiéronse, pues, á discrecion del vencedor los ochenta y seis carlistas entre jefes y soldados, que quedaban de la guarnicion, y aun cuando los sitiadores no les habian querido conceder capitulacion alguna, fueron considerados como prisioneros de guerra. La ocupacion de esta fortaleza, que tuvo lugar el dia 30 de abril, costó á los cristinos una pérdida de cuarenta hombres entre muertos y heridos.

Como el jeneral Leon se iba aprocsimando á Mora de Ebro, residencia del convaleciente Cabrera, los amigos de este temieron por su seguridad y resolvieron trasladarle á Cherta y desde allí á Ulldecona para ponerle á cubierto de un golpe de mano. No se equivocaron en su cálculo los amigos del caudillo tortosino; pues apenas efectuaron la salida de Mora de Ebro, el jefe cristino emprendió su movimiento hácia este punto por Gandesa, con objeto de

reconocer las fortificaciones que los carlistas habian construido para protejer el asilo de su jeneral. Al llegar Leon á la vista de Gandesa, observó que seis batallones carlistas situados en los estribos de la cordillera que dominaba al E., estaban dispuestos á disputarle el paso. Inmediatamente mandó avanzar á las compañías de cazadores que atacaron impetuosamente á los carlistas, los cuales abandonaron sus posiciones despues de una corta resistencia, y se retiraron con algun desórden.

La guarnicion del fuerte de Mora de Ebro, que confiaba en el apoyo que debian prestarle los espresados batallones, al verlos huir y no teniendo esperanza de ser socorrida, abandonó tambien el fuerte, que ocuparon los cristinos el dia 30 de dicho abril, sin que les costase el menor esfuerzo. Mientras esto acontecia en Mora de Ebro, la columna de Aspiroz emprendió el ataque de Alpuente el 26; los carlistas se encerraron en el fuerte y en la iglesia, sosteniendo todo el dia un vivo fuego de artillería y fusilería, procurando impedir por este medio la construccion de las baterías enemigas, cuyos trabajos continuaron sin interrupcion. Terminadas las baterías y montadas las piezas, al amanecer del 29 rompieron el fuego contra el castillo una batería de brecha, otra de obuses y otra de morteros, haciendo sus disparos con tanto acierto, que destruyeron gran parte de los parapetos del primer recinto, un reducto del segundo, y la torre de la iglesia, cuyos defensores quedaron incomunicados con los del castillo; la única resistencia que unos y otros opusieron, fué un fuego muy poco sostenido, continuando así hasta su rendicion, que tuvo lugar el 2 de mayo. La defensa de los sitiados fué demasiado débil, y hubieran podido sostenerse por mas tiempo á haber sido mayor su decision; pero la esplosion de una mina abierta por los sitiadores, y la actitud de la columna preparada al asalto, les causaron tal desaliento, que pidieron capitulacion, la cual les fue negada: el oficial carlista encargado del parlamento, dijo que de entregarse á discrecion estaban espuestos á sufrir

una muerte ignominiosa; y que siendo aun susceptible de defensa el castillo, preferirian morir honrosamente bajo sus ruinas. Entonces Aspiroz les concedió las vidas, y el gobernador rindió el fuerte sin mas condiciones, quedando prisioneros de guerra el referido gobernador, veintiun oficiales y doscientos veintidos individuos de tropa. Los cristinos ocuparon inmediatamente el castillo, en el cual hallaron tres piezas de artillería, doscientos cincuenta fusiles y gran cantidad de municiones y víveres de todas clases. Los prisioneros de Alpuente fueron conducidos á Valencia, en cuya ciudad entraron el dia 4: el populacho que salió á esperarlos insultó groseramente á aquellos desgraciados porque los veia indefensos, y pidió enfurecido que se fusilase á todos. Los soldados de la escolta pudieron á duras penas contener á los alborotadores, y consiguieron encerrar á los prisioneros en la cárcel de San Narciso, prócsima á la puerta de la Trinidad. Entonces se dirijieron los alborotadores al alojamiento del jeneral Iriarte, segundo cabo de Valencia, pidiendo con desaforados gritos la muerte de los prisioneros: Iriarte salió al balcon y arengó á la multitud, ofreciendo que si entre ellos habia algunos criminales se les castigaría; pero como esto no fué suficiente para sosegar á aquellos frenéticos, el jeneral se vió precisado á montar á caballo y metiéndose por entre los grupos, logró, con persuasiones y amenazas que se retirasen. A pesar de esto continuaba la fermentacion de los ánimos; mas la enerjía de Iriarte y la amenaza de Espartero, de que al menor síntoma de desórden enviaria la columna de Aspiroz para hacer respetar las leyes, restablecieron la tranquilidad y salvaron la vida á los prisioneros, que esperaban de un momento á otro ser víctimas de la desenfrenada plebe.

Crítica era ya la posicion de las tropas carlistas en esta época, porque adelantando sus líneas cada vez mas las tropas de la reina, íbase reduciendo por momentos el terreno que aquellos dominaban. En estas circunstancias, hallándose Cabrera algun tanto restablecido, salió de Ulldecona, y con los

dos mil infantes y trescientos caballos que le custodiaban, marchó á Morella; y luego que entró en esta plaza, se asomó al balcon de su alojamiento, desde donde dirijió á sus soldados una corta alocucion, animándoles á la defensa. A pesar del estado de estrema debilidad en que se hallaba este caudillo, que le impedia tomar una parte activa en las operaciones de la guerra, sus soldados recordaban las hazañas anteriores de su esforzado jeneral, y en medio de su entusiasmo se creian invencibles mientras Cabrera no los desamparase. Este jeneral dictó algunas medidas, entre ellas la de que se abandonase la plaza de Cantavieja, contra la cual tenian reunidos los de la reina todos los aprestos del sitio en Fortanete. En cumplimiento de la órden de Cabrera, la guarnicion de Cantavieja incendió una parte de la poblacion, voló el almacen de pólvora del castillo, y marchó al bajo Maestrazgo á reunirse con su jeneral. Inmediatamente que Odonell supo la evacuacion de dicha plaza, pasó á ocuparla con sus tropas dedicándose desde luego á cortar el fuego, evitando de este modo que quedase reducida á cenizas toda la poblacion. Los fuertes de las Horcas y de San Blas se encontraron en buen estado; aunque con la artillería clavada. Tambien abandonaron por estos dias los carlistas, despues de haberle destruido, el castillo de Villahermosa, porque vieron aprocsimarse por aquella parte la columna de Buil, y temieron ser atacados.

Despues que Odonell tomó las disposiciones necesarias para la conservacion de Cantavieja, dejando allí la suficiente guarnicion, salió de dicha plaza el dia 15 con diez batallones, tres escuadrones, dos piezas de á 16 y una batería de montaña, dirijiéndose á San Mateo, porque supo que Cabrera reconcentraba sus fuerzas por aquella parte, apoyado en los fuertes de Ayodar, Culla, Villamalefa y otros, que aunque de poca inportancia, creíase que harian alguna resistencia. Odonell llegó el 17 á San Mateo, cuyo punto ocupó sin oposicion alguna, porque los carlistas lo habian abandonado la noche anterior, como igualmente los

de Benicarló, Alcanar y Ulldecona, y trasladádose con Cabrera á la Cenia y Rosell.

Para economizar las guarniciones y tener mayor número de fuerzas disponibles, mandó Espartero que fuesen demolidas las fortificaciones de Mora de Ebro y Flix, y que la division de Leon y la brigada de Zurbano, que las ocupaban, regresasen á Valderrobles. En cumplimiento de esta órden las tropas de Leon emprendieron la marcha al amanecer del 13 por el camino de Monroyo para reconcentrarse en sus líneas. Noticiosos los carlistas de este movimiento se reunieron en número de seis batallones y doscientos caballos en las escarpadas montañas de Valdelladres y Sierra del Caballo, con objeto de disputar el paso á Leon y batirlo en los desfiladeros por donde tenia que pasar; pero se retrasaron tanto los carlistas, que cuando se presentaron ya habian pasado las tropas de la reina los parajes mas difíciles. Frustrado asi el intento de los carlistas, consiguió Leon atraerlos á un punto mas ventajoso, en donde principió la accion á las seis de la mañana, y fué tan porfiada que duró hasta la una de la tarde, hora en que los carlistas se retiraron, al ver que nada podian conseguir. Uno y otro partido tuvieron no poca pérdida en este choque.

Siguiendo el sistema que se habia propuesto Cabrera de abandonar y destruir los fuertes, la guarnicion de Montan desalojó el que defendia y le puso fuego, cuyas llamas apagaron los soldados de la division de Hoyos que lo ocuparon el dia 18. Sin embargo, la guarnicion de Bejis no siguió el mismo ejemplo: sitiada por la division de Aspiroz, se sostuvo algunos dias con mucho valor; pero estrechados los carlistas por el jeneral cristino que empleó todos los medios que tenia á su disposicion para batir las murallas; y no esperando aquellos socorro alguno de los suyos, determinó el gobernador fugarse el dia 21 con alguna parte de la guarnicion para no caer prisionero. Aprovechándose de la oscuridad de la noche, puso en práctica su proyecto, que no se realizó enteramente, porque

habiendo advertido rumor los escuchas de Aspiroz, dieron la alarma en los puntos avanzados, los cuales tomaron las armas, acometieron á los que intentaron escaparse y se trabó una escaramuza, en la que perdieron los carlistas siete muertos y catorce prisioneros: solo el gobernador y cinco individuos mas consiguieron fugarse. Al siguiente dia 22 los defensores que quedaban en el fuerte se rindieron á discrecion y fueron tratados por las tropas de la reina como prisioneros de guerra. Ademas de los ciento diezinueve carlistas que quedaron prisioneros, encontraron los cristinos en la fortaleza tres piezas de artillería, cien fusiles, y cantidad de municiones y víveres.

Sostenido hasta esta época el espíritu de las tropas carlistas con las reiteradas promesas que les habian hecho de que les llegarian refuerzos y socorros que en vano esperaban, de las potencias del Norte, enviaron allá comisionados para que activasen el envio de aquellos ausilios; pero en vez de hombres y dinero recibieron un desengaño, pues la causa carlista se hallaba ya en muy mal estado para que encontrase protectores entre los estranjeros; y aquellos mismos que mas habian atizado el fuego de la discordia, cuando vieron que ya no podian sacar las ventajas que se prometieron de nuestras disensiones domésticas, abandonaron á los carlistas á su propia suerte, porque los veian prócsimos á sucumbir y se escusaron de favorecerlos. Esto, como era consiguiente, desalentó á los carlistas, en cuyas filas habia principiado á cundir la desercion, porque en todos los partidos se encuentran hombres que defienden una bandera mas bien por interes que por conviccion, los cuales abandonan sus filas tan luego como pierden la esperanza de medrar; estos pervierten con su ejemplo á los mas pusilánimes, que desiertan tambien de sus filas, y de esta manera suelen causar la ruina de la causa que les admitió para su defensa. El ejército de Cabrera habia menguado mucho, tanto por las deserciones como por los prisioneros que habia perdido en los choques con las tropas de la reina y en los fuertes de que estas se habian apoderado.

Sin embargo, viéndose Cabrera cada vez mas estrechado por un enemigo que no le dejaba un momento de descanso, conoció la necesidad que tenia de combatir, para dejar con honor aquel pais en que tantos laureles habia cojido y por tanto tiempo habia dominado; y á pesar de que el estado de su salud no le permitia esgrimir la espada, lo que le faltaba en esta ocasion de fuerza física, le sobraba de espíritu y resolucion. Reunió, pues, hasta el número de ocho de sus batallones y doscientos caballos, arengó á sus soldados y se preparó para la pelea.

El jeneral Odonell, que estaba decidido á lanzar á Cabrera hasta los puertos para hacerle esperimentar en ellos todas las dificultades de la falta de subsistencias, salió de Ulldecona con seis batallones y tres escuadrones. Los carlistas le esperaron en las alturas inmediatas á la Cenia, apoyando su derecha en dicho pueblo, y tan luego como se aprocsimaron las fuerzas de Odonell, les presentaron la batalla, que los cristinos aceptaron. Sospechando Odonell que Cabrera ocupaba una eminencia no muy distante, dispuso que la atacase la columna de vanguardía, compuesta de los cazadores que dirijia Buil, sostenida por la caballería que mandaba Shelli y por tres batallones en masa á las órdenes del marqués de las Amarillas. Con efecto, Cabrera se hallaba en aquel punto con su estado mayor, y las fuerzas que le defendian rompieron el fuego al avanzar los cristinos, jeneralizándose la accion inmediatamente.

Las tropas de Odonell estaban formadas en tres columnas desde el camino de Morella hasta la carretera de San Mateo, y por su derecha hasta el camino de Vinaroz. Los carlistas se estendian desde el camino de Hervés, por detras de la Cenia, hasta el de la Galera. El combate se empeñó, peleando los carlistas con tal esfuerzo, que hicieron retroceder á los defensores de Isabel; pero la retirada del centro de Odonell al apoyo de su ala derecha, hizo sospechar á los de Cabrera que el enemigo trataba de cortarles la retirada, y se corrieron á la carretera de la Galera. Entre este punto y el camino de Vinaroz hay un

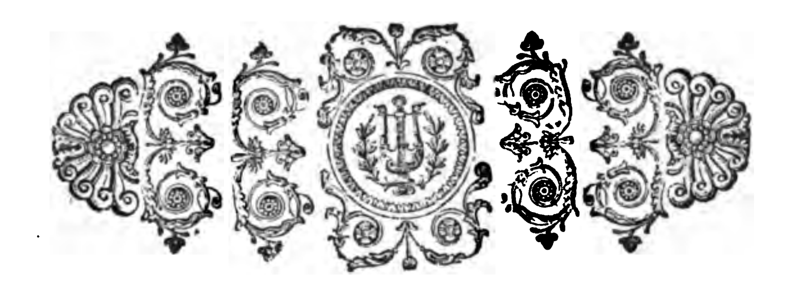
espacioso campo, donde segunda vez volvió á trabarse la pelea, sostenida tan obstinadamente por ambos partidos, que ni los carlistas retrocedian un paso, ni los cristinos tampoco: apenas se veia un claro en las filas, inmediatamente se cubria por otros combatientes que remplazaban con entusiasmo á sus compañeros muertos: parecia que la pelea solo habia de terminar con el total esterminio de ambos ejércitos.

Mientras se atacaba la posicion que ocupaba el jeneral carlista, mandó Odonell al brigadier Pavía que envolviese su flanco izquierdo, y al coronel Cotoner que practicase igual operacion por el derecho: á estos movimientos se opusieron tres batallones y cinco escuadrones carlistas, que pelearon con tanto encarnizamiento, que dejaron cubierto el campo de muertos y heridos. Cabrera, que recorria á caballo las filas de sus soldados para infundirles nuevo aliento con su presencia, llegó á quedarse á descubierto muy cerca de las guerrillas de Odonell, las que dirijiendo entonces sus tiros contra el jeneral carlista, le mataron el caballo. Inmediatamente montó otro de los que tenia de reserva, y continuó animando á los suyos y esponiéndose en los parajes de mayor peligro; pero una bala rasa atravesó su segundo caballo que cayó con el jinete á tierra, sin que al pronto pudiesen conocer los ayudantes de Cabrera si el caballo y el jeneral habian sido víctimas de un mismo golpe. Aprovechándose de esta caida las tropas de la reina, cargaron con tal ímpetu que hubieran deshecho el círculo que los carlistas habian formado para salvar á su caudillo, á no ser por la bizarria con que las compañias carlistas contuvieron el arrojo de sus contrarios, arrojándose sobre ellos á la bayoneta, y dando así tiempo para que los ayudantes de Cabrera le levantasen del suelo, donde permanecia debajo del caballo, y bastante magullado del porrazo. Este acontecimiento influyó mucho para que los carlistas, vivamente acosados por todas partes, determinasen la retirada, que emprendieron con el mayor órden, conteniendo siempre á sus enemigos, á

los cuales no dejaron otra ventaja que el terreno donde se habia sostenido la accion. Las huestes de Cabrera se dirijieron á los montes de Rosa y Benifasá, para tomar el boquete de los puertos de Beceite, en donde tenian algunas fortificaciones. Siguiéronles las tropas de la reina hasta el primer parapeto de dichos puertos, desde donde retrocedieron viendo que eran infructuosos cuantos esfuerzos habian empleado para deshacer la retaguardia.

Despues de dejar Odonell alguna fuerza en observacion de los puestos avanzados de Cabrera, regresó á la Cenia, teniendo que lamentar pérdidas de mucha consideracion, entre ellas la de un hermano suyo, que cayó acribillado de heridas y le retiraron del campo sin esperanza de vida. Ademas de los muchos muertos y heridos que tuvo Odonell en las cargas que se dieron en la carretera de San Mateo, le hicieron los carlistas treinta prisioneros del batallon de guias de Espartero. Los carlistas tambien tuvieron bastantes muertos y heridos, contándose entre los primeros dos capitanes, y un teniente de caballeria; y entre los heridos al valiente capitan D. José Jordan y Millan.

Tal fué el resultado de la accion que, como por despedida del pais de su dominacion, sostuvo el enfermo Cabrera en la Cenia, en los momentos en que todo le era contrario, aventurando en este solo combate las pocas esperanzas que le quedaban. Verdad es que hubo de ceder el campo á sus contrarios; pero la retirada de Cabrera equivalió á una victoria y honrará siempre al caudillo carlista y á los demas jefes que la dirijieron.



CAPÍTULO XVI.

Sitio de Morella por el ejército de Espartero.—Defensa y rendicion del fuerte de San Pedro Mártir.—Evacuacion del reducto de la Querola por los carlistas.—Vuélase el almacen de pólvora de los defensores de Morella.—Resuelve la guarnicion abandonar la plaza.—Horrorosas desgracias acaecidas en esta salida.—Propuesta de capitulacion por el gobernador accidental de Morella al jeneral de las tropas sitiadoras.—Contestacion de Espartero.—Rendicion de Morella á los cristinos.—Sorpresa de Forcadell por la brigada de Zurbano.—Derrota de Palacios por el jeneral Concha.

Ya dijimos, cuando Cabrera se apoderó de Morella, lo importantísima que era esta plaza, así por su posicion topográfica como por su fortaleza, para dominar el Maestrazgo. Esta ciudad adquirió mucha celebridad despues del triunfo que consiguió contra Oraá, obligando á este jeneral á levantar el sitio que la puso, á

pesar del numeroso ejército que tenia á sus órdenes. Como ademas del interes, mediaba el amor propio de Cabrera en conservar una plaza cuya posesion le habia valido el título de conde, fijó el caudillo carlista toda su atencion en aumentar sus obras de defensa, que se ampliaron mucho mas luego que el ejército cristino del norte penetró en Aragon, porque conocieron los carlistas que entonces podrian sitiar á Morella las tropas de la reina con esperanzas de mejor écsito. No contento Cabrera con las obras interiores, mandó construir algunos fuertes esteriores, en cuyo trabajo se empleé centenares de prisioneros, con el objeto de ver terminadas aquellas obras antes que fuesen atacadas por las tropas de la reina. Llegó por último este momento temido, y los carlistas tuvieron que arreglar precipitadamente la defensa, sin haber podido concluir, con arreglo al plan, el fuerte esterior llamado de San Pedro Mártir.

El dia 19 de mayo emprendió el ejército de Espartero el movimiento contra la plaza de Morella; pero al llegar al Mas de las Matas se levantó tan grande tempestad que las tropas de la reina no pudieron continuar su marcha, y tuvieron que acojerse al abrigo de las tiendas de campaña, mientras que algunas divisiones tuvieron que quedarse en los pueblos inmediatos. La gran nevada que amaneció el dia 20, el frio intenso de los dias 21 y 22, y el mal estado en que se hallaban los caminos á consecuencia del récio temporal, entorpecieron las operaciones de los cristinos sobre Morella; pero mejorado ya el tiempo, en la madrugada del 23 descubrieron los defensores de la plaza las primeras avanzadas enemigas sobre las crestas de los cerros del Mas del Pou y la Pedrera, media hora distante de Morella. La vanguardia de Espartero fué hostilizada por un batallon carlista, que la molestó bastante por su flanco izquierdo en la posicion de San Márcos; sin embargo, dicha vanguardia protejió á la brigada de injenieros en el reconocimiento que á las ocho de la mañana practicó sobre el reducto de San Pedro Mártir y el de la Querola que se ha-

llaba intermedio entre la plaza y dicho fuerte, en una colina poco elevada. Los sitiadores establecieron una batería en el cerro de la Pedrera, y á la una de la tarde rompieron el fuego contra el espresado fuerte de San Pedro Mártir, arrojándole granadas y balas de á 12 y 16 para destruirle, con tal actividad que á las cuatro de la tarde la artillería de los sitiadores habia hecho mas de quinientos disparos.

Ademas de la batería construida en la Pedrosa, mandó Espartero levantar otra para cuatro piezas de á 16, que jugaron, segun hemos dicho, contra el fuerte. Pero observando el jeneral en jefe que la larga distancia á que se hallaban las baterías impedia causar á los sitiados todo el daño que intentaban, mandó establecer otra en la falda de la misma montaña en que se hallaba el fuerte. La guarnicion de este se componia de dos compañías del tercero de Valencia, que se veian en grande apuro asi por las tres baterías que les hostilizaban como por los tiradores de la reina, que rodeando el cerro y aprocsimándose hasta medio tiro de fusil del fuerte, incomodaban mucho á los sitiados y les habian cortado la comunicacion con el reducto de la Querola y con la plaza. En tal estado y á pesar del aspecto imponente que presentaba el ejército sitiador en las inmediaciones de aquel pequeño fuerte, dispuso su gobernador don Pedro Camps, de acuerdo con su segundo el coronel don José Arnalet, hacer una salida contra los enemigos que tan de cerca les molestaban. Efectuada esta por una compañía al mando del espresado Arnalet, obligó á retirarse á los tiradores de Espartero, que tanto se habian aprocsimado al fuerte prevalidos de lo escarpado del terreno, que les servia de parapeto, y restableció la comunicacion con la plaza y con el fuerte intermedio.

El 24 continuaron los sitiados hostilizando el fuerte de San Pedro Mártir con un vivísimo y sostenido fuego de fusilería y artillería, sin que la valiente guarnicion se desanimase en lo mas mínimo: al contrario, permanecia impávida y acudia con entusiasmo al paraje en que veia

mayor peligro, porque esperaba ver llegar de un momento á otro á Cabrera con sus batallones para socorrerla. El gobernador de Morella, don Pedro Beltran, al notar al apuro en que se hallaban los fuertes esteriores, dispuso una salida, que efectuó á las siete de la mañana, con un batallon de la guarnicion de la plaza, y á pesar de la oposicion de los sitiadores, llegó al fuerte de la Querola y al de San Pedro Mártir, y despues de dar las instrucciones oportunas á los comandantes de ambos reductos y de relevar las compañías de zapadores que habian estado trabajando toda la noche en el fuerte de San Pedro Mártir, regresó á la plaza, siendo de nuevo atacado vigorosamente por las tropas de Espartero, que le causaron muchos heridos; pero no pudieron impedir que ejecutase completamente la idea que se habia propuesto en su salida.

Notando el jeneral en jefe del ejército sitiador, que á pesar del nutrido fuego de su artillería, hacia pocos progresos en la destruccion del reducto de San Pedro Mártir, dispuso que se estableciesen mas prócsimas las baterias para acelerar la rendicion del espresado fuerte. Comunicadas las órdenes oportunas para ello, al anochecer del mismo dia principiaron los zapadores cristinos á levantar una batería para dos piezas á la parte occidental del Mas de la Pedrera y á distancia de medio tiro de fusil del fuerte; cuya guarnicion al notar tan prócsimos á sus contarios les hicieron pagar cara su osadía con el certero fuego que les dirijieron, y con los proyectiles que les arrojaron, matándoles ocho soldados y un oficial: mayor hubiera sido aun la pérdida á no haber escaseado á los carlistas las municiones, y particularmente las granadas.

Al amanecer del dia 25 redoblaron sus esfuerzos los sitiadores, rompiendo un vivísimo fuego de artillería y fusilería: entonces D. José Fulgosio, comandante de batallon, procedente del convenio de Vergara, con algunas compañias compuestas de soldados del mismo convenio, se adelantó hácia el fuerte para estrechar mas á los mismos á cuyo partido habia pertenecido él anteriormente.

Fulgosio consiguió ponerse bajo los fuegos de la guarnicion en un paraje escarpado cerca del foso, desde donde podia asaltar el reducto; sin embargo, temiendo las dificultades que pudiera ofrecer la operacion, trató de entrar en relaciones con el gobernador del fuerte. Al mismo tiempo se aprocsimó tambien por otro lado al fuerte el rejimiento de cazadores provinciales de la Guardia, llegando á entrar en el foso algunos soldados, sin que los sitiados pudieran ofenderlos por carecer de granadas de mano. En tan crítico momento, el gobernador del fuerte viendo fatigada su guarnicion, falta de muniniones y sin esperanza de socorro, entró en negociaciones con los sitiadores, y les propuso que se permitiese tomar las armas en favor de la reina á los soldados de la guarnicion que quisieran, y á los que lo rehusáran se les diese el pase para donde le pidiesen; pero negadas estas proposiciones por el jeneral cristino, los defensores del reducto de San Pedro Mártir, que tan bien se habian sostenido, se vieron obligados á entregarse á discrecion. El gobernador, trece oficiales, un capellan y doscientos sesenta y cuatro indívíduos de tropa rindieron las armas y fueron conducidos á Zaragoza como prisioneros de guerra.

Ocupado el fuerte de San Pedro Mártir por las tropos de la reina, fácil les era ya la ocupacion del de la Querola, dominado por aquel á distancia de medio tiro; por esta causa, la tropa que le guarnecia, despues de sostener un corto tiroteo con los sitiadores, y conociendo que todos los esfuerzos que hiciera para sostenerse serian inútiles, puso fuego al fuerte y se retiró á la plaza.

La ciudad de Morella se habia dividido militarmente para su defensa, en cinco cuarteles ó distritos, á saber: en cuatro el recinto principal que circuye la muralla por la parte baja de la poblacion, y otra linea llamada del 5.° distrito, en la parte alta de la plaza, entre el convento de San Agustin y la parroquia ó iglesia mayor, cuyo espacio se consideraba como una ciudadela, porque ocupando dichos edificios la posicion mas elevada y ventajosa de la ciu-

dad, podia hacerse de ella una porfiada defensa al abrigo de sus muros, protejidos ademas por los fuegos del castillo. Cada distrito estaba á cargo de un jefe de conocido valor y pericia militar, y contaban con subalternos de no menos mérito para secundarlos en las operaciones. La guarnicion de Morella se componia del 5.° batallon de Aragon á las órdenes del comandante D. Manuel Jil, el 3.° y 5.° de Valencia mandados por D. José Miralles y D. Manuel Sister; cuyas fuerzas ascendian á unos mil trescientos hombres: mas como al último de los mencionados batallones tocó el guarnecer los fuertes esteriores, solo quedaron para el servicio de la plaza los otros dos, ayudados por el batallon de voluntarios realistas de Morella y los de otros pueblos inmediatos; pero así de los de la ciudad como de los de fuera, solo tomaron parte en la defensa unos setenta, porque á los demas se les permitió salir de la plaza. El castillo lo guarnecian dos compañias de miñones, mandadas por D. Pascual Gamundi, favorito de Cabrera, y en el cual tenia este caudillo la mayor confianza. Contaban con doce piezas de artilleria de diferentes calibres, colocadas tres en la plaza del Estudio, y las nueve restantes en el castillo, servidas por dos compañias de artillería, una de á pie y otra montada. Habia ademas tres compañias de zapadores, una de pontoneros, una brigada de injenieros procedente del ejército del Norte, y unos treinta y cinco ó cuarenta cadetes de varios cuerpos que alternaban con la guarnicion en las fatigas del servicio.

Los defensores de Morella tenian sobre sí, no solo el formidable ejército que los sitiaba, sino la traicion de algunos de sus compañeros de armas, que desertando de la plaza y pasándose al enemigo, le informaban del estado en que se hallaban los sitiados. Al anochecer del dia 25 se fugaron de la plaza dos coroneles carlistas á quienes estaba encargada la defensa de algunos puntos importantes, y se pasaron á Espartero. Cuando los sitiados notaron la falta de dichos oficiales, conocieron que habian informado á los sitiadores del estado y planes de las fortificaciones de Mo-

rella, porque observaron que los enemigos variaron el plan de ataque que hasta entonces habian seguido, dirijiendo ahora las hostilidades á los puntos mas débiles, lo que no pudieron hacer antes, por ignorar cuales eran.

Luego que los cristinos se posesionaron del fuerte de San Pedro Mártir, construyeron en el mismo cerro una batería de fuegos curvos. Al siguiente dia 26 descubrieron los sitiados otras dos baterías para piezas de grueso calibre: la batería de brecha, situada á la derecha del camino de Aragon á Morella, y á distancia de mas de cuatrocientas varas de la muralla, se componia de ocho piezas de á 16; las cuales asestando sus tiros contra la cortina comprendida entre la torre cuadrada y el empalme que aquella forma con el primer recinto del castillo, hizo persumir á los carlistas que aquel paraje era el destinado para abrir la brecha. Otras dos baterías destinadas para proyectiles huecos estaban situadas al occidente de la de brecha, á distancia proporcionada y en ventajosas posiciones.

Apenas amaneció rompieron todas las bateraís un fuego tan horroroso contra la plaza, que los carlistas no se podian hablar, porque el estruendo no les dejaba entenderse; mas era tal el entusiasmo de los sitiados, que se arrojaban á arrancar la espoleta á las bombas y granadas, desafiando de esta manera á la muerte, hasta que los oficiales tuvieron que impedirles semejante temeridad.

Al notar los jefes de la guarnicion los grandes estragos que la artilleria de los sitiadores causaba en la ciudad, especialmente las bombas, que incendiaban muchas casas, en las cuales perecian un considerable número de personas, tomaron algunas disposiciones para oponerse vigorosamente á que continuasen los males que sufria el caserio por la parte de la poblacion que daba frente á la línea de ataque. El comandante de injenieros, Alzaga, formó el plan de los trabajos que ecsijian las circunstancias, y aprobado por la junta de inspeccion, se estableció en dicho sitio y á unas diezíocho varas de distancia de la

muralla, una nueva línea de retrincheramiento á la zapa doble, reforzándolo con un terraplen arreglado y cubierto de talas y otros obstáculos; unido de este modo uno de sus estremos al parapeto aspillerado del castillo, apoyaba el otro en la iglesia de San Miguel, que era la cabeza de la primera línea interior de la plaza, flanqueándose con abundantes fuegos cruzados desde dicha iglesia y el castillo. A pesar del mortífero fuego con que los sitiadores procuraron impedir estas obras, los sitiados continuaron sin interrupcion sus trabajos; y en la mañana del dia 27 estaban casi enteramente concluidos, aunque á costa de algunas bajas, particularmente en las compañia de zapadores, porque los sitiadores sospechando los reparos que estaban haciendo los carlistas, tenian constantemente en el aire, dirijidas hácia aquel punto, seis, ocho, y á veces diez bombas ó granadas reales, de á catorce pulgadas.

En los siguientes dias hasta la madrugada del 29 fueron poco considerables los progresos de los sitiadores; los cuales despues de haber arrojado cerca de 20,000 proyectiles, se convencieron sin duda de la dificultad de reducir la plaza por aquel frente, y prepararon nuevas baterias en el Coll del Vent, al lado opuesto del portal de San Miguel, manifestando la intencion de querer atacar el frente de la muralla correspondiente á la plaza mayor y el portal del Estudio. Aunque los carlistas notaron aquella variacion, no desconfiaron de resistir con ventaja el ataque fundados en las medidas de defensa que habian tomado por aquella parte; pero un accidente funesto para los sitiados, vino á desbaratar todos sus planes y á acelerar la rendicion de la plaza.

Hacia pocos dias que el principal depósito de municiones se habia trasladado del almacen en que se hallaba, adonde estaba la cantina del castillo, pues se creyó aquí mas seguro por mas distante del primer punto atacado, cuando al amanecer del dia 29, en el momento en que habia en la pieza donde estaban las municiones infinidad de personas, unas haciendo cartuchos y otras proveyéndose

de ellos, principiaron los sitiadores á dirijir sus fuegos hácia aquella parte sin descanso, y á pesar de eso los que ocupaban tan espuesto recinto continuaron en sus trabajos sin tomar precaucion alguna, y con la puerta entornada. Cayó, pues, una bomba en el mismo umbral de dicha puerta, que se abrió con el choque del proyectil, cuyos cascos al rebentar, penetraron en el almacen de municiones, causando la mas horrorosa esplosion que se habia oido. Millares de arrobas de pólvora de cañon, mas de ochenta mil cartuchos, y gran cantidadde bombas y granadas se encendieron instantáneamente produciendo un estrépito espantoso, y sepultando bajo los escombros mas de cincuenta personas. Todas las casas de la poblacion que estaban bajo de aquel recinto padecieron mucho, y algunas de ellas se desplomaron, asi por el sacudimiento como por los enormes peñascos que cayeron sobre ellas. Este impensado acontecimiento aterró á los habitantes de Morella y desanimó á los soldados que tan valientes y arrojados se habian mostrado anteriormente. En tales circunstancias se celebró un consejo de guerra, al que asistieron los principales jefes y resolvieron abandonar la plaza durante la noche. Esta operacion se hubiera verificado tal vez con felicidad á no haber concurrido la traicion á aumentar el conflicto de los desgraciados carlistas. Un capitan de las compañías de miñones que guarnecian el castillo, salió á la caida de la tarde vestido con blusa azul; y aparentando el mayor valor, púsose á pasear por la muralla á cuerpo descubierto: ¡esta temeridad llamó la atencion de los sitiados, porque el fuego de los sitiadores continuaba sin interrupcion, con tal acierto, que por dos veces fue derribada el asta de la bandera y nadie se atrevia á asomar la cabeza. Ademas las balas rasas daban en la peña viva sobre que está construido el castillo y hacian saltar pedazos de ella, los cuales esparciéndose en todas direcciones, herian y mataban á los que se ocultaban detras de los parapetos; de manera que no se creian seguros en parte alguna. Sin embargo, el de la blusa azul continuaba

paseándose por la muralla mirando contínuamente al campo enemigo, tanto, que sus compañeros llegaron á sospechar de él, porque notaron que desde su aparicion en la muralla no habian hecho los sitiadores ni un solo disparo. Luego que anocheció, el de la blusa azul se bajó con mucho disimulo á la plaza y acercándose á la muralla principió á descolgarse. Sus compañeros que le habian estado acechando desde lejos, al ver su última accion, que confirmaba las sospechas que habian concebido contra él, principiaron á gritar «*á ese traidor*» y le dispararon algunos tiros que no le dieron, pues apenas se vió en tierra echó á correr con direccion al campo contrario.

La desercion del espresado capitan fué muy fatal á la guarnicion y habitantes de Morella, porque aquel traidor dió parte á Espartero del apuro en que se hallaban los sitiados y de que trataban de abandonar la plaza. Con estas noticias mandó el jeneral cristino estrechar inmediatamente sus líneas, aprocsimando tanto la artillería y todas sus tropas, que llegaron á colocarse á tiro de fusil de la poblacion.

Sin embargo de este contratiempo los carlistas determinaron llevar adelante su proyecto. Como la poblacion de Morella estaba tan comprometida por la causa de D, Carlos, apenas se esparció la noticia de que la guarnicion iba á abandonar la plaza, multitud de jentes de todas clases y edades acudian á la plaza del Estudio, donde se estaba reuniendo la tropa, pidiendo que se les permitiese seguir la suerte de los soldados. Veíanse entre la multitud relijiosas y relijiosos de los conventos que ecsistian en la ciudad, y muchos particulares, los mas de ellos padres de familia, seguidos de sus esposas é hijos. Cada cual llevaba consigo lo mas precioso que tenia en su casa, y lo cargaba en los bagajes de que podia disponer; de manera que en aquella plaza todo era confusion y lágrimas.

Conociendo el gobernador y los demas jefes que no podria tener buen écsito la marcha, embarazados con tanta jente, trataron de disuadir á la multitud, haciéndola presente el peligro que iba á arrostrar, hallándose tan cerca los

sitiadores, pues aun saliendo solamente la tropa, tenia que perecer la mitad de ella para que pudiese salvarse la otra mitad; pero como era mayor el temor que aquellos habitantes tenian á la entrada de los cristinos en la ciudad, á pesar de las prudentes reflecsiones de los jefes militares, prefirieron esponerse á aquel inminente riesgo, primero que quedarse en la poblacion. Viendo el gobernador que no podia convencer á los habitantes, accedió á que marchasen con la tropa, y esta condescendencia les fué fatal á unos y á otros.

Señalóse la salida para el toque de retreta, y llegada esta hora se emprendió la marcha en el órden siguiente: las compañías de preferencia del 5.° de Aragon y del 3.° de Valencia formaban la vanguardia flanqueando el paso; seguian los batallones 3.° y 5.° de Valencia á la cabeza de la columna; en el centro toda la multitud de particulares, los empleados civiles y de hacienda militar con sus respectivas familias y la plana mayor; y cubrian la retaguardia el resto del 5.° de Aragon, los zapadores, artilleros é injenieros. En la plaza quedaron las personas menos comprometidas y una pequeña guarnicion.

Marchaban todos con el silencio posible y en la mayor angustia, cuando á poco de salir de la ciudad, los escuchas de Espartero notaron el ruido y dieron la voz de alarma á las tropas sitiadoras que ya estaban preparadas, las cuales principiaron á hacer descargas á quemaropa sobre aquellos desgraciados: todo fué ya desórden y confusion: la sangre corria á torrentes; hombres, mujeres y niños caian ecsánimes unos sobre otros á impulsos del plomo homicida. Todos corren acelerados por uno y otro lado sin saber donde refujiarse: muchos se dirijen á la ciudad de donde habian salido, pero en vano, porque estaban cerradas las puertas, y huyendo de un escollo daban en otro mayor; porque la escasa guarnicion que habia quedado en Morella, al oir aquel tiroteo y griterío en el campo, y no distinguiendo por la oscuridad de la noche si eran amigos ó enemigos los que tenian á las puertas, participó del aturdimiento jeneral, y

en vez de apresurarse á abrirles principió á hacer fuego sobre sus mismos compañeros. La pluma se resiste á describir tantos horrores! Al verse acometidos por todas partes aquellos infelices, corrian en grupos en todas direcciones, buscando algun paraje donde guarecerse, y les pareció que el puente levadizo ofrecia alguna seguridad; agrúpansen todos en él; pero donde creian hallar su salvacion encontraron tambien la muerte!.... El peso de la mucha jente que cargé sobre el espresado puente fué causa de que este se hundiera con grande estrépito, cayendo al foso cuantas personas sostenia, muriendo unas ahogadas y otras despedazadas. Los que iban llegando despues, huyendo del enemigo, y que ignoraban aquel horroroso suceso, en su aceleramiento se lanzaban precipitadamente al puente hundido y caian sobre los cadáveres de sus compañeros. En tan horroroso estado, algunos jefes intrépidos se acercaron á la muralla, arriesgando así su vida, y principiaron á gritar á los defensores de la plaza que todos eran unos, que no hiciesen fuego y que abriesen las puertas. Oyéronlo por fin los de la muralla, y suspendieron las hostilidades; mas por si era una estratajema de los sitiadores, no quisieron abrir hasta reconocer los grupos que se habian aprocsimado velozmente tan luego como los de la plaza cesaron de disparar. Para reconocer, pues, si efectivamente eran sus propios compañeros, encendieron unos manojos de broza seca liados con estopa, y arrojándolos desde la muralla, con aquella luz momentánea se convencieron de que eran los desgraciados que poco antes habian salido de la ciudad. Entonces corrieron á abrir las puertas; y para que pudiesen entrar mas pronto les arrojaron algunas escalas por las cuales se apresuraban á subir aquellos aterrados fujitivos; pero esto mismo fué causa de nuevas desgracias; parecia que todo el infierno se habia conjurado contra los desventurados que habian salido de Morella aquella infausta noche. Viendo los del castillo, durante el reconocimiento los grupos que se habian acercado á la plaza, y despues que escalaban la muralla, creyeron que eran las tropas de la

reina y dirijieron sus fuegos de cañon hácia aquel punto: de manera que cuando, despues de tantos sustos se creian ya seguros en la ciudad, se vieron acometidos de nuevo, y muchos que se habian salvado de las balas enemigas y del fuego de sus compañeros, fueron víctimas de los del castillo. Por último un incidente casual hizo que cesasen tantas calamidades, tan horrorosas desgracias: los soldados que servian la pieza del castillo, con la que estaban asesinando á sus mismos compañeros, eran quintos, y en su aturdimiento una de las veces que cargaron la pieza, pusieron la bala antes que la pólvora y no pudieron ya disparar: entonces les gritó desde abajo un oficial, diciéndoles que no eran enemigos y que á los que tiraban eran los mismos que habian salido con la guarnicion. Los batallones que componian la columna, á pesar de la confusion y desórden del paisanaje, mostraron valor y serenidad, y aunque no podian obrar libremente por no ofender á sus compañeros, hicieron algunas descargas hácia donde salia el fuego de los de la reina, y les causaron algunos muertos. El gobernador y la mayor parte de las compañias que formaban la vanguardia de la columna, despues de arrostrar toda clase de peligros con el mayor arrojo, consiguieron atravesar el campamento enemigo y se salvaron.

Cuando cesaron las horribles y sangrientas escenas que acabamos de referir, todo quedó sumerjido en el mayor silencio, interrumpido solo por los lamentos de los moribundos que yacian en el foso. Inmediatamente se reunieron los jefes principales con objeto de dictar las medidas que ecsijian las circunstancias para la salvacion comun: entretanto se ocuparon otros con mucho riesgo, en sacar del monton de víctimas que habia en el foso, los pocos infelices que aun daban algunas señales de vida, y los conducian á la ciudad, que presentaba en medio de sus ruinas el lastimoso aspecto de un vasto hospital militar despues de una accion encarnizada.

En el consejo de guerra celebrado aquella misma noche nombraron gobernador accidental al teniente-rey Don Leandro Castilla, dándole todas las facultades necesarias para

que negociase la capitulacion con el jeneral en jefe de las tropas sitiadoras, bajo las bases acordadas en dicho consejo, porque todos conocian la imposibilidad de sostenerse por mas tiempo contra tan numerosos y aguerridos enemigos, y cuando no tenian esperanza alguna de ser socorridos de afuera. El teniente-rey admitió gustoso este encargo, porque habiendo sido compañero de armas de Espartero en la guerra de América, creia que sacaria de dicho jeneral el mejor partido posible, en atencion á sus antiguas relaciones. Con esta esperanza, al dia siguiente dirijió á Espartero el oficio y propuesta de capitulacion que á continuacion insertamos.

«Escmo. Sr.=Deseando evitar los males que son consiguientes á esta desastrosa guerra, y las molestias que debe causar á V. E. el campamento del digno cuartel de V. E., espero que su jenerosidad se dignará conceder á la guarnicion de esta plaza las capitulaciones que designan los artículos del siguiente papel que tengo el honor de elevar á las superiores manos de V. E., esperando al mismo tiempo que interin se ratifican las capitulaciones, se dignará mandar se suspenda toda hostilidad contra esta plaza, y al mismo tiempo el que las tropas avanzadas del ejército de V. E. permanezcan en las posiciones que ocupan en estos momentos. Dios guarde á V. E. muchos años. Morella, mayo á las cinco de la mañana del 30 de 1840.=Escmo. Sr.=Leandro Castilla.»

«*Capitulacion que propone el coronel gobernador accidental de la plaza de Morella D. Leandro Castilla, al escelentísimo Sr. duque de la Victoria, D. Baldomero Espartero, capitan jeneral de los ejércitos nacionales, y jeneral en jefe de los ejércitos que operan en las provincias de la península.*

»Art. 1.° La guarnicion de esta plaza entregará las armas con la condicion que ha de quedar en plena libertad el total de sus jefes y oficiales, y por consiguiente la tropa,

para ir al pais estranjero que mas le convenga, con la precisa condicion de que no han de volver á tomar las armas en la presente lucha contra los derechos de S. M. la reina doña Isabel II.

»Art. 2.° Se espera de la jenerosidad del Escmo. señor duque de la Victoria se dignará conceder el uniforme y equipaje á los jefes y oficiales de esta guarnicion, como igualmente á la tropa, y que se queden en el pais los que no quieran pasar al estranjero, á quienes no se les molestará por sus opiniones anteriores, si la conducta de los que se queden no es hostil á la causa de S. M.

»Art. 3.° Que en virtud de estas capitulaciones no se molestará á ninguno de los jefes y oficíales, indíviduos de tropa y empleados en la guarnicion de esta plaza, por hechos puramente políticos que tienen tendencia con sus empleos y cumplimiento de las órdenes que se les dieron por sus respectivos jefes, aun cuando sea por reclamacion de alguna persona.

»Art. 4.° Los jefes, oficiales, é individuos de tropa de esta guarnicion serán conducidos por una partida de escolta hasta la raya de Francia, por el frente que resulta por el reino de Aragon á aquel pais estranjero, sin entrar en las principales capitales del reino.

»Art. 5.° Se entregarán las ecsistencias de los almacenes establecidos en esta plaza con la mayor intregridad, como igualmente los fusiles, cañones y demas que ecsistan en ella.

»Art. 6.° Será de cuenta del erario nacional la asistencia de los enfermos de los hospitales, como igualmente franquearles el correspondiente pasaporte para que puedan marcharse tambien al estranjero, quedando desde luego dichos individuos comprendidos en todos los artículos de esta capitulacion. Morella mayo 30 de 1840.—Leandro Castilla.»

El gobernador accidental de Morella quedó burlado en sus esperanzas, porque luego que el jeneral cristino se

enteró del oficio y propuesta anteriores, conoció por el lenguaje sumiso del gobernador, y por las noticias que tenia de los sucesos de la noche anterior, que los defensores de Morella se hallaban en el último apuro: asi pues, no quiso concederles lo que pedian, contentándose con enviarles como resolucion definitiva la constestacion siguiente:

«Recibo el oficio de V. de esta fecha con la propuesta de capitulacion que me incluye, cuyos articulos no pueden ser aceptados, así por la bandera que han tenido VV. enarbolada, como porque desplegados ya parte de los medios que tengo para reducir la plaza y castillo, faltaria á mi deber en el hecho de admitir condiciones contrarias á la situacion en que VV. se encuentran, mayormente desde la derrota de anoche.

»Los sentimientos de humanidad me fuerzan, sin embargo, á convenir en que cese toda hostilidad hasta recibir la contestacion á este oficio, que ha de ser en el término de una hora. No hay mas condicion posible que la de que se entregue como prisionera la guarnicion de la plaza y de su castillo, en el concepto de que serán respetadas y ninguno de sus individuos molestados por sus opiniones políticas.

»En caso que V. no acceda, llorará, aunque tarde, las consecuencias de una defensa enteramente inútil, y las víctimas obligadas á continuar las hostilidades no dirijirán sus terribles imprecaciones en el momento de sucumbir, contra las armas victoriosas, sino contra los que les hayan forzado á tan duro trance. Mando un ayudante de campo con esta intimacion: su permanencia no será mas que una hora, pues lleva órden de regresar con la contestacion ó sin ella. A la inmediacion de la plaza se hallará el jeneral segundo jefe de estado mayor jeneral, y V. podrá avistarse con él si le queda alguna duda sobre la seguridad que ofrezca á los prisioneros. Dios guarde á V. muchos años. Cuartel jeneral campa-

mento al frente de Morella 30 de mayo de 1840.—EL DUQUE DE LA VICTORIA.—Sr. gobernador interino de Morella.»

Esta contestacion, que no esperaban los sitiados, les puso en el mayor apuro, mácsime cuando solo se les concedia un plazo tan corto para resolver; sin embargo, los jefes determinaron que se enterasen de la comunicacion de Espartero todos los individuos de la guarnicion, para que dijesen su parecer, y en vista de él acordar lo que debia hacerse. Comunicóse, pues á todos los soldados el oficio del jeneral cristino, y dudaban qué resolucion tomar; pero al ver que Espartero aprocsimó los batallones á las murallas, decidieron entregarse.

Como el puente levadizo se habia inutilizado, salió el comandante de zapadores carlistas con su brigada para formar un puente provisional con algunos maderos y fajinas. Entretanto pidió la guarnicion que se le permitiera salir de la ciudad con las armas para deponerlas en el campamento de los vencedores, porque les repugnaba dejarlas en los almacenes y salir desarmados como si fueran unos criminales. Espartero, teniendo presentes el denuedo y constancia con que aquellos valientes habian defendido la ciudad y castillo, les concedió este honor: concluido el puente provisional, salieron formados los esforzados defensores de aquella célebre ciudad, y fueron deponiendo las armas al pie de los estandartes de la reina. La tristeza que se veia pintada en los semblantes de los carlistas al verificar este acto, manifestaba claramente el sentimiento que les causaba tener que desprenderse de unas armas que con tanto honor habian empuñado. Terminada la entrega, pasaron revista á la desarmada guarnicion y resultó un total de 2731 individuos entre oficiales, capellanes, fisicos, empleados de hacienda militar, cadetes y tropa.

La pérdida de la guarnicion en la defensa de la plaza habria sido muy corta si no hubiesen sucedido tantas desgracias en la salida fatal; pues del reconocimiento practica-

do en el foso, resultaron doscientos cuarenta y dos cadáveres, entre militares y paisanos.

La primera tropa de la reina que entró en Morella fueron tres compañías de preferencia para ocupar los principales puntos de la plaza; poco despues entró una gran parte del ejército vencedor, y en los primeros momentos se cometieron algunos escesos aislados en varias casas que saquearon. A las dos de la tarde del mismo dia 30 emprendieron la marcha los prisioneros para Zaragoza, escoltados por el rejimiento de cazadores de la Guardia Real.

Cuando las tropas de la reina tomaron posesion de Morella, presentaba esta el cuadro mas triste y espantoso: puede decirse que así el castillo como la ciudad no eran mas que un monton de ruinas; pues de las casas que habian quedando en pie apenas habia una cuyo techo no amenazára desplomarse. Tal fué la suerte del baluarte favorito de Cabrera, en cuya fortificacion y repuestos tanto tiempo y cuidado habia empleado el caudillo tortosino.

Estraño es sobremanera que ninguno de los jefes carlistas se acercase con su division á socorrer á los sitiados de Morella, y ni aun procurasen distraer la atencion de las tropas de la reina por punto alguno; pudiera creerse que este total abandono era producido por el desaliento que se habia apoderado de los defensores de D. Carlos y que nada se atrevian á emprender; pero no era esta la única causa de su inmovilidad; fué que la fatalidad habia reunido todas las circunstancias mas desastrosas para consumar la ruina de la causa que defendian. Así es que en vez de socorrer la plaza, durante el sitio, el jefe favorito de Cabrera, y al que mas apreciaba por su arrojo y actividad, se dejó sorprender por las tropas de la reina, como vamos á referir.

Luego que Espartero sitió á Morella, Forcadell ocupó con algunas fuerzas el pueblo del Bojar, para observar los acontecimientos del cerco y ver si hallaba ocasion de socorrer la plaza, bien aumentando la guarnicion con el primer batallon de Valencia, ó bien hostilizando á los sitiadores

como mejor pudiese, acometiendo á las partidas que salian del campamento cristino á diferentes comisiones. Clarb está que para llevar á cabo el jefe carlista el plan que se habia propuesto, debia estar siempre vijilante, adquiriendo noticias esactas de la situacion y movimientos de las fuerzas enemigas que tuviese mas prócsimas, sin interrumpir sus comunicaciones con los demas cuerpos del ejército carlista, que estaban distribuidos en diferentes puntos, aguardando el écsito del sitio; pero por una fatalidad inconcebible, Forcadell, este activo y precavido jefe, descuidó las espresadas atenciones y pagó bien cara su neglijencia; porque Zurbano, que tambien estaba en observacion de los carlistas, se movió con su brigada el dia 28 del mencionado mayo, dirijiéndose hácia los puertos de Beceite, en cuyas asperezas acampó hasta el amanecer del siguiente dia, en que sabedor, por sus espias, de lo desprevenido que estaba Forcadell, marchó con el mayor sijilo por escabrosos senderos y llegó al Bojar tan de improviso, que los descuidados carlistas apenas tuvieron tiempo para formar algunos grupos en las afueras del pueblo, y se rompió el fuego de guerrillas. A pesar del aceleramiento que produjo la sorpresa, Forcadell mandó reforzar los pelotones mas prócsimos al paraje atacado; pero despues de sostener el combate por algun tiempo se vió obligado á retirarse á las cumbres de Castil de Cabras, perseguido por Zurbano, que le causó no poca pérdida en muertos y heridos, y setenta prisioneros: ademas cayó en poder de los vencedores casi todo el equipaje de la division carlista, incluso el de Forcadell. Los cristinos obtuvieron esta victoria á costa de unas cuantas bajas.

Aun hubieran podido vengar esta derrota los carlistas, porque la division de Bosque, que se hallaba á corta distancia del sitio del combate, al oir el fuego acudió en ausilio de Forcadell, y reuniendo los dispersos formó tres masas respetables, dirijiéndose inmediatamente á cortar el paso á Zurbano y provocarle á una nueva accion; pero el astuto jefe cristino, conociendo el peligro que le amenazaba, evitó este segundo encuentro y se puso en salvo por lo mas intrincado

de los montes, yendo á refujiarse al campamento de Espartero, adonde llegó con los prisioneros y efectos que los carlistas querian recobrar.

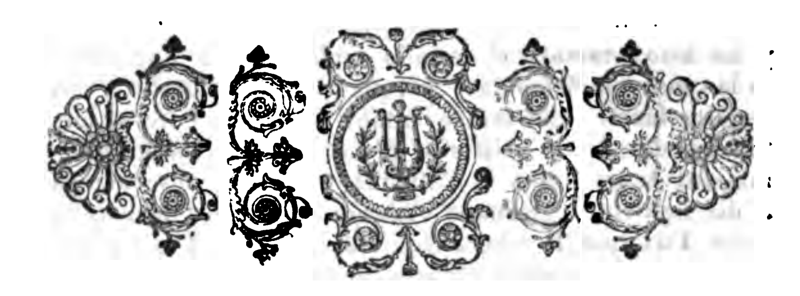
Bien diferentes á las que acabamos de referir fueron las operaciones del coronel carlista Palacios, en esta época. Habiendo remplazado este jefe, á ultimos de marzo, en el mando de la division del Turia á Arévalo, operó en los distritos de Castiel, el Collado, Cañete y Beteta, hasta que se rindió Morella, limitándose sus operaciones á sostenerse en el pais y hacer acopio de víveres, que remitia á los principales depósitos que tenian las diferentes divisiones del ejército carlista: ademas distraia una parte de las tropas de la reina en el distrito que operaba, ya teniéndolas en observacion de los fuertes, ya haciendo que le siguiesen en sus correrías sin que pudieran darle alcance. Estos servicios prestaba Palacios á la causa que defendia, cuando el 2 de junio abandonaron el fuerte de Culla 150 inválidos carlistas que lo custodiaban, porque conocieron que no podrian sostenerse contra las numerosas fuerzas de la reina; y pasaron, lo mismo que la guarnicion de Villamalefa, y las fuerzas de Lacoba y Palillos, á reunirse con la division de Palacios. Este jefe, que no habia recibido las instrucciones que Cabrera le envió, al encontrarse con aquellas nuevas fuerzas no sabia qué determinacion tomar: por último convocó á todos los jefes para que asistiesen á un consejo de guerra en Castellfollit, donde les hizo presente la situacion en que se hallaba, sin instrucciones de su principal caudillo, amenazado por considerables fuerzas, y desanimadas las que estaban á sus órdenes. Despues de una corta discusion, el consejo determinó la retirada á Francia, pues no querian transijir con las tropas que defendian diferente bandera que la suya: tambien acordó que quedase una corta guarnicion en los fuertes para que los cristinos no se apercibiesen de su movimiento; pero para salvar la responsabilidad de dichas guarniciones, les remitieron, antes de emprender la retirada, el siguiente oficio:

«El mejor servicio de S. M. y las actuales circunstan-

cias ecsijen emprender una larga espedicion: si en este tiempo fuese atacado por los enemigos el fuerte que tiene V. á sus órdenes, tratará de sacar todas las garantías posibles á fin de salvar la guarnicion que se le tiene confiada y dejar con honor las armas de la lejitimidad.—El segundo comandante jeneral, Manuel Salvador y Palacios.—Sr. gobernador de...»

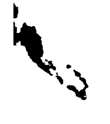
Este oficio acabó de desanimar á las guarniciones de los fuertes, que los abandonaron ó entregaron sin resistencia. Reconcentradas en la montaña las fuerzas que mandaba Palacios, que ascendian á siete batallones y mil doscientos caballos, principiaron la marcha por los pinares de Soria. Por este tiempo emprendió la reina el viaje de Madrid á Barcelona; al llegar á Medinaceli supo la real comitiva lo prócsimas que estaban las fuerzas carlistas al mando de Palacios; y creyendo que trataban de apoderarse de S. M., la division del jeneral Concha, que protejia la marcha de la reina, cayó sobre los carlistas el dia 15, hallándose estos en el pueblo de Orra, sin pensar en otra cosa que en su retirada; pero al verse Palacios acometido por las tropas de la reina, dispuso inmediatamente sus fuerzas y se empeñó una accion muy reñida en que ambos partidos pelearon con el mayor valor y encarnizamiento: despues de considerables pérdidas de una y otra parte, tuvieron que retirarse los carlistas dejando en poder de los vencedores novecientos prisioneros.

La columna de Palacios se rehizo en Macazobel: continuó su retirada, atravesó el Duero, y fué á reunirse con Balmaseda en Ontoria del Pinar. Ambas fuerzas juntas emprendieron la marcha para las provincias, y al llegar á la Rioja se dividieron otra vez. Tuvieron algunos choques con las tropas de la reina, siendo el resultado que Balmaseda se internó en Francia con solos cuatrocientos hombres; y Palacios, no quedándole de toda su columna mas que 50 hombres, fué sorprendido y hecho prisionero en el valle de Ulzama.



CAPÍTULO XVII.

Paso del Ebro por el ejército de Cabrera.—Llegada de Cabrera á Berga.—Segarra se pasa á los cristinos.—Prisiones ejecutadas en Berga de órden de Cabrera.—Alocucion de este jeneral á los carlistas catalanes.—Proclama de Segarra despues de su defeccion.—Marcha del ejército de Espartero á Cataluña. —Ataque de Berga y ocupacion de esta plaza por las tropas de la reina.—Retirada de los carlistas á Francia, y conclusion de la guerra civil.



Ya es tiempo de que volvamos á hablar del grueso del ejército carlista de Aragon y de su principal caudillo, de quien no hemos hecho mencion desde la accion de la Cenia. Despues de esta derrota se retiró Cabrera á Cherta, en donde reunió un consejo compuesto de todos los oficiales que allí se hallaban,

y les hizo presente el estado deplorable en que estaba la causa que defendian, porque perdida Morella y los mejores fuertes que tenian, estaba ya el pais enteramente en poder de los cristinos. El consejo resolvió por unanimidad la traslacion á Cataluña, y en su consecuencia al dia siguiente determinó Cabrera emprender la marcha hácia Flix, por la ribera izquierda del Ebro. Las fuerzas que llevaba este jeneral carlista ascendian á diez mil hombres; pero iban embarazados con multitud de familias de los comprometidos por la causa de D. CARLOS, que querian correr la suerte del ejército.

La division de Odonell, que seguia las huellas del ejército de Cabrera, principió á picarle la retaguardia al llegar á Flix. El jefe carlista trató de poner el rio entre sus tropas y las de Odonell, y aun cuando solo contaba con cuatro barcas viejas para efectuarlo, dispuso que inmediatamente se principiase el paso del Ebro; de manera que mientras una parte de sus fuerzas practicaban esta operacion, la otra hacia frente á las fuerzas de la reina, con un sostenido fuego de guerrillas, logrando asi contener al enemigo. Cabrera atendia á todas partes: tan pronto se le veia dirijiendo la accion, como en la orilla del rio apresurando el paso de su jente. Dos dias tardaron los carlistas en esta operacion, y Cabrera pasó el último con una pequeña escolta, dejando inutilizadas las barcas para que el enemigo no pudiera seguirle.

Llegado Cabrera á Berga, principal punto fortificado de los carlistas de Cataluña, halló que el ejército catalan, mandado por Segarra, estaba poco disciplinado y los espiritus muy desunidos, particularmente despues del asesinato del conde de España. Cabrera tomó el mando superior de ambos ejércitos y trabajó para la union de los ánimos. Segarra, que segun hemos dicho, mandaba en jefe las fuerzas carlistas de Cataluña, temeroso de que Cabrera le ecsijiese cuentas, ó bien por tener que entregarle el mando y quedar como subalterno suyo, al dia siguiente de entrar en Berga el caudillo tortosino, salió de la ciudad acompañado de dos

ordenanzas y se dirijió al campo de los cristinos. Desconfiando los ordenanzas de la intencion de Segarra al ver que cada vez se acercaba mas á los enemigos, le pidieron esplicaciones; mas como ninguna contestacion satisfactoria podia darles, metió espuelas á su caballo y se alejó de ellos á escape. Los dos ordenanzas se volvieron solos á Berga y refirieron á Cabrera lo sucedido, añadiendo que se les habia escapado por la ventaja que les llevaba su caballo, pero que le habian herido como lo comprobaba la sangre que llevaban en las lanzas.

Cabrera, que trataba de indagar quiénes habian sido los cómplices en el asesinato del conde de España, ecsasperado con la defeccion de Segarra, hizo prender el dia 12 á cuatro individuos de la junta de Berga, al brigadier Vall y al comandante Grau; mandándolos conducir al santuario de Queralt. Tambien prendió al comandante D. Luis Castañola, que fué puesto inmediatamente en capilla y fusilado á las cinco de la tarde. Aquella noche se hicieron en la ciudad otras muchas prisiones, y los carlistas catalanes que habian tenido alguna parte directa ó indirecta en el desastroso fin del conde de España, estaba aterrorizados.

Al dia siguiente publicó Cabrera una alocucion dirijida á los carlistas catalanes, que decia:

«Voluntarios: vuestro jeneral en jefe os dirije la palabra, no para hacer ostentacion de sus principios, pues los deja ya marcados en los campos de batalla. Vuestro jeneral os habla, no para aumentar vuestro valor, porque en los pechos de los valientes jamas halla cabida el desmayo. Os dirijo, sí, mi voz para que quedeis enterados de la verdadera urjencia que me ha impulsado á pasar el Ebro con una parte de mis fuerzas que se hallaban reunidas en Aragon y Valencia. Comunicaciones oficiales interceptadas al enemigo, llegaron á convencerme de que en este principado corria inminente riesgo la causa de la relijion y del monarca lejitimo. Manejos de la revolucion ocultos, á la par que combinados, iban á enarbolar entre vosotros el negro y asqueroso pendon

de la perfidia. Se movian todos los resortes para burlar vuestro valor; y los vencedores en el campo de batalla iban á quedar vencidos, no por la fuerza de las armas, sino por el refuerzo vil de la intriga. Gracias al Señor está descubierta ya la trama; queda ya burlada completamente la traicion soez del masonismo; y adoptando las medidas que he creido oportunas, acabo de arrancar la máscara al hipócrita Segarra. Sí, este ingrato jeneral, con el honor en la boca y la infamia en el corazon, no ha podido ocultarla por mas tiempo: lo hallareis ya en Vich fraternizando con los enemigos de Carlos V. Este es un triunfo para las armas del rey, pues la cauaa de la lealtad acaba de arrojar de su seno á un jeneral fementido. No dejaré la obra incompleta: y al traidor que pretenda abrigarse entre vosotros no le queda otro recurso que la fuga, si primero no le alcanza la serveridad de las leyes. Acabo de ejecutar lo que os prometo en la persona de D. Luis Castañola, primer comandante del 18, fusilado ayer en esta plaza. Por comision particular del rey nuestro señor (Q. D. G.) he debido pasar tambien á Cataluña para vengar el asesinato del Sr. conde de España. Obraré can imparcialidad; pesaré el asunto en la balanza de la justicia; ecsaminaré los datos, y descargando únicamente el golpe sobre el perpetrador del crimen, haré ver á la Europa entera que el estravío de algun simple particular, en nada puede mancillar la causa de Carlos V. Catalanes: la rectitud de mis intenciones os es bastante conocida; sabré recompensar el mérito, pero inecsorable me tendreis con el delito. Voluntarios: sé que me amais y que os hallais persuadidos de que vuestro jeneral os ama; mucho me prometo tambien de vuestro valor y constancia: no se me oculta que la cábala de la revolucion es la que en diferentes periodos ha puesto en estado de inercia la robustez de vuestros brazos; pero sé tambien que deseais batir al enemigo, y que vuestro elemento natural es el lugar del combate: yo me pondré á vuestro frente; yo mismo en persona os conduciré al campo del honor, y con el ausilio de Dios, á la victoria: conservando la union y el amor

fraternal que veo reinar entre vosotros, me cabe el dulce placer de no descubrir en todo el ejército de mi mando mas que soldados de CARLOS V: así es como, á no tardar, triunfaremos completamente de la revolucion impia; y cuando esta se cree haber llegado al apojeo del poder, verá deshacer sus hordas y burlados tambien sus planes de cohecho, de traicion y de intriga. Cuartel jeneral de Berga 13 de junio de 1840.—EL CONDE DE MORELLA.»

El jeneral Segarra que habia completado su traicion abandonando la causa que hasta entonces defendió, pasándose á los cristinos, dirijió á los carlistas catalanes, la proclama que á continuacion copiamos, el mismo dia que Cabrera publicó la suya:

«Compatriotas armados aun contra la causa de S. M. la reina.—Largo tiempo he permanecido á vuestra cabeza. Mis conatos se han dirijido siempre al bien de la patria, y en particular al de esta provincia. Mientras creí que esto podia conseguirse defendiendo la causa del ex-infante D. CARLOS, lo que he hecho con decision y me habeis visto á vuestro frente arrostrando todo jénero de peligros. He dulcificado los males de una guerra civil que alguno de mis antecesores habia llevado á un estremo vergonzoso y horrible. Las contiendas civiles entre hermanos deben tener un término razonable. Este no puede ser otro que una mútua reconciliacion, mucho mas cuando uno de los partidos se ha sobrepuesto sin dejar á su antagonista mas esperanza que la de derramar inútilmente sangre compatricia y esparcir el llanto y la desolacion. Aquel bien lo apetecen y claman por él todos los pueblos y hombres honrados de Cataluña en el fondo de sus corazones. El mio no podia ser indiferente á un deseo tan jeneral cómo necesario ya en el órden y marcha actual de las cosas, y desde luego me decidí á procurar á toda costa aquel beneficio á mi pais. Sometidas las provincias vascongadas y Navarra, vencidas las fuerzas de Aragon, y précsimas á entrar en

esto principado las numerosas é irresistibles huestes del Escmo. Sr. duque de la Victoria, el problema está resuelto, mucho mas cuando el príncipe á quien habíamos aclamado ha tenido que buscar un asilo en una nacion aliada de S. M. la reina, donde se halla en estado de arresto é imposibilitado de tomar parte en la lucha que sosteneis á su nombre. No tiene ya esperanzas. El objeto de la guerra es por tanto manteuer ya una causa y unos pricipios que son insostenibles. Se dirije á satisfacer venganzas y miras particulares, y á terminar si dable fuera, los males del desgraciado pueblo, á los que no me era decoroso contribuir, cuando debia combatirlos. Estas reflecsiones y el bien de mi pais que nunca he perdido de vista, me han impulsado á abreviar sus padecimientos haciendo cesar el derramamiento de sangre que corria sin fruto. Al efecto tomé mis disposiciones, y dentro de breves dias os hubiera dado el dichoso resultado que tanto anhelamos reuniéndose uno y otros en el regazo de nuestra madre comun la reina doña Isabel II, llena de amor y de solicitud hácia sus pueblos, para ocuparnos en cicatrizar las heridas públicas, si mis pasos no se hubiesen malogrado por una traicion que no podia esperar de personas que juzgaba muy predispuestas al bien jeneral. Vuestros sufrimientos van á prolongarse indefinidamente si no mirais por vosotros, si no escuchais la voz de un jefe á quien habeis estimado siempre. La causa que sosteneis está perdida sin remedio. Desoid las sujestiones sangrientas de esa turba de hombres perdidos, que despues de asolar el pais que los vió nacer, han entrado ahora en nuestro suelo á concluir de arruinarlo, á sacrificar mas vidas y á cubrir á Cataluña de desastres para saciar odios y venganzas y poner en salvo lo que acaben de esquilmar á vuestros bienes. Esta es la verdad. Preservaos de estos males que tan de cerca os amenazan; no creais la venida de los estranjeros en vuestro apoyo; deponed las armas. Contribuid á la pacificacion jeneral uniéndoos al único centro de ventura y de felicidad de los españoles, el trono de Isabel II y la constitucion del Es-

tado. Presentaos á las autoridades militares de S. M. Os esperan con los brazos abiertos, y sereis recibidos por ellas, por las tropas y por los pueblos con la cordialidad y buena acojida que me han dispensado á mí, y de que está recibiendo contínuos testimonios en esta ciudad de Vich vuestro paisano y compatriota.—JOSÉ SEGARRA.—Vich 13 de junio de 1840.»

Véase como Segarra queria cohonestar la traicion que habia hecho á su antigua bandera, diciendo que solo el bien de la patria le habia impulsado antes á abrazar la causa de don CARLOS, y por la misma razon abandonaba ahora su partido. Pero ¿quién habia de creer tan engañosas protestas? Ni aun los defensores de la reina debian haberle admitido en su partido. Si obraba de buena fé y por conviccion, ¿por qué no abandonó mucho antes la causa carlista, puesto que le parecia que no haria la felicidad de su patria? Porque entonces mandaba en jefe y disponia á su arbitrio de los hombres y de los caudales; mas ahora que habia tenido que resignar el mando en Cabrera, quedando por consiguiente de jefe subalterno y teniendo que dar cuentas al nuevo jeneral, ya le parecia mala la causa de D. CARLOS y buena la de la reina. Dígase, pues, si podia haber sinceridad en las palabras de Segarra, y en su modo de proceder.

Despues que Espartero ocupó la plaza de Morella, y dejó en ella la guarnicion necesaria, partió en seguimiento de Cabrera y penetró en Cataluña con el grueso de su ejército. Pero el jeneral carlista despues de tomar todas las medidas oportunas para la defensa de Berga, esperó en esta ciudad con nueve batallones y algunos escuadrones, á las tropas cristinas. Luego que Espartero acompañó á la reina hasta Barcelona, y terminó los preparativos necesarios para combatir el último baluarte de los carlistas, salió de Casenas el dia 4 de julio y se puso en marcha hácia Berga.

Cabrera, que ocupaba con sus tropas las alturas de la sierra de Nuet, cubriendo sus parapetos y reductos, apenas llegaron á tiro las tropas de la reina, mandó romper el fue-

go contra la primera division al mando del jeneral Leon, á quien Espartero habia encomendado el primero y mas difícil ataque contra Berga. Los cristinos contestaron al fuego de los carlistas para protejer el establecimiento de una batería de montaña, en la falda de la masía de la Creu de la Peña. Los carlistas continuaron el fuego con mas viveza hasta que avanzando la primera brigada de la espresada division, mandó Cabrera á los suyos que abandonasen el reducto y parapetos inmediatos, y se retiró con sus batallones á la segunda línea de defensa. Esta fué atacada inmediatamente por dos batallones cristinos, la caballeria de la escolta de Espartero y la correspondiente á la primera division poniéndose Leon á su cabeza.

Entonces se trabó una lucha terrible, porque los carlistas hacian un horroroso fuego, á cuyo rigor caian muertos ó heridos infinidad de soldados cristinos: la mayor parte de los que rodeaban á Leon quedaron fuera de combate, y aun el caballo de dicho jeneral recibió cuatro balazos. Mas á pesar de la desesperada resistencia de los carlistas, las tropas de Leon tomaron á la fuerza las líneas y fortificaciones de Berga. Mientras que las tropas de la reina ocupaban los reductos de Nuet, una de las octavas de la primera brigada y otra de la tercera penetraron en Berga. Aunque Cabrera habia mandado con anticipacion á los suyos que abandonasen la ciudad, dos de las compañías carlistas tardaron en obedecer la órden de su jeneral y continuaron el fuego desde uno de los prados inmediatos á la poblacion. Entonces el jeneral Leon, ausiliado de algunos tiradores, cargó con la caballería sobre las dos compañías espresadas, les cortó la retirada y las hizo prisioneras, con lo cual se acabó de decidir la accion, ocupando completamente la plaza y el castillo de Berga los cristinos, con todos los demas fuertes esteriores.

Cabrera emprendió la retirada, cubriendo su retaguardia las compañías de preferencia, que sostuvieron hasta cerca del anochecer un fuego tan continuado, que los cristinos llegaron á pensar que el jeneral carlista, en vez de retirar-

se, queria recobrar el terreno que habia perdido. Por último, ya anochecido se retiraron dichas compañías y fueron á reunirse con sus compañeros. Las fuerzas que acompañaban á Cabrera en esta retirada eran dos batallones de Tortosa, tres de Mora, cinco de Aragon, y las fuerzas catalanas que mandaba el canónigo Tristani, con las cuales iba el batallon de Pep del Oli. La caballería se componia de los rejimientos de Tortosa, un escuadron de ordenanzas de Cabrera y algunos jinetes catalanes. A pesar de la desercion que habian esperimentado todos estos cuerpos por los manejos ocultos de los ajentes del enemigo que los seducian con dinero, y de la derrota que acababan de sufrir, era tal el entusiasmo de que se sentian animados, que querian defenderse todavia en el santuario de Hort, fortificado y defendido por seis piezas de artillería; pero las tropas de la reina les iban picando la retaguardia; y al avanzar el jeneral Leon hácia el espresado santuario, Cabrera mandó abandonar y prender fuego á dicho fuerte, porque conocia que el écsito de la defensa no podia en manera alguna serle favorable. Despues de incendiar el fuerte continuaron las tropas de Cabrera su retirada, y aquella noche pernoctaron en unos pueblecillos situados en la falda del Pirineo, distantes unas cinco leguas de Berga.

Cabrera se veia acosado por las tropas de la reina, sin municiones, sin raciones y sin otra retirada que al territorio frances: y aunque conocia que todo estaba ya perdido para él, no quiso tomar una resolucion definitiva hasta adquirir noticias de las divisiones que mandaban Polo y Llangostera. Estos dos jefes se hallaban en Tuirana cuando supieron que Bosque, siguiendo el ejemplo de Segarra, se habia pasado á los cristinos con dos compañías de tiradores: esto y la derrota de Cabrera en Berga, acabó de convencer á Polo y Llangostera que nada podian ya contra la mala suerte que perseguia á los carlistas, y determinaron tambien efectuar su retirada hácia la frontera de Francia. Siguieron, pues, su marcha por las montañas que hay á la derecha de la Seo de Urjel, para evitar algun en-

cuentro con las tropas de la reina, y llegaron á poca distancia de donde se hallaba Cabrera. Cuando este jeneral supo la procsimidad de las divisiones de Polo y Llangostera, pasó á tener una entrevista con dichos jefes, á los cuales comunicó sus intenciones, y volvió á su cuartel jeneral mas tranquilo, porque se habia cerciorado de que todas sus fuerzas se hallaban ya sobre la frontera sin peligro de ser cortadas por el enemigo.

Aunque algunos de los batallones catalanes estaban medianamente organizados, otros se componian de pelotones de dispersos mezclados con los restos de las partidas y paisanaje, sin órden ni disciplina, que cometian los mayores escesos, saqueando los caseríos y pueblos por donde pasaban; llegando á asesinar hasta á sus mismos oficiales. Cabrera habia tratado de evitar estos desmanes; pero como el terreno por donde acampaban era bastante montañoso, impedia tenerlos á la vista, y no pudo remediar aquellos escesos. Por esta causa al dia siguiente salió Cabrera de donde habia pernoctado con solos los batallones de Tortosa y Mora, en quienes habia conservado siempre la mas severa disciplina, y sin cuidarse de los catalanes se dirijió á un pueblo de la frontera de Francia, adonde llegó cerca del mediodía. Apenas hicieron allí alto sus soldados, se alarmaron al ver coronadas las alturas del valle en que se hallaban, por numerosas fuerzas de que no tenian noticia. Al momento mandó Cabrera que fuesen á reconocer dichas fuerzas las compañías de cazadores del 2.° y 3.° de Tortosa, las cuales al aprocsimarse á los que causaron la alarma oyeron que victoreaban á D. Carlos y á Cabrera. Entonces supieron que los que habian creido enemigos, eran parte de los batallones catalanes que iban tambien á refujiarse en Francia.

Terminada la alarma y reunidos todos los carlistas continuaron la marcha hasta la estrema frontera, y acamparon al pie de los cerros de Puigicerdá. Cabrera convocó en seguida á todos los jefes y oficiales: y luego que estuvieron reunidos formaron un círculo y aquel caudillo les habló de esta manera:

«Compañeros: si bien he servido para hacer la guerra en un principio con quince hombres armados por mitad de palos y escopetas, no creo ya posible el continuarla, atendiendo á que los pueblos no prestan ya su apoyo, como lo hacian antes, y así creo es mi deber el salvaros en el reino vencino pues el rey no me ha autorizado á transijir con el enemigo: asi es que capitularé con el jeneral francés Mr. de Castellane para que no os falten los socorros que concede el derecho de jentes á los emigrados. Os doy las gracias en nombre del rey, y en el mio muy particularmente por la fidelidad y buen comportamiento que habeis guardado durante la guerra; mas si alguno quiere continuar haciéndola, le autorizo para que se reuna á los que quieran seguirla: por último, si alguno me cree traidor ó tiene algun resentimiento conmigo, aqui estoy; los que sean pueden vengarse en mi persona.»

Todos los oficiales contestaron con repetidos vivas á su jeneral, cuyas últimas palabras les hicieron derramar algunas lágrimas. Todos juraron enternecidos que estaban satisfechos de su conducta y que no abrigaban contra él el menor resentimiento.

Los carlistas pasaron en dicho campamento la noche, y durante ella negoció Cabrera las capitulaciones con los franceses. Al dia siguiente los carlistas bajaron del Pirineo al pueblo de Palau, donde entregaron las armas y caballos. Los aragoneses que mandaban Polo y Llangostera, siguieron despues la suerte de sus compañeros; pero hostilizados por los cristinos cuando ya se hallaban en territorio francés, se defendieron haciendo fuego hasta que las tropas francesas les quitaron las armas de las manos.

Los carlistas continuaron la marcha desde Palau á Perpiñan escoltados por las tropas francesas. Cabrera veia con el mayor sentimiento á sus batallones caminar como prisioneros, desarmados, sin bagajes, é inciertos de la suerte que les aguardaba. Al llegar los carlistas á Perpiñan, las autoridades de esta plaza no guardaron con los refu-

jiados españoles las consideraciones que ecsijia su desgracia; porque fueron encerrados como un rebaño de ovejas en el campo de Marte, á la intemperie, en un paraje donde no habia siquiera un árbol que les resguardase de los abrasadores rayos del sol, ni les dieron una manta que les libertase del abundante rocío de las noches. Aquel dia estuvieron sin comer hasta las tres de la tarde, á cuya hora les repartieron medio pan por plaza, habiendo tambien prohibido que entrasen en el campo los vendedores de comestibles; esta prohibicion era inútil, porque los soldados de Cabrera no llevaban oro ni plata, y los mismos vendedores hubieran dejado de acudir á aquel sitio al ver el poco negocio que hacian.

Los habitantes de Perpiñan, que tanto habian oido hablar de Cabrera, deseaban conocer á este célebre caudillo y acudieron en número considerable al camino y entrada de la ciudad para verle; pero no pudieron satisfacer su curiosidad porque el coche que le conducia llegó muy de noche. Aunque el gobierno francés habia comunicado por el telégrafo una órden á las autoridades de Perpiñan para que Cabrera marchase inmediatamente á Paris, no pudieron dar cumplimiento por entonces á dicha disposicion, por el mal estado de salud en que llegó aquel jeneral, cuya enfermedad se habia agravado por los disgustos que esperimentó con los últimos sucesos. En los dias que Cabrera permaneció en Perpiñan fueron á visitarle las personas mas notables, unas por simpatías políticas y otras por mera curiosidad; pero á todas las recibió con afabilidad y cortesanía. Al fin, el caudillo tortisino fué conducido en una silla de posta á Paris, en donde tuvo que presentarse á Luis Felipe y satisfacer á las preguntas que le dirijió relativas á la guerra. Por último, Cabrera fué confinado á Leon, cuya ciudad se le señaló para residir, y en ella continua todavia.

El número de españoles refujiados en Francia hasta el mes de julio inclusive fueron: cinco mil de resultas del convenio de Vergara; dos mil quinientos que siguieron á Bal-

maseda en junio; mil doscientos que entraron por el valle de Aran; tres mil por Andorra, diezisiete mil quinientos del ejército de Cabrera, y otros dos mil quinientos que entraron por el valle de Oseja, formando un total de treinta y un mil setecientos hombres. Los jenerales subalternos de Cabrera que siguieron la suerte de su principal caudillo fueron Forcadell, comandante de la division de Valencia; Llangostera, de la de Aragon; Burjó, comandante de las fuerzas catalanas; Morales, Arnau, Polo y otros muchos jefes de los batallones de Tortosa, de Mora, de Aragon y de Valencia.

El gobierno francés quiso sacar partido de la desgracia de los carlistas y les propuso que formasen parte de la lejion de Africa, enganchándose por tres años, reconociendo provisionalmente el grado de cualquiera oficial español que se presentase con ciento treinta hombres y concediéndole el mando de ellos bajo la direccion de oficiales franceses; permitiendo ademas que se reuniesen en compañías los aragoneses, navarros y catalanes; mas á pesar de todas las ofertas del gobierno francés y de los medios que empló para hacer mas halagüeños los enganches, pocos fueron los emigrados que se alistaron, porque estos valientes que hubieran derramado toda su sangre en España, no querian venderla al estranjero.

Viendo el gobierno de Luis Felipe el poco fruto que sacaba de los carlistas, resolvió diseminarlos. Al efecto envió á los jefes del ejército de Cabrera al depósito de Bourg; á los capitanes y subalternos al de Puig; á los capellanes á Besanzon, y los soldados fueron distribuidos en diferentes depósitos del interior. En un principio fueron socorridos los carlistas regularmente por el gobierno francés; pero despues hubieran muerto de hambre y de miseria á no ser por la filantropia de los particulares que contribuian con lo que les permitian sus facultades para socorrer á aquellos desgraciados, ya que el gobierno francés cumplia tan mal con las leyes de la hospitalidad.

Despues de la entrada en Francia del ejército de Cabre-

ra, solo quedaron algunas partidas carlistas en varios puntos de España, que no hallando ya apoyo alguno en los pueblos, y faltas de todo lo necesario, no pudieron sustraerse por largo tiempo á la activa persecucion que les hicieron las tropas de la reina; unos se presentaron y otros cayeron prisioneros. Tal fué el término de la guerra civil de España despues de siete años de una lucha cruel en que la sangre corrió á torrentes y en que los pueblos sufrieron todas las calamidades que pueden afligir à la especie humana.

Hemos llegado ya al fin de nuestra historia; pero antes de dejar la pluma, no podemos menos de hacer algunas reflecsiones, bien amargas por cierto, acerca del lastimoso estado en que se encuentra la nacion, despues de los inmensos sacrificios que ha hecho para obtener la felicidad, á que es tan acreedora, y que creia conseguir al ver brillar en su suelo la aurora de la paz. Los pueblos la habian deseado á cualquier precio, porque cifraban en ella el término de los males que sufrian, y la prosperidad y ventura que trae consigo la tranquilidad de una nacion; pero cuán angañados estaban! La guerra de sucesion terminó en efecto en el año de 1840: ¿y cuáles son las ventajas que la caida del partido carlista ha proporcionado á la nacion? ¿Ha disfrutado esta en los cinco años que han trascurrido, algunos momentos de reposo? ¿Ha visto prosperar su iudustria y su comercio? ¿Ha visto disminuir los impuestos con que se vió abrumada durante la guerra? Echese una mirada por toda España, y el disgusto que se nota en los semblantes de los ciudadanos, la paralizacion de las fábricas y talleres, la miseria pública, la inseguridad personal y los infinitos vejámenes que padecen los pueblos, contestarán con mudo pero penetrante lenguaje á todas estas preguntas.

Terminada la guerra contra los carlistas, el partido vencendor emprendió otra lucha no menos fatal para el pais; en vez de cicatrizar las llagas que la contienda civil habia causado, los liberales, divididos en fracciones, solo han tratado de pugnar por subir al poder; á la guerra de sucesion y de principios ha seguido la guerra de empleos. Hemos visto su-

céderse en el gobierno frecuentemente los hombres mas notables de los diferentes matices políticos del partido liberal: todos han ofrecido hacer la felicidad de la nacion antes de llegar al poder; pero una vez apoderados de las riendas del Estado, solo han pensado en su propio interés, no en el de sus gobernados: su principal conato se ha dirijido á subyugar á sus antagonistas para mantenerse en el mando: de aquí las multiplicadas conspiraciones, los frecuentes pronunciamentos, las continuas alarmas, la inseguridad de las personas y la ruina de la nacion. ¡Pobre España! ¡Cuándo cesarán tantas calamidades como pesan sobre tí!!

FIN DE LA OBRA.

INDICE

de las materias contenidas en este tomo.




3 2044 010 419 653

